






GANG · FORWARD
WILLIAM·STIRL



HISTORIA
DEL REBELION Y CASTIGO
DE LOS MORISCOS
DEL REYNO DE GRANADA,

DIRIGIDA

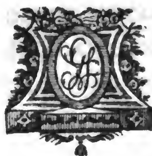
A DON JUAN DE CARDENAS Y ZUÑIGA,
CONDE DE MIRANDA, MARQUES DE LA BAÑEZA, DEL CONSEJO DE ESTADO DEL REY N. S. Y SU PRESIDENTE EN LOS DOS REALES CONSEJOS DE CASTILLA Y DE ITALIA.

HECHA

POR LUIS DEL MARMOL CARVAJAL,
ANDANTE EN CORTE DE S. M.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO I.



EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA
AÑO DE MDCCXCVII.

PROLOGO
SOBRE ESTA NUEVA IMPRESION.

LUIS DEL MARMOL CARVAJAL, natural de la ciudad de Granada, como él mismo lo asegura en su prologo á la I. parte de la *Descripcion general de Africa*, obtiene un lugar muy distinguido entre nuestros historiadores, no solo por la exâctitud y verdad con que refiere los hechos, sino tambien por el estilo con que supo diestramente adornarlos: de suerte que merece ser contado entre los Zuritas, Morales, Marianas y otros, que con justa razon son tenidos por los principales maestros de nuestra Historia. A pesar de esto le ha cabido la desgracia tan comun á muchos sabios de nuestra nacion, de que sus obras, sin embargo de su grande importancia, hayan llegado á hacerse sumamente raras por falta de haberlas renovado la prensa: lo que ha contribuido á que fuesen menos leidas de lo que merecian, y su autor no tan conocido como debia serlo.

Escribió este sabio historiador en tres tomos en folio la *Descripcion general de Africa*,

con todos los sucesos de guerra que ha habido entre los infieles y el pueblo christiano, y entre ellos mismos, desde que Mahoma inventó su secta hasta el año de MDLXXI. dirigida al Rey Don Felipe II. de este nombre. El I. y II. tomo se imprimieron en Granada en casa de René Rabut en MDLXXIII. El III. que es la Segunda parte de la *Descripcion general de Africa*, donde se contienen las provincias de Numidia, Libia, la Tierra de los Negros, la baxa y alta Etiopia y Egipto con todas las cosas memorables de ella, se imprimió en la ciudad de Malaga á costa del autor en la imprenta de Juan René, año de MDLXXXXIX. Con que caudal y aparato de erudicion se hubiese puesto nuestro autor á desempeñar un asunto tan vasto y dificil, será mejor que lo sepamos de su boca: *Habiendo* (dice) *salido de la insigne ciudad de Granada, donde es nuestra naturaleza, siendo aun mozo de pequeña edad, para la jornada que el Christianisimo Emperador Don Carlos hizo sobre la famosa ciudad de Tunez el año de nuestra salvacion mil y quinientos y treinta y cinco, y despues de la felice expugnacion della seguido las banderas imperiales en todas las empresas de Africa*

por

por espacio de veinte y dos años, y padescido siete años y ocho meses de captiverio, que estuvimos en poder de infieles en los reynos de Marruecos, Tarudante, Fez, Tremecen y Tunez, en el qual tiempo atravesamos los arenales de Libia hasta llegar á Acequia el Hamara, que es en los confines de Guinea, con el Xerife Mahamete, quando traía las armas victoriosas por Africa, apoderandose de las provincias Occidentales; y hecho otros viages por mar y por tierra, asi en captiverio como en libertad, por toda Berberia y Egipto, donde notamos muchas cosas dignas de memoria, y que nos paresció se deseaban saber en estas partes: con este principio acompañado de la continua meditacion de historias escogidas, latinas, griegas, arabes y vulgares destos reynos, y de fuera dellos, que con mucho trabajo pudimos haber, siendo inclinados á este exercicio, y tomando dellas lo que nos paresció mas al proposito para este efecto, juntandolo con la esperiencia y mucha pratica que de la lengua arabe y africana (que mucho difieren) tenemos, hecimos esta Historia y general descripcion de Africa, que irá dividida en doce libros, y en dos partes.

Ve-

Vemos de aqui, que nuestro historiador anduvo los paises que describe, aprendió las lenguas arabe y africana, y leyó con mucha aplicacion lo que habian escrito sus autores. A lo que añadia el que toda la vida se habia propuesto escribir historia, y hecho largas y serias reflexîones sobre los mas perfectos dechados en este genero griegos, latinos y otros. Y con efecto se echa bien de ver por sus escritos que supo imitarlos. Y asi el presidente Jacobo Augusto de Thou, celebre historiador frances del siglo XVI. que escribió de las cosas de su tiempo con harta elegancia y puntualidad, si se exceptuan los asuntos de religion, por la inclinacion que profesó á la llamada erradamente reformada, no dudó llamar á MARMOL *prudentem juxta ac diligentem rerum Africanarum scriptorem.*

Esta obra mereció que la traduxese al frances Nicolas Perrot de Ablancourt: y aunque por su muerte la dexó sin concluir, lo executaron sus amigos, y la publicaron en Paris en MDCLXVII. en 3 tom. 4.° enriquecida con cartas geograficas de Mr. Sanson, geografo ordinario del Rey, y añadida al fin la *Relacion del origen y suceso de los Xarifes, y del estado de los reynos de Marruecos, Fez, Tarudante y los demas*

mas

mas que tienen usurpados, traducida de la que escribió en español DIEGO DE TORRES, y publicó despues de su muerte su muger Doña Isabel de Quixada en la imprenta de Francisco Perez en Sevilla año de MDLXXXVI. en 4.º Merecia bien esta obra acompañar á la de MARMOL, asi por su materia, como por su importancia y exâctitud. Su autor estuvo en Berberia mas de diez años en servicio de Don Juan Rey de Portugal en el oficio de rescates. Y como escribió de paises que anduvo, y de cosas que obró, ó pudo saber con mucha puntualidad por testigos de vista, merecen mucho credito sus relaciones.

Tenemos tambien del mismo MARMOL la *Historia del Rebelion y castigo de los Moriscos del reyno de Granada* impresa en la ciudad de Malaga por Juan René á costa del autor, año de MDC. en fol. Esta obra aunque no salió á luz hasta este año, estaba mas de diez antes concluida; pues en el privilegio concedido al autor para su impresion en Barcelona á VI. de Julio de MDXCIX. se dice que se le habia dado para el mismo fin otro en el de MDLXXX.

Será dificil hallar una obra en su genero mas perfecta. La admirable eloqüencia con que está escrita, la exâctitud y puntualidad con que

se

se describen la capital y muchos pueblos del reyno de Granada, y el caracter de verdad que resplandece en toda la narracion de tantos, tan varios y memorables sucesos como ocurrieron en este rebelion, hacen distinguir este precioso trozo de historia entre los mas apreciables de los antiguos y modernos. El mismo autor ya nos asegura de la exâctitud con que procedió en la formacion de su trabajo, pues dice en el prologo: *Lo qual pudimos hacer con mas comodidad que otro, por haber asistido desde el principio hasta el fin en el exercito de S. M.* Tenia nuestro MARMOL el cargo de comisario y proveedor. Vease tom. II. pag. 344.

Como una obra tan digna de ser leida, y que puede dar honor á la nacion por el merito que en sí tiene, y las grandes hazañas de nuestros antepasados en una conquista que tantos bienes acarreó á la Religion Christiana, no merecia que estuviese tan sepultada en el olvido por la rareza de sus exemplares, me moví á publicarla por las recomendaciones que de ella me hicieron los Señores Don Francisco Cerdá y Rico, Secretario del Consejo y Camara de Indias por lo tocante al reyno de Nueva España, con voz y voto en ambos tribunales, y Don An-

Antonio Porcel, del Consejo de S. M. su Secretario con exercicio de decretos, y Oficial mayor primero de la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia de Indias: el qual ha suministrado para mayor adorno de esta impresion la exquisita y rara plataforma de la ciudad de Granada, que repetimos, de Ambrosio de Bico, maestro mayor de aquella S. I. M.

Hemos añadido dos *Indices*, el I. de los pueblos y lugares de que se trata de proposito en la obra, y el II. de cosas memorables (*).

Por no aumentar demasiado el tamaño de estos volumenes, reservamos, para quando se imprima la *Descripcion de Africa*, las cartas originales del Señor Don Juan de Austria, General que fue en los ultimos tiempos de esta conquista, y que la acabó felizmente, al Rey Felipe II. dandole cuenta de los sucesos que ocurrian: las quales conserva originales en su exquisita libreria, y nos ha ofrecido generosamente el Ex.mo Señor Don Eugenio de Llaguno y Amirola, Consejero de Estado, Caballero

b Gran-

(*) Hemos tenido mucho cuidado en la correccion; y asi hemos dexado de proposito la misma ortografia del autor, como *muncho* por mucho, *escrebir*, *hecimos* &c.

Gran-Cruz de la Real Orden de CARLOS III. y Secretario de Estado y del Despacho universal de Gracia y Justicia de España é Indias.

Es lastima que apenas nos queden noticias de la vida y hechos de un varon tan sabio. Sabemos, que fue natural de Granada, porque él mismo lo dexó escrito; pero se ignora el año de su nacimiento. Era hermano de Juan Vazquez del Marmol, Secretario del Consejo de Castilla. Las particularidades de su cautiverio constan tambien de su *Descripcion de Africa*: el cargo de comisario y ordenador del exercito de los epigrafes de sus obras, en donde dice tambien, que era *andante en corte*.

Es tambien mucho de sentir, que habiendo prometido en la *Historia del Rebelion*, que saldria brevemente á luz la segunda impresion de la *Historia de Africa* (V. t. II. p. 444.) no lo hubiese executado, quando tal vez la hubieramos logrado con adiciones y mejoras.

Mas ya que no ha podido averiguarse el paradero del exemplar que el autor tendria dispuesto para la prensa, repetiremos la antigua impresion en el mismo tamaño en 4.° en que van estos dos tomos del *Rebelion*: añadiendo tambien la *Relacion de los Xarifes* de TORRES.

DE-

DEDICATORIA.

Los antiguos y graves escritores procuraron siempre arrimar sus obras debaxo de la proteccion y amparo de los principes mas excelentes y estimados de sus tiempos, y con este exemplo, habiendo yo escrito la HISTORIA DEL REBELION Y CASTIGO DE LOS MORISCOS DEL REYNO DE GRANADA, puse los ojos en darle el favor de V. S. en quien tanto florecen religion y milicia, dos cosas de que particularmente trata; y tambien por ser el Real Consejo de Castilla, donde V. S. preside, autores de un tan grande triunfo, como fue desarraigar los Moros de aquel reyno, que tantos siglos tuvieron hecho torpe abismo de maldades, y haber V. S. derramado su sangre, combatiendo por su persona el fuerte peñon de Frigiliana, donde herido de saeta mostró el invicto valor de sus antepasados, haciendo oficio de prudente capitan y de valeroso soldado. Poniame temor ser juzgado tan ignorante como atrevido en poner mi baxo estilo en manos de V. S. trayendo consigo tanta desproporcion; mas aseguróme su mucha afabilidad y nobleza, adornada de linage, riquezas, y letras. Quanto al linage ZUÑIGA, AVELLANEDA, BAZAN, Y CARDENAS, nobilisimas y antiquisimas casas en los reynos de Castilla y de

Navarra. Quanto á riquezas, CONDE DE MIRANDA, MARQUES DE LA BAÑEZA, Y SEÑOR DE LAS CASAS DE AVELLANEDA Y BAZAN. Pues quanto á las letras, la buena gobernacion del principado de Cataluña y del reyno de Napoles, donde V. S. fue Visorey, y el Consejo de Estado del Rey N. S. y las Presidencias de los dos Reales Consejos de Castilla y de Italia, en que reside, lo testifican. Consideradas todas estas cosas, determiné de hacer atrevida eleccion, y escrebí á Pedro Zapata del Marmol mi hermano, Escribano de Camara del Real Consejo de Castilla, que besase á V. S. las manos, y le suplicase se dignase de dar á la Historia su favor. Respondióme haber hallado en V. S. todo mi deseo con demostracion de contento, el qual tengo tan grande en ver la hija de mi pobre entendimiento tan bien puesta, que no sé cómo poderlo explicar en los años que me quedan de vida sobre setenta y seis de mi edad. Los que fueren ofrezco al servicio de V. S., cuyo criado y servidor me publíco de hoy mas en comemoracion de tanta merced y favor.

LUIS DEL MARMOL CARVAJAL.

PROLOGO.

Es costumbre antigua, que aun dura el dia de hoy otre los doctos varones y de buen entendimiento, escebir y sacar á luz las cosas que por su ingenio, ó por ocumento de otros, hallaron ser provechosas á sus reblicas. Hubo muchos de singular doctrina, que compsieron obras morales para instruir los animos en la rtud. Otros declararon á sus naturales las cosas estras y peregrinas por interpretacion, y perpetuaron las roprias para un claro exemplar en la memoria de las tras, dando á cada qual su medida como jueces de la ma y testigos de la verdad. Los que juntando esta digencia con la obligacion para comun aprovechamiento, y pesando los hechos de la fama, segun lo que valron y pesaron, procuraron dexar á sus succesores fiel nemoria, con razon deben ser loados, y tenido en mudo su trabajo, por el amor que tuvieron á su proprio er. Todas las cosas en su modo trabajan por perpetuare. Las que son naturales, en que solamente obra naraleza, y no la industria humana, tienen en sí mesnas una virtud generativa, que quando debidamente son dispuestas, aunque peligren en su corrupcion, la mesna naturaleza las vuelve á renovar, y les da nuevo ser on que se conservan en su propria especie; mas las que no son naturales, sino hechos humanos, como no tienen virtud animada para engendrar cosa semejante á sí, porque con la brevedad de la vida del hombre no aca-

ba -

basen con su autor, fue necesario que el mesmo hombre, para conservar su nombre en la memoria dellas, buscase este divino artificio de las letras, que representase en futuro sus obras. Porque la habla siendo animada, no tiene mas vida que el instante de su pronunciacion, y pasa á semejanza del tiempo, que no tiene regreso. Y las letras siendo caracteres muertos, contienen en sí espiritu de vida, y lo dan entre los hombres á todas las cosas, multiplicandolas en la parte memorativa por uso de freqüentacion tan espiritual, en habito de perpetuidad, que por medio dellas en fin del mundo serán tan presentes nuestras personas, hechos y dichos, á los que entonces fueren, como lo son el dia de hoy, y vemos que vive lo que hicieron y dixeron los que fueron al principio dél por la literal custodia. Siendo pues el fruto de los hechos humanos muy diferente del natural, producido de la simiente de las cosas que fenecen en el mesmo hombre, para cuyo uso fueron criadas, y el de las obras eterno, por proceder del entendimiento y voluntad, donde se fabrican y aceptan, que por ser partes espirituales las hacen eternas; de aqui nos queda natural y justa obligacion á ser tan diligentes y solicitos en conservar la memoria de nuestros hechos, para con ellos aprovecharnos en buen exemplo, como prontos y constantes en hacerlos, por el comun y temporal provecho de nuestros naturales. ¿Que fuera de los hechos de los Caldeos, Asirios, Medos, Persas, Griegos, Romanos, si Beroso Caldeo, Metasthenes, Diodoro Siculo, Procopio, Trogo Pompeyo, Herodoto Halicarnasio, Justino, y Tito Livio y otros no los escribieran? Considerando pues que esta diligencia de encomendar las cosas con fieldad al archivo de

las

las letras, conservadoras de todas las obras, es tan necesaria en nuestra España, quanto los Españoles son prontos y diligentes en los hechos que competen por milicia, y descuidados en escrebirlos; porque no se perdiese la memoria de muchos y muy gloriosos sucesos, que estaban ya casi olvidados, recopilamos y pusimos todo lo que pareció digno de memoria en el segundo libro de nuestra DESCRIPCION DE AFRICA, que salió á luz en el año de la redencion del mundo mil y quinientos y setenta y tres, y la dirigimos al Catolico Rey DON FELIPE nuestro señor SEGUNDO deste nombre, que la mandó poner en su libreria del Escurial, y despues prosiguiendo en la aceptacion del peligroso trabajo de la Historia, escribimos el REBELION Y CASTIGO DE LOS MORISCOS DEL REYNO DE GRANADA con todas las cosas memorables dél. Lo qual pudimos hacer con mas comodidad que otro, por haber asistido desde el principio hasta el fin en el exercito de su Magestad. Y trazada y dibuxada la obra, la presentamos en el Supremo Consejo de Castilla, porque siendo la materia que en ella se trata uno de los mayores triunfos destos reynos, se publicase con licencia y autoridad de los autores dél. Y vista y exâminada por el licenciado Juan Diaz de Fuenmayor, del Consejo y Camara de su Magestad, y ultimamente por el licenciado Ribadeneyra, Oidor que fue en la Audiencia Real de Granada durante esta guerra, que ya lo era del Supremo Consejo, á quien fue cometida, con sus relaciones y pareceres se mandó imprimir. Quanto á mí fue un fruto voluntario, que imitando á la madre tierra, quise dar con mas cuidado y diligencia, que si me fuera encomendado, movi-

vido de natural obligacion, y con zelo, casi envidioso, de la gloria que los fieles Christianos, que derramaron su sangre, y padecieron martirio por nuestro Redentor, merecieron. Va repartida en diez libros. En el primero se contiene la descripcion del reyno de Granada, y la conquista que los Catolicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel hicieron en él, y la conversion de los Moros á nuestra santa Fe Catolica, y las alteraciones que sobre ello hubo siguiendo en este particular á Hernando de Ribera, y á Alonso de Palencia, y á Hernando del Pulgar, y á Luis de Carvajal, y á otros autores, y tomando de algunos libros Arabes, que pudimos conformar con certidumbre. El segundo trata de los medios que los Principes Christianos procuraron con los nuevamente convertidos para que dexasen las costumbres y ceremonias de Moros. El tercero trata las contradiciones que aquellas gentes hicieron con razones morales para no dexar de usar de aquellas cosas, en que conservaban la memoria de su era y seta; y como revolviendo sus pronosticos, ó jofores, que tenian de tiempo de Moros, trataron de hacer novedad. En el quarto se pone el principio del rebelion, y entrada que los principales autores hicieron en el Albaycin, y como declarandose por Moros, hicieron eleccion de caudillo de su nacion en el Alpuxarra, y con barbara crueldad pusieron hierro y fuego en los templos sagrados; y en los Sacerdotes de Jesu-Christo, que moraban en sus alcarías. En el quinto se trata de la jornada que el Marques de Mondejar hizo contra estos rebeldes, y la entrada del Marques de los Velez por la parte del reyno de Murcia; y el progreso que estos dos campos hicieron

ron ; y la venida del Serenisimo Don Juan de Austria, hermano del Rey nuestro señor , á Granada , para con su autoridad dar fin á la importuna guerra ; y como se comenzaron á reducir los alzados. El sexto trata de las desordenes de nuestra gente de guerra , que molestaron tanto los reducidos , que la mayor parte dellos se volvieron á la sierra ; y como su Magestad mandó retirar la tierra adentro los Moriscos del Albaycin y vega de Granada , para asegurarlos , y asegurarse dellos. En el septimo se contiene la entrada del Marques de los Velez en la Alpuxarra , y la victoria que hubo de Aben Humeya en Válor , y la muerte de aquel tirano ; y como los alzados nombraron en su lugar á Aben Aboo, y el progreso del campo del Marques de los Velez. El octavo trata la jornada que Don Juan de Austria hizo por su persona sobre la fuerte villa de Galera , y por los rios de Almanzora y Almeria , y la entrada del Duque de Sesa en la Alpuxarra , y la saca de los Moriscos que habian quedado en la vega de Granada. En el noveno se contienen los tratos que hubo sobre la reducion general , y la jornada que Don Antonio de Luna hizo en la serrania de Ronda para despoblar aquellos lugares. Y el deceno trata la reducion de los Moriscos de la dicha sierra de Ronda , y la entrada que Don Luis de Zuñiga y Requesenes , Comendador mayor de Castilla , hizo en la Alpuxarra contra los que no se habian querido reducir , y el progreso que este campo hizo , y la saca de los Moriscos reducidos , que estaban en el reyno de Granada , y la muerte de Aben Aboo , y fin desta guerra. Muchas particularidades hallará el lector en estos diez libros , y si todavia le pare-

ciere que falta algo de lo que él sabe, tome lo que hallare; porque siendo tan general y de tan varios sucesos, en tantas partes y á un mesmo tiempo, obligacion tendrá de suplirlo con buena discrecion, considerando que no nos faltaria diligencia para saberlos, y que se pudieron pasar algunas cosas por alto. VALE.

TA-

TABLA
DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE este tomo primero.

LIBRO PRIMERO.

 el

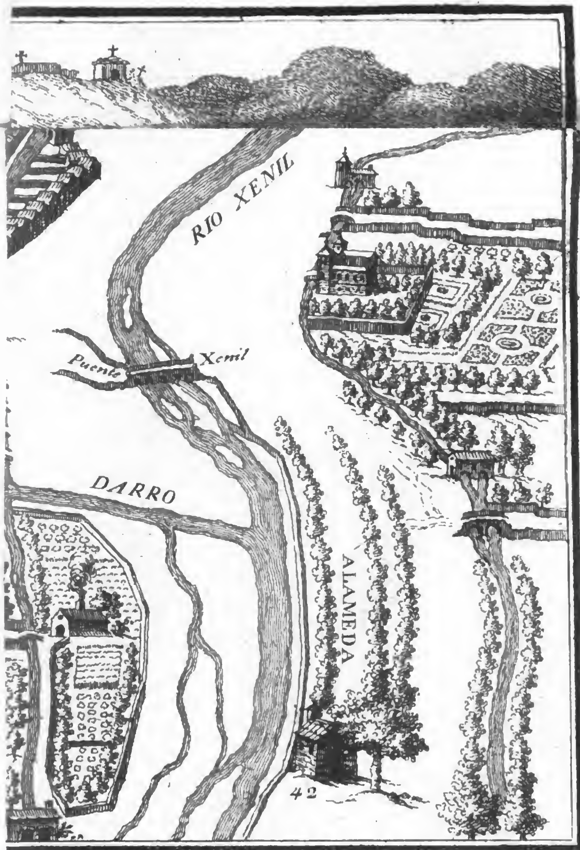
LIBRO SEGUNDO.

XI.

LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.


RIO XENIL
Puente
Xenil
DARRO
ALAMEDA
42

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA

DEL REBELION Y CASTIGO

DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA.

HECHA POR LUIS DEL MARMOL CARVAJAL.

CAPITULO PRIMERO,

Que trata de la provincia de la Andalucia, que los antiguos llamaron Betica, y como el reyno de Granada es una parte de ella.

La provincia Betica, tan celebrada de los antiguos escritores en España, es propriamente la que despues llamaron Vandalia ó Vandalocia, del nombre de una generacion de gentes llamados Vándalos, que moraron y tuvieron señorio en ella. Estos eran de nacion Alemanes, y entraron en la Galia, que llaman el dia de hoy Francia, con el consul Estilicon, dos años antes que Alarico Rey Godo saquease la ciudad de Roma, en el año quatrocientos y doce de nuestra salud, que se contaron mil docientos sesenta y quatro de su fundacion por Romulo: los quales acompañados con los Borgoñones, Alanos y Suevos, que tambien eran Alemanes, guerrearon con los Francos, pueblos de la pro-

vincia de Franconia que ocupaban la Galia: y echandolos de ella por fuerza de armas, les hicieron dar vuelta á su provincia, y se quedaron ellos en la tierra robandola á su voluntad. Contentandose pues los Borgoñones con aquella parte que llamamos Borgoña, los Vándalos, Alanos y Suevos pasaron á la provincia de Aquitania, que es en la de Narbona, y destruyendo y robando todas las comarcas, llegaron á los montes Pyreneos; mas no pudieron pasar por entonces á España, porque se lo defendió nuestra gente en la aspereza y fragosidad de aquellas montañas. Sucedió en este tiempo que un capitan del imperio Romano, llamado Gracian, se apoderó tiranicamente de la isla de Bretaña donde era natural, y durando poco en su tiranía, los mesmos soldados del exército le mataron y saludaron por Emperador á un soldado particular llamado Constantino, el qual pasó luego á la Galia contra los Vándalos, Alanos y Suevos, que estaban apoderados de ella, y guerreando fuertemente nunca pudo sujetarlos, y al fin hubo de hacer paz con ellos, aunque con este nombre de paz le burlaron muchas veces. Envió tambien este Emperador á España sus gobernadores que llamaban jueces, para que rigiesen y gobernasen la tierra en su nombre: los quales fueron muy bien recibidos en todas las provincias, y solamente dexaron de obedecer los dos nobles caballeros hermanos naturales de la ciudad de Palencia, llamados Dindino, y Veroniano, que siendo ricos y muy emparentados tomaron la voz de Honorio legítimo Emperador Romano, y por conservarle aquel reyno resistieron mucho tiempo á su costa el ímpetu de los enemigos, y les defendieron la entrada en España por los Pyreneos. Viendo Constantino la resistencia que los dos her-

hermanos hacían á sus gentes, envió contra ellos á su hijo Constancio, que siendo frayle le habia tomado por compañero en el imperio, con las esquadras de los Pittios, que por otro nombre llamaban Honoricianos, porque habian militado en Bretaña en servicio del Emperador Honorio, el qual pasó á fuerza de armas los montes Pyreneos, y llevando consigo los Vándalos, Alanos y Suevos, que como queda dicho, ocupaban toda la provincia de Aquitania, entró en España y peleó con Dindino y Veroniano, y los venció y mató, y destruyó toda la tierra de los Palentinos. De esta vez quedó abierta la entrada á estas gentes, y pasando mucho numero, asi Vândalos, como Alanos y Suevos, usaron en España insultos, muertes y crueldades jamas oídas ni vistas. Saquearon la ciudad de Astorga, cercaron á Toledo, y no la pudiendo tomar; destruyeron toda su comarca, y arrimandose al rio Tejo, pasaron á la ciudad de Lisbona, y la cercaron; aunque no pararon alli mucho tiempo, porque los ciudadanos les dieron gran suma de dineros, y se fueron á otras partes. Discurriendo pues victoriosos por España, andando el tiempo vinieron á ser señores de las provincias, y á repartirlas entre sí. La Lusitania, que es Portugal, cupo á los Suevos, Galicia y Mérida á los Alanos, y la Betica á los Vándalos, que tambien extendieron su señorío despues por Africa. Esto dice Orosio, y Papa Pio en el compendio que hizo de la historia del Blondo de Forli, lo trata largamente. Estos Vándalos dieron nuevo nombre á nuestra Betica, y por ellos fue despues llamada Vandalia, ó Vandalocia, y ahora la llamamos corruptamente Andalucía. Los escritores Africanos hacen mucha mencion de los Vándalos, y los llaman Nindeluz, y de baxo de este nom-
 bre

bre comprehenden todos los moradores de la Betica, y todo lo que poseyeron los Vándalos en Africa, conviene á saber, la tierra que cae desde la sierra Morena hasta el mar mediterraneo, y las dos Mauritanias Tingitania, y Cesariense, y parte de la Numidia, y de la Africa propria, especialmente lo que cae hácia nuestro mar: los quales destruyeron á Carthágo, como lo dice El Johorí en su Loga, y Mahomete Aben Jouhor en su geográfica. Y aunque este nombre Nindeluz se ha ido perdiendo entre los moradores de Berbería, en España se ha conservado y conservó siempre entre los Moros; y los Christianos naturales de esta provincia los llaman Andaluces. No dexaré de decir en este lugar, como algunos escritores Arabes llaman por oprobrio á los Vándalos Nindelez, nombre derivado de *delez*, que en su latinidad Arabe significa cosa de poca confianza, ó falsa, imputandolos de falsos. Y si bien se considera, las grandisimas crueldades, la poca fé, y sobra de malicia que los Vándalos usaron en Francia, en España, y en Africa, sin respetar cosa divina ni humana, parecerá haberles aplicado los Alarabes tan satíricos aquel nombre con alguna manera de razon, siendo poco diferente del proprio. Pasando despues los Vándalos en Africa con Genserico su Rey, so color de socorrer á Bonifacio contra Sisúlfo, los Visogodos que habian movido las armas contra ellos, ocuparon la provincia Betica, y la poseyeron hasta que los Alarabes destruyeron á España, los quales pusieron la silla de su imperio y secta en la ciudad de Córdoba, y la hicieron cabeza de la Betica, ó Vandalia. Mas declinando despues las cosas de los Alarabes, hubo entre ellos muchos Reyes; y siendo poco poderosos, guerreando con ellos quarenta y quatro

Reyes

Reyes Christianos, por espacio de setecientos setenta y tres años, al fin les fueron ganando las ciudades, villas y castillos que tenian, yendolos arrinconando siempre hácia la costa del mar mediterraneo, donde está el reyno de Granada ultima parte de la provincia Betica. Con los Moros que huían de las armas de los principes Christianos, se ennobleció y pobló este reyno, y floreció la famosa y gran ciudad de Granada, y su Rey se hizo rico y poderoso de gente, armas y municiones, y tanto, que pudo sustentarse largos tiempos. Esta noble ciudad dió nombre á todo el reyno, mas no por eso perdieron los moradores de ella y de él el nombre de Andaluces, ó Nindeluces, como los otros pueblos de la Betica ó Andalucia, y asi los llaman todavia los Africanos.

CAPITULO II.

Que trata de la descripcion del reyno de Granada, como lo poseía el Rey Moro Abul Hacen, quando los Católicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel comenzaron á reynar en Castilla y en Leon.

El reyno de Granada, como queda dicho, cae en la ultima parte de la provincia Betica sobre el mar mediterraneo, y fué lo postrero que los Moros enemigos de nuestra santa fé sustentaron en España, y de lo primero que los Alarabes ocuparon en su primera entrada, los quales le llaman Belet el Nindilúz, como si dixesemos, la tierra de los Andaluces: mas algunos antiguos le llamaron provincia de Ilíberia, por una famosa ciudad que alli habia, de que harémos particular mencion en esta historia. Los límites de este reyno, quando los Ca-

Cathólicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel reynaron por divina permision en Castilla y en Leon, eran en esta manera. A la parte de poniente comenzaba desde los términos marítimos mas orientales de la ciudad de Gibraltar, que los Alarabes llaman Gibel Fetoh, que quiere decir monte de la entrada de la victoria, desde una señal que hoy dia llaman los moradores de aquella tierra las tres piedras, y extendiendose largamente sobre el mediterraneo, llegaba á la parte de levante hasta el reyno de Murcia, bañandole los mares Herculeo, Iberio, y parte del Sardoo, que cae en el occidente del mediterraneo. Al cierzo confinaba con otros lugares de la Andalucía, que los Reyes Christianos habian cobrado en diferentes tiempos y ocasiones de guerras, como son las villas de Castellar, Ximena, Espera, Zara, la torre el Haquin, Olvera, villa Martin, Cañete, Hardales, Estepa, el Ponton de Don Gonzalo, Lucena, Cabra, Baena, Rute, Luque, Martos, Torreximena, Torre el campo, la ciudad de Jaen, la Guardia, Pegalajar, Torres Ximena, Belmar, Jódar, y Quesada. Y pasando mas adelante, confinando con los lugares del adelantamiento de Cazorla, y por las faldas de la sierra de Segura se iba á juntar con el reyno de Murcia. Todo lo que cae en este ámbito comprehendia el reyno de Granada, y era poseido por el Rey Moro en aquel tiempo, y habia algunas ciudades y villas en él, que siendo ocupadas por los Reyes Christianos, la sustentaban y tenian en ella sus fronteras. Estas eran Antequera y Alcalá la Real, y la villa de Archidona, y otras que no se comprehenden ahora en el reyno de Granada, si no en la otra parte de la Andalucía, no embargante que todas las villas y castillos que no son de la

la antigua jurisdiccion de las ciudades de Córdoba y Sevilla, fueron antiguamente de la provincia ó reyno de Iliberia, como lo dice Aben Ragid en un libro que hizo en Córdoba por mandado del Halifa de Damasco, intitulado Departimiento de las tierras de España, y entrada y conquista que los Alarabes hicieron en ella. Volviendo pues á nuestra descripcion, atraviesan por el reyno de Granada de poniente á levante dos sierras, la una mayor, mas alta y mas fragosa que la otra. La que es mayor cae hácia el mar mediterraneo, y tomando principio cerca de la ciudad de Gibraltar, hace las serranias de Ronda; y prosiguiendo entre las ciudades de Malaga y Antequera, dexa la hoya y la xarquía á mano derecha, y va por entre Velez y Alhama. En este parage hace el puerto que llaman de Zalia, ó Calha, llamado asi del nombre de una fuerte villa que habia junto á él en aquel tiempo hácia la parte de mediodia, la qual fué despoblada despues que los Católicos Reyes ganaron aquel reyno, y alli hicieron una fortaleza por baxo del sitio antiguo, donde hubo muchos años gente de guerra para la seguridad de aquel paso; y aun se ven el dia de hoy los muros en pie, yendo por el camino que va de Velez á Alhama sobre mano izquierda. Desde este puerto vuelve una cordillera de sierra que procede de la mayor, y va hácia la mar: llamanla tierra de Texeda, por los muchos texos que hay en ella, que son unos árboles derechos y altos como el acipres, y la madera es semejante al pino, y se aprovecha rolliza sin aserrar para enmaderar las casas, y para otras muchas labores. Baxando pues por la cordillera de esta sierra, que es alta y muy fragosa, á la mano derecha está pegada con ella otra sierra mas baxa, que la va acom-

acompañando hasta la mar, y la llaman sierra de Bentomiz del nombre de una villa antigua, que fué edificada en ella por los Alarabes primeros que conquistaron en España, y por un linage de ellos llamado Beni Tumi, que tambien pobló en la provincia de Argel en Berbería, y señoreó aquella ciudad muchos tiempos. En esta sierra de Bentomiz poblaron los Moros muchos lugares, y vivian en ellos ricamente por la cria de la seda, y por las pasas, higos, y almendras que alli se cogen. Hácia la mar se hace un peñon alto y muy fragoso, que llaman el peñon de Fixiniana del nombre de otro lugar que está cerca de él que los Christianos llaman corruptamente Fixiniana, del qual haremos particular mencion, quando tratemos de la jornada que Don Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, hizo sobre él. Volviendo pues al puerto de Zalia, donde se hace en lo alto de la tierra una hermosa dehesa de hierba y de encinares, que los Moros llaman Hesfaaraaya, que quiere decir campo de pastores, y los nuestros Safarraya, prosigue todavia esta sierra mayor, dexando á mano derecha la ciudad de Almuñecar en la costa de la mar, y á la izquierda la de Alhama, y va á dar á otro peñon, que está encima de los lugares de las Guáxaras, no menos fragoso y fuerte que el de Fixiniana, donde tambien hubo empresa memorable en esta guerra; y quedando á la marina en este parage el fuerte castillo y villa de Salobreña, va á dar la sierra al valle de Lecrin. A mano izquierda del proprio valle está la fertil y espaciosa vega de Granada, y á la derecha la villa de Motril y su tierra. Luego se vuelve á levantar en mayor altura, y prosigue todavia para levante, teniendo al mediodia las sierras de Lanjaron y la Thaá de Órgiba

ba, y á la parte del cierzo la nombrada y gran ciudad de Granada. Desde aqui para adelante llaman esta sierra Sierra nevada, por la contínua nieve que hay en ella; y los antiguos la llamaron Oróspeda, los Alarabes Xolair: y en las vertientes de ella, que caen hácia la mar, están las Thaas de la Alpuxarra, que Aben Raxid llama tierra del Sirgo, por la mucha seda que alli se cria. Los Alarabes llaman esta tierra Abuxarra, que quiere decir la rencillosa y pendenciera, porque, como dicen sus escritores, muchos tiempos despues de haber conquistado los Alarabes en España, se defendieron los Christianos en la aspereza de aquellas sierras; y si los sujetaron fué con que los dexasen vivir en nuestra fé: la qual fueron despues dexando poco á poco, y vinieron á tomar los ritos y ceremonias de su secta. Y esta soberbia de ser invencibles en sus sierras les duraba hasta nuestros tiempos. Dice Aben Raxid, exâgerando la fortaleza de España: "Esta provincia está cercada de tres fuertes muros, que naturaleza le dió para guarda y defensa de sus naturales: al mediodia tiene las asperisimas sierras del Sirgo, que mucho tiempo estuvieron por los Christianos; á levante los montes Pyreneos; á septentrion otras montañas, donde tambien se encastillaron los moradores de la tierra contra el poder de los Romanos, de los Godos y de los Alarabes.,, Hasta aqui dice Aben Raxid. Nueve leguas á levante de Granada, en los llanos que se hacen al pie de Sierra nevada, á la parte del cierzo está la ciudad de Guadix; y otras ocho leguas mas adelante la de Baza, en el parage de la qual hace la sierra mayor un valle que llaman rio de Almanzora, por un rio que corre por él con aquel nombre; y á la mano derecha sobre la costa de la mar está la ciu-

dad de Almería, que en un tiempo compitió con Granada en riquezas y poblacion. Proceden de la sierra mayor muchos ramos que van á dar á la mar con nombres de las poblaciones que hay en ellos, como son Cador, Filabres, y otros muchos. Y aunque la sierra principal se quiebra en el rio de Almanzora, despues se vuelve á levantar, y prosigue, no con tanta altura, y dexando á la marina las ciudades de Vera y Moxacar, se va á meter en el reyno de Murcia, donde la dexaremos, por no hacer mas al propósito de nuestra historia. Toda esta sierra, que hemos dicho, y las otras que proceden de ella son muy fragosas, y por la mayor parte habitables las haldas y senos de ellas, donde tienen los moradores muchas y muy buenas tierras de pan, y mucha hierba para la cria de los ganados, especialmente en los llanos que caen de una parte y otra de la sierra mayor: de la qual proceden muchas fuentes de aguas frias que baxan por los valles y quebradas con las riberas llenas de arboledas de toda suerte; y convirtiendose despues en diferentes rios, corren diferentemente unos á la mar, y otros á la parte del cierzo. Y por todas partes tenian los Moros muchos lugares poblados de gente rica por la cria de la seda y del ganado, que es la principal grangeria de aquella tierra. La otra sierra menor cae á la parte del cierzo en los confines que ahora llamamos Andalucía. Esta es la sierra de Illóra, que los Moros llaman Barbandara, y no es tan fragosa como la que hemos dicho. Hay en ella muchas villas y castillos fuertes, donde los Reyes de Granada tuvieron grandes tiempos su frontera contra los Christianos: y la sierra es muy apropriada para labores, y se coge por toda ella mucho pan, porque se quiebra mu-

muchas veces, y hace valles, lomas y cerros baxos, que todo se puede romper con el arado: y de esta manera va prosiguiendo por los mismos parages que la sierra mayor de poniente hácia levante con diferentes nombres, segun la poblacion de las villas y castillos que hay en ella. Entre estas dos sierras está la nobleza de todo el reyno de Granada, en las ciudades de Ronda, Antequera, Alhama, Loxa, Granada, Guadix y Baza: y sobre la costa de la mar están otras ciudades marítimas, como son Marbella, Malaga, Velez, Almuñecar, Almería, Moxacar, Vera. Y en todas ellas hay muchos caballeros y gente noble, que proceden de los conquistadores de la tierra, á quien los Cathólicos Reyes dieron largos repartimientos en pago y remuneracion de sus servicios. Otras tres poblaciones hay tambien con título de ciudades en este reyno, llamadas Uxixar y Codba en la Alpuxarra, y Purchena en el rio de Almanzora, que son menos nobles que las otras. Esto es lo que en general se puede decir del reyno de Granada, adelante le iremos describiendo mas en particular en los lugares que tocaremos en el discurso de la historia.

CAPITULO III.

Que trata de la antigua ciudad de Iliberia, que fué en este reyno de Granada.

La antigua ciudad de Iliberia, de quien hacen mencion algunos escritores antiguos, segun lo que adelante diremos, fué en la provincia Betica. Aben Raxid en aquel libro, que diximos que hizo en Córdoba, hablando de esta provincia dice de esta manera: "Ilibe-

ria, (aunque otros leen Eliberia, porque como en la gramática Arabe son las vocales puntos, facilmente se toma la *e* por la *i*, y la *o* por la *u*, porque diferencian poco en los lugares de los caractéres donde se ponen, como se hace tambien en lo Hebrayco, que se diferencia la vocal solamente en ser un punto, ó dos puntos puestos en un mesmo lugar): finalmente, Aben Raxid dice, Iliberia ciudad grande y rica, por el mucho Sirgo que de alli sale á todas partes de España, está sesenta mil pasos de Córdoba hácia el mediodia, y seis mil pasos de la sierra de la helada hácia el cierzo: están en sus términos los castillos siguientes, Jaen, Baeza, donde se labran ricas alhombras, Loxa, Almería y Granada, que antiguamente se llamó villa de los Judios, porque la poblaron Judios, y es la mas antigua poblacion del término de Iliberia, por medio de la qual pasa el rio Salon, que nace en el monte del arrayán, y entre sus arenas se hallan granos de oro fino. Y con él se junta luego otro rio mayor llamado Singilo, que baxa del monte de la helada. Y en estos términos está el castillo de Gacela, que ninguno semeja tanto á la ciudad de Damasco en riqueza como él: y en su término hay ricas piedras de marmol fino, blancas y negras, y matizadas de diversas colores.„ Hasta aqui dice Aben Raxid. De donde se colige haberse llamado Gacela en algun tiempo las alcazabas antiguas de la ciudad de Granada, que sin duda fué poblacion de Alarabes, y la primera que hicieron en aquella ciudad, por lo que se dirá adelante, la qual hallamos haberse tambien llamado Hizna Roman. Por estas razones se dexa bien entender, haber sido la antigua ciudad de Iliberia cerca de la ribera del rio Cubila que pasa al pie de la sierra, que

los

los modernos llaman Sierra Elvira á la parte del cierzo, donde hemos visto muchos vestigios y señales de edificios antiquisimos. Y los moradores de los lugares comarcanos se fatigan en vano, cavando en ellos, pensando hallar tesoros, y han hallado alli medallas muy antiguas de tiempo de gentiles. Y lo que mas arguye que sea esto asi, es la distancia que hay de alli á Córdoba, y á la sierra de la helada, que es la mesma que dice Aben Raxid. Finalmente Iliberia fué ciudad populosa cabeza de Obispado, y San Cecilio fué Obispo de ella en la primitiva Iglesia, y la Iglesia catedral de la ciudad de Granada celebra su fiesta el dia de hoy. Y el concilio Iliberitano parece mas verisímil haber sido en esta ciudad, que en Iberia ciudad de Cataluña, llamada hoy Colibre, de quien trata Pomponio Mela. Los que llamaron esta ciudad Eliberia, dicen que la fundó Eliberia hija de Ispan, y que le puso su nombre. A lo qual no contradigo, por la facilidad con que se pudo trocar aquella letra primera en tantos siglos; mas si bien se consideran los nombres que Tito Livio y otros escritores antiguos nos dan de las ciudades que florecian en aquellos tiempos en España, hallaremos, que la mayor parte de ellos comienzan en I, que es la letra primera del nombre de Ispan que la pobló, como son * Iliturgi, Ilerda, Ilegita, Ilipa, Ilucia, Ibera, y otras muchas. Y aun los nombres de las ciudades de Africa, que eran principales, comenzaban todas en T; muchas de las quales mantienen todavia los nombres antiguos, como son Taftana, Taculet, Tagaost, Tarudant, Tazarot, Tamarrocx, y otras muchas. Y la lengua antigua Africana se llama Tamazegt, y los Moros en lo Arabigo interpretan

tan lengua noble, y la llaman Quelem Amaric, tomando aquella T por epiteto, por ser la primera letra del nombre del primer poblador, que fué Tut, nieto de Noé. Volviendo pues á nuestra Iliberia, aquel escritor Arabe dice, que los gentiles, á quien ellos llaman Gehela, destruyeron esta ciudad antes que los Alarabes conquistasen en España, y que los Vándalos la ennoblecieron, y estuvo próspera en su tiempo; y que los Alarabes la ganaron por fuerza de armas, y la destruyeron y asolaron gran parte de ella; finalmente fueron ellos los que la acabaron de destruir, mudando la poblacion, que habia quedado, á la ciudad de Granada, de la qual diremos adelante; solamente se advierte al lector, que Elvira es nombre corrompido al gusto de nuestra lengua vulgar, porque los Moros llaman la sierra donde fué esta ciudad de Iliberia, Gebel Elbeyra, que quiere decir sierra desaprovechada, ó de poco fruto, porque no tiene agua, ni leña, ni aun hierba. Otros la llaman Sierra de los Infantes, porque á un lado de ella á la parte de Granada, junto á un lugar que llaman el Atarfe, tuvieron asentado su real los Infantes Don Juan y Don Pedro su sobrino, hijo y nieto del Rey Don Alonso el Sabio, y siendo desbaratados por Odman, ó Hozmin, alcayde de Ismaél Rey de Granada, murieron entrambos á dos en el año del Señor mil trecientos y veinte. Despoblada Iliberia, solamente quedó en pie el castillo, y algunos barrios en la ribera del rio: y los Reyes Moros daban aquella tenencia á deudos suyos, ó á personas de cuenta. Y estando en Granada el año de mil quinientos setenta y uno nos mostró un Morisco dos títulos de aquella alcaydía que habia sido de sus pasados, los quales estaban en un

un papel grueso, como de estraza, muy bruñido y colorado, y algunas letras mayúsculas de oro, que cierto fué contento verlos por su antigüedad, y por el estilo de las patentes de aquellos Reyes. Este castillo estuvo muchos tiempos en pie, hasta que los Reyes Cathólicos le derribaron en las entradas que hicieron en la vega. Veense todavia alli junto al rio dos barrios, que llaman Pinos de la puente.

CAPITULO IV.

En que se declara donde fue la villa de los Judios, que Raxid dice.

Conforme á lo que Raxid dice, la villa de los Judios fué en aquella parte de la ciudad de Granada, que está en lo llano entre los dos rios referidos, que los naturales llaman por Salon Darro, y por Singilo Genil, desde la parroquia de la Iglesia mayor hasta la de santo Matia, donde se hallan cimientos de fábricas muy antiguas, y la fortaleza debió ser donde ahora están las torres Bermejas, porque segun fuimos informados de los naturales de la tierra, el muro que baxa de estas torres roto y aportillado en muchas partes es el edificio mas antiguo de esta ciudad; y los demás que cercaban la villa debieron de irse deshaciendo como se fué acrecentando la poblacion. Conforme á esto trae verisimilitud lo que el curioso Garibay, escritor moderno, dice en su Compendio historial, que Granada se llamó Garnat, que en lengua Hebrea quiere decir la peregrina, porque la poblaron los Judios que vinieron á España en la segunda dispersion de Jerusalen. Quanto á esto en-

entiendo, que debieron ser los de Nabucodonosor, que vinieron muchos años antes, y estos eran de Phenicia, de Tyro y Sidon, y se llamaron Mauros Mauroforos. Poblaron en esta costa y en la de Africa las ciudades Libyas Phenicias, y de ellos tomaron nombre las Mauritanias Tingitania y Cesariense. En los altos pues que caen sobre Granada, parece que pudo estar fundada la antigua ciudad de Illipa, que refiere Tito Livio en el quinto libro de la quarta decada, quando dice, que cerca de ella Publio Cornelio Scipion Proconsul Romano venció á los Lusitanos que andaban robando aquella tierra, y les mató quince mil hombres, y les quitó la presa que llevaban: y llegandóse á la ciudad de Illipa lo puso todo delante de las puertas, para que los dueños conociesen lo que les habian robado, y se lo restituyó. Y conforme á esto los Judios debieron de poblar entre los dos rios referidos, y no en los altos donde Dios habria permitido la destruicion de aquella ciudad, como de otras muchas de este reyno. No he podido hallar mas claridad en quanto á esta villa de los Judios de la referida; mas en lo que toca á la poblacion que los Alarabes y Moros hicieron en la ciudad de Granada; en qué tiempos, y porqué razon, y los nombres de las fortalezas y barrios de ella, y de la manera que se fué aumentando y ennobleciendo, todo esto diremos con mucha certidumbre, porque pusimos diligencia en saberlo, asi por relaciones de Moriscos viejos, como por escrituras Arabes, y letreros esculpidos en piedras antiguas, que vimos en las ruinas de los soberbios edificios de esta ciudad.

CA-

CAPITULO V.

En el qual y en los que se siguen se trata de la descripcion de la ciudad de Granada, y de su fundacion.

El sitio de la ciudad de Granada como se ve el dia de hoy, es marabilloso y harto mas fuerte de lo que desde fuera parece, porque está puesta en unos cerros muy altos, donde á mi juicio fué la antigua Illipa, que proceden de otros mayores que la ciñen á la parte de levante y del cierzo: y ocupando los valles que hay entre ellos, se extiende largamente por un espacioso llano á la parte de poniente, donde está una hermosísima vega llana y quadrada, llena de muchas arboledas y frescuras, entre las quales hay muchas alcarías pobladas de labradores y gente del campo, que todas ellas se descubren desde las casas de la ciudad. A las espaldas de estos cerros está una sierra, que se alza desde el rio de Aguas blancas, que corre entre ella y la de Güejar, y va hácia el cierzo con diferentes nombres. Al principio la llaman sierra de Guete de Santillana, luego sierra del Albaycin, y al cabo sierra de Cogollos y de Hiznaleuz: por manera que estando cercado el sitio de esta ciudad por esta parte de sierras ásperas y muy fragosas llenas de muchas quebradas, y teniendo al mediodia la sierra mayor y la Alpuxarra, jamas fueron poderosos los Reyes Christianos para poderla cercar, si no fue por la parte de la vega, donde pusieron algunas veces su real para solo talar y destruir los panes y arboledas que habia en ella, y necesitar á los moradores con hambre. Estaba esta ciudad en tiempo de Moros cercada de

de muros y torres de argamasa tapiada, y tenia doce entradas alderredor en medio de fuertes torres con sus puertas y rastillos, todo doblado y guarnecido de chapas de hierro, y sus rebellines y fosos á la parte de fuera: y habia tanto numero de gente de guerra dentro, y en los lugares de las sierras sus comarcanas, que con razon la podemos poner en el numero de las muy fuertes y poderosas; mas despues acá se ha tenido y tiene menos cuenta con su fortificacion, gozando los conquistadores de la dorada paz. La primera fundacion de esta insigne ciudad, como diximos en el capítulo antes de éste, fue la que llama Raxid villa de Judios, que debió ser cerca de la antigua Illipa, como queda dicho en el capítulo antes de éste. Despues de esto quando Tarique Aben Zara ganó á España, unos Alarabes de los que vinieron con él de Damasco edificaron cerca de ella un castillo fuerte sobre un cerro, que agora cae dentro de la ciudad, llamado el cerro de la Alcazaba antigua. A este castillo llamaron Hizna Roman, que quiere decir el castillo del Granado, porque debia de haber alli algun granado, de donde tomaron la denominacion, y de esto dan testimonio las escrituras antiguas, que hemos visto en aquella ciudad, de posesiones, que estan dentro del ámbito de él: y aunque está desmantelado á la parte de la ciudad, por razon de la poblacion de casas que fue despues creciendo, lo que cae á fuera se tiene todavia los muros en pie, y los Moriscos le llaman Alcazaba Cádima, que quiere decir castillo ó fortaleza antigua. Tambien nos mostró un Morisco unas letras Arabes escritas en una tapia de este proprio muro antiguo, que parecia haber sido hechas con algun hierro ó palo delgado, estando la argamasa blanda al tiempo que tapia-

piaban, en las quales se contienen palabras del Alcoran, que es testimonio de haberse hecho en tiempo de Alarabes sectarios, y no antes. El mesmo nos certificó, que podia haber quarenta años que habia visto unas letras Arabes esculpidas en una piedra antigua, que estaba sobre la boca del algibe de la Iglesia de San Jusepe, que decian, como los vecinos de Hizna Roman habian hecho aquel algibe de limosnas para servicio de los morabitos de aquella mezquita; porque en esta Iglesia, y al pie de la torre antigua, que está en ella, estaba una hermita ó rábita, que llamaban Mezquit el Morabitin, y era de las primeras que los Alarabes edificaron en aquella tierra, la qual estaba fuera de los muros de Hizna Roman, y lejos del rio Darro en la mitad de la ladera del cerro. Y porque los morabitos tenian trabajo en haber de baxar por agua al rio, acordaron de hacerles alli aquel algibe; y que Diego Fustero, mayordomo de aquella Iglesia, habia quitado de alli la piedra, queriendo hacer un aposento sobre el proprio algibe. Otros nos dixeron, que quando el Emperador Don Carlos fue á la ciudad de Granada el año del Señor mil quinientos veinte y seis, un Morisco principal llamado el Zegrí habia hecho quitar todas las piedras de letreros Arabes que habia en el Albaycin y en la Alcazaba, y que habia quitado aquella piedra entre las otras. Baste esto para testimonio de que se llamó esta Alcazaba Hizna Roman. Creció despues su poblacion hácia el rio Darro, y en el año del Señor mil y seis habia ya otra nueva Alcazaba entre la vieja y el rio, que tenia mas de quatrocientas casas, la qual llamaron Alcazaba Gidid, que quiere decir Alcazaba nueva. Esta segunda poblacion dicen que hizo un Africano natural de las sierras de Velez de

la Goméra, llamado el Bedicí Aben Habuz, y que la llamó Gazela, tomando la denominacion de un animal que hay en Africa, muy bien compuesto y de grande ligereza, que anda siempre tan recatado, que no se asegura sino en las cumbres y lugares altos de donde descubra y señoree la tierra, y le llaman los Africanos Gazela: porque este hombre guerrero la mucha experiencia le daba á entender, que para sustentarse en aquella tierra era menester estar siempre en vela. En el ámbito de la Alcazaba nueva hay tres barrios, que parece haber sido cercados cada uno de por sí en diferentes tiempos, y todos estaban inclusos debaxo de un muro principal. El primero y mas alto está junto con la Alcazaba antigua en la parroquia de San Miguel, y alli fueron los palacios de el Bedicí Aben Habuz, en las casas del Gallo, donde se ve una torrecilla, y sobre ella un caballero vestido á la morisca sobre un caballo ginete, con una lanza alta y una adarga embrazada, todo de bronce, y un letrero al traves de la adarga que decia de esta manera: *Calet el Bedicí Aben Habuz quidatehabez Lindibuz*, que quiere decir: "Dice el Bedicí Aben-Habuz, que de esta manera se ha de hallar al Andaluz.„ Y porque con qualquier pequeño movimiento de ayre vuelve aquel caballo el rostro, le llaman los Moriscos Dic reh, que quiere decir Gallo de viento, y los Christianos llaman aquella casa la casa del Gallo. El segundo, donde habia la mayor contratacion antiguamente, quando florecía Gazela, es el de la parroquia de San Joseph. Alli estaba la mezquita de los morabitos, y tenian sus casas los mercaderes y tratantes. Y el tercero era el de la parroquia de San Juan de los Reyes, iglesia edificada por los Reyes Cathólicos en el sitio de una mezqui-

quita, que los Moros llamaban Mozchit el Teybin, que quiere decir Mezquita de los convertidos: llamabanle barrio de la Cauracha por una cueva que alli habia, que entraba debaxo de tierra muy gran trecho, porque Caura en Arabigo quiere decir cueva. De aqui fabularon algunos diciendo, que una señora llamada Nata moraba en Iliberia, y encerraba su pan en aquella cueva, y que de alli se tomó el nombre de Garnata, porque Gar quiere decir cueva ó cosa honda. Andando pues el tiempo vino á extenderse la poblacion de la Alcazaba nueva hasta llegar al proprio rio Darro, donde se pobló otro barrio agradable y muy deleytoso, que llamaron el Haxaryz, que quiere decir la recreacion y deleyte: el qual es muy celebrado en los versos de los poetas Arabes por las muchas fuentes, jardines y arboledas que los regalados ciudadanos tienen dentro de las casas. Este barrio comienza desde San Juan de los Reyes, y llega hasta el rio Darro, donde está la parroquia de San Pedro y San Pablo, y hasta llegar al monasterio de nuestra Señora de la Victoria, que cae en él.

CAPITULO VI.

En que prosigue la descripcion y fundacion de la ciudad de Granada.

Todas estas poblaciones vinieron despues á incluirse debaxo de un solo muro, cuyos vestigios y señales se ven en muchas partes entre las casas de los ciudadanos, y por defuera se está todavia en pie el muro desde la puerta de Guadix, por el cerro arriba, hasta baxar á la puerta Elvira por la otra parte. Algunos quisieron de-

cir,

cir, que por estar los barrios cercados cada uno de por sí, inclusos en el muro principal, de la manera que están los cascos dentro de la granada, y la Alcazaba antigua puesta en la corona del cerro, se llamó la ciudad Granada: lo qual yo no apruebo, ni repruebo, aunque trae harta similitud la ciudad con el nombre. Poblóse tambien otro barrio por baxo de las casas del Gallo, y fuera de los muros de la Alcazaba, á manera de un arrabal llamado el Zenete, donde moraban una generacion de Moros Africanos llamados Béni Zeneta, que venian á ganar sueldo en las guerras, y los Reyes Moros se servian dellos, como de milicia segura, para guardia de sus personas: y por tenerlos cerca de sí, quando sus palacios eran en las casas del Gallo, les dieron aquel sitio donde poblasen, el qual es áspero, y se extiende por una ladera abaxo hasta llegar á lo llano. Despoblóse despues la ciudad de Iliberia por los daños que los Cordobeses hacian á los vecinos que habian quedado en ella, ó por mejorarse en la nueva poblacion que florecia, y se iba cada dia aumentando, y en todo se hacia muy semejante á la ciudad de Fez, que pocos años antes habia sido edificada en la Mauritania Tingitania, y ennoblecida por los sectarios de la casa de Idrís, como diximos en nuestra Africa, y las gentes que de ella vinieron poblaron aquel llano, que está debaxo del barrio del Zenete, y á la parte de la vega hasta la plaza nueva; y andando el tiempo vino á henchirse de casas el espacio que habia vacío entre la Alcazaba y la villa de los Judios, que eran guertas y arboledas. Hecho un cuerpo y una ciudad, los Reyes la ciñeron de muros y torres, como se vé el dia de hoy: en la qual hay catorce puertas principales, sin las dos que están en el barrio del

Al-

Albaycin, para el uso de los moradores, que todas tienen nombres moriscos, aunque corruptos: la primera y principal llamaron Bib Elbeyra, esta es la puerta de Elvira, que cae á la parte de la sierra Elvira, donde estaba la ciudad de Iliberia: y volviendo hácia poniente está Bib el Bonayta, que quiere decir puerta de las eras, y agora se llama puerta de San Gerónimo, porque se sale por ella al monasterio de señor San Gerónimo. Luego sigue Bibel Marstan, que quiere decir puerta del hospital de los incurables: porque donde agora está sant Lazaro habia un hospital de incurables, y los Christianos la llaman Bib Almazan. Adelante está la puerta de Bibarrambla, que los Moros llamaban Bib Ramela, puerta del arenal. Luego está Bib Taubin, puerta de los curtidores, y adelante Bib Lacha, ó puerta del pescado: luego siguen Bib Abulnest, que llaman puerta de la Madalena, Bib el Lauxar, que hoy es la puerta del Alhambra, ó de la calle de los Gomeres, Bib Gued Ayx, puerta de Guadix, Bib Adam, puerta del osario, y agora puerta del Albaycin, Bib el Bonut, puerta de los estandartes, porque en la torre que estaba sobre ella se arbolaba el primer estandarte, quando habia eleccion de nuevo Rey, ú otra cosa señalada en Granada. Y pasando mas adelante está deshecha la puerta que llamaban del Beyz, que quiere decir del trabajo ó de los trabajadores: luego está Bib Cieda, puerta de la señoría, la qual estuvo grandes tiempos cerrada por un pronóstico que tenian los Moros, que les decia que por alli habia de entrar la destruicion del Albaycin, que es otro barrio muy grande, de que haremos mencion adelante: y la mandó abrir el año de mil quinientos setenta y tres Don Pedro de Deza Presidente de la Real Audiencia de Gra-

Granada, que despues fue Cardenal de la santa Iglesia de Roma. La otra es Bib el Alacaba, que quiere decir la puerta de la cuesta, la qual sale á la cuesta que baxa por defuera del muro de la Alcazaba encima de la puerta Elvira, y es de las mas antiguas puertas de Granada. Este barrio del Albaycin se comenzó á poblar en tiempo que reynaba en Castilla el Rey Don Hernando el santo, cerca de los mil docientos veinte y siete años de Christo. Poblóse de los Moros que despoblaron las ciudades de Baeza y de Ubeda, los quales por no ser Mudejares del Rey se fueron á vivir á Granada, y Aben Hut, Rey de aquella ciudad, los recogió, y les dió aquel sitio donde poblasen. Los primeros fueron los de Baeza, y siete años despues los de Ubeda. Tomó nombre de sus primeros pobladores, y creció tanto con las gentes, que acudian de todas partes huyendo las armas de los Príncipes Christianos, que vino á competir en riquezas, en nobleza de edificios, y en contrataciones, con los antiguos ciudadanos de Granada.

CAPITULO VII.

En que prosigue la descripcion de Granada, y trata del reyno de los Alahamares, y de los edificios que edificaron.

Sucedieron despues de esto grandes guerras entre los Moros de España, levantandose muchos caudillos con título de Reyes, mas molestos que poderosos, y entre ellos uno llamado Mahamete Abuzayd Ibni Aben Alahamar, de quien hacemos particular mencion en nuestra historia de Africa; que se apoderó de todo el reyno de

de Granada, y reynaron en él sus descendientes hasta el año de mil quatrocientos noventa y dos. Estos Reyes se hicieron ricos y poderosos con las ocasiones de los tiempos, y ennoblecieron su ciudad unos á porfia de otros; renovaron los muros, y acrecentaronlos por muchas partes; cercaron el Albaycin, hicieron castillos y fortalezas; y edificaron suntuosos palacios para su morada. Reynando pues Abi Abdilehi hijo de Abuzaid, segundo Rey de esta casa de los Alahamares; y siendo muy victorioso contra sus enemigos, se comenzó á edificar la fortaleza de la Alhambra, y le puso nombre de su mesmo apellido. Su primera fundacion fué en el lugar donde agora está la torre, que dicen de la campana, en la cumbre de un alto cerro que señorea la ciudad, opuesto al cerro de la Alcazaba, y tan cerca de él, que solo el rio Darro los divide. Este mesmo Rey edificó otro castillo pequeño con su torre de homenage en las ruinas de otra fortaleza antigua, que debió ser la de la villa de los Judios, y la llaman agora las torres bermejas. Edificó ansimesmo una fuerte torre en la puerta de Bib Taubin, sobre la qual hicieron los Reyes Cathólicos Don Hernando y Doña Isabel un pequeño castillo; y demas de esto hizo cinco torres en el campo alderredor de la ciudad á la parte de la vega, donde se pudiesen recoger los Moros que andaban en las labores en tiempo de necesidad. A este Rey imitaron otros que le sucedieron con mayor fuerza y riqueza: los quales prosiguiendo en el edificio de la Alhambra la ensancharon y ennoblecieron marabillosamente, en especial Abil Hagex Jucef hijo de Abil Gualid, que reynó cerca de los años de Christo mil trecientos treinta y seis, que fueron setecientos quarenta y cinco de la hixara, y la-

bró los suntuosos edificios de los alcázares, donde gastó mucha parte de sus tesoros en veinte y dos años que reynó felicemente gozando de una larga paz. Estos alcázares, ó palacios reales son dos, tan juntos uno de otro, que sola una pared los divide. El primero y mas principal llaman quarto de Comáres, del nombre de una hermosísima torre labrada ricamente por dedentro de una labor costosa y muy preciada entre los Persas y Surianos, llamada Comaragia. Alli tenia este Rey los aposentos del verano, y desde las ventanas de ella, que responden al cierzo, y al mediodia, y á poniente, se descubren las casas de la Alcazaba del Albaycin, y de la mayor parte de la ciudad, y toda la ribera del rio Darro, y la vega, con hermosa y agradable vista de jardines y arboledas que recrean grandemente á quien lo mira. A la entrada de este palacio está un pequeño patio con una pila baxa á la usanza Africana, muy grande y de una pieza, labrada á manera de venera, y de un cabo y de otro están dos saletas labradas de diversos matices y oro, y de lazos de azulejos, donde el Rey juntaba á consejo y daba audiencia; y quando él no estaba en la ciudad, oía en la que está junto á la puerta el Cadí ó justicia mayor á los negociantes, y á la puerta de ella está un azulejo puesto en la pared con letras Arabes que dicen: "Entra y pide, no temas de pedir justicia, que hallarla has." El segundo palacio, que está á la parte de levante, llaman el quarto de los leones, por una hermosa fuente que tiene enmedio de un patio enlosado todo de alabastros, y con muy ricos pilares alderredor, que sustentan los soportigos de los palacios y salas. Esta fuente tiene una gran pila de alabastro alta sobre doce leones de lo mesmo puestos

en

en rueda, tamaños como becerros, y por tal artificio horadados, que responde el agua de uno en otro, y todos la echan á un tiempo por las bocas, y por encima de la pila sale un golpe muy grande, que vierte y baña todos los leones. En este quarto están los aposentos, alcobas y salas reales, donde los Reyes moraban de hibierno, no menos costosos de labor que los de la torre de Comáres. Alli tenian su baño artificial solado de grandes alabastros, y con sus fuentes y pilas donde se bañaban. A las espaldas del quarto de los leones, hácia mediodia, estaba una rauda, ó capilla real, donde tenian sus enterramientos, en la qual fueron halladas el año del Señor mil quinientos setenta y quatro unas losas de alabastro, que segun parece estaban puestas á la cabecera de los sepulcros de quatro Reyes de esta casa; y en la parte de ellas, que salia sobre la tierra, porque estaban hincadas derechas, se contenian de entrambas partes epitafios en letra Arabe dorada puesta sobre azul, en prosa y en verso, en loa y memoria de los jacentes. De las quales sacamos un traslado que poner en esta nuestra historia, por ser estilo peregrino diferente del nuestro; y por no interrömper el orden de la descripcion de la ciudad, lo pornemos al cabo de ella en un capítulo de por sí.

CAPITULO VIII.

Que contiene la materia del pasado, y trata de las recreaciones que tenian los Reyes Moros en esta ciudad.

Demas de estos dos ricos alcázares tenian aquellos Reyes infieles otras muchas recreaciones en torres, en

palacios, en guertas, y en jardines particulares, ansi dentro, como fuera de los muros de la ciudad y de la Alhambra, como era el palacio y guerta de Ginalarife, que quiere decir huerta del Zambrero, que está como un tiro de herradura de la puerta falsa de aquella fortaleza, á la parte de levante, y tiene dentro grandes arboledas de árboles frutales, y de plantas y flores olorosas, y mucha abundancia de agua de una acequia que se toma del rio Darro, y se trae por lo alto de la loma de aquel cerro muy gran trecho, con la qual se regaban las guertas y cármenes que estaban en aquella ladera, hasta llegar al rio. Tenian asimesmo otro palacio de recreacion encima de éste, yendo siempre por el cerro arriba, que llamaban Darlaroca, que quiere decir palacio de la novia: el qual nos dixeron que era uno de los deleytosos lugares que habia en aquel tiempo en Granada, porque se extiende largamente la vista á todas partes; y agora está derribado, que solamente se ven los cimientos. A las espaldas de este cerro, que comunmente llaman cerro del Sol, ó de Santa Elena, se ven las reliquias de otro rico palacio, que llaman los Alixares, cuya labor era de la propria suerte, que la de la sala de la torre de Comáres; y alderredor de él habia grandes estanques de agua, y muy hermosos jardines, vergeles y guertas: lo qual todo está al presente destruido. Yendo pues el cerro abaxo al rio de Xenil, que cae de la otra parte hácia mediodia, estaba otro palacio, ó casa de recreacion, para criar aves de toda suerte, con su guerta y jardines, que se regaba con el agua de Xenil, llamado Darluet, casa de rio, y hoy casa de las gallinas. Y demas de todos estos palacios y jardines tenian las guertas reales en la loma y campo

de

de Abulnest, donde llaman agora campo del Príncipe, que llegaban desde la halda del cerro, donde está la ermita de los Martyres, hasta el rio Xenil. En estos jardines estaban los veranos los Reyes, por ser alderredor de la Alhambra; y aunque tenian otros palacios en la Alcazaba con jardines y guertas á la parte de la vega, no moraban en ellos, por quitarse del tráfago y comunicacion del pueblo escandaloso y amigo de novedades; y por esto comenzaron y acabaron aquella fortaleza fuera de los muros de la ciudad, y cerca de ella, á imitacion de los Reyes de Fez, que hicieron otro tanto por la mesma razon pocos años antes: los quales dexando los palacios que tenian en la Alcazaba de Fez el viejo, edificaron la fortaleza de Fez el nuevo, que llamaron la blanca, donde vivian mas seguros con sus casas y familias, porque los Reyes de Granada siempre fueron imitando á los de Fez, y las ciudades en sitio, ayre, edificios y gobierno, y en todo lo demás, fueron muy semejantes.

CAPITULO IX.

Que prosigue la materia del pasado, y trata de otras poblaciones, y de los rios Darro y Xenil.

Reynando Abí Abdilehi Abil Hagex Jucef en tiempo del Rey Don Alonso el Onceno, cerca de los mil trecientos treinta y quatro años de Christo, se pobló el barrio que hoy llaman la calle de los Goméres, de una generacion de Africanos naturales de las sierras de Velez de la Goméra, llamados Goméres, que venian á servir en la milicia; y por la mesma razon que los Cenetes

tes poblaron el otro barrio, hicieron ellos alli su morada cerca de los alcázares de la Alhambra. Lo que agora llaman la Churra se llamó en otro tiempo el Mauror, que quiere decir el barrio de los aguadores, porque moraban en él hombres pobres que llevaban á vender agua por la ciudad. Despues de esto en el año del Señor mil quatrocientos y diez, los Moros que vinieron huyendo de la ciudad de Antequera, quando el Infante Don Hernando, que despues fué Rey de Aragon, la ganó, siendo tutor del Rey Don Juan el Segundo, poblaron el barrio de Antequeruela, que está en la loma de Ahabul, cerca de la ermita de los Mártyres. En esta loma se ven grandes mazmorras y muy hondas, donde antiguamente, quando los Reyes de Granada no eran tan poderosos, encerraban los vecinos su pan, por tenerlo mas seguro; y despues las hicieron prision de Christianos captivos para encerrarlos de noche, y detenerlos de dia, quando no los llevaban á trabajar; y la Cathólica Reyna Doña Isabel en comemoracion del martyrio que padecieron en aquel captiverio muchos fieles Christianos por Jesu-Christo, ganada la ciudad mandó edificar alli una ermita de la advocacion de los Mártyres, y la dotó, y hizo anexa á su capilla real. Y en el año del Señor mil quinientos setenta y tres un bendito padre llamado fray Gerónimo Gracian de Antisco, hijo de Diego Gracian, secretario de su Magestad, siendo Provincial de la Orden de los Carmelitas de nuestra Señora de Monte Carmelo de la observancia, favorecido de las limosnas que el Conde de Tendilla, y la Condesa Doña Catalina de Mendoza su muger, hicieron para la obra y sustento de los frayles, fundó en aquella ermita un Monasterio de frayles de su Orden,

an-

andando edificando otros muchos por Castilla, y por la Andalucía en compañia del padre Mariano de nacion Senés, hombre religioso y de santa vida, que fué el primero que en España la resucitó. Habia en Granada, quando la poseían los Moros, y especialmente en tiempo de Abíl Hascen, cerca de los mil quatrocientos setenta y seis años de Christo, treinta mil vecinos, ocho mil caballos, y mas de veinte y cinco mil ballesteros, y en solos tres dias se juntaban de los lugares de la Alpuxarra, sierra, valle y vega de Granada mas de otros cincuenta mil hombres de pelea. Los muros que la rodean tienen mil y trecientas torres: las salidas hácia la parte de la vega son llanas y muy deleytosas de arboledas, y las que responden á la parte de la sierra: no con menor recreacion se sale por ellas entre cármenes y guertas de muchas frescuras, especialmente saliendo por la puerta del Albaycin, que llaman Fex el leuz, donde están los cármenes de Aynadamar, y por la ribera del rio Darro arriba. Este rio nace quatro leguas á levante de la ciudad, de una fuente muy grande, que sale de la sierra del Albaycin, donde están los lugares de Gúetor, Veas y Córtes, y con muchas frescuras de guertas, que toman mas de dos leguas. Corre por entre dos cerros muy altos, y va á meterse en la ciudad por junto á la puerta de Guadix. Sacanse de él las acequias con que se riegan los cármenes y guertas que están en las laderas de los dos cerros, una de ellas va á Ginalarife, y de alli á la Alhambra y á otras partes; otra va á entrar en la ciudad por la falda del cerro de la Alcazaba, donde está el monasterio de nuestra Señora de la Victoria, y pasa derecha á San Juan de los Reyes; y proveyendo las fuentes de las casas del barrio del Haxariz, va á los pi-

pilares públicos, y casas de particulares. Demás de estas dos acequias hay otra que se toma del mesmo rio, y la llaman acequia de los molinos: la qual á la parte de la Alhambra, y por baxo del barrio de la Churra va á la parroquia de Santa Ana; y de alli se reparte de manera, que no se tiene por casa principal la de este barrio, que no tiene agua propria dentro. El restante del rio atraviesa por medio de la ciudad, y llevandose las inmundicias, va á meterse en el rio Xenil fuera de la puerta de Bibarambla. El agua y el ayre de este rio Darro es muy saludable. Hallanse en él, como queda dicho, granos de oro fino entre las arenas, que segun dicen los Moriscos, las trae la corriente de las raices del cerro del Sol, que está detrás de Ginalarife: en el qual se entiende que hay mineros de oro por lo mucho que rebervera alli el sol, quando sale, y quando se quiere poner. Llamóse antiguamente este rio Salon, y algunos escritores le llamaron Daureo; mas los Moros le llamaron Darro, y dicen que es nombre corrupto derivado de Darrayhan, porque nace en aquella sierra del Albaycin de un monte que llaman Darrayhan. Otros dicen que es nombre derivado de Diarcheon, como le llamaron los Griegos. Finalmente, llámese como quisiere, él es un rio muy provechoso, y los ciudadanos se sirven de su agua dentro y fuera de la ciudad, asi para beber, como para regar los campos. Por la otra parte hácia el mediodia cerca de los muros pasa el otro rio mayor llamado Xenil, á semejanza del Nilo. Los antiguos le llamaron Síngilo, su fuente es en Sierra nevada en una umbria que está encima del lugar de Güejar, y los Moros la llaman Hofarat Gihena, que quiere decir valle del infierno: y procede esta agua de una laguna muy

muy grande, que está en la mas alta cumbre de la sierra junto al puerto Loh. De alli se despeña por valles fragosísimos de peñas entre aquellas sierras y la de Güejar, y en él se hallan ricos mineros de jaspes matizados de diversas colores, de donde el Rey Don Felipe nuestro Señor hizo sacar las ricas piedras verdes de que está hecho su sepulcro en San Lorenzo el Real; y sale al lugar de Pinos, y de alli á Cénes y á Granada, llevando consigo otros siete rios, cuyas fuentes nacen de la mesma umbria, llamados Huet Aquila, Huet Tuxar, Huet Vado, Huet Alguaar, Huet Belchitat, Huet Beleta, y Huet Canales. Demas de estos entra despues en el otro rio, que llaman de aguas blancas, que viene de mas lexos, y corre al norte de la sierra de Güejar por los lugares de Dudar y Quentar. Con todas estas aguas pasa Xenil por defuera de los muros de Granada; y tomando consigo á Darro, y al rio de Monachil, que los antiguos llamaron Flum, y al de Dílar, dexando regada toda la vega con el agua de sus acequias, que la hacen fertilísima de trigo, cebada, panizo, alcándia, lino, frutas, y hortalizas de todas maneras, corre hácia poniente; y recogiendo el rio Cubila por baxo de la puente de Pinos de la vega, dexa la villa de Íllora, y la sierra de Barbándara á la mano derecha, y va á la ciudad de Lôxa; y haciendo fértiles aquellos campos y valles por do pasa, se va despues á meter en Guadalquivir rio caudaloso, á quien éste y otros, que no conocen la mar, encomiendan sus aguas.

arboledas que se riegan con el agua de las acequias, que proceden de los dos rios arriba referidos: con las quales muelen tambien muchos molinos de harina: por manera, que de todas partes es Granada abundantísima de agua de rios y de fuentes. Desde las casas se descubre una vista jocunda y muy deleytosa en todo tiempo del año. Si miran á la vega, se ven tantas arboledas y frescuras, y tantos lugares metidos entre ellas, que es contento; si á los cerros, lo mesmo; y si á la sierra, no da menor recreacion verla tan cerca, y tan cargada de nieve la mayor parte del año, que parece estar cubierta con una sabana de lienzo muy blanca.

CAPITULO XI.

Que prosigue la materia del pasado, y trata de la fertilidad y abundancia de Granada. Ponense aqui los quatro epitafios que estaban en la Rauda de la Alhambra, y la computacion del año Arabe lunar con el Latino solar.

Es Granada abundante de frutas de toda suerte, muy proveida de leña, bastecida de carnes, regalada de pescados frescos, de mucha pasa, higo, almendra, que le traen de los lugares de la costa: tiene mucho aceyte, vino, y muy hermosas hortalizas, y toda suerte de agro, como son naranjas, limones y cidras: y lo que mas importa es estar en muy buena comarca de pan, trigo y cebada: porque demas de lo que se coge en sus términos, donde entran las villas de Íllora, Montefrio, Moclin, Colomera, Hiznaleuz, Guadahortuna, Montexícar, y otras que tienen grandes cortijos y rozas, se pro-

provee ordinariamente de la ciudad de Loxa, y de Alhama, y de Alcalá la Real, y de los lugares de la Andalucía que confinan con ella. El trato de la cria de la seda es tan rico en aquel reyno, que se arrienda el derecho que pertenece á su Magestad en sesenta y ocho cuentos de maravedis cada año, que valen ciento y ochenta y un mil y quinientos ducados de oro. Todos los términos de Granada, que caen á la parte de la mar, aunque son sierras ásperas y fragosas, no por eso dexan de ser fértiles y abundantes de muchas aguas de fuentes y de rios, con que riegan los campos, guertas y sembrados: y las frutas, y carnes de las sierras son mejores, mas sabrosas y de mas dura que las de la vega: y por el consiguiente el pan es de mas peso y mejor, las aguas muy frescas, y los ayres por extremo saludables. Estaban las casas desta ciudad tan juntas en tiempo de Moros, y eran las calles tan angostas, que de una ventana á otra se alcanzaba con el brazo; y habia muchos barrios donde no podian pasar los hombres de acaballo con las lanzas en las manos, y tenian horadadas las casas de una en otra para poderlas sacar: y esto dicen los Moriscos que se hacia de industria para mayor fortaleza de la ciudad. Tenia algunos edificios principales labrados á la usanza Africana: muchas mezquitas, colegios y hospitales; y una muy rica alcaycería como la de la ciudad de Fez, aunque no tan grande, donde acudia toda la contratacion de las mercaderias de la ciudad. En lo espiritual habia un Alfaquí mayor y otros menores, y en lo temporal sus Cadís y Jueces civiles y criminales: y ansi en esto, como en lo que toca á la policía y buena gobernacion erá Granada muy semejante á la ciudad de Fez. Los moradores muy amigos y conformes, y los Re-

Reyes deudos y confederados tan sectarios los unos como los otros, y tan enemigos del nombre Christiano.

CONTIENENSE LOS EPITAFIOS ARABES, que fueron hallados en las losas de los sepulcros de los Reyes Moros de Granada.

Estaban escritos los Epitafios de las losas de los quatro sepulcros de los Reyes Moros, que diximos, que se hallaron en la Rauda en los alcázares de la Alhambra, en letra Arabe muy hermosa por ambas partes. Por la una en prosa, y por la otra en versos de metro mayor, en loa y memoria de quatro Reyes llamados Abí Abdilehí, hijo de Mahamete Abuceyed, segundo Rey de la casa de los Alahamares, que reynó en tiempo del Rey Don Alonso el Sabio; Abil Gualid Ismael, hijo de Abí Ceyed Farax, que reynó en tiempo del Rey Don Alonso el Onceno: fué quarto Rey de la casa de los Alahamares; Abil Hagex Jucef, hijo de Abil Gualid, que reynó en tiempo del sobredicho Rey Don Alonso el Onceno, y fué sexto Rey de la casa de los Alahamares; y Abil Hagex Jucef, llamado por sobrenombre Ganem Bilehí, que reynó en tiempo del Rey Don Juan el Segundo, siendo su tutor el Infante Don Hernando que ganó á Antequera; y fué treceno Rey de la casa de los Alahamares. Y lo que en cada una de ellas decia es lo siguiente:

LA LOSA MAS ANTIGUA DECIA POR LA UNA HAZ EN PROSA.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Este es el sepulcro del Rey virtuoso, valeroso y justo, el mas alto

alto de los temerosos de Dios, único, religioso, sabio, escogido, el muy respetado: el que guerreaba en servicio de Dios, contento, devoto y muy amigo de Dios altísimo, en público y en secreto: el que siempre pensaba en sus grandezas y le glorificaba por su lengua: el que atendia, y se ocupaba de ordinario en la salud y gobierno de sus vasallos, y en administrar verdad y justicia: el dechado de la religion de gracia: el que procuraba el bien de las gentes, y miraba por ellos con piedad y buen zelo, para darles toda libertad, sosiego y descanso, con zelo de su buena intencion, bondad y lealtad en sus obras, y luz de su espíritu: el que siempre se ocupaba en hacer cosas, mediante las quales entendia hallar luz manifiesta concomitante el dia del juicio. El Rey de esclarecidos hechos, y santas y altas obras: el victorioso en la conquista de los descreidos, con esfuerzo, ánimo y limpia intencion: el que administraba el peso de la justicia, y continuaba la manera y uso de la clemencia: el defensor de las gentes, y ensalzador de la ley del escogido profeta: el dechado del valor de sus predecesores, los socorredores victoriosos adelantados de santa intencion: el que presumió y juró de hacer en servicio de Dios, y en demonstracion exemplar de sus antepasados, santas obras, y altas hazañas en la conquista de sus enemigos, y salud y conservacion de sus tierras; y de sus vasallos: el gobernador de los Moros, y dechado de los creyentes, y abatidor de los descreidos, Abí Abdilehí, hijo del adelantado belicoso guerrero en servicio de Dios, y victorioso mediante su gracia, Mahamete Abuzeyed Ibni Nacer, gobernador de los hijos de salvacion, y ensalzador de la ley. Alumbre Dios su sepulcro, y dele todo descanso mediante su gracia y misericordia. Nació, Dios le dé su gloria, en veinte y tres dias de la luna de

de Maharam, año seiscientos y treinta y tres, y fué alzado por Rey la primera vez en la entrada de la luna de Xahaban, año de seiscientos cincuenta y cinco: y confirmaron su alzada los Moros á seis dias de la luna de Xahaban año de seiscientos setenta y uno. Falleció (glorifique Dios su espíritu) acabando la oracion de la ocultacion del sol última, la noche del domingo, ocho dias de la luna de Xahaban el acatado año de setecientos y uno. Subióle Dios á la mas alta mansion de los bienaventurados, y colocóle con los principales que siguieron la verdad, á quien prometió descanso y bienaventuranza.

DE LA OTRA PARTE DE LA MESMA LOSA DECIA EN VERSOS, Ó METROS ARABES.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Este es el lugar de alteza, honestidad, y bondad, el sepulcro del adelantado, valeroso, limpio, único. A Dios sea el sacrificio que en este gueco se oculta de alteza, valor y virtud. En él yacen la crueldad, bondad y clemencia; no la crueldad de las fierinas fuerzas, ni menos la liberalidad que nace de insensibilidad y falta de discrecion, sino el dechado y exemplo de toda honestidad y religion: la honra y presuncion de los Reyes: el señor de limpio ser y hechos: el que se ocupaba en todo tiempo en dispensar su magnificencia, y en extirpar á sus enemigos, asi como la pluvia en la tierra, ó el leon en su morada. De esto son testigos sus mesmas obras, y con verdad lo testifican todas las lenguas de los hombres; pues jamas salió en exército, que ante su poder no se mostrasen angostas las tierras de los Alarabes y Agémes: y jamas en el acto de la milicia salió al encuentro de sus enemigos, sin que en tal ocasion

sion observase su bondad, y esfuerzo, y alegria de rostro: ni menos consintió en exemplo de su valor, que los suyos subiesen en caballos que bebiesen el agua menos que en las albercas y hoyos de sangre: ni menos consintió que se hiciese juicio en su gobernacion en ofensa ó agravio del menor de sus súbditos. Y ansi los que no saben de estas virtudes, ni de la gran defensa que en él tuvo la ley de Dios, excluyendo y abatiendo á sus enemigos, oigan la voz de sus hechos, que es mas notoria y manifiesta que un fuego encendido en la cumbre de una sierra. Siempre se humillarán al sepulcro, que á este señor contiene, las nubes de misericordia con su rocío y descanso.

LA SEGUNDA LOSA EN ANTIGUEDAD DECIA POR LA UNA HAZ EN PROSA.

Con el nombre de Dios piadoso, y misericordioso. Este es el sepulcro do yace el Rey glorioso, que murió en defensa de la ley de Dios: el conquistador de los Anzares, ensalzador de la ley del escogido y amado profeta: el resucitador de la santa intencion de sus predecesores los conquistadores victoriosos: el gobernador justo, valeroso, animoso señor de la milicia y decreto de la ley: el de claro linage y hechos: el mas venturoso en era de todos los Reyes, y el mas zeloso de la honra de Dios en dicho y en hecho: cuchillo de la milicia, luz de las ciudades: el que siempre afiló su espada en defensa de la ley: el que tuvo llenas las entrañas del amor del piadoso Dios: el belicoso y triunfante por la gracia de Dios: el gobernador de los Moros Abil Gualid Ismael, hijo del valeroso, excelente, de limpio ser y linage, en obra, mayor de los Halifas, ensalzador de la ley, y fortaleza de la era triunfante, glorioso difunto

Abiceyed Farax, hijo del único de los únicos escogidos defensores de la ley de la salvacion, progenie del gran gobernador venturoso, y su dechado en hechos de alto nombre, difunto Abil Gualid Ismael, hijo de Nacer. Glorifique Dios su buen espíritu, y le hincha de saluberrimo socorro de su misericordia, que le aproveche con la milicia y confesion de que no hay otro Dios, y le cumpla de su gracia. Guerreó en defensa de la ley de Dios, y por su amor en toda perfeccion militar. Y diole Dios victoria en la conquista de las tierras, y en la muerte de los Reyes descreidos sus enemigos: que es lo que hallará reservado el dia que fueremos llamados ante el acatamiento de Dios, hasta que fue servido de dar fin á sus dias: los quales acabó estando en la mayor gracia de su buen vivir, y en ella le llamó para lo que le estaba aparejado por su inmensa misericordia, teniendo el polvo de la milicia en los dobleces de sus vestiduras. Y fué muerto en servicio de Dios, habiendo dado con furia en sus enemigos, de tal manera que por él se reconoció notable ventaja entre los confesantes de la ley de Dios á todos los Reyes que han precedido, y con ella en esta gracia alzó bandera de guerrero del inmenso Dios. Nació, (cumplale Dios de su gracia en la felice hora del alba del dia) viernes diez y siete dias del mes de Xaguel, año de seiscientos setenta y siete. Fué alzado por Rey jueves veinte y siete dias del mes de Xaguel, año de setecientos y trece. Falleció en la milicia lunes veinte y seis dias del mes de Argeb el Fard, año de setecientos veinte y cinco. Bendito y ensalzado sea el Rey verdadero, que queda despues del acabamiento de todos los nacidos.

DE

DE LA OTRA PARTE DESTA MESMA LOSA DECIA EN METROS ARABES.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. O el mejor de los Reyes! Comprehenda tu sepulcro saluberrima salutacion, que ansi como la dulce aurora de la mañana conmixta con fragrantísimo olor de almizque, te conorte. En este sepulcro yace un adelantado grande en bondad de los Reyes de Nacer, alto en dignidad y en estado temporal, y espiritual Abil Gualid. Qué alteza de Rey? Verdaderamente terror y espanto á sus enemigos, triunfante magnificencia, temor de Dios altísimo, condicion y conversacion muy amorosa. A Dios sea el sacrificio de la alteza que la muerte aqui ha encerrado: el secreto de generosidad que en él oculta: la lengua tan exercitada en nombrar á Dios y el corazon tan aposentado en su amor. Este es el que dispensaba el arte de la milicia, y el uso de los preceptos de ella que Dios manda guardar: guerrero verdadero que alcanzó en el estado de los creyentes el martyrio por Dios, en tan supremo grado, que con él resucitará con muy aventajado premio. Pasó desta vida con muerte semejante á la del Halifa Odmen, á las primeras horas de la mañana, buena y dulce muerte, como la deste Odmen, que á tal hora fue alanceado dentro de su casa, teniendo el polvo de la milicia en su rostro, el qual le alimpiarán en el paraiso de la eternidad las damas celestiales con sus manos, y le darán á beber de la sabrosísima agua, que corre por cima de los alcazares del paraiso. Y al que lo mató darán los demonios á comer en el infierno, donde estará perpetuamente encarcelado, del fruto de los árboles endemoniados, y le darán á beber de la hediondez de las inmundi-

dicias que se derriten de los vientres de los condenados. Endechen á este Rey los pueblos, y todos los nacidos juntamente con diversas maneras de llantos; aunque deben consolarse con que este es juicio de Dios, tan poderoso, que del hemos de tomar con paciencia todo quanto su alta providencia ordenare; por ser señor que manda y ordena lo que es servido. La misericordia de este sumo Dios de los nacidos sea con este Rey de verdad, que en este sepulcro yace.

LA TERCERA LOSA EN ANTIGUEDAD DECIA POR LA UNA HAZ EN PROSA.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Este es el sepulcro del Rey que murió en servicio de Dios, decendiente de alto y honroso linage. Su ser y condicion fué conveniente á su reynado. Es notorio entre las gentes su fortaleza, virtud y gracia: señor de ilustre progenie, y de felice y próspera era, de buenas y agradables costumbres, y de condicion amorosa: adelantado grande, cuchillo del reyno, único de los grandes Reyes, en quien resplandece la gloria de Dios: el que tubo los tiempos buenos y acomodados en la tranquilidad y gobernacion de su reyno: polo de bondad y de crianza, progenie y linage del imperio de los Anzares socorredores. El defensor del estado de salvacion con su consejo y esfuerzo: el encumbrado en el trono de toda alteza sumamente: el que fué acompañado de toda felicidad y privanza, desde que comenzó á reynar hasta su fin: el gobernador de los Moros Abil Hagex Jucef, hijo del gran Rey adelantado, llamado leon de la ley de Dios, á cuyo gran poder los enemigos se sujetaron, y los tiempos se mostraron benevolos á su querer y mando: el que extendió el velo de la verdad en el universo: el defensor del esta-

tado de la ley con las lanzas agudas: el conservador de los libros de los oficios divinos, perpétuos en la alteza perdurable. El que murió por Dios, venturoso y glorioso Rey Abil Gualid, hijo del esforzado alto y de conocido linage y valor, en prosperidad, grandeza y honra, muy notorio en ser y hechos: el mayor del reynado de los de Nacer, y fuera de la era triunfante, glorioso difunto Abí Ceyed Farax hijo de Ismael, hijo de Nacer. Cubrale Dios con su piedad de su parte, y pongale en la gloria junto á Zahade Aben Obeda su claro linage, porque aproveche su loable ventura, su buen zelo y esfuerzo á la ley de salvacion, y á los hijos de ella. Gobernando el cargo de la gobernacion de los Moros, gobernacion aprobada, y asegurandoles con tranquilidad el curso de los tiempos, les manifestó la haz de la paz y quietud, que en hermosura resplandece; y dispensó con ellos todo exemplo manifiesto de su humildad y virtud, hasta que Dios fué servido de dar fin á sus dias, estando en la mejor disposicion y gracia de su buen vivir, y le cumplió de su felicidad, acomodandole este acabamiento en lo último del mes de Ramadan, en gracia y beneficio de su felicidad: porque en él le recibió en su gloria, estando en la oracion que á Dios poderoso se debe, y confiado en él, contrito y humillado ante sus manos, salvo y seguro, en aquel ser y acto que mas cercano y propicio puede estar el hombre á su Dios. Y esto fué por mano de un hombre pecador, de baxo ser y condicion, que Dios permitió fuese causa de que en él se cumpliese lo que en su alta providencia le tenia reservado, escondiendosele entre los paños y atavios de su aposento y estrado, donde tuvo buen aparejo la execucion de su traicion, mediante la voluntad de Dios, y el aparejo que tuvo, hallandole ocupado adorando á Dios altísimo, Lo qual fué en la humillacion postrera de la oracion pasqual á

la

la entrada de la luna de Xevel del año setecientos cincuenta y cinco. Dios le aproveche con tan saluberrima muerte, pues con ella fueron dichosos tal tiempo y lugar, y le prescribió y manifestó con ella su gracia y perdon, y le colocó con la generacion de los Anzares de Nacer, defensores de sù ley, con los quales la ley de salvacion fué honorificada, y estan en el descanso que Dios les aparejó por ello. Fué alzado por Rey en catorce dias de la luna Dilhexa año setecientos treinta y tres. Y nació en veinte y ocho dias de la luna de Arbea el último del año setecientos diez y ocho. Soberano y ensalzado sea el que para sí escogió la perfecta eternidad, y proveyó el acabamiento á todos los nacidos que son sobre la haz de la tierra: á los quales despues juntará en el dia de la cuenta y justificacion, que es el verdadero Dios, que no hay otro sino él, que para siempre vive y reyna.

DE LA OTRA PARTE DESTA LOSA DECIA EN METROS ARABES.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Saluden al que en este sepulcro yace, la gracia de Dios con descanso y gloria perpétuamente, hasta el dia que resucitaren los muertos, humillando sus rostros ante el acatamiento de Dios en el consistorio del juicio. Verdaderamente este no es sepulcro, sino jardin fructífero de flores de fragrantísimo olor. Y si la verdad he de decir, aqui no hay otra cosa sino pimpollos de azahar, y perlas clarísimas. O lugar donde yace toda verdad, y temor de Dios! O lugar donde descansa la alteza! O lugar donde ha venido á esconderse la luna! En tí ha depositado el carruage de la muerte un adelantado de ilustre casa, uno de los Reyes de Nacer. En

tí

tí moran generosidad, alteza y honra, y el que de todo temor se ha asegurado. Quién otro como Abil Hagex defendió el estado de la honestidad? quién como Abil Hagex confundió la escuridad de la heregía? estema y progenie de Zahade Aben Obeda el Hazragí. O qué perfeccion y grandeza de casa valerosa! Hablar de la vergüenza, caridad y amor de Dios, y de la grandeza deste Rey, es hablar de las marabillas incomprehensibles de la mar. Salteóle la ocasion del tiempo, y no vemos perpetuidad de cosa viva, ni firmeza en ningun estado. Es el tiempo señor de dos haces, del ser presente y del por venir, y el que desta manera es, con dureza nos saltea. Mas hallóle conociendo á Dios, humillado en su oracion, y en resplandeciente gracia, su lengua humedecida en nombrar su santo nombre, conociendo el felice mes, y el valor de los bienes que en él dispensó, y sintiendo la pascua de los ázimos su ocasion y desgracia, dandole el caliz de tan saluberrima muerte por almuerzo. A Dios sea sacrificio de muerte tan viva, y á los progenitores de éste gloria y honra. Permitióse, siendo alto en estado, que hubiese fin por manos de tan baxo hombre pecador, por quien tanto bien le vino, siendo tan malo, correspondió á su hecho tan detestable, y no se debe sentir tanto la maldad del baxo en los grandes; pues las marabillas ocultas del juicio de Dios no se pueden comprehender, ni prevenir. Pongase esta muerte con la del Halifa Alí, que siendo tan gran señor, le mató el vilísimo Aben Muejam; y con la del escogido en valor Abil Hascen, que acabó por manos de una fiera. Ponemos terror con los afilados alfanges muxarafies, y quando la voluntad de Dios ocurre, la mas mínima ocasion nos mata. Por tanto, el que en este mal mundo estubiere muy confiado, y firme le pareciere con soberbia, hallarse ha perdido. Pues, ó Rey del reyno que jamas

se

se acabará, ó aquel que de veras tiene el mando y juicio sobre sus criaturas, cubre con el velo de tu piedad nuestras culpas, pues no tenemos otro amparo en ellas mas que tu misericordia, y cubre y amortaja al gobernador de los Moros con tu piedad y gracia, con la qual merezca el aposento de tu sosiego por gualardon, pues tu misericordia es la que nos ha de valer; y esta vida emprestada del hombre es cebo de quien á lo poco se aficiona. Dios por su piedad le ponga en descanso con sus grandes predecesores, y le cumpla de su gracia.

LA QUARTA LOSA Y ULTIMA EN ANTIGUEDAD DECIA POR LA UNA HAZ EN PROSA.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Este es el sepulcro del Rey generoso, de limpio ser y linage, cumplido en crianza, victorioso, misericordioso, caritativo, y prudentísimo entre los Reyes de la Morisma. Adornado de gracia y temor de Dios, maestro de toda eloqüencia, dispensador de todo juicio, virtud, justicia y bondad; dotado de su divina gracia, que es su alto ser y valor. Polo de la crianza y vergüenza; en quien luce la hermosura del temor de Dios, y el que dispensó todo género de venganza contra los que ofendian á sus vasallos. Defensor de la bandera de la ley, el de excelente linage, progenie de los Anzares defensores. El gobernador de los Moros, ensalzador de la ley de Dios, Abil Hagex Jucef, hijo del Rey alto, gobernador valeroso, piélago de los sabios, y vergel de prudencia: el muy acatado entre Reyes, defensor de las ciudades con su valor y esfuerzo: fortaleza de las gentes con su prudencia y saber: el dispensador de los bienes que poseyeron sus liberales manos: el que administraba todas sus fuer-

fuerzas en la guerra de sus enemigos. El valiente, animoso y glorioso, difunto gobernador de los Moros, y rico en Dios Abil Hagex Jucef, hijo del Rey alto, grande nombrado: el mayor de los Reyes, el aniquilador con la luz de su justicia, de la obscuridad de los Reyes descreidos, con la felicidad de su ventura, y correspondencia de los planetas celestiales, que todo buen suceso le disponian para los abatir. El que poseyó los dos aquendes sin contradiccion. Aquel cuyo estado Dios ensalzó, y por ello, y por su amor, y temor se apartó y recogió de las cosas del mundo, y se humilló á Dios. El conquistador de los principales reynos: el que aprovechó á la ley y á sus preceptos: el que en sus conquistas hizo marabillas: el adornado con el temor de Dios, el de alto estado y próspera era, el gobernador de los Moros, el rico en Dios Abí Abdilehi, hijo del Rey de conocida virtud, y conquista venturosa en la exclusion del enemigo de la ley, el de probada intencion, y el atentoy ocupado en ensalzar la honra de Dios: el que hizo en favor y defensa de todas las ciudades grandes cosas con su bondad, misericordia y honestidad. El glorioso gobernador de los Moros, adestrado y guiado por Dios Abil Hagex Jucef, hijo del Rey adelantado mayor de los Reyes, auxilio de toda misericordia: el mas alto del estado y casa de Nacer, y el mas hermoso pimpollo deste arbol, cuyas raices son firmes y bien plantadas, y sus ramas alcanzan al cielo. El conquistador de las tierras y pacificador de los Anzares, dechado de las costumbres de sus antepasados, los ensalzadores de la ley. El guerreador en servicio de Dios: el venturoso gobernador de los Moros Abil Gualid Ismael Farax, hijo de Nacer. Recibióle Dios en su gracia, y colocoló en lo alto del paraiso en su gloria, y recibióle para aquella honra y descanso que le estaba aparejado en el alba del dia,

 mar-

martes veinte y nueve dias de la luna del Ramadan del año de ochocientos y veinte. Fué alzado por Rey domingo diez y seis dias de la luna de Dilhexa año de ochocientos y diez. Nació (Dios le haya) viernes veinte y siete dias de la luna de Zafar á media noche año de setecientos noventa y ocho. Bendito y ensalzado sea aquel que escogió para sí el reynar, y permanecer para siempre, y proveyó á todas sus criaturas el acabamiento y fin, que es el verdadero Rey, que no hay otro Dios sino él.

DE LA OTRA PARTE DE LA LOSA DECIA EN METROS ARABES.

Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Vivifican la tierra deste sepulcro el espíritu y el rocío de las nubes, y comunicále el vergel celestial la fragrancia de sus licores; pues la fertilidad y socorro es lo que aqueste gueco incluye, y el merito y perdon es para quien aqueste lugar visitáre. La gracia de Dios, el parayso del descanso es su paradero, pues toda esta gracia con entrambas manos la recibe, por manera que esta es la riqueza que en esta tierra yace, el adelantado de los únicos. Glorifique Dios su espíritu. Sucedió Jucef, estema del adelantado Jucef, ciertamente en la casa de los trabajos; y salteóle la vida la condicion desta casa. Ella es fenecimiento, y fenecerá por mas que resista, pues que pretendió fenecer su memoria, y le escondió, segun su condicion de fortuna; debaxo de la tierra, estando las pleyes celestiales en mas baxo lugar que á el se debe. Mas es la providencia del sumo Dios, que asi proveyó su suerte, y quiso que su reynado y señorío se comutáse en este polvo; sálvo que la claridad de su nombre, el resplandor de su lealtad, y lo mejor de sus hechos, quedó todo muy en-

encumbrado , muy esplendido , y muy claro : porque Abil Hagex es luzero y guia de salud ; quando se ponia el sol suplia su buena cara y alegria de rostro. Era Abil Hagex socorro de pluvias , y por ellas sus liberalísimas manos suplian. Faltó ya su hartura , cesaron sus marabillas, secóse su pasto , paró su liberalidad , enflaquecieronse sus exércitos , enmudecieron sus consejos , deshicieronse sus alcázares , callaron sus razones , escureciose su emisferio , alexóse su favor y amparo , y finalmente se deshizo su morada. Empero con la gracia del piadoso Dios (ensalzada sea su alteza) escapó en la eternidad, quando se presentó delante de sus manos. O lástima digna de ser sentida , que á tal gobernador , dotado de tantas gracias , le faltaron los dias de la vida! Aposentóse con descanso entre las paredes del gueco deste sepulcro , y de veras quedó mas aposentado en los corazones de los hombres. Su socorro suplia qualquier abundancia y liberalidad ; por la luz de vida suplió su alegria y honestidad , y sus manos eran semejantes á las pluvias. Veamos , no era éste Rey un emisferio de alteza? No era su virtud y bondad luz, ante la qual presentandose la luz del sol temblaba? Su zelo no era extirpar el mal , y enseñar la virtud y la honestidad? La curiosidad de las letras no eran parte de su honestidad y virtudes , vergüenza , temor de Dios, magnificencia y generosidad? Veamos, no era único en todas las partidas del mundo , y siempre que hubo en ella dificultades , las declaraba con su prudencia? Veamos, no se mostraba la crianza en su hablar mas resplandeciente que los claros luceros? Veamos , no era la poesia una de sus partes , con la qual adornaba las delanteras de su tribunal mejor y mas hermosamente que con finas y escogidas piedras? Veamos , no era proteccion y amparo de sus continos y privados , y en las guerras sus

fuerzas y valor defensa muy bastante? Veamos, no era de valeroso esfuerzo en la guerra, pues tantas fuerzas de enemigos desbarató y venció el valor de su espada? Este pues era el buen Rey y señor que presumió de cumplir siempre su palabra, y el que sin faltar en ella le faltó, y fué adversa la ocasion del mundo. Hasta aqui dice la letra de los epitafios: y por si el lector quisiere computar los tiempos en que nacieron, reynaron y murieron estos quatro Reyes, se advierte, que los Moros tienen año solar, y año lunar. El solar es conforme al nuestro Latino, y nombran los doce meses como los Latinos, y generalmente se sirven desta cuenta para las cosas de agricultura en toda Africa; porque tienen un libro dividido en tres cuerpos, que llaman el Tesoro de los agricultores, y éste parece haber sido traducido de Latin en lengua Arabe en la ciudad de Córdoba, y por él se gobiernan quanto al sembrar, plantar, cavar, engerir, y en todo lo demas, y comprehenden en él trece lunas. Mas los theólogos Arabes y los legistas y escritores cuentan el año diferentemente; porque le hacen de doce lunas enteras, seis de á veinte y nueve, y seis de á treinta dias, que vienen á ser trescientos cincuenta y quatro dias, once dias y seis minutos menos que el año Latino: y estos hacen volver atras el año lunar en treinta años uno, menos quarenta y cinco dias. El primer mes del año es la luna que nace en Julio, y le llaman Maharran, que es tanto como si dixesemos canícula: el segundo Zafar, el tercero Arbea el Aul, el quarto Arbea el Teni, el quinto Gumet el Aul, el sexto Gumen el Teni, el septimo Argeb, el octavo Xaaban, el noveno Arromadan, el deceno Xevel, el onceno Delcaada, el doceno Delhexa. Otros que cuentan trece lunas en los doce meses Latinos, añaden la una al principio del año, y hacen luna

de

de Maharran primero, y Maharran segundo. Sus fiestas son movibles, y lo mesmo los ayunos; sola la fiesta que celebran del nacimiento de su Mahoma, que llaman el Maulud, es la tercera luna del año á los doce dias de ella, porque en tal dia dicen que nació. Esto baste para la computacion, contando siempre el milésimo de los Moros desde el año de Christo seiscientos veinte y uno por la luna de Julio, que segun se cuenta fueron seiscientos cincuenta y siete años de la era de Cesar, y no desde seiscientos y trece de Christo, como diximos en la primera impresion de nuestra Africa, porque hubo yerro, y asi lo emendamos en la segunda, que saldrá con brevedad.

CAPITULO XII.

De la conquista que los Cathólicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel hicieron en el reyno de Granada desde el año mil quatrocientos ochenta y dos, hasta el de mil quatrocientos ochenta y cinco.

La última guerra que los Princípes Christianos tubieron en España con los Reyes Moros, fué la conquista que los Cathólicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel hicieron en el reyno de Granada, de la qual hacemos mencion en esta historia, por no dexar atras cosas de las que faltando podrian desgustar al lector. Todas las otras que fueron antes de ella, se hallarán escritas en nuestra general Historia de Africa, en el segundo libro del primer volúmen. Siendo pues Rey de Granada un valeroso pagáno del linage de los Alahamares, llamado Abil Hacen, cerca de los años de Christo mil quatrocientos y ochenta, y del imperio de los Alarabes ochocientos noventa y dos, en la ocasion de la guerra que los

los Reyes Cathólicos tenian con el Rey de Portugal, juntó sus gentes, y hizo grandes daños en los lugares de la Andalucía, y del reyno de Murcia. Y como no pudiesen acudir á todas partes, hicieron treguas con él, durante las quales, en el año de nuestra salud mil quatrocientos ochenta y dos, siendo el Moro avisado por sus espias, que los Christianos fronteros de Zara, confiados en la tregua, estaban descuidados, y que era buena coyuntura para ocupar aquella fortaleza, rompió la tregua, y juntando sus adalides y escuchas, secretamente les mandó que fuesen á escalarla una noche de grande escuridad. Sucediendo pues el efecto conforme á su deseo, entraron los adalides dentro, y ocupando la fortaleza juntamente con la villa, mataron al Alcayde, y captivaron quantos Christianos hallaron con muy pequeña resistencia. Esta pérdida sintieron mucho los Reyes Cathólicos; y porque el daño no fuese mayor, acudieron luego hácia aquella parte, proveyendo en la seguridad de sus estados: y poniendo despues sus invictos ánimos contra los de aquella nacion, que tan molestos eran al pueblo Christiano, determinaron de no alzar mano de la guerra, hasta acabarlos de conquistar, desterrando el nombre y secta de Mahoma de aquella tierra. En el mesmo año que los Moros tomaron á Zara, el Marques de Cadiz Don Pedro Ponce Leon, y Diego de Merlo Asistente de Sevilla, y los Alcaydes de Antequera y Archidona, y otros caudillos Christianos de la frontera, fueron sobre la ciudad de Alhama, y por industria de un escudero Morisco llamado Juan de Baena, la escaló un Ortega escalador, y la entraron y ganaron por fuerza, postrero dia del mes de Hebrero. Por otra parte el Rey Moro juntó toda su gente creyendo poderla

la cobrar luego; y á once dias del mes de Julio de aquel año peleó con los Christianos que iban à socorrerla. Y siendo los nuestros vencidos, murieron en la pelea Don Rodrigo Giron, hijo de Don Diego de Castilla, Alcayde de Cazalla, que despues fué Comendador mayor de Calatrava, y otros caballeros. Mas no por eso el Moro hizo el efecto á que iba, porque los Christianos, que estaban dentro, se defendieron, y el Rey Don Hernando los socorrió, y siguiendo al enemigo la vuelta de Granada, entró en la vega, y taló y destruyó los sembrados y las guertas dos veces aquel año, y ganó la villa de Tájora, y la asoló; y tomó la torre de la puente de Pinos, donde fué Iliberia, y dexando la frontera muy bien proveída, y á donde Iñigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, por Alcayde y Capitan de Alhama, volvió victorioso á la ciudad de Córdoba. En este tiempo pues que los Moros tenian mas necesidad de conformidad, permitió Dios que sus fuerzas se diminuyesen con division, para que los Cathólicos Reyes tubiesen mas comodidad de hacerles guerra. Era Abil Hascen hombre viejo y enfermo, y tan sujeto á los amores de una renegada que tenia por muger, llamada la Zoraya (no porque fuese éste su nombre proprio, sino por ser muy hermosa la comparaban á la estrella del alba, que llaman Zoraya), que por amor de ella habia repudiado á la Ayxa su muger principal, que era su prima hermana, y con grandísima crueldad hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro, que se ve hoy dia en los alcázares de la Alhambra, en una sala del quarto de los leones; y esto á fin de que quedase el reyno á los hijos de la Zoraya. Mas la Ayxa temiendo que no le matase el hijo mayor llamado Abí Abdilehi,

ó

ó Abí Abdala, que todo es uno, se lo habia quitado de delante, descolgandole secretamente de parte de noche por una ventana de la torre de Comares con una soga hecha de los almayzares y tocas de sus mugeres; y unos caballeros llamados los Abencerrages habian llevádole á la ciudad de Guadix, quiriendo favorecerle, porque estaban mal con el Rey á causa de haberles muerto ciertos hermanos y parientes, so color de que uno de ellos con favor de los otros habia habido una hermana suya doncella dentro de su palacio: mas lo cierto era, que los queria mal, porque eran de parte de la Ayxa, y por esto se temia de ellos. Estas cosas fueron causa de que toda la gente principal del reyno aborreciesen á Abil Hacen, y contra su voluntad traxeron de Guadix á Abí Abdilehi su hijo; y estando un dia en los Alixares, le metieron en la Alhambra, y le saludaron por Rey. Y quando el viejo vino del campo, no le quisieron acoger dentro, llamándole cruel que habia muerto sus hijos, y la nobleza de los caballeros de Granada. El qual se fué huyendo con poca gente al valle de Lecrin, y se metió en la fortaleza de Mondujar, y favoreciendose del valeroso esfuerzo de un hermano que tenia llamado tambien Abí Abdeli, ó Abdilehi, guerreó cruelísimamente con su hijo. En esta guerra murieron muchos caballeros y gente principal: y con estas muertes fué creciendo tanto la enemistad, que aunque las partes se veían consumir, no paraban; ni menos quiso ninguno de ellos favorecerse de los Reyes Cathólicos, por la enemistad grande que tenian al nombre Christiano, antes les hacian tambien guerra cada uno por su parte. Estando pues las cosas en este estado, por el mes de Marzo del año del Señor mil quatrocientos ochenta y tres, y del

im-

imperio de los Alarabes ochocientos noventa y cinco, el Marques de Cadiz y Don Alonso de Cárdenas Maestre de Santiago, y otros muchos caballeros entraron con sus gentes á correr el término de la ciudad de Malaga, que cae á la parte de levante, donde llaman la Xarquía; y recogiendose los Moros de aquellos lugares, que son muchos, quando ya volvian con gran presa, dieron en ellos, y los desbarataron, y mataron á Don Diego, Don Lope y Don Beltran hermanos del Marques, y á Don Lorenzo y Don Manuel sus sobrinos, y con ellos otros muchos parientes y criados suyos; y prendieron al Conde de Cifuentes y á Don Pedro de Silva su hermano, y á otros muchos caballeros. Esta fué la batalla que dicen de las lomas de Cutar: la qual fué á veinte y uno de Marzo, viernes por la mañana: y en ella fueron muertos y presos la mayor parte de los Christianos que allí se hallaron. Con esta victoria se ensoberbeció tanto el nuevo Rey Abí Abdilehi, que determinó de hacer una entrada por su persona en los lugares de la Andalucía, pareciendole que toda aquella tierra estaria sin defensa por la mucha gente que se habia perdido en la Xarquía: y juntando el mayor número de caballos y de peones que pudo, llevando consigo al Alatar Alcayde de Loxa, y muchos caballeros de Granada, fué á poner su real sobre Lucena, villa del Alcayde de los Donceles. Contarónnos algunos Moros antiguos, que saliendo el Rey de Granada por la puerta Elvira, topó el hasta del estandarte que llevaba delante en el arco de la puerta, y se quebró, y que los agoreros le dixeron, que no fuese mas adelante, sino que se volviese, porque le sucederia muy mal, y que llegando á la rambla de Beyro, como un tiro de ballesta de la ciudad, atra-

vesó una zorra por medio de toda la gente, y casi por junto al proprio Rey, y se les fué, sin que la pudiesen matar. Lo qual tuvieron por tan mal agüero, que muchos Moros de los principales se quisieron volver á la ciudad, diciendo que habia de ser su perdicion aquella jornada. Mas el Rey no quiso dexar de proseguir su camino, y llegando á Lucena, hizo talar los panes, viñas y guertas de la comarca, y robar toda la tierra. Estaba á la sazon en la villa de Baena el Conde de Cabra, y sabiendo la entrada del enemigo, y el daño que hacia, recogió á gran priesa la mas gente que pudo, y caminó con ella la vuelta de Lucena para juntarse con el Alcayde de los Donceles. Lo qual sabido por el Rey Moro, alzó su real, y con gran presa de captivos y de ganados se fué retirando la vuelta de Loxa, y los Christianos con mas ánimo que fuerzas, porque eran muy pocos en comparacion de los enemigos, siguieron luego el alcance, y en descubriendolos, los acometieron en un arroyo que llaman de Martin Gonzalez, legua y media de Lucena, por el mes de Abril de este año: y siendo Dios servido darles victoria, prendieron al Rey Abí Abdilehi, y matando al Alcayde Alatar, y otros muchos caballeros Moros, cobraron la presa que llevaban, y cargados de despojos con nueve banderas, que ganaron aquel dia, volvieron alegres y victoriosos á sus villas. No fué de poco momento la prision del Rey Moro para la conquista de aquel reyno, porque estando las cosas de los Moros turbadas, entró el Rey Don Hernando aquel año con su exército en la vega de Granada, y haciendo grandes talas en los sembrados, guertas y viñas, y en los términos de las villas de Íllora y Montefrio, cercó la villa de Tájora, que los Moros habian

bian vuelto á fortalecer, y la combatió y ganó por fuerza; y haciendola destruir y asolar otra vez, volvió á hibernar á Córdoba. Nació una competencia honrosa entre el Conde de Cabra y el Alcayde de los Donceles, sobre á qual de ellos pertenecia el prisionero Rey: y los Reyes Cathólicos gratificandoles cumplida y graciosamente aquel servicio, mandaron que se lo llevasen á Córdoba: los quales lo hicieron ansi. Y estando en aquella ciudad, trató el Moro con ellos por medio de algunos caballeros, que si le ponian en libertad, seria su vasallo, y les pagaria tributo en cada un año, y haria en su nombre guerra á los otros Moros que no lo quisiesen ser. Sobre esto hubo diversos pareceres entre los consejeros; y al fin se tubo por buen consejo hacer lo que el Moro pedia, considerando, que mientras hubiese dos Reyes enemigos en el reyno de Granada, tendrian los Christianos mejor disposicion de hacerles guerra. Y no solamente le concedieron los Reyes Cathólicos lo que pedia, mas ofrecieronle que le favorecerian para que guerrease con su padre, y con los pueblos, que durante su prision se le hubiesen rebelado; y dandole libertad le enviaron á su tierra. Llegado pues el Moro á Granada, no fué tan bien recibido de los ciudadanos como se pensaba: porque quando supieron las capitulaciones que dexaba hechas con los Reyes Christianos, y que habia de ser su vasallo, los proprios que habian puestole en el reyno, fueron los primeros que se alzaron contra él, y favoreciendo la parte de Abí Abdilehi su tio, que tenia el bando del Rey viejo, determinaron de hacer nueva guerra á los Christianos. Y porque el tio y el sobrino tenian un mesmo nombre, para diferenciarlos, y aun por oprobrio del sobrino, que habia estado captivo,

le llamaron el Zogoybi, que quiere decir el desventuradillo, y al tio Zagal, que es nombre de valiente. Y de esta manera los llamaremos de aqui adelante en el discurso de la historia. Los Granadinos pues juntaron luego quince Alcaydes de los mas principales de aquel reyno, y con gran número de caballos y peones entraron por las fronteras de la Andalucía, diciendo que su Rey estando en prision no los podia obligar á paz, ni á otro ningun género de condicion; mas no les sucedió la empresa como pensaban, porque Luis Hernandez Puertocarrero, señor de Palma, les salió al encuentro con la gente de la frontera, y los venció; y matando y prendiendo gran número de Moros, y entre ellos los Alcaydes mas principales, les ganó quince banderas. Tambien alcanzó parte del despojo de esta victoria el Marques de Cadiz: el qual yendo en busca de los enemigos, encontró con los que huían del desbarate; y prendiendo y matando muchos de ellos, pasó sobre la villa de Zara, y la escaló y tomó por fuerza de armas; y matando al Alcayde y á los que con él estaban, la fortaleció y pobló de Christianos. Todos estos sucesos eran causa de que el aborrecimiento de los Granadinos creciese contra el Zogoybi: el qual no se teniendo por seguro en la ciudad, tomó sus mugeres y hijos, y se fué á meter en Almería. Viendo esto los Granadinos, enviaron luego por Abil Hacen, que estaba en Monduxar, y recibiendole otra vez por Rey, comenzó una cruel guerra entre padre y hijo. El año del Señor mil quatrocientos ochenta y quatro, y del imperio de los Alarabes ochocientos noventa y seis, juntaron sus gentes nuestros Príncipes, y entrando el Cathólico Rey en tierra de Malaga, taló y destruyó los sembrados, guertas y vi-

ñas

ñas de la comarca, y ganó por fuerza de armas la villa de Álora, por San Juan de Junio, aunque algunos dicen que adelante por Julio; y las de Alozayna y Setenil se le dieron á partido despues. Setenil se le dió dia de San Matheo veinte y uno de Septiembre. En el mesmo tiempo envió á reconocer la villa de Cazarabonela al Conde Lozano, el qual fué muerto por los Moros. Y porque en el siguiente año habia de proseguir la guerra por aquella parte, que es donde llaman la hoya de Malaga, se fué á hibernar á Sevilla, y este año fué el Rey Cathólico á cierto ardid para ocupar á Loxa, y no se hizo. Venida la primavera del año quatrocientos ochenta y cinco, que fueron ochocientos noventa y siete del imperio de los Alarabes, el Rey Don Hernando volvió á entrar en la hoya de Malaga, y hizo otra tala como la del año pasado; y por el mes de Mayo le entregaron los Moros la fortaleza de Coín, y la de Cártama, donde murió Pedro Ruiz de Alarcon Capitan de sus Altezas. Ganó tambien á Benamaquex, Churriana, Pupiana, Campaniles, Fadala, Laudin y Guaro. Y poniendo en todas ellas sus Alcaydes, pasó sobre la ciudad de Ronda, y le dió tan recios combates, que aunque parecia inexpugnable por su sitio, y habia dentro mucha y muy buena gente de guerra, se la entregaron los Moros á partido domingo dia de Pasqua de Pentecostes. Ganada la ciudad, el Alcayde Moro, que estaba en el castillo, no lo quiso rendir, mas el Rey lo mandó escalar, y ganó por fuerza, siendo el primero que subió por la escala Alonso Hernandez Faxardo, á quien los Cathólicos Reyes hicieron muchas mercedes. Luego se entregaron las villas y fortalezas de Junquera, Burgo, Monda, Tolox, Montexaque, Hiznalmara,

Car-

Cardela, Benaoxan, Montecorto, Audita, y otras de las serranias, y Havaral. Y los Moros que vivian en ellas holgaron de ser mudejares y vasallos de los Reyes Cathólicos, porque los recibian con muy honestas condiciones, y juraron en su ley, que les serian leales vasallos, y cumplirian sus cartas y mandamientos, y harian guerra por su mandado, y les acudirian con todos los tributos, pechos y derechos que acostumbraban pagar á los Reyes Moros, bien y fielmente sin fraude ni engaño. Tambien los Reyes Cathólicos aseguraban á todos los Moros igualmente, asi á los que venian á darse por sus vasallos, como á los que se les rendian, tomando sus personas y bienes debaxo de su amparo Real; y les prometian que los dexarian vivir en su ley; que no les harian, ni consentirian hacer opresion alguna; y que sus lites y causas serian juzgadas por sus Cadís y Jueces, y por la ley que ellos llaman Delxara; y les daban licencia que pudiesen tratar y contratar en qualesquier partes y lugares de sus reynos libremente, con que no entrasen en las fortalezas, ni en las villas cercadas con una hora antes de puesto el sòl, si no fuese por su mandado, ó de los Alcaydes y Gobernadores de ellas. Permitian ansimesmo, que todos los que no quisiesen vivir en la tierra, pudiesen vender sus bienes, y pasarse con sus mugeres y hijos y familias á Berbería, y les daban navios en que pasasen seguros, ordenando á todos los Alcaydes y Gobernadores de las fronteras, que les hiciesen buen tratamiento. El mesmo año pues, y con las mesmas condiciones se entregaron á los Reyes Cathólicos diez y nueve villas del Havaral, y diez y siete de la serrania de Gausin, y doce de la serrania de Villaluenga, y la villa de Cazarabonela. Y á once de

de Junio dia de San Bernabé, se le dió la ciudad de Marbella con las villas de Montemayor, Córtes y Alarizate, y otros diez lugares que estaban alderredor de la ciudad. Y el Rey pasó á reconocer la ciudad de Malaga; y dexando derribada la fortaleza de Benalmadala, puso sus Alcaydes en las otras, y volvió aquel año á hibernar á Córdoba. Estaba en este tiempo el Zogoybi en la ciudad de Almería, y los Reyes Cathólicos, viendo lo mucho que importaba mantener la guerra por aquella parte, para que las fuerzas del enemigo se dividiesen, hacian proveerle de dineros y de todas las otras cosas necesarias; y mandaban á los Alcaydes y Gobernadores de las ciudades y villas de aquella frontera, que le favoreciesen contra los lugares que no quisiesen obedecerle: y con este favor guerreaba cruelmente con su padre y tio. Sucedió pues, que estos mesmos dias los Granadinos, viendo que Abil Hascen estaba ciego, impedido de vejéz y de enfermedades, y no habil para gobernar el reyno en tantos trabajos de guerra, le dexaron. Y conociendo el valor y esfuerzo del Zagal, se llegaron á él todos los principales, y le saludaron por Rey, declarando por indigno de aquella succesion al Zogoybi, por haberse aliado con los Príncipes Christianos enemigos de su ley: y sacando de la ciudad á Abil Hascen con su familia, le metieron en la fortaleza de Monduxar. De aqui comenzó la última perdicion de los Moros de aquel reyno, porque el Zagal deseando reynar solo, trató con unos Alfaquís de Almería, que le diesen entrada una noche secretamente en la ciudad para matar, ó prender á su sobrino. El qual fué avisado, y la mesma noche que los traydores pusieron en obra su traycion, tomó un ligero caballo, y se fué huyendo á tier-

tierra de Christianos. El Zagal entró en Almería, y ocupando el castillo corrió luego al palacio, pensando hallar en él á su enemigo; y no le hallando, con cruelísima rabia mató á otro hermano suyo niño, que el Zogoybi habia llevado consigo, porque el cruel viejo su padre no le matase, como habia hecho á los demas; y hizo degollar á todos los del bando contrario que pudo haber á las manos. Esta traycion y crueldad sintió tanto el Zogoybi, que jamas se pudo acabar con él, que se confederase adelante con su tio; ni se fió de él, aunque se ofrecieron muchas ocasiones en que le pudiera ser provechoso. Dende á pocos dias que esto acaeció, murió Abil Hascen en el castillo de Monduxar, y el Zagal juntando las fuerzas de aquel reyno, comenzó á hacer guerra á los Christianos. Y en el mesmo año tubo algunas victorias, entre las quales fué una por el mes de Septiembre, que yendo el Rey Don Hernando sobre la villa de Moclin, salió el Rey de Granada; y peleó cerca de ella con el Conde de Cabra, y matando á Don Gonzalo de Córdoba su hermano, le desbarató. De cuya causa el Rey dexó la conquista por aquella parte, y de vuelta cercó las fuertes villas de Cambil y Havaral, donde tenian los Moros su frontera contra Jaen; y combatiendolas con artilleria, se le rindieron; y el Alcayde Moro, y la gente de guerra que habia dentro se fueron á Granada. Tambien el Clavero de la Orden de Alcantara, que estaba en la ciudad de Alhama, escaló y tomó por fuerza la villa de Zalia en término de Velez, y mandando el Rey fortalecer aquellas villas, fué aquel año á hibernar á Toledo y á Alcalá de Henares.

CA-

CAPITULO XIII.

De lo que los Reyes Cathólicos hicieron en la conquista del reyno de Granada el año de ochenta y seis.

El siguiente año de mil quatrocientos ochenta y seis volvió á entrar el Rey Cathólico en el reyno de Granada, y cercó la ciudad de Loxa. Y aunque los años pasados la habia tenido cercada, y no la habia podido tomar, y habian los Moros muerto en el cerco á Don Rodrigo Tellez Giron, Maestre de Calatrava, de una saeta con hierba, á tres de Julio del año de mil quatrocientos ochenta y dos, de esta vez perseveró tanto en el cerco, y le dió tan recios combates, que el Alcayde Moro, que la tenia, se la entregó lunes nueve dias del mes de Mayo del mismo año. Luego que Loxa se hubo entregado, las villas de Íllora, Moclin, Montefrio y Colomera se le rindieron: y dexandolas los Moros desamparadas, se fueron á meter en la ciudad de Granada. Su Alteza puso guarnicion de gente de guerra en todas ellas, y las entregó á sus Alcaydes, y se volvió victorioso á Córdoba. Mientras el Rey Don Hernando hacia estas entradas con su exército, la Cathólica Reyna Doña Isabel era su proveedora, y andaba de una parte á otra, proveyendo y enviando todo lo necesario al real; y con esto habia siempre en él muchos bastimentos, armas, municiones y gente, porque era grandisíma su solicitud y diligencia. Andando pues estos Cathólicos Reyes en la conquista, que tanto placía á Dios, y á su bendita Madre, los Moros guerreaban entre sí cruelmente. El Zogoybi estando recogido en Velez el Blanco, y

siendo favorecido de los Christianos de la frontera, guerreaba por aquella parte con el Zágal, el qual apoderado de Granada y de las otras ciudades de aquel reyno, era mas poderoso que él, y hacia morir á los que tenian su voz; mas no lo era contra el poder del Cathólico Rey, por estar sus fuerzas divididas en dos parcialidades, cosa que importaba mucho á sus Altezas para poder hacer la guerra mas á su voluntad. Y como era negocio guiado por Dios, luego ordenó su divina Magestad que hubiese otra mayor disension entre los Moros, poniendose el Zogoybi en aventura de un hecho no menos temerario que peligroso. Viendo este Rey, que su enemigo estaba apoderado de la mejor y mayor parte del reyno, que no le obedecian á él en ninguna de las ciudades, y que los caballeros que le habian seguido y servido, iban ya dexandole, aventurandose á la muerte, mas cierto que á salir con la empresa que llevaba, acordó de meterse una noche secretamente en la ciudad de Granada con algunos caballeros que le habian quedado: y atravesando por sierras ásperas y fragosas, fuera de camino, llegó de improviso al Albaycin; y dexando la gente algo arredrada de los muros, se arrimó á la puerta de Fax el Lauz con solos cinco hombres, y hablando con las guardas supo decirles tales cosas, que sin haber entre ellos trato ni concierto, pudo tanto la presencia de su Rey, que obedecieron quanto les quiso mandar; y abriendole las puertas, le metieron dentro con su gente. Y el qual anduvo aquella noche de puerta en puerta por las casas de los mas principales que tenia por amigos, y entendia que le habian de favorecer, y rogando á unos, prometiendo á otros, los movió á que tomasen las armas. Lo mesmo hicieron todos

dos

dos los vecinos. Y otro dia de mañana se pusieron en arma, cerrando las bocas de las calles y los portillos, por donde los de la ciudad podian subir, y proveyendo todas las cosas necesarias á su defensa. Por otra parte el Zagal, luego que corrió la voz por la ciudad, que su sobrino estaba en el Albaycin, con el mayor número de gente que pudo, comenzó á pelear con él: y saliendo los unos y los otros al campo, hubo entre ellos una reñida pelea, en que murieron muchos de entrambas partes, y siendo inferior el Zogoybi, porque tenia menos número de gente, le fué necesario retirarse al Albaycin, y meterse dentro de sus reparos. El Zagal puso sus estancias contra él, y de esta manera estuvieron mas de cincuenta dias, peleando con tanta crueldad, que por ninguna cosa se tomaba hombre á vida. El Zogoybi envió luego á pedir socorro á los Reyes Cathólicos, que habian ido aquel año en romeria á Santiago de Galicia, y cobrado de camino á Ponferrada, y á otras villas y fortalezas. Y sus Altezas mandaron á Don Pedro Henriquez Adelantado de la frontera, que le fuese á socorrer con su gente. El qual juntó el mayor número de caballos y peones que pudo, y fué la vuelta de Granada; y peleando con los Moros del Zagal que le salian al encuentro, metió quinientos escopeteros Christianos en el Albaycin, para que con su calor se mantuviesen en lealtad los de la parte del Zogoybi; y sin recebir daño se retiró á la frontera. Mientras esto se hacia en Granada, el Rey Don Hernando en el año de mil quatrocientos ochenta y siete partió de Córdoba, y fué á cercar la ciudad de Velez Malaga, llamada ansi, porque está cerca de Malaga, y no porque sea de su jurisdiccion; y la cercó un dia despues de Pasqua de Resurrec-

cion á diez y nueve dias del mes de Abril. Y como los Alfaquís y ancianos de Granada vieron, que mientras ellos peleaban en sus casas, los Christianos ocupaban las ciudades y villas de aquel reyno, y las fortalecian, juntandose los mas principales de ellos, subieron un dia á la Alhambra, y haciendo un largo razonamiento al Zagal, le dixeron de esta manera: "Señor, para qué trabajas por ser Rey, si dexas perder la tierra de que lo has de ser? Los Christianos han ido á cercar la ciudad de Velez; y si la pierdes, Malaga y todas las otras del reyno se perderán. Tu sobrino está en el Albaycin, y con las fuerzas de los enemigos de nuestra ley te entretiene, mientras se hace mas poderoso el Rey Christiano. Apiadate de este pueblo, y haz alguna paz ó tregua con él, mientras se expele el enemigo comun, aunque pierdas algo de tu derecho.,, Estas razones movieron á tanta compasion al Zagal, que les respondió, que luego fuesen á tratarlo con su sobrino, porque holgaba mucho hallar algun medio como hacer paces con él, y le obedeceria, y se pondria debaxo de su bandera. Esta respuesta fué luego referida al Zogoybi por los mesmos Alfaquís y ancianos. Mas él les respondió resolutamente, que eran tantas las trayciones y crueldades que su tio habia usado con él y con sus amigos, que no se aseguraria jamas de sus palabras, ni queria paz ni treguas con ningun género de condicion: y con esto los despidió harto desconsolados. Viendo pues los Alfaquís y ancianos, que el Rey Don Hernando apretaba reciamente la ciudad de Velez, y que no podian conformar los dos Reyes, hicieron grandísima instancia con el Zagal para que la socorriese; y aunque estaba suspenso, no osando desamparar á Granada, fueron tantas las persuasiones y excla-

ma-

maciones del pueblo, que por darles contento, y tenerlos gratos, se determinó de ir á socorrer aquella ciudad. Y dexando muy bien proveída la Alhambra, y reforzadas las estancias que tenia puestas contra el Albaycin, salió con alguna cantidad de gente de á caballo, y mas de veinte mil peones, entendiendo hallar el real de los Christianos desapercebido, y por lo mas áspero y fragoso de la sierra mayor fué á dar de improviso sobre él. Mas el Rey Don Hernando estaba sobre el aviso; y con sus esquadrones puestos en muy buena orden, dexando los alojamientos bien proveídos, salió á recebirle, y le desbarató, y hizo retirar con mucho daño á la ciudad de Almuñecar. Y no se teniendo alli el Moro por seguro, pasó luego á la ciudad de Almería; y despues dió vuelta á Guadix, sin osar volver á Granada, porque los Granadinos como supieron que iba desbaratado, deseando ya tener paz, saludaron por Rey al Zogoybi, y le entregaron la Alhambra y las otras fortalezas: el qual hizo degollar luego quatro Moros de los mas principales que le habian sido contrarios; y avisando á los Reyes Cathólicos del suceso, les pidió seguro, para que todos los Moros de Granada y de los otros lugares del reyno, que viniesen á su obediencia, pudiesen ir seguramente á sus labores, y tratar y contratar en tierra de Christianos. Y porque se les concediese esto con mas calor, confirmó lo que secretamente habia ya prometidoles, que si ganaban las ciudades de Almería, Baza y Guadix, donde se habia recogido el Zagal, les entregaria tambien, dentro de treinta dias, la ciudad de Granada, con que le diesen ciertas villas y lugares donde viviese. Los Reyes holgaron de complacerle en todo quanto pedia, y mandaron luego despachar sus cartas de

de seguro para los Alcaydes y Gobernadores de las fronteras, mandandoles que hiciesen todo buen tratamiento á los vasallos del Zogoybi, y los dexasen ir á tratar libremente por toda la tierra. Demas de esto mandaron notificar á las ciudades y villas que estaban por el Zagal, que dentro de seis meses se entregasen al Zogoybi, con apercebimiento, que si no lo cumplian, les harian guerra, y las conquistaria para sí.

CAPITULO XIV.

Como los Reyes Cathólicos prosiguiendo en la conquista del reyno de Granada ganaron las ciudades de Velez, Málaga, y otras.

Por otra parte los Moros de la ciudad de Velez, habiendo perdido la esperanza del socorro, y viendose muy apretados, entregaron la ciudad al Rey Don Hernando viernes á veinte y siete dias del mes de Abril del año de nuestra salud mil quatrocientos ochenta y siete, y del imperio de los Alarabes ochocientos noventa y nueve; aunque otros dicen, que fué á diez dias de aquel mes. Está esta ciudad puesta en la halda de la sierra de Bentomiz media legua de la mar, y es la que los antiguos llamaron Meneba; mas no está en el mesmo sitio, porque Meneba era en otro promontorio mas á poniente, donde se ven algunos edificios antiguos. Ganada la ciudad de Velez, donde el Cathólico Rey hizo oficio de animoso y esforzado caballero, llegando en una escaramuza hasta la puerta de la ciudad, y alanceando un Moro que le habia muerto un page. Las villas y castillos de Bentomiz, Comares, Canillas, Narixa, Com-

Competa, Almoxía, Maynate, Iznate, Benaque, Abní Ayla, Ben Adalid, Chimbechinles, Pedupel, Bayro, Sinatan, Benicorram, Carxix, Buas, Casamur, Abistar, Xararax, Curbila, Rubite, Lacuz el Hadara, Alcuchayda, Daymas, el Borge, Borgaza, Machar, Haxar, Cotetrox, Alhadac, Almedira, Aprina, Alautin, Periana y Maro, y otras muchas de la xarquía de Malaga y de la tierra de Velez se rindieron; y á los unos y los otros concedieron los Cathólicos Reyes las mesmas condiciones que á las ciudades de Ronda y Marbella, y villas y lugares de su tierra. Y dexando sus Alcaydes y gente de guerra en las fortalezas, fué luego el Rey Cathólico á cercar la ciudad de Malaga, que está cinco leguas á poniente de Velez, y la cercó á diez y siete dias del mes de Mayo de este año. Esta ciudad se defendió mucho, y recibió mas daño que otra ninguna de aquel reyno, porque habia dentro mucha gente de guerra: mas al fin se rindió, y el Rey Don Hernando y la Reyna Doña Isabel, que se hallaron en el cerco, entraron en ella dia de San Luis á diez y nueve dias del mes de Agosto de aquel año, habiendo setecientos y setenta años que la poseían los Moros, y fueron tomados todos los Moros que alli habia por captivos. Luego se rindieron todas las villas y castillos de la xarquía y de la hoya, que hasta entonces no se habian rendido; y dexando en ellas sus Alcaydes y gente de guerra, poblaron la ciudad de Christianos, y se fueron victoriosos á hibernar á Zaragoza de Aragon.

CA-

CAPITULO XV.

Como los Reyes Cathólicos prosiguieron en su conquista, y lo que hicieron á la parte oriental de aquel reyno el año de mil quatrocientos ochenta y ocho.

Habiendo pues los Cathólicos Reyes dado fin á la guerra por la parte occidental de este reyno, el año del Señor mil quatrocientos ochenta y ocho tornaron á juntar su exército en Murcia; y entrando el Rey Don Hernando por la parte oriental, donde estan las ciudades de Vera, Moxácar, Güescar, Almería, Baza y Guadix, que todas estaban por el Zagal, hizo cruelísima guerra en todas aquellas comarcas. Y como el Moro no fuese poderoso para salir en campaña, las ciudades de Vera y Moxácar se rindieron luego; y lo mesmo hicieron las villas y castillos de las Cuevas, Huércal, Sagena, Albarca, Bedar, Serena, Cabrera, Lubrel, Ulula, Ovuera, Sorbas, Teresea, Lozayna, Torrillas, Huyunque, Suebro, Belefic, Nixar, Vercal, Velez el blanco, Velez el rubio, Cantória, Oria, Xercos, Albox, Albóreas, Beni Andadala, Beni Taraf Atahelid, Alardia, Alhabia, Beni Alguacil, Beni Libre, Beni Zanon, Beni Mina, Almarchez, Cotobao, Beni Calgad, Leuxar y Fines, y otras muchas. Y los Moros quedaron por mudejares y vasallos de sus Altezas con las mesmas condiciones que los demás. Hecho esto pasó el Rey á reconocer la ciudad de Almería, y dió vuelta á Baza, y en el camino se le dieron á partido las villas de Gueca, Orce, Galera, Castilleja y Bena Maurel, en las quales puso luego sus Alcaydes. Estaba el Zagal en Baza: y como la gen-

gente del Rey llegó á reconocer la ciudad, los Moros salieron fuera, y trabaron una grande escaramuza con los Christianos, en la qual murió Don Felipe de Aragon, Maestre de Montesa, sobrino del Rey Don Hernando, hijo bastardo del Príncipe Don Carlos su hermano; mas todavia se hizo el reconocimiento. Y el Rey pasó hácia Güescar, y los Moros le entregaron luego la ciudad, y dexando proveídas las fortalezas, se fué á hibernar á Medina del Campo, para dar orden en muchas cosas, que convenian á la buena gobernacion de sus reynos. Y en fin de este año á diez de Octubre cobraron á Placencia por mano de los Carbajales, y de otros caballeros.

CAPITULO XVI.

Como los Reyes Cathólicos ganaron las ciudades de Baza y Guadix, y hicieron otros muchos efectos en el año del Señor mil quatrocientos ochenta y nueve.

Rendidas las villas y castillos arriba dichos, y reconocidas las ciudades en la manera que hemos dicho, en la primavera del año de mil quatrocientos ochenta y nueve sus Altezas, viendo lo mucho que les importaba proseguir la guerra contra los Moros, vinieron á la ciudad de Jaen, y mandando juntar toda su gente en las ciudades de Baeza y Ubeda, y en el adelantamiento de Cazorla, porque habia de ser la entrada por aquella parte; quando estubo todo á punto, partió el Cathólico Rey sobre la ciudad de Baza, y de camino combatió la fortaleza de Cullar, y la ganó, dandosela los Moros á partido despues de muchos combates. Y por no de-

xar á las espaldas cosa que pudiese hacer impedimento á los Carbajales, que habian de llevar bastimentos al real, ocupó las fortalezas de Froyla, Bazos, Canilles y Benzulema; y luego cercó la ciudad de Baza. Estaba dentro Cidi Yahaya Alcayde de Almería, y primo del Zagal, hombre de mucha estima y valor, el qual defendió la ciudad seis meses y veinte dias valerosamente y con grandísima resistencia, y murió en escaramuzas y combates mucha gente de entrambas partes. Y al fin los cercados, viendo la perseverancia de nuestro exército, y que no hacia mundanza, antes crecia cada hora mas, y los apretaban con nuestros reparos de torres y cavas, para que no pudiesen entrar ni salir sin peligro manifiesto, y que no tenian de donde esperar socorro, porque el Rey Zagal estaba encerrado en Guadix, y no se lo podia dar, pidieron al Alcayde Yahaya, que tratase de partido, y con muy honestas condiciones entregó la ciudad á sus Altezas, y todas las torres y fortalezas: y la ocuparon nuestros Christianos á quatro dias del mes de Diciembre de aquel año. Ganada Baza, todas las villas y castillos del Valle, de Purchena y rio de Almanzora, que hasta entonces no se habian rendido, se rindieron, y entregaron las fortalezas á sus Altezas, ofreciendose por sus múdejares y vasallos. Lo mesmo hicieron los de la ciudad y rio de Almería, y de las serranias de Gador y Filabres. Quedaba la ciudad de Guadix por rendir, y el Alcayde Yahaya, que procuraba que todos hiciesen lo que él habia hecho, trató con el Zagal que la rindiese. El qual viendo quan poco le aprovechaban sus armas, hizo sus capitulaciones con los Reyes Cathólicos, y les rindió la ciudad, y las nueve villas del Cenete, y las que estan en la serrania entre Guadix y Gra-

Granada. Y despues hizo que se rindiesen las Taas de los dos Ceheles, Andarax, Dalías, Verxa, Uxixar, Jubiles, Ferreyra y Puqueyra, que todas son en la Alpuxarra, y la Taa de Órgiba, y el valle de Lecrin, solicitando á los pueblos para ello, porque holgaba mas verlos en poder de Christianos que de su sobrino. Y sus Altezas le dieron para él la Taa de Órgiba, y el valle de Lecrin, y la mitad de las salinas de la Malaha, y otros muchos heredamientos para su sustento. Y anduvieron él y el Alcayde Yahaya en su servicio en la guerra hasta el fin de ella. Y despues les pidió licencia para pasar á Berbería, diciendo que no queria vivir en tierra donde habia sido Rey, pues ya no podia serlo, ni tenia esperanza de ello. Y el Rey de Fez lo mandó aprisionar: y siendo convencido en juicio por la disension que habia causado en el reyno de los Moros, le hizo abacilar y cegar con una vacía de azofar ardiendo puesta delante de los ojos. Y despues se fué á la ciudad de Velez de la Gomera, donde vivió ciego y miserable mucho tiempo, dandole de comer y de vestir el Rey de Velez, y encima del vestido traía siempre un rétulo en Arabigo que decia: "Este es el desventurado Rey de los Andaluces.„ Quando el Zagal se fué á Berbería, sus Altezas hicieron merced á los Infantes Ali y Acre hijos del Rey Abulhacen y de la Zoraya, que despues fueron Christianos, y se llamaron Don Juan y Don Hernando, de las Taas de Órgiba y del Jubilein: y las poseyeron, hasta que alzandose la Alpuxarra en el año de mil quatrocientos noventa y tres, los quitaron sus Altezas de alli, y les dieron en recompensa un quento y quatrocientas mil de juro, y la tenencia del castillo de Monleon, y el gobierno del reyno de Galicia. Con-

virtióse tambien Cidi Yahaya y un hijo suyo á nuestra santa fé, y se llamó Don Pedro, y el hijo Don Alonso, que fueron muy esforzados caballeros, y hicieron cosas muy señaladas en la conquista de Granada: y sus Altezas les hicieron merced de la otra mitad de las salinas de la Malaha, y en su recompensa despues les dieron la Taa de Marchena, y otros muchos heredamientos. Este era hijo de Aben Celim Aben Abrahem Abuzacari Infante de Almería, y nieto de Brahem Aben Almao Abuzacari, á quien en diferencia del Rey Izquierdo llamaron el Nayar, que reynó en Granada en tiempo del Rey Don Juan el Segundo, y con su favor. El qual traía tambien su decendencia del Rey Aben Hut, descendiente de los Reyes de Aragon, que echó á los Almohadas de España, como diximos en el libro segundo de nuestra Africa. Los descendientes de los Infantes Don Juan y Don Hernando tienen por apellido de Granada, y traen por armas dos granadas en campo azul, y un letrero atravesado que dice: *Lagaleblila*, que quiere decir: "No hay vencedor sino Dios,,: y los que vienen de Don Pedro y Don Alonso tomaron apellido de Venegas, y tambien de Granada. Traen cinco granadas en campo azul. Primero traían una sola, y por un desafio que vencieron padre y hijo en la vega de Granada, en que mataron cinco Moros, pusieron cinco granadas y el mesmo letrero. Honraronlos sus Altezas mucho, y fueron sus padrinos, y casaron á Don Alonso con Doña Juana de Mendoza, dama de la Reyna Cathólica, hija de Don Francisco Hurtado de Mendoza su mayordomo. Tuvieron por su hijo á Don Pedro de Granada Venegas, caballero del habito de Santiago, y Alguacil mayor de Granada, padre de Don Alonso de Granada

Ve-

Venegas, Señor de Campotejar y Jayena, de quien diremos adelante. Volviendo pues á nuestra historia, no les quedando ya á los Reyes Cathólicos que conquistar en aquel reyno mas que la ciudad de Granada, y algunos lugares, que debaxo de paces se habian mantenido por el Rey Zogoybi, enviaron á decirle que cumpliese lo que les habia prometido, y dentro de treinta dias les entregase aquella ciudad con todas sus fortalezas, y le darian cierta cantidad de dinero, y los lugares de las Taas de la Alpuxarra, donde se fuese á vivir. El qual turbado de oir semejante embaxada, les respondió, que la ciudad de Granada era grande y muy populosa de gente, porque demás de los vecinos naturales, se habian recogido en ella muchos de otras partes, entre los quales habia diferentes pareceres: y ansi no podia, ni era parte para cumplir lo que se le pedia; y mucho menos siendo el tiempo tan breve para tratar de negocio en que habian de condescender las voluntades de tanta diversidad de pueblo. Sabida esta respuesta, sus Altezas le ofrecieron mas dineros y mas lugares, aunque no todos los que él pedia, porque hiciese que los Granadinos dexasen luego las armas, y desocupasen algunas casas señaladas en sitios fuertes dentro de la ciudad, donde se metiesen los Christianos. Mas tampoco lo quiso hacer, antes se declaró luego por enemigo, solicitando los de la Alpuxarra, sierras y valle á que se alzasen. Y saliendo de Granada, cercó la fortaleza del Padul, y la combatió y ganó, antes que el Rey Don Hernando la pudiese socorrer, porque se hallaba á la sazon á la parte de Guadix. Y porque iba el año ya muy adelante, mandó proveer las fronteras de Alendin, Colomera, Moclin, Íllora, Montefrio, Alcalá la Real, Loxa y Alhama, que

to-

todas cercan la vega de Granada; y se fué á hibernar á la ciudad de Sevilla, para dar orden en lo que se habia de proveer para la entrada de la primavera.

CAPITULO XVII.

Como los Reyes Cathólicos volvieron á la conquista, y lo que hicieron el año de mil quatrocientos y noventa.

El año siguiente, que se contaron mil quatrocientos y noventa de Christo, tornó el Rey á entrar en la vega de Granada, llevando consigo al Zagal y al Alcayde de Baza, y otros Moros principales. Y andando la gente talando los sembrados y las guertas junto á la ciudad, salieron los Granadinos muchas veces á defenderselo con escaramuzas; y en una de ellas mataron á Don Alonso Pacheco hermano del Marques de Villena, y á él le hirieron de una lanzada en un brazo, y mataron muchos caballeros que iban con él: mas no por eso dexó de hacerse la tala, y el Rey proveyó sus fronteras, y se volvió á Córdoba. Aun no era bien retirada la gente del Rey, quando el Zogoybi salió de Granada, y cercó la fortaleza de Alhendin, que está dos leguas pequeñas de la ciudad; y aunque era fuerte, y habia dentro buena gente de guerra, la combatió con los ingenios y máquinas que usaban en aquel tiempo, tan reciamente, que el Alcayde viendo los muros cavados por los cimientos, y apuntalados con mucha madera y leña debaxo para darles fuego, la hubo de rendir: y el Moro la mandó derribar por el suelo, y llevó á Granada captivos los Christianos que alli habia. A la fama de esta victoria los Moros de la Alpuxarra, sierra y valle, se

le-

levantaron contra los Alcaydes que tenian las fortalezas por el Rey. Y el Zogoybi con mucho número de gente fué á las Taas de Marchena y Boloduy, que son entre Guadix y Almería, y hallando aquellas villas desapercebidas, las combatió y tomó por fuerza de armas. Decianos un Moro viejo de mas de ciento y diez años, que estaba en el Albaycin de Granada, quando escribiamos nuestra historia de Africa, que de esta vez se rebelaron todas las Taas y lugares de la Alpuxarra, sierra y valle de Lecrin, y se perdieron las fortalezas que tenian ya los Christianos, sino fueron dos ó tres: una de las quales fué Monduxar, que la defendió valerosamente una noble dueña llamada Doña María de Acuña, muger del Alcayde, estando su marido fuera. Tambien procuró el Moro haber el castillo de Salobreña, que estaba por el Rey, por la comodidad de aquel portichuelo, donde pudiesen acudir los navios de Berbería: y trató con los Moros de paces que moraban en la villa que le diesen entrada una noche, para que con mas facilidad le pudiese hacer escalar: los quales lo hicieron ansi; mas el Alcayde se defendió valerosamente, aunque le pusieron en tanto aprieto, que si el Rey Don Hernando no le socorriera, se hubiera de perder. Solicitó ansimesmo el Zogoybi á los Moriscos de paces que moraban en las ciudades de Guadix, Baza y Almería, para que se alzasen. Y finalmente tuvo trato con la mayor parte de los que ya eran múdejares, y ellos con él. A esta guerra acudió luego el Rey Cathólico: y entrando con su exército en la vega de Granada, fué causa que el Moro acudiese á poner cobro en aquella ciudad, y se interrompiesen sus designios. Y dexando talados los panizos de ella, que tenian sembrados los Granadinos, sien-

siendo ya por el mes de Septiembre, se volvió á Córdoba. Mas no se detuvo mucho en aquella ciudad, porque como se entendió el trato que los Moros de Baza, Guadix y Almería traían con el Zogoybi, y como le pedian socorro para alzarse; queriendo poner remedio en ello con la brevedad que el caso requeria, caminó luego á grandes jornadas hácia aquella parte; y metiendose en la ciudad de Guadix, lo aseguró todo con su presencia, y mandó, que todos los Moros que vivian dentro de las ciudades y villas cercadas, se saliesen á vivir á las alcarías y lugares abiertos; y á los que quisieron irse á Berbería, les dió licencia para ello, y para vender sus haciendas. Con esta diligencia remedió este prudentísimo y Cathólico Rey el rebelion y guerra que se esperaba: y se volvió á Sevilla, para dar orden en el cerco que pensaba poner en el siguiente año á la ciudad de Granada.

CAPITULO XVIII.

Como los Reyes Cathólicos tornaron á la conquista el año de mil quatrocientos noventa y uno, y cercaron la ciudad de Granada.

Venida la primavera del año de nuestro Salvador mil quatrocientos noventa y uno, los Cathólicos Reyes, habiendo estado el principio del año en Sevilla, partieron de alli pasada Pasqua florida para ir á cercar á Granada. El Rey Don Hernando entró en la vega, y mandó al Marques de Villena, que con tres mil caballos y diez mil peones fuese al valle de Lecrin, y destruyese todos los lugares que se habian alzado. Y porque, si acaso los Mo-

Moros viniesen sobre él con mayor pujanza, no recibiese daño en la aspereza de aquellos cerros (como aquel que en nada se descuidaba) partió luego en su seguimiento con el resto del exército. El Marques de Villena entró en el valle, y destruyendo los lugares baxos que estaban mal apercebidos, volvió al Padul con muchos captivos y despojos; mas encontrandole alli el Rey, le mandó volver: y pasando mas adelante, destruyó toda aquella tierra, porque esto era lo que convenia que se hiciese antes de poner cerco á Granada. Y aunque el Zogoybi, sabido el camino que el Rey Don Hernando llevaba, envió algunos Alcaydes con mucha gente de á pie para que ocupasen los pasos de Tablate y Lanjaron, por donde necesariamente habian de pasar los Christianos, no fueron parte para defenderselo, porque los capitanes del Rey acometieron el barranco de Tablate por la puente, y por otro paso dificultosísimo, que estaba á la parte de arriba una legua de alli, y echando á los Moros de las cumbres de aquellos cerros que tenian ocupadas, pasó el Rey hasta Lanjaron: y alli estuvo mientras la gente destruía los lugares del valle y de la Taa de Órgiba, y otros de aquellas sierras. Hecho esto, y talados todos los sembrados de la comarca, volvió el Rey con todo su exército al Padul, y por aquella parte entró en la vega de Granada, y asentó su real junto á unas fuentes, que llaman los ojos de Huercal, y estan dos leguas de aquella famosísima ciudad, con determinacion, siendo Dios servido, de no le alzar hasta ganarla. Duró este cerco ocho meses y diez dias con gran contienda de entrambas partes desde veinte y seis dias del mes de Abril hasta dos de Enero del año del Señor mil quatrocientos noventa y dos. En el qual tiempo hubo hechos muy notables de

caballeros y peones, asi Christianos como Moros, que procuraban señalarse en presencia de sus Reyes, unos por fama, y otros por premio, y muchos por religion. A este cerco vino la Cathólica Reyna Doña Isabel, que en todas las cosas graves y de mayor importancia se queria hallar, para animar con su real presencia á sus vasallos: y traxo consigo al Príncipe Don Juan y á la Infanta Doña Juana sus hijos. Y porque una noche se pegó fuego á la tienda de la Reyna con una vela, que descuidadamente dexó encendida una moza de cámara, y se quemaron otras tiendas que estaban par della, los Reyes mandaron hacer en el real casas de tapias cubiertas de teja, donde se metiese la gente, puestas por su orden con sus calles ordenadas en medio, y despues tomando las ciudades y los maestrazgos á su cargo de fortalecer cada qual su quartel, hicieron una ciudad cercada de muros y de torres con una honda cava, dexando dos calles principales en medio derechas, puestas en cruz, que van á dar á quatro puertas, que responden á los quatro vientos, quedando en medio una plaza de armas espaciosa y ancha, donde poderse juntar la gente del exército. Cada edificador dexó una piedra con su epitafio en la parte del muro que le cupo edificar, puesta en el lugar mas preeminente de su quartel: las quales verá todavía el curioso que anduviere alderredor dellos por la parte de fuera. A esta ciudad llamaron los Cathólicos Reyes santa Fé, nombre digno de su conquista: y con ella quedó el real seguro de fuegos, y fuerte contra qualquier ímpetu de los enemigos, los quales desmayaron luego que la vieron edificada, entendiendo que el cerco era de propósito, y con presupuesto de no levantar de alli el real hasta ganarles á Granada.

CA-

CAPITULO XIX.

Como los Moros acordaron de rendir á Granada, y las capitulaciones que sobre ello se hicieron.

Quando el Zogoybi vió que no tenia la ciudad de Granada defensa, ni esperanza de socorro, condescendiendo con la voluntad de la mayor parte del pueblo, que no podian ya sufrir tanto trabajo, envió á pedir treguas á los Reyes Cathólicos, durante las quales se pudiese entender en las condiciones y capítulos de paz con que se habia de rendir. Dió ante todas cosas en rehenes á un hijo suyo, y otros de Alcaydes y hombres principales de la ciudad y del Albaycin, que fueron llevados á la fortaleza de Moclin. Y siendole concedida tregua por sesenta dias, los caballeros y ciudadanos Moros se juntaron diversas veces á tratar de su negocio, yendo y viniendo muchos de ellos á conferir lo que acordaban pedir con las personas del consejo de sus Altezas, que fueron diputadas para ello. Y aunque lo que trataban era con demasiada importunidad, los vencedores, que ninguna cosa querian mas que acabar de vencer, se lo concedieron todo. Hechos los capítulos, y asentadas las condiciones, los Granadinos enviaron con la resolucion de todo á un ciudadano noble, llamado Abi Cacem el Maleli, con poderes bastantes para que otorgase lo que sus Altezas pedian. Y porque el lector quede satisfecho, pondremos aqui los capítulos á la letra como se concedieron, ansi al Rey y á las Reynas, como á la ciudad y lugares de aquel reyno.

"Que sus Altezas hacen merced por juro de heredad pa-

para siempre jamás al Rey Abdilehi de las villas y lugares de las Taas de Verja, Dalías, Marchena, Boloduy, Juchar, Andarax, Jubiles, Uxixar, Jubilein, Ferreyra, Poqueyra, y Órgiba, que son en la Alpuxarra, con todos los heredamientos, pechos, derechos, y otras rentas que en qualquier manera pertenezcan á sus Altezas en las dichas Taas, para que sea suyo y lo pueda vender, ó empeñar, y hacer dello lo que quisiere, con tanto que quando lo quisiere vender ó empeñar, sean primero requeridos sus Altezas, si lo quieren; y tomandolo le mandarán pagar por ello lo que se concertáre.

Que sus Altezas puedan labrar y tener fortaleza en Adra, ó en otras partes donde quisieren en la Alpuxarra, y hacer y tener torres en la costa de la mar. Y si labraren nueva fortaleza en Adra junto á la mar, en tal caso quede la fortaleza vieja por el dicho Rey Abdilehi, despues de reparada y puesta en defensa la de sus Altezas: el qual no ha de pagar cosa alguna para la guardia, ni para los reparos de las dichas fortalezas y torres, sino que le ha de quedar su renta toda libre.

Que luego como entregáre la Alhambra y las otras fortalezas, le mandarán dar sus Altezas treinta mil castellanos de oro, que valen catorce cuentos y quinientos cincuenta mil maravedis en dinero de contado.

Que sus Altezas le hacen merced de todos los heredamientos, molinos de aceyte, tierras y hazas, que tuvo y poseyó desde el tiempo del Rey Abil Hacen su padre, y tiene y posee agora, ansi en los términos de la ciudad de Granada, como en las Alpuxarras.

Que sus Altezas hacen merced á la Reyna Ayxa su madre, y á sus hermanas y muger, y á la muger de Muley

Bunacer, de todas las guertas, tierras, hazas, molinos, viñas, y otros heredamientos que tenian en la dicha ciudad de Granada, y en las Alpuxarras: lo qual todo sea franco y libre de qualquier derecho, como lo eran hasta aqui. Y ansimesmo hacen merced al dicho Rey Abdilehi, y á las dichas Reynas é Infantes, y al Haxi Romaymi, de todos los heredamientos que tenian en Motril, con la mesma libertad.

Que despues de firmado este concierto, qualesquier villas ó lugares de la dicha Alpuxarra, que se dieren y entregaren á sus Altezas antes de la entrega de la Alhambra, las mandarán volver y restituir libremente al dicho Rey Abdilehi, y que serán por él bien tratados.

Que no mandarán sus Altezas al dicho Rey Abdilehi, ni á sus criados, volver para siempre jamas lo que hubieren tomado á Christianos en su tiempo, ni á Moros, ansi bienes muebles como raices. Y si sus Altezas hubieren de mandar volver algunas de las tales cosas, ó heredades que se hayan tomado, por algun asiento ó capitulacion que tengan con alguna persona, lo pagarán, y mandarán que sobre esto no tenga poder ningun Christiano ni Moro, ora sea mucho ó poco; y á quien fuere contra ello le mandarán castigar; y que en contrario dello no será juzgado por ninguna ley de Christianos ni de Moros.

Que cada y quando que el dicho Rey Abdilehi, ó su madre, hermanas y muger, y la muger del dicho Abi Nacer y sus alcaydes, criados, escuderos y gente de su casa y servicio, quisieren pasarse á Berbería, sus Altezas les mandarán dar dos carracas de Ginoveses fletadas en que pasen, si las hubiere al tiempo que se quisieren ir;

y

y sino quando las hubiere, sin que paguen flete ni otro derecho: en las quales puedan llevar sus personas, ropas, mercaderias, oro, plata, joyas, bestias y armas, con que no lleven tiros de pólvora, porque estos han de quedar para sus Altezas; y que por embarcar ó desembarcar, ni por otra cosa alguna, no les han de llevar derechos de ninguna suerte, ni flete, y los haran llevar seguros, honrados y guardados, á qualquier puerto de levante ó de poniente, de Alexandria, ó de la ciudad de Tunez, ó de Oran, ó del reyno de Fez, donde ellos mas quisieren ir á desembarcar.

Que si al tiempo que se embarcaren no pudieren vender las rentas que tuvieren en el dicho reyno de Granada, puedan dexar y dexen sus procuradores que las cojan, lleven ó envien, donde estuvieren, sin que en ello se les ponga embargo alguno.

Que si el dicho Rey Abdilehi quisiere enviar algun alcayde ó criado con mercaderia á Berbería, lo pueda hacer libremente, sin que á la ida, estada, ó vuelta le sea pedida cosa alguna por razon de derechos.

Que pueda enviar á qualquiera parte de los reynos de sus Altezas seis acemilas por cosas de su mantenimiento y provision franca y libremente, sin que por ello le sean llavados derechos en ninguna parte.

Que saliendo de Granada, pueda irse á vivir donde quisiere en qualquiera de los lugares que se le dan, y salir de la ciudad con sus criados, alcaydes, sabios, caballeros, y comun que quisiere llevar, ó irse con él, los quales lleven sus caballos, y bestias de guia, y sus mugeres y hijos, criados y criadas, chicos y grandes, y sus armas en las manos, ó como quisieren llevarlas, que no les será tomado ecepto los tiros de pólvora; y que agora ni en nin-

ningun tiempo para siempre jamás se les pornán señales en sus personas, ni en otra manera, á ellos ni á sus descendientes; y que gocen de todas las capitulaciones que estan hechas, ó se hicieren con los vecinos de la dicha ciudad de Granada.

Que sus Altezas mandarán dar al dicho Rey Abdilehi y á su madre, muger y hermanas, y á la muger de Abi Nacer, el dia que se les entregáre la fortaleza de la Alhambra, y las otras fortalezas, sus cartas de previlegios, fuertes y firmes de todo lo susodicho, rodados y sellados con su sello de plomo pendiente en filos de seda, confirmados por el Príncipe Don Juan, y por el Cardenal de España, y por los Maestres de las Ordenes, Arzobispos, Obispos, y otros Prelados, y por los Grandes, Duques, Marqueses, Condes, Adelantados, y Notarios mayores destos reynos.„

Esta capitulacion fué hecha y concluida en el real de santa Fé á veinte y cinco dias del mes de Noviembre, año de nuestra salud mil quatrocientos noventa y uno, y tres dias despues se concluyeron los capítulos que sus Altezas concedieron generalmente á la ciudad de Granada y lugares de aquel reyno que se viniesen á rendir, cuyo tenor es este:

"Primeramente que el Rey Moro, y los alcaydes, y alfaquis, cadis, mestis, alguaciles y sabios, y los caudillos y hombres buenos, y todo el comun de la ciudad de Granada, y de su Albaycin y arrabales, darán y entregarán á sus Altezas, ó á la persona que mandaren, con amor, paz y buena voluntad, verdadera en trato y en obra, dentro de quarenta dias primeros siguientes, la fortaleza de la Alhambra y Alhizan con todas sus torres y puertas, y todas las otras fortalezas, torres y puertas de la ciu-

ciudad de Granada, y del Albaycin y arrabales que salen al campo, para que las ocupen en su nombre con su gente y á su voluntad, con que se mande á las justicias que no consientan que los Christianos suban al muro que está entre el Alcazaba y el Albaycin, de donde se descubren las casas de los Moros; y que si alguno subiere, sea luego castigado con rigor.

Que cumplido el término de los quarenta dias, todos los Moros se entregarán á sus Altezas libre y espontaneamente, y cumplirán lo que son obligados á cumplir los buenos y leales vasallos con sus Reyes y señores naturales: y para seguridad de su entrega, un dia antes que entreguen las fortalezas, darán en rehenes al alguacil Jufef Aben Comixa, con quinientas personas hijos y hermanos de los principales de la ciudad, y del Albaycin y arrabales, para que esten en poder de sus Altezas diez dias mientras se entregan y aseguran las fortalezas, poniendo en ellas gente y bastimentos: en el qual tiempo se les dará todo lo que hubieren menester para su sustento; y entregadas los pornan en libertad.

Que siendo entregadas las fortalezas, sus Altezas y el Príncipe Don Juan su hijo por sí y por los Reyes sus sucesores recibirán por sus vasallos y súbditos naturales, debaxo de su palabra, seguro y amparo real, al Rey Abi Abdilehi, y á los alcaydes, cadis, alfaquis, mestis, sabios, alguaciles, caudillos y escuderos, y á todo el comun, chicos y grandes, asi hombres como mugeres vecinos de Granada, y de su Albaycin y arrabales, y de las fortalezas, villas y lugares de su tierra, y de la Alpuxarra, y de los otros lugares que entraren debaxo de este concierto y capitulacion, de qualquier manera que sea, y los dexarán en sus casas, haciendas y heredades, en-

ton-

tonces y en todo tiempo, y para siempre jamás; y no les consentirán hacer mal ni daño, sin intervenir en ello justicia, y haber causa; ni les quitarán sus bienes ni sus haciendas, ni parte dello, antes serán acatados, honrados y respetados de sus súbditos y vasallos, como lo son todos los que viven debaxo de su gobierno y mando.

Que el dia que sus Altezas enviaren á tomar posesion de la Alhambra, mandarán entrar su gente por la puerta de Bib Lacha, ó por la de Bibnest, ó por el campo fuera de la ciudad, porque entrando por las calles no haya algun escándalo.

Que el dia que el Rey Abí Abdilehi entregare las fortalezas y torres, sus Altezas le mandarán entregar á su hijo con todos los rehenes, y sus mugeres y criados, ecepto los que se hubieren vuelto Christianos.

Que sus Altezas y sus sucesores para siempre jamás dexarán vivir al Rey Abí Abdilehi, y á sus alcaydes, cadis, mestis, alguaciles, caudillos y hombres buenos, y á todo el comun chicos y grandes, en su ley, y no les consentirán quitar sus mezquitas ni sus torres, ni los almuedanes, ni les tocarán en los habices y rentas que tienen para ellas, ni les perturbarán los usos y costumbres en que estan.

Que los Moros sean juzgados en sus leyes y causas por el derecho del Xara, que tienen costumbre de guardar con parecer de sus cadis y jueces.

Que no les tomarán ni consentirán tomar, agora ni en ningun tiempo para siempre jamás, las armas ni los caballos, ecepto los tiros de pólvora chicos y grandes, los quales han de entregar brevemente á quien sus Altezas mandáren.

Que todos los Moros chicos y grandes, hombres y

mugeres, asi de Granada y su tierra, como de la Alpuxarra, y de todos los lugares, que quisieren irse á vivir á Berbería, ó á otras partes donde les pareciere, puedan vender sus haciendas, muebles y raices, de qualquier manera que sean, á quien, y como les pareciere, y que sus Altezas, ni sus sucesores en ningun tiempo las quitarán, ni consentirán quitar á los que las hubieren comprado; y que si sus Altezas las quisieren comprar las puedan tomar por el tanto que estuvieren igualadas, aunque no se hallen en la ciudad, dexando personas con su poder que lo puedan hacer.

Que á los Moros que se quisieren ir á Berbería, ó á otras partes, les darán sus Altezas pasage libre y seguro con sus familias, bienes muebles, mercaderias, joyas, oro, plata y todo género de armas, salvo los instrumentos y tiros de pólvora; y para los que quisieren pasar luego, les darán diez navios gruesos, que por tiempo de setenta dias asistan en los puertos donde los pidieren, y los lleven libres y seguros á los puertos de Berbería, donde acostumbran llegar los navios de mercaderes Christianos á contratar. Y demas de esto todos los que en término de tres años se quisieren ir, lo puedan hacer, y sus Altezas les mandarán dar navios donde los pidieren, en que pasen seguros, con que avisen cincuenta dias antes, y no les llevarán fletes ni otra cosa alguna por ello.

Que pasados los dichos tres años, todas las veces que se quisieren pasar á Berbería, lo puedan hacer, y se les dará licencia para ello, pagando á sus Altezas un ducado por cabeza, y el flete de los navios en que pasaren.

Que si los Moros que quisieren irse á Berbería, no pudieren vender sus bienes raices que tuvieren en la ciudad de Granada y su Albaycin y arrabales, y en la Al-

Alpuxarra, y en otras partes, los puedan dexar encomendados á terceras personas, con poder para cobrar los réditos, y que todo lo que rentaren lo puedan enviar á sus dueños á Berbería donde estuvieren, sin que se les ponga impedimento alguno.

Que no mandarán sus Altezas, ni el Príncipe Don Juan su hijo, ni los que despues de ellos sucedieren para siempre jamás, que los Moros que fueren sus vasallos traigan señales en los vestidos como los traen los Judios.

Que el Rey Abdilehi ni los otros Moros de la ciudad de Granada, ni de su Albaycin y arrabales, no pagarán los pechos que pagan por razon de las casas y posesiones por tiempo de tres años primeros siguientes; y que solamente pagarán los diezmos de Agosto y otoño, y el diezmo de ganado que tuvieren al tiempo del dezmar en el mes de Abril y en el de Mayo, conviene á saber de lo criado, como lo tienen de costumbre pagar los Christianos.

Que al tiempo de la entrega de la ciudad y lugares, sean los Moros obligados á dar y entregar á sus Altezas todos los captivos Christianos varones y hembras para que los pongan en libertad, sin que por ellos pidan ni lleven cosa alguna; y que si algun Moro hubiere vendido alguno en Berbería, y se lo pidieren diciendo tenerlo en su poder, en tal caso jurando en su ley, y dando testigos como lo vendió antes de estas capitulaciones, no le será mas pedido, ni él esté obligado á darlo.

Que sus Altezas mandarán que en ningun tiempo se tomen al Rey Abí Abdilehi, ni á los alcaydes, cadis, mestis, caudillos, alguaciles, ni escuderos, las bestias de carga ni los criados para ningun servicio, sino fuere con su voluntad, pagandoles sus jornales justamente.

 Que

Que no consentirán que los Christianos entren en las mezquitas de los Moros donde hacen su zala, sin licencia de los alfaquis; y el que de otra manera entrare será castigado por ello.

Que no permitirán sus Altezas que los Judios tengan facultad ni mando sobre los Moros, ni sean recaudadores de ninguna renta.

Que el Rey Abdilehi, y sus alcaydes, cadis, alfaquis, mestis, alguaciles, sabios, caudillos y escuderos, y todo el comun de la ciudad de Granada, y del Albaycin y arrabales, y de la Alpuxarra, y otros lugares, serán respetados y bien tratados por sus Altezas y Ministros; y que su razon será oida, y se les guardarán sus costumbres y ritos, y que á todos los alcaydes y alfaquis les dexarán cobrar sus rentas, y gozar de sus preeminencias y libertades, como lo tienen de costumbre, y es justo que se les guarde.

Que sus Altezas mandarán que no se les echen guespedes, ni se les tome ropa, ni aves, ni bestias, ni bastimentos de ninguna suerte á los Moros sin su voluntad.

Que los pleytos que ocurrieren entre los Moros serán juzgados por su ley y Xara, que dicen de la zuna, y por sus cadis y jueces, como lo tienen de costumbre; y que si el pleyto fuere entre Christiano y Moro, el juicio de él sea por alcalde Christiano, y cadí Moro, porque las partes no se puedan quexar de la sentencia.

Que ningun juez pueda juzgar ni apremiar á ningun Moro por delito que otro hubiere cometido, ni el padre sea preso por el hijo, ni el hijo por el padre, ni hermano por hermano, ni pariente por pariente, sino que el que hiciere el mal aquel lo pague.

Que sus Altezas harán perdon general á todos los Mo-

Moros que se hubieren hallado en la prision de Hamete Abí Alí su vasallo; y asi á ellos, como á los lugares de Cabtil, por los Christianos que han muerto, ni por los deservicios que han hecho á sus Altezas, no les será hecho mal ni daño, ni se les pedirá cosa de quanto han tomado ni robado.

Que si en algun tiempo los Moros, que estan captivos en poder de Christianos, huyeren á la ciudad de Granada, ó á otros lugares de los contenidos en estas capitulaciones, sean libres, y sus dueños no los puedan pedir, ni los jueces mandarlos dar; salvo si fueren Canarios, ó negros de Gelofe, ó de las Islas.

Que los Moros no darán ni pagarán á sus Altezas mas tributo de aquello que acostumbran dar á los Reyes Moros.

Que á todos los Moros de Granada y su tierra, y de la Alpuxarra, que estuvieren en Berbería, se les dará término de tres años primeros siguientes, para que si quisieren puedan venir y entrar en este concierto y gozar de él.

Y que si hubieren pasado algunos Christianos captivos á Berbería, teniendolos vendidos y fuera de su poder, no sean obligados á traerlos, ni á volver nada del precio en que los hubieren vendido.

Que si el Rey, ú otro qualquier Moro despues de pasado á Berbería quisiere volverse á España, no le contentando la tierra ni el trato de aquellas partes, sus Altezas les darán licencia por término de tres años para poderlo hacer, y gozar de estas capitulaciones, como todos los demas.

Que si los Moros que entraren debaxo de estas capitulaciones y conciertos, quisieren ir con sus merca-

de-

derias á tratar y contratar en Berbería, se les dará licencía para poderlo hacer libremente, y lo mesmo en todos los lugares de Castilla y de la Andalucía, sin pagar portazgos, ni los otros derechos que los Christianos acostumbran pagar.

Que no se permitirá que ninguna persona maltrate de obra, ni de palabra á los Christianos, ó Christianas, que antes de estas capitulaciones se hobieren vuelto Moros: y que si algun Moro tuviere alguna renegada por muger, no será apremiada á ser Christiana contra su voluntad, sino que será interrogada en presencia de Christianos y de Moros, y se siguirá su voluntad; y lo mesmo se entenderá con los niños y niñas nacidos de Christiana y Moro.

Que ningun Moro ni Mora serán apremiados á ser Christianos contra su voluntad; y que si alguna doncella, ó casada, ó viuda, por razon de algunos amores se quisiere tornar Christiana, tampoco será recebida, hasta ser interrogada; y si hubiere sacado alguna ropa, ó joyas de casa de sus padres, ó de otra parte, se restituirá á su dueño, y serán castigados los culpados por justicia.

Que sus Altezas, ni sus sucesores en ningun tiempo pedirán al Rey Abí Abdilehi, ni á los de Granada y su tierra, ni á los demas que entraren en estas capitulaciones, que restituyan caballos, bagages, ganados, oro, plata, joyas, ni otra cosa de lo que hubieren ganado en qualquier manera durante la guerra y rebelion, asi de Christianos, como de Moros mudejares, ó no mudejares; y que si algunos conocieren las cosas que les han sido tomadas, no las puedan pedir, antes sean castigados, si las pidieren.

Que

Que si algun Moro hobiere herido, ó muerto Christiano, ó Christiana, siendo sus captivos, no les será pedido ni demandado en ningun tiempo.

Que pasados los tres años de las franquezas, no pagarán los Moros de renta de las haciendas y tierras realengas mas de aquello que justamente pareciere que deben pagar conforme al valor y calidad de ellas.

Que los jueces, alcaldes y gobernadores, que sus Altezas hubieren de poner en la ciudad de Granada y su tierra, serán personas tales que honrarán á los Moros, y los tratarán amorosamente, y les guardarán estas capitulaciones: y que si alguno hiciere cosa indebida, sus Altezas lo mandarán mudar y castigar.

Que sus Altezas y sus sucesores no pedirán ni demandarán al Rey Abdilehi, ni á otra persona alguna de las contenidas en estas capitulaciones, cosa que hayan hecho, de qualquier condicion que sea, hasta el dia de la entrega de la ciudad y de las fortalezas.

Que ningun alcayde, escudero, ni criado del Rey Zagal no terná cargo ni mando en ningun tiempo sobre los Moros de Granada.

Que por hacer bien y merced al Rey Abí Abdilehi, y á los vecinos y moradores de Granada, y de su Albaycin y arrabales, mandarán, que todos los Moros captivos, asi hombres como mugeres, que estuvieren en poder de Christianos sean libres sin pagar cosa alguna, los que se hallaren en la Andalucía dentro de cinco meses, y los que en Castilla dentro de ocho; y que dos dias despues que los Moros hayan entregado los Christianos captivos que hubiere en Granada, sus Altezas les mandarán entregar docientos Moros y Moras. Y demas de esto pondrán en libertad á Aben Adrami, que está en po-

poder de Gonzalo Hernandez de Córdoba, y á Hozmin, que está en poder del Conde de Tendilla, y á Reduan, que lo tiene el Conde de Cabra, y á Aben Mueden, y al hijo del alfaqui Hademi, que todos son hombres principales vecinos de Granada, y á los cinco escuderos que fueron presos en la rota de Brahem Abencerrax, sabiendose donde estan.

Que todos los Moros de la Alpuxarra que vinieren á servicio de sus Altezas, darán y entregarán dentro de quince dias todos los captivos Christianos que tuvieren en su poder, sin que se les dé cosa alguna por ellos; y que si alguno estuviere igualado por trueco que dé otro Moro, sus Altezas mandarán que los jueces se lo hagan dar luego.

Que sus Altezas mandarán guardar las costumbres que tienen los Moros en lo de las herencias, y que en lo tocante á ellas serán jueces sus Cadis.

Que todos los otros Moros, demas de los contenidos en este concierto, que quisieren venirse al servicio de sus Altezas dentro de treinta dias, lo puedan hacer y gozar de él, y de todo lo en él contenido, ecepto de la franqueza de los tres años.

Que los habices y rentas de las mezquitas, y las limosnas y otras cosas que se acostumbran dar á las mudarazas, y estudios y escuelas donde enseñan á los niños, quedarán á cargo de los alfaquis, para que los destribuyan y repartan como les pareciere; y que sus Altezas ni sus Ministros no se entremeterán en ello ni en parte de ello, ni mandarán tomarlas ni depositarlas en ningun tiempo para siempre jamás.

Que sus Altezas mandarán dar seguro á todos los navios de Berbería que estuvieren en los puertos del

rey-

reyno de Granada, para que se vayan libremente, con que no lleven ningun Christiano captivo; y que mientras estuvieren en los puertos, no consentirán que se les haga agrávio, ni se les tomará cosa de sus haciendas: mas si embarcaren, ó pasaren algunos Christianos captivos, no les valdrá este seguro, y para ello han de ser visitados á la partida.

Que no serán compelidos ni apremiados los Moros para ningun servicio de guerra contra su voluntad, y si sus Altezas quisieren servirse de algunos de á caballo, llamandolos para algun lugar de la Andalucía, les mandarán pagar su sueldo desde el dia que salieren hasta que vuelvan á sus casas.

Que sus Altezas mandarán guardar las ordenanzas de las aguas de fuentes y acequias que entran en Granada, y no las consentirán mudar, ni tomar cosa ni parte de ellas; y si alguna persona lo hiciere, ó echare alguna inmundicia dentro, será castigado por ello.

Que si algun captivo Moro, habiendo dexado otro Moro en prendas por su rescate, se hubiere huído á la ciudad de Granada, ó á los lugares de su tierra, sea libre, y no obligado el uno ni el otro á pagar el tal rescate, ni las justicias le compelan á ello.

Que las deudas que hubiere entre los Moros con recaudos y escrituras, se mandarán pagar con efeto, y que por virtud de la mudanza de señorio no se consentirá sino que cada uno pague lo que debe.

Que las carnicerias de los Christianos estarán apartadas de las de los Moros, y no se mezclarán los bastimentos de los unos con los de los otros; y si alguno lo hiciere, será por ello castigado.

Que los Judios naturales de Granada, y de su Al-

baycin y arrabales, y los de la Alpuxarra, y de todos los otros lugares contenidos en estas capitulaciones, gozarán de ellas, con que los que no hubieren sido Christianos se pasen á Berbería dentro de tres años, que corran desde ocho de Diciembre de este año.

Y que todo lo contenido en estas capitulaciones lo mandarán sus Altezas guardar desde el dia que se entregaren las fortalezas de la ciudad de Granada en adelante. De lo qual mandaron dar, y dieron su carta y provision real firmada de sus nombres, y sellada con su sello, y refrendada de Hernando de Zafra su secretario, su fecha en el Real de la Vega de Granada á veinte y ocho dias del mes de Noviembre del año de nuestra salvacion mil quatrocientos noventa y uno.

Estas capitulaciones acompañaron sus Altezas con una carta misiva á manera de provision, porque fueron avisados que el Rey Abdilehi estaba arrepentido, y de secreto impedia el efeto de ellas, como acontece á los que ven que han de mudar estado de señor á vasallo, que quantas horas tiene el dia, tantas mudanzas hace su corazon; y no era solo él, porque muchos de los ciudadanos, especialmente la gente de guerra, lo estaban ya. Mas la carta fué de tanto efeto, que entre miedo y verguenza no pudieron dexar de hacer lo capitulado por Abi Cacem el Maleh, especialmente viendo, como en efeto veían, que á gente vencida ningunas condiciones se podian dar mas honrosas, ni con menos gravamen; y todos deseaban ver ya llegada la hora de la entrega de las fortalezas, para poder gozar de la paz que tan necesaria les era. El tenor de la carta decia de esta manera:

"Don Hernando y Doña Isabel por la gracia de Dios, Re-

Reyes de Castilla, de Leon, de Aragon, de Cicilia, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira y Gibraltar, Conde y Condesa de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Athenas y de Neopatria, Condes de Ruysellon y de Cerdania, Marqueses de Oristan y de Goziano, &c. A los alcaydes, cadis, sabios, letrados, alfaquis, alguaciles, escuderos, ancianos y hombres buenos, y gente comun, chicos y grandes de la muy gran ciudad de Granada y del Albaycin, hacemos os saber, como estamos determinados tener esa ciudad cercada desde esta que mandamos edificar, y poner este exército en la parte de la vega que fuere necesario, hasta que, Dios quiriendo, nuestra intencion y voluntad se cumpla. Esto tened por cierto. Y juramos por el alto Dios que es verdad, y quien otra cosa en contrario os dixere, es vuestro enemigo. Nos por la presente os amonestamos que con brevedad vengais á nuestro servicio, y no seais causa de vuestra perdicion, como lo fueron los de Malaga, que no quisieron creernos, y estuvieron en su pertinacia, siguiendo la via de los simples hasta que se perdieron. Si con brevedad vinieredes á nuestro servicio, remuneraros lo hemos con bien; y si nos entregaredes las fortalezas, aseguraremos vuestras personas y bienes; y el que quisiere pasar á las partes de Africa, vaya con bien, y el que quisiere quedar, estése en su casa con todos sus bienes y hacienda, como lo estaba antes de agora. Esto hacemos porque los Granadinos sois buena gente, nobles y principales, y os queremos por nuestros servidores, y tenemos intencion de haceros mercedes, y os prometemos y juramos por nuestra fé y palabra

 real,

real, que si con brevedad, y de vuestra voluntad nos quisieredes servir y entrar debaxo de nuestro poderio real, y nos entregaredes las fortalezas, podrá cada uno de vosotros salir á labrar sus heredades, y andar por do quisiere en nuestros reynos á buscar su pro donde lo hubiere; y os mandaremos dexar en vuestra ley y costumbres, y con vuestras mezquitas, como agora estais: y el que quisiere pasar allende, podrá vender sus bienes á quien quisiere, y quando quisiere; y le mandaremos pasar con brevedad, queriendo ir en nuestros navios, sin que por ello sea obligado á pagar cosa alguna. Y pues nuestra voluntad es de haceros todo bien y merced, y es vuestra utilidad y provecho, determinaos con brevedad, y venid á nuestro servicio, y enviad presto uno de vosotros que nos venga á hablar, asentar, capitular, y concluir estas cosas, que para ello os damos veinte dias de término, dentro de los quales se efectuen. Ved agora lo que es vuestro provecho, y libertad vuestros cuerpos de muerte y captiverio. Y si pasado el dicho término no hubieredes venido á nuestro servicio, no nos culpareis, sino á vosotros mesmos, porque os juramos por nuestra fé, que pasado, no os admitiremos, ni oiremos mas palabra sobre ello. En vuestra mano está el bien ó el mal, escoged lo que os pareciere, que con esto alimpiaremos nuestra faz con Dios altisímo. Fecha en nuestro Real de la vega de Granada á veinte y nueve dias del mes de Noviembre año de mil quatrocientos noventa y uno. Yo el Rey. Yo la Reyna. Por mandado del Rey y de la Reyna, Hernando de Zafra.

CAPITULO XX.

Como los Moros entregaron la ciudad de Granada y sus fortalezas á los Reyes Cathólicos.

Llegado el dia señalado, en que el Rey Moro habia de entregar las fortalezas de la ciudad de Granada á los Reyes Cathólicos, que fué á dos dias del mes de Enero del año de nuestra salvacion mil quatrocientos noventa y dos, y del imperio de los Alarabes novecientos y dos, y de la era de Cesar mil quinientos treinta y tres, conforme á la computacion Arabe, que cuentan quarenta y un años desde la era de Cesar hasta el nacimiento de Christo, el Cardenal Don Pedro Gonzalez de Mendoza Arzobispo de Toledo fué á tomar posesion de ellas, acompañado de muchos caballeros, y de un suficiente número de infanteria debaxo de sus banderas. Y porque conforme á las capitulaciones, no habia de entrar por las calles de la ciudad, tomó un nuevo camino, que ocho dias antes se habia mandado hacer, á manera de carril, para poder llevar las carretas de la artilleria: el qual iba por defuera de los muros á dar al lugar donde está la ermita de San Anton, y por delante de la puerta de los molinos al cerro de los Mártyres y á la Alambra. Partido el Cardenal con la gente que habia de ocupar las fortalezas, luego partieron los Reyes Cathólicos de su real de santa Fé con todo el exército puesto en ordenanza, y caminando poco á poco por aquella espaciosa y fertil vega, pasaron á un lugar pequeño llamado Armilla, que está media legua de Granada, donde paró la Reyna con todas las ordenanzas. Llegado el Car-

Cardenal al cerro de las mazmorras de los Mártyres, que los Moros llaman Habul, salió á recebirle el Rey Abdilehi, baxando á pie de la fortaleza de la Alhambra, dexando en ella á Jucef Aben Comixa su Alcayde, y y habiendo hablado un poco en secreto con él, dixo el Moro en alta voz: "Id señor y ocupad los alcázares por los Reyes poderosos, á quien Dios los quiere dar por su muncho merecimiento, y por los pecados de los Moros:" y por el mesmo camino que el Cardenal habia subido, fué á encontrar al Rey Don Hernando para darle obediencia. El Cardenal entró luego en la Alhambra, y hallando todas las puertas abiertas, el Alcayde Aben Comixa se la entregó, y se apoderó de ella: y á un mesmo tiempo ocupó las torres bermejas, y una torre que estaba en la puerta de la calle de los Gomeres; y mandando arbolar la cruz de plata que le traían delante, y el estandarte real sobre la torre de la campana, como sus Altezas se lo habian mandado, dió señal de que las fortalezas estaban por ellos. Habiase adelantado á este tiempo el Rey Don Hernando, y caminaba hácia la ciudad en resguardo del Cardenal, y la Reyna Doña Isabel estaba con toda la otra gente en el lugar de Armilla con grandisimo cuidado, porque le parecia que se tardaba en hacerle la señal: y quando vió la cruz y el estandarte sobre la torre, hincando las rodillas en el suelo con mucha devocion dió muchas gracias á Dios por ello, y los de su capilla comenzaron á cantar el hymno de *Te Deum laudamus*. El Rey Don Hernando paró sobre la ribera del rio Xenil en el lugar donde agora está la ermita de San Sebastian, y alli llegó el Rey Moro acompañado de algunos caballeros y criados suyos, y asi á caballo como venia, porque su Alteza no con-

consintió que se apease, llegó á él, y le besó en el brazo derecho. Hecho este acto de sumision, se apartaron los Reyes, el Cathólico se fué á la Alhambra, y el pagano la vuelta de Andarax. Algunos quieren decir que volvió primero á la ciudad, y que entró en una casa donde tenia recogida su familia en la Alcazaba, mas unos Moriscos muy viejos, que, segun ellos decian, se hallaron presentes aquel dia, nos certificaron, que no habia hecho mas de hacer reverencia al Rey Cathólico, y caminar la vuelta de la Alpuxarra, porque quando salió de la Alhambra, habia enviado su familia delante, y que en llegando á un viso, que está cerca del lugar del Padul, que es de donde ultimamente se descubre la ciudad, volvió á mirarla, y poniendo los ojos en aquellos ricos alcázares que dexaba perdidos, comenzó á sospirar reciamente, y dixo *Alabaquibar*, que es como si dixesemos *Dóminus Deus Sabaoth*, poderoso Señor, Dios de las batallas; y que viendole su madre sospirar y llorar, le dixo: "Bien haces hijo en llorar como muger lo que no fuiste para defender como hombre.,, Despues llamaron los Moros aquel viso el Fex de Alabaquibar en memoria de este suceso. Volviendo pues á nuestros Christianos, que caminaban la vuelta de la ciudad, el Rey y la Reyna, y todos los caballeros y señores subieron á la Alhambra, y á la puerta de la fortaleza les dió el Alcayde Jucef Aben Comixa las llaves de ella, y sus Altezas las mandaron dar luego á Don Iñigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, primo hermano del Cardenal Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que fué el primer Alcayde y Capitan General de aquel reyno, cuyo valor tenian sus Altezas conocido, por los grandes servicios que les habia hecho, ansi en

es-

esta guerra, siendo Alcayde y Capitan de la frontera de Alhama, y despues en Alcalá la Real, como quando en el año de mil quatrocientos ochenta y seis fué por su mandado á tratar de conformar al Rey Don Fernando de Nápoles con Papa Inocencio Octavo, y los conformó, y dexó en paz todos los potentados de Italia, que se habia movido para esta guerra. Entrando pues sus Altezas en la Alhambra, los Capitanes de la infanteria ocuparon las otras fortalezas, torres y puertas pacificamente, sin alboroto ni escandalo. Los Moros de la ciudad se encerraron en sus casas, que no pareció ninguno, si no eran los que necesariamente habian de servir en alguna cosa. Luego subieron los mas principales ciudadanos á hacer reverencia y besar las manos á sus Altezas, mostrando mucho contento de tenerlos por señores. Y dende á pocos dias, viendo la equidad de aquellos Reyes, y que les hacian guardar quanto les habian prometido, acudieron á hacer lo mesmo algunos lugares de la sierra y de la Alpuxarra, y todos los demas que hasta entonces no habian venido á darles obediencia.

CAPITULO XXI.

Como los Reyes Cathólicos proveyeron por Arzobispo de Granada á Don Fray Hernando de Talavera, y comenzó á tratar de la comision de los Moros.

Habiendose tomado posesion de la ciudad de Granada, y de todas las fortalezas, y aseguradolas con gente de guerra, los Cathólicos Reyes comenzaron á dispensar su magnificencia, haciendo mercedes en general y en

en particular á todos los que habian servidoles en aquella guerra. Repartieron la tierra que habian ganado, y proveyeron en las cosas de justicia y buena gobernacion, asi para la quietud de los Moros, que ya eran sus vasallos, como para la poblacion y aumento de los nuevos pobladores que de todas partes acudian. Lo qual todo hacian con tanta resolucion, que parecia bien ser negocio guiado por Dios para honra y gloria suya. Andaba su corte llena de ilustres y esforzados caballeros, sabios y exercitados en las cosas de la guerra, de muchos y muy doctos letrados en las cosas de justicia y gobernacion, y de famosísimos theólogos de santa vida y exemplar doctrina en las cosas de la fé: porque de tales personas como estos se arreaban mas para sus consejos, que de las pompas y cerimonias de los otros Reyes. Y ansi acertaban en todo lo que hacian, y nada hallaban invencible contra su espada. Entre otros Religiosos que traían en su consejo, habia uno llamado Don Fray Hernando de Talavera, frayle profeso de la Orden del glorioso Padre San Gerónimo, natural de la villa de Talavera, que es en el Arzobispado de Toledo, hombre de marabilloso ingenio y pronteza; grandísimo predicador, muy docto en las letras sagradas, y exercitado en la filosofia moral; y sobre todo muy estimado de los Reyes por su bondad de vida y doctrina. Este Padre fué mas de veinte años Prior del monasterio de Santa María de Prado cerca de Valladolid, y aun lo edificó. Y teniendo sus Altezas noticia de él, enviaron á llamarle, y le hicieron su confesor, y de su consejo, y despues le dieron el Obispado de Avila; y trayendole consigo á la conquista del reyno de Granada, no fué la menor parte de sus buenos sucesos la industria, conse-

 jo

jo y oracion de este santo varon: el qual viendo que ya la ciudad comenzaba á poblarse de Christianos, y que alli tenia buena comodidad de plantar viña al Señor celestial, acordó de dexar la corte temporal, donde era favorecido y regalado, y tomar otra vida trabajosa y de mucho peligro para el cuerpo, y suplicando á los Reyes Cathólicos proveyesen el Obispado de Avila á quien fuesen servidos, pidió que le dexasen acabar en servicio de Dios en la nueva Iglesia de Granada con aquella nueva gente. Siendo pues electo Arzobispo de Granada, fué confirmada su eleccion por Papa Alexandro Sexto, el qual le envió el palio, insignia Arzobispal, y se le dió con gran solemnidad Don Luis Osorio Obispo de Jaen, á quien vino cometido, asistiendo á ello Don Pedro de Toledo Obispo de Malaga, y Don Fray Garcia Quixada Obispo de Guadix. Y porque nadie pudiese decir, que codicia de mas renta le movia á dexar el Obispado de Avila por el Arzobispado de Granada, no quiso que se le diese mas de lo que para vivir moderadamente sin pompa era necesario: y asi le señalaron solos dos quentos de maravedis en cada un año, siendo mucho mas la renta del Obispado de Avila. Bien se dexó entender la intencion de este buen Prelado, porque desde el dia que tomó la posesion se apartó de los negocios de la corte de tal manera que jamas se pudo acabar con el que se ocupase en otra cosa, sino en lo que cumplia á la salvacion de las almas de los fieles, y conversion de los infieles, y en el edificio de las iglesias, y buen regimiento de ellas. Bueno fué por cierto el consejo que tomaron los Cathólicos Reyes, como todas sus cosas eran buenas, en encomendar aquel nuevo ganado cerril, no usado al yugo

sua-

suave de Dios, á pastor tan antiguo y tan exercitado en su ley, para que por medio suyo viniesen á juntarse con su rebaño. Felice triunfo, dichosa victoria la que en tales tiempos concedió el Señor á la insigne ciudad de Granada. Bien pudiera ella ganarse en otro tiempo para los Príncipes Christianos, mas por ventura no se ganára para Jesu-Christo, como se ganó, mediante la buena diligencia, el trabajo, la industria, las vigilias, las oraciones, el exemplo de santa vida, y dulce conversacion de tan buen Prelado: porque estas tales obras, poniendo Dios su gracia en ellas, ocuparon de tal manera los animos de los Moros, que ninguna cosa mas estimada, mas venerada, ni mas amada llegaba á sus oídos, que el nombre del Arzobispo, á quien ellos llamaban el Alfaquí mayor de los Christianos. De donde nació, que hubo muchos que se vinieron á convertir espontaneamente de su propria voluntad, por ventura con mejor zelo de lo que lo hicieron despues otros. Demas de este provecho tan grande, que se siguió á los Moros, fué tambien muy necesario en aquella ciudad este Prelado para los Christianos: porque como la mayor parte de la gente que acudia á poblarla, eran hombres de guerra, ó gente advenediza, habia tantos tan desenfrenados en los vicios, que la licencia militar traen consigo, que fué bien menester su trabajo y buena diligencia, y grandísima industria para reformarlos. Comenzó quanto á lo primero á enseñar á los Moros las cosas de la fé de Dios, dandoselas á entender con tan dulces y amorosas palabras, que no solamente no recebian pesadumbre los mesmos Alfaquis, si los llamaban para que oyesen su doctrina, mas aun se venian muchos de ellos á oirla sin ser llamados: y para los que se querian con-

vertir tenia casas particulares, que llamaban casa de la doctrina, donde iba de ordinario á predicarles y á enseñarles las buenas costumbres por medio de fieles intérpretes: y aun para este efecto procuró con mucho cuidado que algunos clérigos aprendiesen la lengua Arabiga, y él mesmo á la vejez quiso aprenderla, á lo menos tanta parte de ella, que bastáse para poderles enseñar los mandamientos, los artículos de la fé, y las oraciones, y oir sus confesiones. Tuvo el Arzobispado Don Fray Hernando de Talavera quince años, y murió año de mil quinientos y siete de pestilencia. Sucedióle Don Antonio de Roxas, que fué Presidente del Consejo Real y Patriarca: y en su tiempo acerca de los años mil quinientos veinte y tres, dia de nuestra Señora de Marzo, se puso la primera piedra en la Iglesia mayor. Y por su muerte vino al Arzobispado de Granada Don Francisco de Herrera, que presidió en la Audiencia Real, y murió el año del Señor mil quinientos veinte y cinco. Fué electo en su lugar Don Pedro Puertocarrero, que murió antes de tomar posesion del Arzobispado. Y estando el Emperador en Granada en el año de quinientos veinte y seis, proveyó aquella silla á Fray Pedro Ramirez de Alva, Prior de San Gerónimo de Granada. Este hizo el colegio de los clérigos del coro, que son treinta, y murió el año del Señor quinientos veinte y nueve. Luego sucedió Don Gaspar de Avalos, siendo Obispo de Guadix, que hizo el Colegio Real y la Universidad, donde se lee theología y leyes. Tambien hizo el colegio de los niños hijos de Moriscos, donde les daban de comer y de vestir, y estudio y casa de limosna. Fué proveido por Arzobispo de Santiago, y sucedió en Granada Don Hernando Niño de Guevara, Presidente

de

de aquella Audiencia, que despues lo fué del Real Consejo, y Obispo de Siguenza y Patriarca, y tuvo el Arzobispado cinco años. Sucedió Don Pedro Guerrero que lo poseyó veinte y nueve años, y se halló en el Concilio Tridentino. Y por su muerte fué electo Don Juan Mendez de Salvatierra, siendo canónigo de Cuenca, y tomó posesion por él el licenciado Mexía de Lasarte, Inquisidor de Granada, á diez y nueve de Diciembre del año de mil quinientos setenta y siete. Y por su fin y muerte vino al Arzobispado Don Pedro Vaca de Castro, que era Presidente en la Audiencia de Valladolid, y lo habia sido primero en la de Granada, que hoy vive: y en su tiempo ha sido Dios servido que se manifiesten al mundo las reliquias de Mártyres que padecieron por su santísima fé en tiempo de la gentilidad de Neron, en el monte Illipolitano, que llaman Monte santo. Todos estos Prelados escogidos en doctrina y costumbres, procuraron los Reyes dar á los nuevamente convertidos, para que tomásen mejor los documentos de la fé. Baste esto quanto á los Arzobispos, volvamos á nuestra historia.

En el año del Señor mil quatrocientos noventa y tres se pasó el Rey Zogoybi á Berbería, y vendió á los Reyes Cathólicos los lugares y renta que le habian dado en la Alpuxarra, habiendolo poseído y gozado poco mas de dos años. Esta venta efectuó aquel Alcayde que diximos, llamado Jucef Aben Comixa, que tenia sus poderes, por precio de ochenta mil ducados, estando sus Altezas en Aragon. El qual recibió luego el dinero, y lo cargó en acémilas, y lo llevó al Lauxar de Andarax, donde estaba su señor, y poniendoselo delante le dixo de esta manera: "Señor, vuestra hacienda traigo ven-

vendida, veis aqui el precio de ella. He querido quitaros del peligro, porque mientras los Moros os tuvieren presente, no dexarán de intentar cosas que os den pesadumbre, y desasosieguen esta tierra, de manera que ni vuestra persona, ni los que os sirvieren tengan seguridad, ni puedan dexar de perder lo poco que les queda en ella con qualquier pequeña ocasion que se ofrezca. Con este dinero podreis comprar mejor hacienda en Bertería, y alli podreis vivir con mas seguridad y descanso que en esta tierra donde fuistes Rey, y no teneis esperanza de poderlo ya ser.„ Contábannos algunos Moros antiguos, que quando el Zogoybi vió efectuada la venta, mostró tanta pena de ello, que matára al Alcayde, si no se lo quitáran de delante. Y al fin viendo quan mal remedio habia para deshacer lo hecho, recogió su dinero, y dende á pocos dias se fué con su casa y familia á la ciudad de Fez en una urca que sus Altezas le mandaron dar, y alli moró mucho tiempo, hasta que despues, yendo con Muley Hamete el Merini á la guerra contra los Xerifes hermanos, Reyes de Marruecos, le mataron en la batalla del Rio de los negros, en el vado que dicen de Buacuba. Escarnio y gran ridículo de la fortuna, que acarreó la muerte á este Rey en defensa de reyno ageno, no habiendo osadó morir defendiendo el suyo.

CAPITULO XXIII.

Como se comenzó á tratar de que los Moros de Granada se convirtiesen á la fé, ó los enviasen á Berbería.

Quando los Reyes Cathólicos hubieron ganado la ciudad de Granada y los lugares de aquel reyno, algunos

nos Prelados y otras personas religiosas les pidieron con mucha instancia, que pues nuestro Señor les habia hecho tan señaladas mercedes en darles una victoria como aquella, como zelosos de su honra y gloria diesen orden en que se prosiguiese con mucho calor en desterrar el nombre y secta de Mahoma de toda España, mandando que los Moros rendidos, que quisiesen quedar en la tierra, se baptizasen; y los que no se quisiesen baptizar vendiesen sus haciendas y se fuesen á Berbería, diciendo, que en esto no se les quebrantaban los capítulos que se les habian concedido, quando se rendieron, antes era mejorarles el partido en cosa que tanto convenia á la salvacion de sus almas, y particularmente á la quietud y pacificacion perpetua de aquel reyno: porque era cierto, que jamás los naturales de él ternian paz, ni amor con los Christianos, ni perseverarian en lealtad con los Reyes, mientras conservasen los ritos y cerimonias de la secta de Mahoma, que les obligaba á ser crueles enemigos del nombre Christiano. Mas aunque estas consideraciones eran santas y muy justas, sus Altezas no se determinaron en que se usase de rigor con los nuevos vasallos, porque la tierra no estaba aun asegurada, ni los Moros habian dexado de todo punto las armas; y si acaso venian á rebelarse con opresion de cosa que tanto sentirian, seria haber de volver á la guerra de nuevo. Y demas de esto teniendo, como tenian, puestos los ojos en otras conquistas, no querian que en ningun tiempo se dixese cosa indigna de sus reales palabras y firmas, especialmente que los mesmos Moros lo iban dexando, y habia esperanza, que con la comunicacion doméstica que tendrian con los Christianos, tratando y disputando de las cosas de la religion, en-

entenderian el error en que estaban, y dexandolo vernian en verdadero conocimiento de la fé; y la abrazarian, como otras munchas naciones bárbaras lo habian hecho en tiempos pasados, siguiendo la voluntad de los vencedores, y quiriendo ser como ellos; y para que esto se hiciese con amor y benevolencia, mandaban que los Gobernadores, Alcaydes y Justicias de todos sus reynos favoreciesen á los Moros, y que no consintiesen hacerles agravio ni mal tratamiento, y que los Prelados y religiosos blandamente y con demostracion de amor procurasen enseñar las cosas de la fé á los que buenamente quisiesen oirlas, sin hacerles opresion sobre ello.

CAPITULO XXIV.

Como los Reyes Cathólicos sabiendo que los Moros se convertian á la fé, mandaron ir á Granada á Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, para que ayudase en tan santa obra al Arzobispo de Granada.

Habiendo comenzado el buen Arzobispo de Granada á regir y gobernar sus nuevas plantas, para que quitadas del error en que estaban, brotasen frutos de salvacion, los Cathólicos Reyes para darle quien le ayudase en tan santa obra, enviaron á llamar á Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, frayle de la Orden del serafico Padre San Francisco, y natural de la villa de Tordelaguna, á quien por merecimiento de muchas virtudes, de profunda eloqüencia, y de santidad de vida y costumbres, siendo Provincial de su Orden, le habian elegido Arzobispo de Toledo en el año del Señor mil qua-

quatrocientos noventa y cinco, por fin y muerte del Cardenal Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que falleció domingo á once de Enero de aquel año. Estaba á la sazon ocupado este Prelado en la fábrica del colegio que fundaba en la villa de Alcalá de Henares, y dexandola encomendada á Baltanasio su compañero, partió luego para Granada, donde sus Altezas habian ido por el mes de Julio del año de mil quatrocientos noventa y nueve, y estuvieron hasta mediado el mes de Noviembre, que fueron á Sevilla, y le dexaron encomendado, que juntamente con el Arzobispo de Granada prosiguiese en la conversion de los Moros, procediendo mansamente, y de manera que no se alborotasen. El medio que tuvieron los Prelados para negocio tan importante, fué mandar llamar á los Alfaquís y morabitos de mas opinion entre los Moros, y con ellos solos en buena conversacion disputaban, y les daban á entender las cosas tocantes á la religion Christiana, no con fuerza ni con violencia, sino con buenas razones y sentencias: y trataban el negocio con tanta modestia y mansedumbre, que habiendo disputado gran rato con ellos, los enviaban contentos, dandoles vestidos y otras muchas cosas, porque no se extrañasen de volver otras veces á las disputas. Viendo pues los Alfaquís y morabitos la mansedumbre con que los trataban los Prelados, las buenas obras que les hacian, y que los convencian con sentencias, reprobando su secta, deseando asimesmo gozar de la libertad con los vencedores, comenzaron algunos de ellos á tomar los documentos de la fé, y á enseñarlos al pueblo, amonestando que era vanidad la secta de Mahoma, y que les convenia abrazar la fé de Jesu-Christo. Estas amonestaciones fueron de tanto efec-

 to,

to, que dentro de pocos dias vinieron muchos hombres y mugeres á pedir el santo baptismo con autoridad de sus proprios Alfaquís, y en un solo dia se baptizaron mas de tres mil personas; y fué tanta la priesa, que no pudiendolos baptizar á cada uno de por sí, fué necesario que el Arzobispo de Toledo los rociase con hisopo en general baptismo: y en la fiesta de nuestra Señora de la O consagró la mezquita del Albaycin, y quedó Iglesia Colegial de la advocacion de San Salvador. Y fuera el negocio muy adelante sin escandalo ni alboroto, si algunos escandalosos, á quien pesaba de ver tan buena obra, no alborotáran el pueblo, y la impidieran por entonces, aunque despues entre ruego y fuerza se vino á concluir, como agora diremos.

CAPITULO XXV.

Como el Arzobispo de Toledo mandó prender al Zegrí, porque impedia la conversion de los Moros: y como se vino á convertir.

Habia muchos Moros en el Albaycin y en la ciudad, que publicamente contradecian la conversion, pareciendoles cosa dura haber de dexar la ley que sus antepasados les habian enseñado, y doliendose de ver que la antigua secta de Mahoma se perdiese de todo punto en España. Y entendiendo el Arzobispo de Toledo que los autores de ello eran algunos de los principales, temiendo no le impidiesen con novedad el efecto que se hacia, mandó prender los que se entendió que eran mas contradictores de las cosas de la fé. Entre los quales fué preso uno llamado el Zegrí Azaator hombre principal, y do-

dotado de buen entendimiento quanto á las cosas morales, aunque por otra parte arrogante y soberbio, por ser de linage de los Reyes de Granada. Este contradecia reciamente, que los Moros no se convirtiesen, y Don Fray Francisco Ximenez determinó, dexada aparte toda humanidad, de traerle por fuerza al yugo de Dios, pues no aprovechaban buenas razones con él. Y haciendole poner en una estrecha prision, mandó que se encerrase con él, para que con cuidado le metiese por camino, un capellan suyo llamado Pedro de Leon: el qual con ánimo de leon se llevó de tal manera con el Zegrí, que de indómito y soberbio que era, quando se lo entregaron, le tornó manso y humilde, y en todo muy conforme á la voluntad de los Prelados: y dentro de pocos dias, fuese por fuerza, ó lo mas cierto por inspiracion divina, pidió con instancia que le llevasen al Alfaquí de los Christianos. Y llevandole aprisionado delante del Arzobispo de Toledo, pidió licencia para poderle hablar en su libertad, diciendo que le mandáse quitar las prisiones, porque estando con ellas no se le podria agradecer lo que dixese y hiciese: y siendole mandadas quitar, se hincó de rodillas, y besando la tierra, y luego la mano al Arzobispo, segun la costumbre de los Moros, le dixo: "Señor, yo quiero ser Christiano, y hagolo de buena voluntad, porque he tenido revelacion de Dios que me lo manda, y soy cierto, que me llama para sí por este camino." El Arzobispo recibió grandísimo contento de verle convertido, y mandó vestirle luego de paños nuevos, y le baptizó, y quiso el Zegrí llamarse Gonzalo Hernandez, como Gonzalo Hernandez de Córdoba hermano de Don Alonso de Aguilar, cuyo esfuerzo y valor tenia bien conocido y experimentado

en aquella guerra, y demas de esto sabia, que el Arzobispo de Toledo le queria mucho. De aqui vino á que otros Moros hiciesen lo mesmo: y asi se fueron de dia en dia convirtiendo, sin que los Alfaquís ni otra persona se lo osase estorvar, á lo menos descubiertamente. Y el Arzobispo de Toledo les tomó gran copia de volumenes de libros arabes de todas facultades, y quemando los que tocaban á la secta, mandó enquadernar los otros, y los envió á su colegio de Alcalá de Henares, para que los pusiesen en su libreria.

CAPITULO XXVI.

Como los Moros del Albaycin de Granada se rebelaron la primera vez sobre la conversion: y la orden que se tuvo en apaciguarlos.

Parecia cosa recia á los Prelados, y especialmente al Arzobispo de Toledo, que siendo la ciudad de Granada y todo el reyno de Christianos, poseido y conquistado por principes tan catholicos, hubiese hombres y mugeres renegados, y hijos de renegados, á quien los Moros llaman Elches, que viviesen en la secta de Mahoma. Y como procurasen atraerlos á la fe con amor y buena dotrina, y hubiese algunos tan endurecidos que no la quisiesen abrazar, por no dexar sus vicios y torpezas, acordaron de usar de rigor con ellos; y mandando á los alguaciles que prendiesen algunos pertinaces, sucedió que subiendo un dia al Albaycin Sacedo criado del Arzobispo de Toledo, y un alguacil real llamado Velasco de Barrionuevo, á prender una muger hija de un elche, trayendola presa por la plaza de Bib el Bonut,

nut, comenzó á dar grandes voces diciendo, que la llevaban á ser christiana por fuerza contra los capitulos de las paces: y juntandose muchos Moros, y entre ellos algunos que aborrecian aquel alguacil por otras prisiones que habia hecho, comenzaron á tratarle mal de palabra: y como les respondiese soberbiamente, á furia de pueblo pusieron las manos en él, y le mataron, arrojandole una losa sobre la cabeza desde una ventana, y despues de muerto le metieron en una necesaria; y matáran tambien á Sacedo, sino le librara una Mora debaxo de su cama, donde le tuvo escondido aquel dia y parte de la noche, hasta que pudo enviarle seguro á la ciudad. Muerto el alguacil, los Moros se pusieron en arma, y comenzaron á llamar á Mahoma, apellidando libertad, y diciendo que se les quebrantaban los capitulos de las paces: y tomando las calles, las puertas y las entradas del Albaycin, se fortalecieron contra los Christianos de la ciudad, y comenzaron á pelear con ellos, y sobreviniendo la noche creció el escandalo. Y entendiendo que la ocasion de todo era el Arzobispo de Toledo, como hombres que estaban estomagados de ver la sobrada diligencia que ponia en hacer que fuesen Christianos, corrieron á su posada, que era en la Alcazaba, y le cercaron dentro, el qual se defendió valerosamente. Y aunque hubo algunos que le aconsejaron que saliese de alli, porque lo podia muy bien hacer, y se subiese á la fortaleza de la Alhambra, no quiso, diciendo que no habia de desampararlos, y que habia de esperar el suceso de aquel negocio en el peligro comun. De esta manera estuvieron todos los de su casa puestos en arma aquella noche: y otro dia de mañana baxó de la fortaleza de la Alhambra el Conde de Tendilla con buen nu-

numero de gente, y acudió luego á favorecer al Arzobispo, el qual le encomendó la ciudad y la gente de guerra que tenia consigo, que serian como docientos hombres, y que particularmente procurase aplacar aquella furia popular: mas por mucha diligencia que puso, duró el alboroto, sin poderlo apaciguar, diez dias, durante los quales los Prelados y el Conde, cada uno por su parte, trabajaron con mucha prudencia por todas las vias posibles, como se quietase aquella gente barbara, llamando á los Alfaquís y á los principales ciudadanos, y dandoles á entender el yerro que habian hecho en levantarse contra Reyes tan poderosos, y la pena en que habian incurrido, y el castigo que se haria, si llegaba la gente de Andalucia antes que se apaciguasen. Mas ellos daban color á su negocio, diciendo que el Albaycin no se habia alzado contra sus Altezas, sino en favor de sus firmas, y que sus ministros eran los que habian alborotado la tierra, queriendo quebrantar á los Moros los capitulos de las paces con que se habian rendido; y que todo se apaciguaria con que se los guardasen, sin hacerles opresion en las cosas de la ley. Algunos habia tan indignados, y con tanta determinacion de ponerse en libertad, que no querian oir razon, pareciendoles que habia treinta Moros para cada Christiano, y que estaban bien pertrechados de armas con que defenderse. En tanta revolucion pasára el negocio mas adelante, si el Arzobispo de Granada, confiado mas en la misericordia de Dios que en la fuerza de las armas, no los apaciguara con un heroyco hecho, porque no habiendo querido oir al Conde de Tendilla, ni recebir su adarga, que se la enviaba en señal de paz, habiendosela apedreado, y tratado mal al escudero que la llevaba, cosa que mostra-

traba tener grande indignacion, quando mas bravos y soberbios estaban, tomó consigo un solo capellan con su cruz delante, y algunos criados á pie y desarmados, y se fue á meter entre los Moros en la plaza de Bib el Bonut, donde se habian recogido, con tan buen semblante y rostro tan sereno, como quando iba á predicarles las cosas de la fe. Ved pues quanta fuerza tiene la virtud y la templanza, que asi como le vieron los Moros, olvidando el rigor y la saña que tenian, se fueron humildes para él, y le dieron paz, besandole la halda de la ropa, como lo solian hacer quando estaban pacificos. Luego llegó el Conde de Tendilla con sus alabarderos, y quitandose un bonete de grana que llevaba en la cabeza, lo arrojó en medio de los Moros, para que entendiesen que iba en habito de paz. Los quales lo alzaron y besaron, y se lo volvieron á dar: y con esto se aseguraron los unos y los otros, y el Arzobispo y el Conde estuvieron gran rato en la plaza amonestandoles y rogandoles, que dexasen las armas, y prometiendoles que por lo sucedido no se les daria pena, ni serian habidos por culpados generalmente, y que ellos les alcanzarian perdon y la gracia de sus Altezas, pues se debia entender, como ellos decian, que mas se habian movido en favor de sus reales firmas, que con voluntad de hacer novedad; y que demas de esto les serian guardadas sus capitulaciones. Y para que se asegurasen mas, hizo el Conde un hecho verdaderamente digno de su nombre, que tomó consigo á la Condesa su muger y á sus hijos niños, y los metió en una casa en el Albaycin, junto á la mezquita mayor, á manera de rehenes. Y con esto se apaciguó la ciudad, ayudando tambien de parte de los Moros un Cadí ó juez suyo, llamado Cidi Cei-

Ceibona, hombre de buen entendimiento, y muy respetado entre aquellas gentes, el qual ofreció que entregaria á la justicia de sus Altezas los que habian sido en matar al alguacil, para que fuesen castigados. Y en efecto lo cumplió, y los hizo prender, y puso en manos del licenciado Calderon, corregidor de Granada, el qual mandó ahorcar quatro dellos en la rambla de Beyro, y soltando otros munchos por bien de paz, dexaron los Moros las armas, y comenzaron á entender en sus labores.

CAPITULO XXVII.

Como el Rey Catholico se enojó con el Arzobispo de Toledo, quando supo la causa del rebelion de los Moros: y oido su descargo le mandó proseguir en la conversion.

El demonio enemigo del genero humano, que siempre vela en daño de las almas, y persigue á los que procuran salvarlas á su criador, hubiera interrompido la buena obra comenzada, y hecho perder al Arzobispo de Toledo la gracia con los Reyes, y cayera en gran falta con ellos, si el soberano Señor no le ayudára y favoreciera. En el capitulo antes de este se dixo como el rebelion del Albaycin duró diez dias. El tercero dia pues que los Moros se rebelaron, el Arzobispo de Toledo escribió á sus Altezas, que estaban en la ciudad de Sevilla, dandoles cuenta de lo que pasaba: y teniendo ya cerrado el pliego para despachar un correo que fuese hombre de mucha diligencia, se ofreció un ciudadano llamado Cisneros, que daria un esclavo Canario que caminaba veinte leguas cada dia; y si fuese menester se por-

pornía en menos de dos dias naturales en Sevilla. El Arzobispo se persuadió facilmente á creerlo, y venido el Canario ante él, le encargó que con toda diligencia, caminando de dia y de noche, fuese á Sevilla, y diese aquel pliego en manos de la Reyna Catholica, ó del secretario Almazan. El qual habiendo prometido de cumplir quanto se le mandaba, partió de Granada luego; mas como era hombre vil y baxo, acordó de emborracharse en el camino, y fue tan despacio, que tardó cinco dias en llegar á Sevilla. En este tiempo llegaron otros avisos á sus Altezas; y como el Rey Catholico no vió carta del Arzobispo de Toledo, entendió que por su causa habia sucedido tan gran desorden, y culpandole, se enojó tambien con la Reyna, diciendo que habia sido causa de que viniese aquel hombre á Granada, que habia alborotado y puesto en condicion el reyno que tanto habia costado conquistar; y aun la propria Reyna casi lo creía, no viendo letra suya; y mandó al secretario Almazan, que luego le escribiese imputandole tan gran descuido, y diciendole que con toda brevedad enviase relacion de lo sucedido. Estaba el Arzobispo bien descuidado, entendiendo que sus cartas habian llegado á tiempo, y viendo lo que el secretario Almazan le escrebía, para satisfacer á sus Altezas envió á Fray Francisco Ruiz, su compañero, á que les informase de todo el suceso, ofreciendo de ir luego personalmente á darles mas particular cuenta del negocio. Este frayle les hizo relacion de todo lo sucedido en Granada, y de tal manera se lo dió á entender, que perdieron parte del enojo que tenian, aunque mucho mas se aplacaron despues, quando el proprio Arzobispo llegó: el qual con su mucha eloqüencia y discrecion lo allanó todo, dan-

doles á entender, que lo que habia hecho y hacia era por servicio de Dios, y nó por otro interes, y desculpandose con tan buenas razones, que los Reyes quedaron satisfechos, y él en mayor gracia con ellos. Y viendo tan buena ocasion, como de presente se ofrecia, les aconsejó que no partiesen mano de la conversion de los Moros, que ya estaba comenzada, y que pues habian sido rebeldes, y por ello merecian pena de muerte y perdimiento de bienes, el perdon que les concediese fuese condicional, con que se tornasen Christianos, ó dexasen la tierra. Este consejo tuvieron por bueno los Reyes Catholicos, aunque tardó la resolucion de él mas de ocho meses. En el qual tiempo los del Albaycin hicieron grandes diligencias para estorvarlo, y enviaron al Soldan de Egipto quejandose que les querian hacer que fuesen Christianos por fuerza, y suplicandole los favoreciese con enviar su embaxada á España, dando á entender que haria él lo mesmo con los Christianos que tenia en su imperio, compeliendolos á que fuesen Moros. Y el Soldan envió sus embaxadores á los Reyes Catholicos, diciendo que no se sufria hacer fuerza á los Moros rendidos para que fuesen Christianos: y que si esto se hacia en España, haria él otro tanto en toda Asia con los Christianos subditos de su imperio. Los Reyes recibieron muy bien á los embaxadores, y respondieron que ellos no querian Christianos por fuerza, ni menos querian tener Moros en sus reynos, por la poca seguridad que se podia tener de su lealtad; y que á los que de grado se convertian, se les hacia todo bien y merced; y á los que se querian ir á Berbería, les daban lugar para ello, y licencia para vender sus bienes, muebles y raices, y los enviaban con toda seguridad á

los

los puertos donde querian ir. Y demas de esto enviaron á Pedro Martir (1), clerigo Milanes, hombre docto y de muy buena vida, que fue el primer Prior de la Iglesia Catedral de Granada, á que diese á entender al Soldan lo que en este particular habia, y las causas que les habian movido á hacer lo que hacian. El qual fue á Egipto y á Persia, y llevó consigo los testimonios de los Alcaydes de los lugares maritimos de Berbería, en que certificaban como los ministros de los Reyes de España, que llevaban los Moros, los ponian en tierra con toda seguridad, con sus mugeres y hijos y familias, sin hacerles molestia ni mal tratamiento: porque sus Altezas mandaban siempre á los Alcaldes y Alguaciles, que iban con los Moros, que tomasen testimonios de donde los dexaban, para satisfacion de que habian cumplido su mandado. Viendo pues los Moros del reyno de Granada, quan poco aprovechaban sus diligencias, hubo muchos que se pasaron á Berbería; y los que no quisieron dexar la tierra, acordaron de hacerse Christianos. Esta conversion hizo el bendito Arzobispo de Granada, dandoles el sagrado baptismo, sin prevencion de catecismo, y sin instruirlos primero en las cosas de la fe, porque acudia tanta multitud de gente á convertirse, y era tan grande la necesidad que habia de brevedad, que no daba lugar á poderlos instruir; mas la diligencia y cuidado de los Prelados lo habian suplido, si los Moriscos quisieran olvidar las cerimonias, trages y costumbres que tenian juntamente con la secta, y se preciaran ser y parecer en todo Christianos, cosa que jamas se pudo acabar con ellos.

(1) Escribió su embaxada en latin Angleria, y se imprimió con otras obras suyas en Sevilla en 1511. Es muy curiosa y rara, y se pondrá al fin.

CAPITULO XXVIII.

Como los Reyes Catholicos allanaron algunas alteraciones que hubo en el reyno de Granada sobre la conversion de los Moros.

Luego que la fama corrió por los lugares del reyno de Granada, como los Moros Granadinos se tornaban Christianos, los de las sierras y de la Alpuxarra, por consejo de algunos de los mas principales del Albaycin, que se veían opresos, y querian hacer su negocio con el peligro de cabezas agenas, comenzaron á alborotarse: y en aquel año y en el siguiente, que fue de mil y quinientos, se rebelaron algunos lugares diciendo, que les quebrantaban los capitulos de las paces con que se habian entregado, y que pues no habian sido culpados en el rebelion, tampoco eran obligados á pasar por lo que los otros hacian para su descargo. Sabidos estos alborotos en Sevilla, el Rey Catholico partió para Granada á veinte y siete de Enero, y mandó al Conde de Tendilla y á Gonzalo Hernandez de Cordoba, que fuesen sobre el castillo de Guejar, donde se habian recogido algunos Moros de los alzados: los quales fueron luego sobre él, y ganandole le destruyeron, no sin gran daño de la gente de armas que llevaban, porque los enemigos de Dios araron de dos ó tres rejas las hazas que estaban alderredor del lugar, y echando toda el agua de las acequias por ellas, empantanaron el campo de manera, que atollaban los caballos hasta las cinchas, y viendolos embarazados en aquellos atolladeros, cargaban sobre ellos de todas partes los peones sueltos por

las

las lindes y veredas que sabian, y los herian y mataban. El Conde de Lerin, que tenia su estado en el reyno de Navarra, fue sobre Andarax, porque los Moros de aquella Taa se habian hecho fuertes en el castillo del Lauxár, y ganandole por fuerza de armas, voló con polvora la mezquita mayor, donde se habian recogido las mugeres y niños de aquellos lugares. Y el Rey Don Hernando entró por el valle de Lecrin, y cercó y ganó el castillo y lugar de Lanjaron, viernes á siete dias del mes de Marzo, llevando consigo al Alcayde de los donceles, al Conde de Cifuentes, al Comendador mayor de Calatrava, á Gonzalo Mexia, señor de Sanctofimia, y á otros muchos señores y caballeros; y un Moro negro, que tenian los alzados por capitan, no queriendo venir á poder de Christianos, ni dexar de morir Moro, se echó de la torre abaxo, y se hizo pedazos, quando vió que los otros se rendian. Siendo pues opresos los rebeldes con increible presteza, y allanadas las cosas de la Alpuxarra, volvió el Rey á Sevilla; y trayendo consigo á la Reyna, tornaron á Granada sabado veinte y tres dias del mes de Julio. Y en los meses de Agosto, Septiembre y Octubre se convirtieron todos los Moros de la Alpuxarra, y de las ciudades de Almería, Baza, Guadix, y de otras muchas villas y lugares del reyno de Granada. Y en este tiempo se alzaron los Moros de Belefique; y en el siguiente año de quinientos y uno, al principio de él fueron presos y muertos por justicia, y las mugeres dadas por cativas. Los de Nijar y Guevejar se dieron y fueron esclavos, excepto los niños de once años abaxo, que los tornaron Christianos. Y en el mesmo año se alzaron ciertos lugares de Moros de la serrania de Ronda y Sierra bermeja, y Villaluenga, y

 sus

sus Altezas enviaron contra ellos al Conde de Ureña y á Don Alonso de Aguilar. Mas no les sucedió tan prosperamente, porque fueron desbaratados en un lugar llamado Calalvi, cerca de Ginalguacil, martes en la noche á diez y seis dias del mes de Marzo, y muriendo la mayor parte de nuestra gente: murió tambien Don Alonso de Aguilar á manos de un Moro llamado el Feri, vecino de Ben Estepar. Escapó Don Pedro su hijo con los dientes quebrados de una pedrada, y el Conde de Ureña y los demas con grandisimo trabajo. Por esta rota fue necesario que el proprio Rey Catholico saliese de Granada, y con su presencia se allanó luego toda la tierra: y dexando ir á Berbería á los que no quisieron ser Christianos, se convirtieron los demas alli y en todo el reyno: y lo mesmo hicieron dentro de pocos dias los Moros mudejares que vivian en Avila, en Toro, y en Zamora, y en otras partes de Castilla, que aun hasta entonces no se habian convertido.

LIBRO SEGUNDO

DE LA HISTORIA

DEL REBELION Y CASTIGO DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como los nuevamente convertidos sintieron siempre mal de la fe. Trata de los nombres de Moro, y Mudejar.

Apaciguadas las alteraciones del reyno de Granada, y convertidos los Moros á nuestra santa fe Catholica de la manera que hemos dicho, los Catholicos Reyes los fueron regalando con nuevas mercedes y favores, gobernandolos con amor, y haciendoles todo buen tratamiento, y mandando á sus ministros de justicia y guerra que los favoreciesen y animasen. Mas luego se entendió lo poco que aprovechaban estas buenas obras para hacerles que dexasen de ser Moros: porque si decian que eran Christianos, veíase que tenian mas atencion á los ritos y cerimonias de la secta de Mahoma, que á los preceptos de la Iglesia Catholica, y que cerraban de industria las orejas á quanto los Prelados, curas y religiosos les predicaban, y siendo ricos y mas señores de sus haciendas de lo que eran en tiempo de los Reyes Moros, jamas se tuvieron por contentos, sospirando siem-

siempre con la memoria de su antigua era; y confiados en unas ficciones vanas, llamadas jofores ó pronosticos, solo en ellas ponian su esperanza, porque les decian que habian de volver á ser Moros, y á su primer estado. Esto duró al principio, mientras duraron los viejos con alguna manera de libertad por su barbarismo; y despues, aunque con el trato comenzaron á sosegarse los que les sucedieron, sintiendo menos regalo y mayores opresiones de las justicias, como hombres que entendian ya qualquier cosa con la practica que tenian, empezaron á congojarse demasiadamente, y á endurecerse con su mala inclinacion: de donde les crecia cada hora mas la enemistad y el aborrecimiento del nombre Christiano; y si con fingida humildad usaban de algunas buenas costumbres morales en sus tratos, comunicaciones y trages, en lo interior aborrecian el yugo de la religion christiana, y de secreto se doctrinaban y enseñaban unos á otros en los ritos y cerimonias de la secta de Mahoma. Esta mancha fue general en la gente comun, y en particular hubo algunos nobles de buen entendimiento que se dieron á las cosas de la fe, y se honraron de ser y parecer Christianos: y de estos tales no trata nuestra historia. Los demas aunque no eran Moros declarados, eran hereges secretos, faltando en ellos la fe, y sobrando el baptismo: y quanto mostraban ser agudos y resabidos en su maldad, se hacian rudos é ignorantes en la virtud y doctrina. Si iban á oir misa los domingos y dias de fiesta, era por cumplimiento, y porque los curas y beneficiados no los penasen por ello. Jamas hallaban pecado mortal, ni decian verdad en las confesiones. Los viernes guardaban y se lavaban, y hacian la zalá en sus casas á puerta cerra-

rada, y los Domingos y dias de fiesta se encerraban á trabajar. Quando habian baptizado algunas criaturas, las lavaban secretamente con agua caliente para quitarles la crisma y el olio santo, y hacian sus cerimonias de retajarlas, y les ponian nombres de Moros: las novias, que los Curas les hacian llevar con vestidos de Christianas para recebir las bendiciones de la Iglesia, las desnudaban en yendo á sus casas, y vistiendolas como Moras, hacian sus bodas á la morisca con instrumentos y manjares de Moros. Si algunos aprendian las oraciones, era porque no les consentian que se casasen hasta que las supiesen, y muchos huían de saber la lengua castellana, por tener escusa para no aprenderlas. Acogian á los Turcos y Moros Berberiscos en sus alcarías y casas; dabanles avisos para que matasen, robasen y captivasen Christianos, y aun ellos mesmos los captivaban, y se los vendian: y asi venian los cosarios á enriquecer á España, como quien va á una India, y muchas veces se iban las alcarías enteras con ellos: aunque este era el menor mal, y de que menos pena habian de sentir los Christianos, porque les acontecia anochecer en España, y amanecer en Berbería con sus vecinos y compadres. Para remedio de estos males proveyeron los Reyes de Castilla algunas cosas de justicia y buena gobernacion, y entre otras la Reyna Doña Juana, hija y heredera de los Catholicos Reyes, entendiendo que seria de mucho efecto quitarles el habito morisco, para que fuesen perdiendo la memoria de Moros, mandó quitarselo, dandoles seis años de tiempo para romper los vestidos que tenian hechos, y se disimuló con ellos otros diez años, hasta que fue mandada cumplir por el Emperador Don Carlos en el año de mil quinientos diez y

ocho, que vino á reynar en Castilla, y suspendida á suplicacion de los Moriscos el mesmo año por el tiempo que fuese su voluntad. Despues el licenciado Pardo, Abad mayor de la Iglesia de San Salvador del Albaycin, y los Canonigos beneficiados de ella, que sabian bien como vivian los Moriscos, informaron de nuevo á su Magestad, que guardaban los ritos y cerimonias de Moros; y en el año de mil quinientos veinte y seis, estando en la ciudad de Granada proveyó visitadores eclesiasticos por toda la tierra, y fueron nombrados para ello Don Gaspar de Avalos, Obispo de Guadix, Fray Antonio de Guevara, el licenciado Utiel, el doctor Quintana, y el Canonigo Pero Lopez. En el siguiente capitulo diremos lo que en esto hubo, porque en este lugar nos ocurre hacer una breve relacion, para que el letor entienda lo que es Moro y Mudejar, y de donde vinieron estos nombres. Los sectarios sequaces de Mahoma, propriamente deben ser llamados con dos solos nombres Alarabes, ó Agemes, los Alarabes son los originarios, y los Agemes los advenedizos, que de otras naciones y provincias abrazaron su opinion. A estos llaman generalmente los Mahometanos entre sí Mucelemin, y nosotros los llamamos Moros, nombre improprio, porque Mauros fueron unos pueblos Fenicios que vinieron de Tiro á poblar en Africa, y edificaron la ciudad de Utica, y despues la de Cartago, setenta y dos años antes de la fundacion de Roma, cuya historia es esta. Los Fenicios fueron valerosos en las artes belicas, y dieron despues nombre á las dos Mauritanias, Tingitana y Cesariense, y tuvieron grandes victorias debaxo las conductas de sus capitanes Macheo, Magon, Asdrubal primero, Amilcar segundo, Annone, Gisgon,

gon, Anibal, Asdrubal segundo, Sapho, y otros que refieren las historias de Trogo Pompeyo, y de otros que escribieron despues de él. Estos entraron al principio en Africa por via de paz, y so color de contratar con los Penos pastorales ó Númidas: despues hicieron sus colonias, y guerrearon con ellos, y haciendose poderosos con los buenos sucesos, conquistaron y ocuparon la mayor parte de Berbería, y las islas de Cicilia y Sardeña, y pasando en tierra firme de Italia, pusieron temor á los poderosos Romanos, que entre envidia y codicia dieron despues fin á su prosperidad, destruyendo y asolando la famosa ciudad de Cartago. Los Mauros, Fenicios ó Cartaginenses, como los quisieremos llamar, que escaparon de la ira de los Romanos, derramandose por Africa entre los Penos, constituyeron señorio en algunas partes, especialmente en las Mauritanias, y de ellos vienen los que agora llaman Azuagos, y porque asi estos como los otros Mauros de Fenicia abrazaron la secta de Mahoma en el numero de los Agemes, el vulgo Christiano los llama comunmente á todos Moros, y asi los que lo son se honran mucho de aquel nombre, entendiendo por Mucelemines, que es el nombre que ellos tienen por epiteto de santimonia, interpretado, hijos de salvacion. Los Mudejares vienen de los Alarabes, y de los Agemes Africanos, y de otras naciones; y son los que se quedaron en España en los lugares rendidos por vasallos de los Reyes Christianos, á los quales, porque servian y hacian guerra contra los otros Moros, los llamaron por oprobrio Mudegelin, nombre tomado de Degel, que es en arabigo el Antechristo; y no por ser de casta de Judios, como algunos

han querido decir. Esto baste para la etimología de estos nombres, que todo se pone aqui por curiosidad.

CAPITULO II.

Como el Emperador Don Carlos mandó hacer junta de prelados en la ciudad de Granada, para reformacion de los Moriscos.

Habiendo hecho los visitadores por todos los lugares de Moriscos del reyno de Granada su visita, y siendo informado el Christianisimo Emperador Don Carlos, quan conveniente cosa era, para que fuesen buenos Christianos, que dexasen el trato y costumbres que tenian de tiempo de Moros, juntando la aparencia con las obras, estando todavia su Magestad en Granada, mandó hacer junta de los mas estimados theologos que á la sazon se hallaban en el reyno, á quien encomendó aquel negocio, para que tratasen del remedio que se podria tener para hacerselo dexar. Juntaronse en la capilla real, que los Catholicos Reyes Don Hernando y Doña Isabel fundaron para su enterramiento en la Iglesia mayor de aquella ciudad, Don Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla y Inquisidor general de España, Don Juan Tavera, Arzobispo de Santiago, Presidente del Real Consejo de Castilla, y Capellan mayor de su Magestad, Don Fray Pedro de Alava, electo Arzobispo de Granada, Don Fray Garcia de Loaysa, Obispo de Osma, Don Gaspar de Avalos, Obispo de Guadix, Don Diego de Villalar, Obispo de Almería, el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal, y el licenciado Luis Po-

Polanco, Oidores del Real Consejo, Don Garcia de Padilla, Comendador mayor de la Orden de Calatrava, Don Hernando de Guevara, y el licenciado Valdés, del Consejo de la general Inquisicion, y el Comendador Francisco de los Cobos, secretario de su Magestad y de su Consejo. En esta junta se vieron las informaciones de los visitadores, los capitulos y condiciones de las paces que se concedieron á los Moros, quando se rindieron, el asiento que tomó de nuevo con ellos el Arzobispo de Toledo, quando se convirtieron, y las cedulas y provisiones de los Reyes, juntamente con las relaciones y pareceres de hombres graves. Y visto todo hallaron, que mientras se vistiesen y hablasen como Moros, conservarian la memoria de su secta, y no serian buenos Christianos; y en quitarselo no se les hacia agravio, antes era hacerles buena obra, pues lo profesaban y decian. Mandaronles quitar la lengua y el habito morisco y los baños: que tuviesen las puertas de sus casas abiertas los dias de fiesta, y los dias de viernes y sabado: que no usasen las leylas y zambras á la morisca: que no se pusiesen alheña en los pies, ni en las manos, ni en la cabeza las mugeres: que en los desposorios y casamientos no usasen de cerimonias de Moros, como lo hacian, sino que se hiciese todo conforme á lo que nuestra santa Iglesia lo tiene ordenado: que el dia de la boda tuviesen las casas abiertas, y fuesen á oir misa: que no tuviesen niños expositos: que no usasen de sobrenombres de Moros, y que no tuviesen entre ellos Gacis de los Berberiscos, libres ni captivos.

Todas estas cosas se pusieron por capitulos, con las causas y razones que los habian movido á ello: y consultado á su Magestad, los mandó cumplir. Mas los Moris-

riscos acudieron luego á contradecirlos, informando con sus razones morales, como gente que ninguna cosa sentian tanto como haber de dexar su trage y lengua natural, que era lo que mas sentian; y dieron sus memoriales, y hicieron sus ofrecimientos, y al fin alcanzaron con su Magestad, antes que saliese de Granada, que mandase suspender los capitulos por el tiempo que fuese su voluntad: y con esto cesó la execucion por entonces. Y aunque despues en el año de mil quinientos y treinta, estando el Emperador ausente de estos reynos, la Emperatriz nuestra señora mandó despachar sus reales cedulas al Arzobispo de Granada, y al Presidente y Oidores, y á los proprios Moriscos, encargandoles y mandandoles que diesen orden como se quitase aquel trage deshonesto y de mal exemplo, y que las Moriscas traxesen sayas y mantos y sombreros como Christianas, acudieron otra vez al Emperador, y le suplicaron mandase suspender aquellas cedulas, representando los grandes inconvenientes que habia en la execucion, la perdida de las rentas reales, y el desasosiego del reyno: y ansi mandó su Magestad suspender los capitulos segunda vez, hasta que viniese á España. No ponemos en este lugar los capitulos, porque van adelante con la contradicion que los Moriscos hicieron á los que se hicieron en la villa de Madrid, que fue todo una cosa, y resultó de alli el rebelion de que trata esta historia.

CA-

CAPITULO III.

Como se quitó á los Moriscos que no pudiesen servirse de esclavos negros; y se les mandó á los que tenian licencias de armas, que las llevasen á sellar ante el Capitan general.

En el año de nuestra salud mil quinientos y sesenta, estando ya retirado á la contemplacion de las cosas divinas el Christianisimo Emperador Don Carlos nuestro señor en el monasterio de Yuste, habiendo dexado el gobierno de todos sus estados al Catholico Rey Don Felipe su hijo, segundo de este nombre, en las primeras cortes que celebró en la ciudad de Toledo el mesmo año, los procuradores de cortes, informados del daño que se seguia de que los Moriscos del reyno de Granada tuviesen esclavos negros de Guinea en su servicio, porque los compraban bozales para servirse de ellos, y teniendolos en sus casas les enseñaban la secta de Mahoma, y los hacian á sus costumbres, y demas de perderse aquellas almas, crecia cada hora la nacion morisca, con menos confianza de fidelidad, suplicaron á su Magestad se los mandase quitar. Y á su pedimento se mandó, que ningun Morisco tuviese esclavos negros en su casa ni en sus labores, cometiendo la execucion de ello á las justicias ordinarias del reyno. De este mandato se agraviaron todos en general, diciendo que se tenia poca confianza de ellos y de su trato, y que en caso que se les hubiesen de quitar los esclavos, habia de entenderse solamente con los hombres sospechosos, y no con toda la nacion, donde habia muchos nobles que se tra-

trataban como Christianos, y se preciaban de serlo, estando emparentados con ellos, y que no habia causa ni razon para que les hiciesen un agravio tan grande. Y su Magestad, con acuerdo del Real Consejo, por una declaracion que sobre ello se hizo, mandó que no se entendiese lo proveído con las personas particulares, de quien no se debia tener sospecha, ni con los que estuviesen casados, ó se casasen con Christianas. De esto suplicaron segunda vez los Moriscos del reyno, diciendo, que los esclavos negros eran el servicio de sus casas y de sus labores, y era destruirlos, si se los quitaban; y con grandisima instancia pidieron que se entendiese la limitacion con toda la nacion, sin eceptar personas, pues eran todos Christianos y vasallos de su Magestad. Luego acudieron á Don Iñigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, que ya era Alcayde de la fortaleza de la Alhambra, y Capitan general del reyno de Granada, en vida de Don Luis Hurtado de Mendoza, Marques de Mondejar su padre, que á la sazon era Presidente del Consejo Real de Castilla, y poniendole delante los beneficios que los naturales de aquel reyno habian recebido de sus antepasados, y los servicios que la nacion les habia hecho, le suplicaron, que tomando la mano en aquel negocio los favoreciese, y procurase con su Magestad la suspension de aquel capitulo de cortes, de que tanto daño les venia. El Conde les ofreció que haria lo que pudiese, como lo habia hecho siempre en las cosas que se les ofrecian, y ansi lo hizo. Mas viendo aquella gente sospechosa, que no sucedia el negocio conforme á su deseo, entendiendo que lo habia tratado tibiamente, ó por ventura les habia sido contrario, comenzaron algunos de ellos á desgustarse, procurando

fa-

favorecerse de otras personas, y hicieron revocar una merced, que de pedimiento del reyno le habia hecho su Magestad en la renta de la farda, de dos mil ducados de ayuda de costa en cada un año: y de aquí nació que tambien el Conde de Tendilla les diese poco gusto de su parte. Entraron luego los zelos de la division, entre la Audiencia real y él sobre cosas harto livianas, torciendo el entendimiento de las concordias que estaban hechas y confirmadas por los Reyes, y trayendolas cada qual á su opinion, no quiriendo tener igual, y procurando conservar superioridad. Pretendia el Audiencia por su parte quitar el conocimiento de las causas al Capitan general, ó á lo menos emendar lo que hacia. Estiraba él su cargo quanto podia, y de aqui vino á pasiones particulares, que redundaron despues en daño de munchos que estaban bien descuidados. Porque luego con voz de restituir al publico concegil lo que tenian ocupado algunos de la Audiencia, y otras personas del Cabildo de la ciudad, se dió noticia á su Magestad, y se proveyó juez de terminos contra ellos: lo qual fue causa de echar á las vueltas algunos Moriscos de sus haciendas, gente encogida y miserable, que viendose desposeer de las heredades y tierras que habian heredado, comprado ó poseído, no menos sentian este gravamen que los otros. Demas de esto el Conde de Tendilla, viendo que se le habian desvergonzado, y cobrado alas con otros favores, para tenerlos mas sujetos trató con el Fiscal de la Audiencia real y con el Cabildo de la ciudad de Granada, que pidiesen á su Magestad confirmacion de una cedula que el Emperador Don Carlos habia dado el año del Señor mil quinientos cincuenta y tres, en que mandaba que todos los Moriscos del rey-

no de Granada, de qualquier estado y condicion que fuesen, que tuviesen licencias para traer armas, las llevasen á registrar ante el Capitan general, para que las mandase sellar, y que no las pudiesen traer ni tener de otra manera. Esta cedula se mandó luego confirmar en el Consejo, con relacion que algunos Moriscos, so color de tener licencias de armas, compraban mas cantidad de las que habian menester, y las vendian, ó daban á los monfis y hombres escandalosos. Y aunque hubo contradicion de su parte, no les aprovechó, y fue tanto lo que lo sintieron, que muchos dexaron de traer las armas, por no ponerse en aquella sujecion, y pocos fueron los que las llevaron á registrar y sellar: todos quedaron descontentos, indinados y con poco sosiego. De alli adelante, habiendo poca conformidad entre los superiores, menudeaban quejas á su Magestad, con que cansados los oidos de los de su Consejo, y él con ellos, las provisiones no tuvieron efecto, y salieron varias ó nengunas, perdiendo con la importunidad el credito, y se proveyeron muchas cosas de pura justicia, que conforme á la calidad de los tiempos se pudieran dilatar, ó llevar con menos rigor.

CAPITULO IV.

Como se mandó que los Moriscos delinqüentes no se acogiesen á lugares de señorío, ni gozasen de la inmunidad de la Iglesia mas de tres dias.

Estos mesmos dias las justicias y los concejos de los lugares del reyno de Granada, que eran cabezas de partidos, informaron á los Oidores y Alcaldes de la Audien-

diencia real, como en los lugares de señorío se acogian y estaban avecindados muchos Moriscos, que andaban huidos de la justicia por delitos; y teniendo alli seguridad, salian á saltear y robar por los caminos, y que los señores cuyos eran los lugares los favorecian y amparaban por tenerlos poblados, y de esta manera crecia el numero de malhechores, y habia poca seguridad en la tierra, y convenia mandar que no los acogiesen, y que las justicias realengas entrasen á prenderlos donde los hallasen. Pareciendo pues á la Audiencia que no convenia que los delinqüentes tuviesen aquella guarida, informaron sobre ello á su Magestad en su Real Consejo, y con él consultado, se mandó despachar provision, para que los señores no recogiesen gente de esta calidad en sus pueblos, y las justicias realengas pudiesen entrarlos á prender donde quiera que los hallasen. Habia munchos Moriscos, que habiendo sido perdonados de las partes, y estando sus negocios olvidados muchos años habia, vivian en lugares de señorío, y estaban avecindados y casados en ellos. Estaban con alguna manera de quietud, entendiendo en sus oficios y labores del campo; y como los escribanos comenzasen á revolver papeles buscando causas, y las justicias los apretasen con rigor, perdiendo la confianza que tenian del favor de los lugares de señorío, y viendo que tampoco se podian entretener en las Iglesias, ni estar retraidos mas de tres dias en ellas, porque asi se habia proveído tambien estos dias, comenzaron á darse á los montes, y juntandose con otros monfis y salteadores, cometian cada dia mayores delitos, matando y robando las gentes, y andando en quadrillas armados, y tan á recaudo, que las justicias ordinarias eran ya poca parte para prenderlos,
 por

por no traer gente de guerra consigo. Luego entró la duda de la competencia de jurisdicion que diximos, sobre si pertenecia al Capitan general, que solia hacer semejantes castigos, por razon del oficio de la guerra, ó á las justicias, por ser negocio de rigor de ley: y al fin se cometió á las justicias, dando facultad á Don Alonso de Santillana, que á la sazon era Presidente en la Audiencia real de Granada, y á los Alcaldes del crimen, para que á costa de los Moriscos recogiesen cierto numero de gente á sueldo, que anduviesen en seguimiento de los delinqüentes, no excluyendo en parte al Capitan general, sino que tambien él prendiese y castigase. La Audiencia hizo dos quadrillas pequeñas de á ocho hombres cada una, que ni eran bastantes para asegurar la tierra, ni fuertes para resistir á los monfis: y ansi se acrecentó con ellas el daño. Porque por nuestros pecados el dia de hoy van los negocios mas enderezados al interese particular, que al bien publico, y aunque la intencion del Consejo Real fue santa y buena, la sobrada diligencia y el modo del proceder fue dañoso, porque los alguaciles y escribanos, que eran los executores, queriendo enriquecer en esta ocasion, no solo perseguian á los que entendian ser culpados, mas aun molestaban á los que estaban quietos y pacificos en sus casas; y estendieron la codicia tanto, que pocos Moriscos habia ya en el reyno que no los hallasen culpados. Con estas opresiones, siguiendolos tambien el Capitan general por su parte, y la Inquisicion y el Arzobispo, no teniendo donde poderse guarecer en poblado, se dieron á los montes muchos, que hasta entonces no lo habian hecho. Ayudó tambien por su parte la desorden de los soldados que se alojaban en las alcarías en las casas de los

los Moriscos ; y demas de la costa ordinaria que les hacian , que era mucha , usaban de las codicias y deshonestidades que la licencia militar trae consigo , quando no precede el temor de Dios; y por ventura, como despues se entendió , eran mas los delitos que ellos cometian , que los delinqüentes que prendian. De esta manera fue creciendo el mal con la medicina , y el numero de los monfis , muchos de los quales se recogian en la ciudad de Granada, y metiendose en el Albaycin, salian á saltear de noche , mataban los hombres , desollabanles las caras , sacabanles los corazones por las espaldas , y despedazabanlos miembro á miembro ; y de junto á los muros de la ciudad y dentro captivaban las mugeres y los niños , y los llevaban á vender á Berbería. De aqui tomó principio la esperanza de los animos escandalosos y ofendidos , y estos mismos fueron instrumento principal del rebelion , como se entenderá por el discurso de esta historia.

CAPITULO V.

Como su Magestad mandó hacer junta en la villa de Madrid sobre la reformacion de los Moriscos , y se mandaron executar los capitulos de la junta del año de mil quinientos veintiseis.

Como los Moriscos anduviesen tan desasosegados , y acudiesen de hora en hora avisos á la ciudad de Granada de los daños que hacian , viviendo como Moros , y comunicandose con los Moros de Berbería , Don Pedro Guerrero , Arzobispo de Granada , yendo al Concilio de Trento , llevó tan á su cargo este negocio , que trató

tó de él con muchas veras. Y Papa Paulo tercero le encargó, que dixese de su parte al Rey Don Felipe nuestro señor, que pusiese remedio como aquellas almas no se perdiesen. Y en un sinodo que hizo, donde se juntaron los Obispos de Malaga, Guadix y Almería, sufraganeos al Arzobispado de Granada, se trató de lo que convenia, para que los nuevamente convertidos tratasen con integridad las cosas de la fe. Y hallando el remedio en la execucion de los capitulos de la junta de la capilla real, informaron de ello á su Magestad, y él lo remitió á su Real Consejo, presidiendo en él el licenciado Don Diego de Espinosa, que tambien era Inquisidor general y Obispo de Cigüenza, y despues fue Cardenal en la santa Iglesia de Roma. Y habiendo visto las relaciones del Arzobispo y de los Prelados, y que los remedios pasados no habian aprovechado mas que para un principio de venganza, como es costumbre de los malos convertir las cosas que se procuran para su emienda en nuevos generos de delitos y ofensas, acordaron ante todas cosas, que las provisiones que se hiciesen se executasen con efecto, sin admitir demandas ni respuestas. Y para proveer en ello mandó su Magestad el año de mil quinientos sesenta y seis hacer una junta en la villa de Madrid, en la qual intervinieron el Presidente Don Diego de Espinosa, el Duque de Alva, Don Antonio de Toledo, Prior de San Juan, Don Bernardo de Borea, Vicechanciller de Aragon, el maestro Gallo, Obispo de Origuela, el licenciado Don Pedro de Deza, del Consejo de la general Inquisicion, el licenciado Menchaca, y el doctor Velasco, Oidores del Consejo Real y de la Camara: y todos estos caballeros y letrados se resolvieron en que, pues los Moriscos tenian

nian baptismo y nombre de Christianos, y lo habian de ser y parecer, dexasen el habito y la lengua, y las costumbres de que usaban como Moros, y que se cumpliesen y executasen los capitulos de la junta que el Emperador Don Carlos habia mandado hacer el año de veinte y seis. Y ansi lo consultaron á su Magestad, encargandole la conciencia. Y para escusar importunidades, no se publicaron hasta que los enviaron al Presidente de Granada, que los executase. Pornemos en este lugar los capitulos, y luego las contradiciones que los Moriscos hicieron, porque no quede cosa que el lector pueda desear.

CAPITULO VI.

En que se contienen los capitulos que se hicieron en la junta de la villa de Madrid sobre la reformacion de los Moriscos.

Primeramente se ordenó, que dentro de tres años, de como estos capitulos fuesen publicados, aprendiesen los Moriscos á hablar la lengua castellana, y de alli adelante ninguno pudiese hablar, leer, ni escrebir en publico ni en secreto en arabigo.

Que todos los contratos y escrituras que de alli adelante se hiciesen en lengua arabe fuesen ningunos, de ningun valor y efecto, y no hiciesen fe en juicio ni fuera de él, ni en virtud de ellos se pudiese pedir ni demandar, ni tuviesen fuerza ni vigor alguno.

Que todos los libros que estuviesen escritos en lengua arabiga, de qualquier materia y calidad que fuesen, los llevasen dentro treinta dias ante el Presidente de

la

la Audiencia real de Granada, para que los mandase ver y examinar; y los que no tuviesen inconveniente, se los volviese, para que los tuviesen por el tiempo de los tres años, y no mas.

Quanto á la orden que se habia de dar para que aprendiesen la lengua castellana, se cometia al Presidente y al Arzobispo de Granada, los quales, con parecer de personas practicas y de experiencia, proveyesen lo que les pareciese mas conveniente al servicio de Dios y al bien de aquellas gentes.

Quanto al habito se mandó, que no se hiciesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestido de los que se usaban en tiempo de Moros; y que todo lo que se cortase y hiciese, fuese á uso de Christianos. Y porque no se perdiesen de todo punto los vestidos moriscos que estaban hechos, se les dió licencia para que pudiesen traer los que fuesen de seda, ó tuviesen seda en guarniciones, tiempo de un año, y los que fuesen de solo paño, dos años: y que pasado este tiempo, en ninguna manera traxesen los unos ni los otros vestidos. Y durante los dos años, todas las mugeres que anduviesen vestidas á la morisca, llevasen las caras descubiertas por donde fuesen, porque se entendió, que por no perder la costumbre que tenian de andar con los rostros atapados por las calles, dexarian las almalafas y sabanas, y se pondrian mantos y sombreros, como se habia hecho en el reyno de Aragon, quando se quitó el trage á los Moriscos de él.

Quanto á las bodas se ordenó, que en los desposorios, velaciones y fiestas que hiciesen, no usasen de los ritos, cerimonias, fiestas y regocijos de que usaban en tiempo de Moros, sino que todo se hiciese conforman-

do-

dose con el uso y costumbre de la santa Madre Iglesia, y de la manera que los fieles Christianos lo hacian: y que en los dias de las bodas y velaciones tuviesen las puertas de las casas abiertas, y lo mesmo hiciesen los viernes en la tarde y todos los dias de fiesta: y que no hiciesen zambras, ni leylas con instrumentos ni cantares moriscos en ninguna manera, aunque en ellos no cantasen ni dixesen cosa contra la religion Christiana, ni sospechosa de ella.

Quanto á los nombres ordenaron, que no tomasen, tuviesen, ni usasen nombres ni sobrenombres de Moros, y los que tenian los dexasen luego; y que las mugeres no se alheñasen.

En quanto á los baños mandaron, que en ningun tiempo usasen de los artificiales, y que los que habia se derribasen luego; y que ninguna persona, de ningun estado y condicion que fuese, no pudiese usar de los tales baños, ni se bañasen en ellos en sus casas, ni fuera de ellas.

Y quanto á los Gacis se proveyó, que los que fuesen libres, y los que se hubiesen rescatado, ó se rescatasen, no morasen en todo el reyno de Granada, y dentro de seis meses de como se rescatasen saliesen de él: y que los Moriscos no tuviesen esclavos Gacis, aunque tuviesen licencias para poderlos tener.

Quanto á los esclavos negros se ordenó, que todos los Moriscos que tenian licencias para tenerlos, las presentasen luego ante el Presidente de la real Audiencia de Granada: el qual viese si los que las tenian eran personas que sin impedimento ni otro peligro podian usar de ellas, y enviase relacion á su Magestad de ello, para que lo mandase ver y proveer: y en el interim la per-

sona, en cuyo poder se exhibiesen las licencias, las detuviese, proveyendo en ello el Presidente lo que mas viese que convenia.

Esta fué la resolucion que se tomó en aquella junta, aunque algunos fueron de parecer que los capitulos no se executasen todos juntos, por estar los Moriscos tan casados con sus costumbres, y porque no lo sentirian tanto yendoselas quitando poco á poco: mas el Presidente Don Diego de Espinosa, fabricado de los avisos que venian cada dia de Granada, y abrazandose con la fuerza de la religion y poder de un Principe tan Catholico, quiso, y consultó á su Magestad que se executasen todos juntos.

CAPITULO VII.

Como su Magestad proveyó por Presidente de la Audiencia real de Granada al licenciado Don Pedro de Deza, y se le enviaron los capitulos.

Luego proveyó su Magestad por Presidente de la Audiencia real de Granada al licenciado Don Pedro de Deza, Oidor de la general Inquisicion, que hoy es Cardenal en la Santa Iglesia de Roma; natural de la ciudad de Toro, y que habia sido uno de los de la junta de la villa de Madrid, como queda dicho. El qual habiendo recebido la cedula de su provision en la villa de Madrid, á quatro dias del mes de Mayo del año de mil quinientos sesenta y seis, á los veinte y cinco de él estaba ya en la ciudad de Granada, y el mesmo dia que llegó, se juntó el acuerdo, y tomó la posesion de la presidencia. Luego le envió el Presidente Don Diego de Es-

Espinosa los capitulos en forma de prematica, para que con parecer del acuerdo, comunicandolo tambien con el Arzobispo de aquella ciudad, los hiciese publicar, y procediese en la execucion de ellos, sin embargo de qualesquier contradiciones que se hiciesen de parte de los Moriscos, procurando primero algunos medios, para que sin muncho apremio se cumpliesen. Y por otra parte su Magestad mandó al Presidente Don Diego de Espinosa, que dixese á Don Iñigo Lopez de Mendoza, Marques que era ya de Mondejar por muerte de Don Luis Hurtado de Mendoza su padre, que aun estaba en la corte, que fuese á hallarse presente á la publicacion de los capitulos, por si fuese menester dar calor con su presencia. Luego como llegaron á Granada los capitulos, el Presidente los mandó imprimir secretamente, para que hubiese copia que enviar á un mesmo tiempo por todo aquel reyno, porque se acordó que se pregonasen el primer dia del mes de Enero luego siguiente, por ser dia señalado, vispera de la fiesta, que con gran solenidad celebra aquella ciudad en memoria del dia en que los Reyes Catholicos la ganaron. Y mientras esto se hacia, deseando que de los proprios Moriscos, que ya tenian noticia de lo que se trataba, y le habian hablado sobre ello, naciese alguna manera de consentimiento, hizo llamar á un Alonso de Horozco, canonigo de la Iglesia colegial de San Salvador del Albaycin, hombre que tenia amistad y trato con los Moriscos, porque habia sido munchos años beneficiado en la Alpuxarra, y sabia muy bien la lengua arabiga, y le encomendó que hiciese juntar los mas principales en la Iglesia, y por via de amistad les dixese, que tenia aviso cierto, como su Magestad, cansado de oir las quejas que

 de

de ordinario le iban de los nuevamente convertidos de aquel reyno, diciendole que eran Moros, y se trataban como Moros, y que la principal causa para no ser Christianos eran el habito y la lengua morisca, y las otras costumbres y cerimonias que tenian de tiempo de Moros, habia tomado resolucion de mandar que lo dexasen todo: y que siendo ansi, seria cosa muy acertada que ellos lo pidiesen con su comodidad, y por la orden que les estuviese mejor, porque gustaria de ello, y les agradeceria su buen deseo: y que dexando aparte los inconvinientes que hallaban en lo del habito y la lengua, pidiesen que todas las mugeres que se casasen, y las niñas se vistiesen como Christianas; y no haciendo de nuevo ropas á la morisca, fuesen gastando las que tenian hechas, y que de esta manera se iria dexando aquel trage, que con razon debian aborrecer siendo Christianos, pues no era honesto, y se compadecia mal, que las Christianas anduviesen vestidas como Moras: y que asimesmo pidiesen que los muchachos aprendiesen á hablar castellano, y se pusiesen escuelas para enseñarles á leer, y que lo mesmo hiciesen los de mediana edad, y con los viejos se disimulase, pues era cosa imposible poderlo hacer. Y quanto á los libros arabes, ellos mesmos habian de holgar que no los hubiese, pues siendo Christianos, como lo profesaban, les era de ningun provecho tenerlos, y muy escandaloso á las conciencias. Que dexasen las bodas, y los otros regocijos y placeres que acostumbraban hacer á la morisca, por el ruin exemplo y gran nota que daban de sí, y por el daño que se les seguia gastando sus haciendas mal gastadas, y por los escandalos y deshonestidades que en ellas se hacian. Todo lo qual habian de procurar ellos mesmos,

sin

sin que se les mandase, y especialmente lo que tocaba á los baños artificiales, que estaba averiguado ser un vicio malo, de donde resultaban muchos pecados en ofensa de Dios, y una costumbre deshonesta para sus mugeres y hijas; y les diesen á entender con su buen termino, que dexando todas estas cosas, y viendo que se trataban como los otros Christianos de estos reynos, serian honrados, favorecidos y respetados, y su Magestad se serviria de sus personas como de los otros sus vasallos, y vernian adelante sus hijos y nietos á ser constituidos en honras y dignidades, y en oficios de justicia y de gobernacion, como lo eran los nobles y virtuosos del reyno. Estas y otras muchas cosas que el Presidente mandó al canonigo Alonso de Horozco que les dixese, las dixo á los mas principales del Albaycin, que hizo juntar en San Salvador: mas ellos le respondieron, que no osarian tratar de semejante negocio, porque tenian por cierto que los apedrearian. Viendo pues el canonigo la sequedad con que le habian respondido, y pareciendole que por ventura no creían ser cierto lo que les habia dicho de la determinacion de su Magestad, por no haberles dado autor cierto, fue aquel mesmo dia al Presidente, y dandole cuenta de lo que habia pasado, le pidió licencia para poderle dar á él por autor: el qual se la dió, y dende á dos dias volvió á juntar los Moriscos en la mesma Iglesia, y les declaró como lo que les habia dicho habia sido por mandado del Presidente, y como de nuevo le habia mandado que les dixese, como su Magestad queria que se executasen los capitulos de la junta del año de mil quinientos veintiseis, y que seria bien que ellos lo pidiesen por la orden que viesen que les estaria mejor, y que él les favore-

ce-

ceria para que se hiciese con su comodidad ; mas no por eso se quisieron allanar ; y como el canonigo les rogase que fuesen con él algunos de ellos á hablar al Presidente , tampoco lo quisieron hacer por entonces.

CAPITULO VIII.

Como se pregonaron los capitulos de la nueva prematica, y del sentimiento que hicieron los Moriscos.

Habiendose acabado de imprimir la nueva prematica, el Presidente Don Pedro de Deza con parecer del acuerdo mandó que se pregonase en la ciudad de Granada y en las otras de aquel reyno el primero dia del mes de Enero del año del Señor mil quinientos sesenta y siete. Este dia se juntaron los Alcaldes del crimen de la Real Chancillería , y el Corregidor con todas las justicias de la ciudad , y con gran solenidad de atabales, trompetas , sacabuches, ministriles y dulzaynas, la pregonaron en las plazas y lugares publicos de la ciudad y de su Albaycin. Luego incontinente se mandó, que las justicias hiciesen derribar todos los baños artificiales : y se derribaron , comenzando primero por los de su Magestad , porque los dueños de los otros no se agraviasen. Qué diremos del sentimiento que los Moriscos hicieron , quando oyeron pregonar los capitulos en la plaza de Bib el Bonut , sino que con saberlo ya , fue tanta su turbacion , que ninguna persona de buen juicio dexára de entender sus dañadas voluntades? Tanta era la ira que manifestaban , provocandose los unos á los otros con cierta demostracion de amenazas. Decian que su Magestad habia sido mal aconsejado , y que la prematica

ca habia de ser causa de la destruicion del reyno : y queriendo descubrir con mansedumbre sus fuerzas, antes de tomar las armas con rustica fiereza, comenzaron á hacer juntas en publico y en secreto, dando por una parte materia de hablar á los mozos con exemplo de los mas viejos, que no les era menor aquel yugo que la propria muerte; y por otra parte acordaron, que los principales resistiesen la furia de aquel efeto, que ellos llamaban malaventura con fingida humildad, aprovechandose de la moral prudencia para pedir suspension : y para ello nombraron personas que informasen á su Magestad y á los de su Consejo.

CAPITULO IX.

Como los Moriscos contradixeron los capitulos de la nueva prematica: y un razonamiento que Francisco Nuñez Muley hizo al Presidente sobre ello.

Los Moriscos de las ciudades, sierras y marinas y Alpuxarra enviaron luego como se pregonó la prematica á la ciudad de Granada á entender los animos de los del Albaycin, y ver como lo habian tomado. Y hallandose todos conformes en una mesma voluntad, acordaron que se contradixesen por reyno; y para ello acudieron á Jorge de Baeza, su procurador general, y le pidieron, que en nombre de la nacion pidiese suspension, como se habia hecho otras veces. Y antes de hacer camino á la corte de su Magestad, acordaron de hablar al Presidente Don Pedro de Deza, y informarle de palabra y por escrito, para ver si podrian ablandarle. A esto fue un Morisco caballero llamado Francisco Nuñez Muley, que

que por edad y experiencia tenia mucha practica de aquel negocio, y lo habia tratado otras veces en tiempo de los Reyes pasados, el qual puesto delante del Presidente, con la voz baxa y humilde, le dixo de esta manera.

"Quando los naturales de este reyno se convirtieron á la fe de Jesu Christo, ninguna condicion hubo que les obligase á dexar el habito ni la lengua, ni las otras costumbres que tenian de regocijarse con sus fiestas, zambras y recreaciones. Y para decir verdad, la conversion fue por fuerza contra lo capitulado por los señores Reyes Catholicos, quando el Rey Abdilehi les entregó esta ciudad: y mientras sus Altezas vivieron, no hallo yo con todos mis años, que se tratase de quitarselo. Despues reynando la Reyna Doña Juana su hija, pareciendo convenir (no sé por cierto á quien) se mandó que dexasemos el trage morisco; y por algunos inconvinientes que se representaron se suspendió; y lo mesmo viniendo á reynar el Christianisimo Emperador Don Carlos. Sucedió despues, que un hombre baxo de los de nuestra nacion, confiado en el favor del licenciado Polanco, Oydor de esta real Audiencia, á quien servia, se atrevió á hacer capitulos contra los clerigos y beneficiados, y sin tomar consejo con los hombres principales, que sabian lo que convenia disimular semejantes cosas, los firmó de algunos amigos suyos, y los dió á su Magestad. A esto acudió luego por los clerigos el licenciado Pardo, Abad de San Salvador del Albaycin, y á vueltas de su descargo informó con autoridad del prelado, que los nuevamente convertidos eran Moros, y que vivian como Moros, y que convenia dar orden en que dexasen las costumbres antiguas,

que

que les impidian poder ser Christianos. El Emperador como Christianisimo Principe mandó ir visitadores por todo este reyno, que supiesen como vivian los naturales de él. Hizose la visita por los mesmos clerigos, y ellos fueron los que depusieron contra ellos, como personas que sabian bien la neguilla que habia quedado en nuestro trigo, cosa que en tan breve tiempo era imposible estar limpio. De aqui resultó la congregacion de la capilla real: proveyeronse muchas cosas contra nuestros previlegios, aunque tambien acudimos á ellas, y se suspendieron. Dende á ciertos años Don Gaspar de Avalos, siendo Arzobispo de Granada, de hecho quiso quitarnos el habito, comenzando por los de las alcarías, y trayendo aqui algunos de Guejar sobre ello. El Presidente que estaba en el lugar que está agora vuestra señoría, y los Oydores de esta Audiencia, y el Marques de Mondejar, y el Corregidor, se lo contradixeron, y paró por las mesmas razones. Y desde el año de mil quinientos quarenta se ha sobreseido el negocio, hasta que agora los mesmos clerigos han vuelto á resucitarlo, para molestarnos por tantas vias á un tiempo. Quien mirare las nuevas prematicas por defuera, pareceranle cosa facil de cumplir: mas las dificultades que traen consigo son muy grandes, las quales diré á vuestra señoría por extenso, para que compadeciendose de este miserable pueblo, se apiade de él con amor y caridad, y le favorezca con su Magestad, como lo han hecho siempre los Presidentes pasados. Nuestro habito, quanto á las mugeres, no es de Moros, es trage de provincia, como en Castilla y en otras partes se usa diferenciarse las gentes en tocados, en sayas y en calzados. El vestido de los Moros y Turcos, quién negará sino que

 es

es muy diferente del que ellos traen? Y aun entre ellos mesmos diferencian, porque el de Fez no es como el de Tremecen, ni el de Tunez como el de Marruecos; y lo mesmo es en Turquía y en los otros reynos. Si la secta de Mahoma tuviera trage proprio, en todas partes habia de ser uno; pero el habito no hace al monge. Vemos venir los Christianos, clerigos y legos de Suria y de Egipto vestidos á la turquesca, con tocas y cafetanes hasta en pies: hablan arabigo y turquesco: no saben latin ni romance, y con todo eso son Christianos. Acuerdome, y habrá muchos de mi tiempo que se acordarán, que en este reyno se ha mudado el habito diferente de lo que solia ser, buscando las gentes trage limpio, corto, liviano y de poca costa, tiñendo el lienzo, y vistiendose de ello. Hay muger que con un ducado anda vestida, y guardan las ropas de las bodas y placeres para los tales dias, heredandolas en tres y quatro herencias. Siendo pues esto ansi, qué provecho puede venir á nadie de quitarnos nuestro habito? que, bien considerado, tenemos comprado por mucho numero de ducados con que hemos servido en las necesidades de los Reyes pasados, por qué nos quieren hacer perder mas de tres millones de oro que tenemos empleado en él? y destruir á los mercaderes, á los tratantes, á los plateros, y á otros oficiales, que viven y se sustentan con hacer vestidos, calzado y joyas á la morisca? Si docientas mil mugeres que hay en este reyno, ó mas, se han de vestir de nuevo de pies á cabeza, qué dinero les bastará? qué perdida será la de los vestidos y joyas moriscas que han de deshacer y echar á perder? porque son ropas cortas hechas de girones y pedazos, que no pueden aprovechar sino para lo que son, y para eso son ricas

y

y de mucha estima ; ni aun los tocados podrán aprovechar, ni el calzado. Veamos la pobre muger que no tiene con que comprar saya, manto, sombrero y chapines, y se pasa con unos zaragueles y una alcandora de angeo teñido, y con una sábana blanca, qué hará? de qué se vestirá? de dónde sacarán el dinero para ello? Pues las rentas reales que tanto interesan en las cosas moriscas, donde se gasta un numero infinito de seda, oro y aljofar, por qué han de perderse? Los hombres todos andamos á la castellana, aunque por la mayor parte en habito pobre : si el trage hiciera secta, cierto es que los varones habian de tener mas cuenta con ello que las mugeres, pues lo alcanzaron de sus mayores, viejos y sabios. He oido decir muchas veces á los ministros y prelados, que se haria merced y favor á los que se vistiesen á la castellana ; y hasta agora, de quantos lo han hecho, que son muchos, ninguno veo menos molestado, ni mas favorecido : todos somos tratados igualmente. Si á uno hallan un cuchillo, echanle en galera, pierde su hacienda en pechos, en cohechos, y en condenaciones. Somos perseguidos de la justicia eclesiastica y de la seglar, y con todo eso siempre leales vasallos y obedientes á su Magestad, prestos á servirle con nuestras haciendas : jamas se podrá decir que hayamos cometido traicion desde el dia que nos entregamos.

"Quando el Albaycin se alborotó no fue contra el Rey, sino en favor de sus firmas, que teniamos en veneracion de cosa sagrada. No estando aun la tinta enxuta, quebrantaron los capitulos de las paces las justicias, prendiendo las mugeres que venian de linage de Christianas, para hacerles que lo fuesen por fuerza. Veamos, señor, en las comunidades levantaronse los de es-

te reyno? Por cierto en favor de su Magestad acompañaron al Marques de Mondejar, y á Don Antonio y Don Bernardino de Mendoza, sus hermanos, contra los comuneros Don Hernando de Cordoba el Ungi, Diego Lopez Aben Axar y Diego Lopez Hacera, con mas de quatrocientos hombres de guerra de nuestra nacion, siendo los primeros que en toda España tomaron armas contra los comuneros. Y Don Juan de Granada, hermano del Rey Abdilehi, tambien fue general en Castilla de los reales: trabajó y apaciguó lo que pudo, y hizo lo que debia á buen vasallo de su Magestad. Justo es pues que los que tanta lealtad han guardado sean favorecidos y honrados y aprovechados en sus haciendas, y que vuestra señoría los favorezca, honre y aproveche, como lo han hecho los predecesores que han presidido en este lugar.

"Nuestras bodas, zambras y regocijos, y los placeres de que usamos, no impide nada al ser Christianos. Ni sé como se puede decir que es cerimonia de Moros: el buen Moro nunca se hallaba en estas cosas tales, y los Alfaquís se salian luego que comenzaban las zambras á tañer ó cantar. Y aun quando el Rey Moro iba fuera de la ciudad atravesando por el Albaycin, donde habia muchos Cadís y Alfaquís que presumian ser buenos Moros, mandaba cesar los instrumentos hasta salir á la puerta de Elvira, y les tenia este respeto. En Africa ni en Turquía no hay estas zambras, es costumbre de provincia: y si fuese cerimonia de secta, cierto es que todo habia de ser de una mesma manera. El Arzobispo santo tenia muchos Alfaquís y Mestis amigos, y aun asalariados, para que le informasen de los ritos de los Moros; y si viera que lo eran las zambras, es cierto que

que las quitara, ó á lo menos no se preciara tanto de ellas, porque holgaba que acompañasen el Santisimo Sacramento en las procesiones del dia de Corpus Christi, y de otras solennidades, donde concurrian todos los pueblos á porfia unos de otros, qual mejor zambra sacaba: y en la Alpuxarra, andando en la visita, quando decia misa cantada, en lugar de organos, que no los habia, respondian las zambras, y le acompañaban de su posada á la Iglesia. Acuerdome que quando en la misa se volvia al pueblo, en lugar de *Dominus vobiscum*, decia en arabigo, *Y baraficun*, y luego respondia la zambra.

"Menos se hallará, que alheñarse las mugeres sea cerimonia de Moros, sino costumbre para limpiarse las cabezas, y porque saca qualquier suciedad de ellas, y es cosa saludable. Y si se ponian encima agallas, era para teñir los cabellos, y hacer labores que parecian bien. Esto no es contra la fe, sino provechoso á los cuerpos, que aprieta las carnes, y sana enfermedades. Don Fray Antonio de Guevara, siendo Obispo de Guadix, quiso hacer trasquilar las cabezas de las mugeres de los naturales del marquesado del Zenete, y rasparles la alheña de las manos: y viniendose á quejar al Presidente y Oydores, y al Marques de Mondejar, se juntaron luego sobre ello, y proveyeron un receptor que le fuese á notificar que no lo hiciese, por ser cosa que hacia muy poco al caso para lo de la fe.

"Veamos, señor, hacernos tener las puertas de las casas abiertas de qué sirve? Libertad se da á los ladrones para que hurten, á los livianos para que se atrevan á las mugeres, y ocasion á los alguaciles y escribanos para que con achaques destruyan la pobre gente. Si algu-

guno quisiere ser Moro, y usar de los guadores y cerimonias de Moros, no podrá hacerlo de noche? sí por cierto, que la secta de Mahoma soledad requiere y recogimiento. Poco hace al caso cerrar ó abrir la puerta al que tuviere la intencion dañada: el que hiciere lo que no debe, castigo hay para él, y á Dios nada es oculto.

"Podráse pues averiguar que los baños se hacen por cerimonia? no por cierto. Alli se junta mucha gente, y por la mayor parte son los bañeros Christianos. Los baños son minas de inmundicias, la cerimonia ó rito del Moro requiere limpieza y soledad: cómo han de ir á hacerla en parte sospechosa? Formaronse los baños para limpieza de los cuerpos; y decir que se juntan alli las mugeres con los hombres, es cosa de no creer, porque donde acuden tantas, nada habria secreto: otras ocasiones de visitas tienen para poderse juntar, quanto mas que no entran hombres donde ellas estan. Baños hubo siempre en el mundo por todas las provincias; y si en algun tiempo se quitaron en Castilla, fue porque debilitaban las fuerzas y los animos de los hombres para la guerra. Los naturales de este reyno no han de pelear, ni las mugeres han menester tener fuerzas, sino andar limpias: si alli no se lavan, en los arroyos y fuentes y rios, ni en sus casas tampoco lo pueden hacer, que les está defendido, dónde se han de ir á lavar? que aun para ir á los baños naturales por via de medicina en sus enfermedades les ha de costar trabajo, dineros, y perdida de tiempo en sacar licencia para ello.

"Pues querer que las mugeres anden descubiertas las caras, qué es sino dar ocasion á que los hombres vengan á pecar, viendo la hermosura de quien suelen afi-

aficionarse: y por el consiguiente las feas no habrá quien se quiera casar con ellas. Tapanse porque no quieren ser conocidas, como hacen las Christianas: es una honestidad para escusar inconvinientes, y por esto mandó el Rey Catholico, que ningun Christiano descubriese el rostro á Morisca que fuese por la calle so graves penas. Pues siendo esto ansi, y no habiendo ofensa en cosas de la fe, por qué han de ser los naturales molestados sobre el cubrir ó descubrir de los rostros de sus mugeres?

"Los sobrenombres antiguos que tenemos son para que se conozcan las gentes, que de otra manera perderse han las personas y los linages. De qué sirve que se pierdan las memorias? que bien considerado aumentan la gloria y ensalzamiento de los Catholicos Reyes que conquistaron este reyno. Esta intencion y voluntad fue la de sus Altezas y del Emperador, que está en gloria: para estos se sustentan los ricos alcazares de la Alhambra, y otros menores en la mesma forma que estaban en tiempo de los Reyes Moros, porque siempre manifestasen su poder por memoria y trofeo de los conquistadores.

"Echar los Gacis de este reyno, justa y santa cosa es, que ningun provecho viene de su comunicacion á los naturales: mas esto se ha proveido otras veces, y jamas se cumplió. Executarse agora no dexa de traer inconviniente, porque la mayor parte de ellos son ya naturales: casaronse, nacieronles hijos y nietos, y tienenlos casados: y estos tales seria cargo de conciencia echarlos de la tierra.

"Tampoco hay inconviniente en que los naturales tengan negros. Estas gentes no han de tener servicios? han

han de ser todos iguales? Decir que crece la nacion Morisca con ellos, es pasion de quien lo dice, porque habiendo informado á su Magestad en las cortes de Toledo, que habia mas de veinte mil esclavos negros en este reyno en poder de naturales, vino á parar en menos de quatrocientos, y al presente no hay cien licencias para poderlos tener. Esto salió tambien de los clerigos, y ellos han sido despues los abonadores de los que los tienen, y los que han sacado interese de ello.

"Pues vamos á la lengua arabiga, que es el mayor inconviniente de todos. Cómo se ha de quitar á las gentes su lengua natural con que nacieron y se criaron? los Egipcios, Surianos, Malteses y otras gentes Christianas en arabigo hablan, leen y escriben, y son Christianos como nosotros; y aun no se hallará, que en este reyno se haya hecho escritura, contrato ni testamento en letra arabiga desde que se convirtió. Deprender la lengua castellana todos lo deseamos, mas no es en manos de gentes. Quantas personas habrá en las villas y lugares fuera de esta ciudad y dentro de ella, que aun su lengua arabe no la aciertan á hablar, sino muy diferente unos de otros, formando acentos tan contrarios, que en solo oir hablar un hombre Alpuxarreño, se conoce de que taa es: nacieron y criaronse en lugares pequeños, donde jamas se ha hablado el aljamia, ni hay quien la entienda, sino el cura, ó el beneficiado, ó el sacristan, y estos hablan siempre en arabigo, dificultoso será, y casi imposible, que los viejos la aprendan en lo que les queda de vida, quanto mas en tan breve tiempo como son tres años, aunque no hiciesen otra cosa sino ir y venir á la escuela. Claro está ser este un articulo inventado para nuestra destruicion; pues no

no habiendo quien enseñe la lengua aljamia, quieren que la aprendan por fuerza, y que dexen la que tienen tan sabida, y dar ocasion á penas y achaques: y á que viendo los naturales que no pueden llevar tanto gravamen, de miedo de las penas dexen la tierra, y se vayan perdidos á otras partes, y se hagan monfies. Quien esto ordenó con fin de aprovechar, y para remedio y salvacion de las almas, entienda que no puede dexar de redundar en grandisimo daño, y que es para mayor condenacion. Considerese el segundo mandamiento, y amando al proximo, no quiera nadie para otro lo que no querria para sí: que si una sola cosa de tantas como á nosotros se nos ponen por prematica, se dixese á los Christianos de Castilla, ó de la Andalucía, moririan de pesar, y no sé lo que se harian. Siempre los Presidentes de esta Audiencia fueron en favorecer y amparar este miserable pueblo: si de algo se agraviaban, á ellos acudian, y remediabanlo como personas que representaban la Persona real, y deseaban el bien de sus vasallos: eso mesmo esperamos todos de vuestra señoría. Qué gente hay en el mundo mas vil y baxa que los negros de Guinea? y consienteseles hablar, tañer y baylar en su lengua, por darles contento. No quiera Dios que lo que aqui he dicho sea con malicia, porque mi intencion ha sido y es buena. Siempre he servido á Dios nuestro Señor, y á la corona real, y á los naturales de este reyno, procurando su bien: esta obligacion es de mi sangre, y no lo puedo negar; y mas ha de sesenta años que trato de estos negocios, en todas las ocasiones he sido uno de los nombrados. Mirandolo pues todo con ojos de misericordia, no desampare V. señoría á los que poco pueden, contra quien pone toda la fuerza de

la religion de su parte : desengañe á su Magestad , remedie tantos males como se esperan , y haga lo que es obligado á caballero Christiano , que Dios y su Magestad serán de ello muy servidos , y este reyno quedará en perpetua obligacion. „

CAPITULO XI.

De lo que el Presidente respondió á los Moriscos , y como avisó á su Magestad de ello : y de algunas cosas que convenia proveerse.

Oydo el razonamiento de Francisco Nuñez Muley, el Presidente le respondió: "Que todo quanto él pudiese hacer para que los vasallos de su Magestad no fuesen molestados , lo haria ; y que si algunas justicias les hiciesen algun agravio , ó les llevasen dineros mal llevados , acudiesen á él , porque luego lo remediaria y castigaria con rigor. Que lo que su Magestad queria de ellos era que fuesen buenos Christianos , en todo semejantes á los otros Christianos sus vasallos ; y que haciendolo ansi , ternian causa de pedirle mercedes , y él razon de hacerselas : mas que tuviesen por cierto , que la nueva prematica no se habia de revocar , pues era tan santa y justa , y habia sido hecha con tanta deliberacion y acuerdo. Que si alguna cosa habia en ella de que poderse agraviar , se lo dixesen : porque en lo que él pudiese darle declaracion , lo haria de muy buena voluntad ; y en lo que no pudiese darla , enviaria á consultarlo luego con su Magestad , y procuraria el remedio con toda brevedad. Que fuera de esta orden, no gastasen sus haciendas al ayre , ni enviasen á la corte sobre ello, porque

que las razones que daban se habian dado otras veces, y no eran bastantes para que por ellas se revocase la prematica: porque en lo que tocaba á la lengua, estaba cometido al Arzobispo de Granada y á él, para que lo proveyesen por la via que mejor pareciese convenir, y asi lo harian; y en lo del habito, estaba el remedio en la mano, deshaciendo las ropas moriscas, y haciendo de ellas sayas, faldellines y sayuelos al uso de las Christianas, y de esta manera no se perderia tanto como decia: y que los maestros y oficiales que hacian vestidos y joyas á la morisca, podian tambien hacerlo á la castellana, y los mercaderes y tratantes tener el mesmo trato que tenian. Y como le replicase, que no estaban examinados, y que los almotacenes les llevarian la pena, le respondió, que desde luego les daba licencia para que los pudiesen cortar y hacer, aunque no estuviesen examinados; y que en lo que tocaba á las mugeres pobres, se pediria á su Magestad que de limosna les mandase dar sayas y mantos, y andando vestidas como Christianas, cesaria el inconviniente que decia de las justicias. Y al fin concluyó con decirle resolutamente, que su Magestad queria mas fe que farda, y que preciaba mas salvar una alma, que todo quanto le podian dar de renta los Moriscos nuevamente convertidos, porque su intencion era que fuesen buenos Christianos: y no solo que lo fuesen, mas que tambien lo pareciesen, trayendo á sus mugeres y hijas vestidas como andaba la Reyna nuestra señora, y que por su parte en nengun tiempo los favoreceria, para que siendo Christianos traxesen á sus mugeres vestidas como Moras." Con estas y otras muchas razones despidió el Presidente á este Morisco aquel dia, y siendo informado que querian en-

viar á la corte á Jorge de Baeza á hacer contradicion en nombre del reyno, le hizo llamar, y le mandó que por ninguna via fuese á tratar de aquel negocio, porque su Magestad no gustaria de ello: y que si alguna cosa pretendian, lo pidiesen por peticion, y se proveeria en lo que hubiese lugar, y en lo demas se consultaria con su Magestad. Luego se mandó pregonar por toda la ciudad, que todos los maestros y oficiales de cosas moriscas que quisiesen hacerlas á la castellana, lo hiciesen libremente, aunque no estuviesen examinados por los veedores, y que no les llevasen penas ni achaques por ello. Que los que quisiesen examinarse, los examinasen, sin llevarles interes por el examen. Y que los texedores de almalafas, almayzares y cortinas y de otras cosas moriscas, dentro de cierto termino acabasen las obras que tenian comenzadas, y de alli adelante no hiciesen otras de nuevo, sino que guardasen el tenor de la prematica. Y porque habia muchos que tenian tiendas arrendadas para sus tratos y oficios, y empleado su caudal en ropas y cosas moriscas, y cesando, como habia de cesar el trato de ellas, no podian pagar los alquileres de vacío, mandó llamar los dueños de ellas, y les rogó que las tomasen en sí, y diesen por libres de los arrendamientos á los Moriscos, los quales holgaron de hacerlo. Mandóles avisar, que todas las cuentas que tenian en arabigo se feneciesen y acabasen dentro de un año, porque de alli adelante, guardando la prematica, no habian de leer ni escrebir mas en aquella lengua, sino en la castellana. Ordenóse á las justicias, que si prendiesen algunas mugeres sobre el habito y trage, las reprehendiesen y amonestasen dos y tres veces antes de llevarlas á la carcel; y si algunas prendian, manda-

daba luego soltarlas sin costas: y en todo el primer año no consintió que se executase pena que viniese á su noticia. Y porque los alguaciles ordinarios hacian demasías, señaló personas que con menos rigor lo hiciesen: mandandoles respetar y hacer cortesía á las Moriscas que encontrasen vestidas á la castellana. Y por carta de veinte y siete de Febrero dió aviso á su Magestad, y le informó de lo que habia pasado con los Moriscos, y del estado en que estaban sus negocios, y lo que le parecia deberse proveer para atajar los males y daños que los monfies salteadores hacian en aquel reyno, certificando que era el mayor inconviniente para la quietud y seguridad de él, especialmente de los lugares de la costa de la mar, á donde acudian baxeles de Berbería, que con la industria y favor que les daban hacian grandisimos daños. En esta conformidad se informó por acuerdo y por ciudad, cada uno por su parte, fundando el remedio mas en legalidad que en fuerza, pidiendo que se cometiese á los Alcaldes de la real Audiencia, sin que en ello, por ser negocios de justicia, se entremetiese el Capitan general, á cuyo cargo solamente habian de estar los presidios de los lugares de la costa. Tambien informaron como los Moriscos del Albaycin avisaban, que se venian á meter con ellos munchos Moriscos forasteros, y pedian que hubiese alguna gente pagada á su costa que rondase de noche, tanto por la seguridad de sus personas y haciendas, como para que los malhechores fuesen presos y castigados. Lo qual todo visto en el real Consejo, y consultado á su Magestad, se respondió al Presidente Don Pedro de Deza, por carta de treinta de Marzo, que estaba bien la respuesta que habia dado á los Moriscos que le habian ido

á

á hablar : y en quanto á lo que decia de las mugeres pobres, que no tenian de que vestirse como Christianas, su Magestad les hacia merced, que del dinero procedido de dos casas de baños de su real patrimonio, que se habian desbaratado, y vendido aquellos dias en el Albaycin, se comprasen paños y anascotes con que vestirlas, y les diesen oficiales que les hiciesen ropas á uso de Christianas, sin llevarles hechura, como en efeto se hizo. Y que en quanto á la seguridad de los lugares de la costa de la mar, ya su Magestad habia mandado venir suficiente numero de galeras para la guardia de ella: y se proveeria gente de guerra, que con asistencia del Capitan general la guardasen, y con esto cesarian los daños que hacian los monfies y salteadores; y tambien él por su parte proveyese de manera, que cesasen por los medios que pareciesen mas convenientes. Y en lo que tocaba á la ciudad, parecia no ser necesario hacer mas prevencion, que tener gran cuenta los Alcaldes de Chancilleria, y las justicias ordinarias, con rondar de noche, repartiendo entre sí el tiempo y horas, y los quarteles de manera, que en todas partes, y en qualquiera hora de la noche se rondase, creciendo, si pareciese necesario, el numero de los alguaciles y de la gente que habia de andar con ellos : y porque parecia que en el Albaycin importaria mas la ronda, se pondrian dos alguaciles acompañados de mas gente que los otros, ayudando para este gasto, y para lo demas, los Moriscos, como decia que lo habian prometido; y que con esto, no habiendo, como no habia, que temer otro movimiento ni alteracion, estaria bien proveido, sin hacer provisiones de mas costa ni sonido, para escusar los daños que se podian hacer de noche. Y en quanto á

los

los Moriscos forasteros, que decian que se metian á vivir en el Albaycin, lo proveyesen allá como pareciese, y se enviase relacion al Consejo de lo que se hiciese.

CAPITULO XII.

De lo que el Marques de Mondejar informó á su Magestad acerca de los capitulos que se mandaban executar.

Estuvo el Marques de Mondejar algunos dias en la corte, despues que el Presidente Don Diego de Espinosa le habló, procurando como hacer que se suspendiese el efeto de los capitulos que tanto sentian los Moriscos del reyno de Granada; y en las relaciones que hacia, se quejaba de que se hubiese tomado resolucion precisa en negocio tan grave y de tanta consideracion sin pedirle su parecer, como se habia hecho siempre con los Capitanes generales de aquel reyno, ansi por la confianza que de ellos se tenia, como por la pratica y experiencia que tenian de las cosas de él. Y no los contradiciendo, representaba los inconvinientes que traía consigo la execucion de ellos, diciendo lo muncho que convenia; que en el despacho de las provisiones, que para el efeto se hubiesen de hacer, hubiese muncha brevedad, por los muchos inconvinientes que de la dilacion podrian resultar, los males que habria en el reyno, y los daños inreparables que se seguirian, si los Moriscos venian á desvergonzarse, por tener los Turcos tan á la mano en los lugares maritimos de Berbería con navios y gente, y ser el pasage tan breve de su costa á

la

la nuestra, que podrian atravesar en poco espacio de tiempo, y venir donde habia grandisimo numero de enemigos de las puertas adentro, todos Moriscos, gente liviana, amiga de novedades, sospechosos en la fe y en la lealtad, que como buenos vasallos debian á su Magestad como á Rey y señor natural, en tanta manera, que con razon se podria presumir y temer de ellos qualquiera alteracion, especialmente con la ocasion presente. Decia mas, que aunque el zelo de las personas, con cuya intervencion y consejo se habian hecho los capitulos, era santo y bueno, las cosas de aquel reyno no estaban en estado que de su parecer se hiciese novedad, experimentando hasta donde llegaba la lealtad de los Moriscos. Y en caso que su Magestad resolutamente mandase que se executasen, convendria que se le diese cantidad de gente con que tenerlos enfrenados, de manera que no se alborotasen, como temia que lo habian de hacer, sintiendo terriblemente aquel yugo; y que sin esto, su ida en aquel reyno seria de poco efeto, teniendo tan poca gente como tenia, y tan falta de todas las cosas necesarias. A estas y otras muchas razones que el Marques de Mondejar daba, Don Diego de Espinosa le respondió, que la voluntad de su Magestad era aquella, y que se fuese al reyno de Granada, donde seria de mucha importancia su persona, atropellando como siempre todas las dificultades que le ponian por delante. Verdaderamente fue cosa determinada de arriba para desaraygar de aquella tierra la nacion morisca. Representabaseles á los del Consejo lo que el Marques de Mondejar decia; y aunque tenia otros avisos y sospechas, no estando ciertos el como ni quando seria, du-

dudosos, temiendo por una parte, y dificultando por otra, juzgaban ser muy necesario el remedio con brevedad: mas tenian gran confianza en que las provisiones hechas á las justicias, y la gente del Capitan general seria bastante, por ser los Moriscos gente vil, desarmados, faltos de industria, de fortalezas, no asegurados de socorro. Y por estas razones no se proveyó á las pretensiones del Marques de Mondejar, mas que mandarle que se fuese luego á Granada con acrecentamiento de solos trecientos soldados extraordinarios, que pusiese en los lugares de la costa donde le pareciese, y que la visitase y residiese en ella cierto tiempo del año.

CAPITULO XIII.

De algunas cosas que el Presidente de Granada proveyó estos dias: y como los Moriscos se agraviaron de ellas.

Acercabase ya el tiempo en que las Moriscas habian de dexar las ropas que tuviesen seda, que era el postrer dia de Diciembre del año de mil quinientos sesenta y siete. El Presidente y el Arzobispo de Granada ordenaron á los curas y beneficiados de las Iglesias de los lugares de los Moriscos de todo el reyno, que en la misa mayor del dia de año nuevo les avisasen de ello, para que supiesen que de alli adelante no las podian traer, y se executaria la pena de la prematica: y que asimesmo empadronasen todos los niños y niñas hijos de Moriscos que habia en Granada desde edad de tres años hasta quince, para ponerlos en escuelas donde

aprendiesen la lengua y la dotrina Christiana. Pregonóse tambien, que todos los Moriscos de la vega, y del valle, y de las Alpuxarras, que habian entradose á vivir en Granada con sus casas y familias, saliesen luego fuera, y volviesen á poblar sus lugares, so pena de la vida. Estas cosas quisieron contradecir los Moriscos, y juntandose algunos de ellos, acudieron luego al Presidente, creyendo que les podria hacer algun favor, y con mucho sentimiento le dixeron: "Que siendo, como eran, vasallos de su Magestad, y pudiendo vivir libremente en qualquiera parte del reyno, se les hacia agravio en mandarles que no viviesen dentro de Granada: que no era cosa nueva venirse los de las alcarías á vivir á la ciudad, ni los de la ciudad salirse á morar á las alcarías; y que asimesmo habian sabido, como estaba mandado á los curas que les empadronasen sus hijos para llevarselos á Castilla; que por amor de Dios los favoreciese de manera, que no se les hiciesen tantos agravios y molestias." Y él les respondió: "Que mirasen muy bien lo que decian, pues veían quan justa cosa era que los Moriscos forasteros volviesen á vivir á sus casas, porque de otra manera seria despoblar la tierra: que á ellos les estaba bien volverse, pues era cierto que los que se habian metido en la ciudad, eran de los honrados y mas pacificos, y como tales tenian obligacion á estar en sus lugares, para que no sucediese algun desorden entre la gente inquieta y desasosegada. Que en lo que tocaba á los niños, no era mas que dar orden como fuesen enseñados y dotrinados en la fe; y porque habiendo su Magestad mandado que cesase el uso de la lengua arabiga á los hombres de treinta años arriba, que se en-

ten-

tendia que no podian dexarla tan facilmente, se les prorogaria el termino; y para los niños y mozos era bien que hubiese escuelas donde aprendiesen la lengua y la dotrina Christiana: que supiesen que los maestros no les habian de llevar nada por enseñarlos, antes se daria orden como fuesen pagados á costa de su Magestad. Que si los empadronaban á todos, era porque se viese los que faltaban, y para que sus padres y madres tuviesen cuidado de enviarlos á la escuela, y diesen cuenta de ellos, porque como los maestros y maestras no les habian de llevar interes, podrian descuidarse. Que considerasen bien lo que se hacia, y lo tuviesen en mucho, pues se tenia tan particular cuidado de lo que tocaba á su bien, y á la salvacion de sus almas. Y que, como les habia dicho otras veces, la intencion de su Magestad era, haciendo lo que eran obligados, servirse de ellos en paz y en guerra, y aprovecharlos en las cosas eclesiasticas y seglares, sin hacer diferencia de ellos á los otros Christianos sus vasallos. Por tanto que se animasen unos á otros, y diesen muestras de christiandad con obras; y en lo demas perdiesen cuidado, porque él lo ternia siempre de favorecer sus cosas." Y como los Moriscos, á quien no faltaban replicas, dixesen que habia entre ellos munchos pobres, que no podrian tener sus hijos en escuelas, porque estaban puestos á oficios, y aprendian y ayudaban á sustentar á sus padres, y les servian, no teniendo ni habiendoles quedado otro servicio, les respondió: "Que no tuviesen pena, porque él lo comunicaria con el acuerdo, para que se diese alguna buena orden, de manera que los niños aprendiesen, y sus padres consiguiesen lo que preten-

dian , no dexando de aprender oficios, y ayudarles con su trabajo , como decian." Y con esto se salieron no menos confusos que la otra vez , viendo lo poco que les aprovechaban sus platicas : aunque entendimos despues de algunos de ellos , que siempre tuvieron esperanza , que con la sospecha de que se habian de levantar, aplacaria aquel rigor , y se suspenderia la prematica.

LI-

LIBRO TERCERO

DE LA HISTORIA

DEL REBELION Y CASTIGO

DE LOS MORISCOS

DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO,

Como Don Juan Enriquez, y con él algunos Moriscos principales fueron á la corte sobre la suspension de la prematica.

Los Moriscos pues acordaron todavia de enviar estos dias á la corte sobre estos negocios, sin embargo de lo que el Presidente Don Pedro de Deza les habia dicho. Y porque para cosa de tanta importancia convenia que fuese persona de calidad, á quien diese su Magestad grata audiencia, pidieron con mucha instancia á Don Juan Enriquez el de Baza, que despues fue mayordomo de la Reyna nuestra señora, que lo aceptase en nombre del reyno, como aquel que sabia bien, quanto importaba á la quietud y sosiego de los naturales de él que no se executase la prematica. El qual procuró escusarse, por entender que el Presidente estorvaba por todas las vias posibles que nadie fuese á importunar sobre ello á su Magestad. Y Don Enrique Enriquez, su hermano, que tenia lugares poblados de Moriscos, le acon-

aconsejó, que por ninguna manera lo dexase de hacer, pues conocia los animos de aquellas gentes, y sabia quan mal recebian aquellas opresiones, y los inconvinientes que se podrian recrecer de ellas. Finalmente fue á la corte, y sin dar parte de su ida al Presidente, llevó consigo dos Moriscos de buen entendimiento, llamados Juan Hernandez Mofadal, vecino de Granada, y Hernando el Habaqui, alguacil de Alcudia, lugar de la jurisdicion de la ciudad de Guadix, con poderes del reyno. Mas ya quando llegaron, el Presidente habia escrito á su Magestad y al Cardenal Don Diego de Espinosa, diciendo, como por haberse encargado Don Juan Enriquez de favorecer á los Moriscos en aquel negocio, se habian inquietado, y andaban alborotados, estando ya llanos en el cumplimiento de la prematica. Siendo pues avisado Don Juan Enriquez de lo que el Presidente habia escrito, dió parte á Don Antonio de Toledo, Prior de San Juan, del negocio á que iba y de las causas que le movian á ello, para que supiese de su Magestad, si seria servido le informase. Y siendole dada audiencia, le dixo en nombre del reyno: "Como habiendose pregonado la nueva prematica, y mandado executar, se habian escandalizado los Moriscos, pareciendoles que no se podria cumplir. Que suplicaba á su Magestad considerase, como en tiempo que habia mejor comodidad, las habia mandado suspender el Christianisimo Emperador su padre, por ser los inconvinientes muchos, y tan grandes, que convendria mandar que se mirase mucho en ello; y que como fiel vasallo habia encargadose de aquel negocio, entendiendo que convenia á su real servicio que se suspendiesen á lo menos en lo del trage y lengua, que era lo que mas sentian

los

los nuevamente convertidos." Dicho esto, le dió un memorial de todo lo que tenia que decir en este particular de palabra; y el Rey lo tomó en sus manos, y le dixo: "Que él habia consultado aquel negocio con hombres de ciencia y conciencia, y le decian que estaba obligado á hacer lo que hacia: que veria su memorial, y proveeria en él lo que mas conviniese al servicio de Dios y suyo." Despues de esto dixo el Prior Don Antonio á Don Juan Enriquez, que su Magestad mandaba que acudiese al Cardenal Espinosa, porque él le daria resolucion en su negocio. El qual acudió á él, y apartandole en un aposento, mandó que le leyese su secretario el memorial que habia dado, y despues de leido le dixo: "Su Magestad ha mandado hacer la prematica con acuerdo de muchos hombres religiosos que le encargan la conciencia sobre ello, diciendole que aquellas almas son á su cargo, y que son Moros, y viven como Moros. Y para remedio de esto no se ha hallado otro mejor medio que el que se ha tomado; y marabillome mucho, que una persona de tanta calidad como vuestra merced haya querido ponerse en hacer por ellos; porque entendiendo que se movia para venir á esta corte, han tomado alas, y puestose en contradecir lo que estaba ya llano." A esto respondió Don Juan Enriquez: "Que tener la calidad que decia, le habia hecho tomar la mano en cosa que tanto importaba al servicio de su Magestad, y al bien de aquel reyno: porque si los hombres de su calidad no lo hacian, quién habia que mejor lo pudiese hacer?" Y el Cardenal le replicó, que era verdad, mas que habia de ser en cosa de mas justificacion. Que el negocio de la prematica estaba determinado, y su Magestad resoluto en que se cumpliese; y asi
le

le parecia que se podria volver á su casa, y no tratar mas de él. Con todo eso informó Don Juan Enriquez á todos los del Consejo de Estado, y dió á cada uno de ellos su memorial, representandoles los inconvinientes que traía consigo la execucion de la nueva prematica. Y aunque el Duque de Alva y Don Luis de Avila, comendador mayor de Alcantara, y otros, eran de parecer que se sobreseyese por algun tiempo, á lo menos que se fuese executando poco á poco, jamas pudieron persuadir al Cardenal Espinosa á ello.

CAPITULO II.

Como los Moriscos fueron con el memorial remitido al Presidente de Granada; y lo que pasaron con él.

Otro dia salió el memorial decretado, que acediesen al Presidente Don Pedro de Deza. Y dexando de tratar mas de aquel negocio Don Juan Enriquez, se volvió á su casa; y los Moriscos que habian ido con él, tomaron lo decretado, y lo llevaron á Granada. Y volviendo otra vez á suplicar al Presidente por el remedio, les dixo: "Que lo que habian pedido á su Magestad era, que mandase revocar la prematica, y que no era cosa que se podia hacer, porque se habia hecho por su bien, y para su salvacion. Que mirasen bien en ello, y hallarian que era la cosa que mas habian de desear: pues era cierto, que andando vestidos, y tratandose como los otros Christianos del reyno, no habria en que diferenciarse los unos de los otros; y sus mugeres andarian mas honradas. Que se juntasen ellos mesmos, y confiriesen y tratasen entre sí la mejor orden que se podia dar en

lo

lo tocante á la execucion, para que no fuesen molestados, cohechados ni robados, y diesen sus declaraciones de la manera que les parecia que se podria mejor cumplir lo uno y lo otro: que él tambien pensaria en ello por su parte, y lo que acordasen se lo llevasen por escrito, para que de alli se tomase el mejor medio." Mas aunque despues se tornaron á juntar, y tratáron de algun medio, no les pareció que era bien pedir cosa en particular, antes volvieron á casa del Presidente, y le dixeron: "Que pues su Magestad le habia cometido aquel negocio, proveyese lo que en ello se habia de hacer." Y desahuciados ya de él, comenzaron á revolver algunos jofores ó pronosticos que tenian: y disimulando unos, otros mas atrevidos, que tenian menos que perder, comenzaron á convocar rebelion. Pongamos primero los jofores traducidos á la letra de arabigo, y despues diremos la orden que tuvieron para convocarse, y el secreto que guardaron en ello.

CAPITULO III.

En que se contienen los pronosticos ó ficciones que los Moriscos del reyno de Granada tenian cerca de su libertad.

Tenian los Moriscos de Granada ciertos jofores ó pronosticos, ó por mejor decir unas ficciones, que debieron hacer algunos gramaticos Arabes para consuelo de los espectantes, quando nuestros Christianos hubieron acabado de conquistar aquel reyno, en los quales ponian alguna manera de confianza á los rusticos ignorantes, haciendoles creer los que les leían, que seria infa-

lible lo que alli se contenia; y porque esta vana confianza les causó harta parte de su desasosiego, los ponemos en este lugar á la letra, tales como fueron traducidos por el licenciado Alonso del Castillo, traductor del santo oficio de la Inquisicion de Granada, y por su mandado. El qual nos dixo, que los habia hallado mal escritos, porque los que los habian trasladado de los originales, no debieron de entenderlos bien, y asi estaban varios, y no correspondian ni conformaban en las sentencias; y aun del sugeto y materia de ellos parecia estar torcidos á voluntad de los desconsolados y afligidos Moros que se veían despojados de su libertad y de su tierra. La lengua arabe es tan equivoca, que muchas veces una mesma cosa, escrita con acento agudo, ó luengo, significa dos cosas contrarias; y lo mesmo hace estando escrita con un acento y con una ortografia en diversas oraciones: y no es de marabillar, que los Moriscos, que no usaban ya de los estudios de la gramatica arabe, sino era á escondidas, leyesen y entendiesen una cosa por otra. Finálmente los juicios ó jofores que les engañaron fueron tres: los dos primeros se hallaron entre unos libros arabes, que estaban en el santo oficio de la Inquisicion de Granada; y el tercero halló un soldado en la cueva que dicen de Castares en la Alpuxarra. Los quales de la manera que fueron traducidos, son como se sigue.

PRO-

PRONOSTICO O FICCION QUE SE HALLÓ en unos libros arabes en el santo oficio de la Inquisicion de la ciudad de Granada.

"Con el nombre de Dios misericordioso y piadoso. Este es el metro divino que compuso mi señor Zayd el Guerguali, que Dios perdone, y dice asi: O quanto ha que aguardo lo prometido en las profecias acerca de lo que el verdadero profeta prometió, y Dios tiene proveido: lo qual le fue revelado, no por lengua de gentes, y se lo declaró; y no faltará letra de la providencia de nuestro buen Dios, y será como él lo dice. De la novena generacion quiero hablar, por quien el legislador rogó muchas veces á Dios que hubiese piedad, cuya oracion oyó Dios, y ha parecido. O varones, quiero especificar lo que el profeta adivinó de la isla encerrada entre los mares, que es la isla del Español, cuyo juicio ha parecido por su dicho, y por dichos de profetas y varones, escrito todo marabillosamente por adivinacion antigua, en lo qual se ha tenido la ley, y en el dicho de Ali, que declaró lo que habia de ser hasta agora, y todos lo han tenido, y les ha parecido que es lo que Odeyfa anunció, y por él está divulgado, y ansimesmo se lee por autoridad de Zahabe y de Daniel, porque en lo que Ali dixo no hay duda; á él dan credito todas las gentes, y de él se han leido grandes hazañas que han acaecido, como él lo dixo. El qual hablando del poniente y de la Andalucia en sus profecias dixo, que sin duda la habian de poseer los descreidos; y esto es cierto haber sido ansi, y todos lo han visto, asi los de buen juicio, como los que tienen advertencia

en lo que pasa. Pues el año noventa y seis se tornará á conquistar cumplidamente, y todas sus ciudades se poblarán, alzando en ellas un principe; y antes que esto se quiera comenzar, con parecer del comun, todos los ciudadanos irán á poblar los campos, y sembrarán la tierra, y la sazon será quando pareciere un cometa anunciador del bien y libertad. Asosegaránse los alborotos, y los de Meca saldrán, y vendrá el enemigo de los crueles de las tierras del Harage, que son en el levante en los reynos del Yamen, y conquistará la tierra de Ceuta, Alcazar y Tanjer, y la tierra de los negros, y con grandes exercitos de Turcos baxará al poniente, y conquistará á sus moradores, señores injustos é infieles, que adoran munchos dioses: y volverá todo el reyno á la sujecion del mensagero de Dios, y la ley será ensalzada, y la generacion de los que adoran un solo Dios poseerá á Gibraltar, que fue de ellos su origen y entrada, y á ellos ha de volver. Y en la sucesion decima se cumplirá nuestra dicha, y lo que hubiere en ella de trabajos será de los Judios. Grandes infortunios vendrán á la casta maldita Judayca, y á los que adoran las imagines; y grandes misterios habrá en el poniente, y en las tierras del Cinh en el levante, y en las tierras de Azasate; y con vitoria y exsalzacion se excluirá todo escandalo. De allá de Tamor, que son tierras en levante, y de la provincia del Xem, ha de venir el conquistador á la fortaleza de las damas, y vendrán con él grandes capitanes de Barbaros, el Xerife, Eydar, Zayde el Moreno, Yahaya el Farid, y Abdul Celem, que con su brazo desnudo se mostrará entre todas las gentes. Y el castigo de Granada será historia admirable, porque en alboroto de guerra quedarán sus casas asoladas

por

por el hierro que se hará en ella con mentira y engaño, hasta venir á punto de muerte la generacion de los naturales, por mandado de los descreidos. Y quando venciere el vino los juicios de los gobernadores, entonces mandarán asolar las alcarías, y al cabo todas las gentes se atendrán á hacer paces. En estas paces grandes pueblos y fortalezas se perderán por traycion, y en el año noventa y dos y noventa y tres se verán grandes comunidades entre dos partes. Malaga se perderá totalmente; y no será ella sola, sino todas las ciudades, porque el levantamiento de las honras hace perder los reynos; y los que no se rigen con prudencia, acompañalos toda tristeza y pesar. En esta comunidad de guerra de gentes faltará la fe, y la ley será desamparada: los hombres sabios vendrán á ser escarnio de todos; y ocuparse han los gobernadores en sacar las gentes de sus pueblos, y en asolar los lugares con perder los pechos, sin poder ofender la Africa, dexandola atras. Y luego incontinente tras de esto sucederá á los infieles guerra, y en el reyno de Granada no quedará pueblo. Y en el año largo crecerá la discordia, y serán muy pocos en numero los que escaparen de trabajo y abatimiento, y habrá muertes: y el trono y vitoria del poniente aguardadlo de los Africanos, porque lo que el verdadero profeta dixo, necesariamente se ha de ver en las gentes: huirán de los poblados; y quando erráre el hijo desobediente, serán buenos los viages; y quando el termino de Dios allegáre de noche antes que de dia, se aparejará la mar para que corran por ella los navios sin peligro. Y lo que Dios reveló, no faltó, ni faltará. Los climas de los Christianos serán rompidos de la ley de los Moros; y quando reynare el encorvado, siempre irá en diminucion, y ven-

vendrán los negros á conquistar á Ceuta : y las tierras de Murcia, y la fortaleza de las Palomas la labrarán los Judios. Los Turcos caminarán con sus exercitos á Roma, y de los Christianos no escaparán sino los que se tornaren á la ley del profeta; los demas serán cativos y muertos. Esta vuelta será forzosamente en poniente, y al mediodia, y en las tierras de los negros, y parecerá este suceso por todos los reynos : y de la tierra del Tibar saldrán conquistadores contra los descreidos. Y dice mas : O sierra de Taric, tu entrada y conquista es la verdadera estrena. Habeis de entender en esto, que en Ceuta, y en Tanjar, y en los alcazares, y en todas sus comarcas, de necesidad no quedará rama, y serán conquistadas. Y que la isla de España y Malaga se tornará á labrar y edificar con esta vuelta, y será dichosa con la ley de los Moros: y que á Velez y Almuñecar les será abaxada la soberbia que tienen en la heregía, y á Cordoba sus vicios y pecados : y que harán callar su campana los Almuedanes de pura necesidad; y por el consiguiente será expelida la heregía de Sevilla, y se remediará la destruicion que hubo en ella en tiempo de su perdida, con la aparencia de los fieles; y se cumplirá la profecia del profeta Daniel, que dixo, que se habia de libertar despues de perdida por un Rey tirano: y vimos su salida, plega á Dios se verifique en ella lo dicho. Dixo Dios altísimo en su divino libro: Por ventura no habeis visto á los Christianos vencer en el cabo de la tierra, y despues de haber vencido, ser ellos vencidos propinquamente en pocos dias? De Dios es este juicio antes, y despues fueron los creyentes gozosos en la vitoria: él es el que ayuda á quien es servido, y no faltará de la promesa de Dios un punto. La primera de las

las señales que habrá en esta profecia, ó varones, será una muy grande señal, que parecerá un cometa muy grande en medio del cielo, que dará mucha luz, y despues de ella ganará el Rey de los Turcos una ciudad con su gente y Rey. Y despues de esto muy cerca poseerá la isla grande de Rodas, la qual poseida por los Moros perpetuamente, habrán otras vitorias los Christianos, que es de las grandes señales que habrá de esto. Y acudirán sus exercitos y crecientes por la Andalucía, hasta tanto que pensarán dar fin á sus moradores, y de espanto muchos se volverán á su ley. Mas despues de esto se levantará entre ellos un amigo de verdad, el qual les aconsejará que se alzen con la ley de Dios: y entonces vendrá la creciente de los Turcos sobre los Christianos, y sobre toda ciudad, lugar y fortaleza: y habrá acerca de esto tres levantamientos. El primero será de abatimiento y perdida; el segundo será de engaño y mentira, que los porná en el punto de la muerte; el tercero de honra y gracia, puerta y entrada para ganar todas las ciudades y reynos. Y será tan grande este rompimiento, que harán los Turcos sobre los Christianos, que entrarán y conquistarán todos sus reynos y ciudades, desde el mar de Daylan, hasta el de Marcad, y no quedará mas memoria de ellos, ni se oirán sino sus llantos: y de esta manera se perderá esta isla con su gente, y la conquista de ella baxará, y manará como la lluvia de las nubes, y qualquier señor será esclavo. Dios altisimo nos dexe ver esta sucesion, que es el alto dador. Y dixo mas el autor sobre esto: Quando el tiempo te espantáre con los enemigos, y te hiriere la conciencia y disension de tus amigos, y te comprehendiere el temor por todas partes, advierte en el artificio de nuestro Dios, co-

como acudirá con lo que deseas de libertad muy propinqua ; y empezarán á parecer los luceros y estrellas de ventura, y te vendrán mensages de descanso y de albricias. Por tanto no desesperes, que en lo secreto y mas oculto de la providencia de Dios hay grandes marabillas y secretos ; y si entretanto tu corazon se deshiciere con miedo, y no te parecieren señales de lo que esperas, ni oyeres nuevas del amigo que esperas, di ansi : O mi Dios, dame la misericordia de tu mano, y ten compasion de mí, que en esto hay marabilloso secreto, porque, ó quantos negocios hay que confunden los corazones, y sucede despues en alegria y descanso. Muchos trabajos, despues de bien encumbrados, traxeron tras sí quietud y reposo ; y quando la escuridad de la noche viene, se descubren estrellas y parecen luceros. Por tanto esperad en Dios y procurad su gracia, y recebid alegremente de su mano lo que os hubiere ya proveido, y decid, estando conformado con su voluntad: Recibo de tí, mi Dios, lo que me has ordenado, Dios mio, que eres el sabidor de las cosas futuras." Hasta aqui decia literalmente este pronostico, ó ficcion, que, como diximos, fue hallado entre unos libros arabes que estaban en el santo Oficio de Granada : y el componedor parece alegar por autor á un Morabito llamado Cidi el Guerguali, natural de Guergala ciudad de Libia, de adonde los Almorabidas ó Morabitines vinieron, quando conquistaron en Berbería, y despues en España ; y segun parece, es una recopilacion de todas las cosas que se contienen en la Zuna, ó theología arabe, cerca de la conquista que aquellas gentes hicieron en nuestra Andalucía, alegando autoridad desde lo que escribieron Alahabar, Caabi, Odeyfa, Ali, y otros Halifas de los

de

de la seta de los Morabitos, que, como diximos, en nuestra Africa tienen muchas opiniones diferentes de las de los legistas de la seta de Mahoma, no embargante que á todos los abraza un mesmo nombre y seta generalmente.

SEGUNDO PRONOSTICO O FICCION, que tambien fue hallado en los libros que habian sido recogidos en el santo Oficio de Granada.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Leese en las divinas historias, que el mensagero de Dios estaba un dia asentado, pasada la hora de la oracion, que se hace al medio dia, hablando con sus discipulos, que estan todos aceptos en gracia, y á la sazon sobrevino el hijo de Abi Talid y Fatima Alzahara, que estan asimesmo aceptos en gracia, y asentandose par de él le dixeron: O mensagero de Dios, haznos saber como ha de quedar el mundo á tu familia en fin del tiempo, y como se ha de acabar. El qual les dixo: El mundo se ha de acabar en el tiempo que hubiere la gente mas perversa y mala; y presto habrá generacion de mi familia en una isla en los ultimos confines del poniente, que se llamará la isla de la Andalucía, y serán los ultimos moradores de ella de mi familia, que son los huerfanos de la familia de esta ley, y la ultima sucesion de ella. Dios se apiade de ellos en aqueste tiempo. Y diciendo esto se le hinchieron los ojos de lagrimas, y dixo: Son los perseguidos, son los atribulados, son los destruidores de sí mesmos, son los afligidos, de quien Dios dixo: No hay lugar que perezca, que no sea por nuestra permision. Lease hasta el cabo toda la Zuna lo que acerca de esto

hay escrito, en lo qual alude Dios soberano á esto que he dicho: y esto será por el olvido que terná la gente de la Andalucía de las cosas de la ley, siguiendo sus aficiones y deseos; amando mucho al mundo, y desamparando las oraciones; defendiendo las limosnas, y negandolas; y atendiendo solamente á la luxuria, y á los alborotos y muertes: y porque entre ellos crecerá el mentir, y el menor no reverenciará al mayor, ni el mayor se compadecerá del menor; y crecerá entre ellos la sinrazon, la sinjusticia, y los juramentos falsos. Y los mercaderes comprarán y venderán con logro, y con falsedad y engaño en lo que vendieren y compraren, todo por cudicia de alcanzar el mundo, cudiciando acrecentar las haciendas y guardarlas, sin parar mientes como lo adquieren, y lo que tienen si lo han adquirido bien ó mal. Y diciendo esto se le hinchieron otra vez los ojos de lagrimas, y lloró, y todos juntamente lloramos á su lloro. Y despues dixo: Quando parecieren en esta generacion estas maldades, sujetarlos ha Dios poderoso á gente peor que ellos, que les dará á gustar cruelisimos tormentos, y estonces pedirán socorro á los mas justos de ellos, y no se lo darán; y enviará Dios sobre ellos quien no se compadezca del menor, ni haga cortesía al mayor, porque cada qual ha de ser condenado por su culpa, y ha de padecer su castigo. Jamas hemos visto que haya permanecido logro en ninguna generacion, ni engaño en compras y ventas, pesos y medidas, que Dios altisimo haya dexado de castigarlo, defendiendo, ó deteniendo el agua de sobre la haz de la tierra. No ha permanecido ni estendidose la luxuria, sin que les haya enviado fenecimiento y muerte: y jamas ha permanecido en alguna familia logro en las compras y ventas, y jura-

ramentos falsos en la ambicion y soberbia, que Dios todo poderoso no los haya castigado con diversos generos de enfermedades endemoniadas. Jamas parecieron en ninguna familia muertes malas y publicos homicidios, sin que Dios los sujetase y entregase en manos de sus enemigos: jamas pareció en ninguna gente la obra de la familia de Loth, sin que Dios los castigase, enviandoles destruiciones y hundimiento de sus pueblos: jamas pareció en familia alguna la poca caridad y misericordia, y el poco temor de Dios en cometer todo mal y ofensa, sin que Dios los castigase con no oir sus oraciones y plegarias en sus tribulaciones y fatigas, porque quando parece el pecado en la tierra, envia el Señor soberano el castigo que debe tener desde el cielo. Y no maldice Dios á ninguno de los de mi familia, hasta que vee perdida la misericordia entre ellos: ni castiga á su siervo en este mundo con mayor mal, que la dureza de su corazon; y asi quando se endurece el corazon del hombre, su Dios le maldice, y no oye su demanda, ni ha misericordia de él. Y quando mas enojado estará Dios con sus siervos, será quando se querrá acercar el juicio: y esto por el exceso de sus vicios, por el olvido que ternán del bien, y por ir apartados del camino de la verdad. Y á esto lloró, y dixo: Dios se apiade de ellos en esta isla, quando parecieren en ellos estos vicios y pecados, y dexaren de hacer y cumplir los consejos del Alcoran: porque los mas de ellos en aqueste tiempo, so color de devocion y religion, buscarán el mundo, y se vestirán de pellejos humildes de ovejas; y sus lenguas serán mas dulces que la miel ni el azucar; mas sus corazones serán de lobos, y sus hechos de hombres viles y malvados, y por ellos les enviará Dios su castigo; y

no oirá sus oraciones, porque dan favor á la injusticia, y no entrarán en el colegio de mi familia los injustos damnificadores perpetuamente. Y el que se sonriere en faz de algun injusto, ó le hiciere lugar donde se siente, ó le ayudare, ó diere favor para hacer mal, ciertamente rasga el velo de la salvacion de su garganta. Y si algun Rey tiranizáre en su tierra, y no guardáre justicia á sus subditos, mostrará Dios sobre él en su reyno diminucion en los panes, en las frutas, y en todos los demas bienes: y quando juzgáre con verdad y con justicia, y no hubiere en su reyno crueldad ni injusticias, enviará Dios altisimo su bendicion en su reyno y familia, y en todo bien habrá aumento. Y ansi quando en esta isla pareciere en la gente de ella la injusticia, y el desamparo de la verdad, y la infidelidad, y reynáre la soberbia y trayciones, haciendo mal á los huerfanos, tiranizando en sus tratos, saliendo de los preceptos de la misericordia de Dios, y obedeciendo al demonio, siguiendo los vicios, atestiguando con mentira y falsedad, humillandose á los ricos, y ensoberbeciendose con los pobres por la dureza de su corazon y soberbia, y su habla fuere dulce, y la obra amarga, entonces les enviará Dios su castigo. Y á esto lloró otra vez, y dixo: Por la misericordia de Dios y grandeza de sus nombres, si no fuese por las palabras de la confesion, de que no hay otro Dios sino Dios, y que yo soy Mahoma su mensagero, y por el amor que Dios me tiene, él enviaria sobre ellos su castigo en todo estremo y rigor. Y lloró mas agramente, y dixo: O mi Dios, habed misericordia de ellos, repitiendo estas palabras tres veces. Mas por esto enviará Dios sobre ellos gobernadores crueles, y tan perversos, que les tomarán sus haciendas sin razon,

zon, hacerlos han sus cativos, mataránlos, y meterlos han en su ley, haciendoles que adoren con ellos las imagines de los idolos, y les harán comer con ellos tocino; y sirviendose de ellos y de sus trabajos, los atormentarán tanto, hasta hacerles echar la leche que mamaron por las puntas de las uñas de los dedos; y vernan á tanta opresion en este tiempo, que pasando alguno por la sepultura donde estuviere su hermano ó su amigo enterrado, dirá: ó quien estuviera ya contigo; y perseverarán en esto hasta venir á perder toda la confianza de poderse salvar en la ley de salvacion: y los mas de ellos vernán en desesperacion, y renegarán de la ley de la verdad. A esto lloró mas gravemente, y dixo: Apiadarse ha Dios soberano de ellos con su misericordia, y volverles ha el rostro misericordioso, mirandolos con ojos de clemencia, piedad y compasion; y esto será quando mas se encendiere en ellos la ponzoña de sus enemigos, quando vinieren á quemar muchos de ellos con fuego ardiendo, ansi hombres como mugeres y niños de tierna edad, y viejos ancianos: y quando los sacaren y desterraren de sus pueblos, á esta sazon se alborotarán los angeles en los cielos, y todos con grande impetu irán ante el acatamiento de Dios, y le dirán: O nuestro Dios, unos de la familia de vuestro amigo y mensagero Mahoma se estan abrasando en el fuego, siendo vos el poderoso vengador. Y á esto enviará Dios poderoso quien los socorra, y los sacará de este grandisimo mal y castigo. Y á esto lloró Ali, que está acepto en gracia, y todos juntamente lloramos con él. Y le dixo: En qué año enviará Dios este socorro, y remediará sus corazones atribulados? Al qual respondió en esta manera: O Ali, será esto en la isla de la Andalucía, quando el año en-

entráre en ella en el dia del Sabado, y la señal que habrá de esto es, que enviará Dios una nube de aves, y en ella parecerán dos aves señaladas, que la una será el angel Gabriel, y la otra el angel Miguel, y será el origen de las demas aves de tierras de los papagayos, las quales darán á entender la venida de los Reyes de levante y de poniente al socorro de esta isla de la Andalucía, con señal que primero acometerán á los primeros del poniente. Y si hablaren aquestas aves, dan á entender, que á la parte que hablaren habrá grande alboroto de guerra en el poniente, y á todos sucederán temores grandes y alborotos. Habrá escandalos y comunidades entre la ley de los Moros, y la ley de los Christianos, y volverá todo el mundo á la ley de los Moros; mas será despues de grande aprieto. Este año habrá muchas nieblas, pocas aguas, los arboles llevarán munchos frutos, los agostos del pan serán mas abundantes en los montes frios que en las costas, y las avejas henchirán sus colmenas en este año bendito." Hasta aqui es la letra de este jofor.

TERCERO PRONOSTICO O JOFOR, que fue hallado en la cueva de Castares.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Las alabanzas sean á Dios solo, que no hay otro sino él. Este es un juicio sacado del dicho del mensagero, que Dios santificó y salvo, llamado Tauca el Hamema, que quiere decir pecho de la paloma, comparando su compusicion y elegancia á la hermosura de las colores del pecho de la paloma; y dice de esta manera: Dexad de contar las burlas, y los atavios preciosos, y las dignidades:

no

no olvide vuestra memoria la muerte, que la vida se va concluyendo: vuestras culpas son mas graves que los montes: convertios á Dios, y no os durmais, que amanecereis sepultados entre las penas. Dexad de contar los ricos vergeles de los edificios suntuosos, y de las damas coronadas y arreadas: y traed á vuestra memoria los alborotos del dia del juicio, y la furia del infierno y sus incendios. En aquella hora precederán estas señales: movimiento y temblor de tierra, espanto y terror grandisimo, y otras señales que los humanos no pueden declarar. El que mas habló de ellas fue Odeyfa, y son mas de setenta las que dixo haber oido decir al guiador profeta de Dios, de las quales son ocho las mas notables, y las otras menores que las siguen. Preguntaron muchos al escogido por todas ellas, y él les declaró algunas de las nombradas, de las quales dixo ser: la aparencia del mensagero de Dios, el descendimiento de la luna en el vergel de Tuhema despues de salir el sol hendido. Estas son las señales del juicio, de quien el Alcoran alega y habla, y las demas semejantes son muchas, y el dia de hoy notorias en este mundo, mas aparentes que la luz resplandeciente. Dixo el escogido que le seguia la nube: Quando vieres las mugeres ir tras los hombres pidiendolos sin empacho ni verguenza, y rabeando como las mulas de luxuria; quando creciere el logro, y lo mal ganado en los hombres, y tomaren por ley la luxuria y los homicidios, y multiplicáre la obediencia de hijos á padres; quando vieres abatido al buen creyente, y ser los sabios perseguidos hasta venir á servir á los malos: quando vieres poblados todos los encuentros de tu casa de lo ilicito y mal ganado: quando tu suegro te viniere á ser mas cercano pariente que tu hermano ligitimo, y des-

desamparares á tu hermano, y obedecieres á tu amigo: quando vieres la madre caduca ganar con sus hijas entre los hombres, y salir el hijo de la obediencia de sus padres, y obedecer á su muger en todo negocio: quando vieres las pinturas en los templos, y las mugeres darse á las costumbres pravas y vicios malos: quando vieres los hombres de religion vivir en ricos y suntuosos edificios, y crecer los soberbios malhechores, y diminuirse el numero de los justos, y los temerosos de Dios solos como huerfanos, y los malos con las cabezas mas pertinaces y duras que las aplomadas sierras: quando vieres las colas preceder á las cabezas, y el amigo muy allegado negar á su amigo, y no osarse fiar el hombre de aquel con quien se junta: quando vieres empobrecer la gente liberal, y enriquecer y subir los avarientos, y las manos liberales hacerse duras, y crecer el numero de los mendigantes: quando vieres la ley desamparada, y sus sequaces tan pocos como lunares blancos en cabellos prietos, y los hombres hechos lobos cubiertos con vestiduras de hombres, y que el que fuere lobo comerá con los lobos, y al que no fuere lobo le comerán los lobos: y quando vieres crecer las discordias con agudeza, y ser las lluvias sobre la tierra pocas, en este tiempo será fin. Y cada vez que el mensagero de Dios la nombraba, se le henchian los ojos de lagrimas, y decia: Qué tal será la vida del que en esta era naciere? Otras señales decia asimesmo ser fuegos que se encenderán en Roma, que correrán entre las gentes, y entre las aguas y la tierra, y será un humor sutil que se alzará un estado sobre la haz de ella, y abrasará los pechos de los hereges. Y nombraba hundimientos de pueblos que habria en el Hixecen levante, y en otros mas abaxo de Sacera,

ra, la demostracion de la puente de Alcazar de la pasada, y nombraba señales por la virtud cumplida. Quando se tomáre á fuerza de armas Costantina por los Romanos, y quando viereredes á los Moros tan pujantes en vitoria conquistar á Roma, y ganar á Portugal, entonces crecerán entre ellos las riquezas de piedras preciosas y monedas hasta las partir con el escudo de Cacim. Y quando el mundo viniere á esta perficion, es señal que vendrá la diminucion despues de su cumplimiento, y los corazones vendrán en desasosiego, y el mundo les huirá de entre las manos. Mas antes de esto quiero que sepais, que mandará Dios salir en el poniente un Rey tirano que lo atajará y sujetará, cuyo rostro no tendrá señal de vista humana: maltratará y juzgará con toda maldad á las gentes: entre sus manos perecerán ellos con todos sus bienes. Despues del qual se levantará otro de gran valor, que se llamará Jacob, cuyos infortunios y calamidades crecerán, y morirán de necesidad. Esto vereis en el poniente con grande incomodidad y alboroto, y las gentes vendrán en mucha diminucion. El Andalucía quedará huerfana sin Rey, ni quien en ella sea obedecido, y estará algun tiempo en este trabajo negra, confusa y escura, hasta llegar la nueva de ello á Roma. De alli saldrá un Rey, en quien no habrá falta, Rey hijo de Rey. O varones, embarcarse ha con grandes exercitos, que le acudirán de necesidad; y con él vernan á Granada la candida y clara, donde le dirán: Vos sois nuestro Rey forzoso, y nuestro gobernador en todo caso. El qual subirá con sus exercitos y compañas á los alcazares de la Alhambra, y alli estará algunos dias encubierto; y desde alli conquistará munchas y muy grandes fortalezas, climas y provincias de los de poco en

continuacion ; y vereis pujante el cetro y corona de los Moros. Poseerán sin duda á Sevilla , y tomarán noventa ciudades á los hereges , y por sus manos de este , á quien mejorarán , todas las ciudades del poniente serán dichosas con él. En la primera salida tomará la ciudad de Antequera , subiendo por sus muros , y rompiendolos á fuerza de armas. Siete años durará esta vitoria, y las riquezas se llevarán de tierra de hereges. Bendito sea el señor Dios que esta justicia hará , dando á gustar á los infieles estos calices de amargura , quando la hora de esta ensalzacion llegáre , y el poderio de Dios altisimo. Enderezará este señor su viage á Segovia , y en el mes de Ramadan la entrará en todo caso : y ansi irá prosiguiendo su vitoria , que será continua , tomando con maña las fortalezas de los Christianos. A esto sucederán diferencias entre los gobernadores y el Rey. Y saldrá Dolarfe Rey de Christianos , y rebelarse ha contra todo el pueblo , y romperlos ha , y llevaralos hasta hacerles que se encierren en Fez : y quando vinieren á pasar por Gibraltar estorvarlos ha el mar , y cercarlos han por todas partes grandes exercitos de Christianos del Rey Dolarfe. Los de las riquezas escaparán huyendo en los navios ; y los que no pudieren pasar morirán la mayor parte á cuchillo , y otros ahogados en la mar. Y á la sazon enviará Dios un Rey de alta estatura encubierto, mas alto que las sierras , el qual dará con la mano en la mar , y ha henderá , y saldrá de ella una puente que es nombrada en esta historia ; y las dos partes del pueblo escaparán nadando , y la tercera quedará al cuchillo y agua hasta proseguir los Christianos su vitoria. Y en un punto entrarán en Fez á fuerza de armas , y entrando en la ciudad buscarán su Rey , y le hallarán encubierto

en

en la mezquita con la espada de Idris en la mano convertido Moro: lo qual visto, todos los Christianos se volverán con él Moros. Luego subirá á la casa de Meca, y hará su oracion hasta ver lo claro del pozo de Zemzem y su agua. Y luego nacerá el maldito viejo Antichristo, y se levantará. En este tiempo enviará Dios grandisima esterilidad, que durará siete años: en los quales no parecerá pan, ni semilla, ni agua, si no fuere lo que este viejo maldito mostrare: el qual sembrará el trigo á mediodia, y lo cogerá á visperas: plantará los arboles y plantas con la mano derecha, y cogerá los frutos con la izquierda. Dirá al muerto que resucite, y levantarse ha, y presumirá ser él el resucitador de los muertos, y el Dios y señor que no tiene semejante; y el que le siguiere y obedeciere no alcanzará bien alguno, y morirá herege sepultado en los infiernos. Irá tras las gentes mostrandoles muchos y diversos mantenimientos, y fuentes de aguas: y en su frente llevará escrito, *tiranizó y pecó.* Su figura de rostro será espantable, porque no terná mas que un ojo, y sobre la cabeza llevará un librillo lleno de manjar, redondo como la redondez de la luna. Vereis las gentes tras de él en tanto numero, que no cabrán en los lugares con sus hijos y familias. Subirá en su cabalgadura de espantable hechura, y tenderá el paso tanto como alcanzáre con la vista: y en siete dias dará una vuelta á todo el mundo. Tendrá dos rios señalados, uno de agua, y otro de fuego; y si los que vinieren con él, bebieren del agua, hallarla han ardiendo como fuego. Verná con todas las familias de los Judios, con las quales hará obscura la clara luz de la mañana. Entonces enviará Dios altisimo á Jesu Christo hijo de Maria, que le saldrá al encuentro

en las tierras de Hexen, y en viendole se deshará ante él como un cobarde afeminado: y dirán las piedras y lugares. Entrado ha el enemigo de Dios debaxo de nosotros; y quedará el guiador Christo, en cuya virtud el lobo andará con la oveja en amor. Los niños jugarán con las serpientes y viboras ponzoñosas, y no les empecerán, obligando á la ley de nuestro profeta, y juzgando rectamente en ella: y pondrá para las oraciones y horas una dignidad del linage de Mahoma perpetuamente, y en su tiempo todo herege se convertirá á Dios. Y hallando los de la tierra este conocimiento subirá Christo al monte Tabor, y romperá los muros de Xuxe y Megigue, que son los Pigmeos, cuyo número excederá á las arenas del mar, y sus hechuras, rostros y facciones serán diferentes. Unos tamaños como plumas de escrebir, otros mas altos que las sierras, y otros ternán las orejas tan grandes, que se asentarán sobre ellas, y con parte de ellas cubrirán la tierra; y de esto será su andadura de ochenta años." Otros muchos disparates decia este jofor, que no ponemos aqui, por no hacer á nuestra historia; y si pusimos estos tan por estenso, fue por dar un rato que reir al letor, y porque siendo una de las principales cosas en que estribaron los Moriscos para su perdimiento; fuera cortedad dexarlos de poner.

Revolviendo pues estos jofores, que veneraban como cosa sagrada, y buscando entre ellos algun consuelo, los setarios Alcoranistas, que por ventura los habian compuesto, se los glosaban, trayendolos por los cabellos al proposito de su pretension, que era levantar el reyno. Farax Abenfarax y Daud y otros fueron los que comenzaron á mover el ignorante vulgo, diciendo que ya era llegada la hora de su libertad que los jofores decian,

cian, porque la ponzoña de los Christianos, sus verdaderos enemigos, jamas habia estado tan encendida en sus corazones como al presente estaba: que los angeles del cielo, viendo la desventura y trabajo en que estaban los naturales de aquel reyno, pedian delante del acatamiento de Dios que se apiadase de ellos con misericordia, y venian á sacarlos de tan gran sujecion y captiverio; y que muchas gentes los habian visto andar en nubes en forma de aves volando por encima de la Alpuxarra, guiandolas dos mayores y mas vistosas que las otras: que el año largo tan deseado entraba en sabado, y era el proprio en que Mahoma habia dicho á su yerno Ali, que enviaria Dios socorro á su familia: que ya no les faltaba otra cosa, ni tenian que esperar, sino eran los alborotos y escandalos que los jofores decian, porque los temores y afliciones presentes los tenian: que las diferencias y comunidades sobre cosas de religion entre Moros y Christianos, y las que habia entre los mesmos Christianos, eran cierta señal de su remedio: y que tomando luego las armas animosamente, fuesen ciertos que serian con brevedad socorridos de los Reyes de levante y de poniente: y que ellos mesmos se ofrecian de irlos á solicitar. Hubo otros que so color de la astrologia judiciaria les decian mil desatinos, fingiendo haber visto de noche señales en el ayre, mar y tierra; estrellas nunca vistas, arder el cielo con llamas y muchas lumbres, haciendo vultos por el ayre, y rayos temerosos de estrellas y cometas, que siempre se atribuyen á mudanza de estado. Dando pues á entender torcidamente todas estas cosas, y catando otros agüeros, á que demasiadamente es dada aquella nacion, afirmaban ser pasados todos sus trabajos, y que los Christianos comenza-

za-

zaban ya á temer su felicidad, especialmente viendo á su Rey tan ocupado en guerras con Luteranos sobre la posesion de sus proprios estados, y con otras naciones poderosas, contra quien no podria prevalecer. Todo esto divulgaban aquellos hereges, acreditandose con encargar al vulgo el secreto; y era tan grande la eficacia con que lo certificaban, que aun ellos mesmos que lo habian inventado lo creían, y tenian por cierto que les sucederia como lo decian.

CAPITULO IV.

Como se tuvo aviso en Granada, que los Moriscos de la Alpuxarra trataban de alzarse, y lo que se previno en ello.

Si bien procuraban los Moriscos del Albaycin aplacar con humildad la furia de la execucion de la nueva prematica, con que por tan ofendidos se tenian, en lo tocante á la seta, á las haciendas, y al uso de la vida, tanto á la necesidad quanto al regalo de sus personas, no por eso dexaban de intentar otros medios. Y habiendo buscado entre los mayores peligros algun remedio, acordaron que seria bien hacer con los Moriscos de la Alpuxarra que tratasen de levantarse; y para moverlos á ello les daban á entender ser negocio guiado por Dios para su libertad, animandolos con las ficciones vanas de los jofores, y exagerando la sujecion que tenian, les traían á la memoria sus fuerzas, diciendo que habia ochenta y cinco mil casas de Moriscos empadronadas para farda en el reyno de Granada, sin otras mas de quince mil que encubrian los repartidores, de donde por

por lo menos saldrian cien mil hombres de pelea, que pondrian en condicion á España siempre que fuese menester: y que quando otra cosa no hiciesen, no les faltaria lo que tanto deseaban, que era la suspension de la prematica por via de paz. Estas y otras munchas cosas les decian aquellos hereges, persuadiendolos á que se levantasen ellos los primeros, porque el principal intento de los hombres ricos del Albaycin no era que hubiese rebelion general, ni que entrasen Berberiscos en la tierra, ni querian ser sujetos á Rey Moro, que ninguno les estaba tan bien como el que tenian, solamente querian estarse como estaban, y hacer su negocio con peligro de cabezas agenas, hallando los animos de los barbaros serranos tan aparejados para ello. No dexaron de darles á entender que luego se levantarian todos, y que no quedaria ciudad ni alcaría en el reyno de Granada que no se levantase; mas hacianlo con grandisimo recato, temiendo ser descubiertos, y representadoseles la prision, el examen, el tormento, y los duros y ocultos suplicios del riguroso imperio de los alcaldes de Chancilleria, en que se habian de ver. Y por esta causa ningun hombre de entendimiento se osaba declarar ni hacer cabeza; aunque echaron mano de algunos principales y ricos: solo Farax Aben Farax, nacido del linage de los Abencerrages, tomó el negocio á su cargo, teniendose por ofendido de las justicias: y holgaron los demas de ello, por ser hombre aparejado para qualquiera sedicion y maldad, y mas diligente que otro. Este era tintorero de tinta de arrebol, y teniendo trato por todo el reyno comunicó el negocio con los que sabia que estaban mas ofendidos, y particularmente con Don Hernando el Zaguer, alguacil de Cadiar, llamado por otro

otro nombre Aben Jouhar, y con Diego Lopez Aben Aboo, vecino de Mecina de Bombaron, y con Miguel de Roxas, vecino de Uxixar de Albacete, y con otros Moriscos principales de la Alpuxarra, que estaban siguiendo pleytos criminales en Granada: y viniendo todos en ello, concluyeron que el rebelion fuese el jueves santo del año del Señor mil quinientos sesenta y ocho, porque en tal dia como aquel estarian los Christianos descuidados, ocupados en sus devociones, y se podria hacer bien qualquier efeto. Esto se divulgó luego de unos en otros por las alcarías, y comenzó á venir gente á Granada para saber de los autores, y especialmente de Farax Aben Farax, lo que se habia de hacer: el qual no los dexaba parar muncho, porque no fuesen descubiertos; y les decia que se fuesen á sus casas, y que hiciesen lo que viesen hacer á sus vecinos, porque ya estaba todo concertado; y tenian en su favor armas, gente y socorros de Ginoveses, y de Turcos y Moros de Berbería. Estas nuevas acrecentaron los malos, y las quadrillas de los monfies con mayor desvergüenza comenzaron á andar por toda la tierra armados de ballestas, con banderas tendidas, matando y robando á los Christianos que podian haber á las manos; y eran pocos los dias que no traían á la ciudad de Granada hombres muertos que hallaban en los campos con las caras desolladas, y algunos con los corazones sacados por las espaldas. Hubo muchos religiosos y otras personas particulares que dieron aviso á su Magestad, y á los de su Consejo del desasosiego que traía aquella gente con señales tan evidentes de rebelion; mas nadie sabia decir el como ni quando, ni poner remedio en ello, porque solo consistia en la suspension de la prematica, que todos juzga-

ban

ban por santa y buena. El que mejor y mas cierto aviso dió fue Francisco de Torrijos, beneficiado de Darrical, que era tambien vicario de las taas de Verja y Dalias, y del Cehel, y despues fue canonigo de la Catredal de Granada: y pudólo bien hacer, porque siendo muy ladino en la lengua arabe, por este y por otros respetos le hacian amistad, y le respetaban. El qual avisado por algunos Moriscos sus amigos de lo que se trataba entre ellos, por fin del año de mil quinientos sesenta y ocho escribió al Arzobispo de Granada, y al Marques de Mondejar, que aun se estaba en la corte, avisandoles, como habia sabido por cosa cierta, que los Moriscos de la Alpuxarra tenian tratado de alzarse el jueves santo. Esta nueva y la carta del beneficiado Torrijos envió luego el Arzobispo á su Magestad, para que mandase poner remedio con brevedad: la qual fue causa de apresurar la venida del Marques de Mondejar á Granada, con órden que visitase la Alpuxarra y la costa, y se informase particularmente de lo que el beneficiado Torrijos decia. Por otra parte poniendo recaudo en la ciudad y en las fortalezas el Conde de Tendilla metió en la Alhambra al capitan Lorenzo de Avila con la gente de las siete villas, y apercibió y armó toda la gente de la ciudad, previniendo á los unos y á los otros de manera, que los Moriscos del Albaycin entendieron que habia sido descubierto el negocio por los Alpuxarreños; y desdeñados de ver el poco secreto que habian guardado, les avisaron que no hiciesen movimiento, porque la ciudad estaba prevenida.

CAPITULO V.

Como los Moriscos del Albaycin mostraron sentimiento de que se dixese que se querian rebelar, y de lo que se previno.

Como no se tratase de otra cosa en las plazas y calles de la ciudad de Granada, sino de que los Moriscos se andaban por rebelar, juntandose algunos de los mas ricos y principales del Albaycin, con muestra de grandisimo sentimiento, fueron á casa del Presidente, y uno de ellos le hizo su razonamiento de esta manera: "La prosperidad de fortuna que debaxo del felicisimo imperio de su Magestad tenemos, se nos va convirtiendo en deshonra á los que por edad entera y madura sabemos lo que es mantener verdadera fe, y aun deseamos la muerte antes que el fin de ella. Sienten muncho los naturales de este reyno ver que se trate de sus honras en las calles y plazas publicas, llamandolos de traydores, y diciendo que se quieren rebelar, siendo fieles vasallos de su Magestad, y estando, como estaban, quietos y pacificos, y muy contentos con la merced que Dios nuestro señor les ha hecho en traerlos á verdadero conocimiento de su santa fe catholica, y en haberles dado un Principe Christianisimo, que con tanto cuidado procura su bien y su salvacion, y que los proprios ciudadanos sus compadres y amigos, que eran los que habian de favorecerlos y animarlos, sean los que los quieren destruir y asolar. Y no sabiendo que remedio se tener para que esta su fidelidad y quietud se conozca y entienda, para satisfaccion de esto decimos los que es-

ta-

tamos presentes en nombre de los naturales: que siendo su Magestad servido nos pondremos en las fortalezas ó prisiones que mandare docientos ó trecientos hombres de los mas principales hasta tanto que se averigue nuestra inocencia, y la calumnia que los malos y codiciosos nos imponen, con menos deseo de quietud que de llevarnos nuestras haciendas. Hecho esto, será muy justo que se provea, como los infamadores escandalosos sean castigados con rigor, para que sirviendose Dios y su Magestad en ello, se consiga el efeto de quietud que se pretende y desea, y con tanto cuidado procura vuestra señoría, en quien tenemos puesta toda la esperanza del remedio.,, Hasta aqui dixo el Morisco, y el Presidente disimulando el aviso que se tenia, le respondió: Que era verdad lo que decia de haberse publicado por la ciudad, que los Moriscos andaban alborotados, y con algun desasosiego; mas que tambien se entendia, que lo debian causar algunos monfis y hombres livianos, que deseaban semejantes ocasiones para tener aprovechamiento de las haciendas agenas: que en quanto á sí, él estaba satisfecho de que los del Albaycin no trataban cosa contra el servicio de su Magestad, porque los tenia por hombres honrados, cuerdos, y que sabian bien lo que les cumplia. Que no dexaba de haber alguna ocasion de sospecha, aunque él no la tenia, viendo que se metian en el Albaycin tanto numero de Moriscos forasteros con sus mugeres y hijos, dexando sus labores y granjerias del campo, y en haberse hallado cantidad de ballestas en poder de algunos ballesteros, y averiguadose que las hacian para Moriscos, como quiera que tambien podia ser que fuesen para monfis. Y finalmente concluyó con decirles, que no habia para que ofrecerse

los vasallos de su Magestad á que los pusiese en prision como por rehenes, porque aquello se haria quando pareciese que convenia á su real servicio, y que diesen sus peticiones, pidiendo lo que viesen que les convenia, porque lo comunicaria con el acuerdo, y se proveeria en todo lo que hubiese lugar, justicia mediante. Salidos los Moriscos de las casas de la Audiencia, el Presidente mandó llamar á los alcaldes de Chancillería; y entendiendo que seria de provecho hacer algunas prisiones, con que tener enfrenada aquella gente, tomando aviso del ofrecimiento que hacian, les mandó que hiciesen que los escribanos del crimen buscasen todos los procesos que habia contra Moriscos, asi delinqüentes como fiadores, y los prendiesen poco á poco, sin que se entendiese que era por causa del rebelion. Y de esta manera hicieron prender los alcaldes muchos hombres sospechosos, y entre ellos algunos de los mas ricos, cuya prosperidad les fue al cabo deshonra, tomandoles la muerte con apresurado paso la delantera, como se dirá en su lugar. Proveyóse ansimesmo comision á los alcaldes de Chancillería para que quitasen los arcabuces y ballestas á todos los Moriscos que tenian licencias para poder traer armas, y que solamente se entendiesen y estendiesen á una espada y un puñal, y una lanza, quando saliesen al campo, conforme á una provision que el Emperador Don Carlos habia mandado despachar sobre ello; y haciendolos prender los mandaba soltar debaxo de fianzas: de donde resultó tenerse por agraviados muchos hombres, á quien por servicios de sus pasados y suyos se habian dado aquellas licencias.

CA-

CAPITULO VI.

De un razonamiento que el Conde de Tendilla hizo á los Moriscos del Albaycin estos dias.

Estando las cosas en este estado, y entendiendo el Conde de Tendilla, que haria particular servicio á su Magestad en persuadir y aconsejar á los Moriscos, que recibiesen con buen animo la prematica, y cumpliesen llanamente lo que se les mandaba, sin alterarse, ni causar escandalos, á cinco dias del mes de Abril, domingo por la mañana, subió al barrio del Albaycin, acompañado de algunos caballeros, y de la gente de su guardia; y fue á misa á San Salvador, donde estaban recogidos la mayor parte de los Moriscos, y quando el preste hubo acabado el oficio, les mandó decir, que se estuviesen quedos, porque les queria hablar. Y estando todos atentos, desde la peaña del altar les dixo de esta manera:

"Lo que agora hago, hubiera hecho muchas veces, que es veniros á ver. Y si lo he dexado de hacer algunos años, ha sido porque tampoco vosotros habeis acudido á casa del Marques mi señor, y á mí, como soliades: y asi no hemos querido tratar de vuestros negocios. Mas teniendo consideracion á la voluntad y amor que os tuvieron siempre nuestros pasados, y á la que yo os tengo, me he movido á hablaros sobre tres cosas. Lo primero es pediros y rogaros, que en lo que toca á la prematica que su Magestad manda que guardeis, os determineis de guardarla y cumplirla, pues el zelo con que lo manda es tan santo y bueno, como de un Principe tan Catholico se puede pensar, y para entremete-

ros

ros con los otros Christianos sus vasallos, y servirse de vosotros en todo, y haceros las mercedes que á ellos. La otra es, que mucho numero de Moriscos se han venido de todas las alcarías á vivir á este Albaycin; y aunque se os ha mandado que los echeis fuera, no lo habeis hecho, de que se ha tomado alguna sospecha. Bien se entiende que se han venido huyendo de los malos tratamientos que se les hacen, y temiendo que ha de venir gente de guerra á embarcarse, y de camino alojarse en sus casas; mas todavia es negocio que da materia de hablar á las gentes: y asi conviene que luego se vayan á sus lugares, y que no los consintais mas entre vosotros, que yo les certifico de mi parte, que no serán maltratados. Lo tercero es, que algunos de vosotros me subistes á hablar á la Alhambra estotro dia, y me dixisteis como los curas y beneficiados andaban empadronando vuestros hijos y hijas, y que se decia que os los querian quitar; y porque entonces no estaba informado de aquel negocio, no respondí á él: despues acá lo he tratado con el Arzobispo; y sabed, que lo que se hace es por vuestro bien, y por mandado de su Magestad, que quiere que haya escuelas donde todos los niños sean enseñados en la dotrina Christiana, y aprendan la lengua castellana; pues pasados los tres años, no se ha de hablar mas la arabiga: estad ciertos que no es para otro efeto; y esto antes lo habiades de desear y procurar, que alteraros por ello. Haced el deber, y lo que sois obligados al servicio de su Magestad, que él os hará muchas mercedes; y en lo que en mí fuere os favoreceré con mi persona y hacienda, como lo vereis por la obra acudiendo á mí." Acabado su razonamiento, los Moriscos principales se levantaron, y dixeron á Jorge

ge de Baeza, su procurador general, que respondiese por todos. El qual dixo al Conde, que le besaba las manos en nombre del reyno, por la voluntad que siempre habia mostrado de hacerles merced, y por la que esperaban todos que les haria en tantos trabajos, como se ofrecian á la nacion, y que ellos acudirian á valerse de su favor siempre que se les ofreciese ocasion; y asi le pidieron por merced tuviese cuenta con sus cosas. De esta vez quisiera el Conde de Tendilla poner una compañia de infanteria de guardia en el Albaycin, y alojarla en las casas de los Moriscos, so color de asegurarlos, y asegurarse de ellos, como capitan general; y habiendo hecho venir al capitan Garnica con su gente para este efeto, los Moriscos acudieron al Presidente y al Corregidor, diciendo, que sin duda seria la destruicion del Albaycin, si se alojaban soldados en las casas donde tenian sus mugeres y hijas. Y el Presidente le envió á decir, que su Magestad no seria servido de aquel alojamiento, y que lo mandase sobreseer, porque seria acabar de alborotar aquellas gentes, y con esto cesó, mandando que el capitan Garnica se fuese á alojar á Churriana, alcaría de la vega, donde estuvo hasta la vispera de pasqua de flores, que se le mandó despedir la gente.

CAPITULO VII.

Como se tocó rebato la vispera de pasqua en Granada, pensando que se alzaba el Albaycin; y el escandalo que hubo en la ciudad.

A diez y seis dias del mes de Abril del año de mil quinientos sesenta y ocho, vispera de pasqua de resurrec-

reccion, entre las ocho y las nueve horas de la noche se tocó un rebato en la fortaleza de la Alhambra, que hubiera de ser causa que los Christianos saquearan el Albaycin, y mataran los Moriscos que habia en él, porque con la sospecha que se tenia creyeron que se alzaban. La causa de este rebato fue, que un alguacil de los que tenian cargo de rondar, llamado Bartolomé de Santa Maria, envió á la hora que anochecia quatro soldados á hacer centinela en la torre del Aceytuno, que está puesta en la cumbre alta del cerro del Albaycin; y porque hacia muy escuro y llovia, llevaba cada soldado un hacho de atocha ardiendo en la mano para hacerse lumbre; y como llegaron al pie de la torre, que tenia la subida dificultosa y descubierta, los que iban delante meneaban los hachos para hacer lumbre á los que iban subiendo, y luego echabanlos abaxo, de manera que parecia que hacian almenaras de aviso. Viendo esto la vela de la torre de la fortaleza de la Alhambra, tocó á rebato, creyendo que habia alguna novedad, y fue á dar mandato al Conde de Tendilla: el qual envió luego veinte soldados á que supiesen que fuegos eran aquellos. El soldado de la torre que tocaba la campana, comenzó á dar grandes voces, diciendo: "Christianos mirad por vosotros, que esta noche habeis de ser degollados." Y con esto causó tan grande alboroto en la ciudad, que las mugeres casadas y doncellas, dexando sus proprias casas, unas iban corriendo á las iglesias, otras á la fortaleza. Los hombres sobresaltados salian por las calles y plazas, unos armando los arcabuces y las ballestas, y otros abrochandose los jubones y los sayos: ninguno sabia lo que era, ni adonde habia de acudir: tanta era la turbacion que todos traían. Finalmente toda la ciu-

ciudad se alborotó, y hasta los frayles del monasterio de San Francisco dexaron sus celdas, y se pusieron en la plaza armados. Otros acudieron á la plaza nueva, y delante la puerta de la Audiencia hicieron su esquadron de piqueros y alabarderos, como buenos milites de Jesu-Christo, creyendo que era cierto el levantamiento de los Moriscos. El Presidente y el Corregidor, cada uno por su parte, enviaron á saber de las guardias del Albaycin lo que habia en él; y entendiendo que habia nacido el rebato de la inadvertencia de aquellos soldados, y que estaba todo quieto y pacifico, se sosegaron: y el Corregidor tomó luego las bocas de las calles, por donde se podia subir á las casas de los Moriscos, y puso en ellas algunos caballeros que no dexasen pasar á nadie, porque no las saqueasen: y fuera poca parte esta diligencia para escusar el saco, si una tempestad muy grande de agua, que cayó del cielo, no lo estorvara á los cudiciosos ciudadanos. Crecieron en un momento los arroyos por las calles de manera, que á caballo no se podian pasar, y fue necesario que la furia de la gente plebeya aplacase. Pasada la tempestad, el Corregidor acompañado de algunos caballeros, dexando otros en guardia de aquellos pasos, subió al Albaycin, y anduvo todo lo que quedaba de la noche rondando; y quando fue de dia claro, reconoció por defuera todas las murallas, hasta llegar á la asomada del rio Darro, y viendo que estaba todo seguro, baxó á la ciudad, y de alli adelante todas las noches rondaba con cantidad de gente armada, ansi para que los Moriscos no recibiesen daño, como para asegurarse de ellos. No fue de poco momento el rebato de esta noche, aunque falso, porque los ciudadanos se pusieron mejor en orden, y los que no te-

tenian armas se proveyeron de ellas : y el cabildo compró mucha cantidad, y las repartió entre los vecinos, haciendolas traer de fuera. Los veinte soldados que envió el Conde de Tendilla, llevaron las centinelas de la torre del Aceytuno á la Alhambra, y teniendolos presos, llegó el Marques de Mondejar de la corte, y los mandó soltar á todos, como entendió la ocasion que habia habido.

CAPITULO VIII.

Como el Marques de Mondejar vino á Granada; y Don Alonso de Granada Venegas fue á informar á su Magestad de los negocios de aquel reyno.

Llegó á Granada el Marques de Mondejar á diez y siete dias del mes de Abril, que venia de la corte, y luego el siguiente dia se juntaron los Moriscos mas principales del Albaycin con su procurador general, y subieron á la fortaleza de la Alhambra á dar el parabien de su venida, y le dieron grandes quejas, diciendo que los habian puesto en terminos de perderse, por haber tocado aquel rebato con tan pequeña ocasion, estando quietos y pacificos todos los vecinos; y al cabo de su platica le suplicaron los favoreciese y amparase, como lo habian hecho siempre el Marques Don Luis y el Conde Don Iñigo sus antecesores. El Marques mostró sentimiento, y haberle pesado mucho de lo que habia sucedido en su ausencia, y les prometió que ternia particular cuenta con sus cosas, y con procurar que no fuesen agraviados. Con la venida del Marques de Mondejar pareció haberse quietado algun tanto los Moris-

cos:

cos : y Don Alonso de Granada Venegas, de quien diximos en el libro primero, capitulo diez y seis de esta historia, movido de zelo Christiano, y siguiendo los honrosos exemplos de sus pasados, que sirvieron lealmente á los Reyes de Castilla desde el dia que se convirtieron á nuestra santa fe catholica, acordó de ir á informar á su Magestad, y á los de su Consejo de las cosas de aquel reyno, porque se quejaban los Moriscos de malos tratamientos que se les hacian cada dia, en hechos y en dichos, y del poco remedio que se ponia en ello : y de que los malos é inquietos, que eran muchos, desacreditando á los pacificos, tomaban alas contra ellos. Creyendo pues poder hallar algun remedio de lo que tanto se deseaba en el Albaycin con la nueva relacion del Capitan general presente, y sin dar parte de su ida á otra persona que se lo pudiese impedir, partió de Granada á veinte y quatro dias del mes de Abril, y el primer dia del mes de Mayo entró en la villa de Madrid, y andando en su negocio le llegó un correo de los Moriscos del Albaycin con una carta para su Magestad en nombre de todos los de aquel reyno, la qual, segun parece, no la habia querido llevar consigo, ó no se la habian osado dar en su partida, porque no se supiese de algunas espias á lo que iba. Lo que la carta contenia era, significar á su Magestad, que los escandalos y alborotos que habia en aquella ciudad eran sin causa ni fundamento que hubiese sido de su parte, solo por la inadvertencia de los gobernadores y ministros de justicia, mediante lo qual habian estado todos á punto de ser destruidos en personas, vidas y haciendas; y lo que peor era, habian sido infamados de infieles de la fe de Jesu-Christo, y de traydores á su Rey, y publicadose, y

 da-

dadose de ello muy concluyentes aparencias y señales, en perjuicio de sus honras. Que quando se hallase haber sido culpados algunos de ellos, seria justo que se mandasen castigar con rigor, como la gravedad del delito lo requeria: mas si pareciese no ser la culpa suya, seria bien que su Magestad mandase castigar á los que la tuviesen, proveyendo para en lo de adelante como mas fuese su real servicio, de manera que semejantes ocasiones cesasen. Que como desfavorecidos y amedrentados del rigor que con ellos se podria usar, no habian osado juntarse á tratar de su remedio: y agora que parecia estar las cosas con alguna quietud por la venida del Marques de Mondejar, tambien les habia asegurado poderlo hacer, para ocurrir á su Rey y señor natural, y suplicarle lo mandase remediar con justicia. Y que por no poder acudir todos, enviaban algunos particulares á quien se remitian, y especialmente á la relacion que de su parte haria Don Alonso de Granada Venegas, á quien todos tenian obligacion de reconocer y anteponer en todas sus cosas por el valor de su persona y de sus antepasados. Por tanto que suplicaban á su Magestad humilmente le oyese y creyese de su parte, y mandando que la verdad se supiese, proveyese como los culpados fuesen castigados, y los buenos y leales restituidos en su honra y buena fama, y desagraviados de los agravios recebidos. Hasta aqui decia la carta, la qual dió Don Alonso de Granada Venegas á su Magestad, y le informó largamente del negocio. Y siendo remitido al Cardenal Espinosa, platicado en el Consejo, se acordó que se despidiese la gente de las quadrillas que estaba en el Albaycin á costa de los Moriscos, pues ya parecia estar pacificos: y que en lo demas acudiesen al Presiden-

dente de Granada, á quien estaba cometido aquel negocio, porque él proveeria como fuesen desagraviados. No muncho despues el Presidente Don Pedro de Deza, viendo que se mandaban despedir los alguaciles y rondas del Albaycin, con parecer del acuerdo y de los alcaldes de Chancilleria, y de otras personas graves, envió relacion á su Magestad, diciendo: "Que no convenia hacer novedad, antes era muy necesario que los alguaciles rondasen, por ser como eran hombres de bien y casados: y que con andar la ronda todas las noches, estaban los vecinos quietos, y resultaban munchos efetos buenos que la experiencia habia mostrado, porque los monfis y malhechores, naturales del Albaycin, se habian ido, y los estrangeros no se recogian alli; y los que se acogian eran luego descubiertos y presos. Que los dueños de los ganados estaban muy contentos, porque ya no se los hurtaban. Las mugeres mal casadas tenian recogidos sus maridos: los padres á sus hijos, los amos á sus criados. Que ya no parecia persona en el Albaycin despues que anochecia, ni apedreaban las ventanas de los clerigos. Que los borrachos, de que antes habia gran numero, y hacian de noche grandes alborotos y delitos, habian cesado; y era tanto el miedo que tenian cobrado á las guardias, que todos estaban pacificos y quietos, sin osarse á menear. Que aquellos alguaciles eran los que hacian que se guardase la prematica, en lo que requeria execucion, que era en que las mugeres anduviesen con los rostros desatapados, y que tuviesen abiertas las puertas de sus casas los viernes y dias de fiesta; y esto con amor y christiandad, sin otro ningun genero de interes ni molestia. Que los demas alguaciles no daban un solo paso, si no se les seguia algun provecho,

cho, antes holgaban hallar de que denunciar, y como encarcelar y llevar costas. Que despues que andaba aquella ronda, no se pregonaban niños perdidos ni hurtados, como solia, porque no los osaban llevar á esconder al Albaycin, por temor de ser descubiertos. Y que por estas razones, y otras munchas que se pudieran decir, convernia que no se hiciese novedad, antes se les diese todo favor para proseguir lo que tenian comenzado." Y al fin se proveyó que se disimulase en lo que tocaba á los alguaciles, con moderacion de la gente que habia de andar con ellos.

CAPITULO IX.

Como yendo el Marques de Mondejar á visitar la costa de la mar, se entendió mas claramente el desasosiego de los Moriscos por unas cartas que se tomaron á Daud, uno de los autores del rebelion, que iba á procurar favores á Berbería.

Estos dias salió el Marques de Mondejar de Granada, y llevando consigo al Conde de Tendilla su hijo, fue á visitar la costa de la mar con la gente ordinaria de á caballo. Y andando en la visita, parece que los autores del rebelion acordaron que seria bien que fuese Aben Daud á Berbería á procurar algun socorro de navios y gente, como lo habia ofrecido munchas veces, y llevando consigo otros Moriscos del Albaycin, se fue á juntar con las quadrillas de monfis que andaban en la sierra de Bujol, entre Órgiba y el Zuchel, hácia la mar, para esperar que pasase por alli alguna fusta en que poderse ir; y como vió que no la habia, trató con un Moris-

risco pescador , vecino de Adra la vieja , llamado Nohayla, que le vendiese una barca que tenia en la playa, con que pescaba, que era de Gines de la Rambla, armador : el qual no solo se la ofreció , mas prometió de irse con él. En este tiempo los Moriscos de aquellas quadrillas cativaron tres Christianos, y queriendolos matar, los defendió Daud, dandoles á entender, que no se permitia en la ley de Mahoma matar los Christianos rendidos; mas hacialo porque se los diesen para llevarlos á Berbería, y presentarlos á algun alcayde principal que le favoreciese en su negocio. Llegada pues la noche aplazada, en que se habian de embarcar, Daud y sus compañeros se fueron á casa de Nohayla, y llevando consigo algunas Moriscas, que deseaban ir á poder ser Moras con libertad, baxaron al lugar donde estaba la barca, que era junto á la puerta de Adra, y echandola con mucho silencio á la mar, se metieron dentro todos. Este Morisco dueño de la barca, temiendo que, si el negocio se descubria, le habian de castigar por ello, usó de un trato doble, cosa muy ordinaria entre los Moros, y dando aviso al dueño de la barca, y al capitan de Adra, de como unos Moriscos se la habian pedido para irse á Berbería, les dixo, que les avisaria el proprio dia que se hubiesen de embarcar, para que saliesen á ellos, y los prendiesen : y por otra parte no fue á dar aviso el dia cierto de la partida, antes dixo, que seria un dia señalado, y él se embarcó con toda la gente tres dias antes, llevando consigo algunos monfis, y los tres Christianos cativos, y muchas Moriscas y muchachos; mas no tenia la barca tan segura como pensaba, porque el Gines de la Rambla, sospechando la cautela del Morisco, le habia hecho dar de parte de noche unos barrenos,

y

y tapandolos livianamente con cera, la habia dexado estar. Por manera que habiendo navegado Daud un rato en ella, comenzó á entrar el agua por los lados y por los barrenos, y temiendo anegarse, le fue forzado volver á tierra: y como hacian ruido las mugeres y los niños al desembarcar, las guardas de Adra, que estaban sobre aviso, los sintieron, y salió luego la gente, y prendiendo á un Turco y algunas mugeres, dieron libertad á los tres Christianos, y toda la otra gente se les embreñó en la sierra. Yendo pues huyendo los monfis, se cayó á uno de ellos una talega de lienzo, en que llevaba un libro grande de letra arabiga, y dentro de él se hallaron una carta y una lamentacion, que del tenor de lo uno y de lo otro pareció ser cosa ordenada por el mesmo Daud, significando quejas de los Moriscos á los Moros de Africa, para que apiadandose de ellos les enviasen socorro. Este libro envió luego el capitan de Adra al Marques de Mondejar, que andaba visitando la Alpuxarra, y juntamente con él los tres Christianos, para que le diesen razon de lo que habian visto. Los quales le dieron noticia de Daud, porque le habian conocido en Granada, siendo Geliz de la seda, y le dixeron como iban con él otros Moriscos del Albaycin, que no supieron sus nombres: y que aquel libro era suyo, y leía cada noche en él, y predicaba á los otros la seta de Mahoma, y que acabando de predicar, llegaban todos á besar el libro, y decian: "Esta es la ley de Dios, y en esta creemos, y todo lo demas es ayre." Quiriendo pues el Marques saber lo que se contenia en aquel libro, y en los papeles sueltos que iban dentro de él, envió á Granada por el licenciado Alonso del Castillo para que lo declarase, sospechando que habia alli al-

alguna cosa, por donde se entendiese lo que los Moriscos trataban. El licenciado Castillo fue luego al lugar de Verja, donde habia llegado ya el Marques visitando, y tomando el libro lo hojeó, y halló que era de un autor Arabe llamado el Lollori, que trataba de la seta de Mahoma, y traía muchas autoridades de historias antiguas: y los papeles sueltos que habia dentro eran de letra del proprio Daud, porque la conoció luego. En el uno de ellos se contenia una carta misiva, que decia de esta manera.

CARTA QUE SE TOMÓ A DAUD EN LA costa de Adra.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. La santificacion de Dios sea sobre el mejor de sus escogidos, y despues la salud de Dios cumplida sea con aquellos que Dios honró, y no los desamparó el bien, que son en este mundo dichosos. Esto es á todos los principes y allegados señores y amigos nuestros, á quien Dios hizo merced de dar vitoria y libertad y ensanchamiento de reynos, los moradores del poniente: ture Dios sus honras, y guarde sus vidas, deseamos salud los moradores de la Andalucía, los angustiados de corazon, los cercados de la gente infiel, aquellos á quien ha tocado el mal de la ofension. Y despues de esto, señores y amigos nuestros hermanos en Dios, somos obligados de haceros saber nuestros trabajos y negocios, y lo que nos ha venido de la mudanza de nuestra era y fortuna, que es parte de nuestro muncho mal: por tanto socorrednos y hacednos limosna, que Dios gualardonará á los que bien nos hicieredes. Sustentadnos con vuestro po-

derio y abundancia, de que á vosotros hizo Dios merced, aunque á nosotros no seais en cargo; mas confiados en vuestras personas magnificas y en vuestra virtud, porque el magnifico y virtuoso desea hacer bien, os encargamos por Dios poderoso, que nos sustenteis con oraciones, para que Dios nos junte con vosotros. Habeis de saber, señores nuestros, que los Christianos nos han mandado quitar la lengua arabiga, y quien pierde la lengua arabiga pierde su ley, y que descubramos las caras vergonzosas; que no nos saludemos, siendo la mas noble virtud la salutacion. Hannos abierto las puertas para que entre nosotros haya mas males y pecados: hannos acrecentado el tributo y la pena, y han intentado de mudar nuestro trage, y quitar nuestras costumbres. Aposentanse en nuestras casas, descubren nuestras honras y verguenzas, y con semejante mal que este se debe deshacer todo corazon de pesar. Todo esto despues de tomar nuestras haciendas y cativar nuestras personas, y sacarnos con destierro de los pueblos. Hacennos caer en grande abatimiento y perdida; apartannos de nuestros hermanos y amigos; y somos mezquinos desamparados, atenidos á la misericordia de Dios, porque nos han rodeado grandes males y desasosiegos por todas partes. Suplicamos á vuestra bondad de parte de Dios altisimo, que contempleis nuestros negocios, y los mireis con ojos de misericordia, y os apiadeis de nosotros con amor de hermanos, porque todos los creyentes en Dios son unos. Por tanto haced bien á vuestros hermanos; ensalzadnos, ensalzaros ha Dios; apremiad á los Christianos que allá teneis, para que avisando á los suyos sepan, que con la pena que os fatigaren, con aquella los habeis de atormentar: aunque sobre todo la pacien-

ciencia es mayor bien á los que esperan. Enviad esto al Rey de levante, que es el que ha sujetado á los enemigos, y ensalzado la ley; y no deis lugar á que entre vosotros haya discordias, porque la discordia es mayor mal que la muerte: y no tenemos saber, ni poderio, inteligencia, ni fuerzas, para tratar de un remedio tan grande. Vivimos de contino en temor: rogad á Dios que perdone al que esta escribió. Esto es lo que queremos de vuestra virtud, que es escrita en noches de angustia y de lagrimas corrientes, sustentadas con esperanza, y la esperanza se deriva de la amargura."

EL OTRO PAPEL ERA EN METROS arabes, y parecia ser lamentacion, en que se quejaban los Moriscos de opresiones que los Christianos les hacian, y literalmente decia de esta manera.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Antes de hablar, y despues de hablar sea Dios loado para siempre. Soberano es el Dios de las gentes, soberano es el mas alto de los jueces, soberano es el uno sobre toda la unidad, el que crió el libro de la sabiduria; soberano es el que crió los hombres, soberano es el que permite las angustias, soberano es el que perdona al que peca y se emienda, soberano es el Dios de la alteza, el que crió las plantas y la tierra, y la fundó y dió por morada á los hombres; soberano es el Dios que es uno, soberano el que es sin compusicion, soberano es el que sustenta las gentes con agua y mantenimientos, soberano el que guarda, soberano el alto Rey, soberano el que no tuvo principio, soberano el Dios del alto trono, soberano el que hace lo que quiere y permite con

su providencia; soberano el que crió las nubes, soberano el que impuso la escritura, soberano el que crió á Adam, y le dió salvacion; y soberano el que tiene la grandeza y crió las gentes, y á los santos, y escogió de ellos los profetas, y con el mas alto de ellos concluyó. Despues de magnificar á Dios, que está solo en su cielo, la santificacion sea con su escogido, y con sus discipulos honrados. Comienzo á contar una historia de lo que pasa en la Andalucía, que el enemigo ha sujetado, segun vereis por escrito. El Andalucía es cosa notoria ser nombrada en todo el mundo, y el dia de hoy está cercada y rodeada de hereges, que por todas partes la han cercado: estamos entre ellos avasallados como ovejas perdidas, ó como caballero con caballo sin freno: hannos atormentado con la crueldad: enseñannos engaños y sutilezas, hasta que hombre querria morir con la pena que siente. Han puesto sobre nosotros á los Judios, que no tienen fe ni palabra: cada dia nos buscan nuevas astucias, mentiras, engaños, menosprecios, abatimientos y venganzas. Metieron á nuestras gentes en su ley, y hicieronles adorar con ellos las figuras, apremiandolos á ello, sin osar nadie hablar. O quantas personas estan afligidas entre los descreidos! Llamannos con campana para adorar la figura, mandan al hombre que vaya presto á su ley revoltosa. Y desque se han juntado en la iglesia, se levanta un predicador con voz de carayo, y nombra el vino, y el tocino; y la misa se hace con vino. Y si le ois humillarse diciendo: Esta es la buena ley, vereis despues que el abad mas santo de ellos no sabe que cosa es lo licito, ni lo ilicito. Acabando de predicar se salen, y hacen todos la reverencia á quien adoran, yendose tras de él sin temor ni verguenza. El

abad

abad se sube sobre el altar, y alza una torta de pan que la vean todos, y oireis los golpes en los pechos, y tañer la campana del fenecimiento. Tienen misa cantada y otra rezada, y las dos son como el rocio en la niebla: el que alli se hallare, veráse nombrar en un papel, que no queda chico ni grande que no le llamen. Pasados quatro meses, va el enemigo del abad á pedir las albalas en las casas de la sospecha, andando de puerta en puerta con tinta, papel y pluma, y al que le faltare la cedula ha de pagar un quartillo de plata por ella. Tomaron los enemigos un consejo, que paguen los vivos y los muertos: Dios sea con el que no tiene que pagar, ó que llevará de saetadas! Zanjaron la ley sin cimientos, y adoran las imagenes, estando asentados. Ayunan mes y medio, y su ayuno es como el de las vacas, que comen á medio dia. Hablemos del abad del confesar, y despues del abad del comulgar: con esto se cumple la ley del infiel; y es cosa necesaria que se haga, porque hay entre ellos jueces crueles que toman las haciendas de los Moros, y los trasquilan como trasquiladores que trasquilan el ganado. Y hay otros entre ellos examinados, que deshacen todas las leyes; y un Horozco, y otro Albotodo. O quanto corren y trabajan con acuerdo de acechar las gentes en todo encuentro y lugar! Y qualquiera que alaba á Dios por su lengua, no puede escaparse de ser perdido; y al que hallan una ocasion, envian tras de él un adalid, que aunque esté á mil leguas lo halla, y preso le echan en la carcel grande, y de dia y de noche le atemorizan diciendole, Acordaos. Queda el mezquino pensando con sus lagrimas de hilo en hilo, en diciendole acordaos, y no tiene otro sustento mayor que la paciencia: metenle en un espantoso pala-

lacio, y alli está mucho tiempo, y le abren mil pielagos, de los quales ningun buen nadador puede salir, porque es mar que no se pasa. Desde alli lo llevan al aposento del tormento, y le atan para darselo, y se lo dan hasta que le quiebran los guesos. Despues de esto estan de concierto en la plaza del Hatabin, y hacen alli un tablado, que lo semejan al dia del juicio, y el que de ellos se libra, aquel dia le visten una ropa amarilla, y á los demas los llevan al fuego con estatuas y figuras espantosas. Este enemigo nos ha angustiado en gran manera por todas partes, y nos ha rodeado como fuego: estamos en una opresion que no se puede sufrir. La fiesta y el domingo guardamos, el viernes y el sabado ayunamos, y con todo aun no los aseguramos. Esta maldad ha crecido cerca de sus alcaydes y gobernadores, y á cada uno le pareció que se haga la ley una; y añadieron en ella, y colgaron una espada cortadora, y nos notificaron unos escritos el dia de año nuevo en la plaza de Bib el Bonut, los quales despertaron á los que dormian, y se levantaron del sueño en un punto, porque mandaron que toda puerta se abriese. Vedaron los vestidos y baños, y los Alarabes en la tierra. Este enemigo ha consentido esto, y nos ha puesto en manos de los Judios, para que hagan de nosotros lo que quisieren, sin que de ello tengan culpa. Los clerigos y frayles fueron todos contentos en que la ley fuese toda una, y que nos pusiesen debaxo de los pies. Esto es lo que ha cabido á nuestra nacion, como si le diesen por honra toda la infidelidad. Está sañudo sobre nosotros, hase embravecido como dragon, y estamos todos en sus manos como la tortola en manos del gavilan. Y como todas estas cosas se hayan permitido, habiendonos determi-

mi-

minado con estos males, volvimos á buscar en los pronosticos y juicios, para ver si hallariamos en las letras descanso; y las personas de discrecion que se han dado á buscar los originales, nos dicen, que con el ayuno esperemos remediarnos; que afligiendonos, con la tardanza habrán encanecido los mancebos antes de tiempo; mas que despues de este peligro, de necesidad nos han de dar el parabien, y Dios se apiadará de nosotros. Esto es lo que tengo que decir, y aunque toda la vida contase el mal, no podria acabar. Por tanto en vuestra virtud, señores, no tacheis mi orar, porque hasta aqui es lo que alcanzan mis fuerzas; desechad de mí toda calumnia, y el que endechare estos versos, ruegue á Dios que me ponga en el paraiso de su holganza." Por estos papeles se entendió ser verdad lo que se decia del alzamiento de los Moriscos, y el Marques envió los originales, y un traslado romanzado á su Magestad; y habiendo estado algunos dias en el lugar de Verja, fue á visitar á Adra, y de alli á la ciudad de Almeria, donde estuvo mes y medio, sin que se le ordenase cosa de nuevo, y de alli volvió á la ciudad de Granada, dexando todas las plazas de la costa visitadas y proveidas lo mejor que pudo.

LI-

LIBRO QUARTO
DE LA HISTORIA
DEL REBELION Y CASTIGO
DE LOS MORISCOS
DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como los Moriscos del Albaycin, que trataban del negocio de rebelion, se resolvieron en que se hiciese, y la orden que dieron en ello.

El recaudo que siempre hubo en la ciudad de Granada fue causa que los Moriscos del Albaycin diesen alguna aparencia de quietud, aunque no la tenian en sus animos. Disimulando pues con humildad, estuvieron algunos meses, despues de la venida del Marques de Mondejar, y de la ida de Don Alonso de Granada Venegas á la corte, tan sosegados, que daban á entender estar ya llanos en el cumplimiento de la prematica, y ansi lo escribió el Presidente á su Magestad, y á los de su Consejo. Mas como despues vieron que se les acercaba el termino de los vestidos, y que no se trataba de suspender la prematica con alguna prorogacion de tiempo, ciegos de pura congoja, y faltos de consideracion y de consejo, haciendo fucia en sus fuerzas, que si bien eran sospechosas para encubiertas, no dexaban de ser flacas para pues-

puestas en execucion, acordaron determinadamente, que se hiciese rebelion y alzamiento general, y que comenzase por la cabeza del reyno, que era el Albaycin. Juntandose pues algunos de ellos en casa de un Morisco cerero, llamado el Adelet, tomaron resolucion en que fuese el dia de año nuevo en la noche, porque demas de que los pronosticos les hacian cierto, que el proprio dia que los Christianos habian ganado á Granada, se la habian de tornar á ganar los Moros, quisieron desmentir las espias, y asegurar nuestra gente, si por caso se hubiese descubierto ó descubriese un concierto que tenian para la noche de navidad. Y ansi advirtieron que no se diese parte de la ultima determinacion á los de la Alpuxarra, hasta el dia en que se hubiese de hacer el efeto, porque temieron, que como gente rustica no guardarian secreto, y tenian bien conocido de ellos, que en sabiendo que el Albaycin se alzaba, se alzarian luego todos. La orden que dieron en su maldad fue esta: que en las alcarías de la vega y lugares del valle de Lecrin, y partido de Órgiba, se empadronasen ocho mil hombres tales, de quien se pudiese fiar el secreto, y que estos estuviesen á punto, para en viendo una señal que se les haria desde el Albaycin, acudir á la ciudad por la parte de la vega con bonetes y tocas turquescas en las cabezas, porque pareciesen Turcos, ó gente Berberisca que les venia de socorro. Que para que se hiciese el padron con mas secreto, fuesen dos oficiales por las alcarías y lugares, so color de adobar y vender albardas, y se informasen de pueblo en pueblo de las personas á quien se podrian descubrir, y aquellos empadronasen, encargandoles secreto, que de los lugares de la sierra se juntarian dos mil hombres en un cañaveral, que estaba

junto al lugar de Cenes, en la ribera de Xenil, para que con ellos el Partal de Narila, famoso monfi, y el Nacoz de Nigueles, y otros que estaban ya hablados, acudiesen á la fortaleza del Alhambra, y la escalasen de noche por la parte que responde á Ginalarife. Y para esto se encargó un Morisco albañir que labraba en la obra de la casa real, llamado Masé Francisco Abenedem, que daria el altor de los muros y torres, para que las escalas se hiciesen á medida: y se hicieron diez y siete escalas en los lugares de Guejar y Quentar con muncho secreto, las quales vimos despues en Granada, y eran de maromas de esparto con unos palos atravesados, tan anchos los escalones, que podian subir tres hombres á la par por cada uno de ellos. Que los mancebos y gandules del Albaycin acudirian luego con sus capitanes en esta manera.

Miguel Acis con la gente de las parroquias de San Gregorio, San Christoval y San Niculas, á la puerta de Frex el Leux, que cae en lo mas alto del Albaycin á la parte del cierzo, con una bandera ó estandarte de damasco carmesí con lunas de plata y fluecos de oro, que tenia hecha en su casa, y guardada para aquel efeto; Diego Nigueli el mozo con la gente de San Salvador, Santa Isabel de los Abades y San Luis, y una bandera de tafetan amarillo, á la plaza Bib el Bonut; y Miguel Mozagaz con la gente de San Miguel, San Juan de los Reyes, y San Pedro y San Pablo, y una bandera de damasco turquesado á la puerta de Guadix. Que lo primero que se hiciese fuese matar los Christianos del Albaycin, que moraban entre ellos, y dexando cada uno una parte de la gente de cuerpo de guardia en los lugares dichos, acometiesen la ciudad por tres partes, y á un mes-

mesmo tiempo la fortaleza de la Alhambra. Que los de Frex el Lauz baxasen por un camino, que va por fuera de la muralla á dar al hospital real, y ocupando la puerta Elvira, entrasen por la calle adelante, matando los que saliesen al rebato, y llegando á las casas y carcel del santo Oficio soltasen los Moriscos presos, y hiciesen todo el daño que pudiesen en los Christianos. Que los de la plaza de Bib el Bonut, baxando por las calles de la Alcazaba, fuesen á dar á la calle de la Caldereria, y á la carcel de la ciudad, y quebrantandola pusiesen en libertad á los Moriscos, y pasasen á las casas del Arzobispo, y procurasen prenderle ó matarle. Que los de la puerta Guadix entrasen por la calle del rio Darro abaxo á dar á las casas de la Audiencia real, y procurando matar ó prender al Presidente, soltasen los presos Moriscos que estaban en la carcel de Chancillería, y se fuesen á juntar todos en la plaza de Bibarrambla, donde tambien acudirian los ocho mil hombres de la vega y valle de Lecrin, y de alli á la parte donde hubiese mayor necesidad, poniendo la ciudad á fuego y á sangre. Y que puestos todos á punto se daria aviso á la Alpuxarra para que hiciesen allá otro tanto. Este fue el concierto que Farax Aben Farax, y Tagari, y Mofarrix, y Alatar, y Salas, y sus compañeros hicieron, segun pareció por confisiones de algunos que fueron presos, que nos fueron mostradas en Granada, y de otros de los que se hallaron presentes; y fuera dañosisimo para el pueblo Christiano, si lo pusieran en execucion. Mas fue Dios servido, que habiendo los albarderos empadronado ya los ocho mil hombres antes de llegar á Lanjaron, y estando los demas todos apercebidos, y á punto para acudir á las partes que les habian sido seña-

ladas, los monfis de la Alpuxarra se anticiparon por cudicia de matar unos Christianos que iban de Uxixar de Albacete á Granada, y otros que pasaban de Granada á Adra, y desbarataron su negocio. Y porque se entienda quan prevenidos y avisados estaban para el efeto, ponemos aqui dos cartas traducidas de arabigo, de las que Aben Farax y Daud escribieron á los Moriscos de los lugares con quien se entendian, y á los caudillos de los monfis sobre este negocio.

CARTA DE FARAX ABEN FARAX á los lugares sobre el rebelion.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Santificó Dios á nuestro profeta Mahoma, y á su gente, familia y aliados, salvó salvacion gloriosa. Hermanos nuestros y amigos, viejos, ancianos, caudillos, alguaciles, regidores y otros nuestros hermanos, y á todo el comun de los Moros, ya sabeis por nuestros pronosticos y juicios lo que Dios nos ha prometido: la hora de nuestra conquista es llegada para ensalzar en libertad la ley de la unidad de Dios, y destruir la del acompañamiento de los dioses. Estad unanimes y conformes para todo lo que os dixere é informare de nuestra parte nuestro procurador Mahomad Aben Mozud, que tiene nuestro poder y cargo para esto. Y lo que él os dixere, haced cuenta que nos lo decimos, porque con el ayuda y favor de Dios esteis todos prevenidos y á punto de guerra para venir á Granada á dar en estos descreidos el dia señalado. Los que no estuvieren apercebidos, haced que se aperciban, y á los que no lo supieren, avisadlos de ello, que para este efeto estan ya prevenidos todos des-
de

de el lugar de la Xauria, y del Gatucin, hasta Canjayar de la Xarquia. La salud de Dios sea con vosotros. Farax Abenfarax, gobernador de los Moros, siervo de Dios altisimo."

CARTA DE DAUD A CIERTOS CAPITANES de los monfis.

"Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. La salud de Dios buena, comprehendiente deseo á aquel que el soberano honró, é no le desamparó el bien, que es mi señor Cacim Abenzuda y sus compañeros, y á mi señor el Zeyd, y á todos los amigos juntamente deseo salud, vuestro amigo el que loa vuestras virtudes, el que tiene gran deseo de veros, el que ruega á Dios por el buen suceso de vuestros negocios, Mahamete hijo de Mahamete Aben Daud vuestro hermano en Dios. Hagoos saber, hermanos mios, que estoy bueno, loado sea Dios por ello, y tengo puesto mi cuidado con vosotros muy mucho. Sabelo Dios, que me ha pesado de vuestro trabajo: el parabien os doy del buen suceso y salvamento. Roguemos á Dios por su amparo en lo que queda. Hagoos saber, hermanos mios, que los Granadinos me enviaron á buscar despues que de vosotros me partí, y no supieron donde estaba, y esta nueva tuve en el Rubite; mas no alcanzé de quien era la mensageria, hasta que lo vine á saber de unos de Lanjaron, que me dixeron como los de Granada andaban resucitando el movimiento, en que entendian por el mes de Abril; y como supe esto, hablé con mi señor Hamete, y me aconsejó que subiese á Granada, y que supiese la certidumbre de este negocio, y que le avisase de ello.

Yo

Yo subí al Albaycin, y hallé el movimiento muy grande, y la gente determinada á lo que se debia determinar. Entonces me junté con las cabezas que entienden en este negocio, y me dixeron que enviase á la gente, que estaba en las sierras, y les hiciese saber esta nueva, para que ellos la publicasen de unos en otros, y que se juntasen, porque juntos consultariamos, y veriamos lo que se habia de hacer. En esto quedamos, y enviamos á los de las alcarías, y les hecimos saber la nueva: y todos dixeron: Querriamos que este negocio fuese hoy antes que mañana, porque mas queremos morir, y nos es mas facil, que vivir en este trabajo, en que estamos: y lo mesmo dixeron las gentes de la Garbia y de la Xarquia, diciendo: Veisnos aqui muy prestos con nuestras personas y bienes. Y como contase esto á los Granadinos, acordaron de enviar por todo el reyno, avisandoles que apercibiesen la gente, y se aparejasen lo mejor que pudiesen. A esta sazon acordamos de enviar á los monfis, adonde quiera que estuviesen, para que se juntasen, y avisasen unos á otros para el dia que fuese menester. Este dia estan aguardando todos chicos y grandes, y esto es necesario que se haga, siendo Dios servido, ó amigos mios. En recibiendo mi carta, apercebios á la obra como hombres, porque mejor os será defender vuestros hijos y hermanos, y alzar el yugo de servidumbre de nuestro reyno, y conquistar al enemigo, y morir en servicio de Dios, que pasaros á Berbería, para dexar desamparados á vuestros hermanos los Moros, porque el que esto hiciere de vosotros, y muriere, morirá sin premio: el que viviere, y matare alguno de los Moros, será juzgado ante las manos de Dios el dia del juicio: el que muriere peleando con los hereges,

ges, morirá martir ; y el que viviere, vivirá honrado: y las razones acerca de esto se podrian alargar, por tanto acortemos esta razon. Esto es, hermanos mios, lo cierto que os hacemos saber: por tanto aparejaos, y enviad á nuestro caudillo Hamete á hacerle saber esta nueva, y él os avisará de aquello que se deba hacer: porque nosotros enviamos un hombre con la nueva, y no hemos sabido mas lo que hizo. Enviad á la gente, y avisadlos donde quiera que esten, y avisemonos de contino, porque siempre sepamos unos de otros, para lo que se ofreciere. Y por amor de Dios os encargo el secreto que pudieredes, mientras Dios altisimo nos provee de su libertad, la qual será muy propinqua mediante él. La gracia y bendicion de Dios sea con vosotros, que es escrita en veinte y cinco de Otubre." Y la firma decia, *Mahamete, hijo de Mahamete Aben Daud, siervo de Dios.*

CAPITULO II.

Como se hicieron nuevos apercebimientos en Granada con sospecha del rebelion.

Todo esto que los Moriscos hacian en su secreto, era de manera que causaba una sospecha y confusion muy grande en Granada, y en todo el reyno. Veíase que los monfis andaban cada dia mas desvergonzados, despreciando y teniendo en poco á las justicias: que los Moriscos mancebos, á quien no cabia en el pecho lo que estaba concertado, publicaban, que antes que se cumpliese el termino de la prematica habria mundo nuevo. La ciudad estaba llena de Moriscos forasteros, que so

co-

color de vender su seda, y comprar sayas y mantos para sus mugeres, habian acudido de munchas partes del reyno á saber lo que se trataba, y quando habia de ser el levantamiento. Tenia el Marques de Mondejar avisos del desasosiego que traían: publicabase entre el vulgo, que la noche de navidad habian de entrar á levantar el Albaycin seis mil Turcos; y aunque estas parecian ser cosas á que se debia dar poco credito, traían alguna aparencia. Entendióse despues, que ellos habian echado aquella fama, para que quando acudiesen los ocho mil hombres que estaban empadronados en el valle y vega, entendiesen que eran Turcos, y no quedase Morisco en todo el reyno que no se alzase. Con todo esto no acababan de persuadirse los ministros de su Magestad á que fuese rebelion general, sino que algunos perdidos andaban inquietando y alborotando la tierra, y que estos no podrian permanecer muchos dias, no siendo todos en la conjuracion. Era ansi que los hombres ricos, y que vivian descansadamente, creyendo que sola la sospecha del rebelion seria parte para que los del Consejo hiciesen con su Magestad que mandase suspender la prematica, holgaban que se alborotase la gente; mas no querian que se entendiese ser ellos los autores. Y por otra parte los ofendidos de las justicias y de la gente de guerra, y con ellos los pobres y escandalosos, quiriendo venganza, y enriquecer con haciendas agenas, avivaban la voz de la libertad, y encendian el fuego de la sedicion. Hubo algunos de los autores que se arrepintieron en el punto, considerando el poco fundamento con que se movian, y avisaron de ello, aunque por indiretas, y no sin falta de malicia, á los ministros. Uno de estos fue aquel Mase Francisco Abenedem,

dem, que diximos, el qual se fue al padre Albotodo, el jueves veinte y tres dias del mes de Diciembre, y como en confesion le dixo, que habia entendido de unos Moriscos gandules, que pasaban por delante la puerta de su casa, como se queria levantar el reyno la noche de navidad, por razon de la prematica; mas no le declaró otra cosa en particular. Con este aviso se fue luego Albotodo al maestro Plaza, su Retor, y dandole cuenta de lo que el Morisco le habia dicho, se fueron juntos al Arzobispo, y con su licencia lo dixeron al Presidente, y al Marques de Mondejar, y al Corregidor: los quales no quisieron que se publicase, porque la ciudad no se alborotase, y solamente mandaron reforzar las guardias, y doblar las centinelas y rondas, tanto para seguridad de los Christianos, como de los Moriscos. El Marques de Mondejar puso buen recaudo en la fortaleza de la Alhambra, y el Corregidor acompañado con mucho numero de gente armada rondó aquella noche y las siguientes las calles y plazas del Albaycin y de la Alcazaba.

CAPITULO III.

Como los caudillos de los monfis comenzaron el rebelion en la Alpuxarra, por cudicia de matar unos Christianos en la taa de Poqueyra y en Cadiar.

Teniendo pues Farax Abenfarax apercebidos todos sus amigos y conocidos en los lugares de Moriscos con cartas y personas de quien podia fiar el secreto, y viendo que se acercaba el dia señalado, envió al Partal de Narila á que juntase las quadrillas de los monfis, y las

traxesen á las taas de Poqueyra y Ferreyra y Órgiba, para que alzasen aquellos pueblos, en sabiendo que los del valle y de la vega iban la vuelta de Granada, y atravesando luego la Sierra nevada, acudiesen á favorecer la ciudad. Este Partal habia estado preso en el santo Oficio de la Inquisicion, donde se le habia mandado que no saliese de Granada, el qual, so color de que padecia necesidad, habia pedido licencia á los inquisidores para ir á vender su hacienda á la Alpuxarra, y con esta ocasion se habia pasado á Berbería; y despues volvió á estas partes á dar calor al rebelion, ofreciendose de traer grandes socorros de Africa, exagerando el poder de aquellos infieles; y mientras esto se trataba, estuvo escondido algunos dias en su casa, y no veía la hora de comenzar su maldad, como la comenzó antes de tiempo, por lo que agora diremos.

Acostumbraban cada año los alguaciles y escribanos de la audiencia de Uxixar de Albacete, que los mas de ellos estaban casados en Granada, ir á tener las pasquas y las vacaciones con sus mugeres, y siempre llevaban de camino de las alcarías, por donde pasaban, gallinas, pollos, miel, fruta y dineros, que sacaban á los Moriscos, como mejor podian. Y como saliesen el martes veinte y dos dias del mes de Diciembre Juan Duarte y Pedro de Medina, y otros cinco escribanos y alguaciles de Uxixar con un Morisco por guia, y fuesen por los lugares haciendo desordenes, con la mesma libertad que si la tierra estuviera muy pacifica, llevandose las bestias de guia, unos Moriscos, cuyas eran, creyendo no las poder cobrar mas por razon del levantamiento que aguardaban, acudieron á los monfis, y rogaron al Partal y al Seniz de Verchul, que saliesen á ellos con las quadri-

llas,

llas, y se las quitasen. Los quales no fueron nada perezosos, y el jueves en la tarde veinte y tres dias del dicho mes, llegando los Christianos á una viña del termino de Poqueyra, salieron á cortarles el camino y las vidas juntamente, sin considerar el inconviniente que de aquel hecho se podria seguir á su negocio: y matando los seis de ellos, huyeron Pedro de Medina y el Morisco, y fueron á dar rebato á Albacete de Órgiba: y demas de estos á la vuelta toparon con cinco escuderos de Motril, que tambien habian venido á llevar regalos para la pasqua, y los mataron, y les tomaron los caballos. El mesmo dia entraron en la taa de Ferreyra Diego de Herrera, capitan de la gente de Adra, y Juan Hurtado Docampo, su cuñado, vecino de Granada, y caballero del habito de Santiago, con cincuenta soldados, y una carga de arcabuces que llevaban para aquel presidio; y como fuesen haciendo las mesmas desordenes que los escribanos y escuderos, los monfis fueron avisados de ello, y determinaron de matarlos como á los demas, pareciendoles que no era inconviniente anticiparse, pues estaban ya avisados todos y prevenidos para lo que se habia de hacer. Con este acuerdo fueron á los lugares de Soportujar y Cañar, que son en lo de Órgiba, y recogiendo la gente que pudieron, siguieron el rastro por donde iba el capitan Herrera; y sabiendo que la siguiente noche habian de dormir en Cadiar, comunicaron con Don Hernando el Zaguer su negocio, y él les dió orden como los matasen, haciendo que cada vecino del lugar llevase un soldado á su casa por huesped, y metiendo á media noche los monfis en las casas, que se las tuvieron abiertas los guespedes, los mataron todos uno á uno, que solos tres soldados tuvieron

ron lugar de huir la vuelta de Adra, y juntamente con ellos mataron á Mariblanca, ama del beneficiado Juan de Ribera, y otros vecinos del lugar. Hecho esto, los vecinos de Cadiar se armaron con las armas que les tomaron, y enviando las mugeres y los bienes muebles y ganados con los viejos á Jubiles, se fueron los mancebos la vuelta de Uxixar de Albacete con los monfis, y Don Hernando el Zaguer y el Partál fueron á dar vuelta por los lugares comarcanos para recoger gente: y otro dia se juntaron todos en Uxixar, donde los dexaremos agora hasta que sea tiempo de volver á su historia, que ellos harán por donde no podamos olvidarlos, aunque queramos. Y si acaso el letor echare menos alguna cosa que él sabe, ó desea saber, vaya con paciencia, que adelante en el discurso de la historia lo hallará, que como fueron tan varios los sucesos, y en tantas partes, es menester que se acuda á todo.

CAPITULO IV.

Como en Granada se supo las muertes que los monfis habian hecho; y como Abenfarax quiso alzar el Albaycin.

Celebróse la fiesta del nacimiento de nuestro Salvador Jesu Christo en Granada el viernes en la noche con la solenidad que se solia hacer otros años en aquella insigne ciudad, aunque con mas recato, porque anduvo mucha gente armada rondando las calles. El sabado por la mañana llegaron dos Moriscos de Órgiba con dos cartas, una del alcayde Gaspar de Sarabia, y otra de Hernando de Tapia, quadrillero de los que andaban en segui-

guimiento de los monfis, que habia guarecidose en la torre de Albacete, como adelante diremos. Estas cartas eran, la una para el Presidente, la otra para Don Gabriel de Cordoba, tio del Duque de Sesa, cuya era aquella villa, dandoles aviso de las muertes que los Moriscos habian hecho, y como se habian alzado luego, y tenian cercados los Christianos en la torre, para que lo dixesen al Marques de Mondejar, y le pidiesen que les enviase socorro. Don Gabriel de Cordoba tomó las dos cartas, y las llevó luego al Presidente, y despues al Marques de Mondejar: el qual sospechando que algunos Moros Berberiscos habian desembarcado en la costa, y juntadose con los monfis para llevarse algun lugar, como lo habian hecho otras veces, solamente proveyó que se apercibiesen los ginetes, por si fuese menester hacer algun socorro, y no segundando otra nueva se enfrió la primera, y la gente de la ciudad se descuidó; y como estaban todos cansados de las rondas pasadas, y hacia aquella noche un temporal asperisimo de frio con una agua nieve muy grande, no hubo quien acudiese á casa del corregidor para salir á rondar con él: y si algunos caballeros acudieron, fueron pocos, y tan tarde, que se hubo de dexar de hacer la ronda, quando mayor necesidad hubo de ella. Los Moriscos del Albaycin habian tenido mas cierta nueva de lo que habia en la Alpuxarra, y andando todos turbados, unos se holgaban que los Alpuxarreños hubiesen comenzado el levantamiento con riesgo de sus cabezas, y otros que deseaban rebelion general, les pesaba de ver que los monfis se hubiesen anticipado por cudicia de matar aquellos pocos Christianos, y que no hubiesen tenido sufrimiento de aguardar á que el Albaycin comenzase, como esta-

taba acordado. Farax Abenfarax, que estaba á la mira, viendo que la ciudad y la Alhambra se apercebian cada hora, tomó consigo el sabado en la tarde primer dia de pasqua de navidad al Nacoz de Nigueles, y al Seniz de Berchul, capitanes de monfis, y á gran priesa se fue con ellos á los lugares de Güejar, Pinos, Cénes, Quentar y Dúdar, y recogió como ciento y ochenta hombres perdidos de los primeros monfis que pudieron atravesar la sierra el viernes por la mañana, porque los otros no les pudieron acudir, ni menos les acudieron los de aquellos lugares, diciendo que los del Albaycin les habian enviado á decir aquella mañana, que no hiciesen novedad hasta que ellos los avisasen. Con esta gente quiso Farax comenzar á matar Christianos. En Quentar le escondieron al beneficiado los proprios Moriscos del lugar, y el de Dúdar se le defendió en la torre de la iglesia; y aunque le puso fuego, no le aprovechó nada. De alli pasó la vuelta de Granada, determinado de alzar el Albaycin, y baxando á unos molinos, que estan sobre el rio Darro, hizo tomar los picos y herramientas que habia en ellos, y llegando al muro de la ciudad, que está por cima de la puerta de Guadix, rompió una tapia de tierra con que estaba cerrado un portillo, y dexando alli veinte y cinco hombres, entró con los demas por cima del barrio llamado Rabad Albayda, á media noche en punto, y se metió en su casa junto á Santa Isabel de los Abades, y al entrar del portillo hizo que todos los compañeros dexasen los sombreros y monteras que llevaban, y se pusiesen bonetes colorados á la turquesca, y sus toquillas blancas encima, para que pareciesen Turcos. Luego envió á llamar algunos de los autores del rebelion, y les dixo, que pues

pues el levantamiento estaba ya comenzado en la Alpuxarra, convenia que los del Albaycin hiciesen lo mesmo, antes que los Christianos metiesen mas gente de guerra en la ciudad. Que los ocho mil hombres que habian de acudir del valle y vega, y los capitanes de las parroquias no estaban tan desapercebidos, que en sintiendo el levantamiento dexasen de acudir, aunque fuese antes de tiempo, y que lo mesmo harian los de los lugares de la sierra, y se podria hacer el efeto de la Alhambra. Los quales, no aprobando su determinacion tan inconsiderada, le dixeron, que no era buen consejo el que tomaba; que habiendo de venir con ocho mil hombres, venia con quatro descalzos; y que no entendian perderse, ni le podian acudir, porque venia antes de tiempo, y con poca gente. Y ansi se fueron á encerrar en sus casas, no con menor contento de lo que Farax queria hacer, que de lo que habian hecho los de la Alpuxarra, creyendo que lo uno y lo otro seria parte para que por bien de paz se diese nueva orden en lo de la prematica, sin aventurar ellos sus personas y haciendas. De la respuesta de los del Albaycin se sintió gravemente Farax, y comenzó á quejarse de ellos, diciendo: "Cómo habéisme hecho perder mi casa, mi familia y mi hacienda, y darme á las sierras con los perdidos, por solo poner la nacion en libertad, y agora que veis el negocio comenzado, los que mas habiades de favorecernos y ayudarnos, os salis afuera, como si nos quedase otra manera de remedio, ó esperasemos alcanzar perdon en algun tiempo de nuestras culpas? Debierades avisarnos antes de agora: y pues ansi es, yo haré que el Albaycin se levante, ó perezcais todos los que estais en él." Con estas amenazas salió de su casa dos ho-

horas antes que amaneciese, llevando la gente en dos quadrillas, y por la calle de Rabad Albayda arriba se fue derecho á la placeta que está delante la puerta de San Salvador, donde fue avisado que estaban seis ó siete soldados haciendo guardia; y llegando á la boca de la calle, los monfis delanteros quisieran no descubrirse hasta que llegaran todos, porque vieron un soldado que se andaba paseando por la placeta. Este soldado estaba haciendo centinela, y quando sintió el ruido de la gente que subia por la calle arriba, creyendo que era el corregidor que andaba rondando, quiso hacer del bravo, y poniendo mano á la espada, se fue derecho á los monfis, diciendo: Quién vive? respondieronle con las ballestas que llevaban armadas, y hiriendole en el muslo, dió vuelta á los compañeros, huyendo y tocando arma: los quales estaban durmiendo alderredor de un fuego que tenian encendido junto á la pared de la iglesia, porque hacia mucho frio, y no fueron tan prestos á levantarse, como convenia: por manera que los monfis mataron uno de ellos, y hirieron otros dos. Finalmente los sanos y los heridos huyeron, y los enemigos fueron siguiendolos por unas callejuelas angostas, hasta dar en la plaza de Bib el Bonut, y llegando á unas casas grandes, donde moraban los padres Jesuitas, llamaron por su nombre al padre Albotodo, y le deshonraron de perro renegado, que siendo hijo de Moros, se habia hecho alfaqui de Christianos: y como no pudieron romper la puerta, que era fuerte, y estaba bien atrancada de parte de dentro, derribaron una cruz de palo que estaba puesta sobre ella, y la hicieron pedazos. La otra quadrilla que venia atras con el Nacoz, en llegando á la placeta, tomó á mano derecha, y á la entrada de una calle

lle, que llaman la Plaza larga, derribaron las puertas de la botica de un familiar del santo Oficio llamado Diego de Madrid, pensando que estaba dentro, porque solia dormir alli cada noche; y no le hallando, vengaron la ira en los botes y redomas, haciendolo todo pedazos. De alli pasaron al portillo de S. Niculas, que está junto á la puerta mas antigua de la Alcazaba Cadima, en un cerrillo alto, de donde se descubre la mayor parte del barrio del Albaycin, y tocando los atabalejos y dulzaynas que llevaban, con dos banderas tendidas, y un cirio de cera ardiendo, comenzó uno de ellos á dar grandes voces en su algaravia, diciendo de esta manera: "No hay mas que Dios y Mahoma su mensagero: todos los Moros que quisieren vengar las injurias que los Christianos han hecho á sus personas y ley, venganse á juntar con estas banderas, porque el Rey de Argel, y el Xerife, á quien Dios ensalce, nos favorecen, y nos han enviado toda esta gente, y la que nos está aguardando alli arriba. Ea, ea, venid, venid, que ya es llegada nuestra hora, y toda la tierra de los Moros está levantada." Este pregon fue oido y entendido por muchos Christianos que moraban en el Albaycin y en el Alcazaba; mas no hubo Morisco ni Christiano que saliese de su casa, ni hiciese señal de abrir puerta ni ventana, aunque dos hombres nos dixeron que habian oido, que desde una azutea les habian respondido: "Hermanos, idos con Dios, que sois pocos, y venis sin tiempo." Viendo pues Farax Abenfarax, que no le acudia nadie, y que las campanas de San Salvador tocaban á rebato, porque el canonigo Alonso de Horozco, que vivia á las espaldas de la sacristia, se habia metido dentro por una puerta falsa, y las hacia repicar, recogiendo todos sus com-

pañeros se salió de entre las casas, y se fue á poner en un alto de la ladera, por donde se sube á la torre del Aceytuno, y desde alli hizo dar otro pregon de la mesma manera; y como no le acudió nadie, comenzó á deshonrar á los del Albaycin, diciendoles: "Perros, cornudos, cobardes, que habeis engañado las gentes, y no quereis cumplir lo prometido." Y saliendose por el portillo, que habia entrado, se fue la vuelta de Cenes, siendo ya el alba del dia, sin que en aquellas dos horas hubiese quien le diese el menor estorvo del mundo: por manera que se dexa bien entender, que si Farax traxera consigo la gente toda, y los del Albaycin le acudieran, pudiera hacer terrible espectaculo de muertos en la ciudad aquella noche; y tanto mas, si llegaran las quadrillas de los monfis que venian de la Alpuxarra, que por hacer la noche tempestuosa de nieve, se habian desbaratado, no pudiendo atravesar la sierra: y lo mesmo habian hecho algunos mancebos sueltos que estuvieron apercebidos para ello, y habian avisadole que serian con él la noche de navidad, entendiendo que lo podrian hacer.

CAPITULO V.

De lo que los Christianos hicieron, quando supieron la entrada de los monfis en el Albaycin.

Los soldados, que diximos que huyeron del cuerpo de guardia, fueron luego á dar aviso á Bartolomé de Santa Maria, que era uno de los alguaciles señalados por el Presidente, y baxando á la ciudad, iban por las calles dando voces, y tocando arma; mas estaban los vecinos tan descuidados, que muchos no creían que fuese arma

ver-

verdadera, y asomandose á las ventanas les decian, que callasen, que debian de venir borrachos. Otros salieron turbados con las armas en las manos, no sabiendo lo que habian de hacer, ni adonde habian de acudir. Llegados pues á las casas de la audiencia, donde estaba el Presidente, y dandole cuenta de lo que pasaba, aunque confusamente, como hombres que no habian hecho mas que huir, envió uno de ellos al Marques de Mondejar, y otro al corregidor; y mandó al alguacil, que volviese al Albaycin, y entendiese mas de raiz lo que habia en él. El soldado, que fue al Marques de Mondejar, se detuvo un rato en la puerta de la Alhambra, que no le quisieron abrir, hasta que el Conde de Tendilla, que andaba rondando, lo mandó, el qual habia ya oido las voces y los instrumentos desde los muros: y quiriendose informar mejor, le preguntó, qué ruido habia sido aquel? y él le contó lo que habia pasado, y le dixo, que el Presidente le enviaba á que avisase al Marques. Entonces le llevó el Conde consigo al aposento de su padre, para que le informase de lo que le habia dicho á él; mas el Marques no podia creer que fuese tanto como el soldado decia, sino que algunos hombres perdidos habian hecho aquel alboroto. Y como todavia le afirmase que eran Moros vestidos y tocados como Moros, y el proprio Conde su hijo le dixese que habia oido las voces y los instrumentos, entonces se paró á considerar el caso con mas cuidado, y á pensar en lo que convenia hacer. Hallabase con solos ciento y cincuenta soldados, y cincuenta caballos que poder sacar y dexar en la fortaleza: pareciale que seria gran yerro salir de ella de noche, no sabiendo la cantidad de Moros que eran los que habian entrado en el Albaycin, que podrian ser

muchos, habiendo tanto numero de Moriscos en la tierra. Veía que en la ciudad habia muy poca gente util y bien armada de que poderse valer para acometerlos en la angostura de las calles y casas, donde habia mas de diez mil hombres para poder tomar armas. Y al fin resolviendose de no dexar la fortaleza, tampoco consintió que se tocase rebato, porque habiendo cesado ya el ruido en el Albaycin, parecia estar todo sosegado; y no quiso dar ocasion á que los ciudadanos subiesen á saquear las casas de los Moriscos: en lo qual estuvo muy atentadó, porque segun la gente estaba cudiciosa, no fuera mucho que lo pusieran por la obra. Por otra parte el corregidor, luego que el otro soldado llegó á él con aviso, poniendose á caballo con algunos caballeros que le acudieron, fue á las casas de la audiencia, y en la plaza nueva, que está delante de ellas, comenzó á recoger gente de la que venia desmandada, y procuró estorvar que no subiese nadie al Albaycin. Tambien acudieron Don Gabriel de Cordoba, y Don Luis de Cordoba su yerno, alferez mayor de Granada, y otros caballeros, que estuvieron en aquella plaza armados lo que quedaba de la noche, esperando si el negocio pasaba mas adelante. El alguacil luego que entró por las calles del Albaycin, entendió que los Moros se habian ido, porque no halló persona sospechosa en todas ellas; y juntando la mas gente que pudo, fue la vuelta del portillo, por donde habian entrado, pensando tomar lengua de ellos; y hallando alli un costal de bonetes colorados, que, segun parece, traían para dar á los mozos gandules que se juntasen con ellos, y algunas herramientas que habian dexado, lo recogió todo: y no se atreviendo á pasar mas adelante, se volvió á la ciudad. Siendo pues

ya

ya de dia claro, el Marques de Mondejar dexó en la fortaleza de la Alhambra á Don Alonso de Cardenas su yerno, que despues fue Conde de la Puebla, y llevando consigo al Conde de Tendilla y á Don Francisco de Mendoza sus hijos, baxó á la plaza nueva, donde estaba el corregidor y Don Gabriel de Cordoba, y se recogieron luego los Marqueses de Villena y Villanueva, y Don Pedro de Zuñiga, Conde de Miranda, que todos habian venido á seguir sus pleytos en la Audiencia real, y otros muchos caballeros y escuderos armados, y les dixo, que se asosegasen, porque sin duda los que habian entrado en el Albaycin, y hecho aquel alboroto, debian de ser monfis y hombres perdidos, que habian salidose luego huyendo, y que brevemente se entenderia lo que habia sido. Y estandoles diciendo esto, llego á él un hombre, y le dió aviso, como los Moros iban con dos banderas tendidas por detras del cerro del Sol á dar á la casa de las gallinas, llamada Darluet, que está como media legua de la ciudad sobre el rio Xenil. Con esta nueva se alborotaron todos aquellos caballeros. Hubo algunos que dixeron al Marques de Mondejar, que seria bien enviar sesenta caballos con otros tantos arcabuceros á las ancas, que procurasen entretener aquellos Moros, mientras llegaba el golpe de la gente: el qual no lo consintió, diciendo, que primero queria informarse qué gente eran, y el camino que llevaban, y la seguridad que quedaba en el Albaycin. De esto se desgustaron muchos de los que alli estaban, entendiendo que quanto mas se dilatase la salida, tanto mas lugar y tiempo ternian los Moros para meterse en la sierra, donde despues no se pudiesen aprovechar de ellos, como sucedió. Luego mandó el Marques de Mondejar

á

á un escudero criado suyo, llamado Ampuero, que fuese á reconocer qué gente era la que aquel hombre decia que habia visto, y que llevase consigo otro compañero, y en descubriendolos le dexase sobre ellos, y tornase con diligencia á darle aviso. Y viendo el mal recaudo y poco caudal de gente con que se hallaba para, si fuese menester, oprimir con fuerza á los del Albaycin, y que para estorvarles que no se rebelasen convenia usar con ellos de industria, dexando en la plaza al Conde de Tendilla en compañia de los otros caballeros, y algunos veintiquatros en las bocas de las calles, acompañado del corregidor, y con treinta caballos y quarenta arcabuceros, y los alabarderos de su guardia, subió al Albaycin, y atravesando por él sin topar gente, porque los Moriscos se habian encerrado y hecho fuertes en las casas de miedo no los robasen, llegó á la iglesia de San Salvador, y preguntando á algunos Christianos que estaban alli recogidos, qué era la causa que no parecian Moriscos? los quales le dixeron, que estaban todos encerrados en sus casas. Entonces mandó á Jorge de Baeza, que llamase algunos de los mas principales, porque les queria hablar; y trayendo ante él veinte y cinco ó treinta hombres, les preguntó, qué novedad habia sido aquella, y qué gente era la que habia entrado en el Albaycin á desasosegarlos? Los quales respondieron con mucha humildad: que no sabian nada, que ellos habian estado metidos en sus casas, y eran buenos Christianos, y leales vasallos de su Magestad, y como tales no habian de hacer cosa que fuese en su deservicio; y que si alguna gente habia entrado á poner la ciudad en alboroto, serian enemigos suyos, y personas que querian hacerles mal. A esto les respondió el Marques

de

de Mondejar, que por cierto asi lo habian mostrado como decian, y que procurasen conservarse en lealtad; porque siendo los que debian, él procuraria que no se les hiciese agravio, y escribiria á su Magestad en su recomendacion, suplicandole que les hiciese toda merced y favor. Con esto quedaron los Moriscos, al parecer, de temerosos que estaban, muy contentos, y prometieron de estar y perseverar en la fidelidad y obediencia que debian como buenos y leales vasallos. Hecha esta diligencia baxó el Marques de Mondejar por la cuesta de la Alcazaba, y entrando en la ciudad por la puerta Elvira, volvió á la plaza nueva, donde estaban todavia aquellos caballeros aguardandole; y apartandose con él corregidor y con el Conde de Tendilla, estuvieron buen rato dando y tomando sobre lo que convenia hacer. Y al fin se resolvieron en que venido Ampuero, y sabido el camino que llevaban los Moros, se podria ir en su seguimiento, porque habiendo de rodear por el valle de Lecrin, no se podrian meter tan presto en las sierras, que la caballeria no los alcanzase primero. Y con este acuerdo dixo á los señores y caballeros que alli estaban, que se fuesen á sus casas, y estuviesen á punto para quando sintiesen tirar una pieza de artilleria. Y él se volvió con sus hijos á la Alhambra.

CAPITULO VI.

Como el Marques de Mondejar salió en busca de los monfis que habian entrado en el Albaycin.

El mesmo dia el corregidor y los veintiquatros, viendo que tardaba mucho la orden del Marques de Mon-

de-

dejar, acordaron de salir ellos por ciudad en seguimiento de los monfis, y habiendolo tratado en su cabildo, le enviaron á decir con dos ventiquatros, que le suplicaban fuese servido de salir luego por su persona, porque le acompañarian todos, ó que les diese licencia para que ellos lo pudiesen hacer. El qual les respondió, que les agradecia mucho el cuidado que tenian de las cosas que tocaban al servicio de su Magestad, y que solamente esperaba tener aviso cierto del camino que llevaban los monfis para ir en su seguimiento, y que no podia tardar mucho. Era grande el deseo que todos tenian de ir en seguimiento de los Moros, y cada momento que tardaban se les hacia un año; mas el Marques de Mondejar no se queria determinar de dexar atras la fortaleza y la ciudad, hasta estar bien cierto qué gente era aquella, que pudiera ser mucha, y estar emboscada detras de aquellos cerros: y por esta razon aguardaba los escuderos que habia enviado á reconocer. Estando pues hablando con él unos Moriscos del Albaycin, que habian ido á darle las gracias en nombre del reyno por la merced que les habia hecho en animarlos con su presencia, y á suplicarle que en lo de adelante no los desamparase, llegó Ampuero, y le dixo como no eran mas de hasta docientos hombres los que iban con las banderas, y que llevaban el camino de Dilar por la halda de la sierra. Entonces mandó tocar una trompeta, y disparar una pieza de artilleria, y tocar la campana del rebato, todo á un tiempo; y poniendose á caballo, acompañado de sus hijos, y de Don Alonso de Cardenas, y de algunos escuderos, salió de la Alhambra á media rienda, y desde el camino envió á decir al Presidente, que mandase que la gente de la ciudad

le

le fuese siguiendo, porque no pensaba detenerse en ninguna parte. En este tiempo los Moros proseguian su camino, y sin detenerse en los lugares de Dudar y Quentar habian pasado por ellos, y de alli baxado á Cenes, donde estuvieron almorzando, y viendo que un Christiano los habia descubierto, aunque algunos de ellos nos dixeron, que habian oido las piezas de artilleria de la Alhambra, tomaron el camino su poco á poco por la halda de la sierra Nevada la vuelta de Dilar, yendoles á las espaldas bien á lo largo el escudero que habia salido con Ampuero. Luego que partió el Marques de Mondejar, el Presidente se puso á la ventana de su aposento, y viendo al Conde de Miranda, y á Don Gabriel de Cordoba, y á Don Luis de Cordoba, y á otros caballeros en la plaza nueva, que habian salido armados en oyendo la señal del rebato, les envió á decir, que fuesen á alcanzar al Marques de Mondejar con toda la gente de á pie y de á caballo que tenian; y ordenó al corregidor, que anduviese por la ciudad, y pusiese algunos caballeros y veintiquatros en las bocas de las calles, que no dexasen subir á nadie sin orden al Albaycin, y que enviase alguna gente arriba para asegurarse de los Moriscos, encomendandola á personas de confianza, porque no hubiese alguna desorden. Hecho esto, todos los que acudian á la plaza los enviaba en seguimiento de los Moros. El Marques de Mondejar tomó por cima de Guetor hácia Dilar, y llegando al campo que dicen de Gueni, á la asomada de él descubrieron los caballos delanteros á los Moros que iban de corrida á tomar la sierra. Don Alonso de Cardenas puso las piernas al caballo, y con él algunos ginetes, creyendo poderlos alcanzar antes que se embre-

ñasen en ella; mas estorvóselo una cuesta muy agria que se les puso delante en el barranco del rio de Dilar, donde se detuvieron tanto en baxar y tornar á subir, que los Moros tuvieron lugar de tomar un cerro alto y muy aspero sobre mano izquierda: alli se hicieron una muela, y poniendo las banderas en medio, comenzaron á dar voces, y á tirar con las escopetas. Llegaron cerca de ellos algunos escuderos que los acometieron con escaramuza, pensando entretenerlos hasta que llegase la infanteria, uno de los quales se desmandó tanto, que le mataron el caballo de un escopetazo, y le mataran tambien á él, si no fuera socorrido. De alli fueron tomando lo mas aspero de la sierra, donde los caballos no podian subir, yendoles siempre tirando con las escopetas desde lejos. Viendo pues el Conde de Miranda y los otros caballeros, quan mal los podian seguir á caballo, acordaron de apearse; y estandose apercibiendo para ir tras de ellos á pie, llegó el Marques de Mondejar, y los detuvo, porque ya estaba puesto el sol; y demas de que los enemigos llevaban gran ventaja de camino, hacia un tiempo muy trabajoso de frio y de agua nieve; y haciendo tocar á recoger, mandó á Don Diego de Quesada, vecino del lugar de la Peza, que siguiese aquellos monfis con la infanteria y algunos caballos, y dió vuelta hácia la ciudad; y encontrando en el camino al capitan Lorenzo de Avila, á cuyo cargo estaba la gente de guerra de las siete villas de la jurisdicion de Granada, que iba con un golpe de gente, le ordenó, que se fuese á juntar con él para el mesmo efeto. Los dos capitanes, y con ellos algunos caballeros, los fueron siguiendo, hasta que con la escuridad los perdieron de vista; y como habia en la sierra tanta nieve, y ha-

hacia tan recio frio, porque la gente no pereciese, se recogieron aquella noche á la iglesia del lugar de Dilar, y alli les llevaron de cenar los Moriscos. Y en riendo el alva, creyendo que los Moros habian detenidose tambien en alguna parte, los fueron siguiendo por las pisadas que dexaban señaladas en la nieve; mas ellos habian caminado toda la noche sin parar por veredas que sabian, y baxando al valle de Lecrin, iban alzando los lugares por do pasaban, dandoles á entender, que dexaban levantado el Albaycin, y que Granada y la Alhambra estaba ya por los Moros. Por manera que, quando nuestra gente baxó al valle, ya ellos iban muy adelante: y dexandolos de seguir, por parecerles que iba poca gente, y mal apercebida para entrar la tierra adentro, pararon en el lugar de Ducal: y alli estuvieron el tercero dia de pasqua, esperando si llegaba mas gente. Dexemoslos agora aqui, y digamos de Don Hernando de Valor qüien era, y como le alzaron los rebeldes por Rey, que á tiempo seremos para volver á ellos.

CAPITULO VII.

Que trata de Don Hernando de Cordoba y de Valor, y como los rebeldes le alzaron por Rey.

Don Hernando de Cordoba y de Valor era Morisco, hombre estimado entre los de aquella nacion, porque traía su origen del Halifa Maruan, y sus antecesores, segun decian, siendo vecinos de la ciudad de Damasco Xam, habian sido en la muerte del Halifa Hucein, hijo de Ali, primo de Mahoma, y venidose huyendo á Africa, y despues á España, y con valor proprio habian

bian ocupado el reyno de Cordoba, y poseidolo mucho tiempo con nombre de Abdarrahamanes, por llamarse el primero Abdarrahaman; mas su proprio apellido era Aben Umeya. Este era mozo liviano, aparejado para qualquier venganza, y sobre todo prodigo. Su padre se decia Don Antonio de Valor y de Cordoba, y andaba desterrado en las galeras por un crimen de que habia sido acusado; y aunque eran ricos, gastaban mucho, y vivian muy necesitados, y con desasosiego; y especialmente el Don Hernando andaba siempre alcanzado, y estaba estos dias preso, la casa por carcel, por haber metido una daga en el cabildo de la ciudad de Granada, donde tenia una veintiquatria. Viendose pues en este tiempo con necesidad, acordó de venderla, y irse á Italia, ó á Flandes, segun él decia, como hombre desesperado; y al fin la vendió á otro Morisco, vecino de Granada, llamado Miguel de Palacios, hijo de Geronimo de Palacios, que era su fiador en el negocio sobre que estaba preso, por precio de mil y seiscientos ducados: el qual, la mesma noche que habia de pagarle el dinero, temiendo que si quebrantaba la carceleria, la justicia echaria mano de él y del oficio por la general hipoteca, y se lo haria pagar otra vez, avisó al licenciado Santaren, alcalde mayor de aquella ciudad, para que lo mandase embargar, y en acabando de contar el dinero, llegó un alguacil, y se lo embargó. Hallandose pues Don Hernando sin veintiquatria, y sin dineros, determinó de quebrantar la carceleria, y dar consigo en la Alpuxarra; y con sola una muger Morisca, que traía por amiga, y un esclavo negro, salió de Granada otro dia luego siguiente jueves veinte y tres de Diciembre, y durmiendo aquella noche en la almacería de una guer-

guerta, caminó el viernes hácia el valle de Lecrin, y en la entrada de él encontró con el beneficiado de Beznar, que iba huyendo la vuelta de Granada, el qual le dixo, que no pasase adelante, porque la tierra andaba alborotada, y habia muchos monfis en ella; mas no por eso dexó de proseguir su viage, y llegó á Beznar, y posó en casa de un pariente suyo, llamado el Valori, de los principales de aquel lugar, á quien dió cuenta de su negocio. Aquella noche se juntaron todos los Valoris, que era una parentela grande, y acordaron, que pues la tierra se alzaba, y no habia cabeza, seria bien hacer Rey á quien obedecer. Y diciendolo á otros Moros de los rebelados, que habian acudido alli de tierra de Órgiba, todos dixeron que era muy bien acordado; y que ninguno lo podia ser mejor, ni con mas razon, que el mesmo Don Hernando de Valor, por ser de linage de Reyes, y tenerse por no menos ofendido que todos. Y pidiendole que lo aceptase, se lo agradeció mucho, y asi le eligieron y alzaron por Rey, yendo, segun despues decia, bien descuidado de serlo, aunque no ignorante de la revolucion que habia en aquella tierra. Algunos quisieron decir, que los del Albaycin le habian nombrado antes que saliese de Granada, y aun nos persuadieron á creerlo al principio; mas procurando despues saberlo mas de raiz, nos certificaron, que no él, sino Farax habia sido el nombrado; y que los que trataban el levantamiento, no solo quisieron encubrir su secreto á los caballeros Moriscos y personas de calidad, que tenian por servidores de su Magestad, mas á este particularmente no se osaran descubrir, por ser veintiquatro de Granada, y criado del Marques de Mondejar, y tenerle por mozo liviano y de poco fundamento.

Es-

Estando pues el lunes por la mañana, á hora de misa, Don Hernando de Valor delante la puerta de la iglesia del lugar con los vecinos de él, asomó por un viso que cae sobre las casas á la parte de la sierra Farax Abenfarax con sus dos banderas, acompañado de los monfis, que habian entrado con él en el Albaycin, tañendo sus instrumentos, y haciendo grandes algazaras de placer, como si hubieran ganado alguna gran vitoria. El qual como supo que estaba alli Don Hernando de Valor, y que le alzaban por Rey, se alteró grandemente, diciendo, que cómo podia ser, que habiendo sido él nombrado por los del Albaycin, que era la cabeza, eligiesen los de Beznar á otro: y sobre esto hubieran de llegar á las armas. Farax daba voces, que habia sido autor de la libertad, y que habia de ser Rey y gobernador de los Moros, y que tambien era él noble del linage de los Abencerrages. Los Valoris decian, que donde estaba Don Hernando de Valor, no habia de ser otro Rey sino él. Al fin entraron algunos de por medio, y los concertaron de esta manera: Que Don Hernando de Valor fuese el Rey, y Farax su alguacil mayor, que es el oficio mas preeminente entre los Moros cerca de la persona real. Con esto cesó la diferencia, y de nuevo alzaron por Rey los que alli estaban á Don Hernando de Valor, y le llamaron Muley Mahamete Aben Umeya, estando en el campo debaxo de un olivo. El qual por quitarse de delante á Farax Abenfarax, el mesmo dia le mandó que fuese luego con su gente y la que mas pudiese juntar á la Alpuxarra, y recogiese toda la plata, oro y joyas que los Moros habian tomado, y tomasen asi de iglesias, como de particulares, para comprar armas de Berbería. Este traydor publicando que Gra-

Granada y toda la tierra estaba por los Moros, yendo levantando lugares, no solamente hizo lo que se le mandó, mas llevando consigo trecientos monfis salteadores de los mas perversos del Albaycin, y de los lugares comarcanos á Granada, hizo matar todos los clerigos y legos que halló captivos, que no dexó hombre á vida que tuviese nombre de Christiano, y fuese de diez años arriba, usando muchos generos de crueldades en sus muertes, como lo diremos en los capitulos del levantamiento de los lugares de la Alpuxarra.

Bien se dexa entender, que este Don Hernando supo lo que se trataba del levantamiento, ansi por la priesa que se dió en vender su veintiquatria, como porque, segun nos dixo el licenciado Andres de Alava, inquisidor de Granada, con quien profesaba mucha amistad, que estando de camino para visitar la Alpuxarra por orden particular de su Magestad, que le mandaba que visitando la tierra, en el secreto del santo Oficio procurase entender, si los Moriscos trataban alguna novedad, habia ido á él pocos dias antes que se alzase el reyno, y aconsejadole por via de amistad, que no se pusiese en camino hasta que pasase la pasqua de navidad, porque para entonces estaria ya la gente mas quieta, y le acompañaria él por su persona; y habia hecho tanta instancia sobre esto, que se podia presumir, que ya él lo sabia, y por ventura quiso escusar la ida del inquisidor, pareciendole, que si le tomaba el levantamiento dentro de la Alpuxarra, se pornia de nuestra parte mucha diligencia en socorrerle; aunque tambien pudo ser, que quiso apartarle del peligro en que veía que se iba á meter, por la amistad que con él tenia. Sea como fuere, esta es la relacion mas cierta que pudimos saber de este negocio.

CA-

CAPITULO VIII.

Que trata del levantamiento general de los Moriscos de la Alpuxarra.

Congoja pone verdaderamente pensar, quanto mas haber de escrebir, las abominaciones y maldades con que hicieron este levantamiento los Moriscos y monfis de la Alpuxarra, y de los otros lugares del reyno de Granada. Lo primero que hicieron fue apellidar el nombre y seta de Mahoma, declarando ser Moros agenos de la santa fe catholica, que tantos años habia que profesaban ellos y sus padres y abuelos. Era cosa de marabilla ver quan enseñados estaban todos chicos y grandes en la maldita seta: decian las oraciones á Mahoma, hacian sus procesiones y plegarias, descubriendo las mugeres casadas los pechos, las doncellas las cabezas, y teniendo los cabellos esparcidos por los hombros baylaban publicamente en las calles, abrazaban á los hombres, yendo los mozos gandules delante haciendoles ayre con los pañuelos, y diciendo en alta voz, que ya era llegado el tiempo del estado de la inocencia, y que mirando en la libertad de su ley se iban derechos al cielo: llamandola ley de suavidad, que daba todo contento y deleyte. Y á un mesmo tiempo, sin respetar á cosa divina ni humana, como enemigos de toda religion y caridad, llenos de rabia cruel y diabolica ira, robaron, quemaron y destruyeron las iglesias, despedazaron las venerables imagines, deshicieron los altares, y poniendo manos violentas en los sacerdotes de Jesu Christo, que les enseñaban las cosas de la fe, y administraban los sacramen-

mentos, los llevaron por las calles y plazas desnudos y descalzos, en publico escarnio y afrenta. A unos asaetearon, á otros quemaron vivos, y á muchos hicieron padecer diversos generos de martirios. La mesma crueldad usaron con los Christianos legos que moraban en aquellos lugares, sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre, ni amigo á amigo; y aunque algunos lo quisieron hacer, no fueron parte para ello, porque era tanta la ira de los malos, que matando quantos les venian á las manos, tampoco daban vida á quien se lo impedia. Robaronles las casas, y á los que se recogian en las torres y lugares fuertes, los cercaron y rodearon con llamas de fuego, y quemando munchos de ellos, á todos los que se les rindieron á partido dieron igualmente la muerte, no quiriendo que quedase hombre Christiano vivo en toda la tierra que pasase de diez años arriba. Esta pestilencia comenzó en Lanjaron, y pasó á Órgiba el jueves en la tarde en la taa de Poqueyra; y de alli se fue estendiendo el humo de la sedicion y maldad en tanta manera, que en un improviso cubrió toda la faz de aquella tierra, como se irá diciendo por su orden. Y porque juntamente con la historia de este rebelion hemos de hacer una breve descripcion de las taas de la Alpuxarra, y lugares de ellas, para que el letor lleve mejor gusto en todo, diremos primero en este lugar que cosa es taa, y lo que significa este nombre berberisco.

Taa es un epiteto, de que antiguamente usaron los Africanos en todas las ciudades nobles, como diximos atras en el capitulo tercero del primer libro, y taa quiere decir cabeza de partido, ó feligresía de gente natural Africana, aunque otros interpretan pueblos avasalla-

dos y sujetos. Dicen algunos Moriscos antiguos haber oido á sus pasados, que por ser las sierras de la Alpuxarra fragosas, y estar pobladas de gente barbara indomita, y tan soberbia, que con dificultad los Reyes Moros podian averiguarse con ellos, por estar confiados en la aspereza de la tierra, como acaece tambien en las serranias de Africa, que están pobladas de Bereberes, tomaron por remedio dividirla toda en alcaydías, y repartirlas entre los mesmos naturales de la tierra: y despues que estos hubieron hecho castillos en sus partidos, vinieron á meter en ellos otros alcaydes Granadinos y de otras partes, con alguna gente de guerra para poderlos avasallar. Y como habia en cada partido de estos un alcayde, á quien obedecian mil ó dos mil vasallos, tambien habia un alfaqui mayor, que tenia lo espiritual á su cargo, y aquel distrito llamaban taa. Finalmente es lo mesmo que en Africa Nueyba, que quiere decir partido de barbaros pecheros del magacen del Rey, una de las quales es la tierra de Órgiba, que aunque cae fuera de la Alpuxarra, está en la entrada de ella, de donde comenzaremos, pues los Moriscos comenzaron por alli su maldad, y por la mesma orden iremos prosiguiendo en las demas taas como se fueron alzando.

Luego como en Lanjaron, lugar del valle de Lecrin, se entendió el desasosiego de los Moriscos, el licenciado Espinosa, y el bachiller Juan Bautista, beneficiados de aquella iglesia, y Miguel de Morales su sacristán, y hasta diez y seis Christianos, se metieron en la iglesia, y llegando Abenfaraz les mandó poner fuego, y el beneficiado Juan Bautista se descolgó por una pleyta de esparto, y se entregó luego al tirano, el qual

le hizo matar á cuchilladas, y prosiguiendo en el fuego de la iglesia la quemó, y se hundió sobre los que estaban dentro. Y haciendolos sacar de debaxo de las ruinas, los hizo llevar al campo, y alli no se hartaban de dar cuchilladas en los cuerpos muertos: tanta era la ira que tenian contra el nombre Christiano. Luego pasaron á la taa de Órgiba, llevándo consigo á los mancebos del lugar.

CAPITULO IX.

De la descripcion de la taa de Órgiba, y como se alzaron los lugares de ella, y cercaron los Christianos en la torre de Albacete.

La taa de Órgiba tiene á poniente á Lanjaron, lugar del valle de Lecrin, y á Salobreña y Motril; al cierzo confina con Sierra nevada; al levante con las taas de Poqueyra y Ferreyra, y con la del Cehel, que cae hácia la mar, que todas están en la Alpuxarra; y al mediodia tiene el mar Mediterraneo, donde está en la lengua del agua un castillo fuerte de sitio, que los Moros llaman Sayena, y los Christianos Castil de ferro. Por medio de esta taa atraviesa un rio que baxa de la Sierra nevada, y corriendo hácia la mar con algunas vueltas va á juntarse con el rio de Motril. Es tierra fertil, llena de muchas arboledas y frescuras; y por ser templada se crian naranjos, limones, cidros, y todo genero de frutas tempranas, y muy buenas hortalizas en ella. La cria de la seda es mucha y muy buena, y hay hermosisimos pastos para los ganados, y muchas tierras de labor, donde los moradores de los lugares cogen trigo, ce-

cebada, panizo y alcandia; y la mayor parte de ellas se riegan con el agua del rio y de las fuentes que baxan de aquellas sierras. Hay en esta taa quince lugares, que los Moriscos llaman alcarías, cuyos nombres son: Pago, Benizalte, Sortes, Cañar, el Fex, Bayarcar, Soportujar, Caratanuz, Benizeyet, Lexur, Barxar, Guarros, Luliar, Faragenit, y Albacete de Órgiba, que es el lugar principal, donde está una torre, que estaba en este tiempo algo mejor proveida que otras veces, porque habiendose llevado aquel lugar los Moros de Berberia, pocos años antes se habia puesto mejor recaudo en ella. La mayor parte de estos lugares están en las haldas de las sierras, y los otros en una vega llana que se hace entre ellas, donde está el lugar de Albacete de Órgiba.

El dia que el Partal y el Seniz mataron aquellos Christianos que diximos de Uxixar, los dos hombres que escaparon de sus manos, fueron huyendo al lugar de Albacete de Órgiba, y dieron aviso á Gaspar de Sarabia, que estaba por alcayde y gobernador de aquella taa: el qual luego otro dia viernes bien de mañana envió á Camacho, alguacil mayor, con ocho Christianos arcabuceros, y con ellos algunos Moriscos desarmados, á que supiesen qué novedad habia sido aquella. Y mientras ellos iban, vino á él un Morisco, alguacil de Benizalte, llamado Alvaro Abuzayet, y le dixo, que hiciese recoger con brevedad todos los Christianos chicos y grandes á la torre, porque estaba la tierra levantada. Con este aviso se recogieron luego Alonso de Algar, cura de Albacete, y los otros clerigos, beneficiados, y vecinos Christianos, que moraban en los lugares de aquella taa, sin recebir daño, sino fueron los de So-

por-

portujar, y algunos perezosos. Los ocho arcabuceros corrieron peligro de perderse, porque estando en el lugar de Barxar enterrando á los Christianos que habian sido muertos el dia antes, dieron los monfis en ellos, y haciendolos huir, los fueron siguiendo hasta cerca de la torre, llamandolos de perros, y diciendoles, que ya era llegado su dia, y les quitaron algunas armas; y los proprios Moriscos de paces, que iban con ellos, fueron los que mas los persiguieron. Viendo pues Gaspar de Sarabia lo que pasaba, recogió á gran priesa las Moriscas y muchachos que pudo haber en el lugar, y las metió en la torre, entendiendo que si se viese en necesidad, no faltaria quien se compadeciese, padres, maridos, ó hermanos, y que secretamente les proveerian de agua y de bastimentos mientras le venia socorro. Finalmente se encerró en la torre con ciento y ochenta personas, y algunos hombres esforzados entre ellos; uno de los quales se llamaba Pedro de Vilches, y por otro nombre pie de palo, porque teniendo cortada una pierna á cercen, la traía puesta de palo, y era hombre animoso y muy platico en aquella tierra, y otro Leandro, que era gran cazador, y acaso habia llegado alli aquella noche con dos cargas de conejos y perdices, y un cuero de aceyte: que cierto pareció haberlo enviado Dios para la salud de aquella gente: porque demas de que él era buen arcabucero, y llevaba su arcabuz con cantidad de municion para poder pelear, la caza suplió la necesidad y hambre algunos dias, y el aceyte fue de mayor importancia para quemar á los enemigos una manta de madera que les arrimaron al muro de la torre, entendiendo poderlo picar por debaxo. No fueron bien recogidos los Christianos, quando se levantó el lugar, y en

en un barrio, que está cerca de él, arbolaron una bandera, y tumultuosamente se recogieron á ella los mancebos gandules: y no mucho despues parecieron otras seis banderas, la mayor de ellas colorada con unas lunas de plata en medio, y las otras todas de seda de diferentes colores, y atravesando por un viso á vista de la torre, fueron á ponerse en los olivares, acompañados de mucha gente armada de arcabuces y ballestas. De alli enviaron á recoger los lugares que estaban en lo llano: y saliendo hombres y mugeres con bagages cargados de ropa y de bastimentos, y los ganados por delante, se subieron á la sierra de Puqueyra, y la gente armada cercó la torre donde estaban nuestros Christianos. Luego que se alzaron los lugares de Soportujar y Cañar, y los demas de las sierras, lo primero que hicieron aquellos hereges fue destruir las iglesias, y saquear lo que habia en ellas y en las casas de los Christianos. En Soportujar prendieron por engaño al vicario de Ojeda, beneficiado de aquel lugar, y despues de tenerle preso á él y á un muchacho criado suyo llamado Martin, ofreciendole de darle libertad un Morisco que tenia por amigo, que se decia Bartolomé Aben Moguid, hijo del alguacil del lugar, le sacó de donde estaba, y le escondió en casa de otro Morisco llamado Miguel de Xerez, y alli estuvo quatro dias: al cabo de los quales vino Farax Abenfarax, que como queda dicho, iba recorriendo los lugares por mandado de Aben Umeya, y donde quiera que llegaba hacia pregonar, que so pena de la vida ningun Moro fuese osado de esconder Christiano de ninguna edad que fuese, sino que luego se los manifestasen, y de miedo de él declaró Aben Moguid, como tenia aquellos dos Christianos. Y enviando Abenfarax dos Mo-

Moros por ellos, los sacaron de donde estaban, y los desnudaron en cueros, y atandoles las manos atras, los entregaron á Zacarías de Aguilar, enemigo del beneficiado: el qual los llevó á la plaza del lugar, y tomandolos los vecinos en medio, les dieron muchos bofetones y puñadas; y despues los llevaron á un montecillo, que está como media legua de alli, para matarlos, y dexar los cuerpos en el campo, porque Abenfarax mandaba que no les diesen sepultura. Y juntamente llevaron una Christiana llamada Beatriz de la Peña, con cinco hijos niños: y teniendolos ya para matar, acertó á pasar por aquel camino Aben Umeya, que venia de Beznar, y condoliendose de la muger y de los niños, les mandó que solamente matasen al vicario, y que los demas los volviesen al lugar, y se los guardasen hasta que enviase por ellos. Luego cargaron los enemigos de Dios sobre aquel sacerdote, que invocaba su santisimo nombre, y dandole uno de ellos con la verga de la ballesta en la cabeza un gran golpe, que le aturdió y dió con él en el suelo, le hirieron luego los otros con las lanzuelas y espadas, hasta que le acabaron de matar. Y encendidos en aquella ira hirieron tambien á Martin su criado de una cuchillada en la cabeza, que se la hendieron, diciendole el que le hirió: "Toma, perro, porque eres hijo del alguacil de Órgiba." Ved quanta enemistad era la que tenian con los ministros espirituales y temporales, que aun á sus hijos niños no perdonaban. La muger con sus criaturas llevaron á Soportujar, y despues al castillo de Jubiles, donde alcanzaron libertad, quando el Marques de Mondejar lo ganó, con otras muchas Christianas que habia recogido alli Aben Umeya.

CA-

CAPITULO X.

Como se alzaron los lugares de las taas de Puqueyra y Ferreyra, y la descripcion de ellas.

Las taas de Puqueyra y Ferreyra están en la entrada de la Alpuxarra: las quales confinan á poniente con la taa de Órgiba, á levante con la de Jubiles, al mediodia con el Cehel, y á tramontana con Sierra nevada. En la taa de Puqueyra hay quatro lugares llamados Capeleyra, Alguazta, Pampaneyra y Bubion: y en la de Ferreyra hay once, que son, Pitres, Capeleyra de Ferreyra, Aylacar, Fondales, Ferreyrola, Mecina de Fondales, Portugos, Luaxar, Busquistar, Bayarcal y Harat, el Bayar. Toda esta tierra es muy fresca, abundante de muchas arboledas; criase en ella cantidad de seda de morales: hay munchas manzanas, peras, camuesas de verano y de hibierno, que llevan los moradores á vender á la ciudad de Granada y á otras partes todo el año, y muncha nuez y castaña ingerta. El pan, trigo, cebada, centeno y alcandia, que alli se coge, es todo de riego, y lo mejor y demas provecho que hay en el reyno de Granada. Está una sierra entre estas dos taas, donde se crian hermosas viñas y guertas, y en ella nacen munchas fuentes de agua fria y saludable, con que se riegan, y son todas las frutas, hortalizas y legumbres, que alli se cogen, muy buenas. Es tan grande la fertilidad de esta tierra, que si siembran los garbanzos blancos en ella, los cogen negros; y son los castaños tan grandes, que en el lugar de Bubion habia uno, donde una muger tenia puesto un telar para texer lienzo entre las ramas,

mas, y en el gueco del pie hacia su morada con sus hijos: y quando el Comendador mayor de Castilla entró con su campo en la Alpuxarra, estando en aquel lugar vimos seis escuderos con sus caballos dentro del gueco de aquel arbol, y á la partida le pusieron fuego unos soldados, y le quemaron. De verano hay en estas sierras hermosisimos pastos para los ganados; y de hibierno, porque es tierra muy fria, los llevan á lo de Dalias, ó hácia Motril y Salobreña, que es mas caliente y templado por razon de los ayres de la mar. Estan estas dos taas á manera de peninsula, entre dos rios que baxan de la Sierra nevada; el primero y mas ocidental nace sobre la mesma taa de Puqueyra, y corriendo por entre asperisimas y altas sierras, la cerca por aquella parte, y se va á juntar con el rio de Motril antes de llegar á la puente Tejali, donde está el puerto de Jubelein, que es la entrada de Órgiba á la Alpuxarra yendo por el rio de Cadiar, que se pasa en este camino en espacio de quatro leguas mas de sesenta veces por pasos dificultosos y puertos fragosisimos de peñas. El otro rio nace tambien en la Sierra nevada á levante de él, y á poniente del lugar de Trevelez, y con la mesma aspereza y fragosidad cerca las dos taas hácia oriente y mediodia. Por baxo del lugar de Ferreyrola hace dos brazos, y entrambos se juntan con el rio que baxa de Alcazar, y se van despues á meter en el rio de Motril en la garganta del Dragon, que los Moriscos llaman Alcazaubin. Recogense en aquel lugar tantas aguas de verano, por razon de las nieves que se derriten de las sierras, que parece un mar tempestuoso el ruido que lleva el rio. Esta tierra decian los Moriscos haber oido decir á sus pasados, que jamas habia sido conquistada por fuerza

za de armas, y asi tenian mucha confianza en el sitio y fortaleza de ella, creyendo que ningun exercito acometeria la entrada, habiendo quien defendiese los asperisimos pasos, donde poca gente era fuerte y poderosa; y por esta razon eligieron aquel sitio donde se recoger del primer impetu con sus mugeres, hijos y ganados.

Alzaronse los lugares de la taa de Puqueyra viernes por la mañana á veinte y quatro dias del mes de Diciembre. Los Christianos que habia en ellos corrieron luego á favorecerse en la torre de la iglesia del lugar de Burburon, que al parecer era fuerte, aunque no estaba acabada, y los hereges traydores (que asi merecen que los llamemos de aqui adelante) viendo que se defendian, fueron á saquearles las casas, y cercando la iglesia, abrieron una puerta que estaba tapiada, encubierta de la torre, y entrando furiosamente por ella destruyeron y robaron todas las cosas sagradas; y luego juntaron munchos zarzos y tascos untados con aceyte para poner fuego á la puerta de la torre. Viendo esto los Christianos, y hallandose sin defensa, sin agua, y sin mantenimientos, tomaron por remedio rendirse, antes que morir abrasados en crueles llamas; y fuerales menor mal, si los enemigos no usáran despues otras mayores crueldades con ellos; porque los desnudaron y ataron, y les dieron munchos palos y bofetadas; y habiendolos tenido aprisionados diez y nueve dias, los sacaron á justiciar por mandado de Aben Umeya á una guerta cerca del lugar, un dia antes que el Marques de Mondejar llegase á Órgiba. Y alli hicieron pedazos con las espadas al licenciado Quiros, cura del lugar de Concha, y al Beneficiado Bernabé de Montanos, y á Godoy su sacristan, y á otros veinte legos. Y dexando los cuer-

cuerpos á las aves y á los perros que se los comiesen, á solas las mugeres y á los niños de diez años abaxo tomaron por captivos. Al Bachiller Baltasar Bravo, beneficiado y vicario de aquella taa, porque sabian que tenia muncho dinero, no le mataron, y dandole tormento le sacaron tres mil ducados de oro, y muncha plata labrada, y con esperanza que les habia de dar mas, le dexaron con la vida.

Los de la taa de Ferreyra se alzaron en el mesmo dia y hora que los de Poqueyra, especialmente los de Portugos, y de los otros lugares junto á él. Los Christianos en sintiendo el alzamiento fueron luego á favorecerse en la torre de la iglesia de aquel lugar con sus mugeres y hijos. Los Moros les saquearon las casas, y entrando en la iglesia por una puerta pequeña, la robaron y destruyeron, y pusieron fuego á la torre, amenazando á los que se habian encastillado dentro con cruel muerte, si luego no se rendian. Hubo algunos animosos que mostraban querer mas morir, que verse en poder de aquellos infieles; otros viendose quemar vivos, y oyendo las piadosas lamentaciones de sus mugeres y hijos, considerando que ninguna crueldad se podia usar con ellos mayor que la del fuego, y teniendo alguna esperanza de que no los matarian, determinaron de rendirse; y al fin persuadieron á los demas á que se diesen á partido, con promesa de que no les harian otro mal, sino tomarlos por captivos. Habiendose pues tardado en determinarse, el fuego fue creciendo cada hora mas, y ocupó la escalera de la torre; y siendoles forzado descolgarse con sogas por la parte de fuera, donde no habian aun llegado las llamas, el recebimiento que les hacian aquellos enemigos de Dios era

desnudarlos en poniendo los pies en el suelo, y darles munchos palos y bofetones, y atandoles las manos atras, los llevaban á meter de pies en un cepo. Al beneficiado Juan Diez Gallego, que residia en Pitres, y acertó á hallarse alli aquel dia, mataron de una saetada, estando asomado á una ventana de la torre. Prendieron á los beneficiados Juan Vela y Baltasar de Torres, y á su padre, y á otros munchos legos, y á las mugeres y niños que tuvieron lugar de poderse descolgar. Y quando fue aplacada la llama, retirando la brasa entraron dentro, y á todos los hombres que hallaron vivos los mataron; y por atormentar mas á los Christianos presos con pena y vituperio, les hicieron sacar de la torre los cuerpos muertos, y que con sogas á los pescuezos los llevasen arrastrando fuera del lugar, y los echasen en un barranco: y despues los mataron á ellos, sacandolos de quatro en quatro, para que durase mas la fiesta, llevandolos desnudos y descalzos, dandoles de pescozones y puñadas. Ponianlos sentados por su orden en el suelo en una haza, y luego comenzaban su venganza; el que llevaba la soga, con que iba el Christiano atado, era el primero que le heria: luego llegaban los otros, y le daban tantas lanzadas y cuchilladas, hasta que le acababan de matar; algunos entregaron á las Moriscas antes que espirasen, para que tambien ellas se regocijasen. Uno de estos fue Juan de Cepeda, hafiz de la seda, el qual llevó su martirio, si en aquel punto supo gozar de Dios, por mano de mugeres con piedras y almaradas. Mataron tambien este dia una Morisca viuda, que habia sido muger de un Christiano, llamada Ines de Cepeda, porque no quiso ser Mora como ellos; y les decia que era Christiana, y que no queria mayor bien

que

que morir por Jesu-Christo. En esta constancia la degollaron, y dió el alma á su Criador encomendandose munchas veces á la gloriosa virgen Maria. No podian los descreidos llevar á paciencia, que los Christianos, quando se veían en aquel punto, se encomendasen á Dios y á su bendita madre. Y como hereges y malos les decian: "Perros, Dios no tiene madre": y los herian cruelisimamente. Al beneficiado Baltasar de Torres rogaron mucho que se tornase Moro dos hereges llamados Pedro Almalqui y Juan Pastor, y le prometian que le darian su hacienda, y le casarian. Y como les respondiese, que era sacerdote de Jesu-Christo, y que habia de morir por él, le dieron de bofetones y puñadas: y diciendole por escarnio: "Perro, llama agora al Arzobispo, y al Presidente, y á Albotodo que te favorezcan", quando hubieron sacado por engaño á su madre docientos ducados, que tenia escondidos, con promesa de que no le matarian, le desnudaron en cueros, y maniatado con una soga á la garganta le llevaron á la plaza, y apartandole á un cabo, donde llaman el Lauxar, le cortaron los pies y las manos, y luego le ahorcaron juntamente con otros dos Christianos mancebos, que el uno no tenia edad de catorce años; y porque lloraba un niño sobrino del beneficiado viendo matar á su tio, le mataron tambien á él. Murieron en este lugar veinte y ocho Christianos, entre clerigos y legos, y dos niños de edad de tres años, ó poco mas. Los autores de estas crueldades, que Farax Abenfarax mandaba hacer, fueron Luis el Hardon y Miguel de Granada Xaba, juntamente con las quadrillas de los monfis.

Alzóse el lugar de Mecina de Fondales el mesmo dia viernes en la noche, y tomando á los Christianos,

que

que vivian en aquel lugar, descuidados, los prendieron á todos en sus casas, y los robaron. Luego acudieron á la iglesia, y como si en aquello estuviera toda su felicidad, destruyeron todas las cosas sagradas, y se llevaron los ornamentos y cosas de precio que alli habia. Fueron munchos los malos tratamientos y afrentas que hicieron á los Christianos captivos en este lugar. Y despues de bien hartos de ultrajarlos, mataron diez y seis personas, y entre ellos dos beneficiados, llamados Luis de Xorquera y Pedro Rodriguez de Arceo, y á Diego Perez, sacristan, y á Pedro Montañes, hombre rico, y á su muger, y á una criatura que llevaba en los brazos. Sacabanlos á todos desnudos, las manos atadas, fuera del lugar, dandoles de palos y de bofetadas, y despues los herian cruelmente con lanzas, espadas, y con piedras.

El lugar de Pitres de Ferreyra se alzó la noche de navidad, viernes á veintiquatro de Diciembre, como los demas de esta taa. Los Christianos que alli vivian, y otros que se hallaron en él acaso, en sintiendo el alboroto de la gente se metieron en la torre de la iglesia, y los Moros les saquearon las casas, y los cercaron. Teniendolos pues cercados, y viendo que se defendian, un Moro de los principales de aquel lugar, llamado Miguel de Herrera, les persuadió con buenas palabras á que se rindiesen, diciendo que no los matarian: los quales lo hicieron ansi, viendo lo poco que podia durar su vana defensa. Luego saquearon y robaron la iglesia, y deshicieron los altares. Miguel de Herrera llevó á su casa y á otras de particulares á los prisioneros, dandoles esperanza que no moririan; y habiendolos tenido alli tres dias, llegó el traydor de Farax, y dexandole mandado que los matase, los llevaron á todos maniatados

dos á casa de Diego de la Hoz el viejo, que era un Christiano rico que vivia en aquel lugar, y haciendo pregonar, que todos los Moros y Moras que quisiesen regocijarse con la muerte de sus enemigos saliesen á la plaza á ver como los mataban, en un punto se hinchó toda de gente. El primero que sacaron fue el beneficiado Geronimo de Mesa, y poniendo una garrucha con una gruesa soga en lo alto de la torre de la iglesia, le ataron los brazos atras asidos de ella, y subiendole arriba, le dexaron caer tres veces de golpe en el suelo con los brazos descoyuntados; y de los golpes que daba sobre una losa, se le hicieron pedazos las canillas de los pies y de los muslos en presencia de su madre, que era Morisca de nacion, y buena Christiana: la qual viendo hecho pedazos á su hijo, llegó á él con animo varonil, y besandole munchas veces en el rostro, le dixo: "Hijo mio, esforzad en Dios y en su bendita madre, que son los que han de favorecer vuestra alma, que los tormentos presto pasarán." El qual alzando los ojos al cielo daba infinitas gracias á Jesu-Christo, derramando lagrimas de contemplacion con tanto animo, como si no sintiera aquel tormento. Viendole pues los hereges en esta constancia, y que tan de corazon se encomendaba á Dios, llegaron á él, y por escarnecerle le decian: "Perro, di agora el Ave Maria: veamos si te quitará de aqui." Y tornandole á subir otra vez á lo alto, le dexaron caer quatro veces, y luego le quitaron; y echandole una soga á la garganta, le entregaron á las Moras para que tambien ellas tomasen su venganza en él: las quales le llevaron arrastrando fuera del pueblo, y hiriendole con almaradas, lanzuelas y piedras, le acabaron de matar; y volviendose contra su madre le escu-

cupian en la cara, llamandola de perra Christiana, y mesandola, y dandole de bofetadas, le dieron tantas heridas y pedradas, que la derribaron muerta sobre el cuerpo de su hijo. Acabado este espectaculo, sacaron á Diego de la Hoz el viejo, y al gobernador de Torviscon, y á Francisco de Campuzano, y con ellos otros muchos Christianos, y los llevaron donde los habian de matar; y porque algunos teniendo las manos atadas hacian la cruz con los dedos pulgares, y la besaban, llegaban á ellos, y se los cortaban. Hubo entre estos Christianos dos muchachos, que el mayor seria de trece años, y era hijo de Anton Martin, familiar del santo Oficio, en quien el Señor puso su mano aquel dia, porque no bastaron con ellos ruegos, promesas, ni amenazas para que renegasen. Y quiriendolos sacar á matar con los demas, se llegó el uno llamado Pedro, hijo de Diego de Hoz, á su madre, y con semblante alegre le dixo: "Señora madre, rogad á Dios por mí." Y como le respondiese llorando: "Hijo mio, tú eres el que has de rogar por todos": le replicó el muchacho: "Por cierto, señora, yo lo haré; y no tengais pena de mi muerte, que voy muy alegre y contento á morir por Jesu-Christo." Y con grandisimo esfuerzo llegaron entrambos á donde estaban los otros Christianos muertos, y hincando las rodillas en el suelo, sin temor de aquella muerte breve, fueron á gozar de la vida perdurable, ensangrentando en ellos sus espadas los enemigos de Jesu-Christo: cosa por cierto de admiracion, y para dar gracias al Omnipotente, que no hubo en todo este alzamiento Christiano hombre ni muger, grande ni pequeño, sacerdote ni lego, que negasen la fe: antes hubo algunos Moriscos y Moriscas que holgaron de morir por ella, y se ofre-

ofrecian de buena gana al sacrificio con tanto mas animo, quanto mayores crueldades veían hacer. Padecieron en este lugar veinte y tres Christianos por sentencia de Miguel de Herrera, que como juez los condenaba. Los principales executores del mal que alli se hizo fueron Lorenzo de Murcia, Lorenzo Campanari, Miguel de Montoro y Miguel Zenin, y el Mehme. Otras munchas crueldades se hicieron en los otros lugares de estas taas, que dexo de poner, porque para haberlo de contar todo, seria menester gran volumen y cansar al letor.

CAPITULO XI.

Como se alzaron los lugares de la taa de Jubíles, y la descripcion de ella.

La taa de Jubíles confina á poniente con las taas de Puqueyra y Ferreyra: á tramontana tiene la Sierra nevada, al mediodia el Cehel, y á levante la taa de Uxixar de Albacete. Es tierra de muchas sierras y peñas, especialmente á la parte de Sierra nevada. Hay en ellas veinte lugares llamados Válor, Viñas y Exen, Mecina de Bombaron, Yátor, Narila, Cádiar, Timen, Portel, Gorco, Guxurio, Bérchul, Álcutar, Lobras, Nieles, Cástaras, Notaes, Trevelez y Jubíles, que es la cabeza. Hácia la parte de Bérchul hay grandes cuevas, que naturaleza hizo y fortaleció entre las peñas en lugares muy secretos, donde los Moriscos tenian recogidos munchos bastimentos para el tiempo de la necesidad. A la parte de levante y mediodia cerca esta taa un rio que nace en lo mas alto de Sierra nevada, junto al puerto de Loth, que quiere decir puerto de la Tabla, porque está una

tabla de tierra llana en lo mas alto de él, por donde se atraviesa la Sierra nevada, yendo de Guadix á la Alpuxarra. Este rio es el que llaman de Cádiar, y entre él, y el que diximos que baxa de junto á Trevelez, y cerca las taas de Puqueyra y Ferreyra, está la taa de Jubíles, la qual es abundante de pan, trigo, cebada, panizo y alcandia, y de muncho ganado; mas tiene muy pocas arboledas, y la seda que alli se cria no es tan buena como la de las otras taas, especialmente la del proprio lugar de Jubíles.

Jubíles es el lugar principal de esta taa, donde se ven las ruinas de un castillo antiguo, en un sitio asaz grande y fuerte, en el qual dicen los Moriscos antiguos que habia en tiempo de Moros un alcayde y gente de guerra para tener sujetos los lugares de aquel partido, que eran los mas inquietos de la Alpuxarra, barbaros y bestiales sobre manera. Levantaronse los Moriscos de este lugar y de los otros de esta taa el viernes vispera de navidad, quando los monfis hubieron muerto los Christianos que fueron á alojarse á Cádiar con el capitan Herrera, y lo primero que hicieron fue robar la iglesia, y destruir quanto habia en ella. Luego corrieron á las casas de los Christianos que moraban en el lugar, y no con menor cudicia que ira las saquearon, y prendiendolos los metieron en la iglesia con gente de guardia, y alli los tuvieron algunos dias predicandoles su seta, y amonestandoles que se volviesen Moros, hasta tanto que llegó Farax, y mandó que los matasen á todos: y por su órden los mataron el jueves treinta dias del mes de Diciembre. Los primeros fueron el beneficiado Salvador Rodriguez, y el cura Martin Romero, y su sacristan Andres Monge. Llevaronlos desnudos en

cue-

cueros, las manos atadas atras, á una haza que estaba cerca de la iglesia, y alli los acabaron á cuchilladas, y con ellos otros dos legos. Y teniendo ya en aquel lugar para hacer lo mesmo de otros Christianos de los que tenian presos, acertó á pasar por alli Don Hernando el Zaguer, que andaba requiriendo aquellos pueblos, y se los quitó, y los entregó á un Morisco del lugar, para que tuviese cargo de guardarlos hasta que se los pidiese. Estas crueldades, que Abenfarax hacia, no aplacian nada al Zaguer, antes le aborrecia por ello á él y á los que con él andaban: mas no osaba contradecirselo, porque temia que los Moros rebelados se lo ternian á mal, y dirian que favorecia á los Christianos, ó que se apiadaba de ellos; y por el mesmo caso, haciendose á la parte de Abenfarax le alzarian por su gobernador, por ser hombre enemigo y perseguidor del nombre Christiano.

Los del lugar de Alcútar se alzaron el mesmo dia que los de Jubíles, robaron la iglesia, hicieron pedazos los retablos y imagines, destruyeron todas las cosas sagradas, y no dexaron maldad ni sacrilegio que no cometieron en compañia de los monfis, y de Estevan Partal su capitan. Fueron á casa del vicario Diego de Montoya, beneficiado de aquel lugar, y entrandolá por fuerza, le mataron de una saetada. Prendieron al licenciado Montoya, su sobrino, y cortaronle una mano: saquearon quanto tenian. Tomaron vivos á Juan de Montoya, beneficiado del lugar de Cuxurio de Bérchul, que se halló alli á la sazon, y á otros Christianos y Christianas que vivian en él; y llevandolos despues á matar al lugar de Cuxurio con otros captivos, como se dirá adelante, mostraban gran sentimiento de pesar por no

haber prendido al vicario Diego de Montoya, porque quisieran tomar muy de espacio venganza en él.

Tambien se alzaron los del lugar de Narila el viernes en la noche, los quales destruyeron y robaron la iglesia, y las casas de los Christianos, y prendiendolos á todos, y entre ellos á un clerigo de misa llamado Zebrian Sanchez, los llevaron maniatados al lugar de Álcutar; y habiendolos tenido alli predicandoles su seta, y persuadiendolos á que se tornasen Moros, y amenazandoles que sino lo hacian, les darian cruelisimas muertes. Quando vieron que les aprovechaban poco sus persuasiones y amenazas, desnudaron todos los hombres en cueros, y los llevaron las manos atadas atras al lugar de Cuxurio, donde los mataron: siendo autores de esta maldad Lope y Gonzalo Seniz, vecinos de Cuxurio de Bérchul, que fueron crueles perseguidores de Christianos, y caudillos de monfis.

El lugar de Cuxurio de Bérchul se alzó, quando los otros de esta taa: y los rebeldes dichos con cruelisima rabia entraron lo primero en la iglesia, y haciendo pedazos los retablos y las imagines, y la pila del santo baptismo, quebraron el arca del santisimo sacramento, y no hallando la sagrada hostia de la eucaristia, que la habia consumido el beneficiado Pedro Crespo, arrojaron con menosprecio y desden todas las cosas sagradas por el suelo. Luego fueron á saquear las casas de los Christianos, y prendieron al beneficiado, que se habia escondido en casa de un Morisco su amigo, y le mataron cruelisimamente. A este lugar llevaron los Christianos que habian captivado en el lugar de Álcutar y Narila, y los mataron á todos delante de la iglesia. Al beneficiado Juan de Montoya, que habia sido preso en

Ál-

Álcutar, sacó uno de aquellos hereges el ojo derecho con un puñal, y luego les tiraron á todos al terrero con las ballestas y con los arcabuces, estando presentes á ello Estevan Partal y Lope el Seniz, y otros capitanes de monfis.

Los de Mecina de Bombaron se alzaron tambien el viernes en la noche, saquearon luego la iglesia, quebraron los retablos, despedazaron las venerables imagines, deshicieron los altares, y finalmente destruyeron y robaron todas las cosas sagradas; y hallando á los Christianos descuidados, los prendieron á todos, y les saquearon las casas. En este lugar arbolaron los rebeldes una bandera de tafetan carmesí bordada de hilo de oro, y en medio un castillo con tres torres de plata, que la tenian guardada de tiempo de Moros, y el que la tenia se llamaba Andres Hami, vecino del mesmo lugar. Prendieron al beneficiado Francisco de Cervilla en su casa, y atandole las manos atras le dieron munchos bofetones y palos, y le llevaron de aposento en aposento, hasta que les entregó el dinero y la ropa que tenia; y despues sacandole fuera, se adelantó un Moro, que solia ser grande amigo suyo, y haciendose encontradizo con él en el umbral de la puerta, le atravesó una espada por el cuerpo, diciendole: "Toma, amigo, que mas vale que te mate yo que otro." Y alli le acabaron de matar los sacrilegos á pedradas y cuchilladas. Y no contentos con esto, tomó uno de los que alli estaban un palo, y le quebrantó todo el cuerpo á palos desde los pies hasta la cabeza. Y otro dia de mañana le sacaron arrastrando fuera del lugar, y le echaron en un barranco. No muncho despues mataron todos los Christianos que tenian captivos, y entre ellos al beneficiado Juan Go-

Gomez el viejo, y al cura Juan Palomo, haciendo en ellos mil generos de vituperios y crueldades. Fue cruel perseguidor de Christianos en este lugar Miguel Daloy, alguacil de él.

El lugar de Válor está en dos barrios, el alto y el baxo: entrambos se alzaron el viernes en la noche. Los Christianos clerigos y legos que alli moraban, se recogieron, en sintiendo el alboroto, á la torre de la iglesia del barrio baxo, donde estuvieron con harto cuidado aquella noche. Los Moros saquearon y robaron la iglesia del barrio alto y las casas de los Christianos: y otro dia de mañana los cercaron en la torre, y asegurandoles Bernardino Abenzaba, que no les harian ningun mal, los captivaron á todos; y desque hubieron destruido y robado tambien aquella iglesia, los llevaron maniatados á unas casas, y alli les predicaron algunos dias la seta de Mahoma: y viendo que aprovechaba poco su predicacion, porque todos decian que eran Christianos, y que habian de morir por Jesu-Christo, sacaron los hereges á los hombres desnudos y maniatados fuera del lugar, y poniendolos á terrero, les tiraron con arcabuces y ballestas. Los primeros que mataron fueron tres beneficiados, llamados el Bachiller Delgado, Alonso Garcia, y Texerina, y dos sacristanes, que el uno se decia Francisco de Almansa. De este lugar era natural Don Hernando de Válor, mas no se halló alli aquel dia; y si bien se hallára, no dexáran de hacer estas crueldades, á las quales no queria contradecir por tener el pueblo mas culpado, mas obligado, y con menos confianza de perdon: y por esta razon, si unas veces las permitia, otras muchas las mandaba hacer, porque le tuviesen por enemigo de Christianos.

El

El mesmo dia, y en la mesma hora que se alzó Válor, se alzaron los lugares de Yéxen y Yátor, en los quales no fueron menores las crueldades que usaron los enemigos de Dios. Destruyeron y robaron las iglesias y las casas de los Christianos, captivaronlos á todos, y haciendoles muchos malos tratamientos, vinieron despues á darles cruelisima muerte; y entre ellos mataron al bachiller Bravo, y á su sacristan, y un vecino que se decia Juan de Montoya, que se escapó herido de una saetada en la cabeza, fue á parar á Uxixar, donde tambien fue muerto con otros munchos Christianos que alli habia.

CAPITULO XII.

Como se alzaron las taas de los dos Ceheles, y la descripcion de ellas.

Los Ceheles son dos taas que están juntas en la costa de la mar: la que cae á poniente llaman Zueyhel, nombre diminutivo, porque es mas pequeña que la otra. Esta confina á poniente con las sierras de Jubilein en la entrada de la Alpuxarra, donde están los lugares de Rubite, Berxix y Alcazar, y con la taa de Órgiba. El Cehel grande tiene á levante la tierra de Adra; y á entrambas taas las baña al mediodia el mar Mediterraneo, y á la parte del cierzo confina con la taa de Ferreyra, con la de Jubíles, y con parte de la de Uxixar. Hay en ellas once lugares, llamados Albuñol, Torbiscon, Turon, Mecina de Tedel, Bordemarela, Détiar, Coxáyar, Foronon, Murtas, Xorayrata y Almexixar. Esta tierra es de grandes encinares, y de mucha hierba para los ganados: cogese en ella cantidad de pan. Lo que cae hácia la

la costa de la mar es muy despoblado, y por eso es muy peligroso, porque acuden de ordinario por alli muchos baxeles de cosarios Turcos y Moros de Berbería. Cercan estas taas dos rios: á la parte de levante el que llaman rio de Adra, y á poniente otro que nace en el proprio Zueyhel cerca de la mar; y corriendo la tierra adentro hácia tramontana, dando munchas vueltas se va á juntar con el rio de Alcazar, que baxa de las sierras de Jubelein, por baxo del lugar de Escarientes, que es de la taa de Uxixar.

Todos los vecinos de estos lugares que hemos dicho se alzaron viernes en la tarde, destruyeron y robaron las iglesias, captivaron y mataron todos los Christianos que vivian entre ellos, y dexando sus casas se subieron otro dia á la aspereza de las sierras con sus mugeres y hijos y ganados, y la mayor parte de ellos se metieron en unas cuevas muy grandes y muy fuertes, que están media legua encima del lugar de Xorayrata.

En el lugar de Xorayrata, quando los hereges sacrilegos hubieron saqueado la iglesia, y con manos violentas hecho mil generos de sacrilegios y maldades, recogieron todos los prisioneros dentro, y entre ellos al beneficiado Francisco de Navarrete, y á su sacristan; y habiendolos tenido alli tres dias, llegó orden de Farax Abenfarax para que los matasen. Y un Moro llamado Lope de Guzman, alguacil del lugar, dixo al beneficiado, que supiese que habian de morir él y todos los que alli estaban, y que en su mano estaba darle alguna hora de vida: el qual le rogó, que por amor de Dios le diese aquella tarde y la noche siguiente de termino para ordenar su alma. El Moro se lo concedió, porque habia sido su amigo, riendose de oirle decir que queria or-

ordenar su alma. Este clerigo viendo que habian de morir aquellos Christianos tan en breve, los confesó á todos, y les predicó los misterios de la pasion de Christo redemptor nuestro; y todo el tiempo que le sobró de la noche, estuvo de rodillas puesto en oracion, pidiendo á Dios misericordia de sus culpas. Siendo ya de dia volvió el alguacil á él, y le dixo: que ya era llegada su hora, que viese qué muerte queria morir, porque aquella se le daria. El beneficiado le rogó, que le cortasen la cabeza, porque no estuviese muncho penando, y que en acabando de espirar le hiciese enterrar en la iglesia. A esto respondió el Moro escarneciendo: "Cortarte la cabeza yo lo haré, mas quedar tu cuerpo en la iglesia no puede ser, porque la he menester para corral de mi ganado." Entonces se hincó el sacerdote de Jesu-Christo de rodillas delante del altar, que ya estaba deshecho y derribado, y estando orando al Señor le alzó el herege por la mano, y llevandolo á la puerta de la iglesia, donde habia mucha gente recogida, le entregó á los hereges sayones, juntamente con el sacristan, diciendoles de esta manera: "A este perro bellaco del Alfaqui os entrego para que le corteis la cabeza, porque subiendose en el altar nos hacia estar hasta medio dia ayunos, despues de haberse él comido una torta de pan, y emborrachadose con vino; y quando se la hayais cortado, dalde una lanzada por el corazon, porque nos decia que no teniamos fe ni corazon con Dios. Y al sacristan que con muncho cuidado apuntaba las faltas de los que no ibamos á misa los domingos y dias de fiestas, y castigaba á los muchachos que no querian aprender la dotrina christiana, quando estaba borracho, quitadle asimesmo la cabeza, y echadla en una tinaja de vino, y en-

entregad despues el cuerpo á los muchachos, para que le den tantas pedradas como él les dió azotes." Dicho esto, los enemigos de Dios executaron luego la iniqua sentencia; y siendo ya tarde, fueron algunas mugeres Christianas al alguacil, y le rogaron que les diese licencia para enterrar aquellos cuerpos, porque no se los comiesen los perros. El qual les respondió, que los dexasen estar en el campo, que ellos eran tan grandes perros, que los mesmos perros habrian asco de comerlos.

Los vecinos del lugar de Murtas se alzaron quando los de Xorayrata, mas fue de manera, que no hicieron aquel dia mal á los Christianos, antes les dieron lugar que se metiesen en la iglesia, y con ellos el beneficiado Juan Gomez de Perespada. Despues llegó al lugar Bartolomé el Feten con una quadrilla de monfis, y su bandera tendida blanca, que llevaba Lorenzo Mehgua, y juntandose con ellos los mozos gandules, cercaron y combatieron la iglesia, y derribandoles las puertas, entraron dentro, y hicieron pedazos los retablos, las cruces y la pila del sagrado baptismo, y saquearon la sacristia. Y por asegurar á los que se defendian animosamente en la torre, no quisieron saquearles las casas, antes les persuadieron con buenas palabras á que se diesen, diciendoles, que se podian fiar muy bien de ellos, pues eran sus vecinos y amigos; y que si les entregaban las armas, les aseguraban sobre sus cabezas, que no les seria hecho mal ni daño. Viendo pues los pobres cercados, que de ninguna manera podian escapar de muerte, si perseveraban en su vana defensa, acordaron de rendirse, y baxando de la torre, los maniataron á todos en el cuerpo de la iglesia. Luego subió uno de los monfis á lo alto de la torre, y arbolando una bandera mo-

ris-

risca pregonó la seta de Mahoma, como quando los Moros llaman á su oracion ó zalá. Los otros fueron á las casas de los Christianos y las robaron, y mataron algunos enfermos que estaban en las camas tan flacos, que no se habian podido levantar; aunque no duraron muchos dias mas los unos que los otros, porque los rebeldes hereges, juntandose, como quien se junta para alguna fiesta solene, los sacaron á matar con gran regocijo, tañendo sus atabalejos y dulzaynas, y poniendo á los Christianos en una hilera en el cimenterio de la iglesia, desnudos y descalzos, con las manos atadas atras, les tiraron á terrero con los arcabuces y ballestas, y los mataron á todos cruelisimamente, comenzando por el beneficiado, y luego por el sacristan Estevan de Zamora. Mataron tambien á Catalina de Arroyo, Morisca, madre del beneficiado Ocaña, porque dixo que era Christiana: la qual llevandola las mugeres á matar, iba rezando la oracion del *Anima Christi*, y murió invocando el dulce nombre de Jesus. Al contrario de esto hicieron los del lugar de Turon, los quales recogieron diez y ocho Christianos que alli vivian, y porque los monfis no los matasen, los acompañaron hasta Adra, y los pusieron en salvo con todos sus bienes muebles.

CAPITULO XIII.

Como los lugares de la taa de Uxixar se alzaron, y la descripcion de ella.

La taa de Uxixar está en medio de la Alpuxarra: es tierra quebrada, aunque no tan fragosa como las otras

taas que hemos dicho, la qual confina á poniente con la taa de Jubíles, á tramontana con la Sierra nevada, al mediodia con el Cehel grande, y con tierra de Adra, y á levante con la taa de Andarax. Cogese en esta tierra cantidad de pan, trigo, cebada, panizo y alcandia, y tiene muy buenos pastos para ganados mayores y menores. La cria de la seda no es tanta en Uxixar, ni se hace tan fina como en las otras taas, ni tienen los moradores tantas arboledas. A levante y á mediodia cerca esta taa un rio, que procede de unas fuentes, que salen de la laguna grande que se hace en la cumbre alta de Sierra nevada cerca del puerto de la Ravah, que en arabigo quiere decir recogimiento de aguas. Este rio hace al principio dos brazos, el mayor corre hácia poniente, y va haciendo muchas vueltas y ensenadas sin llegar á lugar poblado hasta Escariantes, y alli se juntan con él otros dos rios que proceden tambien de la mesma sierra. El otro brazo corre hácia levante, y atravesando la taa, viene á pasar á poniente de Uxixar de Albacete, que asi llaman los Moros este lugar, el qual tuvo titulo de ciudad, siendo el Rey Abdilchi Zogoybi señor de la Alpuxarra. De la mesma fuente que sale el rio que hemos dicho, procede otro que lleva su corriente mas á levante, y va á pasar junto con el lugar de Laróles; y de alli vuelve á Uxixar, y se junta con otro brazo, que procede de otra fuente que nace á levante de la laguna dicha, en unas sierras mas baxas, al qual llaman despues los moradores rio de Paterna, del nombre de un lugar por donde pasa. Estas aguas todas, corriendo hácia el mar Mediterraneo, toman en medio á Uxixar, y despues se van á juntar par del lugar de Darrícal, y de alli van á entrar en la mar cerca de la villa de Adra; y por es-

esta razon llaman aquel rio, quando ya van las aguas todas juntas, rio de Adra.

Hay en la taa de Uxixar diez y nueve lugares, llamados Darrícal, Escariantes, Lucaynena, Chirin, Soprol, Umqueyra, Pezcina, Laróles, Unduron, Xúgar, Mayrena, Cargelina, Almóceta, el Fex, Nechit, Mecina de Alfahar, Torrillas, Anqueyra y Uxixar de Albacete, que, como queda dicho, es el principal, y tiene titulo de ciudad; y alli reside de ordinario el juzgado civil y criminal, alguaciles y escribanos, y un alcalde mayor que pone el corregidor de Granada para que administre justicia en toda la Alpuxarra.

Estaba en este tiempo por alcalde mayor en la Alpuxarra un letrado natural de la villa de Curiel, llamado el licenciado Leon: el qual habia sido avisado del alzamiento que los Moros querian hacer tres dias antes que se comenzasen á levantar, porque el licenciado Torrijos, beneficiado de Darrical, les habia dicho secretamente á él y al Abad mayor de Uxixar, que se llamaba el maestro Don Diego Perez, y era natural de Illescas, como unos Moriscos amigos suyos le habian certificado, que sin duda resucitaban los Granadinos el rebelion pasado, y que seria con mucha brevedad: y con este aviso habia mandado pregonar, que so pena de la vida todos los Christianos del pueblo se recogiesen luego á la iglesia, por estar en sitio asaz fuerte para batalla de manos; y porque esto se hiciese con brevedad, y sin escandalo, habia echado fama que tenia nueva cierta que venian mas de mil Turcos y Moros de Bervería á llevarse aquel lugar. Los Christianos pues no se pudiendo persuadir á que esto fuese verdad, habian hecho burla del pregon, diciendo, que cómo habian de lle-

llegar Turcos á Uxixar, cosa que jamas habian hecho, especialmente en hibierno con tan recios temporales como hacia; y como sucedió en tan breve el rebato que les dieron el viernes los monfis, que dexaban muerto al capitan Diego de Herrera en Cádiar, hallandose todos desapercebidos, unos desarmados, y muchos desnudos en camisa, se fueron á meter en la iglesia, y en dos torres que tenian en sus casas dos vecinos, que la mayor era de Miguel de Roxas, Morisco, y la otra estaba en casa de Pedro Lopez difunto, escribano mayor que habia sido de aquel juzgado. En la iglesia, que era grande y muy fuerte, se metieron el alcalde mayor, y el abad mayor, y los canonigos, y muncha gente armada de arcabuces y ballestas; en la torre de Miguel de Roxas el alguacil mayor llamado Diego de Villayzan, y con él algunos Moriscos y Christianos; y en la de la casa de Pero Lopez otros vecinos particulares. Estas tres torres estaban en triangulo puestas de manera, que los de dentro no dexaban asomar á nadie por las calles, que los enclavaban luego con los arcabuces, y tenian muncha municion que tirar, porque les habian traido dos dias antes catorce arrobas de polvora de Malaga, y el alcalde mayor habia repartidola entre los arcabuceros, y de esta causa los monfis no habian hecho otro efeto mas de quebrantar la carcel, y soltar los Moriscos presos, y quebrar las puertas de los escritorios de los escribanos, y quemar todos los procesos. Luego el siguiente dia, que fue sabado primero dia de pasqua, recogieron todos los Moriscos y Moriscas del lugar, y se fueron los hombres de guerra á poner en la rambla de Burburon, dos tiros de arcabuz de alli, donde no los descubrian los de las torres, aguardando á que llegasen

Don

Don Hernando el Zaguer y el Partal de Narila, que habian ido á recoger la gente de los lugares comarcanos para combatirlas de proposito, no se atreviendo con ellas los que alli estaban.

CAPITULO XIV.

Como el capitan Diego Gasca tuvo aviso que habia Moros en la tierra, y partió de Dalías en su busca, y como llegó á Uxixar estando alzado el lugar.

Estaba en este tiempo alojado en Dalías el capitan Diego Gasca, vecino de Malaga, y tenia consigo quarenta caballos de los de su compañia: el qual siendo avisado el viernes por uno de los soldados, que diximos que escaparon de Cádiar, como habia Moros enemigos en la tierra, y del estrago que dexaban hecho en la gente del capitan Herrera, determinó de ir luego en su busca; y porque le pareció que seria menester mas golpe de gente de la que llevaba, despachó una carta á Don Garcia de Villa Roel, capitan de la gente de guerra de la ciudad de Almería, dandole aviso como iba en busca de aquellos Moros la vuelta de Uxixar, para que se aprestase y le saliese á favorecer. Don Garcia no lo pudo hacer, porque tenia mas cierta nueva que él del rebelion: y habiendo tan poca gente en la ciudad, y tantos Moriscos vecinos, no se atrevió á dexarla sola en aquella ocasion. Diego Gasca fue á la villa de Adra, y no hallando nueva que hubiesen desembarcado Moros de Berberia, pasó á Verja, y de alli á Darrícal, donde sabia que moraba el licenciado Torrijos, para tomar lengua de él; y quando llegó al lugar, que seria mas de me-

media noche, halló la gente toda ida, y la casa del Torrijos sola. Y entendiendo que estaba en la torre de la iglesia, fue allá; y hallando la puente levadiza alzada, y alguna ropa puesta por las ventanas, hizo dar voces llamandole: mas era por demas, porque no estaba alli, que habiendose recogido dentro con su familia, habia venido á él un Morisco del lugar de Lucaynena, vecino y amigo suyo, á prima noche, y hecho que se fuese con él antes que los alzados llegasen á cercarle; y le habia llevado á una cueva en la falda de la sierra de Gádor, donde le pareció que estaria mas seguro hasta ver en que paraban los negocios: y de industria habia dexado la puente levadiza alzada, y aquella ropa puesta por las ventanas, para que entendiesen los que viniesen que estaba dentro. Diego Gasca creyendo que no queria responder, comenzó á deshonrarle, y pasando adelante llegó á vista de Uxixar el domingo por la mañana, y se puso en un viso, á donde le podian descubrir muy bien los Christianos de las torres: los quales comenzaron á hacer gran fiesta y regocijo, tendiendo las banderas y campeandolas, y tirando con los arcabuces á los enemigos: porque viendo gente de á caballo, entendieron que les iba socorro. Los Moros creyendo lo mesmo se pusieron en huida por aquellas sierras; mas presto se les aguó á los nuestros su contento, porque Diego Gasca viendo que la tierra estaba alzada, y que los Moros á gran priesa tomaban las sierras, entendió que iban á atajar el paso por do habia de volver, sin haber para que, se fue retirando la vuelta de Adra, con un escudero menos que le mataron en el camino. Este socorro habia sido muy á tiempo, y se salvára toda la gente Christiana que habia en Uxixar, si nuestros caba-

ballos entráran en el pueblo, porque se juntáran con ellos los peones, que eran muchos, y pudieran retirarse seguramente á la villa de Adra. Y aun por ventura hicieran algun buen efeto, con que los rebeldes no pasaran adelante con su maldad: porque, segun entendimos de algunos hombres fidedignos, Don Fernando el Zaguer, arrepentido del daño hecho, y viendo su perdicion en las manos, habia dicho á los Alpuxarreños, que con él estaban, aquel mesmo dia: "Hermanos, nosotros vamos perdidos: engañado nos han los monfis: los Granadinos quieren hacer su negocio con nuestras cabezas, busquemos otros remedios." Y casi tenian convertidos algunos de los principales á que se volviesen á sus casas.

CAPITULO XV.

Como los rebeldes volvieron á Uxixar, y como batieron las torres donde estaban los Christianos, y se les rindieron.

Vuelto pues Diego Gasca á la villa de Adra, los alzados tornaron á ponerse en la rambla de Burburon, y desde alli fueron de parte de noche á las casas, y horadando de unas en otras, porque no osaban descubrirse por las calles por miedo de los arcabuceros de las torres, llegaron á casa de Pero Lopez, y entrando por ella, cercaron la torre, que era toda hecha de madera, y poniendole fuego, quemaron la puente levadiza, y creció la llama tanto, que los de dentro pidieron que se querian dar á partido. Y siendo admitidos, mientras descolgaban las mugeres con sogas, que no podian salir por la puerta que ocupaba el fuego, se quemaron ca-

si todos los hombres, sin poderlos remediar. Vista esta crueldad, los de la otra torre de Miguel de Roxas, donde estaban algunos Moriscos sus parientes, y Andres Alguacil, hombre rico y de los principales de la Alpuxarra, y el alguacil mayor y otros veinte Christianos, hubieron por bien de rendirse, entregando á los Moros la torre el proprio alguacil mayor: el qual fue luego por su mandado á tratar con el alcalde mayor que rindiese la de la iglesia, diciendo, que le harian qualquier honesto partido. Y para que se pudiese hacer con toda seguridad, se dieron rehenes de una parte á otra: los Moros dieron dos hijos y un sobrino de Miguel de Roxas, y los Christianos á Bartolomé Quixada y á un hijo suyo, y á Gonzalo Perez, canonigo de aquella iglesia, hermano del Abad mayor, y á Juan Sanchez de Piñar y á un hijo suyo, y á Geronimo de Aponte, procurador, y á Bartolomé Quixada, escribano publico de aquel juzgado. Lo que se capituló fue: "Que los Christianos pagasen á ciento y diez ducados por cada cabeza, y que dexasen las armas, y los dexarian ir donde quisiesen: y los Moros prometieron de llevarlos sanos y salvos á tierra de Guadix, ó de Baza; y que en este concierto entrasen el licenciado Torijos, y el dotor Bravo, abogado, que estaba en el lugar de Picena, que no habia querido encerrarse en la torre." Dados los rehenes, entraron muchos Moros en la iglesia, y comenzaron á tratarse amigablemente con los Christianos, abrazandose unos á otros; y cierto parecia estar ya todo concluido y acabado, si el proprio alcalde mayor no lo desbaratára. Porfiaba este hombre con los rehenes, que no le habian de llevar á él nada por su cabeza, ni por las de su muger y hijas, sino que los habian de poner libre-

bremente en Guadix. Y como no quisiesen venir en ello, los Moros, diciendo, que todos habian de ir por un rasero, y que habia de pagar él el primero, comenzó á dar grandes voces, diciendo: Afuera, afuera; tiradles, tiradles á estos perros descreidos, que no mantienen fe ni palabra, que estos rehenes me asegurarán la cabeza hasta que me venga socorro: y metiendose en la torre, hizo alzar la puente levadiza, y se puso en defensa. Y si advirtiera desde el principio en defender toda la iglesia, pudiera ser que no se perdiera: porque demas de que era fuerte, tuvo lugar de meter dentro agua y bastimento para mas de un mes, y los Moros no pudieran llegar á quemar la torre, como lo hicieron. Mas como hombre mal platico en cosas de guerra, entendiendo que no podia durar aquel negocio munchos dias, y que resistiria alli mejor el impetu de los alzados, mientras le iba socorro: y aun porque los Christianos hecho el concierto no se le huyesen, como lo habian comenzado á hacer algunos, dexó el cuerpo de la iglesia, y un reducto que estaba delante de la puerta, y se metió en la torre con toda la gente. Los Moros llegaron de golpe, y por las espaldas de la iglesia rompieron la sacristía con picos y barras de hierro, y entraron dentro, sin hallar mas resistencia que la de un pobre Christiano que mataron; y hicieron pedazos las cruces y los retablos, y el arca del santisimo sacramento; y robando los ornamentos sagrados, en escarnio de nuestra santa fe, tomaban las casullas y las albas, y se las vestian al reves; y despues hicieron bonetes, calzones y ropetas de todo ello. Ganada la iglesia, fueron mejorandose por aquella parte de manera, que vinieron á estar tan fuertes como los nuestros en su torre, y cavando munchos hoyos de-

baxo la puente levadiza, los hinchieron de aceyte, y arrimaron sobre ellos muchos haces de leña, y la madera de los retablos, escaños y bancos de la iglesia, y gran cantidad de zarzos de cañas y tascos untados con aceyte, y le pusieron fuego. Los Christianos tapiaron con barro y piedra la puerta de la torre de manera, que aunque se quemó la puente levadiza, no podia entrar la llama dentro; mas era tan grande el calor del fuego, que traspasando las paredes, causaba gran sequedad y sed á los que estaban faltos de agua y de todo refrigerio, acompañados del clamor de las mugeres y niños. Hubo algunos hombres esforzados que quisieron salir á pelear con los enemigos, entendiendo poder romper por ellos, y ponerse en libertad. Y con esta determinacion el Abad mayor consumió el santisimo sacramento, y se confesaron y encomendaron todos á Dios; y pusieranlo en efeto, si las piadosas lagrimas de las mugeres, que dexaban desamparadas, no lo estorváran, y les hicieran tomar otro partido, al parecer mas seguro, aunque menos honroso: porque al fin se hubieron de rendir con el partido que les habian ofrecido los Moros; y no hubiera sido tan mal remedio para asegurar las vidas, si los rebeldes, faltos de fe y caridad, les guardáran la palabra que les dieron. Habiendo pues veinte y quatro horas que los combatia la llama, creciendo cada hora mas la violencia del fuego, y el numero de la gente que de toda la comarca venia, por hallarse en aquel sacrificio, los pobres Christianos comenzaron á descolgarse de la torre por una soga, no pudiendo salir por la puerta que ardia; y siendo tantos, fue necesario que tardasen mas de veinte horas por el embarazo de las mugeres y de los niños: y como llegaban al suelo, el regalo que aque-

llos

llos enemigos de Dios les hacian, era darles muchos palos y puñadas, y desnudando á todos los hombres, les ataban las manos atras, y los encerraban en la iglesia. Luego entraron en la torre, y apagando el fuego, saquearon lo que hallaron dentro: y como hereges y malos, que no querian carecer de culpa, ni escusarla, antes obligarse unos á otros con mayores delitos y excesos, para que todos desconfiasen de poder alcanzar perdon, hicieron grandisimos sacrilegios y maldades, sin respetar á cosa divina ni humana.

CAPITULO XVI.

Como los alzados mataron los Christianos que se les habian rendido en las torres de Uxixar: y como el Zaguer, arrepentido de lo hecho, quisiera que no pasára adelante el negocio del rebelion.

Cumpliendo pues los hereges rebeldes el cruel mandato de Farax Abenfarax, como si en ello estuviera su felicidad, otro dia bien de mañana se pusieron los monfis y gandules en el cimenterio de la iglesia, y diciendo á los Christianos, que los llevaban á juntar con los de la torre de Miguel de Roxas, los sacaron de la iglesia de dos en dos con las manos atadas atras, desnudos y descalzos, y los mataron cruelmente á lanzadas y cuchilladas. Quedaron algunos con las vidas, porque tuvieron amigos que los favorecieron en aquel punto, especialmente oficiales, herreros, alpargateros, carpinteros y sastres, y entre ellos el hermano del Abad mayor, y Francisco Geronimo de Aponte, y Juan Sanchez de Piñar, y otros de los rehenes, que despues hizo matar el

el solene traydor de Abenfarax. Solo á Geronimo de Aponte, y Juan Sanchez de Piñar los tuvo el Zaguer en parte segura, porque no se los matasen, entendiendo que le serian de provecho algun dia, por la mucha amistad que tenia con ellos. Viendo pues el Abad mayor sacar á matar aquellos Christianos, y considerando que lo mesmo harian de él, y de todas las mugeres que alli estaban, anduvo de unas en otras exhortandolas á que osasen morir por Jesu-Christo, diciendoles, que fuesen constantes en su santa fe catholica, que huyesen de las tentaciones del demonio, y que confiasen en la bondad de Dios, que les habia de dar vida eterna. Y andando derramando munchas lagrimas con estas y otras palabras dignas de su buena vida y dotrina, llegó á él un Moro gandul, y le dió una puñada en el rostro con tanta fuerza, que le hizo saltar un ojo, y acudiendo otro con una espada le mató; y abriendole el pecho con un puñal, le sacó el corazon, y llevandolo alto en la mano, comenzó á dar grandes voces, diciendo: "Gracias doy á Mahoma, que me dexó ver en mis manos el corazon de este perro Christianazo." Al licenciado Leon y al alguacil mayor encerraron en la capilla de la pila del baptismo el Zaguer y Diego Lopez Aben Aboo, su sobrino, para tomar venganza de ellos, y alli los tuvieron hasta las diez del dia, que los mataron. Y porque no quede atras cosa que desear saber al letor, diremos en este lugar la causa porque estos dos Moriscos, de los mas principales de la Alpuxarra, estaban ayrados contra las justicias de Uxixar. Dos hermanos, de quien esta historia hace mencion, llamados Lope el Seniz y Gonzalo el Seniz, vecinos de Bérchul, grandes monfis, que salteaban y robaban por los caminos, habian

bian muerto pocos meses antes á un mercader llamado Enciso, y á otros Christianos, que venian de una feria, por quitarles el dinero que llevaban ; y como los concejos de los lugares , en cuyos terminos acaecian semejantes delitos , estaban obligados por provision Real á dar los dañadores, ó pagar los daños , habian aguardado á matarlos en una mojonera entre terminos, donde alindan cinco concejos , que son Cádiar , Naríla , Bérchul, Mecina de Bombaron y Xeriz del marquesado del Cenete. El alcalde mayor de la Alpuxarra , que era este licenciado Leon , siendo avisado del delito , habia procedido contra todos aquellos concejos , pidiendoles los delinquentes , y que pagasen el daño que habian hecho: los quales procuraron descargarse cada qual por su parte, diciendo , que no habia sido en su termino ; y sin embargo tuvo presos muchos dias los alguaciles y regidores , y los condenó. Y pareciendole que cincuenta mil maravedis que tenia de pena cada concejo por qualquier Christiano que faltase en su termino , era muy poca condenacion , y que convendria que fuese mayor para que temiesen , mandó que pagase cada concejo mil ducados, y que los alguaciles y regidores estuviesen presos, depositados en las galeras, hasta que diesen los malhechores. De esta sentencia apelaron para Granada, donde estuvieron tambien presos hasta que se entendió su negocio : y pareciendo á los alcaldes del crimen , que habia sido recia cosa querer el alcalde mayor traspasar la ley , y alterarla de su propria autoridad , mandaron darlos á todos en fiado. Viendo esto los hijos de Enciso, acudieron al Consejo Real de su Magestad , y pidieron un juez pesquisidor contra ellos. Estaba á la sazon el licenciado Molina de Mosquera , alcalde de Chancille-

ría

ría de Granada en la Calahorra, procediendo por comision de la Audiencia Real contra otros monfis, que habian muerto á un hijo de Pedro Diaz de Montoro y á un frayle de la orden de San Francisco, llamado fray Diego de Villamayor, el dia de Santa Catalina de aquel año de mil quinientos sesenta y ocho, y el Consejo Real mandó que se le cometiese aquel negocio. De aqui vino que los monfis apresuraron el rebelion por temor de venir á sus manos, porque habia prendido mas de sesenta de ellos, y ahorcado algunos, quando se rebelaron. Volviendo pues á nuestro proposito, entendiendo Aben Aboo y el Zaguer, que todo el daño y mal que les habia venido, habia sido por la rigurosa sentencia del alcalde mayor de Uxixar; viniendoles á la memoria, que quando estaban presos habian dadole munchas peticiones, pidiendo que los mandase dar en fiado, para poder salir á buscar los malhechores, y no lo habia querido proveer, respondiendo que las pusiesen en el proceso; quando lo tuvieron á él y á su alguacil mayor, quisieron vengarse de ellos, y llegandose á la reja de la capilla donde los tenian encerrados, Aben Aboo les dixo: "Perros, acuerdaseos quando mandastes que traxesemos los monfis que habian muerto á los Christianos; veislos aqui, estos que teneis delante son: vosotros nos habeis destruido. Y tú, mal juez, porque otra vez no hagas injusticia, teniendonos presos sin haber cometido delito, y nos lleves nuestras haciendas, toma." Y allegandose al alcalde mayor, le hendió la cabeza con una hacheta, y dió con él muerto en tierra; y cargando los otros sobre el alguacil mayor, le mataron á cuchilladas, y sacandolos arrastrando de la iglesia, los llevaron al pie de la torre: y hallando alli los tocinos de

de un puerco cebon, que habian arrojado los Moros desde arriba, como cosa desaprovechada, y que no comen, metieron los cuerpos de los Christianos entre ellos, y poniendo alderredor muncha leña los quemaron. Murieron este dia en Uxixar docientos y quarenta Christianos clerigos y legos, y entre ellos seis canonigos de aquella iglesia, que es colegial. Las mugeres Christianas viendo matar delante de sus ojos á sus maridos, á sus hijos, y á sus padres y hermanos, entre miedo y dolor estaban como encantadas, mirandose las unas á las otras, sin poder llorar, ni hacer otro sentimiento, esperando la muerte, y echando secretas plegarias contra los crueles verdugos. Acabada de solenizar la maldad con derramamiento de tanta sangre Christiana, los traydores, hechos de siervos señores, repartieron las Christianas por los lugares comarcanos, para que las mantuviesen, mientras Aben Umeya mandaba lo que se habia de hacer de ellas: y acabaron de robar y destruir la iglesia, como gente barbara, indignada contra todo amor, fe y caridad, desnudos del temor de Dios, y vestidos de crueldad. Hecho esto, Don Hernando el Zaguer, que cada hora conocia mas su perdicion, juntando segunda vez los Moros mas principales, les tornó á rogar, que pusiesen fin al levantamiento, diciendoles: "Que mirasen que iban todos perdidos: que lo que se habia hecho habia sido ceguedad muy grande por las ocasiones que habian tenido para ello, que su remedio estaba solamente en decir, que los monfis habian sido autores de todo el mal, pues habia tantos, y era la verdad; y que seria mas sano á los de la Alpuxarra, que el Rey Don Felipe mandase ahorcar treinta ó quarenta Moriscos, aunque fuese él el uno de ellos, que no

que perdiesen la tierra, y juntamente los hijos, las mugeres y todas sus haciendas." Mas no bastaron todas estas persuasiones con los barbaros ayrados, y que sentian ya sus conciencias tan cargadas, que les parecia no haber lugar de misericordia para ellos; y asi le respondieron: "Que si temia á los Christianos, hiciese de sí lo que le pareciese, que no faltarian hombres en la Alpuxarra que la defendiesen."

No me parece justo dexar de tratar en este lugar de un niño que los Moros mataron este dia, lo qual diremos conforme á una informacion que el Arzobispo de Granada mandó hacer sobre ello, que estuvo en nuestro poder, y á lo que algunas Christianas de las que se hallaron presentes nos dixeron. Estaba en la iglesia de Uxixar un niño de edad de diez años, llamado Gonzalo, hijo de Gonzalo de Valcazer, vecino de Mayrena, el qual viendo que sacaban á matar á su padre, hincó las rodillas en el suelo delante del altar mayor, y llorando tiernamente rezó el Credo, y rogó á Dios diese esfuerzo á todos aquellos Christianos para morir por su santa fe catholica; y levantandose de la oracion con tanto animo que admiraba, pasó por junto á su padre, y fue á donde estaba su madre con las otras mugeres, y le dixo: "Señora madre, sea vuesa merced constante en la fe de Jesu-Christo, y muera por ella, como lo hace mi señor padre." Y estandola animando á ella y á las otras Christianas, llegaron á él dos monfis, y le dixeron: "Que si queria ser Moro le harian muncho bien; y que llamase á Mahoma, como hacian ellos." El qual les respondió: "Que era Christiano, hijo de Christianos, y habia de morir por Jesu-Christo." Y aunque le pusieron una ballesta armada con una xara á los pechos,

ame-

amenazandole que le matarian, si no llamaba á Mahoma, jamas quiso hacerlo. Y entonces dixo uno de los monfis: "Saquemosle fuera, y muera con su padre, que tan perro es como él." Y viendo el niño que las mugeres lloraban por ver que le querian llevar á matar, volvió el rostro á ellas, diciendoles: "Señoras, por qué lloran vuestras mercedes? Sepan que todos los Christianos, que mueren hoy, son martires, que padecen por Jesu-Christo, y van á gozar de él." Y volviendo á su madre con un semblante piadoso, le dixo: "Señora madre, de buena gana voy á morir con estos Christianos: solo me da pena que la dexo sola, porque ciertamente viendo morir unas muertes tan lindas como estas, no sé quien desea quedar en el mundo." Y diciendo estas y otras palabras de consolacion y piedad, que parecian exceder á su capacidad, llegaron otros hereges á él, y atandole las manos atras, le sacaron azotando de la iglesia; y el niño iba diciendo: "Señores, salganme á ver morir por Jesu-Christo, que voy á gozar de su reyno. Señora madre, no tenga pena." Y teniendole fuera de la iglesia, volvieron los Moros á persuadirle que se tornase Moro, y no le matarian; y viendo quan poco les aprovechaba, le llevaron al lugar de Lucaynena, que está media legua de Uxixar, y alli le mataron á cuchilladas, y despues le jugaron á la ballesta. Certificónos un Moro de los que se hallaron presentes, que hasta que dió el alma á Dios no dexó de llamar á Jesu-Christo. Exemplo grande de su divina providencia, y triunfó glorioso de sus enemigos, que pensaban triunfar de él.

CAPITULO XVII.

Como Laróles y los otros lugares de la taa de Uxixar se alzaron.

Alzóse el lugar de Laróles el mesmo dia viernes víspera de pasqua de navidad : los Christianos hubieron sentimiento de ello , y recogiendo sus mugeres y hijos se metieron en la iglesia , y se hicieron fuertes en la torre del campanario. Luego acudieron los Moros de Bayárcal y de los otros lugares comarcanos , y robando las casas de los Christianos fueron á la iglesia , y hallando poca defensa , porque los nuestros se habian recogido en la torre, entraron dentro , y con cruel rabia deshicieron los altares, rompieron las aras y los retablos, y saquearon quanto habia dentro , y arrastraron y traxeron por el suelo todas las cosas sagradas. Mientras unos se ocupaban en estos sacrilegios , otros cercaron la torre , y requirieron á los cercados que se rindiesen y les entregasen las armas , pues veían que no se podian defender , prometiendoles que no les harian mal ninguno ; donde no , que supiesen que los habian de quemar vivos : los quales creyendose de sus falsas promesas se rindieron luego. Mas los hereges descreidos no les guardaron la palabra , antes en abaxando de la torre , y entregando las armas , los desnudaron á todos en camisa, y dandoles de palos y de puñadas los maniataron , y los metieron dentro de la iglesia , donde les hicieron munchos malos tratamientos, escarneciendolos por vituperio : y viniendo por alli los monfis de la compañia de Abenfarax entraron en la iglesia, y delante de los cleri-

rigos que tenian presos y maniatados, se vistió uno de ellos una casulla, y se puso un pedazo del frontal del altar en el brazo, como por manipulo, y otro pedazo en la cabeza; y tomando otro Moro la cruz al reves, vueltos los brazos para abaxo, fueron donde estaban los Christianos, y comenzaron á deshonrarlos, diciendoles: "Perros, veis aqui lo que vosotros adorais: cómo no os ayuda agora en la necesidad en que estais?" Y diciendo esto escupian la cruz, y á los Christianos en las caras. Y por mas escarnio asaetearon y acuchillaron las cruces y las imagines de vulto, y poniendo los pedazos de todo ello y de los retablos en medio la iglesia, le pegaron fuego, y lo quemaron. Hecho esto sacaron de alli el dia de los Inocentes á los sacerdotes, que eran tres clerigos beneficiados, llamados Bartolomé de Herrera, Beltran de las Aves, y Rodrigo de Molina, y al sacristan Alonso Garcia, y á dos hijos suyos, y á otros munchos legos que tenian presos de aquel lugar, y de los otros cercanos; y antes de matarlos untaron á los clerigos los pies con aceyte y pez, y poniendolos sobre un brasero ardiendo les dieron cruelisimos tormentos. Despues los ataron á todos en una traylla, desnudos y descalzos, y los llevaron á una haza en el camino del lugar de Picena, y alli les tiraron á terrero con los arcabuces y ballestas, y los despedazaron con las espadas, y dexaron los cuerpos á las fieras.

El lugar de Nechit se alzó la mañana del primer dia de pasqua antes que amaneciese, y los Christianos tuvieron lugar de recogerse en casa del beneficiado Juan Diaz, creyendo poderse defender: mas los Moros cercaron la casa y la entraron, y los prendieron á todos dentro antes de las ocho del dia. Luego robaron la iglesia

sia y las casas con igual rabia que los demas hereges, porque todos tenian una mesma voluntad, y una ira contra las cosas divinas y humanas. Despues fueron unos vecinos del mesmo lugar, llamados los Mendozas, á la casa donde tenian los Christianos aprisionados, y sacandolos de alli los llevaron la vuelta de Uxixar. Iba por el camino uno de aquellos hereges, diciendoles que se tornasen Moros, y que los soltarian: y porque el beneficiado les decia que diesen gracias á Jesu-Christo, y estuviesen firmes en la fe, ayrandose contra él, le hirió el traydor en la cabeza con una hacha de partir leña, y se la hendió en dos partes: luego mató á Pedro Valera, su cuñado; y poniendo todos mano á las espadas y á los alfanges, mataron todos los Christianos que llevaban delante de las proprias mugeres, y desnudandolos en cueros echaron los cuerpos en un barranco, que no consintieron que se les diese sepultura.

El mesmo dia que se alzaron los de Nechit, se rebelaron tambien los del lugar de Xúgar: los Christianos se metieron en la iglesia, mas no se pudieron defender, y luego los prendieron. El bachiller Diego de Almazan, beneficiado de Laróles, salió huyendo del lugar, creyendo poderse guarecer en la torre de la iglesia, mientras los rebeldes andaban embebecidos en robar, y llegando al lugar de Unduron, salió á él un Moro, que habia tenido por amigo, llamado Gaspar, y lo llevó á su casa, diciendole: "Que no pasase adelante, porque estaba toda la tierra alborotada: que él le esconderia, y le pornia despues en salvo." Y quando le tuvo en casa fue el solene traydor á llamar otros hereges como él, y sacandole arrastrando de donde estaba, le llevaron maniatado á Xúgar á su mesma casa, para

que

que les diese el dinero que tenia escondido; y desque se lo hubo dado, le sacaron á un cerro alli cerca descalzo y desnudo, dandole de bofetones y puñadas; y dexandole alli con gente de guardia fueron á traer á su ama, y á una sobrina que tenia consigo, y llegadas donde estaba, hicieron un gran fuego y le metieron dentro desnudo en cueros, diciendole, que muriese por Mahoma. El qual les respondió animosamente: "Que no moria sino por Jesu-Christo, y por su bendita madre." Entonces le sacaron del fuego medio quemado, y le dieron munchas heridas, y se le entregaron á las Moras, que le acabasen de matar con cuchillos y almaradas en presencia de aquellas dos Christianas que habian traido alli por darles mayor pena: y despues mataron cruelmente los otros Christianos que tenian presos.

El lugar de Mayrena se alzó quando Xúgar: los Moros robaron y destruyeron la iglesia y las casas de los Christianos, y los prendieron á todos; y luego el mesmo dia los soltaron, sino fue al beneficiado Geurigui, que le encerraron en un aposento. Estos Christianos viendo que no podian defenderse en el lugar, se salieron de él huyendo, y ciertos Moriscos de los que los habian soltado dieron aviso á los de Unduron para que les saliesen al camino y los prendiesen: los quales lo hicieron ansi, y presos los llevaron á Uxixar de Albacete, donde los mataron con los demas que hemos dicho. De este lugar era aquel niño Gonzalico, que diximos en el capitulo de Uxixar. Volviendo pues al beneficiado Geurigui, habiendole tenido encerrado en aquella camara sin dexarle hablar con nadie, echandole pedazos de pan de alcandia que comiese como á perro, quando estuvieron enfadados de tenerle alli guardado, le

le sacaron desnudo en cueros con las manos atadas atras, y dandole de bofetadas y escupiendole en la cara, le llevaron á las eras del lugar para matarle. Decianle los hereges por escarnio: "Perro, por qué no nos llamas agora á misa, y dices á las Moras que no se atapen las caras?" Y atandole al pie de una higuera, le hirieron con una lanza en el costado derecho, estando invocando el dulce nombre de Jesus: luego le tiraron de saetadas, y estando aun vivo, llegó un Moro á él, llamado Gavia Melga, y le desjarretó con un alfange, y derramandole un frasco de polvora en la boca y sobre la cabeza, y en la cara, le puso fuego; y despues le tiraron al terrero con los arcabuces y ballestas, y no consintiendo enterrar el cuerpo, se lo dexaron en el campo.

No fue menor la crueldad que usaron los de Picena, que los de los otros lugares: alzaronse quando supieron que los de Mayrena se habian alzado; y como los Christianos se recogiesen en la iglesia, pensando poderse defender algunos dias, los enemigos de Jesu-Christo les robaron las casas, y los cercaron luego; y quiriendo poner fuego al templo y quemarlos dentro, dos Moros, llamados Francisco de Herrera y Diego de Herrera Alhander, les dixeron, que rindiesen las armas y se diesen á prision, sino querian morir quemados. Viendo pues la poca defensa que tenian, tuvieron por buen consejo rendirse, y los hereges entraron en la iglesia, y despedazando los retablos, imagines, cruces y la pila del baptismo, derribaron tambien el arca del santisimo Sacramento por aquel suelo, y hicieron grandes abominaciones y maldades. Despues maniataron á los Christianos, y los sacaron á una ladera fuera del lugar, donde les dieron cruelisimas muertes. Al dotor Bravo, cleri-

ri-

rigo, colgaron de los brazos en un moral tan baxo, que llegaba con las rodillas al suelo, y dandole muchas bofetadas, le persuadian con amenazas á que se tornase Moro; y como les dixese que era Christiano, y que habia de morir por Jesu-Christo, le dieron tantas pedradas y cuchilladas, hasta que le mataron. Luego desnudaron á un viejo de mas de sesenta años, y le llevaron en cueros, azotandole y escupiendole en la cara, y atandole á un arbol, le jugaron á la ballesta. Despues sacaron al beneficiado Pedro de Ocaña, y á su sacristan, y en presencia de las mugeres Christianas, que habian llevado para que viesen aquel espectaculo, por darles mayor dolor, arcabucearon al beneficiado; y quando estuvo muerto, entregaron á su madre, que era ya muger mayor, á las Moras que la matasen, diciendole: "Anda, perra, vete con tus amigas, que ellas te daran carta de horra." Las quales la tomaron en medio con gran regocijo, y la llevaron á un barranco; y quando la hubieron mesado, abofeteado, y dadole munchas puñadas, la hirieron con almaradas y cuchillos, y antes que acabase de espirar la echaron del barranco abaxo, yendose siempre encomendando á Dios y á su bendita madre. Tambien despeñaron vivo al sacristan, arrojandole en otro barranco tan hondo, que quando llegó abaxo, iba ya hecho pedazos.

CAPITULO XVIII.

Como los lugares de la tierra de Adra se alzaron, y la descripcion de ella.

La tierra de Adra cae en la costa del mar mediterraneo: á poniente tiene la taa del Cehel, á levante la de Verja, á tramontana la de Uxixar, y al mediodia el mar mediterraneo. Por esta tierra de Adra atraviesa el rio que diximos, que pasa junto al lugar de Darrícal, y se va á meter en la mar cerca de Adra la nueva, que es una fortaleza donde reside ordinariamente presidio de gente de á pie y de á caballo, para seguridad de aquella costa. Los lugares de este partido son quatro, Adra la vieja, donde habia antiguamente una fortaleza que los Moros llamaban la Alcazaba, Salalobra, Marvella y Adra la nueva: estan en la ribera del rio, donde tienen guertas y arboledas, y buenos pastos para ganados, y algunas tierras de pan; todo lo demas es tierra esteril y arenales, especialmente hácia la mar. Las grangerias de los moradores son aquellas guertas, y alguna seda que crian, y la pesca de la mar, que es buena. Alzaronse los de Adra la vieja, Salalobra y Marvella, quando los de la taa de Uxixar, y los Moriscos se subieron á las sierras con sus mugeres y hijos: mas no hicieron daño á los Christianos que vivian entre ellos, porque se recogieron con tiempo á la villa de Adra la nueva. Luego que el capitan Diego Gasca volvió de Uxixar, quiriendo poner cobro en aquella plaza, se metió dentro con los caballos de su compañia; y viendo la falta de gente y de bastimentos que habia para poderlo defender,

der, si los enemigos le cercasen, y quan mal podria ser socorrido por tierra, por estar alzada la Alpuxarra, despachó á gran priesa una barca á la ciudad de Malaga, pidiendo que le socorriesen por mar el corregidor y Pedro Verdugo, proveedor de las armadas de su Magestad. Envió el corregidor luego al capitan Herrera Vazquez de Loaysa con cien hombres en vergantines, y el proveedor los bastimentos y municiones que pudo aprestar para socorro de la presente necesidad: y llegando tambien una fragata con gente de Almería, se aseguró la plaza, y se pudieron salvar en ella muchos Christianos, que huyeron de Verja, y de Dalías, y de otras partes. Y corriendo Diego Gasca los lugares de aquella comarca con la gente que le acudia de la ciudad de Malaga, hizo algunos buenos efetos contra los alzados.

CAPITULO XIX.

Como los lugares de la taa de Verja se alzaron, y la descripcion de ella.

La taa de Verja confina á poniente con la tierra de Adra, á levante con la taa de Dalías, al mediodia con el mar mediterraneo, y á tramontana tiene la sierra de Gádor, y parte de la taa de Andarax. Es toda ella tierra fertil, de mucho pan, trigo y cebada, y de muncha hierba para los ganados. La cria de la seda es alli muy buena, y tienen los moradores munchas guertas de arboledas de frutas tempranas, que se riegan con el agua de los arroyos que proceden de fuentes que nacen en la sierra de Gádor. Hay en ella catorce lugares, llama-

dos Rio chico, Benínar, Rigualte, Verja, Inaxid, Bena Haxin, Pago, Virgualta, Almentolo, Alcobra, Castala, Capileyra, Ílar y Xeréa. En el lugar de Castalanos certificaron munchos Moriscos y Christianos que no se crian gurriones; y que si los llevan alli vivos, mueren luego; y que algunas veces se ha visto pasar por cima de las casas volando, y caerse muertos. Y que en el de Bena Haxin no pueden las zorras asir las gallinas con la boca, y las ven munchas veces andar tras de ellas dandoles con las manos, porque no pueden abrir la boca para morderlas, cosa que pareceria ridiculosa, si no hubieran certificadolo personas de mucho credito, clerigos y legos; mas no saben decir la causa porque esto sea, solamente entienden que es por encantamiento que hizo alli un Moro antiguamente.

Verja es el lugar principal de esta taa: está media legua de la orilla de la mar: alzóse el primer dia de pasqua de navidad: algunos de los Christianos, que alli vivian, se acogieron luego á la villa de Adra, y otros confiados en unas torres fuertes, que tenian hechas en sus casas, por miedo de los cosarios Turcos, se metieron dentro con sus mugeres y hijos: y los que no tuvieron comodidad de hacer lo uno ni lo otro, se fueron á recoger á la torre de la iglesia. Los que fueron á Adra se salvaron, y todos los demas se perdieron, porque los enemigos de toda verdad los aseguraron con buenas palabras, diciendo, que no les harian mal; y desque los tuvieron en su poder, los desnudaron y trataron cruelisimamente: solos Celedron de Enciso, y Juan Muñoz se pudieron escapar descolgandose de sus torres, y acogiendose á Adra. Siendo pues ganadas las torres, los enemigos de Christo, y especialmente los monfis y gandules,

les, destruyeron y robaron la iglesia, deshicieron los altares, patearon las aras, los calices y los corporales, derribaron el arca del santisimo Sacramento, tomaron un Christo crucificado, y con voz de pregonero le anduvieron azotando por toda la iglesia; y haciendole pedazos á cuchilladas, le arrojaron despues en un fuego, donde tenian puestos los retablos y las imagines. Y derribando una imagen de vulto de nuestra Señora, que estaba sobre el altar mayor, la arrojaron por las gradas abaxo, diciendo los hereges por escarnio: "Guardate no te descalabres." Y á las Christianas que estaban alli presentes les decian: que por qué no favorecian á su madre de Dios, y otras munchas blasfemias, deshonrandolas de perras, y amenazandolas con la muerte. Luego el siguiente dia hincaron munchos palos en la plaza del lugar, y con grande fiesta de atabalejos y dulzaynas sacaron á justiciar á los Christianos, llevandolos de quatro en quatro; y atandolos en aquellos palos, les tiraban á terrero con los arcabuces y ballestas, escarneciendolos, y haciendo burla, porque se encomendaban á Jesu-Christo y á su bendita madre: y de esta manera los fueron matando á todos, sin dexar ninguno que pasase de doce años. Duró el justiciar á los legos hasta la oracion, y entonces sacaron á los clerigos, que eran quatro beneficiados, llamados Pedro Venegas, Martin Caballero, Francisco Juez, y Luis de Carvajal. A estos llevaron desnudos, las manos atadas atras, por donde estaban las mugeres Christianas, azotandolos con voz de pregonero, hasta los palos donde los habian de poner. Y porque iban rezando y encomendandose á Dios, les daban de bofetadas y de puñadas en la boca, y les decian, que llamasen á Mahoma, y verian como los libra-

ba

ba de alli, mejor que su Christo, y otras muchas blasfemias. Llegados á los palos, los ataron, y les tiraron con los arcabuces; y despues llegaron ellos con las espadas, y los hicieron pedazos á cuchilladas. Habian los cruèles hereges dexado cinco Christianos que enterrasen á los muertos; y desque los hubieron enterrado, los sacaron á matar á ellos: y con sogas á los pescuezos, los entregaron á los muchachos, que los llevasen arrastrando hasta unos barrancos fuera del lugar. No sé como exagerar la bestialidad de estos barbaros enemigos de Christo, que aun no se preciaban de poner las manos en los Christianos muertos, haciendo asco de ellos. Fue cruel perseguidor de nuestra gente en este lugar y en los de su taa un Moro, vecino de alli, llamado el Rendedi. No hacemos mencion de lo que hicieron en los otros lugares, porque todos iban por un rasero; y siendo este el principal, acudió casi toda la gente á él. Solo diremos, que todos desampararon los pueblos, y se subieron con sus mugeres y hijos, y bienes muebles á la sierra de Gádor, y se llevaron las Christianas cativas, luego que hubieron hecho justicia de los hombres.

CAPITULO XX.

Como los lugares de la taa de Andarax se alzaron, y la descripcion de ella.

La taa de Andarax está entre dos grandes sierras; á poniente confina con la taa de Uxixar; á tramontana tiene la Sierra nevada, y la parte de ella, que cae sobre el marquesado del Zenete, donde está el puerto de Guevíjar, no menos dificultoso de atravesar que el de

la

la Raguaha, por su aspereza y altura, y por la muncha y continua nieve que carga en las cumbres de él. Al mediodia tiene las taas de Verja y de Dalías; y á levante la de Lúchar, y parte de la sierra de Gádor. Por medio de esta taa atraviesa un rio, que baxa de la Sierra nevada, que pasando por ella le llaman rio de Andarax. Despues va á la taa de Lúchar, y juntandose con otro rio que baxa de la sierra, que está sobre el lugar de Ohañez, cerca del lugar de Raguél, entra por la taa de Marchena, y se va á meter en la mar, dando muchas vueltas, con nombre de rio de Almería, junto á la propria ciudad, llevando consigo otras aguas. Esta taa de Andarax es la mejor tierra de toda la Alpuxarra, y asi lo significa el nombre arabe, que quiere decir, la era de la vida, porque es muy fertil de pan de toda suerte: abundante de hierba para los ganados: el cielo y el suelo muy saludable y templado; y tiene munchas fuentes de agua fresca, y muy delgada: con las quales se riegan hermosas arboledas de frutas, por estremo lindas y sabrosas; y especialmente la cria de la seda es muncha, y muy buena. Hay en ella quince lugares, llamados Dayárcal, Alcudia, Paterna, Harat Alguacil, Íniza, Harat, Albolot, Harat Aben Muza, Guarros, Alcolaya, Lauxár Al Hican, Codbaa, Hormica, Beni Ayl, y el Fondon: de los quales Codbaa tiene titulo de ciudad. Y en el Lauxár estaba antiguamente una fortaleza grande, en sitio fuerte, á un lado del camino por donde se sube al puerto de Guevíjar, que agora está destruida.

Los lugares de Íniza y Guarros fueron los primeros que se alzaron en esta taa el viernes víspera de pasqua de navidad. Lo primero que los rebeldes hicieron fue ir á casa de su beneficiado, que se decia el bachiller Biedma,

ma ; y no le hallando alli , porque en oyendo el alboroto se habia escondido en casa de un vecino que tenia por amigo, le saquearon la casa. Luego fueron á la iglesia , y la destruyeron y robaron sin perdonar cosa sagrada , y la quemaron ; y con deseo de vengar su ira en el sacerdote de Jesu-Christo , fueron á la casa donde estaba, y rompiendo las puertas, le sacaron, y le llevaron desnudo y descalzo, las manos atadas atras , por las calles haciendole muchos malos tratamientos; y presentandole delante de los monfis y de los regidores de aquellos lugares, le dixeron dos de ellos, llamados Benito de Abla y Diego de Abla, si queria ser Moro , y que le dexarian la vida. Y como les respondiese , que tenian poca necesidad de darle tan mal consejo , porque él era Christiano, sacerdote de Jesu-Christo , y que habia de morir por su santa fe catholica, le hicieron asentar en el suelo delante de ellos, y mandaron á los Moros mancebos que le jugasen á la ballesta ; y despues de haberle asaeteado, le dieron munchas cuchilladas y lanzadas ; y echandole una soga al pescuezo , le entregaron á los muchachos, que lo llevasen arrastrando hasta un barranco fuera del lugar.

Los Moriscos del lugar de Alcudia y de Paterna se alzaron el primer dia de pasqua de navidad ; y como los Christianos, que alli moraban, entendieron el alboroto que traían, y que se querian rebelar , tomando sus mugeres y hijos consigo , se fueron á guarecer á la torre de la iglesia , que era fuerte. Y los Moros , viendo que no se podian aprovechar de ellos , los aseguraron diciendo, que se volviesen á sus casas , porque los del lugar no querian alzarse; y que ellos mesmos los defenderian, quando fuese menester. Los quales confiados en sus fal-

falsas palabras, se salieron de la torre; y porque no pareciese que dexaban de cumplir lo que les habian prometido, quando los vieron vueltos á sus casas, enviaron á llamar á los monfis forasteros: los quales los prendieron, y les robaron quanto tenian: y los unos y los otros con grandisima ira entraron en la iglesia, y la saquearon y robaron, y destruyeron todas las cosas sagradas. El beneficiado Arcos se escondió en casa de un Moro, que solia tener por amigo, llamado Agustin el viejo: el qual le pagó la amistad con entregarle luego á sus enemigos, y ellos le llevaron desnudo y descalzo á la iglesia, á donde estaban los otros cativos que tenian presos, y despues los sacaron á matar. Los primeros fueron el beneficiado, y Diego Lopez de Lugo, hombre muy rico, señor de la mayor parte del lugar. A estos los desnudaron en cueros, y dandoles muchas bofetadas y puñadas, porque se encomendaban á Dios y á su bendita madre, los llevaron desde el lugar á una cruz, que está en el camino que va á Íniza; y atandolos al pie de ella, los asaetearon, y despues les dieron muchas estocadas y cuchilladas, hasta que los acabaron de matar; y de la mesma manera mataron á todos los otros Christianos que tenian presos: hubo algunos que tuvieron lugar de huir por las sierras antes que los prendiesen, y estos se salvaron. Fueron crueles perseguidores de Christianos en este lugar quatro Moriscos, llamados Gaspar Roxo, Hernando de Malaga, Pedro de Escobar y Bernardino de Escobar.

Codbaa, como queda dicho, tiene titulo de ciudad, porque moró alli el Rey Abi Abdilehi el Zogoybi, que rindió á Granada. Estan tres lugares juntos, que parecen barrios, que son Codbaa, Lauxár y el Fondón: todos

dos los Christianos que vivian en estos lugares y en otros alli cerca, se recogieron á la iglesia de Codbaa, en sintiendo que los otros lugares se levantaban; y queriendose ir á guarecer en la ciudad de Almería, por parecerles que no estaban alli seguros, un Morisco regidor, llamado Pedro Lopez Aben Hadami, que era de los mas ricos y principales de la taa, les aconsejó que no se fuesen, hasta ver en que paraba el negocio; llevó á su casa al beneficiado Juan Lorenzo, y á un hermano suyo con toda su familia, y los tuvo el lunes en la noche haciendoles mucho regalo. Luego el siguiente dia, que fue martes veinte y ocho de Diciembre, entraron en el lugar munchos Moros de Alcoléa y de otras partes, y los monfis, que iban alzando la tierra: y Aben Hademi, pareciendole que no estaban seguros los Christianos que tenia en su casa, porque aun hasta entonces debia de tener voluntad de salvarles la vida, los metió en un aposentillo baxo, que estaba junto al corral, y echandoles unos haces de cañas de alcandia á la puerta, se fue á la plaza á ver lo que se hacia, y halló munchos Moros forasteros y del lugar, que andaban con banderas tendidas robando las casas de los Christianos: los quales le dixeron, como el reyno todo estaba alzado, y que Granada y sus fortalezas eran de Moros. Entonces, viendo que la cosa debia ir de veras, entró con ellos en la iglesia, y hizo prender todos los Christianos clerigos y legos que alli habia, y haciendo pedazos los retablos y las cruces y el arca del santisimo Sacramento, le pusieron á todo fuego, y lo quemaron. No mucho despues Hernando el Gorri, que era el principal caudillo de aquel partido, y vecino Lauxár, y Alonso Aben Cigue, y el mesmo Pedro Lopez Aben Hademi, manda-

daron que matasen todos los Christianos que tenian presos, como se habia hecho en los otros lugares; y juntandose en la plaza mucha gente, tocando sus atabalejos y dulzaynas, cantando canciones á contemplacion del dia tan deseado que veían, sacaron los primeros á Diego Ortiz, y á Juan Ortiz, su hermano, y desnudos en cueros los llevaron ante el Gorri: el qual mandó que los arcabuceasen, y que lo mesmo se hiciese de todos los demas. De alli los llevaron á una rambla, que está antes de llegar al Fondón, y les tiraron con los arcabuces y ballestas, y despues los acabaron con las espadas y alfanges. De esta manera mataron los Christianos que habian prendido en los tres lugares; y á los de Guénija, lugar del marquesado del Zenete, que tambien los traxeron alli. Solos los guespedes de Aben Hademi no murieron por entonces, mas desde á quince dias, enfadado de tenerlos escondidos tanto tiempo, ó por miedo de Abenfarax, alguacil mayor de Aben Umeya, que habia venido á lo de Andarax, y mandaba que so pena de muerte, nadie fuese osado de dar vida á hombre Christiano, denunció de ellos ante él: el qual mandó al Hoceni y á otros sus compañeros, llevasen luego ante él al beneficiado Juan Lorenzo, y haciendole desnudar en cueros, atados los pies y las manos, le mandó poner de pies sobre un brasero de fuego ardiendo en casa del Lanxi, y de esta manera le asaron de las rodillas abaxo; y porque llamaba á Jesu-Christo y á su bendita madre, y se encomendaba á ellos, el herege traydor le hizo dar con una suela de una alpargata sucia en la boca, y munchos palos y puñadas en la corona, y escarneciendo de él, decia: "Perro, di agora la misa, que lo mesmo hemos de hacer del Arzobispo, y

del presidente, y hemos de llevar sus coronas á Berbería." Y para darle mayor tormento traxeron alli dos hermanas doncellas que tenia, para que le viesen morir, y en su presencia las vituperaron y maltrataron, y por escarnio les preguntaban, si conocian aquel hombre que se estaba calentando al fuego. Y habiendole tenido de esta manera un buen rato, le llevaron arrastrando con una soga fuera del lugar, y en un cerrillo lo entregaron á las Moras, para que tambien ellas se vengasen: las quales le sacaron los ojos con cuchillos, y le acabaron de matar á pedradas. Luego fueron á traer á su hermano, y junto á él le hicieron pedazos; y un herege le hizo abrir la boca antes que espirase, y le echó dentro un buen golpe de polvora, y le puso fuego, de enojo de ver que se encomendaba á Dios tan de veras glorificandole por su lengua. Tambien mataron al sacristan Francisco de Medina, entregandole á los muchachos que le apedreasen, porque les enseñaba la dotrina christiana, y hicieron una grandisima crueldad en Luis Montesino de Solís, de quien diremos adelante en el capitulo de Guécija. A Diego Beltran, mocito de edad de catorce años, martirizaron dos hereges llamados el Huceni y el Caycerani: el qual estandole atando para llevarle al lugar del martirio, preguntó á su madre, que donde le querian llevar; y ella respondió varonilmente: "Hijo, á ser martir: muere por Jesu-Christo. Bienaventurado tú, que le gozarás presto: encomiendate á él, y nó temas de morir por tan buen señor." Y ansi lo hizo el mocito, y lo mataron los sayones á cuchilladas.

CA-

CAPITULO XXI.

Como los lugares de la taa de Dalías se alzaron : y la descripcion de ella.

La taa de Dalías es en la costa del mar mediterraneo: á poniente confina con la taa de Verja, á levante con tierra de Almería, al mediodia tiene la mar, y á tramontana parte de la sierra de Gádor, que cae entre ella y la taa de Andarax, y es tambien de Almería. Toda esta taa está en tierra llana, donde hay hermosisimos campos para apacentar ganados de hibierno. Cogese en ella mucha cantidad de pan, trigo y cebada, y hay grandes arboledas, y la cria de la seda es buena. Hay en ella seis lugares, llamados Asubros, Odba, Célita, Elchitan, Almecet y Dalías, que es el principal, donde estan los campos que dicen de Dalías, famosos por el muncho ganado que alli se cria.

Contaronnos algunos Moriscos, y aun Christianos, que el mesmo dia que se alzaron los de Verja, fue al lugar de Dalías aquel Moro que diximos, llamado el Rendedi, y que estando todos los vecinos á la puerta de la iglesia para entrar en misa, llegó con quatro banderas y muncha gente armada, y se puso á vista del lugar, en un viso que se hace en una serrezuela, que cae por baxo de la sierra de Gádor á la parte de levante; y que á un mesmo tiempo habian asomado otras quatro banderas á la parte de poniente sobre una punta de la mesma sierra, y que los vecinos se alborotaron con aquella novedad : y juntandose los regidores, que todos eran Moriscos, salieron con alguna gente á ver qué bande-

deras eran aquellas, y que el Rendedi baxó á ellos con cincuenta tiradores, y les dixo, que se alzasen luego, porque todos los lugares de la Alpuxarra estaban alzados; y como les respondiesen, que ellos no entendian hacer mudanza por entonces, el Moro se enojó mucho, y les dixo, que no habia venido á otra cosa, y que se habian de alzar mal de su grado. El qual entró con toda la gente en el lugar, y mandó pregonar por todo él, que so pena de la vida todos los vecinos saliesen luego á la plaza con sus armas, los que las tuviesen. Y porque algunos hombres ricos no salieron tan presto, los hizo matar y saquearles las casas, diciendo, que eran Christianos enemigos de Mahoma. Corriendo pues los rebeldes con grandisimo impetu á la iglesia, entraron en ella, y la saquearon y robaron, y haciendo pedazos los retablos y las imagines que estaban en los altares, y la pila del baptismo, destruyeron todas las cosas sagradas, y le pusieron fuego. Y porque una muger Morisca de las principales de la taa les reprehendió los sacrilegios y maldades que hacian, y quitó á los muchachos las hojas de un misal que traían haciendo pedazos, le cortó un herege de aquellos la cabeza. Algunos Christianos, asi clerigos como legos, fueron presos y muertos en sus mesmas casas; otros munchos se habian ido con tiempo á la villa de Adra. A los beneficiados Antonio de Cuevas, y maestro Garavito, mataron luego dentro de sus casas. Un hermano del maestro Garavito, y con él algunos Christianos de aquel lugar y de los otros de la taa, se metió en la fortaleza vieja de Dalías la alta, y alli se defendieron tres dias; mas los enemigos de Dios juntaron muncha leña, y zarzos de cañas y tascos, y les pusieron fuego: y al fin viendose sin de-

defensa, y sin remedio de socorro, y que se quemaban vivos, pidieron que los recibiesen á partido; mas los traydores haciendo burla de ellos, y deseando matarlos con sus manos, les dixeron, que se echasen de la torre abaxo, que ellos los recogerian, pues no podian baxar por la escalera: los quales huyendo del fuego, que los cercaba ya por todas partes, se arrojaron de arriba, asi hombres como mugeres. Unos se perniquebraban, otros se descalabraban; y quedando aturdidos del golpe, porque la torre era muy alta, el refrigerio que hallaban era el cuchillo de los crueles verdugos, que los acababan de matar. De esta manera los mataron á todos, y fueron muy pocas las mugeres y niños que tomaron captivos, y con la mesma crueldad trataron á los de los otros lugares que se alzaron en el mesmo tiempo. Digamos agora la entrada que hizo Aben Umeya en la Alpuxarra, y lo que proveyó en ella, que luego diremos como se alzaron los lugares de las otras taas.

CAPITULO XXII.

Como Mahamete Aben Umeya entró en la Alpuxarra despues de electo en Béznar, y lo que proveyó en ella.

Partido Abenfarax de Béznar, luego le siguió Aben Umeya, acompañado de muchos Moros, con temor de que se haria alzar por Rey en la Alpuxarra, y llegando á Lanjaron, halló que habia quemado la iglesia, y muerto unos Christianos que estaban dentro. De alli pasó á Órgiba, donde los cercados de la torre se defendian, y les requirió con la paz; y viendo que no querian

rian oir su embaxada, repartió la gente en dos partes: la una dexó en el cerco con el Corceni de Uxixar, carpintero, y con él Dalay; y la otra se llevó consigo á Puqueyra y á Ferreyra. El dia de los Inocentes estuvo en su casa en Válor, y á veinte y nueve de Diciembre entró en Uxixar de Albacete, con deseo, á lo que él decia despues, de salvar la vida al Abad mayor, que era grande amigo suyo, y á otros que tambien lo eran; y quando llegó, ya lo habian muerto. Alli repartió entre los Moros las armas que habian tomado á los Christianos, y el mesmo dia fue al lugar de Andarax, y hizo que confirmasen su eleccion los de la Alpuxarra. Y siendo jurado de nuevo por Rey, dió sus patentes á los Moros mas principales de los partidos y mas amigos suyos, para que con su autoridad gobernasen las cosas convinientes al nuevo estado y nombre Real, aunque vano y sin fundamento: mandandoles que tuviesen especial cuidado de guardar la tierra, poniendo gente en las entradas de la Alpuxarra: que alzasen todos los lugares del reyno; y que los que no quisiesen alzarse, los matasen, y les confiscasen los bienes para su camara. Hecho esto volvió á Uxixar, dexando por alcayde de Andarax á Aben Zigui de los principales de aquella taa; y alli dió sus poderes á Miguel de Roxas, su suegro, y le hizo su tesorero general, porque demas del deudo que con él tenia, era hombre principal del linage de los Mohayguajes, ó Carímes antiguos alguaciles de aquella taa en tiempo de Moros; y por ser muy rico, y de aquel linage, le respetaban los Moros de la Alpuxarra: el qual no se tenia por menos ofendido de las justicias que Aben Umeya, porque demas de haberle tenido preso muchos dias sobre delitos de monfis, le ha-

habian defendido que no truxese armas, teniendo licencia para poderlas traer, y no le habian dexado acabar una torre fuerte que hacia en su casa, antes se la habian querido derribar. Finalmente Aben Umeya hizo todas las diligencias dichas en Uxixar en un dia, y aquella mesma noche se fue á dormir á Cádiar, y dió patente de su capitan general á Don Hernando el Zaguer, su tio; y dexando gente de guarnicion en la frontera de Poqueyra y Ferreyra, donde pensaba residir, á treinta dias del mes de Diciembre estuvo de vuelta en el valle de Lecrin, para si fuese menester defender la entrada de la Alpuxarra por aquella parte al Marques de Mondejar, y nombró por alcayde principal de aquel partido á Miguel de Granada Xaba el de Ferreyra.

CAPITULO XXIII.

Como los lugares de la taa de Lúchar se alzaron: y la descripcion de ella.

La taa de Lúchar confina á poniente con la taa de Andarax, á tramontana con la Sierra nevada, á mediodia tiene la sierra de Gádor, y á levante la taa de Marchena. Hay en ella diez y siete lugares, llamados Béyres, Almoazata, Mutura, Bogayrayra, Muleyra, Nieles de Lúchar, Alcola, Padúles, Bolinebar, Canjayár, Ohañez, Cumanotolo, Capeleyra de Lúchar, Pago, Julina, Guibidique, Benihiber y Rooches. Esta taa es tierra fertil por razon del rio de Andarax que atraviesa por ella, y de otro que baxa de la sierra de Ohañez, y se va á juntar con él cerca de Rague, lugar de la taa de Marchena. Hay por toda ella muy buenos pastos pa-

ra los ganados, y muchas arboledas, frutales y morales para la cria de la seda: y en el lugar de Bogayrayra hay una herreria, donde se labra el hierro que sacan de una mina que está alli cerca.

Estos lugares se alzaron el tercer dia de pasqua, y estando los Christianos que vivian en ellos descuidados, los prendieron á todos, y les robaron las casas: tambien robaron las iglesias, y destruyeron los altares, y hicieron pedazos los retablos y las cruces y las campanas, y no dexaron maldad ni sacrilegio que no cometieron.

En el lugar de Canjayar, que es el principal de esta taa, pregonaron los hereges por mandado de Abenfarax con instrumentos y grandes regocijos, que so pena de muerte ninguna persona diese vida á Christiano que pasase de diez años; y para solenizar la fiesta, degollaron luego á un niño Christiano de nueve años, que se llamaba Hernandico, y cortandole la cabeza, la pusieron en la carniceria en una esportilla, donde el cortador ponia el dinero de la carne que vendia á los Christianos, y el cuerpo desollado sobre el tajon, y hinchendo el pellejo de tascos, le quemaron. Desque hubieron acabado un hecho tan inhumano en una criatura inocente, desnudaron en cueros á Francisco de la Torre, y á Geronimo de San Pedro, vecinos de Granada, y pelandoles las barbas, les quebraron tambien los dientes y las muelas á puñadas, y muy de su espacio les cortaron las orejas y narices, y les sacaron los ojos y lengua, y despues les dieron muchas cuchilladas y estocadas, no pudiendo llevar á paciencia los descreidos ver que se encomendaban á Jesu-Christo y á su madre gloriosa. Y no contentos con esto, quando los vieron muertos, los abrieron por las espaldas, y les sacaron los corazones: y un

Mo-

Moro se comió crudo á bocados delante de todos el corazon de Francisco la Torre. Luego desnudaron al beneficiado Marcos de Soto y á su sacristan Francisco Nuñez, y los llevaron á la iglesia; y haciendo al beneficiado que se asentase en una silla de caderas, en el lugar donde se solia poner para predicar, pusieron junto á él al sacristan con el padron de todos los vecinos en la mano, y tañendo una campanilla para que todos los del lugar acudiesen á la iglesia; y quando estuvo llena de gente, mandaron al sacristan que llamase por aquel padron, como solia, para ver si faltaba alguno: el qual los comenzó á llamar; y como salian por su orden, ansi hombres como mugeres, llegaban al beneficiado y le daban de bofetadas y de puñadas en la corona, y algunos le pelaban las barbas y las cejas. Quando hubieron pasado todos chicos y grandes, llegaron á él dos sayones con dos navajas, y coyuntura por coyuntura le fueron despedazando, comenzando de los dedos de los pies y de las manos. Y porque el sacerdote de Jesu-Christo invocaba su santisimo nombre y le glorificaba, le sacaron los ojos, y se los dieron á comer, y luego le cortaron la lengua: y quando hubo dado el alma á su criador, le abrieron, y le sacaron el corazon y las entrañas, y las dieron á comer á los perros. Y no contentos con esto, llevaron el cuerpo arrastrando con una soga al pescuezo, y poniendole al pie de un olivo, ataron par de él el sacristan, y les tiraron á terrero con las ballestas, y despues hicieron una hoguera muy grande, donde los quemaron. Y con la mesma crueldad mataron veinte y quatro personas hombres y mugeres, que aun estas no quisieron perdonar, y entre ellos algunos de los que habian captivado en el Boloduy.

CAPITULO XXIV.

Como los lugares de la taa de Marchena se alzaron: y la descripcion de ella.

La taa ó condado de Marchena confina á poniente con la taa de Lúchar, á tramontana con la Sierra nevada, á levante con tierra de Almería, y al mediodia con la sierra de Gádor. Hay en ella doce lugares, Rague, Justincion, Ragol, Alhabia, Guécija, Alicúm, Surgéna, Alhama la seca, Gádor Hor, Terque, Abentarique, Ílar, el Soduz, Santa Cruz, y el Hizan. Esta tierra no es tan fertil de arboledas como la de arriba, especialmente de morales. Críanse en ella muchos ganados, y por medio pasa el rio, que diximos que atraviesa por la taa de Lúchar: el qual de aqui para adelante hasta la mar llaman rio de Almería. Alzaronse estos lugares quando los de Lúchar, saquearon y destruyeron los templos y las casas de los Christianos, y hicieron grandisimos sacrilegios y crueldades en ellos, y especialmente en el lugar de Guécija, que es el principal de la taa, del qual diremos solamente en este capitulo, por escusar prolixidad.

El segundo dia de pasqua de navidad llegó á Guécija una carta de Don Garcia de Villa Roel, que, como queda dicho, estaba por cabo de la gente de guerra de la ciudad de Almería, para el licenciado Gibaja, alcalde mayor de esta taa, que es del Duque de Maqueda: por la qual le enviaba á decir muy encarecidamente, que recogiese todos los Christianos que habia en aquellos lugares, y se fuese á meter en Almería, antes que los

los Moros los degollasen, porque tenia aviso cierto por cartas de la costa, que el reyno se levantaba, y no tenia gente con que poderle socorrer. El qual entendiendo que no podia pasar el negocio muy adelante, le respondió, que no desampararia aquellos vasallos, antes pensaba vivir ó morir con ellos, por no perder en un dia lo que habia ganado en sesenta años. Y luego mandó, que todos los Christianos se recogiesen con sus mugeres y hijos á una torre fuerte que habia en el lugar, arredrada un poco de la esquina de un monasterio de frayles Augustinos, y que metiesen consigo agua y todo el bastimento que pudiesen, por si fuese menester defenderse algunos dias en ella. Con esta orden se encerraron en la torre mas de docientas personas de los lugares de la taa; y no habian bien acabadose de recoger, quando Mateo el Rami, llamado por otro nombre el Rubini, alguacil del lugar de Instincion, llegó con las quadrillas de los monfis, y con otra mucha gente, tocando atabalejos y dulzaynas, y con banderas tendidas, que andaban levantando la tierra; y lo primero que hicieron, en entrando en el lugar, fue robar y destruir las casas de los Christianos y la iglesia. Luego fueron á combatir la torre, y entrando en el monasterio, que hallaron desamparado, porque los frayles se habian recogido con el alcalde mayor, robaron los ornamentos, calices y frontales, deshicieron los altares y los retablos, y no dexaron maldad que no cometieron, como si en aquello estuviera su felicidad. Otro dia de mañana enviaron á requerir los cercados, que se rindiesen y les entregasen las armas, y que los dexarian ir libremente á donde quisiesen. Este partido pareció bien á muchos de los que alli estaban; mas luego se entendió,

que

que los Moros les trataban engaño, porque yendo á salir de la torre dos doncellas nobles, llamadas Doña Francisca Gibaja y Doña Leonor Vanegas, les tiraron un arcabuzazo, y mataron á Pedro de Horozco, hombre viejo, que iba acompañandolas. Viendo esto los Christianos, cerraron á gran priesa la puerta de la torre, dexandose fuera á Doña Francisca Gibaja, que no la pudieron recoger, y se pusieron en defensa. No mucho despues los Moros acordaron de poner fuego á la torre, y para poderlo hacer mas á su salvo, echaron algunos tiradores descubiertos alderredor del monasterio, y mientras los Christianos estaban embebecidos en tirarles desde las troneras, y desde las almenas, llegaron á una esquina de la torre, y horadandola con picos, sin ser sentidos de los nuestros, ocuparon la boveda baxa, y metiendo en ella la madera de los retablos y de las imagines que habian deshecho, y mucha leña y tascos untados con aceyte revueltos en ella, le pusieron fuego. Por manera que quando los Christianos mal platicos y poco avisados sintieron el humo y la llama, ya el primer sobrado y la escalera de la torre ardia. Viendose pues quemar vivos, comenzó el llanto de las mugeres y niños: unas llamaban á sus padres, otras á sus maridos ó hermanos, y muchos hombres, que estando solos fueran animosos, desmayaron, venciendolos la piedad de sus mugeres y hijos; y á gran priesa comenzaron á descolgarlas con sogas, ó como mejor podian, á la parte que no ocupaba el fuego, entregandolas, y entregandose tambien ellos á merced de los crueles enemigos, que como iban baxando los desnudaban, y dandoles muchos palos y puñadas los maniataban. El alcalde mayor y los frayles, y otros muchos que no quisieron rendirse, viendo

do que el fuego crecia cada hora mas, se confesaron y se encomendaron á Dios, y trayendo el alcalde mayor un Christo crucificado en los brazos, anduvieron gran rato peleando con el fuego, procurando apagarlo con tierra y ropa que echaban encima; mas aprovechabales poco, porque los enemigos de Dios lo cebaban con mas leña y aceyte. Y fue creciendo el humo y la llama de manera, que cercando y cubriendo la torre por todas partes, perecieron de diferentes muertes, unos ahogados, y otros abrasados del fuego; solo un frayle y dos mozos del monasterio acertaron á quedar vivos, y estos hinchados y llenos de vexigas. Murieron dentro de la torre el alcalde mayor, los beneficiados de aquel lugar, y de Alhama la seca, el capellan de Instincion, y muchos legos, y algunas mugeres y criaturas, que no hubo lugar de poderlas descolgar. No libraron mejor los que se rindieron, que los que se quemaron en la torre, porque los Moros los degollaron en la alberca de un molino de aceyte del monasterio, que estaba alli cerca. A Luis Montesino de Solís, de quien hicimos mencion en el capitulo de Andarax, llevaron con las Christianas cativas á la sierra de Gádor, y despues á Codbaa, donde enviaron á Doña María de Solís, su hija, y á Doña Francisca Gibaja, hija del alcalde mayor; y teniendolas en casa de un Moro muy rico, llamado Zacaria, apartadas de otras Christianas, con quarenta Moros de guarda, para enviarlas presentadas al Rey de Marruecos, dieron en su presencia cruelisima muerte á Luis Montesino de Solís. Desnudaronle en cueros, y colgandole de los dedos pulgares de los pies de una ventana, que estaba frontero de la casa donde tenian presa á su hija, alli fueron cortandole los miembros con una navaja,
co-

coyuntura por coyuntura, hasta los hombros: y porque glorificaba á Jesu-Christo, le sacaron la lengua y los ojos, y le cortaron las narices y las orejas, y dandole humo, y despues fuego, le quemaron. Volviendo pues á los Moros de Guécija, luego que hubieron quemado la torre, recogieron la gente de los lugares de la taa, y con sus mugeres y hijos y bienes muebles se subieron á la sierra de Gádor, llevando por delante los bagages y ganados: dexaron quinientos Moros que aguardasen hasta que el fuego se apagase, por ver si habia que robar en la torre: los quales entraron otro dia dentro, y hallando aquellos tres Christianos, que diximos, medio quemados, no los quisieron matar luego, sino llevarlos consigo la vuelta de la sierra; y al vadear del rio de Canjayár, que se pasa muchas veces en aquel camino, les hicieron que los pasasen á todos acuestas: y siendo ya noche, no pudiendo dilatar mas el deseo de venganza, mataron á cuchilladas al frayle, desollaron vivo al uno de los mozos, y del otro no supimos lo que hicieron. Solo se presume que tambien le matarian: por manera que de todos los Christianos que habia en los lugares de esta taa solos tres escaparon con las vidas, que los escondieron unos Moriscos sus amigos, y los pusieron despues en salvo.

En el lugar de Terques se recogieron los Christianos con sus mugeres y hijos en la torre de la iglesia, pensando poderse defender en ella; mas los Moros le pusieron fuego y los quemaron á todos juntamente con la iglesia y con la torre. Hacian despues mucho sentimiento las Moras de pesar que tenian, porque se habia quemado en este lugar el hafiz de la seda de aquella taa, no por lastima que tenian de él, sino porque

qui-

quisieran mucho poderle atormentar de su espacio, porque le querian muy mal.

CAPITULO XXV.

Como los lugares del rio de Boluduy se alzaron : y la descripcion de él.

El rio del Boluduy nace en la parte mas alta y mas oriental de la Sierra nevada : á poniente tiene la taa de Marchena, á mediodia la tierra de Almería, á levante las sierras de Baza, y á tramontana las de Guadix, y los lugares de Abla y Lauricena. Hay en este rio cinco lugares, llamados Alhizan, Santa Cruz, Cochuelos, Bilumbin y Alhabia : baxa entre Abla y Lauricena, y va á dar á Santa Cruz, que es el lugar principal, y despues se va á juntar con el rio de Almería, entre Alhabia y Guécija. Es tierra de muchas arboledas, y los moradores tienen muy buena cria de seda; cogen cantidad de pan, trigo y cebada, y tienen muchos ganados; y siembran la alheña, que es una hoja como la del arrayhan mas delgada, y la precian mucho los Moros. Era alcalde mayor de estos lugares, que son de Don Diego de Castilla, señor de Gor, el licenciado Blas de Biedma: el qual tenia su casa en Santa Cruz, y pudiera muy bien ponerse en cobro con todos los Christianos de aquel partido, si la confianza que tenia en que los Moriscos de aquel partido no se levantarian, no le engañára : porque Don García de Villa Roel le escribió tambien á él, quando al licenciado Gibaja, rogandole, y aun requiriendole, que se retirase con tiempo á la ciudad de Almería, y tampoco lo quiso hacer.

Alzaronse estos lugares el segundo dia de pasqua de navidad: y los del lugar de Santa Cruz corrieron á las casas de los Christianos, y prendiendolos, les robaron quanto tenian, y destruyeron la iglesia. Al alcalde mayor hicieron morir cruelisimamente: siguiendo el exemplo de los de Canjayar le desnudaron en cueros delante de quatro doncellas Christianas, que las tres eran hijas suyas, y la otra del jurado Bustos, vecino de Almería, y su sobrina; y atandole las manos atras, llegó un herege á él, y le cortó las narices, y se las clavó con un clavo de hierro en la frente; luego le cortó las orejas, y se las dió á comer: y porque loaba á Dios, mientras le estaban martirizando, le cortaron la lengua y las manos y los pies; y abriendole la barriga, se los metieron dentro; y un sayon le abrió el pecho, y le sacó el corazon, y comenzó á dar bocados en él, diciendo: "Bendito sea tal dia, en que yo puedo ver en mis manos el corazon de este perro descreido." Y despues de esto quemaron el cuerpo, y á los demas Christianos, asi hombres como mugeres, los llevaron al lugar de Canjayar, donde tambien los mataron despues.

Alzaronse los del Hiza, quando los de Santa Cruz, y el beneficiado Juan Rodriguez recogió todos los Christianos en una torre que tenia en su casa. Los Moros saquearon las casas y la iglesia, y destruyendo todas las cosas sagradas, fueron luego á la torre, y le pusieron fuego por todas partes, y quemaron vivos á todos los que se habian metido dentro, excepto al beneficiado y á tres doncellas sobrinas suyas. Mas despues quiriendo regocijar el pueblo con la muerte de aquel sacerdote de Jesu-Christo, le desnudaron en cueros, y se lo entregaron á las mugeres Moras para que ellas le matasen: las

qua-

quales le sacaron los ojos con almaradas, y le hirieron con cuchillos y piedras, hasta que dió el alma á su criador, encomendandose siempre á Jesu-Christo, y glorificando su santisimo nombre. Llevaronse las captivas Christianas á Canjayar, donde las mataron despues con otras muchas, quando el Marques de los Velez hubo vencido á los Moros de Filix, como diremos en su lugar. Dexemos agora de tratar de los otros lugares que se alzaron, que á su tiempo volveremos á ellos; y digamos lo que en este tiempo se hacia en la ciudad de Granada.

CAPITULO XXVI.

De lo que se hacia en este tiempo en la ciudad de Granada para asegurarse de los Moriscos: y las desculpas que daban ellos.

Mucho sentimiento hubo en la ciudad de Granada, quando se supo que la gente, que habia ido con el Marques de Mondejar, no habia podido alcanzar á los monfis; y crecia cada hora mas con las nuevas que venian de los sacrilegios y crueldades que iban haciendo en los lugares que alzaban en la Alpuxarra. Y movido el vulgo á ira con deseo de venganza, hablaban con libertad, culpando y desculpando á quien les parecia, y al fin buscando todos el remedio. Unos le hallaban en la equidad, otros en el rigor de la justicia, y todos en la fuerza de las armas. Habiendose pues juntado el acuerdo con el Presidente Don Pedro de Deza en la sala de la Real Audiencia este dia, como lo habian hecho otros, para tratar del negocio, el licenciado Alonso Nuñez de Bohor-

horques, oidor del real Consejo de Castilla, y de la general Inquisicion, que entonces lo era de la dicha Audiencia, propuso, que el camino mas breve para atajar la maldad de los Moriscos alzados, y que los demas no se alzasen, consistia en sacar todos los que moraban en el Albaycin y en los lugares de la vega de Granada, y meterlos veinte leguas la tierra adentro, donde no pudiesen acudirles con avisos, con gente, armas y consejo, cosa que no se podria escusar teniendolos en la ciudad, donde venian y entendian quanto se hacia y trataba. Este parecer fue muy bien recibido de todos los que alli estaban; mas hallaron dificultad en la execucion de él, pareciendo cosa grave y peligrosa, querer echar tanto numero de gente de sus casas. Al fin se dió noticia á su Magestad; y si por entonces no hubo efeto, despues vino á hacerse con menor escandalo y peligro del que se representaba, como se dirá en su lugar. Por otra parte el Marques de Mondejar, quiriendo usar el rigor de las armas, avisó á las ciudades y señores de la Andalucía y reyno de Granada, que con brevedad aprestasen la gente de guerra, por si fuese menester acudir á oprimir el rebelion, y el acuerdo despachó provisiones en conformidad de lo que el Marques pedia. Y porque se tenia ya nueva que el alzamiento pasaba hácia los lugares del reyno de Murcia, acordaron que seria bien avisar á D. Luis Faxardo, Marques de los Velez, y Adelantado de aquel reyno, para que haciendo junta de gente de guerra por aquella parte, estuviese apercebido, para lo que su Magestad enviase á mandar, á quien se daria luego aviso de aquella diligencia. Temian mucho los Moriscos al Marques de los Velez, y parecia que solo oir su nombre bastaria para ponerlos

en

en razon; y con este acuerdo el Presidente Don Pedro de Deza mandó llamar á un licenciado Carmona, abogado de la Audiencia Real, que solicitaba los negocios del Marques de los Velez, y le dixo, que le despachase luego un correo avisandole de su parte, como los Moros habian entrado á levantar el Albaycin de Granada, y pregonado en él la seta de Mahoma con instrumentos de guerra y banderas tendidas; y que seria de mucha importancia, que se acercase al reyno de Granada con el mayor numero de gente de á pie y de á caballo que pudiese juntar, y que brevemente ternia orden de su Magestad de lo que habia de hacer con ella, porque él le escrebia sobre ello. Luego como esto se publicó en la ciudad, los Moriscos se turbaron; y viendo tantas prevenciones como se hacian, procuraron por todos los medios de humildad echar de sí la sospecha que se tenia, cargando la culpa á los monfis. Juntandose pues los principales del Albaycin el tercer dia de pasqua, fueron con su procurador general á hablar á todos los ministros, y á cada uno por sí les hicieron su razonamiento, significando estar inocentes de lo que se les imputaba, y exagerando el atrevimiento de aquellos perdidos, que habian entrado en el Albaycin á hacerles tanto mal, y diciendo, que si los prendieran luego, se entendiera quien eran los culpados; y castigando aquellos, se apagára el fuego de la sedicion antes que pasára tan adelante. Decian mas, que la prematica no habia alteradolos á ellos; y si la habian contradicho, habia sido con buen zelo, y que ya estaban contentos con ella, sabida la voluntad de su Magestad, y viendo que se executaba con tanta equidad, que cesaban los inconvinientes que habian tenido, y que estaban prestos de ser-

servir á su Magestad con sus haciendas, para que los malos fuesen castigados, y los buenos honrados, como se habia hecho en aquel reyno en tiempos mas trabajosos, estando recien ganado, y poco despues. A estas y otras cosas que los Moriscos decian, les respondieron mansamente y con amor, especialmente el Presidente, cargando la culpa á los que trataban mal de sus honras, y diciendo, que siempre habian sido tenidos por leales vasallos de su Magestad, y ansi se lo habian escrito, y volverian á escrebirselo de nuevo; y les ofreció de su parte, que miraria por ellos, y no daria lugar que recibiesen agravio en el cumplimiento de la prematica, encargandoles que perseverasen en la fe y lealtad que decian, pues de lo contrario no podria venirles menos que destruicion general, ofendiendo á Dios y á un Principe tan poderoso, que siendo necesario haria en un mesmo tiempo guerra por mar y por tierra á todos los Principes del universo. Con las quales razones, y con otras muchas de esta calidad, procuraban quietarlos lo mejor que podian, proveyendo por otra parte las cosas que parecia convenir para la seguridad de aquella ciudad y del reyno. Y con todas las sospechas y temores solo un dia se dexó de hacer audiencia en las salas; y todos los demas, durante el rebelion, los oidores y alcalde hicieron sus oficios á las horas acostumbradas: lo qual fue de tanta importancia, que los Moriscos no osaron hacer novedad en la ciudad, ni en las alcarías comarcanas, temiendo tanto y mas la horca, que la espada. Luego se dió orden que las compañias de las parroquias hiciesen cuerpo de guardia en la Audiencia, de donde salia el corregidor tres y quatro veces cada noche á rondar el Albaycin y la Alcazaba; y porque habia poca

gen-

gente, y nò poco temor, para que los Moriscos no lo entendiesen, se usaba de un ardid, que algunas veces suele aprovechar, y era, que despues de haber entrado los soldados acompañando sus banderas por la puerta principal, volvian á irse uno á uno por otra puerta falsa, y tornaban á entrar en otras compañias. Estò se hácia una y mas veces con tanta destreza, que aun los proprios ciudadanos no lo entendian. Y porque los capitanes y gentiles hombres tuviesen algun entretenimiento, hacia el Presidente ponerles mesas de juego, y les mandaba dar de cenar y colaciones; mas con todas estas prevenciones los malaventurados, que ya se habian desvergonzado, no dexaban de proseguir en su maldad, como se entenderá por el discurso de esta historia.

CAPITULO XXVII.

Como los lugares de tierra de Salobreña se alzaron: y la descripcion de ella.

Salobreña es una villa muy fuerte por arte y por naturaleza de sitio, está en la orilla del mar Mediterraneo, puesta sobre una peña muy alta; adelante tiene una isleta, y á poniente de ella una pequeña playa abrigada de levante, donde llegan á surgir los navios. La villa está cercada de muros, no se puede minar, porque es la peña viva marmoleña, ni menos se puede batir, por ser muy alta y tajada alderredor, sino es á la parte de levante, donde está la puerta principal. En lo mas alto hácia el cierzo tiene un fuerte castillo, que solamente desde las casas de la villa se puede combatir, y por alli le fortalecen dos muros anchos y terraplenados con sus bar-

barbacanas, todo lo demas cerca la peña tajada; y hay dentro un pozo de agua manantial, que no se le puede quitar en ninguna manera. Esta tenencia era de Don Diego Ramirez de Haro, vecino de la villa de Madrid, y fue de sus antepasados, que se la dieron los Reyes Catholicos, quando conquistaron el reyno de Granada. Tiene Salobreña á levante la villa de Motril, á poniente la ciudad de Almuñecar, al mediodia el mar mediterraneo, y á tramontana el valle de Lecrin. Hay en sus terminos seis lugares, llamados Lobras, Itrabo, Mulbizar, Guajar la alta, Guajar de Alfaguit y Guajar del Fondón. Todos estos lugares estaban poblados de Moriscos, mas los vecinos de la villa eran Christianos: la qual fuera capaz de seiscientas casas, si estuviera toda poblada; mas en este tiempo no tenia mas de ochenta vecinos. Es tierra aspera y muy fragosa á poniente y á tramontana, y cogese en ella poco pan. Los lugares altos estan en una quebrada que hace la sierra, por donde baxa un rio que procede de unas fuentes que nacen en ella, y despues se va á juntar con el rio de Motril. Hay muchas arboledas de guertas, olivos y morales por aquellos valles, y tienen los moradores muy buena cria de seda; aunque la principal grangeria es agora la de azucar, porque en una vega, que está á levante hácia Motril, tienen muchas hazas de cañas dulces, y abundancia de agua con que regarlas, y junto á los muros un ingenio muy grande, y otros en las alcarías alli cerca, donde se labran las cañas.

Los Moriscos de las Guájaras se alzaron el primero y segundo dia de pasqua de navidad, quando los del valle; mas no hicieron daño en las iglesias, ni á los Christianos, antes dixeron al beneficiado que dixese su

mi-

misa: y el alguacil del lugar, llamado Gonzalo el Tartel, que era su amigo, le prometio, que no le enojaria nadie, y que, si fuese menester, le pondria en salvo, como en efeto lo hizo. Los de Lobras y Trabo y Mulcíbar se subieron luego á las sierras de las Guájaras, y desampararon sus casas, por huir de los daños que los vecinos de Salobreña y Motril les hacian: los quales podremos decir que los alzaron, ó á lo menos les dieron priesa á que se alzasen, porque luego que se supo lo que habian hecho los de Órgiba, salian en quadrillas á robarles las casas y los ganados, y les hacian otros malos tratamientos: y tampoco hicieron daño en las iglesias por entonces. Quando comenzaron estas revoluciones Don Diego Ramirez estaba con su casa y familia en la villa de Motril, y siendo avisado por carta del Marques de Mondejar, se fue á meter en su fortaleza; y viendo que en la villa no habia bastante numero de gente, ni él tenia consigo mas que sus criados, hizo con el concejo que enviasen un vecino, llamado Claudio de Robles, á Arévalo de Zuazo, corregidor de la ciudad de Malaga, pidiendole alguna gente de guerra que meter en la villa, entendiendo que los alzados procurarian ocuparla por causa de la fortaleza y de la comodidad de aquel puerto. El qual envió á Diego Barzana con cincuenta tiradores, que aseguraron algo á los vecinos. Finalmente Don Diego Ramirez puso la fortaleza en defensa, encabalgó la artilleria, que estaba toda por aquel suelo sin cureñas ni ruedas, y proveyó en todo lo que á buen alcayde convenia. Y no solo defendió la plaza, mas salió muchas veces en busca de los enemigos, y hizo muchos y muy buenos efetos, como se dirá en su lugar.

CAPITULO XXVIII.

Como los Moros combatieron la torre de Órgiba.

El domingo segundo dia de pasqua de navidad, á veinte y seis de Diciembre, acordaron los Moros de combatir la torre de Órgiba, y para este combate juntaron muchos haces de leña y zarzos de cañas untados con aceyte, pensando quemar los Christianos dentro. El alcayde Gaspar de Sarabia echó luego fuera veinte hombres que mataron algunos Moros, y quemaron todos aquellos haces en el lugar donde los tenian recogidos. Los enemigos corrieron á la iglesia, y hallandola sin defensa, entraron dentro, y con grandisima ira quebraron los retablos, deshicieron el altar, rompieron la pila del baptismo, derramaron el olio y la crisma, arcabucearon la caxa del santisimo Sacramento, con enojo de que no hallaron alli la santa forma de la eucaristia, que los beneficiados la habian consumido en todos aquellos lugares; y arrojando todas las cosas sagradas por el suelo, no dexaron abominacion ni maldad que no hicieron. Luego subieron á la torre del campanario, y en lo mas alto de él pusieron un reparo de colchones y mantas, para desde él arcabucear á los Christianos: y aquella noche les enviaron un Moro del lugar de Benizalte, llamado el Ferza, hijo de Alonso el Ferza, para que les dixese de su parte, que se rindiesen, y que entregasen las armas y el dinero, y les dexarian las vidas, porque de otra manera no podian dexar de morir. Este Moro llegó con una banderilla blanca á la torre, y propuso su embaxada, diciendo: "Que Granada era perdida,

da, que los Moros tenian ya la fortaleza de la Alhambra por suya, que el Rey Don Felipe no les podia enviar socorro, porque estaba cercado de Luteranos, y que las cosas de los Moros iban tan prosperas, que esperaban muy en breve llegar vitoriosos á Castilla la vieja." Y como un clerigo de los que estaban en la torre le preguntase, si hablaba como Christiano, ó como Moro; respondió el herege: "Que como Moro, porque ya no habia en aquella tierra mas que Dios y Mahoma; y que harian cuerdamente los que alli estaban en tornarse Moros, si querian tener libertad." Estas palabras sintieron mucho los nuestros, y no pudiendo oir semejante blasfemia, le respondieron, que se alargase luego de alli, si no queria que le matasen con los arcabuces: apercibiendole, que ni él, ni otro no volviesen con aquel recaudo, porque no les iria bien de ello. Mas no por eso les dexaron de acometer otras veces con la paz, por ver si los podrian engañar. No mucho despues acordaron de hacer dos mantas de madera para picar el muro por debaxo, y dar con la torre en el suelo; mas los cercados se dieron tan buena maña, que les quemaron la una, teniendola á medio hacer. La otra acabaron, y quando estuvo puesta en orden, hicieron reseña de toda la gente, y se apercibieron al combate. Esta manta era hecha de maderos gruesos, cubierta de tablas aforradas por defuera de cueros de baca, y sobre los cueros y la madera colchones de lana mojada, para que resistiesen las piedras y el fuego; y estando asentada sobre quatro ruedas baxas, los proprios que iban dentro de ella la llevaban rodando; y de un cabo y de otro iban arrastrando grandes haces de cañas, y de leña seca y tascos, untado todo con aceyte, para poner con ellos fuego á

 la

la torre, quando el muro estuviese picado y apuntalado con maderos. Fue la determinacion de los enemigos tan grande, teniendo presente el odio y la ira, que aunque los Christianos mataban muchos de ellos con los arcabuces, no dexaron de arrimar su manta. Los nuestros procuraron deshacersela, arrojando gruesas piedras sobre ella desde arriba; y viendo que no aprovechaba, porque la madera era recia, y los reparos, que llevaba encima, despedian la piedra, tomaron unos ladrillos mazaris, que acertó á haber en la torre, y arrojándolos de esquina donde se descubrian los colchones, rompieron el lienzo, y echando sobre ellos dos calderas de aceyte hirviendo de lo que Leandro habia traido, y cantidad de tascos de cañamo y de lino ardiendo, prendió el fuego de manera, que en breve espacio se quemaron los colchones y la manta; y los que habian ya comenzado á picar el muro, se salieron huyendo con harto peligro de sus vidas. No se halló Aben Umeya en este asalto, porque habia pasado de largo, como queda dicho, á Pitres de Ferreyra á proveer en otras cosas; y quando supo el ruin suceso que habia tenido, mandó que cesasen los asaltos, y que solamente tuviesen la torre cercada, para que no le entrase bastimento. Y de esta manera estuvo diez y siete dias, hasta que el Marques de Mondejar la socorrió, como diremos adelante.

CA-

CAPITULO XXIX.

De lo que se hizo estos dias á la parte de Almería: y la descripcion de aquella tierra, y de algunos lugares que se alzaron en ella.

La ciudad de Almería antiguamente se llamó Viji: está puesta sobre la costa de la mar, sus terminos son muy grandes, tienen á poniente las taas de Dalías y de Andarax; á tramontana las de Lúchar, de Marchena y del Boloduy; á levante el rio de Almanzora, y las ciudades de Moxácar y Vera; y al mediodia comprehende en la costa del mar mediterraneo desde una torre llamada Rábita, que está en el parage de Filíx á la parte de poniente, hasta la mesa de Roldan, que está á Levante. Hay en estos terminos de Almería treinta y siete lugares y villas, cuyos nombres son, Ínix, Filíx, Vícar, Turrillas, Obrévo, Inóx, Carbál, Alquitan, Pedregal, Alhadára, Viátor, Guércal, Alguayán, Benahadúz, Bechína, Alhama de Berchína, Rioja, Gádor, Guyciliana, Santa Fe, Nixar, Monduxar, Guezhen, Alocaynona, Sorbas, Ulela del Campo, Ulela de Castro, Belefique, Babrin, Alhamilla, Tavernas, Xérgal, Castro, Bacáres, Elbeyre, Bayarca y Macael. Atraviesa por esta tierra el rio de Andarax, el qual pasando por la taa de Marchena, se va á juntar con otro rio que sale por baxo del castillo de Xérgal, y por las faldas meridionales de la sierra de Baza va al lugar de Rioja, en cuya ribera estan Tavernas, Alhamilla, y la rambla de Tavernas, y por Gádor y Benahaduz se mete en el mediterraneo cerca de la ciudad de Almería: la qual está pues-

puesta en sitio hermoso y agradable ; y tenia en este tiempo mas de dos mil y quinientos vecinos, aunque el ambito de los muros es capaz de mayor numero de casas, porque tienen de circuito seis mil seiscientos y cincuenta pasos ; y á un cabo una fortáleza en un sitio inexpugnable, sentada sobre una peña viva muy alta, que no da lugar á minas, baterias ni asaltos por las tres partes, y por la otra tiene un solo padrastro hácia la sierra ; mas está en medio entre él y la fortaleza un valle muy hondo, y toda está cercada de peña tajada muy alta, y la muralla terraplenada. A levante de la ciudad hay una playa espaciosa y larga, y muy segura de levante, donde pueden surgir dos mil navios y mas ; y á poniente tiene otra, que no es tan segura, aunque hay algun abrigo con las sierras que despuntan en la mar hácia aquella parte. Son todos estos terminos abundantes de hierba para los ganados : tienen los moradores mucha y muy buena cria de seda, y en las riberas de los rios grandes arboledas. Cogese en ellas alguna cantidad de pan, aunque no es tanto, que les baste para todo su año ; mas proveense de la comarca. Fue Almería ciudad muy populosa en tiempo que la poseían los Moros, y tan estimada, que quiso competir con Granada, y asi la llamaban Almereya, que quiere decir el espejo. Solia tener grandes arrabales, y armar mucha cantidad de navios de remos ; mas despues se fue disminuyendo en poblacion, en trato, y en todo lo demas ; y quando comenzó la guerra de este levantamiento, moraban en ella muchos caballeros y gente principal, y tenia mas de seiscientas casas de Moriscos de los muros adentro, y dos compañias de gente de guerra ordinaria : la una de caballos, y la otra de infanteria, para correr los rebatos

tos

tos de la costa, y tener cargo de la guardia de ella. Viendo pues los Moriscos de las alcarías de la taa de Marchena y lugares comarcanos á Almería, que su negocio iba muy adelante, y que los Turcos no acudian á su pretension, determinando de hacerlo ellos, escogieron ciento y cincuenta hombres de hecho, á quien tuvieron dada orden, que con cargas de harina y de otros bastimentos se fuesen á la alhondiga de la ciudad, que estaba junto á la fortaleza, y descargando alli, como lo solian hacer de ordinario, pasasen diez ó doce de ellos con cargas de leña y de paja, so color de llevarlas presentadas al alcayde; y al entrar de las puertas de la fortaleza se atravesasen de manera, que los Christianos no las pudiesen cerrar, y acudiendo los de la alhondiga se metiesen dentro, y matando al alcayde y á los que con él hallasen, se hiciesen fuertes en ellas, y diesen aviso con humo, para que los lugares de la tierra les acudiesen luego; y para tener entendido por donde podrian entrar, sin que los de la ciudad lo estorvasen, habia negociado aquellos dias Mateo el Rami, alguacil de Instincion, que era grande amigo de Alvaro de Sosa, que le llevase un dia á comer con él á la fortaleza, porque deseaba irse á holgar á Almería con su muger, y con esta ocasion habia reconocido los muros, los adarbes y las torres, andando con el alcayde por toda ella; aunque no le habia dexado entrar en la torre del homenage, diciendo, que solo el Rey y él la podian ver. Y como el astuto Moro vió al alcayde con mas recato que otras veces, y aquella esquadra de soldados en la primera puerta, sospechando que habian sentido los Christianos algo de lo que trataban, acordó de dexar aquel consejo, y tomar otro, que pudiera ser mas dañoso á la ciudad,

dad, porque mostrando querer vencer de cortesía y liberalidad á su amigo, le rogó que fuese otro dia á holgarse con él á su alcaría, y que llevase todos sus amigos y parientes, porque le queria festejar, y dar de comer á su usanza; y habiendolo el alcayde aceptado, y convidado el Moro de su parte todos los hombres de valor, de quien entendió que podian defender la ciudad, los hubiera hecho matar aquel dia, sino sucediera una revuelta entre algunos de los que habian sido convidados, por donde el alcalde mayor los tuvo encarcelados, y asi no hubo efeto el convite. Estando pues las cosas en este estado, el segundo dia de pasqua de navidad llegó á él la guarda de una de las torres de la costa de poniente, y le dió la carta de aviso, que diximos, que le envió el capitan Diego Gasca, que decia de esta manera: "A la hora que esta escribo, que seran las once del dia, hoy primero de pasqua de navidad he tenido aviso que van trescientos Moros la vuelta de Uxixar de la Alpuxarra. Voy en su seguimiento: vuestra merced me socorra. Fecha en Dalías *ut supra.*" Esta carta puso en mucha confusion á Don Garcia de Villa Roel, porque entendió que no eran Moros los que Diego Gasca decia, ni era posible serlo, á causa de que habia mas de quince dias que andaba la mar muy brava con tiempo de mediodia, que no tiene abrigo en nuestra costa, tuvo por cierto que eran Moriscos de la tierra que se alzaban; y parandose á considerar el inconviniente que habia en salir de la ciudad, y lo poco que podria aprovechar su ida, porque en caso que fueran Moros de Berbería los que Diego Gasca decia, quando él llegase estarian ya embarcados, solamente hizo demostracion de salir de los muros, con intento de no apartarse mucho de ellos. Mandando pues to-

tocar á recoger, dió priesa para que los soldados saliesen: y estando ya fuera, ordenó á la infanteria que hiciese alto en la cantera á vista de la ciudad, y él con los caballos se estuvo quedo, entreteniendo la gente cerca de los muros; y luego se volvió á meter dentro de la ciudad, pareciendole mas conviniente atender á la guardia de ella, que ir en socorro de Diego Gasca á cosa incierta. Vuelto Don Garcia de Villa Roel á la ciudad, la justicia y regimiento hicieron diligencia, y haciendola él por su parte, despacharon luego un soldado al Marques de Mondejar, pidiendole socorro de gente y bastimentos y municiones, porque de todo habia falta en Almería. Y entendiendo que no podria socorrer con la brevedad que el caso pedia, despacharon tambien al Marques de los Velez, y á las ciudades del reyno de Murcia, y á Gil de Andrada, á cuyo cargo andaban las galeras de España, certificandoles, que era cierto el levantamiento de los Moriscos de todo el reyno, para que socorriesen aquella plaza. Hicieron tambien diligencia con los Christianos clerigos y legos de los lugares de tierra de Almería, para que se recogiesen con tiempo á la ciudad, mediante la qual se salvaron muchos; y escribieron á los alcaldes mayores del condado de Marchena y del Boluduy, que hiciesen lo mismo. Este dia á las quatro de la tarde llegaron á Almería dos escuderos de la compañia de Diego Gasca, y dixeron, que estando en un lugar de la taa de Lúchar, los habian querido matar los Moriscos, y que habian escapado por gran ventura á uña de caballo, porque de todos los lugares, por donde pasaban, les salia gente armada para atajarles el camino. Luego despacharon otros dos correos á los dos Marqueses, tornandoles á certifi-

car el levantamiento, y se puso mas gente de guerra en la puerta de la fortaleza; y mandaron pregonar por los lugares comarcanos, que todos los Moriscos que quisiesen recogerse á la ciudad con sus mugeres y hijos, lo hiciesen. Y se ordenó á Pedro Martin de Aldana, teniente de la compañia de caballos de Don Garcia de Villa Roel, que fuese al campo de Nijar, y hiciese que los pastores Christianos se recogiesen con tiempo con sus ganados, y metiesen en Almería los que hallase ser de Moriscos para provision de la ciudad. Andando en esto llegó otra nueva el tercero dia de pasqua, como Uxixar de Albacete se habia alzado, y que los Christianos estaban cercados en la torre de la iglesia; y luego el martes veinte y ocho de Diciembre se supo como eran ya perdidos, y que desde alli hasta Almería estaba toda la tierra levantada. Entonces se juntaron las justicias y regidores en su cabildo, segun lo que Don Garcia de Villa Roèl nos contó: nombraron personas que fuesen á su Magestad, y de camino llegasen donde estaba el Marques de los Velez, y le diesen una carta en que le pedian que fuese á socorrerlos con brevedad, por estar aquella plaza en mucho peligro. El mesmo dia se comenzaron á recoger á la ciudad, y á las guertas y arrabales muchos Moriscos de los lugares de la tierra con sus mugeres y hijos; y porque habia mucha gente entre ellos que podia tomar armas, los Christianos se recogieron á la Almedina. Tambien vino aquel dia en la tarde otra espia de Guécija, y avisó como los Moros tenian cercado el monasterio y la torre, y que habia encontrado á los de Ínix, Filíx y Vícar, que iban á juntarse con ellos, y le habian dicho, que Granada y todo el reyno era ya de Moros, que no les quedaba

mas

mas que Almería por ganar; mas que presto la ganarian, porque en tomando la torre de Guécija y el castillo de Xérgal, se habia de juntar mucha gente para ir sobre ella; y por señal de que habia estado con ellos, traxo las hojas rotas de un misal que habian hecho pedazos en la iglesia de Alhama la seca. Esta nueva confirmó luego otra espia que llegó el mesmo dia, que puso un poco de mas cuidado á la ciudad, por verse sin bastimentos, y con tan poco remedio de proveerse por tierra. Mas esto se remedió muy brevemente, porque los soldados que fueron con Pedro Martin de Aldana al campo de Nijar, traxeron mil vacas, y mucha cantidad de ganado menudo de lo que habia de Moriscos, con que se reparó la gente, y tuvieron que comer muchos dias. Fue tambien de mucha importancia esta salida, porque se recogieron todos los ganados de Christianos, y los pastores que andaban con ellos en aquella tierra, y pudieron salir seguros con tiempo por las sierras de Nijar y Filabres y Tavernas: porque como el Marques de los Velez comenzaba á juntar gente por aquella parte, no osaron los Moriscos de aquellas sierras levantarse; y lo mesmo hicieron los de la hoya de Baza, del rio de Almanzora, de Vera y Moxácar, y de toda la xarquia; que si se levantáran, fuera grandisimo el daño que hicieran, por ser mucho numero de gente. Alzaronse algunos lugares de la tierra de Almería, que estaban hácia la parte de la Alpuxarra, como fueron Ínix, Filíx, Vícar y Xérgal, y otros donde exercitaron los hereges sus crueldades, no con menor rabia que en los otros lugares que hemos dicho, de los quales diremos agora.

Los lugares de Ínix, Filíx y Vícar caen á poniente

de

de la ciudad de Almería, en una rinconada que hace la sierra de Gádor, quando va á despuntar sobre el mar mediterraneo, y los moradores de ellos se alzaron quando los de Guécija. Y quando hubieron robado y destruido las iglesias, y muerto algunos Christianos, y prendido otros, fueron muchos de ellos en favor de los que combatian la torre de Guécija. La qual ganada, como queda dicho, volvieron á sus lugares, y ordenaron de dar cruel muerte al bachiller Salinas, su beneficiado, y á dos Sacristanes que tenian presos. Hicieronlo vestir como quando decia misa, y asentandole en una silla debaxo de la peaña del altar mayor, pusieron los sacristanes á los lados con las matriculas de los vecinos en las manos, y mandandoles que llamasen por su orden, como quando querian saber, si habia faltado alguno para penarle; y como iban llamandolos, llegaban hombres y mugeres, chicos y grandes al beneficiado, y le daban de bofetones ó puñadas, y le escupian en la cara, llamandole de perro. Y quando hubieron llamado á todos, llegó un herege á él con una navaja, y le persinó con ella, hendiendole el rostro de alto abaxo, y por través; y luego le despedazó coyuntura por coyuntura, y miembro á miembro, de la mesma manera que habian hecho á su beneficiado los de Canjáyar; y porque el sacerdote de Christo glorificaba su santisimo nombre, le cortaron la lengua. Despues los llevaron arrastrando fuera del lugar, y los asaetearon juntos. Hecho esto se recogieron todos á un cerro alto, que está junto á Filíx, con sus mugeres y hijos y ganados, creyendo poderse defender alli por la disposicion del sitio, que es fuerte.

Luego que los lugares de la taa de Marchena y del Boluduy se alzaron, el Gorri y el Rami enviaron seis ban-

banderas de monfis, y de otros hombres sueltos y bien armados, á que alzasen los lugares del rio de Almería, y recogiesen toda aquella gente. Los quales llegaron al lugar de Xérgal, que es del conde de la Puebla, el tercero dia de pasqua, y el alcayde del castillo, que tambien era alcayde mayor del lugar, estando ya prevenido en su traycion, dixo á los Christianos, que se recogiesen luego á la fortaleza con sus mugeres y hijos, porque alli se podrian guarecer; y quando los tuvo dentro, hizo que los matasen á todos. Degolló al vicario Diego de Azebo, y á su madre, que era ya muger mayor, y al beneficiado Paz, y á su hermana, y á Bernal Garcia, escribano de su juzgado, y á todos los otros Christianos y Christianas chicos y grandes, quantos alli vivian, y mandó echar los cuerpos en el campo. Quedaron dos mugeres mal degolladas, que estuvieron siete dias desnudas en el campo, sin comer ni beber, sustentandose con sola nieve; y estas fue Dios servido que se salvasen, porque llegaron por alli acaso unos soldados de Baza, que iban á correr la tierra, y hallandolas de aquella manera, las recogieron y abrigaron, y las enviaron á la ciudad, donde fueron curadas, y sanaron de las heridas. Este herege se llamaba en lo exterior Francisco Puerto Carrero, y en lo interior Aben Mequenun, nombre de Moro: el qual en sintiendo que el Marques de los Velez entraba por aquella parte, no osó aguardar, y desamparando el castillo, se fue con toda la gente á la Alpuxarra, como adelante se dirá.

CA-

poco se quisieron alzar, hasta que despues volvió mas gente á llevarlos, como se verá en su lugar.

CAPITULO XXXI.

Como D. Diego de Quesada fue á ocupar á Tabláte, lugar del valle de Lecrin, y los Moros le desbarataron: y la descripcion de aquel valle.

Llamase valle de Lecrin la quebrada que hace la sierra mayor tres leguas á poniente de Granada, donde comienza á levantarse la Sierra nevada. Tiene á poniente la sierra de la Manjára, que confina con el rio de Alhama; al cierzo la vega de Granada, y los llanos del Quempe; al mediodia confina con las Guájaras, que caen en lo de Salobreña, y con tierra de Motril; y á levante con Sierra nevada, y con la taa de Órgiba. Hay en este valle veinte lugares, llamados Padúl, Dúrcal, Nigüelas, Acequia, Mondújar, Harát, Alarabat, el Chite, Béznar, Tablate, Lanjarón, Íxbor, Concha, Guzbíxar, Melexíx, Mulchas, Restábal, las Albuñuelas, Salares Luxar, Pinos de Rich, ó del Valle. Es abundante toda esta tierra de muchas aguas de rios y de fuentes, y tiene grandes arboledas de olivos y morales, y otros arboles frutales, donde cogen los moradores diversidad de frutas tempranas, muy buenas, y muchas naranjas, limones, cidras, y toda suerte de agro, que llevan á vender á la ciudad de Granada, y á otras partes. Los pastos para los ganados son muy buenos, y cogen cantidad de pan de secano y de riego en los lugares baxos; y la cria de la seda es mucha, y muy buena. Corren por este valle

lle seis rios, que proceden de la sierra mayor. El primero nace á la parte de poniente, y llamanle rio de las Albuñuelas, porque nace de dos fuentes junto al lugar de las Albuñuelas: el qual pasa cerca de los lugares de Salares y Pinos del valle, y se va despues á juntar con el rio de Motril. El segundo nace par del lugar de Melexix, y se va á juntar con el de las Albuñuelas por baxo de Restabal. El tercero nace de la Sierra nevada, y va á dar en una laguna grande, que se hace entre los lugares del Padúl y Dúrcal, y de alli va á juntarse con el rio de las Albuñuelas. El quarto nace tambien en la Sierra nevada, en el parage del lugar de Acequia, y antes que llegue al lugar se parte en dos brazos, y tomandole en medio, va el uno á dar al lugar del Chite, y el otro á Tablate, y de alli al rio de las Albuñuelas, y al de Motril. El quinto baxa tambien de la Sierra nevada, y va al lugar de Lanjarón, y de alli al rio de Motril. Y el sexto, que nace mas á levante de la mesma sierra, es el que divide los terminos del valle y de la taa de Órgiba: el qual se va á meter en el rio de Motril por los lugares de Sortes, Benizalte y Pago, que caen en lo de Órgiba. Los lugares baxos del valle de Lecrin se alzaron el segundo dia de pasqua, quando Abenfarax y los otros monfis, que venian de Granada, llegaron á Béznar, porque hicieron encreyente á los Moriscos, que la ciudad y la Alhambra era suya, y que el Albaycin quedaba levantado; y como hubieron robado las iglesias, y muerto muchos Christianos de los que vivian en ellos, pasaron á levantar los otros lugares de la Alpuxarra; mas los que moraban en el Padúl, Dúrcal, Nigüeles, las Albuñuelas y Salares, que son los mas cercanos á Granada, no se alzaron por entonces, aunque

se fueron muchos de ellos á la sierra, que hicieron despues harto daño en busca de su perdicion. Uno de los lugares alzados fue Tablate, que está puesto cerca de un paso importante, por donde de necesidad se habia de ir para pasar á la Alpuxarra. Quiriendo pues el Marques de Mondejar tenerle ocupado para quando fuese menester, mandó á Don Diego de Quesada, que con la gente que tenia en Dúrcal, y la que le enviaba para aquel efeto, se fuese á poner en Tablate; y que el capitan Lorenzo de Avila volviese á Granada, y de alli fuese á recoger la gente de las siete villas, porque entendia salir con brevedad á castigar los rebeldes. Luego que llegó esta orden á Dúrcal, Don Diego de Quesada con toda la gente de á pie y de á caballo, que alli habia, se fue al lugar de Béznar; y hallando las casas solas, y la iglesia destruida y quemada, pasó á Tablate, donde halló tambien las casas solas, y los moradores subidos á la sierra. A este lugar llegó la gente muy fatigada, asi la gente, como los caballos; y como se desmandasen luego por las calles y casas desordenadamente, sin poner centinela á lo largo, y con harto menos recato del que convenia á gente de guerra, los Moros, que los estaban mirando desde lo alto de los cerros, vieron buena ocasion para acometerlos, y juntandose muchos de ellos, baxaron lo mas encubierto que pudieron, y los acometieron impetuosamente en las casas y calles, y mataron y hirieron muchos Christianos. Hubo algunos escuderos, que no teniendo tiempo de enfrenar los caballos, que estaban comiendo, se los dexaron, y salieron del lugar huyendo á pie; y hicieran los Moros mucho mas daño, sino fuera por unos soldados que se habian desmandado sin orden á buscar que robar por

aque-

aquellos cerros: los quales viendo que baxaban de la sierra desde lejos, y sospechando lo que iban á hacer, dieron grandes voces á los nuestros, y les capearon con una capa, para que se pusiesen en arma, y hicieron tanto, hasta que el proprio Don Diego de Quesada, que andaba por la plaza del lugar con algun tanto de cuidado mas que los otros, oyó las voces, y entendiendo lo que podia ser, hizo tocar á arma á gran priesa, y con la gente que pudo recoger de presto salió al campo, y ordenó un esquadron, donde guareciesen los que salian huyendo del lugar; y quando le pareció que convenia, se retiró, y dexó el paso que se le habia mandado guardar, teniendo poca confianza en aquella gente timida, mal platica y poco experimentada que llevaba consigo, y por los lugares de Béznar y de Dúrcal pasó al Padúl, yendo siempre escaramuzando con los Moros: los quales le siguieron hasta el barranco de Dúrcal, y de alli se volvieron, no osando pasar adelante, por ser tierra donde era superior la caballeria.

CAPITULO XXXII.

De los apercebimientos que el Marques de Mondejar y la ciudad de Granada hicieron estos dias.

Con el suceso de Tablate cobraron los rebeldes mayor animo: y el Marques de Mondejar, sabido que Don Diego de Quesada se habia retirado al Padúl sin su orden, envió á mandarle que se viniese á Granada, y en su lugar fueron el capitan Lorenzo de Avila con la gente de las siete villas, y el capitan Gonzalo de Alcantara, hombre platico, criado en Oran, con cincuenta ca-

ballos, y orden que se metiesen en Dúrcal, y procurasen mantener aquel lugar y los otros comarcanos del valle de Lecrin, que aun no se habian alzado, en lealtad, mientras llegaba la gente que se aguardaba de las ciudades de la Andalucía y reyno de Granada. Porque viendo que los rebeldes hacian demostracion, no solo de defender sus casas, mas aun de ofender á los Christianos en las suyas, y que andaban en la Alpuxarra y cerca de Granada con banderas tendidas, levantando los lugares por do pasaban, y no dexando hombre á vida que tuviese nombre de Christiano, queria formar exercito con que poderlos oprimir; y hallandose falto de gente, de artilleria y de municiones, y de todas las otras cosas necesarias para ello, porque en Granada no la habia, ni menos se podia valer de la gente de guerra que estaba en los presidios de la costa, por ser poca, y estar donde era bien menester, habia despachado correos á toda diligencia á los grandes y á las ciudades y villas del Andalucía, dandoles aviso del levantamiento, y de como queria salir á allanarlo en persona, y la falta con que se hallaba de gente de á pie y de á caballo para poderlo hacer, ordenandoles de parte de su Magestad, que le enviasen el mayor numero que pudiesen. Y porque los corregidores y alcaldes mayores tardaban en hacerlo, pareciendoles que debia de ser lo que otras veces, que habian sido apercebidas las ciudades, y se habia vuelto la gente sin ser menester, el acuerdo habia despachado provisiones con grandes penas, mandandoles, que con toda diligencia cumpliesen las ordenes del Marques de Mondejar. El qual mientras se juntaba esta gente dió orden en aprestar vituallas y municiones dentro de la ciudad de Granada, y fuera de ella, y hizo aper-

ce-

cebir todas las cosas necesarias para formar un campo: lo qual todo se apresto y puso á punto desde veinte y seis dias del mes de Diciembre hasta dos de Enero, no embargante que de presente no habia dinero de su Magestad de que poderlo hacer, proveyendose de otras partes lo mejor que pudo; y porque los lugares de la costa estaban faltos de gente y de bastimentos, y no se podian proveer por tierra, escribió á la ciudad de Malaga, y al proveedor Pedro Verdugo, encargandoles, que con toda brevedad los proveyesen en vergantines y barcos por mar, ó como mejor pudiesen. Era corregidor de aquella ciudad y de la de Velez Francisco Arevalo de Zuazo, caballero del habito de Santiago, hombre pratico por la edad, y muy cuidadoso de las cosas de su cargo: el qual envió luego á Castil de ferro, donde no habia mas que el alcayde y dos mozos, á Sanchiznar con veinte hombres y algunos mosquetes. A Salobreña á Diego Barzana con cincuenta tiradores, y á Motril á Diego de Mendoza con otros sesenta; y el proveedor proveyó aquellas plazas y la de Almuñecar, y las que hay hasta Almería de bastimentos y municiones lo mejor que pudo para reparo de la necesidad presente. Tambien se acordó en el cabildo de Granada, que pues la gente de guerra ordinaria era poca, y el peligro grande y comun, seria bien que se armasen todos los vecinos, y se hiciese una milicia de ellos sin reservar á nadie, y que en cada parroquia se nombrase un capitan que arbolase una bandera, á la qual se recogiesen todos los parroquianos, ordenandoles, que rondasen y velasen cada noche la ciudad por sus parroquias y quarteles, y que el cuerpo de guardia se hiciese en las casas de la Audiencia Real por estar cerca de la plaza nueva, donde

de habia de ser la plaza de armas, lo qual se puso luego por la obra; y porque estaban desarmados los ciudadanos, se buscaron las armas que se pudieron haber, y se las dieron: y en un punto se mudaron todos los oficios y tratos en soldadesca, tanto que los relatores, secretarios, letrados, procuradores de la Audiencia entraban con espadas en los estrados, y no dexaban de parescer muy bien en aquella coyuntura. Tambien hicieron los mercaderes Ginoveses, que moraban en aquella ciudad, una compañia de por sí, que en armas y aderezos de sus personas hacia ventaja á las demas. Y desde luego se comenzó la ronda, y se pusieron los cuerpos de guardia y centinelas en las partes y lugares que pareció ser conviniente: y el presidente y oidores mandaron pregonar, que todos los vecinos estantes y habitantes en Granada acudiesen á lo que el corregidor les mandase; aunque esto no duró mucho tiempo, porque su Magestad escribió á la Audiencia y al corregidor, agradeciendoles el cuidado que de la guardia de la ciudad tenian, y mandandoles que obedeciesen al Marques de Mondejar, su Capitan general, y estuviese todo lo de la guerra á su orden: y lo mesmo escribió al cabildo, porque asi convenia á su servicio.

CAPITULO XXXIII.

Como Don Juan Zapata fue con ciento y cincuenta soldados á favorecer el lugar de Guájaras del Fondon, y los Moros los mataron.

El lugar de Guájaras del Fondon era de Don Juan Zapata, vecino de Granada, el qual se hallaba estos dias en

en la villa de Motril; y quiriendo asegurar aquellos vecinos, que no recibiesen daño de los monfis, que andaban levantando la tierra, juntó ciento y cincuenta tiradores de los soldados de la costa, y el jueves treinta dias del mes de Diciembre, entre las quatro y las cinco de la tarde, se fue con ellos á su lugar. Los Moriscos se alborotaron luego que le vieron venir con aquella gente armada, y rogaron al beneficiado, que le dixese como los lugares estaban alborotados, y llenos de Moriscos forasteros, que habian venidose huyendo de otros lugares, y andaban de mala manera, y que seria bien que se volviese á Motril, antes que le sucediese alguna desgracia. El beneficiado fue á hablarle, y con él Gonzalo Tertel, alguacil, y algunos de los regidores del lugar: los quales le pidieron ahincadamente, que se volviese á Motril, porque su estada alli no era para mas que acabar de alborotar la tierra. Mas él les respondió, que aquellos soldados los traía á su costa para defenderlos de los monfis, si acudiesen por alli á hacerles daño; y que era menester que los pagasen, y les diesen de comer, y que le traxesen luego doscientos ducados, y pan y vino y carne á la iglesia, donde se recogerian, porque no queria que diesen pesadumbre en las casas. Y como le replicasen, que no habia orden de cumplir nada de lo que pedia, por estar la tierra de la manera que veía, los amenazó, que sino le daban lo que pedia, saquearia las casas donde se habian recogido los Moriscos forasteros, y podria ser que á las vueltas fuesen las haciendas de los vecinos. Con esta respuesta se volvieron los Moriscos al lugar, quedandose con él el beneficiado: el qual le importunó mucho, que se fuese antes que anocheciese, porque habia diez Moros para cada Christia-

tia-

tiano, y podria ser que le hiciesen daño. Y viendo que no aprovechaban los ruegos ni temores que le ponia, le dexó, y se fue al lugar de Guajar la alta, donde tenia su casa, que no quiso quedarse con él aquella noche, por mucho que se lo rogó. Los Moros pues indignados de ver la respuesta que Don Juan Zapata les habia dado, determinaron de matarle á él y á los soldados que traía consigo, y para esto juntaron toda la gente armada, y caminaron la vuelta de la iglesia. El alguacil tomó consigo al beneficiado y á su gente, porque no los matasen, y los encerró en un aposento de su casa debaxo de llave, y con ellos otros Christianos del lugar. Lo primero que hicieron los Moros fue tomar las puertas de la iglesia, para que los Christianos, que inconsideradamente se habian metido dentro, no pudiesen salir á pelear; y haciendo traer muchas haces de leña, cañas y tascos untados con aceyte, le pusieron fuego á la hora que anochecia. Los soldados viendose cercados de llamas quisieran salir al campo, mas los arcabuceros y ballesteros, que estaban puestos delante de las puertas, y el grandisimo fuego que ardia alderredor, se lo defendia; y si algunos atrevidos se aventuraron, fueron luego muertos. Creciendo pues la llama por todas partes, los techos de la iglesia se encendieron, y se fueron quemando hasta que vinieron abaxo, y cayendo tierra, tejas, ladrillos y maderos quemados encima de ellos, perecieron todos de diferentes muertes: unos ahogados de humo y del polvo, otros aporreados, y otros abrasados entre las llamas. Por manera que en el espacio de una hora perecieron todos, excepto tres, que tuvieron lugar de poderse descabullir. Don Juan Zapata fue muerto, queriendo hacer camino á los demas para que saliesen

sen á pelear, y con él algunos animosos soldados que le siguieron. Este infelice caso estuvieron mirando el beneficiado y los Christianos que estaban con él en casa de Gonzalo Tertel desde una ventana, bien temerosos de que irian luego los Moros á hacer otro tanto de ellos; mas el Morisco les acudió, y los aseguró dende á tres dias con enviarlos á Motril acompañados de cincuenta Moriscos sus amigos, que los llevaron hasta cerca de aquella villa, donde entraron salvos y seguros con los bienes muebles que pudieron llevar: y no solamente hicieron esta buena obra, pero antes de esto, viendo la determinacion de los Moros, y el peligro en que estaba Don Juan Zapata, envió á gran priesa un Morisco al Marques de Mondejar, avisandole de lo que pasaba, para que proveyese con tiempo de algun socorro, antes que se perdiese: el qual envió luego á mandar al capitan Lorenzo de Avila, que estaba alojado en Dúrcal, que fuese á socorrerle con quinientos arcabuceros. Y partiendo otro dia á hacer el socorro, quando llegó á una venta, que está en la cuesta que llaman de la Cebada, donde se aparta el camino que va de Granada á Motril, supo como eran perdidos todos los Christianos, y se volvió, sin hacer efeto, á su alojamiento.

CAPITULO XXXIV.

Como los Moros quisieron alzar los lugares del Rio de Almanzora, y la causa porque no se alzaron.

Luego que se levantó el lugar de Xérgal, el Gorri envió á dar aviso á los lugares del Rio de Almanzora, de como la tierra estaba toda levantada, para que hiciesen

ellos lo mesmo, apercibiendoles, que si luego no lo hacian, iria sobre ellos, y los destruiria. Andando pues las espias, que habia enviado, persuadiendo á los Moriscos á rebelion, el viernes postrero dia del mes de Diciembre, aquella mesma noche acertó á venir alli Diego Ramirez de Roxas, alcayde de Almuña, que con el alboroto de la Alpuxarra habia ido á llevar su muger y familia á la villa de Oria; y llegando cerca del lugar, encontró con unos Christianos, que por aviso de ciertos Moriscos sus amigos se iban á guarecer en la misma fortaleza: de los quales supo como habian llegado Moros de Xérgal y de otras partes á levantar la tierra por mandado del Gorri; y aunque le rogaron que no pasase adelante por el peligro que habia, no lo quiso hacer. Y prosiguiendo su camino entró en Almuña antes que amaneciese; y sin apearse del caballo, se fue derecho á la plaza, y dando voces de industria, para que le oyesen los vecinos, llamó al tendero, que tenia cargo de vender pan amasado, y le preguntó la cantidad de harina que tenia en casa; y como le respondiese, que era muy poca, le dixo, que fuese luego á su casa, y le daria veinte hanegas, y que las amasase, porque eran menester para provision del campo del Marques de los Velez, que llegaba aquel mesmo dia al Rio con mas de quince mil hombres; y apeandose en su posada, tomó luego tinta y papel, y delante de los Moriscos del lugar escribió quatro cartas á los concejos de Bacáres, Seron, Tíjola y Purchena, avisandoles que tuviesen prevenidos muchos bastimentos para aquel efeto, y se las envió con quatro Moriscos. Luego se publicó la nueva por todos los lugares del Rio y sierras de Baza, de como el Marques de los Velez entraba poderoso por aque-

lla parte : y los Moros que el Gorri habia enviado, teniendola por cierta, dieron vuelta hácia la Alpuxarra, echando ahumadas por las sierras, y algunos de ellos llegaron á Xérgal, y lo dixeron á Puerto Carrero : el qual no se teniendo por seguro en aquel castillo, lo desamparó, y se fue con toda la gente á la taa de Marchena. Este ardid de Diego Ramirez de Roxas, intentado con tanta determinacion, fue causa de que los Moriscos de aquellos lugares dexasen de alzarse por entonces. Y no les engañó en lo que les dixo, porque el miercoles vispera de la fiesta de los Reyes llegó el Marques de los Velez al lugar de Olúla con tres mil infantes y trescientos caballos ; y de alli pasó á dar calor á lo de Almería, y se alojó en Tavernas : por manera, que si el alcayde acrecentó el número de la gente, no dexó de decirles verdad en quanto á su venida.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la descripcion de Marvella y su tierra : y como los Moriscos del lugar de Ístan se alzaron.

Está la ciudad de Marvella puesta en la costa del mar mediterraneo Iberio, cercada de muros y torres con un castillo antiguo : su sitio es en tierra llana, tiene ochocientas casas de poblacion. Llamóse antiguamente Marvilli, y los Moros no le mudaron el nombre. Sus terminos son todos de sierras asperas, y muy fragosas ; sola una campiña llana tiene delante, que se estiende quatro leguas hácia poniente, donde hacen sus simenteras los vecinos, y los de los otros lugares de su tierra. Son las sierras, aunque asperas, abundantes de viñas y de ar-

arboledas de morales, castaños, nogales y de otros arboles de esta suerte, y de mucha hierba para los ganados. La grangeria principal de esta tierra es la de la pasa y del vino que van á cargar cada año en aquel puerto los navios que vienen de Flandes, de Bretaña y de Inglaterra, y la cria de la seda. Solia haber en tiempo de Moros muchos lugares de su jurisdicion metidos entre aquellos valles, la mayor parte de los quales despobló Narvaez, alcayde de Gibraltar, en tiempo de guerra, llevandose los moradores captivos; y otros se despoblaron para irse despues á Berbería, habiendo los Reyes Catholicos ganado el reyno de Granada. Solos cinco lugares han quedado en pie, que son Hojén, Ístan, Daydin, Benahaduz y Estepóna. Tiene Marvella á poniente la ciudad de Gibraltar, al mediodia la mar, á levante la ciudad de Malaga, y al cierzo la de Ronda. En los terminos de Marvella tiene principio la Sierra bermeja: la qual prosigue hácia poniente por la tierra de Ronda mas de seis leguas, hasta los postreros lugares del Havaral, ó Gárbia, llamados Casáres y Gausín, yendo siempre apartada una legua poco mas ó menos de la mar. Solo un rio atraviesa por la tierra de Marvella, que es el rio Verde, tan celebrado por una notable rota que alli hubo nuestra gente: el qual nace quatro leguas de la mar en otra sierra alta, que le cae al cierzo, llamada Sierra blanquilla, del qual, y de otros que nacen en ella, haremos mencion quando tratemos de la descripcion de la ciudad de Ronda. Este rio baxa por unos valles muy hondos, y sale á las guertas de Ístan; y dexando el lugar á la mano izquierda, y la sierra de Arbóto, principio de Sierra bermeja, á la derecha, se mete en la mar, una legua á poniente de Marvella.

Ís-

Ístan fue siempre lugar rico, y en este tiempo lo era mas que otro ninguno de aquella comarca. Levantóse el dia de año nuevo, y la causa del levantamiento fue un Morisco, vecino de alli, llamado Francisco Pacheco Manxuz. Este habia estado seis meses pleyteando en la Chancillería de Granada sobre la libertad de un sobrino suyo; y entendiendo la determinacion de los del Albaycin, por comunicacion de Farax Abenfarax y de otros, se habia ofrecido á hacer que se levantasen los Moriscos de los lugares de Sierra bermeja: y el solene traydor le habia dado orden por escrito de lo que habia de hacer, y patente de capitan de su partido. Con estos recaudos llegó el Manxuz á Ístan muy ufano, y dando á entender á los vecinos del lugar, que todos eran Moriscos, que Granada y todo el reyno se alzaba, y que el negocio de los Moros iba prospero, los movió á rebelion, confiados en la sierra de Arbóto, sitio fuerte por su aspereza, donde se pensaban recoger; y para que los ganados y bagages pudiesen subir arriba, quando fuese menester, les hizo desmontar y abrir las antiguas veredas, que de no usadas estaban ya cerradas de monte, y deshechas. Estando pues los vecinos movidos por las persuasiones de aquel mal hombre, á treinta y un dias del mes de Diciembre llegaron sesenta monfis, que enviaba Farax Abenfarax para dar calor á su traycion: los quales confirmando lo que el Manxuz les habia dicho, hicieron que se levantasen luego, solicitandolos de uno en uno aquella noche, de manera que quando fue de dia estaban todos fuera del lugar, que no quedaron dentro sino solos dos Moriscos llamados Pedro de Roxas Huzmin, y Lorenzo Alazarac, que no quisieron irse con ellos. Era beneficiado de este lugar el bachiller Pedro

dro de Escalante, el qual habia poco que estaba en él; y por no tener casa propria, moraba en una torre antigua de tiempo de Moros, que estaba hecha á manera de fortaleza: y quiriendole prender los Moriscos al tiempo que se alzaban para matarle, fue uno de ellos á llamarle muy de priesa, diciendo, que saliese á confesar una Morisca que se estaba muriendo: el qual receló de salir, no porque sospechase la maldad del rebelion, como nos lo dixo despues, sino por ser de noche, y no morar en el lugar otro Christiano mas que él; y respondiendo al que le llamaba, que esperase hasta que amaneciese, y que no se moriria tan presto la muger, que no tuviese lugar para confesar de dia, dende á un rato volvieron con otro recaudo, y le dixeron, que por amor de Dios abriese la puerta de la torre, porque la gente de Marvella venia á matarlos, y querian meter las doncellas dentro; y tampoco le pudieron engañar. No mucho despues llegaron á una ventana del aposento, donde dormian los dos Moriscos, que diximos que habian quedado en el lugar, y le rogaron, que los dexase entrar dentro, porque todos los vecinos iban huyendo al campo, y no querian ir con ellos; mas no por eso se quiso fiar hasta que fue de dia claro, y entonces llegó un Christiano sastre, que acaso se halló alli aquella noche, y habia sentido el alboroto de la gente, quando se iban, y juntandose con él fueron hácia la iglesia, para entender qué novedad era aquella; y encontrando en el camino á Huzmin y á su muger, que todavia iban á recogerse á la torre, estando hablando con ellos, vieron un golpe de mancebos armados de ballestas y arcabuces, que venian á atajarles la calle por donde iban; uno de los quales encaró el arcabuz contra el beneficiado,

do, y no le saliendo, tuvo lugar de meterse de presto con su compañero en la casa de Huzmin; y apenas habian cerrado la puerta, y echado una aldaba recia que tenia, quando los hereges estaban ya dando golpes para romperla, diciendo á grandes voces: "Sal fuera, perro Alfaquí." Entonces dixo el Huzmin al beneficiado, que mirase por sí, porque le querian matar: el qual arrojó la ropa y la vayna de la espada que llevaba por bordon, y ayudandoles el Morisco, subieron él y el sastre por una pared arriba, y pasando por los terrados de otras casas, quisieron tomar una puerta que salia al barrio de la torre; y viendo que los Moros la tenian ya tomada, con temor de la muerte se metieron en una caballeriza. No se descuidó Huzmin en ayudarles todo lo que pudo para que se salvasen; y quando vió apartados de la puerta los que la querian derribar, buscando los dos Christianos fue á ellos, y los baxó por la mesma pared donde habian subido; y abriendoles la puerta, les dixo, que no convenia parar en el lugar, porque los matarian: los quales no fueron perezosos en tomar el campo, saltando vallados y peñas, como si fueran por tierra llana, por los bancales de las guertas abaxo, hasta que tomaron la sierra, que está entre el lugar y Marvella. Alli los devisaron los mancebos gandules, y saliendo una quadrilla tras de ellos, los siguieron mas de una legua; mas no los pudieron alcanzar, porque los unos iban huyendo, y los otros corriendo. Llegaron á la ciudad dos horas antes de medio dia faltos de aliento, y llenos de sudor y de rascuños, que aun hasta entonces no habian sentido, de las zarzas y espinos que habian atropellado. El beneficiado fue el primero que llegó, y dió rebato, diciendo, que los Moriscos de Ístan

se

se habian alzado, y queridole matar; y apenas habia quien lo creyese, tanto era el credito que los ciudadanos tenian de la gente de aquel lugar, por ser rica, que no podian persuadirse á que se hubiesen querido perder; y ansi habia muchos que le consolaban con decir, que debian de haberle tomado entre puertas con alguna muger. Habia dexado el beneficiado en la torre una sobrina doncella, que tenia consigo, llamada Juana de Escalante, y una moza de servicio; y mientras él iba huyendo, los Moros hallando la puerta abierta, como él la habia dexado, entraron dentro, y robando trigo y aceyte y otras cosas, que habia en la primera boveda, prendieron la moza, que acertó á hallarse abaxo: la qual comenzó á llorar, y les rogó, que la dexasen subir arriba con su señora. Tenia la torre una escalera angosta, alta y muy derecha, y la sobrina del beneficiado, que veía el peligro en que estaba, habia puesto en el postrer escalon una gran piedra, y juntó á ella otras muchas, que acertó á haber en el sobrado alto para una obra que se habia de hacer en él; y como tuvo la moza consigo, determinó de no dexar subir á nadie arriba. Los hombres cargaron del despojo, y salieron de la boveda: y como unos mozuelos quisiesen ir donde ellas estaban, poniendose en defensa, echó á rodar la piedra por la escalera abaxo, y matando al uno, los otros dieron á huir. La doncella pues que vió la torre desocupada, sin perder tiempo baxó á gran priesa, y cerrando la puerta, la atrancó con una fuerte viga, y tornó á subirse arriba. No tardaron mucho los Moros en volver á llevarlas á ella y á su compañera, y hallando la puerta cerrada, quisieron derribarla con un vayven; mas defendióselo animosamente la doncella, como lo pudiera hacer qualquier

quier esforzado varon, arrojandoles gruesas piedras por el ladron y por encima del muro, con que los tuvo arredrados, y descalabró algunos de ellos. Y aunque le dieron una saetada, que le atravesó un brazo por junto al hombro, no dexó de pelear, ni se paró á sacar la saeta en mas de tres horas que duró la pelea, deshaciendo las paredes para sacar piedras que poder tirar, quando hubo gastado las que habia sueltas. A este tiempo llegó Bartolomé Serrano, alferez de la compañia de caballos de Don Gomez Hurtado de Mendoza, capitan de la gente de guerra de Marvella, que habia salido al rebato con treinta escuderos y trescientos infantes; y siendo ya dos horas despues de medio dia, halló los Moros combatiendo la torre, y escaramuzando con ellos los retiró; mas no los pudo romper, porque se subieron á unas peñas, que estan entre el lugar y el rio, donde no podian hacer efeto los caballos; y habido su acuerdo, se volvió aquella noche á Marvella, llevando la doncella y la moza consigo, y dexando la tierra alzada.

CAPITULO XXXVI.

Como las ciudades de Ronda, Marvella y Malaga acudieron luego contra los alzados, y de las prevenciones que Malaga hizo en sus lugares.

El domingo dos dias del mes de Enero se juntaron en Marvella al pie de tres mil hombres, y habiendo enviado aviso á las ciudades de Ronda y Malaga, como los Moriscos se habian alzado, volvieron en su demanda: los quales no se teniendo por seguros en las peñas, don-

de se habian retirado aquella mañana, habian subidose á la sierra por las veredas que tenian abiertas, llevando los ganados y los bagages cargados por delante, y se iban á meter en el fuerte de Arbóto, que está al norte del Rio verde, una legua de Ístan. Nuestra gente no pudo tampoco acometerlos este dia por la aspereza y fragosidad de la sierra donde estaban metidos; y tomando por el rio abaxo camino de Ronda, fueron á poner su campo en el proprio lugar de Arbóto, que estaba despoblado al pie de Sierra bermeja, donde llegó otro dia el licenciado Antonio Garcia de Montalvo, corregidor de Ronda y Marvella, con mas de quatro mil hombres: y por discordia que hubo entre él y Don Gomez Hurtado de Mendoza, á cuyo cargo venia la gente de Marvella, no acometieron aquel dia á los alzados, dexandolo para el martes siguiente. Los Moros no osaron aguardar, y desamparando bien de mañana el fuerte, huyeron todos hombres y mugeres, dexando puesto fuego á las barracas y á los bastimentos que tenian dentro. No gozaron de esta caza los que la levantaron, porque fueron á dar en manos de otra gente que iba de Monda, Guaro, Tolox, Cazarabonela, Téba, Hardales, Campillo, Álora, Coin, Cartáma y Alhaurin á juntarse con ellos, y encontrando las mugeres, niños y viejos, que iban derramados huyendo por aquellas sierras, los captivaron á todos, y solamente se les fueron los hombres sueltos y libres de embarazo.

Luego que sucedió el levantamiento de Ístan, la ciudad de Malaga, confiando poco en los Moriscos de su hoya, ordenó que los Christianos de Coin se metiesen en Monda, los de Álora en Tolóx, por ser lugares sospechosos, para que no los dexasen alzar, y que ocupa-

pasen dos casas fuertes, que el Marques de Villena, cuyas son aquellas villas, tenia en ellas; avisó á Don Christoval de Cordoba, alcayde de Cazarabonela, que fuese á meterse en su fortaleza, por ser aquel paso importante, y estar maltratada, y la ciudad la hizo reparar luego, y le dió ciento y cincuenta soldados que tuviese en la villa. Y como no fuesen alli menester, por estar aquellos Moriscos pacificos, los enviaron despues á Yunquera, donde hicieron una desorden muy grande, que saquearon la villa, y captivaron todas las mugeres Moriscas; y trayendolas la vuelta de Alozayna, en las cuestas que dicen de Jorol encontró con ellos Gabriel Alcalde Gozón, vecino de Cazarabonela, que andaba asegurando la tierra con cincuenta arcabuceros por mandado de Arevalo de Zuazo, y se las quitó, y prendió algunos soldados, que fueron castigados. A la torre de Guáro, que está junto á Monda, fue Gaspar Bernal con cien hombres; y haciendo reparar la fortaleza de Almoxía, mandó que se metiesen dentro los Christianos vecinos del lugar: avisó á los alcaydes de las fortalezas de Álora, Alozayna y Cartáma, que estuviesen apercebidos, y que los vecinos de aquellas villas las velasen y rondasen por su rueda. El Marques de Comares envió una compañia de infanteria y veinte y cinco caballos á la fortaleza de Comares, con que la aseguró, porque aquella villa estaba toda poblada de Moriscos; y habiendo puesto los ojos en ella los alzados, tenian hecho trato con ellos para ocuparla, segun lo que despues se supo. Con estas prevenciones se aseguró aquella tierra; y los de Ístan, dexando captivas las mugeres y los hijos, y juntandose con otros, que venian huyendo de tierra de Ronda, y de la hoya de Malaga, quedaron

hechos montaraces por aquellas sierras. Volvamos á lo que en este tiempo se hacia á la parte de levante.

CAPITULO XXXVII.

Como los Moriscos de los lugares del Marquesado del Zenete se alzaron: y la descripcion de aquella tierra.

El Marquesado del Zenete está en la falda de la Sierra nevada que mira hácia el cierzo: á la parte de mediodia confina con las taas de Uxixar y de Andarax, que son en la Alpuxarra; y por todas las otras tiene los terminos de la ciudad de Guadix. Es tierra abundante de aguas de fuentes caudalosas, que baxan de las sierras. Atraviesa por ella el rio, que despues pasa por junto á la ciudad de Guadix, y por eso le llaman rio de Guadix; aunque mas verisimil es haber dado el rio nombre á la ciudad, porque Gued Ayx, como le llaman los Moros, quiere decir rio de la vida. Hay en él nueve lugares, llamados Dólar, Ferreyra, Guevíjar, el Deyre, Lanteyra, Xériz, Alcazar, Alquif y la Calahorra. Los moradores de ellos eran todos Moriscos, gente rica y muy regalada de los Marqueses del Zenete, cuyo es aquel estado, vivian descansadamente de sus labores, y de la cria de la seda y del ganado, porque tienen muchas y muy buenas tierras, pastos y arboledas en la sierra y en lo llano, donde poder sembrar y criarlos. La nueva de como los Moriscos de la Alpuxarra se levantaban, y del daño que hacian en los Christianos y en las iglesias, llegó á la Calahorra el primero dia de pasqua de navidad: y el alcalde Molina de Mosquera, que es-

estaba entonces en aquel lugar procediendo contra los monfis, como queda dicho, se subió luego á la fortaleza con su muger, que tenia consigo, y con sus criados, y veinte arcabuceros que llevaba para guarda de su persona, y execucion de la justicia, y metió dentro sesenta monfis Moriscos que tenia presos, haciendolos encarcelar en unas bovedas del castillo, porque no se tuvo por seguro con ellos donde estaba. De todo esto holgó el gobernador del estado, llamado Juan de la Torre, vecino de Granada, porque entendió que estaria la fortaleza mas á recaudo con la presencia del alcalde, y seria mejor socorrida, si se viese en aprieto. Y cada uno por su parte escribieron luego á las ciudades de Guadix y Baza, avisando del rebelion, y del peligro en que estaban aquella fortaleza y la de Fiñana, para que les enviasen gente de guerra, que se metiese dentro, y las asegurase. Ordenaron á los concejos de los lugares del Zenete, que les proveyesen de leña y bastimentos; y que los Christianos que moraban en ellos se recogiesen á la fortaleza con sus mugeres y hijos. Los vecinos del Deyre, temiendo que si venia mayor numero de gente de la Alpuxarra, levantarian los lugares por fuerza, acudieron al gobernador, y le pidieron doscientos soldados, y que ellos los pagarian á su costa, para que los defendiesen, por estar desarmados. El qual como no los tenia, ni orden como poderselos dar, procuró asegurarlos con buenas palabras, amonestandoles, que fuesen leales, y ofreciendoles, que quando fuese menester socorrerlos, les acudiria con la gente de Guadix; y para que estuviesen mas seguros, les mandó, que recogiesen las mugeres y los niños en la fortaleza, los quales holgaron de ello: y lo mesmo hicieron los de la Calahorra, y hicieran

ran despues todos los demas lugares, si pudieran caber dentro, porque fueron grandes los robos y malos tratamientos que la gente de Guadix les hacian, so color de irlos á favorecer, y los Moros de la Alpuxarra, porque se alzasen. Finalmente siendo mal defendidos, el dia de año nuevo envió el Gorri gente de la Alpuxarra con orden que los alzasen; y si no se quisiesen alzar, los robasen y matasen. Y llegando á Guevíjar y á Dólar, á tiempo que la mayor parte de los vecinos andaban en el campo en sus labores, alzaron aquellos lugares, y luego los de Xériz, Lanteyra, Alquif y Ferreyra: y á los del Deyre no hicieron fuerza, por tener las mugeres en la fortaleza; mas ellos se dieron buena maña para sacarlas de alli, porque como viesen que todo iba ya de rota batida, tomaron por intercesor al alcalde Molina de Mosquera para con el gobernador, que no queria darselas, diciendo, que mientras alli estuviesen no se alzarian sus maridos y padres. El qual le porfió tanto, que se las hubo de entregar, y juntamente con este yerro, que fue muy grande, se hizo otro de mayor importancia para el desasosiego de aquellos lugares, y fue, que el gobernador, temiendo que los sesenta monfis, que estaban presos en las bovedas de la fortaleza, podrian alzarse una noche con ella, por no tener la guardia que convenia; requirió al alcalde Molina de Mosquera, que los sacase de alli, y los enviase á la carcel de Guadix, ó á otra parte. El qual los mandó baxar al lugar, y meter en una casa, al parecer fuerte, de donde despues los sacaron los alzados, quando cercaron aquella fortaleza; y viendose en libertad, usaron estos de grandisimas crueldades contra los Christianos que pudieron haber á las manos en venganza de su injuria, que por

por tal tenian aquella prision, y el tratamiento que se les habia hecho.

CAPITULO XXXVIII.

Como los Moros alzados acabaron de levantar los lugares del rio de Almería, y se juntaron en Benahaduz para ir á cercar la ciudad.

Luego que la taa de Marchena se alzó, los Moros alzados de aquella comarca, habiendo levantado los lugares altos del rio de Almería, comenzaron á juntarse para ir á cercar la ciudad, no les pareciendo dificultoso ganarla, por la falta de gente, de bastimentos y de municiones de guerra que sabian que habia dentro. Teniase aviso por momentos en Almería de lo que los alzados hacian, y del desasosiego con que andaban los que no se habian aun declarado, porque demas de su poco secreto, como habia en la ciudad mas de seiscientas casas de Moriscos, iban y venian cada hora con seguridad á las alcarías y sierras, so color de entender el estado en que estaban sus cosas, y traían avisos ciertos; y aun los mesmos alzados, como hombres barbaros de poco saber, que no les cabia el secreto en los pechos ocupados de ira, enviaban soberbiamente recaudos para poner miedo á los Christianos, acrecentando las cosas de su vanidad y poco fundamento. Un Morisco que venia de Guécija dixo un dia á Don Garcia de Villa Roel publicamente, como Brahem el Cacis, capitan de aquel partido, se le encomendaba, y decia, que el dia de año nuevo se veria con él en la plaza de Almería, donde pensaba poner sus banderas, que tomase su consejo, y die-

diese la ciudad á los Moros, pues no les quedaba otra cosa por ganar en el reyno de Granada, y escusaria las muertes y incendios que se esperaban entrandola por fuerza de armas. Otro le traxo una carta del alguacil de Tavernas, llamado Francisco Lopez, en que cautelosamente le decia: "Como se iba á recoger en aquella ciudad con la gente de su lugar y de otros, que como buenos Christianos, fieles al servicio de su Magestad, querian abrigarse debaxo de su amparo; y que por venir su muger en dias de parir, se deternia tres ó quatro dias en los baños de Alhamilla." Mas luego se entendió el engaño de este mal hombre por aviso de una espia, que certificó ser mucha la gente que traía consigo; y que venia entreteniendose, mientras se juntaban los Moros de Xérgal, Guécija, Boloduy, y de la sierra de Níjar, para ir luego á cercar la ciudad. Estos y otros avisos tenian á los ciudadanos con cuidado: fatigabales la falta del pan, aunque tenian carne, y mucho mas la de las municiones y pertrechos; y con todo eso ayudados de la gente de guerra hacian sus velas y rondas ordinarias y extraordinarias, y salian cada dia á dar vista á los lugares comarcanos, asi para proveerse, como para mantenerlos en lealtad, ó á lo menos entretenerlos que no se alzasen de golpe. Sucedió pues que el dia de año nuevo, habiendo salido Don Garcia de Villa Roel con algunos caballos y peones á correr los lugares del rio, llegando cerca del lugar de Gádor, vieron andar los Moriscos fuera de él apartados por los cerros, que no querian llegarse á los Christianos como otras veces; y como se entendiese que andaban alzados, quisiera Don Garcia de Villa Roel hacerles algun castigo, sino se lo estorváran los Moros de Guécija, que á un tiem-

po

po asomaron por unos cerros con once banderas, y se fueron á meter en el lugar. El qual desconfiado de poder hacer el castigo que pensaba, se volvió á poner cobro en la ciudad, temeroso de algun cerco que la pusiese en aprieto; porque veía que habia dentro de los muros al pie de mil Moriscos que podian tomar armas, y de quien se podia tener poca confianza; que los Christianos utiles para pelear no llegaban á seiscientos, y esos mal armados; y que de necesidad se habian de juntar muchos Moros; y teniendo tan largo espacio de muros rotos y aportillados por muchas partes que defender, de fuerza habian de poner la ciudad en peligro. Vuelto pues Don Garcia de Villa Roel á Almería, los alzados se alojaron aquella noche en Gádor; y otro día de mañana se baxaron el rio abaxo, y se fueron á poner una legua de la ciudad en el cerro que dicen de Benahaduz, donde traían acordado de juntarse; y como nuestros corredores de á caballo, que andaban de ordinario en el rio, avisasen de ello, hubo muchos pareceres en la ciudad sobre lo que se debia hacer. Unos decian que se atendiese solamente á la defensa de los muros, mientras venia socorro de gente, pues la que habia en la ciudad era poca para dividirse; y otros con mas animosa determinacion querian que se fuese á dar sobre los enemigos, que estaban en Benahaduz, para desbaratarlos antes que se juntasen con ellos los demas, afirmando, que solo en esto consistia su bien y libertad. Finalmente se tomó resolucion en que Don Garcia de Villa Roel con algunos caballos y infantes fuese á reconocerlos, y á ver el sitio donde estaban puestos, y el acometimiento que se les podria hacer: y con esto se fue la gente

á sus posadas aquella noche, donde los dexaremos hasta su tiempo.

CAPITULO XXXIX.

Como los lugares de las Albuñuelas y Salares se alzaron.

Las Albuñuelas y Salares son dos lugares muy cercanos el uno del otro en el valle de Lecrin, y habian dexado de alzarse, quando la eleccion de Aben Umeya en Béznar por consejo de un Morisco de buen entendimiento, llamado Bartolomé de Santa Maria, á quien tenian mucho respeto: el qual, siendo alguacil de las Albuñuelas, los habia entretenido con buenas razones, diciendoles: "Que escarmentasen en cabezas agenas, y considerasen en lo que habian parado las rebeliones pasadas: el poco fundamento que tenian contra un Principe tan poderoso, y lo mucho que aventuraban perder: la poca confianza que se podia tener de los socorros de Berbería, y el gran riesgo de sus personas y haciendas en que se ponian." Y como despues vió que la gente andaba desasosegada, que los lugares se henchian de Moros forasteros de los alzados de tierra de Salobreña y Motril, que crecian cada dia los malos y escandalosos, y que no era parte para estorvarles su determinacion precipitosa, porque iba todo de mala manera, llamando al bachiller Ojeda, su beneficiado, que aun hasta entonces no se habia ido del lugar, le dixo, que recogiese los Christianos que pudiese, y se fuese á poner en cobro, sino queria que le matasen los monfis, certificandole, que si lo habian dexado de hacer, habia sido

por

por tenerle á él respeto, sabiendo que era su amigo; y porque pudiese irse con seguridad, y los monfis no le ofendiesen en el camino, le dió cincuenta hombres, que le acompañaron dos leguas hasta el lugar de Padúl, donde le dexaron en salvo el dia de año nuevo. No fue poco venturoso el beneficiado en tener tal amigo, porque dentro de dos dias, sobrepujando la maldad, se alzaron aquellos lugares; y en señal de libertad, aunque vana, sacaron los vecinos de las Albuñuelas una bandera antigua, que tenian guardada como reliquia de tiempo de Moros, y arbolandola con otras siete banderas que tenian hechas secretamente para aquel efeto de tafetan y lienzo labrado, se recogieron á ellas todos los mancebos escandalosos, y lo primero que hicieron fue destruir y robar la iglesia, y todas las cosas sagradas. Luego robaron las casas del beneficiado y de los otros Christianos, y dexando las suyas yermas y desamparadas, por no se osar asegurar en ellas, se subieron á las sierras con sus mugeres y hijos y ganados. No les faltó aun en este tiempo el alguacil Santa Maria con su buen consejo: el qual viendo idos la mayor parte de los monfis, persuadió al pueblo á que se volviesen á sus casas, y procurasen desculparse con los ministros de su Magestad, diciendo: "Que los malos les habian hecho que se alzasen por fuerza y contra su voluntad; y que de esta manera podrian aguardar hasta ver en que paraban sus cosas, y tomar despues el partido que mejor les estuviese," como adelante lo hicieron. Vamos agora á lo que el Marques de Mondejar hacia en este tiempo.

LIBRO QUINTO
DE LA HISTORIA
DEL REBELION DE LOS MORISCOS
DEL REYNO DE GRANADA.

CAPITULO PRIMERO.

Como el Marques de Mondejar formó su campo contra los rebeldes.

Estaban en este tiempo los ciudadanos de Granada confusos y muy turbados, casi arrepentidos del deseo que habian tenido de ver levantados los Moriscos, por las nuevas que cada hora venian de las muertes, robos é incendios que hacian por toda la tierra; y cansados los juicios con estos cuidados, perdida algun tanto la cudicia, solamente pensaban en la venganza. El Marques de Mondejar daba priesa á las ciudades, que le enviasen gente para salir en campaña, porque en la ciudad no habia tanta, que bastase para llevar y dexar, certificandoles, que de su tardanza podrian resultar grandes inconvinientes y daños, si los rebelados, que estaban hechos señores de la Alpuxarra y valle, lo viniesen tambien á ser de los lugares de la vega, por no haber cantidad de gente con que poderlos oprimir, antes que sus fuerzas fuesen creciendo con la maldad. Habiendo pues llegado las compañias de caballos y de infanteria de las ciu-

ciudades de Loxa, Alhama, Alcalá la Real, Jaen y Antequera; y pareciendole tener ya numero suficiente con que poder salir de Granada, partió de aquella ciudad lunes á tres dias del mes de Enero del año de mil quinientos sesenta y nueve, dexando á cargo del Conde de Tendilla, su hijo, el gobierno de las cosas de la guerra, y la provision del campo. Y aquella tarde caminó dos leguas pequeñas, y fue al lugar de Alhendín, donde se alojó aquella noche; y recogiendo la gente, que estaba alojada en Otúra y en otros lugares de la vega, la mañana del siguiente dia caminó la vuelta del Padúl, primer lugar del valle de Lecrin, pensando rehacer alli su campo. Llevaba dos mil infantes y quatrocientos caballos, gente lucida y bien armada, aunque nueva y poco disciplinada. Acompañabanle Don Alonso de Cardenas, su yerno, que hoy es Conde de la Puebla, Don Francisco de Mendoza, su hijo, Don Luis de Cordoba, Don Alonso de Granada Venegas, Don Joan de Villa Roel, y otros caballeros y veintiquatros, y Antonio Moreno, y Hernando de Oruña, á quien su Magestad habia mandado que asistiesen cerca de su persona, por la pratica y experiencia que tenian de las cosas de guerra, y otros muchos capitanes y alfereces, soldados viejos entretenidos con sueldo ordinario por sus servicios. De Jaen iba Don Pedro Ponce por capitan de caballos, y Valentin de Quirós con la infanteria. De Antequera Alvaro de Isla, corregidor de aquella ciudad, y Gabriel de Treviñon, su alguacil mayor, con otras dos compañias. Capitan de la gente de Loxa era Joan de la Ribera, regidor; de la de Alhama Hernan Carrillo de Cuenca; y de Alcalá la Real Diego de Aranda. Iba tambien cantidad de gente noble popular de la ciudad de Granada y su tier-

tierra, y las lanzas ordinarias, cuyos tenientes eran Gonzalo Chacon y Diego de Leyva, y la mayor y mejor parte de los arcabuceros de la ciudad, cuyos capitanes eran Luis Maldonado, y Gaspar Maldonado de Salazar, su hermano. Con toda esta gente llegó el Marques de Mondejar aquella noche al lugar del Padúl, y antes de entrar en él salieron los Moriscos mas principales á suplicarle, no permitiese que los soldados se aposentasen en sus casas, ofreciendole bastimentos y leña para que se entretuviesen en campaña, porque temian grandemente las desordenes que harian; y aunque el Marques holgára de complacerles, no les pudo conceder lo que pedian, porque el tiempo era asperisimo de frio, la gente no pagada, y acostumbrada á poco trabajo, y se les hiciera muy de mal quedar de noche en campaña: y diciendo á los Moriscos que tuviesen paciencia, porque sola una noche estaria alli el campo, y que proveeria como no recibiesen daño, los aseguró de manera, que tuvieron por bien de recoger y regalar á los soldados en sus casas aquella noche, aunque no la pasaron toda en quietud, por lo que adelante diremos.

CAPITULO II.

Como estando el Marques de Mondejar en el Padúl, los Moros acometieron nuestra gente, que estaba en Dúrcal, y fueron desbaratados.

La propria noche que el Marques de Mondejar llegó con su campo al lugar del Padúl, los Moros acometieron el lugar de Dúrcal, una legua de alli, donde estaban alojados el capitan Lorenzo de Avila con las compa-

pañias de las siete villas de la jurisdicion de Granada, y el capitan Gonzalo de Alcantara con cincuenta caballos. No pudo ser este acometimiento tan secreto, que dexasen de tener aviso los capitanes, porque el mesmo dia que el Marques de Mondejar salió de Granada, los soldados de aquel presidio habian tomado dos espias: al uno de los quales hallaron quebrando los aderezos de un molino, donde se molia el trigo para las raciones de los soldados; y el otro era un muchacho hijo de Christianos, criado desde su niñez entre Moriscos, y hecho á sus mañas, que le enviaba Miguel de Granada Xaba, capitan de los Moros del valle, á que espiase la cantidad de la gente que habia en aquel lugar, y el recato con que estaban. El espia que fue preso en el molino jamas quiso confesar, aunque le hicieron pedazos en el tormento. El muchacho á persuasion del doctor Ojeda, vicario de Nigüeles, que era el que le habia hecho prender, entre ruego y amenazas vino á confesar y declarar todo el hecho de la verdad, y el efeto para que los habian enviado. Este dixo: "Que los de las Albuñuelas habian hecho reseña, quando se quisieron alzar, y que se habian hallado doscientos tiradores escopeteros y ballesteros entre ellos, y trescientos con armas enhastadas y espadas: que los Moriscos forasteros y monfis habian quemado la iglesia, y que despues se habian arrepentido los vecinos, viendo que los del Albaycin y de la vega se estaban quedos; y que quiriendose tornar á sus casas por consejo del alguacil, se lo habian estorvado otros de los alzados, diciendoles, que no era ya tiempo de dar escusas, ni de pedir perdon, porque los Christianos no les creerian, ni se fiarian mas de ellos, viendo la señal que habian dado: y que el alcayde Xaba habia

bia juntado de los lugares de Órgiba, y del Valle, y de Motril y Salobreña mucha cantidad de Moros, y entre ellos mas de seiscientos tiradores, para ir á dar sobre el lugar de Dúrcal; y que sin falta daria la siguiente noche sobre él." Con este aviso fue luego aquella tarde el capitan Lorenzo de Avila al Marques de Mondejar, y llevó el muchacho consigo; y siendo ya bien de noche se volvió á su alojamiento con cuidado de lo que podia suceder, y en llegando hizo echar bando, que ningun soldado quedase desmandado por las casas, que todos se recogiesen á la iglesia, donde estaba el cuerpo de guardia: reforzó las postas y centinelas, y puso otras de nuevo donde le pareció ser necesarias; y el capitan Gonzalo de Alcantara apercibió la caballeria, que estaba alojada en Margéna, que es un barrio cerca de Dúrcal, para que en sintiendo dar al arma, saliesen tocando las trompetas desde el alojamiento hasta una haza llana delante de la plaza de la iglesia, porque este hombre experimentado entendió el efeto que se podria seguir animando á los soldados, y desanimando á los enemigos, con ver que tocaban las trompetas hácia donde estaba el campo del Marques de Mondejar, que de necesidad habian de presumir que venia socorro. Andando pues los animosos capitanes haciendo estas prevenciones y apercibimientos, el Xaba, que no dormia, venia caminando á mas andar cubierto con la escuridad de la noche, y llegando cerca del lugar, repartió seis mil hombres que traía en dos partes: con los tres mil fue en persona á tomar un barranco muy hondo, que se hace entre el Padúl y el barrio de Margéna, por donde habia de ir el socorro de nuestro campo; y los otros tres mil envió con otros capitanes, para que unos acome-

metiesen por el camino que va entre Margéna y Dúrcal, y otros por otra parte hácia la sierra, ordenandoles, que escusasen todo lo que pudiesen el salir á lo llano, porque los caballos no se pudiesen aprovechar de ellos. De esta manera llegaron dos horas antes que amaneciese con un tiempo asperisimo de frio, y muy escuro. Nuestras centinelas los sintieron, aunque tarde, y tocando arma, con estar apercebidas, casi todos entraron á las vueltas en el lugar, no siendo menor el miedo de los acometedores, que el de los acometidos. Los capitanes que andaban á esta hora requiriendo las postas, acudieron luego á hacer resistencia; mas presto se hallaron solos. Lorenzo de Avila se opuso contra los que venian á entrar de golpe por una haza adelante con sola una espada y una rodela, y los fue retirando con muertes y heridas de muchos de ellos; y siendo herido de saeta, que le atravesó entrambos muslos, fue socorrido y retirado á la iglesia. Gonzalo de Alcantara se puso á la parte del camino de Margéna á resistir un gran golpe de enemigos, que venian entrando por alli: y fue tanta la turbacion de nuestra gente en aquel punto, que ni bastaban ruegos ni amenazas para hacerles salir de la iglesia, como si la aspereza y tenebrosidad de la noche fuera mas favorable á los enemigos, que á ellos. Y para castigo de semejante flaqueza no dexaré de decir, que hubo muchos, que soltando las armas ofensivas se metieron huyendo en la iglesia, tomando por escudo otros, para que los Moros no los matasen á ellos primero; ni menos callará mi pluma el valor de los animosos capitanes y soldados, que pusieron el pecho al enemigo por el bien comun, acudiendo, no todos juntos, que hicieran poco efeto, por ser muchas las entra-

 das,

das, sino cada uno por su parte, y reparando con su mucho valor un gran peligro: porque los Moros hallando aquella resistencia, y sintiendo grande estruendo de armas, no creyendo que eran de la gente que huía, sino de la que se aparejaba contra ellos, afloxaron su furia, y aun se comenzaron á retirar. A este tiempo el capitan Alcantara, viendo que Lorenzo de Avila, herido como estaba, procuraba sacar la gente de la iglesia, animandolos á la pelea, con doce ó trece soldados, que no le siguieron mas, volvio á su puesto, porque los enemigos daban de nuevo carga por alli. Acudieronle tambien ocho religiosos, quatro frayles de San Francisco, y quatro Jesuitas, diciendo, que querian morir por Jesu-Christo, pues los soldados nó lo osaban hacer; mas no se lo consintió, rogandoles de parte de Dios, que haciendo su oficio acudiesen á esforzar la gente, que estaba á las bocas de las calles que salian á la plaza, porque no las desamparasen. Viendo pues los Moros que no eran seguidos, tornaron á hacer su acometimiento, y adelantandose uno con una bandera en la mano, llegó á reconocer la plaza por junto á un meson, que estaba á la parte del cierzo; y como no vió gente por alli, comenzó á dar grandes voces en su algarabia, diciendo á los compañeros, que allegasen, porque los Christianos habian huido. A esto acudió Gonzalo de Alcantara, y emparejando con el Moro de la bandera, le hirió con la espada en el hombro izquierdo, y dió con él muerto en tierra: mas cargando sobre él otros que venian detras, le hubieran muerto, sino fuera por las armas, y por una adarga que llevaba embrazada; y con todo eso le dieron una estocada en el rostro, y le derribaron de espaldas en el suelo, con otros muchos golpes que reci-

cibió sobre las armas. No le faltó en este tiempo el favor de un buen soldado, llamado Juan Ruiz Cornejo, vecino de Antequera, que le acudió, y no dió lugar á que los Moros le acabasen de matar; antes con sola la espada en la mano, y la capa revuelta al brazo, le defendió, y mató dos Moros de los que mas le aquejaban. Levantandose pues Gonzalo de Alcantara, volvió con mayor saña á la pelea; y llegando á él un frayle Francisco con un Christo crucificado en la mano, diciendole: "Ea hermano, veis aqui á Jesu-Christo, que él os favorecerá," estandoselo mostrando, y diciendo estas y otras palabras, le dió uno de aquellos hereges con una piedra en la mano tan gran golpe, que se lo derribó en el suelo. Creció tanto la ira á Gonzalo de Alcantara viendo un tal hecho, que se metió como un leon entre aquellos descreidos, y acompañado de su buen amigo Cornejo, mató al Moro que habia tirado la piedra, y otros que le quisieron defender; y alzando el crucifixo del suelo, lo puso en las manos del frayle, jurando por aquella santa insignia, que habia de pasar por la espada aquella noche todos quantos hereges le viniesen por delante. No estaba ocioso en este tiempo el capitan Alonso de Contreras, que tambien estaba de presidio en este lugar con una compañia de gente de Granada; mas no le sucedió tan felicemente como á los demas, porque defendiendo la entrada de una calle, fue herido de saeta con hierba, de que murió. Tambien murió Christoval Marquez, alferez de Gonzalo de Alcantara, peleando como esforzado. Estando pues nuestra gente en harto aprieto, y bien necesitada de animo, si los enemigos le tuvieran para proseguir su empresa, la caballeria, que habia tardado en salir de su alojamiento, comenzó á en-

trar por las calles ; y no pudiendo romper , porque estaban llenas de Moros , salió lo mejor que pudo al campo tocando las trompetas. Este aviso fue importante , y valió mucho á los nuestros , porque el Xaba , que estaba en el barranco entre Dúrcal y el Padúl , creyendo que la caballeria del campo del Marques de Mondejar habia pasado de la otra parte , ó que estaba alojado en Dúrcal , comenzó á dar grandes voces á su gente , diciendo : "A la sierra , á la sierra , que los caballos vienen sobre nosotros:" y luego dieron todos los unos y los otros vuelta. A este tiempo habian sentido las centinelas del campo disparar arcabuces en Dúrcal , y siendo avisado de ello Antonio Moreno , que andaba rondando , habia dado noticia al Marques de Mondejar : el qual sospechando lo que podria ser por la relacion que tenia, mandó recoger la gente á gran priesa, y enviando delante á Gonzalo Chacon con las lanzas de la compañia del Conde de Tendilla , que estaba á su cargo , salió en su seguimiento con la otra caballeria , dexando orden á Antonio Moreno y á Hernando de Oruña , que servian de superintendentes de la infanteria , que marchasen á la sorda con todas las compañias la vuelta de Dúrcal ; mas ya quando el Marques de Mondejar llegó eran idos los Moros , y nuestra gente estaba algo temerosa en la plaza de la iglesia , blasonando de la vitoria algunos , que no merecian el prez ni el premio de ella. Murieron aquella noche veinte soldados , y hubo muchos heridos , aunque no todos por mano de los enemigos : antes se mataron y hirieron unos á otros , saliendo con la escuridad de la noche , y encontrandose por las calles ; y estos eran de los que se habian quedado sin orden fuera del cuerpo de guardia , que no se habian queri-

rido recoger á las banderas. Llegado el Marques de Mondejar á Dúrcal, agradecio mucho á los capitanes lo bien que lo habian hecho, y mandó llevar los heridos á Granada para que fuesen curados; y para aguardar la gente que le iba alcanzando, y los bastimentos y municiones, que el Conde de Tendilla enviaba de Granada, se detuvo quatro dias en aquel alojamiento, porque no le pareció entrar menos que bien apercebido en la Alpuxarra.

El capitan Xaba volvió medio desbaratado á Poqueyra con perdida de doscientos Moros; y Aben Umeya, que le estaba aguardando, para tras de aquel efeto hacer otros mayores, viendole ir de aquella manera, quiso cortarle la cabeza; mas él se desculpó, diciendo: "Que si habia retirado la gente, habia sido porque entendió, que la caballeria del Marques de Mondejar habia pasado por otra parte el barranco, y tomadole lo llano; y que lo que él habia hecho, hiciera qualquier hombre atentado, oyendo tocar tantas trompetas hácia la parte donde estaba el enemigo." Y no dexaba de tener alguna razon el Moro, porque demas de las trompetas de la compañia de Gonzalo de Alcantara, que salieron de Margéna, habia mandado el Marques de Mondejar, que se adelantasen dos trompetas, y fuesen solas tocando la vuelta de Dúrcal, para que los nuestros entendiesen que les iba socorro; y como no habia visto el Xaba pasar caballos aquella tarde, entendiendo que todos debian de estar alojados en Dúrcal, quiso retirarse con tiempo, antes que le atajasen, porque los tres mil hombres, que tenia consigo, eran ruin gente y desarmada, que solamente llevaban hondas para tirar piedras y algunas lanzuelas; y si los caballos los halláran en tierra llana, no dexáran hombre de ellos á vida.

CA-

CAPITULO III.

Como la gente de Almería salió á reconocer los Moros que se habian puesto en Benahaduz: y como despues volvió sobre ellos, y los desbarató.

A gran priesa se juntaban los Moros de la comarca de la ciudad de Almería para ir á cercarla; y demas de los que diximos, que se habian puesto en Benahaduz, habia ya otros recogidos en el marchal de la Palma, cerca de alli, para juntarse con ellos, quando Don García de Villa Roel, quiriendo hacer el efeto de reconocerlos, y ver el sitio que tenian, y por donde se les podria entrar, salió de Almería con quarenta soldados arcabuceros y treinta caballos, y dexando atras los peones, se adelantó con la gente de á caballo; y para haber de hacer el reconocimiento entre paz y guerra, sin que sospechase aquella gente tan conocida y vecina el intento que llevaba, envió delante un regidor de aquella ciudad, llamado Juan de Ponte, á que les preguntase la causa de su desasosiego, y reconociese qué gente era, y la orden que tenian en el asiento de su campo. El regidor llegó tan cerca de los Moros, que pudo muy bien preguntarles lo que quiso, y con seguridad, por ir solo; y quando le hubieron oido, le respondieron soberbiamente: "Que volviese á su capitan, y le dixese, que otro dia de mañana, quando tuviesen puestas sus banderas en la plaza de Almería, le darian razon de lo que deseaba saber." Y como les tornase á replicar, aconsejandoles, que dexasen las armas, y se reduxesen al servicio de su Magestad, que era lo que mas les convenia, al-

algunos de ellos le comenzaron á deshonrar, llamandole perro judio, y diciendole, que ya era todo el reyno de Granada de Moros, y que no habia mas que Dios y Mahoma. Con esto volvió Juan de Ponte al capitan, el qual tornó á enviarles otro recaudo con el maestre-escuela D. Alonso Marin, á quien los Moriscos de aquella tierra tenian mucho respeto: el qual llamó algunos conocidos, y les rogó, que dexasen el camino de perdicion que llevaban. Y viendo que era tiempo perdido aconsejarles bien, se retiró, y D. Garcia de Villa Roel se les fue acercando lo mas que pudo en son de guerra, para ver qué tiradores tenian: y como no tirasen mas que con un mosquete, y dos ó tres escopetas, entendió que se podria hacer el efeto antes que se juntasen mas de los que álli estaban, especialmente quando hubo reconocido el sitio que tenian, que aunque era fuerte, su mesma fortaleza mostraba ser favorable á nuestra gente: porque si la aspereza de una senda, por donde se habia de subir, impedia el poder llegar de golpe á los enemigos, esa mesma era defensa para que tampoco ellos pudiesen baxar juntos á dar en los Christianos. Sobre la mano derecha habia otra entrada, por donde se les podia tambien entrar, hácia un cerro que estaba junto al de Benahaduz, lugar aspero para hollar con caballos, y no muy facil para gente de á pie. Callando pues su concepto, y diciendo á los Moros, que en la ciudad los aguardaba, aunque los tenia por tan ruin gente, que no cumplirian su palabra, se volvió aquel dia á Almería, donde halló que le aguardaban con cuidado de saber lo que se habia hecho: que cierto le tenian todos muy grande, por ser poca gente la que habia llevado consigo. De este reconocimiento llevó D. Garcia de Villa Roel

Roel determinado de dar á los Moros una encamisada la mesma noche al quarto del alba; y no se osando declarar, segun lo que nos certificó, temiendo que la justicia y regimiento lo contradiria por el peligro de la ciudad, si por caso le sucediese alguna desgracia, para tener ocasion de poder salir, sin que se entendiese su desinio, dexó una espia fuera de la muralla entre las guertas con orden que á media noche hiciese una almenara de fuego, para que viendola las centinelas de la ciudad tocasen arma. Sucedió la ocasion y el efeto conforme con su deseo, porque en viendo la almenara, toda la ciudad se puso en arma, y acudiendo tambien él al rebato, reforzó los cuerpos de guardia. Y siendo ya despues de media noche, dixo, que queria salir á ver qué rebato habia sido aquel, y si andaban Moros en las guertas. Y mandando á los soldados que saliesen con las camisas vestidas sobre las ropas, para que en la escuridad de la noche se conociesen, partió de Almería dos horas antes del dia con ciento quarenta y cinco arcabuceros de á pie, y treinta y cinco caballos, y entre ellos algunos caballeros y gente noble; y andando un rato cruzando de una parte á otra, por desviarse de las guertas y de los lugares, donde le pareció que los enemigos podrian tener alguna espia, ó centinela, se arrimó hácia el rio; y quando vió que ya era tiempo, paró el caballo, y haciendo alto, estando la gente toda junta, les declaró la determinacion que llevaba, la causa porque lo habia tenido secreto, la importancia que seria desbaratar los Moros que estaban en Benahaduz, antes que se juntasen con ellos los del marchal de la Palma y otros, que no podrian dexar de ser muchos, diciendo, que él habia reconocido los enemigos gente desarmada, y harto

to menos de la que se presumia; que el sitio donde estaban les era mas perjudicial que favorable, y que haciendo lo que debian, con el favor de Dios fuesen ciertos que ternian vitoria, en la qual consistia el remedio y seguridad de los vecinos de Almería, y los que alli estaban serian aprovechados de los despojos de los Moros en premio de su virtud. No fue pequeño el contento que recibió nuestra gente, quando supo el efeto á que iban, y loando mucho aquel consejo, movieron todos alegremente la vuelta de Benahaduz. En el camino prendieron tres Moriscos, de quien supieron como estaban todavia los Moros donde los habian dexado: esto les hizo alargar el paso, y llegando ya cerca, se repartió la gente en dos partes. Julian de Pereda, alferez de la infanteria, con cien arcabuceros se apartó por una vereda encubierta sobre la mano derecha, y se puso en el cerro que está junto con el de Benahaduz, donde estaban los enemigos alojados; y llevó orden, que en sintiendo disparar la arcabuceria, que pelearia por frente, saliese impetuosamente, y les diese Santiago. Y el capitan con el resto de la gente, llevando los arcabuceros delante, y la caballeria de retaguardia, se fue acercando al enemigo por el camino derecho, y llegó á descubrir su alojamiento, quando ya esclarecia el alba. A este tiempo las centinelas de los Moros habian ya descubierto el vulto de los soldados que llevaba Pereda; y como iban baxos y encamisados, y no se recelaban de Christianos que acudiesen por aquella parte, juzgaron ser ganado ovejuno, que traían algunos Moros para provision del campo, y con esto se aseguraron hasta que vieron venir caballos por la otra parte. Entonces comenzaron á dar voces, y á tocar los atabalejos á gran priesa, y se

pusieron todos en arma, aunque confusos, como gente mal pratica, que no sabian qual les seria mejor, salir á pelear, ó defenderse. Dexando pues Don Garcia de Villa Roel la caballeria atras, como un tiro de honda fuera de un arboleda, que llegaba hasta el proprio cerro, cuyas ramas impidian el efeto de las saetas y piedras que tiraban de arriba, metió la infanteria por debaxo de los arboles, y se fue mejorando hasta ponerla detras de unas tapias, cerca del vallado de una acequia, y de una peña tajada que habia hácia aquella parte, donde se tomaba una angosta senda, la qual estorvaba tambien á los Moros poder baxar de golpe á hacer acometimiento. Y quando le pareció que Julian de Pereda habria llegado á su puesto, sin aguardar mas mandó, que los arcabuceros disparasen por su orden, dando una carga tras de otra. Solas dos cargas habian dado, y entonces comenzaba la tercera, quando los cien soldados hicieron animoso acometimiento por su parte; y como Don Garcia de Villa Roel oyó el estruendo de los arcabuces, hizo que los peones subiesen por el cerro arriba, siguiendolos la gente de á caballo, y pasaron por una puentecilla harto angosta, que estaba sobre el acequia. Al principio mostraron los Moros animo, y hicieron alguna resistencia; mas quando vieron la otra arcabuceria á las espaldas, creyendo que matas, arboles y piedras todo era Christianos, como suele acaecer á los timidos, luego desmayaron. No faltó animo en este punto á Brahem el Cacis, el qual hacia á un tiempo oficio de capitan y de soldado, peleando por su persona, y esforzando su gente con ruegos y con amenazas. Y quando vió que todo le aprovechaba poco, apeandose del caballo, con una lanza en la mano se metió entre los Christianos, y hi-

zo

zo tales cosas, que algunos le volvieron las espaldas; mas yendo tras de un soldado, que le huía, otro mas animoso le salió de través, y le dió un arcabuzazo, y le mató. Con la muerte de su capitan, los pocos Moros que hacian armas acabaron de desbaratarse, poniendo mas confianza en los pies, que en las manos, y nuestra gente los siguió, y fueron muertos los que pudieron alcanzar, sin tomar hombre á vida: solos siete Moros fueron presos, que se quedaron metidos en una cueva en su alojamiento, y los hallaron unos soldados escondidos. De nuestra parte hubo un solo escudero herido, y dos caballos muertos. Perdieron los Moros todas sus banderas, con las quales y con la cabeza de Brahem el Cacis, en cuyo lugar sucedió Diego Perez el Gorri, volvió Don Garcia de Villa Roel aquel dia á la ciudad de Almería, donde fue alegremente recibido del Obispo y de toda la clerecia, y del comun chicos y grandes, dando gracias al Omnipotente por tan buen suceso, mediante el qual los Moros perdieron la esperanza que tenian, y se abrió el camino á otros muchos y buenos efetos. Y bien considerado, Brahem el Cacis cumplió su palabra, pues su cabeza y sus banderas se vieron en la plaza de Almería, quando él dixo. Señalaronse este dia Don Luis de Roxas Narvaez, arcediano de aquella santa iglesia, el dotor Don Diego Marin, maestre-escuela, el racionero Paredes, Don Alonso Habiz Venegas, Pedro Martin de Aldana, Juan de Aponte, Francisco de Belvis, y otros muchos escuderos y soldados particulares. Este Don Alonso Habiz Venegas era regidor de Almería, y de los naturales del reyno, aunque bien diferente de ellos en su trato y costumbres, y los Moriscos le estimaban mucho, por ser fama que venia del li-

nage de los Reyes Moros de Granada ; y deseando hacerle Rey en este rebelion , le habia escrito Mateo el Rami sobre ello , rogandole de su parte que lo aceptase: el qual tomó la carta , y la llevó al ayuntamiento de la ciudad , y la leyó á la justicia y regidores , diciendoles, que no dexaba de ser grande tentacion la del reynar. Y de alli adelante vivió siempre enfermo, aunque leal servidor de su Magestad , procurando enriquecer mas su fama con esfuerzo y virtud propria , que con cudicia y nombre de tirano. Supose despues de aquellos siete Moros, que llevaron presos, todo el intento que tenian de ocupar la ciudad de Almería , y otras muchas cosas que confesaron en el tormento ; y al fin se les dió la soga que andaban buscando , mandandolos ahorcar de las almenas de la ciudad. Volvamos al Marques de Mondejar, que dexamos alojado en Dúrcal.

CAPITULO IV.

Como se fue engrosando el campo del Marques de Mondejar : y como los Moros de las Albuñuelas se reduxeron.

En este tiempo iba juntandose la gente de las ciudades del Andalucía en Granada. Y estando el Marques de Mondejar en el alojamiento de Dúrcal , llegó Don Rodrigo de Vivero , corregidor de Ubeda y Baeza , con la gente de aquellas dos ciudades. Iban de Ubeda tres compañias de á trescientos infantes , y dos estandartes de á setenta y cinco caballos. De Baeza eran novecientos y ochenta infantes en quatro compañias , y quatro estandartes de cada treinta caballos, toda gente lucida y bien

bien arreada á punto de guerra, que cierto representaban la pompa y nobleza de sus ciudades, y el valor y destreza de sus personas, exercitados en las guerras externas y civiles. Los capitanes eran todos caballeros, veintiquatros y regidores; la infanteria de Ubeda gobernaban Don Antonio Porcél, Don Garci Fernandez Manrique, y Francisco de Molina; y la caballeria Don Gil de Valencia, y Francisco Vela de los Cobos. De la infanteria de Baeza eran capitanes Pedro Mexía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides, y Baltasar de Aranda, que llevaba la compañia de los ballesteros que llaman de Santiago. De los caballos eran capitanes Juan de Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera, y por cabo Diego Vazquez de Acuña, alferez mayor, con el pendon de la ciudad. De toda esta gente, que hemos dicho, volvieron á Granada las quatro compañias de caballos de Baeza, y la de Francisco de Molina de Ubeda, porque el Conde de Tendilla, que hacia oficio de Capitan general en lugar del Marques su padre, las pidió para guardia de la ciudad, mientras llegaba otra gente: todas las demas pasaron al campo, y con ellas mas de sesenta caballeros aventureros de los principales de aquellas ciudades, que sirvieron á su costa toda aquella jornada, hasta que el Marques de Mondejar les mandó volver á sus casas. Viendo pues los Moriscos de las Albuñuelas, que nuestro campo se iba engrosando, y por ventura temiendo no descargase la primera furia en ellos, acordaron de aplacar al Marques de Mondejar con humildad. Esta embaxada llevó Bartolomé de Santa Maria el alguacil, que diximos que les aconsejaba que no se alzasen: el qual, siendo acepto y muy servidor

del

del Marques, vino por su mandado á tratar con él este negocio, y le suplicó: "Admitiese aquellos vecinos debaxo la proteccion y amparo Real, y los perdonase, certificandole, que si se habian alzado, no habia sido con su voluntad, sino forzados á ello por los monfis y Moros forasteros, y que todos estaban con pena, y les pesaba de lo hecho." El Marques que deseaba asegurar las espaldas antes de pasar adelante, holgó de admitirlos, y mandó que les dixese de su parte: "Que se quietasen, y volviendo á sus casas, procurasen conservarse en lealtad, no receptando los malos entre ellos; y que le avisasen de todo lo que les ocurriese, porque haciendo lo que debian como buenos vasallos de su Magestad, los favoreceria, y no consintiria que se les hiciese agravio." Luego se volvieron los Moriscos al lugar, y el alguacil envió por su beneficiado, que aun estaba en el Padúl, para que asistiese en su iglesia, y les dixese misa; mas él paró poco entre gente tan liviana, que ya se habian comenzado á desvergonzar, y tanto mas viendo que les reprehendia haber puesto las manos en las cosas sagradas. Finalmente, no se teniendo por seguro, quiso volverse al Padúl, y el alguacil le dió escolta de amigos que le acompañaron. Este Morisco anduvo siempre bien con los Christianos, y quando despues se puso gente de guerra en el Padúl, hizo con los Moriscos de su lugar que llevasen cada semana veinte cargas de pan amasado de contribucion, para que comiesen los soldados, y dió avisos importantes y ciertos de lo que los Moros trataban; mas nunca pudo conservar el pueblo en lealtad, y no fue merecedor de la muerte que despues se le dió, ni del captiverio de su familia, si en alguna manera no lo causáran nuestros soldados furiosos, teniendo

do poco respeto á estos servicios, como se dirá en la destruicion que Don Antonio de Luna hizo en este lugar. Digamos lo que en este tiempo hacia el Marques de los Velez.

CAPITULO V.

Como el Marques de los Velez por los avisos que tuvo juntó cantidad de gente, y entró en el reyno de Granada á oprimir los rebeldes.

El aviso que el Presidente Don Pedro de Deza envió, la necesidad y peligro grande que representaban las ciudades de Almería, Baza y Guadix, que todas pedian socorro, fueron causa que el Marques de los Velez apresurase su partida antes de llegarle orden de su Magestad para poder entrar con campo formado en el reyno de Granada, ateniendose á lo que dice una ley tercera, titulo diez y nueve de la segunda partida, que deben hacer los vasallos por sus Reyes en casos de rebelion, y aun quiriendo satisfacer á la no vana opinion de quien habia hecho eleccion y confianza de su persona para negocio tan grave y de tanto peso. Viendo pues que la gente ordinaria de su casa seria poca, y que podria hacer poco efeto con ella, segun iban las cosas encaminadas, y que seria menester tiempo para recogerla del reyno de Murcia, envió á llamar á gran priesa á sus amigos y vasallos, y avisó á algunos pueblos comarcanos á la raya, que le acudiesen. A Don Juan Faxardo su hermano envió á Lorca, y mientras venia con la gente de aquella ciudad, atreviendose á su hacienda, pues no tenia orden de gastar de la de su Magestad, prove-

veyó bastimentos y municiones, y todas las cosas necesarias. Acudióle la gente con tanta presteza, que á dos dias del mes de Enero tenia ya en su villa de Velez el Blanco dos mil y quinientos infantes, y trescientos caballos. De Lorca vinieron mil y quinientos hombres de á pie, y ciento de á caballo muy bien en orden, como lo suelen siempre estar los de aquella ciudad. Capitanes de esta gente eran Juan Mateo de Guevara, Pedro Helices, Alonso del Castillo, Martin de Lorita y Luis Ponce. De Caravaca vinieron los capitanes Andres de Mora, Hernando de Mora y Pedro Martinez con trescientos infantes, y veinte caballos: de Moratalla Juan Lopez con doscientos infantes y treinta caballos: de Hellin Pablo Pinero con ciento y cincuenta infantes, y quince caballos: de Zehegin Francisco Faxardo con doscientos y cincuenta infantes, y veinte caballos: de Mula Diego Melgarejo con doscientos infantes. Con esta gente escogida y voluntaria, y la que salió de los Velez Blanco y Rubio, y de Librilla y Alhama con el capitan Hernando de Leon, partió el Marques de los Velez á quatro dias del mes de Enero de mil quinientos sesenta y nueve años, dexando apercebidos los otros lugares de aquel reyno para que le siguiesen, y fue á poner aquella noche su campo en la casa del Margen, donde llaman la boca Ória. En el camino le alcanzaron este dia Jayme Prado y otros caballeros de Origuela, ciudad del reyno de Valencia, que venian á hallarse con él en la jornada. Alli llegó un correo del Presidente Don Pedro de Deza con cartas, en que le decia, que habia sido muy buena prevencion la que habia hecho, y que recogiendo la mas gente que pudiese, procurase entretenerla á costa de los pueblos, como se hacia en los lu-

ga-

gares de la Andalucía, mientras venia la orden que se aguardaba de su Magestad. Mas el Marques de los Velez, viendo quan mal la podia sustentar de aquella manera, y que habia de ser á su costa, tomando por achaque los avisos que de hora en hora tenia; y juzgando que ningun servicio mayor se podria hacer en aquella coyuntura á su Magestad, que socorrer á la necesidad presente, sin aguardar mas orden partió luego otro dia con determinacion de dar socorro y calor á la ciudad de Almería, porque no sabia él la rota de Benahaduz, aunque algunos creyeron haberse dado tanta priesa, para que quando llegase la orden, le tomase dentro del reyno de Granada. Y como despues tuviese nueva del desbarate de aquellos Moros, viendo que la ciudad estaba sin peligro, quiso ir sobre el castillo de Xérgal; y tomando lo alto de aquel valle, se fue á alojar aquella noche al lugar de Ulúla, que es en el Rio de Almanzora. Alli llegó al campo Don Juan Enriquez el de Baza con cien hombres entre caballos y peones. Otro dia de mañana, partiendo de aquel alojamiento, atravesó por encima de la sierra de Filabres con un tiempo asperisimo de frio, agua y viento cierzo, que traspasaba los hombres y los caballos, y caminando siete leguas por veredas de sierras asperas y fragosas, fue á alojarse á la villa de Tavernas, donde se detuvo hasta trece dias del mes de Enero, asi para que la gente descansase, como, segun él nos dixo, para aguardar orden de su Magestad, y las compañias que habian de venir del reyno de Murcia. No dexó de ser importante su estada en aquel lugar, porque los Moros de la comarca, mientras alli estuvo no se osaron levantar, como lo hicieron despues. Esta entrada del Marques de los Velez en el reyno de

Granada no fue bien recebida, especialmente de los que le tenian poca aficion, aunque el vulgo y los que estaban ofendidos de los Moros se alegraron con ella, entendiendo que lo habia de llevar todo por el rigor de la espada, y no reducir los lugares alzados, como lo hacia el Marques de Mondejar. De aqui nacieron diferentes opiniones entre la gente noble, atribuyendoselo unos á mal, y otros á servicio muy señalado. Esta competencia duró mientras duró la guerra, que quando unos se alegraban, otros se entristecian, y por el contrario, segun los sucesos de estos dos generales, aumentando, ó diminuyendo sus hechos, como acaece donde envidia ó enemistad reynan; y lo peor era, que las relaciones iban á su Magestad, y á los de su Real Consejo tan diferentes, que causaban confusion en las resoluciones que se habian de tomar.

CAPITULO VI.

Como los Moros del marquesado del Zenete cercaron la fortaleza de la Calahorra, y Pedrarias de Avila la socorrió.

Habiendo entregado Juan de la Torre las Moriscas, que tenia en la fortaleza de la Calahorra, á sus maridos, padres y hermanos, como queda dicho, el dia de los Reyes se juntaron muchos monfis y Moros de la Alpuxarra con los del marquesado del Zenete, y con veinte y seis banderas tendidas, y muchos escopeteros, baxaron de la sierra, y dando grandes alaridos entraron en el lugar de la Calahorra, y sin hallar resistencia pusieron en libertad á los monfis, que el alcalde Molina de

Mos-

Mosquera tenia presos; y cercaron la fortaleza con mas de tres mil hombres, y sin perder tiempo comenzaron á combatirla; y pasaron tan adelante, que horadando unas paredes del rebellin, entraron animosamente por ellas, y se llevaron el ganado y los bagages que alli habia, sin que los Christianos se lo pudiesen defender. Este cerco duró tres dias, peleando siempre, aunque desde lejos, con los arcabuces y escopetas. Y el alcayde Juan de la Torre en este tiempo mandó hacer ahumadas de dia, y de noche almenaras, y tiró algunas piezas de artilleria, para que la ciudad de Guadix, que está tres leguas de alli el rio abaxo, le socorriese. La ciudad lo entendió luego, y se juntó para tratar del socorro. Y aunque hubo diferentes pareceres en el cabildo, Pedrarias de Avila, que era corregidor, se arrimó á los mas animosos, y con trescientos infantes y sesenta caballos, que pudo juntar, y los caballeros y ciudadanos nobles de que siempre estuvo adornada aquella ciudad, con mas animo que fuerzas, por ser tan pocos en comparacion de los enemigos, partió de Guadix á ocho dias del mes de Enero, y el mesmo dia llegó á la Calahorra. Por otra parte los Moros, viendo ir el socorro, dexaron atras sus estancias, y haciendose todos un tropel, salieron al encuentro en el cuchillo de un cerro, donde está puesta la fortaleza, para defender á los nuestros la entrada de aquel camino que traían, lugar á su parecer seguro, por ser aspero, y no poderle hollar caballos; mas no lo era, por tener á las espaldas un torreon de la fortaleza, de donde los descubrian, y tiraban con los arcabuces, y con algunos esmeriles. Alli aguardaron que llegase la gente de la ciudad; y mientras los arcabuceros peleaban con los de la vanguardia, los que estaban

descubiertos á la ofensa de la torre, desampararon el sitio que tenian, y desordenandose los unos y los otros, como gente mal platica, dieron todos confusamente á huir la vuelta de la sierra, por donde los caballos no los pudiesen seguir: un golpe de ellos entró por el lugar, y poniendo fuego á las casas, quemaron la iglesia. Otros se acogieron á una sierra, que está frontero de la fortaleza á la parte de la Alpuxarra, y se pusieron en cobro, no sin mucho daño, porque los caballos y algunos soldados, que pudieron seguirlos, mataron mas de ciento y cincuenta Moros, y hirieron muchos mas. Con esta vitoria quedó la fortaleza descercada, y Pedro Arias de Avila volvió alegre y vitorioso á Guadix, donde fue muy bien recebido: y por si los Moros tornasen á cercar la fortaleza, dexó dentro al capitan Mellado con algunos arcabuceros, y cantidad de municion.

CAPITULO VII.

De las diligencias que el Conde de Tendilla hizo para proveer de bastimentos el campo del Marques su padre.

Luego como el Marques de Mondejar partió de Granada, el Conde de Tendilla, á cuyo cargo habia quedado la provision de las cosas de la guerra, envió á las villas de la jurisdicion de aquella ciudad por quinientos hombres de guerra, y los metió en la fortaleza de la Alhambra, porque habia poca gente dentro. Y para que el campo estuviese bien proveido de bastimentos, demas de los que iban con las escoltas ordinarias, proveyó dos cosas importantes y muy necesarias. Repartió los lugares de la vega en siete partidos, y mandó-

les, que cada uno tuviese cuidado de llevar diez mil panes amasados de á dos libras al campo el dia que le tocase de la semana, y que los vendiesen á como pudiesen, sin que se les pusiese tasa en el precio, por manera, que acudiendo cada dia diez mil panes al campo, estaba suficientemente proveido. La otra fue mandar llamar á todos los regatones de la ciudad, que trataban en cosas de bastimentos, y juntandose mas de ciento de ellos, les mandó, que segun el trato de cada uno llevasen al campo tocino, queso, pescado, vino y legumbres, y otras cosas de provision; y para que con mas voluntad lo hiciesen, hizo prestarles seis mil ducados por quatro meses, y les dió licencia para que pudiesen traer de retorno lo que les pareciese, sin que incurriesen en pena de contrabando, porque habia orden, que los que se viniesen del campo con despojos, los desbalijasen y castigasen. Con esto, y con lo que hallaban los soldados en los lugares por donde iban, estuvo el campo bien proveido.

CAPITULO VIII.

Como se mandó alojar la gente de guerra que acudia á Granada en las casas de los Moriscos: y el sentimiento que de ello hicieron.

Acudia ya á mas andar la gente de las ciudades y villas de la Andalucía, que el Marques de Mondejar habia enviado á apercebir, y la ciudad de Granada se iba hinchendo de soldados y de caballeros particulares, que venian á hallarse en la jornada á su costa. Y el Conde de Tendilla, cuidadoso de su cargo, no hallando mejor

jor orden para poderlos regalar y entretener, mandó que los alojasen en las casas de los Moriscos, donde les diesen camas y de comer el tiempo que alli estuviesen; y á los que no querian comer en sus posadas, les mandaba dar sus contribuciones en dinero, ordenando á los pagadores, que venian con ellos, que guardasen el dinero que traian para adelante, porque deteniendo en la ciudad solamente las compañias necesarias para la guardia de ella, todas las demas enviaba luego al campo del Marques de Mondejar. Este alojamiento, que comenzó á nueve dias del mes de Enero, era la cosa que mas temian los Moriscos, y la mas grave opresion que se les podia hacer, y ansi lo sintieron estrañamente, no tanto por la costa que se les hacia, como por ser muy zelosos de sus mugeres y hijas, y amigos de su regalo. Y sintiendo ya su desventura en casa, acudieron luego los principales del Albaycin, con su procurador general, al mesmo Conde de Tendilla; y viendo el poco remedio que les daba, acudieron al Presidente Don Pedro de Deza, y le significaron con muchas razones los inconvinientes que de aquel alojamiento se seguian, diciendo: "Que se continuasen las guardas que al principio se habian puesto en el Albaycin; y si pareciese necesario, se acrecentasen otras á costa de los Moriscos: y que la otra gente de guerra, que venia de fuera de la ciudad, la alojasen en las iglesias, y en casas yermas, como lo habia hecho el Marques de Mondejar; y que los Moriscos por sus parroquias les llevarian camas y de comer." Pareciendole pues al Presidente que se podria hacer lo que decian, mandó á Jorge de Baeza, que fuese al Conde de Tendilla, y le dixese lo que los Moriscos le habian dicho, y la orden que daban en el alo-

ja-

jamiento de la gente de guerra ; y que le parecia que debia tomarse el menor inconviniente, teniendo consideracion á lo de adelante, para que aquel alojamiento se pudiese conservar, como era razon que se conservase, pues los negocios de la guerra se alargaban. Con este recaudo fue Jorge de Baeza al Conde de Tendilla, acompañado de aquellos Moriscos : los quales con palabras de humildad le representaron el agravio que se les hacia, poniendole nuevos inconvinientes por delante, como era la poca seguridad de sus mugeres y hijas, y aun de sus personas y haciendas, si maliciosamente tocando alguna arma falsa de noche les robaban las casas : todo lo qual cesaba con mandarlos aposentar, como se habia hecho hasta alli. Mas el Conde de Tendilla les respondió : "Que la gente de guerra habia de estar alojada en casas pobladas, y no yermas; y que los soldados habian de ser regalados y muy bien tratados, porque no se fuesen; y se les habia de dar posadas y contribuciones, pues no habia orden de poderlos entretener de otra manera: que al servicio de su Magestad convenia, que los Moriscos no tuviesen libertad de poder meter Moros de fuera, ni hacer juntas secretas en sus casas, sino que estuviesen los soldados siempre delante, para que viesen y entendiesen lo que decian y hacian diez mil Moriscos que habia en el Albaycin para poder tomar armas; y que si alguna desorden hiciesen, en tal caso lo remediaria castigando á los culpados." Y con esta respuesta los despidió bien descontentos y tristes : y de alli adelante se alojó toda la gente de guerra en las casas pobladas, donde fue poca parte el castigo, para que la licencia militar no soltase la rienda con mas cudicia y menos honestidad de lo que aqui podriamos decir. Pasó es-

este negocio tan adelante, que muchos Moriscos afrentados y gastados se arrepintieron, por no haber tomado las armas quando Abenfarax los llamaba; y otros enviaron á decir á Aben Umeya, que mientras el Marques de Mondejar estaba fuera de Granada, se acercase por la parte de la sierra con alguna cantidad de gente, y se irian con él. El Conde de Tendilla en este tiempo, usando de la preeminencia de Capitan general, y viendo la necesidad que habia de gente de ordenanza, nombró siete capitanes, y les dió sus condutas para que la hiciesen. Hizo comisario y sargento mayor á Lorenzo de Avila, que ya estaba sano de las heridas que le dieron en Dúrcal, mandandole que se alojase en el Albaycin para reparar las desordenes de los soldados. No mucho despues mandó su Magestad ir á Granada á Don Antonio de Luna, señor de Fuentidueña, y á Don Juan de Mendoza Sarmiento, para las cosas que ocurriesen de la guerra, y el Conde de Tendilla dió cargo de la gente de guerra de á pie y de á caballo, que se alojase en los lugares de la vega, á Don Antonio de Luna, y á Don Juan de Mendoza dexó en Granada, hasta que despues fue con orden al campo, estando ya de vuelta en Órgiba, como se dirá en su lugar.

CAPITULO IX.

Como nuestro campo ocupó el paso de Tabláte.

Teniendo ya el Marques de Mondejar suficiente numero de gente con que pasar á la Alpuxarra, domingo por la mañana á nueve dias del mes de Enero partió del lugar de Dúrcal con todo el campo puesto en sus or-

ordenanzas la vuelta del lugar de Tabláte, donde se habian juntado los rebeldes, creyendo poderle defender el paso que alli hay, y tenian recogidos tres mil y quinientos hombres con Gironcillo, Anacoz y el Randati sus capitanes, y con otros sediciosos y malos, respetados, no por pratica de cosas de guerra, ni por autoridad de personas, sino por sacrilegios y crueldades que habian hecho en este levantamiento. Aquella noche se alojó el Marques de Mondejar en el lugar del Chite, dos leguas de Dúrcal, que estaba despoblado, y el campo estuvo puesto en arma, por ser el lugar dispuesto para qualquiera acometimiento; y el lunes bien de mañana caminó la vuelta de Tabláte, donde sabia que le aguardaban los enemigos. Este lugar es pequeño de hasta cien vecinos, aunque nombrado estos dias por la rota de Don Diego de Quesada, y por el paso de una puente, por donde se atraviesa un hondo y dificultoso barranco, que con igual hondura y aspereza, sin dar entrada por otra parte en mas de quatro leguas arriba y abaxo de la puente, atraviesa desde encima del lugar de Acequia hasta el rio de Meléxix. Los Moros tenian desbaratada la puente de manera, que no podian pasar caballos, ni aun peones, sin grandisima dificultad y peligro: porque solamente habian dexado unos maderos viejos, que debieron ser estantes de la zimbra, al un lado, y sobre ellos un poco de pared tan angosta, que apenas podia ir por ella un hombre suelto; y aun este poco paso, que para ellos habian dexado, ofreciendoseles necesidad de pasar, le tenian descavado y solapado por los cimientos, de manera, que si cargase mas de una persona, fuese abaxo: y era tan grande la hondura del barranco por esta parte, que mirando desde arriba des-

vanecia la cabeza, y quitaba la vista de los ojos. El Marques de Mondejar iba muy bien apercebido, aunque no avisado de la rotura de la puente: llevaba la gente puesta en esquadron, sus mangas de arcabuceros á los lados, y los corredores delante descubriendo el campo. Con esta orden llegó la vanguardia á unos visos que descubren el lugar, y la puente que está antes de llegar á él. Luego se descubrieron los Moros, que estaban de la otra parte, y muchas banderas blancas y coloradas que campeaban por los cerros con aparencia de querer defender el paso. El Marques mandando que las mangas de los arcabuceros se adelantasen, dexó la caballeria en batalla, y pasó á la vanguardia, para que los animosos soldados lo fuesen mas con la presencia de su Capitan general. Y llegando al barranco y á la puente, los tiradores de entrambas partes comenzaron á tirar: los Moros no pudieron resistir la furia de nuestras pelotas, y se arredraron, teniendo entendido, que no habia hombre tan animoso que osase acometer á pasar la desbaratada puente, que tenian por bastante defensa contra nuestro campo; mas un bendito frayle de la orden del serafico padre San Francisco, llamado fray Christoval de Molina, con un crucifixo en la mano izquierda, y la espada desnuda en la derecha, los habitos cogidos en la cinta, y una rodela echada á las espaldas, invocando el poderoso nombre de Jesus, llegó al peligroso paso, y se metió determinadamente por él; y haciendo camino, no sin grandisimo trabajo y peligro, estribando á veces en las puntas de los maderos, ó estantes de la zimbra, y á veces en las piedras y en los terrones que se le desmoronaban debaxo de los pies, pasó á la parte de los enemigos, que aguardaban con aten-

cion

cion quando le verian caer. Siguieronle luego dos animosos soldados, aunque el uno con infelice suceso, porque faltandole la tierra y un madero, fue dando vueltas por el ayre, y quando llegó abaxo ya iba hecho pedazos. El otro pasó, y tras de él otros muchos, no cesando de tirar siempre nuestros arcabuceros, ni los Moros, que estaban de mampuesto en un cercano cerro sobre la puente. Finalmente cargó nuestra gente de manera, que los Moros fueron retirandose, cediendo al riguroso impetu de los que reconocian ser suya la vitoria. Ganada la puente y el lugar con poco daño nuestro, y mucho de los Moros, los soldados traxeron maderos y puertas, y con haces de picas, rama y tierra adobaron la puente de manera, que pudo pasar aquel dia el carruage, caballos y artilleria, y aquella noche se alojó el campo en el lugar. Cebaronse tanto este dia los arcabuceros de las mangas en los enemigos que iban huyendo, que dexando muertos mas de ciento y cincuenta, fueron siguiendolos hasta llegar al rio, que está de la otra parte de Lanjarón. Alli reconocieron ser poca gente la que los seguia, y revolvieron sobre ellos con grandes alaridos, y los apretaron tanto, que se hubieron de retirar á las casas del lugar; y no se teniendo por seguros en él, tomaron algunas vasijas con agua y cosas de comer que hallaron, y se fueron á guarecer en los antiguos edificios de un castillo despoblado, puesto sobre una alta peña, donde solia en otro tiempo ser la fortaleza del lugar, por si fuese menester defenderse entre los caidos muros, mientras nuestro campo llegaba. En este tiempo el Marques de Mondejar, alegre con la vitoria, no tanto por las muertes de los enemigos, como por haber ocupado aquel paso, que pudiera quedar fa-

moso en aquel dia con su muerte, si no acertára á llevar un peto fuerte, que resistió la pelota de una escopeta, que le venia á dar por los pechos, porque no sucediese alguna desgracia á los arcabuceros que iban delante, que le aguase el buen suceso, envió un diligente soldado con su anillo, á que dixese al capitan Caycedo Maldonado, vecino de Granada, que iba con ellos, que se retirase luego; y mandó al capitan Luis Maldonado, que con quatrocientos arcabuceros le asegurase el camino. Y como se acercase la noche, los Moros, enemigos de pelear en aquella hora, se retiraron á las sierras, y nuestra gente toda se recogió á su alojamiento.

CAPITULO X.

Como nuestro campo pasó á Lanjarón, y de alli á Órgiba, y socorrió la torre.

Toda aquella noche estuvo nuestro campo en Tabláte con muchas centinelas por los cerros alderredor, por ser sitio dispuesto para poder hacer los enemigos qualquier acometimiento. Y otro dia martes once de Enero, dexando el Marques de Mondejar en aquel presidio una compañia de infanteria de la villa de Porcúna, cuyo capitan era Pedro de Arroyo, para que la gente y las escoltas pudiesen ir y venir seguramente, caminó la vuelta de Lanjarón, que está legua y media mas adelante en el camino de Órgiba. Este dia tuvo nuestra gente algunas escaramuzas ligeras con los enemigos, que viendo marchar el campo, baxaron de las sierras, y tentaron de hacer algunos acometimientos en la vanguardia; mas luego se retiraron hácia una sierra, que está á la par-

parte de levante del lugar en el proprio camino real, donde se habian juntado muchos de ellos con proposito de defender un paso aspero y dificultoso, por donde de necesidad habia de pasar nuestro campo el siguiente dia. Tenianle fortalecido con reparos de piedras y peñas sueltas, puestas en las cumbres y en las laderas que venian á dar sobre el camino, para echarlas rodando sobre los Christianos, quando fuesen subiendo la cuesta arriba. El Marques de Mondejar llevaba tanto deseo de socorrer la torre de Órgiba, que no quisiera detenerse aquel dia; mas hubolo de hacer, porque llegó la retaguardia tarde, y llovia, y hacia el tiempo trabajoso: y demas de esto, no estaba determinado, si pasaria adelante con la gente que llevaba, ó si esperaria que llegase la otra que venia de las ciudades. Estuvo alli aquella noche á vista de los enemigos, que teniendo ocupado el paso con grandes fuegos por aquellos cerros, no hacian sino tocar sus atabalejos, dulzaynas y xabecas, haciendo algazaras para atemorizar nuestros Christianos, que con grandisimo recato estuvieron todos con las armas en las manos. Al quarto del alba llegó á la tienda de Don Alonso de Granada Venegas un soldado, que venia de la torre de Órgiba, y dió nueva como los cercados se defendian. Otro dia miercoles, antes que amaneciese, mandó el Marques de Mondejar á Don Francisco de Mendoza, su hijo, que con cien caballos y doscientos infantes arcabuceros subiese una ladera arriba, donde habia una sola senda aspera y muy fragosa, y fuese á tomar las espaldas á los enemigos, llevando algunos gastadores con picos y hazadones que la allanasen, porque se entendió, que puestos en lo alto hallarian disposicion en la tierra para poderla hollar. Y siendo

do el dia claro partió el campo, yendo los esquadrones proporcionados y bien ordenados conforme á la disposicion de la tierra, y dos mangas de arcabuceros delante, que por las cordilleras de los cerros de una parte y otra del camino que hacia el campo, iban ocupando siempre las cumbres altas. De esta manera fue caminando nuestra gente la vuelta del enemigo, que estuvo un rato suspenso entre miedo y vergüenza, no se determinando si pelearia, ó si, dexando pasar á nuestro campo, le seria mas seguro romperle las escoltas, y necesitarle con hambre; mas aun esto no supieron hacer los barbaros ignorantes, porque en viendo que los caballos habian subido con la escuridad de la noche, por donde apenas entendian que pudiera andar gente de á pie, entendiendo que no habria sierra, por aspera que fuese, que no hollasen, perdieron la esperanza de lo uno y de lo otro; y determinaron de tentar otra fortuna retirandose á la aspereza de las sierras, donde no les pudiese enojar la caballeria: mas no lo pudieron hacer tan presto, que dexasen de recebir daño de los que ya les iban en el alcance; y dexando el paso y el camino desocupado, pasó nuestro campo á Órgiba, y aquella tarde se alojó en el lugar de Albacete con grande alegria de todos, mayormente de los cercados, que habian estado diez y siete dias peleando noche y dia con grandisimo trabajo y peligro. Habiales faltado ya el bastimento, y sino fuera por algunos Moros padres y maridos de las mugeres que el alcayde habia metido en la torre, que secretamente le habian dado agua y otras cosas de comer, poniendolo de noche en parte que los Christianos lo pudiesen recoger, hubieran perecido muchos de hambre. Tambien les habian traido municion de Motril,

tril, que les hubiera faltado, si un animoso soldado, natural de Órgiba, llamado Juan Lopez, no se aventurára á ir por ella: el qual aprovechandose de la lengua arabe, en que era muy ladino, y del habito de los Moros, salió á media noche secretamente de la torre, y pasando por medio de su campo fue á la villa de Motril, y traxo un gran zurron de polvora, y cantidad de plomo y cuerda acuestas, con que se defendieron de aquellos lobos rabiosos ciento y sesenta almas Christianas, y entre los otros cinco sacerdotes. El Marques de Mondejar dió muchas gracias á Dios por tan buen suceso; y despachó luego correo con la nueva, que no fue menos bien recebida que la de Tabláte. Y pareciendole tener suficiente numero de gente para allanar la tierra, escribió á Don Francisco Hurtado de Mendoza, Conde de Montagudo, asistente de Sevilla, que no le enviase la gente de aquella ciudad, ni la de la milicia de Sevilla, Gibraltar, Carmona, Utrera y Xerez, que ya se habia juntado para hacer la jornada. Esta carta llegó estando en Alcalá de Guadayra, y con él Juan Gutierrez Tello, alferez mayor de Sevilla, con dos mil infantes arcabuceros con que servia la ciudad á su costa, y Gonzalo Argote de Molina, alferez mayor de la milicia de la Andalucía, con los capitanes y gente de ella. Luego despidió el Conde los dos mil arcabuceros de Sevilla, y mandó á Gonzalo Argote, que con la gente de la milicia fuese á embarcarse en las galeras del cargo de Don Sancho de Leyva, para guarnicion de ellas: de cuya causa no acudió la gente de Sevilla, mientras el Marques de Mondejar estuvo en campaña, hasta que adelante se le envió nueva orden para que la enviase, como se dirá en su lugar.

CA-

CAPITULO XI.

Como el Marques de Mondejar pasó á la taa de Poqueyra, y la ganó.

Siendo avisado el Marques de Mondejar por algunas espias, como Aben Umeya, y Aben Jouhor juntaban á gran priesa los Moros de la Alpuxarra, y los que se habian retirado del paso de Lanjarón, para defender la entrada de la taa de Poqueyra, aunque llevaba la gente fatigada del camino, otro dia de mañana, que fue jueves á trece dias del mes de Enero, salió de Albacete de Órgiba, dexando de presidio en aquel lugar al capitan Luis Maldonado con quatrocientos soldados, para que recogiese los bastimentos y municiones que viniesen de Granada, y los fuese enviando al campo. Llevaba el Marques de Mondejar su campo copioso de gente muy lucida, y bien armada, porque habian llegado á él muchos caballeros, que dexando sus casas iban á servir á su costa, deseosos de hacer exemplar castigo en aquellos rebeldes por los sacrilegios que habian cometido; y creciales cada hora mas el deseo con ver los incendios y crueldades que hallaban por los lugares do pasaban. Sacó la infanteria en tres esquadrones, y la caballeria á los lados, de manera que podia salir y acometer sin turbar las ordenanzas: las mangas de los arcabuceros iban de un cabo y de otro ocupando las cumbres, y delante iban las quadrillas de la gente del campo suelta descubriendo la tierra. De esta manera caminaba nuestro campo con paso lento y reposado, quando llegaron á él quatro caballeros veintiquatros de Cordoba con qua-

quatro compañias de gente de aquella ciudad, las dos de caballeria, y las dos de infanteria, que enviaba el Conde de Tendilla desde Granada. De las primeras eran capitanes Don Pedro Ruiz de Aguayo y Andres Ponce, y de las otras dos Cosme de Armenta y Don Francisco de Simancas. Con esta gente holgó el Marques de Mondejar mucho, y fue prosiguiendo su camino; mas aunque entendian todos, que su intento era ir á echar los Moros de aquellos lugares fuertes, donde se habian metido, su fin no era por entonces otro, sino tomar un sitio fuerte y acomodado para su alojamiento cerca de los lugares de aquella taa, donde le parecia poder estar con seguridad, y poder ser proveido de vituallas, como si estuviera en Albacete de Órgiba, y desde alli turbar á los enemigos con correrias; porque para la entrada de aquella tierra le parecia convenir mayor numero de gente. Habiendo pues caminado las esquadras tres quartos de legua, y llegado á un llano que llaman el Faxár Ali, los Moros, que dexando atras los pasos y lugares fuertes, donde estaban, se habian puesto en tres emboscadas para recebir á nuestro exercito en la angostura de las sierras, quando les pareció tener bien tendidas sus redes, salieron á las mangas de los arcabuceros que iban de vanguardia; y acometieron la que iba mas alta tan determinadamente, que fue necesario reforzarla con mas numero de gente. Pasando pues el Marques de Mondejar adelante para guiar algunos caballos que se hallaron en la vanguardia, le convino hacer alto, y formar esquadron á tiro de arcabuz de los enemigos, y desde alli socorrió á todas partes, porque cargaban de manera, que en todas era bien menester socorro. La manga delantera, que llevaba Alvaro Flores, alguacil mayor de la In-

quisicion de Granada, venia ya retirandose á mas andar, dexando á su capitan con solos doce ó trece soldados haciendo rostro, quando Don Francisco de Mendoza, á cuyo cargo iba la caballeria, partió con una banda de caballos en su socorro; mas era tan grande la aspereza de la sierra, que quando llegó á socorrerle, no llevaba mas de quatro de á caballo consigo, que los demas no le habian podido seguir. Con estos hizo rostro, y dando vuelta, puso tanto animo á los soldados, que venian medio desbaratados, que se juntaron con su capitan, y sobreviniendoles mas gente de socorro, no solo resistieron el impetu de los enemigos; mas aun los desbarataron y pusieron en huida, subiendo tras de ellos por lugares, que aun para huir parecian dificultosos. Lo mesmo hicieron los de la retaguardia, siendo socorridos por Don Alonso de Cardenas. Este recuentro fue muy peligroso al principio; mas despues tuvo felice suceso por el mucho valor de los caballeros y de los capitanes que acudieron al peligro. Salieron heridos Don Francisco de Mendoza de una pedrada que le dió un Moro en la rodilla, al qual mató alli luego, y á Don Alonso Portocarrero le dieron dos saetadas en los muslos. Hubo solo un escudero Christiano muerto, y de los Moros murieron mas de quatrocientos y cincuenta: los nuestros siguieron el alcance por donde la aspereza y fragosidad de las sierras les daba lugar. Alvaro Flores con los soldados que pudo recoger, y algunos caballos, tomó por las cordilleras altas, yendo siempre superior á los enemigos, hasta llegar al lugar de Bubion; y hallandole solo, porque Aben Umeya no osó aguardar en él, entró dentro, y desde un reducto ó mirador, que estaba delante de la puerta de la iglesia, comenzó á capear llaman-

mando nuestra gente para que caminase á la vitoria, porque el Marques de Mondejar, recelando la dificultad del camino, habia juntado á consejo, y estaba parado tratando del alojamiento que se habia de tomar aquella noche. El qual, como vió el lugar ocupado por los Christianos, mandó que marchase todo el campo hácia él. Ganaronse las quatro alcarías de aquella taa, sin hallar quien las defendiese, siendo la disposicion de la tierra tan favorable á los Moros, que si tuvieran animo de defenderla, fuera menester mas tiempo, y mayor numero de gente para ganarselas. Llegado el campo á Bubion, los soldados subieron en quadrillas por la sierra arriba, y captivando muchas mugeres y niños, mataron los hombres que pudieron alcanzar, y les tomaron gran cantidad de bagages cargados de ropa y de seda, que llevaban á esconder por aquellas breñas. Cobraron la deseada libertad en Bubion el vicario Bravo, y ciento y diez mugeres Christianas, que tenian aquellos hereges captivas. El siguiente dia viernes catorce de Enero estuvo el campo en aquel alojamiento; y desde alli envió el Marques de Mondejar una escolta con los heridos y enfermos á Granada con orden, que á la vuelta acompañase los bastimentos y municiones que habia en Órgiba, y envió á dar aviso al capitan Luis Maldonado del camino que pensaba hacer, para que de alli adelante supiese por donde habia de encaminar la gente y el bastimento que viniese al campo. Dixose aquel dia misa con grandisima solenidad, y oyeronla todos los Christianos con mucha devocion puestos en sus ordenanzas debaxo de las banderas: que cierto era contento verles glorificar al Señor por la vitoria, y por

la libertad de tantas almas Christianas como se habian redimido.

CAPITULO XII.

Como los Moros degollaron la gente que habia quedado de presidio en Tabláte.

Arriba diximos como el Marques de Mondejar dexó de presidio en Tabláte al capitan Pedro de Arroyo con la compañia de infanteria de la villa de Porcúna, para asegurar aquel paso á las escoltas que fuesen de Granada, con orden que no dexase pasar los soldados que se iban del campo sin licencia. Pudiendo pues hacer algun reducto donde meterse de noche, y tener su cuerpo de guardia y centinelas, como es costumbre de gente de guerra, estuvo tan descuidado, que los Moros de la comarca tuvieron lugar de ofenderle á su salvo, porque su fin solo era salir al paso á los soldados que se iban del campo sin licencia, para quitarles por de contrabando los ganados, las esclavas y los bagages que llevaban. Estando de esta manera, el Anacoz y Gironcillo, que andaban atalayando por aquellos cerros, por ver si podrian romper alguna escolta, viendo el descuido de los nuestros, juntaron mil y quinientos Moros, y los acometieron á media noche por tres partes; y entrando el lugar y la iglesia, degollaron todos los soldados que alli habia, y los despojaron de armas y vestidos, y de todas las cosas que tenian ellos tomadas por de contrabando; y no se teniendo por seguros entre las viles tapias de las casas, se tornaron á subir á la sierra. Esta nue-

nueva llegó á un mesmo tiempo á Granada, y al campo del Marques de Mondejar, y fue volando á la corte de su Magestad, y con ella se aguó algun tanto la vitoria de aquellos dias; porque juzgaban los contemplativos el daño y el peligro harto mayor de lo que era, diciendo que habia sido ardid de guerra del enemigo, dexar pasar nuestro campo á la Alpuxarra, y cortar á las espaldas el paso, por donde les habia de entrar el bastimento, para necesitarle á que se retirase, ó pereciese de hambre. Mas luego cayó esta quimera, y se supo como Tabláte estaba por los Christianos, porque el Marques de Mondejar, sabiendo que los Moros no habian osado parar alli, ordenó, que la primera compañia que llegase, quedase en el lugar de presidio; y llegando Juan Alonso de Reynoso con la gente que enviaba la ciudad de Andujar, guardó la orden del Marques y el paso con mucho cuidado. Y hallando á Pedro de Arroyo caido entre los muertos con muchas heridas mortales, le hizo curar; mas él estaba tan debilitado, por haber estado tres dias sin refrigerio, que llevandole á Granada murió en el camino. No se descuidó el Conde de Tendilla en este socorro, porque luego que supo la rota de Tabláte, aquella mesma noche envió á llamar á Don Alvaro Manrique, hijo del Conde de Osorno, caballero del habito de Calatrava, que estaba alojado en una alcaría de la vega con ochenta caballos y trescientos infantes de las villas de Aguilar, Montilla y Pliego: el qual llegó antes que fuese de dia á la puente Xenil, donde ya el Conde le estaba aguardando con ochocientos infantes, y ciento y veinte caballos; y entregandole toda aquella gente, le envió á poner cobro en aquel paso, con orden, que dexando buena guardia en él, pasa-

sase á juntarse con el campo del Marques, su padre. El qual partió luego, y hallando el lugar desembarazado, cumplió la orden del Conde, y se fue á juntar con nuestro campo en Jubíles. El tiempo nos llama ya á que volvamos al Marques de los Velez, que dexamos en el lugar de Tavernas.

CAPITULO XIII.

Como el Marques de los Velez tuvo orden de su Magestad para acudir á lo de Almería, y fue sobre los Moros que se habian juntado en Guécija, y los desbarató.

Estaba todavia el Marques de los Velez con su campo en Tavernas, y á once de Enero, el dia que el Marques de Mondejar partió de Tabláte, tuvo orden de su Magestad, en conformidad de su ofrecimiento, para que con la gente, que tenia junta, acudiese á la parte de Almería, por la seguridad de aquella comarca. Tuvose por buena esta provision, por hallarse ya dentro del reyno de Granada con campo formado, y recogido á su costa, aunque no dexaba de parecer que se hacia agravio al Marques de Mondejar y á la razon de la guerra, habiendo en una provincia dos capitanes generales, que ninguno de ellos queria igual. Hubo muchas personas que lo atribuyeron á permision divina, que quiso que conviniesen á un mesmo tiempo en esta guerra dos personages de voluntad tan contrarios, que quando con equidad uno intercediese por los rebeldes, procurando medios para reducirlos, otro con rigor y aspereza los persiguiese, de manera, que siendo dignamente castiga-

gados desocupasen el reyno de Granada, donde pudiendo ser Moros encubiertos, mantenian con menor dificultad la seta de Mahoma. Luego otro dia partió el Marques de los Velez de aquel alojamiento en busca de algunos enemigos; y siendo avisado que los Moros de Guécija se fortalecian en aquel lugar, y que habian soltado las acequias del rio para empantanar los campos, y cortado gruesos arboles que atravesar en los caminos y veredas, y hecho otros impedimentos para que por ninguna parte los caballos les pudiesen entrar, enderezó su camino hácia ellos. Llevaba cinco mil infantes, la mayor parte arcabuceros y ballesteros, gente exercitada en los rebatos de la costa del reyno de Murcia, y acostumbrada á los trabajos de la guerra, y trescientos de á caballo muy bien armados; y habiendo hecho reconocer el camino, y los impedimentos que los enemigos le habian puesto, tomó la halda de la sierra un poco alta, por donde entendió que la podria mejor hollar, y con sus ordenanzas tendidas caminó la vuelta del lugar, donde aun todavia se devisaba desde lejos el incendio y ruina de la torre, y del monasterio en que los Moros habian quemado tantos religiosos Christianos. No se mostraron los Moros perezosos en salirle á recebir con dos esquadrones de gente tan bien ordenados, como lo pudieran hacer soldados viejos muy praticos; y haciendo alto á vista de nuestro campo, degollaron cruelmente todos los Christianos captivos que tenian. Era caudillo de estos hereges el Gorri, principal autor de tanta crueldad, el qual hizo muestra ó representacion de batalla; y el Marques, que con honrosa envidia deseaba hacer hechos dignos de su nombre, teniendo reconocido el sitio en que estaban, y por donde se

le

le podria entrar, hizo poco caso de ellos; y enviando delante al capitan Andres de Mora, sargento mayor, con quinientos arcabuceros por la halda de la sierra, y en su resguardo á Don Diego Faxardo, su hijo, con sesenta caballos, les mandó que los fuesen entreteniendo con escaramuza mientras llegaba con el golpe de la gente. El Gorri hizo rostro animosamente, y mantuvo un buen rato la pelea; mas al fin no pudiendo resistir la furia de la arcabuceria, se comenzó á retirar antes que la caballeria le cercase: y tomando por delante la gente inutil, llevando á las espaldas nuestros soldados, se encaramó en las peñas de la sierra de Ílar, que estaba cerca, donde tenia en un reducto de piedras, que está en la cumbre de un alto cerro, recogidos los ganados y bastimentos; y rehaciendose en él para tornar á pelear, tampoco le aprovechó nada, y al fin se metió por las sierras de Filíx. Hubieron libertad este dia muchas Christianas captivas, que se quedaron escondidas en las casas del lugar, y otras que dexaron los Moros en las sierras, quando iban huyendo. El Marques de los Velez se alojó en campaña, porque los soldados no entrasen á cargar de despojos, y se fuesen, cosa muy ordinaria en esta guerra; aunque fue en vano su diligencia, porque luego se comenzaron á desmandar en quadrillas por los lugares del Boloduy y del condado del Marchena, y cargados de ropa, yendo bien proveidos de esclavas y de bagages, se volvian á sus casas; y asi hubo de estar el campo en aquel alojamiento mas de lo que el general quisiera.

CA-

CAPITULO XIV.

De una entrada que la gente de Guadix hizo en el marquesado del Zenete.

Mejor les hubiera sido á las Moriscas del Déyre y de la Calahorra, que sus maridos las hubieran dexado estar quedas en la fortaleza, donde el alcayde las tenia recogidas, que no sacarlas con el engaño que las sacaron: porque habiendolas traido algunos dias de sierra en sierra necesitadas de hambre, les fue forzado meterse en las casas del Déyre, confiadas en la guardia que Geronimo el Maleh les hacia con la gente del marquesado, ó como despues nos dixeron algunas de ellas, en la palabra que Juan de la Torre les habia dado, diciendoles, que se asegurasen en sus casas, porque no recibirian daño. Sea como fuere, Pedro Arias de Avila, corregidor de Guadix, fue avisado como el lugar estaba lleno de mugeres, y que habia con ellas gente de guerra, y con parecer del cabildo acordó de ir á dar sobre él. No lo pudo hacer tan secreto, que los Moros dexasen de ser avisados por los Moriscos de paces que moraban en aquella ciudad. Juntando pues toda la gente de á pie y de á caballo salió de Guadix sabado quince dias del mes de Enero, y á gran priesa fue la vuelta de la sierra, recelandose de algun aviso; y con todo eso, quando llegó á vista del Déyre, ya los Moros y Moras iban huyendo la sierra arriba. Adelantaronse Don Hernando de Barradas, Don Juan de Saavedra, Don Christoval de Benavides, Don Pedro de la Cueva, y Hernan Valle de Palacios, Lazaro de Fonseca, y otros caballeros y ciu-

dadanos, que por todos fueron catorce de á caballo, para alcanzarlos antes que encumbrasen el puerto de la Ravaha. Los quales dexando atras las mugeres y bagages que iban alcanzando, subieron la sierra arriba hasta llegar á un llano, que se hace en la cumbre alta del puerto. Alli habia reparado el Maleh con tres banderas y un golpe de gente armada para hacer rostro, mientras se ponian en cobro las mugeres y los bagages: el qual resistió á nuestros caballos; y cargando animosamente sobre ellos, los hubiera puesto en aprieto, si en la mayor necesidad no les acudiera el dotor Fonseca con quarenta arcabuceros. Viendo los Moros este socorro, y otros que iban llegando, comenzaron á retirarse, no del todo huyendo, sino haciendo vueltas sobre nuestra gente; y en una montañeta se entretuvieron mas de media hora peleando, hasta que del todo fueron desbaratados y puestos en huida, dexando de los suyos mas de quatrocientos hombres muertos, y dos mil almas cativas entre mugeres y niños, y mil bagages cargados de ropa. Esta fue una de las mejores presas que se hicieron en esta guerra, y con menos peligro: con la qual Pedro Arias de Avila volvió muy contento á Guadix, y los Moros quedaron bien lastimados.

CAPITULO XV.

Como el Marques de Mondejar pasó á Pitres de Ferreyra: y de una platica que Don Hernando el Zaguer hizo á los alzados.

El mesmo dia que Pedro Arias de Avila hizo la entrada en el marquesado del Zenete, partió el Marques de

de Mondejar de la taa de Poqueyra, para ir en seguimiento de Aben Umeya y del Zaguer, que tuvo nueva se iban retirando la vuelta de Pitres de Ferreyra; y dexando el camino derecho, tomó la cordillera alta de una sierra que se hace entre estas dos taas, llevando la artilleria y los bagages, no sin grandisimo trabajo, por hacer el tiempo aspero de frio, y estar las sierras cubiertas de nieve. Mas entrando en la taa de Ferreyra, no halló enemigos con quien pelear: y lo que hubo notable en este camino fue, que pasando por junto al lugar de Portugos, se vió un gran humo que salia de la iglesia, y era, que unos Christianos captivos, quiriendolos matar sus amos, se habian recogido y hecho fuertes en la torre del campanario, y los hereges le habian puesto fuego para quemarlos dentro. Luego sospechó el Marques lo que debia ser; y mandó á Don Luis de Cordoba y á Don Alonso de Granada Venegas, que con doscientos infantes y cincuenta caballos fuesen á ver que era: los quales llegaron á la iglesia sin impedimento, porque los Moros se habian ido huyendo en viendolos asomar. Contaronnos estos caballeros, como llegaron á la iglesia, y entrando dentro, hallaron cinco mugeres Christianas muertas de heridas, tendidas por aquel suelo, y en la peaña del altar mayor un niño, que parecia de hasta tres años, las manecitas atadas con un cordel, y un puñal metido por el lado izquierdo, y la sangre tan fresca, que aun no estaba resfriada, y los ojitos abiertos mirando tan tiernamente hácia el cielo, que parecia quejarse á su criador del barbaro sacrificio, que de sus tiernos miembrecitos habian hecho aquellos hereges: y era tanta la hermosura del blanco y colorado rostro, que en la tierra mostraba bien el reposo con que

el alma libre de los temores de esta guerra, glorificaba entre los angeles al Señor; y que viendo aquel espectaculo de crueldad, movidos á compasion, les crecia igualmente tanta ira, que no vian la hora de tomar la venganza por sus manos, diciendo contra aquellos rusticos: "O hereges descreidos, no osais aguardar á pelear con los hombres, que decis haberos ofendido, y como viles y cobardes tomais venganza en las mugeres y en los niños, ensuciando vuestras viles y torpes espadas en su inocente sangre." Habia el fuego consumido una parte de los edificios de la torre, y si tardára el socorro un poco mas, se acabára de quemar; mas los Christianos se habian metido en parte donde aun no los calentaba la llama: y uno de ellos fue tan grande su determinacion con el deseo de la libertad, que en viendo llegar nuestra gente, sin buscar la puerta por donde salir, se arrojó de la torre abaxo; y no pudiendo las flacas canillas de las piernas sustentar la carga del pesado cuerpo, se quebraron entrambas, y todavia fue recogido por los soldados, y llevado á las ancas de un caballo, y puesto con los demas en libertad. En este tiempo caminaba nuestra gente la vuelta de Pitres, lugar principal de aquella taa: el qual habian dexado los Moros despoblado, y en la iglesia estaban ciento y cincuenta Christianas captivas, que fueron puestas en libertad, no habiendo consentido Miguel de Herrera, alguacil de aquel lugar, que los monfis y gandules las matasen. Habia entre estos algunos hombres nobles de buen entendimiento, á quien parecian mal las crueldades que se hacian, y ver que los Alpuxarreños perseverasen en el levantamiento, viendo que los del Albaycin se estaban quedos, cargandoles la culpa, y aun pidiendo que fuesen cas-

castigados con rigor. Y estos tales por echar de sí la furia de la guerra, atribuyendo el mal á los sediciosos, y á la ignorancia de aquellos pueblos, no deseaban mas que la paz y quietud de sus casas, y asi hacian algunas obras que entendian serles provechosas algun dia. El que hacia mas instancia en que la tierra se apaciguase, era Don Hernando el Zaguer, á quien Aben Umeya habia hecho su capitan general: el qual viendo que los Moros se habian retirado del paso de Lanjarón, y despues de Poqueyra, sin dar batalla á nuestro campo, y conociendo su perdicion, juntó los alguaciles y hombres principales de las taas, que tenia por amigos; y quiriendoles persuadir á que, pues no eran poderosos contra su Magestad, buscasen algun buen medio para que los perdonase, les hizo una platica de esta manera: "No sé como poderos decir, hermanos mios, el poco cuidado que tenemos de nuestra salud. Si no podemos hacer tanto como seria menester en favor de nuestras casas, mugeres y hijos, siendo, como querriamos ser, defensores de nuestra libertad, por qué no seguiremos el consejo de los cuerdos, cediendo á la contraria fortuna, que tan enemiga se nos muestra? pues los que pudieran ser mas poderosos que nosotros, y que nos ponian mas confianza, aun no se atrevieron á probarla. Cuerpos tenian como nosotros los Granadinos, y animos para dar y recebir heridas, y la mesma indignacion que nosotros tenemos; mas no se quisieron arrojar precipitosamente por los despeñaderos de la ira falta de consideracion. Veamos agora, qué nos aprovechará á nosotros el sacrificio de nuestra sangre, en caso que una y mas veces seamos vencedores, si al Rey Felipe jamas le faltarán armas para combatirnos con mayor fuerza, quanto

to mas indignado le tuvieremos? Por mejor tengo irnos á su clemencia, y entregarle nuestras armas y banderas, que realmente son suyas, pidiendo perdon de nuestras culpas, pues somos ciertos que nos admitirá, y tanto mejor agora, que la fortuna de la guerra parece estar algo dudosa, que no perseverar en una liviandad tan grande, como hemos intentado, agravada de tantos delitos y excesos como se han hecho, á nuestro parecer con justas causas. Aunque si bien lo consideramos, no fueron sino desatinos de gente de poco entendimiento, que nos sujetamos luego á nuestra voluntad y deseo de venganza. Estemos á cuenta con los Christianos, que cierto nos la tomarán bien estrecha. Podremos negar que no tenemos agua de baptismo como ellos? Negaremos que no somos vasallos subditos naturales del Rey Felipe? Pues tampoco podemos negar, sino que la prematica que tanto nos ha alborotado, fue hecha á buen fin, aunque nos ha parecido grave? Vosotros no veis, que ni somos bien Moros, ni bien Christianos? Pues si esto es ansi, cierto es haber ofendido con este levantamiento á Dios primeramente, y despues á nuestro Rey. Las cosas sagradas en qualquier parte se deben respetar: nosotros hemos violado los templos con incendios y destruiciones, robando y matando los sacerdotes. Queremos obedecer á otro rey, como si lo hubieramos de hallar mejor; procuramos socorrernos de gente Berberisca, so color de ser Moros como ellos. Pues sed ciertos, que ni podremos sustentarnos con otro gobierno, aunque toda Africa nos favorezca, ni los Berberiscos vernan á favorecernos por nuestro bien, sino por cudicia de robarnos, porque son tiranos exercitados en robos y en latrocinios; y quando mas no puedan, se vol-

volverán cargados de los despojos de nuestras casas, dexandonos deshonradas nuestras mugeres y hijas, como lo han hecho en otras partes. No plega á Dios que tenga yo en tanto mi vida, que por salvarla cometa traycion á mi nacion, ni dexe de decir verdad. Esta que llamais libertad, será muy bien trocada por la paz. No sé que pensamos sacar de la guerra, que ni sabemos ponerle el pecho, ni volverle las espaldas, faltos de experiencia, de armas, de caballos, de navios y de muros, donde podernos asegurar, y que de necesidad habemos de andar de cueva en cueva, y de sierra en sierra, cargados de mugeres y niños, y huyendo de la fiereza de la gente Española que nos sigue. Y al fin ha de ser la hambre la que nos ha de rendir, como rindió á Granada y á otras muchas ciudades de este reyno, quando aun habia mejor comodidad de poderle defender nuestros pasados. Yo sé que el Marques de Mondejar nos admitirá en gracia del Rey Felipe, si acudimos á él con humildad; y no serán vergonzosas las condiciones con que nos recibiere quien tan gravemente ha sido ofendido de nuestra parte, aunque haga castigo exemplar en algunos de nosotros, y sea yo el primero: que dichosa me será tal muerte, si con ella pagáre las culpas de toda mi nacion." Hasta aqui dixo el Zaguer. Y aprobando su considerado parecer los ancianos que alli estaban, llamó á Geronimo de Aponte, y Juan Sanchez de Piña, á quien diximos que habia salvado las vidas en Uxixar, y dandoles parte de lo que tenian acordado, les rogó que fuesen á tratar el negocio de la reduccion con el Marques de Mondejar, y le informasen del arrepentimiento que tenian los Moriscos de la Alpuxarra; y le suplicasen de su parte, intercediese con su Magestad para que

que perdonase aquel yerro, y se hubiese piadosamente con aquellos pueblos, que humilmente se querian poner en sus manos; y que mientras esto se negociaba, rendirian las armas y las banderas, dandole una cedula firmada de su nombre, por la qual le asegurase su persona y familia. Con esta embaxada, y una carta del Zaguer para el Marques, en que se desculpaba de lo hecho, y cargaba la culpa á los monfis, partieron Geronimo de Aponte, y Juan Sanchez de Piña, de Jubíles, y llegaron á Pitres el mesmo dia que entró el campo, y dieron su recaudo al Marques de Mondejar. El qual para responder á ella, y dar orden en enviar las Christianas á Granada con escolta por el estorvo que hacian, y poder informarse de los adalides del campo, como se podria desechar un paso dificultoso que tenia por delante en el camino de Jubíles, se hubo de detener en aquel alojamiento el dia siguiente. La respuesta que dió á Geronimo de Aponte fue: "Que tornase al Zaguer, y le dixese, que rindiendo las armas y las banderas, como decia, y dandose llanamente á merced de su Magestad, holgaria de ser su intercesor, para que se hubiese misericordiosamente con ellos; mas que se resolviesen, porque no suspenderia un solo momento la execucion del castigo que llevaba comenzado." Y disimulando la cedula de seguro que pedia, le despachó luego.

CA-

CAPITULO XVI.

Como los Moros acometieron á entrar en Pitres, estando nuestro campo dentro del lugar.

Está el lugar de Pitres en la falda de la Sierra nevada, que mira hácia el mediodia, repartido en tres barrios poco distantes uno de otro : en el principal está la iglesia, y delante de ella una plaza llana de mediana grandeza : todo lo demas del lugar son cuestas y barrancos, y alderredor asperas sierras, aunque fertiles de arboledas por la abundancia de fuentes que baxan de los valles. Los Moros que siempre andaban á vista de nuestro campo con mas animo de espantar, que de representar batalla, fuese con proposito de hacer algun efeto con la ocasion de una cerrada niebla que amaneció el domingo por la mañana, ó porque, como despues decian algunos de ellos, entendieron que unas quadrillas, que el Marques enviaba á reconocer el camino, era todo el campo que marchaba, y quisieron guarecerse en las casas de la tempestad del frio, pareciendoles que estaban yermas, baxaron á gran priesa de los cerros, y por dos partes fueron á meterse en el lugar, y llegaron á él sin ser sentidos ni vistos por las centinelas, tanta era la escuridad de la niebla. Los que entraron por la parte baxa hácia el rio, dieron en unas casas algo apartadas, donde se habia metido una esquadra de soldados, y hallandolos desapercebidos, los degollaron ; solo un muchacho se les fue, que comenzó á dar voces, y á tocar arma por una cuesta arriba, hasta llegar al cuerpo de guardia, y á la posada del Marques. El qual se puso luego

á caballo, y salió á la plaza de armas; y sospechando que debia ser ardid de guerra llamar al enemigo por la parte baxa, para acudir de golpe por arriba, y dividir de esta manera nuestra gente, mandó recoger todas las compañias en sus quarteles, y á los caballos que acudiesen á la plaza de armas. Ordenó á Juan Ochoa de Navarrete, y á Antonio Flores de Benavides, capitanes de la infanteria, con que servia la ciudad de Baeza, que con sus compañias se metiesen en el barrio que estaba á la parte de levante algo apartado del de la iglesia, un gran barranco en medio, por si los enemigos viniesen á entrar por alli: y no le engañó su sospecha, porque no eran bien llegados los capitanes al puesto, quando los Moros, que con las armas teñidas en sangre subian el barranco arriba, y otros que baxaban de la sierra, se encontraron con ellos. Peleóse al principio animosamente de entrambas partes: mas acudiendo gente de parte de los Moros, aunque menos de la que parecia con la escuridad de la fosca niebla; y con la presencia del peligro los soldados gente nueva afloxaron, y á un tiempo volvieron las espaldas, dexando solos á sus capitanes. Los enemigos no fueron perezosos en seguirlos por un lado del barranco, hasta meterlos en el barrio principal. A esto acudió luego el Marques, acompañado de muchos caballeros y capitanes, y reparando el peligro, hizo que los Moros volviesen huyendo por donde habian entrado, quedando algunos de ellos muertos. Señalaronse este dia doce soldados, que se hallaron en la boca de una calle, por donde venia el golpe de los enemigos; y defendiendo la entrada, mataron y hirieron muchos: quitaronles tres banderas, y sobreviniendoles socorro, los hicieron volver huyendo. Una de ellas

era

era un estandarte de damasco carmesí con fluecos de seda y oro, que solia ser guion delante el santisimo Sacramento en Uxixar, y lo traían los hereges por insignia de su traycion y maldad. Retiraronse los enemigos de Dios á la sierra, viendo lo mal que les iba en el lugar, y pasando por entre las casas, mataron un pobre atambor, que hallaron solo tocando á gran priesa arma con su caxa. Juntandose pues con el golpe de la otra gente, que aun no se habia descubierto, volvieron segunda vez al lugar, para ver si podrian hacer algun efeto. Mas luego quebrantaron los rayos del sol aquella niebla, y dieron claridad al dia de manera, que pudieron ser vistos: con todo eso no dexaron de hacer su acometimiento, y de llegar tan adelante, que con las piedras que tiraban á brazo, alcanzaban á la plaza de armas. Mas fue tanto el efeto que nuestros arcabuces hicieron por esta parte, que hubieron por bien de retirarse, entendiendo, que quanto mas aclarase el dia, les iria peor, y por la orilla de la nieve volvieron á su alojamiento. Aqui murieron dos esforzados soldados, Juan de Isla, sobrino de Alvaro de Isla, corregidor de Antequera, y Geronimo de Avila, vecino de Granada, y otros cuyos nombres no supimos. No siguió nuestra gente el alcance, por ser ya tarde, y caer una agua menuda mezclada con nieve, que impedia el tirar de los arcabuces.

CAPITULO XVII.

Como el campo del Marques de Mondejar partió de Pitres en seguimiento del enemigo.

El siguiente dia, que fue lunes diez y siete de Enero, partió el Marques de Mondejar del alojamiento de Pitres, y con un temporal recio de agua y nieve, dexando el camino derecho que iba á Jubíles, tomó la vuelta de Trevélez. No habia caminado legua y media, quando se descubrió el campo de los Moros que iban hácia Jubíles por la cordillera del cerro de la otra parte del rio, donde habia estado alojado aquella noche: los quales entendiendo que nuestra gente hacia el mesmo camino, y que les tomaria la delantera, enviaron seiscientos hombres con tres banderas, que entretuviesen con escaramuzas mientras se adelantaban los demas. Viendolos venir el Marques de Mondejar, mandó á los capitanes Diego de Aranda, y Hernan Carrillo de Cuenca, que fuesen con sus compañias á darles carga. Los Moros, pareciendoles que era poca gente, hicieron rostro, y los nuestros, aunque hacian muestra de ir hácia ellos, no se alargaron todo lo que era menester. Entonces el Marques envió á Don Hernando y Don Gomez de Agreda, hermanos, vecinos de Granada, y otros gentiles hombres que se hallaron par de él, á que reforzasen las dos compañias con quinientos arcabuceros; mas luego advirtió, que era entretenimiento que procuraba el enemigo, para tener lugar de ponerse en salvo: y haciendolos retirar, caminó con los esquadrones á paso largo, enviando delante á los capitanes Gonzalo Cha-

con

con y Lorenzo de Leyva, y Gonzalo de Alcantara con sus caballos, y algunos peones sueltos, á que atajasen el campo de los Moros, que iban á mas andar por aquella loma. La caballeria pasó el rio, y fue tomando lo alto; mas por mucha priesa que los capitanes se dieron, quando llegaron arriba, ya habian pasado, y solamente pudieron alancear algunos que se quedaron rezagados; y porque cerraba la noche, dexaron de seguirlos. Llegó nuestro campo á alojarse por baxo del lugar de Trevélez entre unos chaparros, cerca de un alcornocal y del rio, por la comodidad del agua y de la leña tan necesaria para guarecer la gente del frio que hacia. Los Moros tomaron lo alto de la sierra, y no pararon hasta meterse en la nieve, donde perecieron cantidad de mugeres y de criaturas de frio, y aun de los Christianos amanecieron helados á la mañana tres ó quatro; y algunos caballos reventaron de comer una maldita hierba que hallaron por aquellos valles.

CAPITULO XVIII.

Como el Marques de Mondejar pasó al castillo de Jubíles, y los caudillos de los Moros se fueron huyendo sin pelear.

Los Moros que iban huyendo delante de nuestro campo fueron á parar aquella noche á Jubíles, donde tenian recogidas las mugeres y la riqueza de aquellas taas, pensando defenderse en el sitio de aquel castillo antiguo que diximos, el qual era asaz fuerte para qualquier batalla de manos. Su intento era entretenerse alli algunos dias, mientras se trataba de medios de paz, porque Gero-

ro-

ronimo de Aponte les habia dado esperanza de ello, por lo que habia entendido en Pitres de la voluntad del Marques, aunque el Zaguer y los otros caudillos estaban temerosos de ver que no les habia querido dar seguro firmado de su nombre, y sospechaban lo que por ventura llevaban en pensamiento, que haria algun castigo exemplar en los autores del rebelion. Dando pues y tomando sobre este negocio de reducirse, hubo varias opiniones entre los Moros aquella noche. Los malos, á quien las culpas hacian perder la esperanza del perdon, decian que degollasen todas las mugeres Christianas que tenian captivas, y que se pusiesen en defensa, y peleasen todo su posible; y quando mas no pudiesen, dexarian el sitio, y se meterian por las sierras: lo qual podrian hacer facilmente, por haber disposicion para ello, á causa de la aspereza de ellas, que era tanta, que no la podrian hollar caballos. Y los que no se tenian por tan culpados, movidos del amor de sus mugeres y hijos, que veían padecer hambre, frio, cansancio y otras incomodidades, con esperanza de poder tener algun sosiego en sus casas, arrimandose á la opinion del Zaguer, no quisieron que las matasen, antes pensando aplacar, con ponerlas en libertad, la indignacion de los Christianos, las sacaron aquella mesma noche de las cuevas, donde las tenian metidas en el castillo, y les dixeron, que se fuesen á las casas del lugar, y esperasen á sus parientes, que llegarian presto. Hubo muchas Moras que las recogieron en sus casas, y las acariciaron, á fin de que ellas las favoreciesen, quando los soldados entrasen. Siendo pues informado el Marques de Mondejar del camino que el enemigo habia hecho aquella noche, el Martes diez y ocho dias del mes de Enero bien de

ma-

mañana levantó el campo, y caminó la vuelta de Jubíles. No habia bien entrado por aquella taa, quando llegó Geronimo de Aponte, y con él Juan Sanchez de Piña, y le dieron otra carta de Zaguer, en que repitia lo de la primera, pidiendo todavia un seguro por escrito para su persona y la de Aben Umeya. Estos Christianos refirieron al Marques la voluntad que aquellos Moros mostraban tener, y lo que habian tratado en sus juntas, y como habian defendido que los monfis no matasen las Christianas, certificandole, que ellos habian sido la principal causa del mal que se habia hecho en los templos, y en los sacerdotes, y en los vecinos Christianos, y procurando descargar al Zaguer y á Aben Umeya. El qual les respondió, que volviesen á ellos, y les dixesen, que se viniesen luego á rendir, porque él los admitiria, y á todos los que se viniesen con ellos, como se lo habia dicho en Pitres; mas que entendiesen, que no les habia de dar una sola hora de tiempo, disimulando lo del seguro por escrito; y sospechando que era todo entretenimiento para sacar la ropa y las mugeres que alli tenian, mandó marchar mas apriesa la gente. Vueltos los dos Christianos con la respuesta, los caudillos Moros no se satisficieron nada de ella; y recogiendo la gente de guerra, y algunas cosas de precio que pudieron llevar, dexando orden que hiciesen todos lo mismo, dexaron el castillo, y se fueron por las sierras hácia Bérchul. El Marques de Mondejar llegando cerca del lugar, hizo alto con los esquadrones, y envió á reconocerle á Gonzalo de Alcantara con algunos caballos, mandandole, que no dexase entrar los soldados en las casas, porque no se desmandasen á robar, y sucediese alguna desgracia. No tardó mucho que volvieron los dos

dos Christianos, y dixeron al Marques, como los dos caudillos, y toda la gente de guerra se habian ido la vuelta de Bérchul y de Cádiar, y con ellos la mayor parte de las mugeres, y que quedaban como quinientos hombres en el castillo, viejos y impedidos, y muchas Moras, que no se habian podido ir. Luego mandó marchar hácia el lugar, y junto á unas peñas, que están cerca de las casas á la parte alta hácia poniente, salieron á recebirle las Christianas captivas con un piadoso llanto verdaderamente digno de compasion, las mas de ellas llevaban sus hijitos en los brazos, y otros algo mayores que las seguian por sus pies, y todas con las cabezas descubiertas, y los cabellos tendidos por los hombros, y los rostros y los pechos bañados de lagrimas, que entre gozo y tristeza destilaban de sus ojos. No habia consuelo que bastase consolarlas viendo nuestros Christianos, y acordandose de los maridos, hermanos, padres y hijos, que delante de sus ojos les habian sido muertos con tanta crueldad; y dando voces, decian: "No tomen, señores, á vida hombre ni muger de aquestos hereges, que tan malos han sido, y tanto mal nos han hecho; y sobre todos nuestros trabajos, nos persuadian á que renegasemos de la fe con ruegos y amenazas." El Marques se enterneció de ver aquellas pobres mugeres tan lastimadas, y consolandolas lo mejor que pudo, hizo que se apartasen á un cabo, y envió gente á tomar los pasos, por donde le pareció que tenián la retirada los Moros, á unas partes peones, y á otras caballos, conforme al sitio y dispusicion de la tierra; y con el golpe de los soldados caminó la vuelta del castillo.

CA-

CAPITULO XIX.

Como el beneficiado Torrijos, y con él muchos alguaciles de la Alpuxarra vinieron á nuestro campo á tratar de reducir la tierra.

Aun no habian llegado nuestras gentes á ocupar el castillo de Jubíles, quando el beneficiado Torrijos, y con él Miguel Abenzaba, alguacil de Válor, y otros diez y seis alguaciles de los principales de la Alpuxarra, llegaron á tratar de medios de paz con el Marques de Mondejar. Este Torrijos, como atras diximos, era beneficiado de Darrícal, y tan querido de un Morisco del linage de los antiguos alguaciles de Uxixar, llamado Andres Alguacil, que muchos creyeron ser su hijo, su madre era Morisca: el qual y todos sus parientes por su respeto le favorecieron en este levantamiento, para que los monfis no le matasen. Y porque se entienda su historia mejor, que no fue la menos memorable, haremos aqui una breve digresion de ella. Dicho queda en el capitulo del levantamiento de la taa de Uxixar, como un Morisco su amigo le sacó de la torre, donde se habia metido, y le escondió en una cueva de la sierra de Gádor. Teniendole pues en la cueva, fue avisado Andres Alguacil de ello, y le llevó á Uxixar á su casa, donde le tuvo algunos dias, y alli le fueron á hablar el Zaguer y el Partal y otros, que le aseguraron la vida: y mientras estos y Miguel de Roxas, suegro de Aben Umeya, estuvieron en el pueblo, no tuvo de que temer; mas despues que se fueron, y entraron otros no tan amigos, Andres Alguacil lo llevó al lugar de Nechíte con in-

intento de enviarle una noche á Guadix. Sucedió pues que en la hora que le habian de llevar, hizo tan gran tempestad, y cayó tanta nieve, que no se pudo atravesar la sierra. Y despues llegó al lugar Abenfarax, que andaba haciendo las crueldades dichas; y sabiendo que estaba alli, hizo pregonar, que so pena de la vida ningun Moro le encubriese, ni á otro Christiano, y que manifestasen luego el dinero, plata, oro y joyas que les hubiesen tomado, como lo hacia en todos los lugares donde llegaba. Dixeronle como Torrijos estaba malo en la cama, y que tenia seguro de Aben Umeya y del Zaguer: y con todo eso aprovechára poco, si quatro mil ducados que llevaba en dineros y plata labrada no aplacára la ira del tirano, poniendoselos en las manos; y todavia le mató tres criados Christianos, y otros dos mocitos, que se habian librado de la muerte en Uxixar, y los tenian sus madres en aquel lugar. Ido Abenfarax, los amigos de Torrijos le llevaron á Válor á casa de Miguel Abenzaba, hombre cuerdo y de los mas ricos del lugar, y alli comenzaron á tratar del negocio de la reducion con él y con otros parientes suyos. Y llevandole despues Andres Alguacil á Nechíte para el mesmo efeto, vinieron á verse con él todos los alguaciles que agora le acompañaban, llevandole por intercesor para con el Marques de Mondejar, y otros muchos que dexaban apalabrados: y trayendole á la memoria los beneficios que de ellos habia recebido, le rogaron, que apiadandose de aquella tierra, por qualquier via que pudiese la procurase remediar; porque conocian muy bien su perdicion; y él les habia hecho grandes ofrecimientos, y animadolos de su parte. Llegaron á nuestro campo con unas banderillas blancas en las manos en señal de paz,

y

y luego que entendió el Marques á lo que iban, mandó que los dexasen llegar á él. Los alguaciles se echaron á sus pies, y pidieron misericordia y perdon de sus culpas, y el beneficiado le dixo quien eran; y como conociendo el yerro cometido, venian á darse á merced de su Magestad, y á ponerse debaxo de su proteccion y amparo, como lo harian los demas vecinos de sus lugares, teniendo seguridad para poderlo hacer; y que le suplicaban humilmente fuese intercesor con su Magestad para que los perdonase. Estas y otras palabras de descargo refirió Torrijos al Marques de parte de los alguaciles; y él las recibió alegremente, y los aseguró; y mandó que se tuviese cuenta con que no se les hiciese mas daño, porque los soldados no podian llevar á paciencia ver que se tratase de medios con los rebeldes, maldiciendo á Torrijos, y á los que andaban en ello, como si les quitáran de las manos el premio de una cierta vitoria: y quando otro dia se supo que los admitia, fue tan grande la tristeza en el campo, como si hubieran perdido la jornada.

CAPITULO XX.

Como los Christianos ocuparon el camino de Jubíles; y de la mortandad que hicieron aquella noche en la gente rendida.

Está el castillo de Jubíles en la cumbre de un cerro muy alto, arredrado de las casas á la parte de levante; y aunque tiene los muros por el suelo, es sitio en que los enemigos se pudieran defender, si su desconformidad no se lo estorvára. Caminando pues nuestra gente

hácia él, á la media ladera del cerro baxaron tres Moros ancianos con bandera de paz delante; y siendo asegurados para poder llegar, dixeron al Marques de Mondejar, como los caudillos con la gente de guerra se habian ido huyendo, y que ellos por sí, y por los que dentro del castillo estaban, le suplicaban los quisiese recibir á merced. Entonces mandó á Don Alonso de Cardenas, y á Don Luis de Cordoba, y á Don Rodrigo de Vivero y á otros caballeros, que se adelantasen, y se apoderasen del castillo, y de lo que hallasen en él. Los quales lo hicieron luego, no sin murmuracion de los soldados, pareciendoles que lo aplicaria todo para sí; mas el Marques les dió á saco todo el mueble, en que habia ricas cosas de seda, oro, plata y aljofar, de que cupo la mejor y mayor parte á los que habian ido delante. Fueron los rendidos trescientos hombres, y dos mil y cien mugeres; y porque tenia aquel sitio algunas veredas, por donde poderse descolgar los que quisieran de parte de noche sin ser vistos, mandó que baxasen los captivos al lugar, y metiendo las mugeres en la iglesia, pusiesen los hombres por las casas. Esto se comenzó á poner luego por obra; y como el cuerpo de la iglesia era pequeño, y la gente mucha, de necesidad hubieron de quedarse fuera mas de mil animas en la placeta que estaba delante de la puerta, y en los bancales de unas hazas alli cerca, poniendoles gente de guerra alderredor. Seria como media noche, quando un mal considerado soldado quiso sacar de entre las otras Moras una moza: la Mora resistia, y él le tiraba reciamente del brazo para llevarla por fuerza, no le habiendo aprovechado palabras; quando un Moro mancebo, que en habito de muger la habia siempre acompañado, fue-

se

se su hermano, ó su esposo, ú otro bien queriente, levantandose en pie, se fue para el soldado, y con una almarada que llevaba escondida le acometió animosamente, y con tanta determinacion, que no solamente la moza, mas aun la espada le quitó de las manos, y le dió dos heridas con ella; y ofreciendose al sacrificio de la muerte, comenzó á hacer armas contra otros, que cargaron luego sobre él. Apellidóse el campo, diciendo, que habia Moros armados entre las mugeres, y creció la gente que acudia de todos los quarteles con tanta confusion, que ninguno sabiá donde le llamaban las voces, ni se entendian, ni veían por donde habian de ir con la escuridad de la noche. Donde el ayrado mancebo andaba acudieron mas soldados, y alli fue el principio de la crueldad, haciendo malvadas muertes por sus manos, y executando sus espadas en las debiles y flacas mugeres, mataron en un instante quantas hallaron fuera de la iglesia; y no quedáran con las vidas las que estaban dentro, sino cerráran de presto las puertas unos criados del Marques, que se habian aposentado en la torre, por ventura para mirar por ellas. Hubo muchos soldados heridos, los mas que se herian unos á otros, entendiendo los que venian de fuera, que los que martillaban con las espadas eran Moros, porque solamente les alumbraba el centellear del acero, y el relampaguear de la polvora de los arcabuces en la tenebrosa escuridad de la noche: y estos eran los que mayor estrago hacian, quiriendo vengar su sangre en aquellas, cuyas armas eran las lagrimas y dolorosos gemidos. En tanta desorden el capitan general envió á gran priesa los capitanes Antonio Moreno y Hernando de Oruña, y los sargentos mayores á que pusiesen algun remedio, y to-

dos

dos no fueron parte para ponerlo, por haberse movido ya todo el campo á manera de motin, indignados los soldados por un bando que se habia echado aquel dia, en que mandaba el Marques, que no se tomase ninguna muger por captiva, porque eran libres. Duró la mortandad hasta que siendo de dia los mesmos soldados se apaciguaron, no hallando mas sangre que derramar, los que no se podian ver hartos de ella, y conociendo otros el yerro grande que se habia hecho. Luego comenzó á proceder el licenciado Ostos de Zayas, auditor general, contra los culpados, y ahorcó tres soldados de los que parecieron serlo por las informaciones. Este mesmo dia el Zaguer, que se habia retirado á Bérchul, envió á decir al Marques de Mondejar, que se queria reducir: el qual envió á Don Francisco de Mendoza y á Don Alonso de Granada Venegas con un estandarte de caballos, y una compañia de infanteria á recoger los que quisiesen venir; mas despues se arrepintió el Zaguer, temiendo que se haria algun riguroso castigo en él, y se embreñó en las sierras; y Don Francisco de Mendoza llevó consigo á su muger y hijas y familia, y obra de quarenta Christianas captivas que estaban con ellas: y con esto se volvió á Jubíles, informado que Aben Umeya se habia ido á meter en Uxixar.

CA-

CAPITULO XXI.

Como el Marques de Mondejar comenzó á dar salvaguardia á los Moros reducidos, y envió las Christianas captivas á Granada.

Luego mandó el Marques de Mondejar dar sus salvaguardias á los Moros reducidos, que habian venido con el beneficiado Torrijos, y les ordenó que fuesen á los lugares, y hiciesen de manera que los vecinos se volviesen á sus casas, no consintiendo que se les hiciese mal tratamiento, porque otros se animasen viendo el acogimiento que se hacia á estos, y el rigor de que se usaba con los demas que estaban en su pertinacia. Esto que el general hacia, no placia á los capitanes y soldados enemigos de la paz, ni á los que se veían ofendidos de las tiranías de aquellos rebeldes, pareciendoles que era demasiada misericordia la que usaban con ellos. Y quien mas lo sentia eran las Christianas que habian sido captivas, que con lagrimas y sollozos tristes contaban las crueldades que habian hecho, los regocijos con que habian apellidado el nombre y seta de Mahoma, y el escarnio y menosprecio con que habian tratado las cosas de nuestra santa fe delante de ellas: mas todo lo atropellaba el Marques de Mondejar, entendiendo ser aquello lo que mas convenia. Habiendo pues de pasar el campo adelante, porque iba en él mucha gente inutil, envió á Tello de Aguilar con la compañia de caballos de Ecija, y dos compañias de infanteria á Granada con las Christianas captivas, y con los heridos y enfermos. Detuvieronse seis dias en el camino, porque iban las mu-

mugeres á pie, y eran ochocientas almas. Al entrar de la ciudad metió la infanteria de vanguardia, y los caballos de retaguardia, y ellas en medio á manera de procesion: los escuderos les llevaban cada dos niños en los arzones y en las ancas de los caballos, y algunos tres, dos en los brazos, y el mayor en las ancas. Salió gran concurso de gente á verlas entrar por la puerta de Bibarrambla, y entre alegria y compasion daban todos infinitas gracias á Dios, que las habia librado de poder de sus enemigos. Llegandolas á saludar, habia muchas que en quiriendo hablar les faltaban las palabras y el aliento: tan grande era el cansancio y congoja que llevaban. Habia entre ellas muchas dueñas nobles, apuestas y hermosas doncellas, criadas con mucho regalo, que iban desnudas y descalzas, y tan maltratadas del trabajo del captiverio y del camino, que no solo quebraban los corazones á los que las conocian, mas aun á quien no las habia visto. De esta manera atravesaron toda la ciudad hasta el monasterio de nuestra Señora de la Victoria, que está encima de la puerta Guadix, donde llegaron á hacer oracion, y de alli fueron á la fortaleza de la Alhambra, á que las viese la Marquesa de Mondejar. Y volviendo á las casas del Arzobispo, las que tenian parientes las llevaron á sus posadas, y las otras fueron hospedadas con caridad entre la buena gente, y de limosna se les compró de vestir y de calzar.

CA-

CAPITULO XXII.

De la entrada que el Marques de los Velez hizo estos dias contra los Moros de Filíx.

Estuvo el Marques de los Velez cinco dias en Guécija, despues de haber desbaratado al Gorri, sin determinarse hácia donde iria. Dabale priesa el licenciado Molina de Mosquera desde la Calahorra, que fuese al marquesado del Zenete, porque seria de mucha importancia su ida para la seguridad de toda aquella tierra. Decianle las espias, que los Moros tenian dos cuerpos de gente, uno en Andarax y otro en Filíx, y deseaba ir á deshacerlos. Y á diez y ocho dias del mes de Enero, martes, el mesmo dia que el Marques de Mondejar fue á Jubíles, partió con su campo de aquel alojamiento, y aquella noche fue á dormir en lo alto de la sierra de Gádor, casi á la mitad del camino de Filíx, para dar el miercoles vispera de San Sebastian sobre él. La nueva de esta partida llegó luego á Almería, y Don Garcia de Villa Roel, hombre mañoso y cudicioso de honra, quiriendole ganar por la mano, salió de la ciudad con setenta arcabuceros á pie, y veinte y cinco hombres de á caballo; y el mesmo dia miercoles bien de mañana se puso en un puerto, que está un quarto de legua de Filíx, á vista del lugar, por donde de necesidad habia de entrar el campo del Marques de los Velez. Su fin era que los Moros viendole asomar entenderian ser la vanguardia del campo, y huirian, y podria robarle antes que el Marques llegase; mas no le sucedió como pensaba, porque siendo descubierto, los Moros se pusie-

 ron

ron en arma; y dexando el lugar atras, tocando sus atabales y xabecas, salieron á esperarlos puestos en esquadron con dos manguillas de escopeteros delante. Primero enviaron cincuenta hombres sueltos á reconocer, y tras de ellos otros quinientos á que tomasen un cerro alto, que está á caballero del puerto: y para que se entendiese que tenian mucho numero de gente, hicieron otro esquadron de muchachos y mugeres cubiertas con las capas, sombreros y caperuzas de los hombres, y puestos al pie del sitio antiguo de un castillejo que alli habia. Viendo pues Don Garcia de Villa Roel tan gran numero de gente como desde lejos parecia, y la orden con que habian salido, cosa nueva para los de aquella tierra, entendió que debia de haber Turcos, ó Moros Berberiscos entre ellos; y teniendo su juego por desentablado, volvió hácia donde iba nuestro campo, por ser aquel el camino mas seguro para su retirada. No tardó mucho de verse con el Marques de los Velez, y dandole cuenta de lo que pasaba, le preguntó, si entendia que osarian aguardar los enemigos. Y diciendole que creía que sí, porque tenia aviso que estaba alli el Futey, y el Tezi, y Puerto Carrero el de Xérgal con mas de tres mil hombres de pelea, y que tenian el lugar barreado y puesto en defensa, le pidió cincuenta soldados de los que llevaba, hombres sueltos y platicos en la tierra; y dandoselos, se volvió aquella noche á la ciudad de Almería, y el Marques de los Velez prosiguió su camino con los esquadrones muy bien ordenados: mil tiradores delante, la mayor parte de ellos arcabuceros, y él con toda la caballeria á un lado. Los Moros que ya se habian vuelto á meter en el lugar, entendiendo que eran los que habian visto retirar, tornaron á salir fuera,

y

y por la mesma orden que la otra vez, aguardaron en medio del camino; y llegando la vanguardia á tiro de arcabuz de la suya, se comenzó una pelea harto mas reñida y porfiada de lo que se pudiera pensar, porque los Moros se animaban y hacian todo su posible; aunque al fin, quando entendieron que peleaban contra el campo del Marques de los Velez, á quien los Moros de aquella tierra solian llamar Ibiliz Arraez el Hadid, que quiere decir, diablo cabeza de hierro, perdieron esperanza de vitoria. Estando pues la escaramuza travada, nuestra caballeria cargó por un lado; y haciendo perder el sitio á los enemigos, que era asaz fuerte, los llevó retirando hasta las casas del lugar. Alli se tornaron á rehacer, y pelearon un rato; y siendo arrancados segunda vez, los fue la infanteria siguiendo por la sierra arriba, que está á la parte alta, hasta encaramarlos en la cumbre, donde habia buena cantidad de piedras crecidas, que naturaleza puso á manera de reducto: en las quales hicieron rostro, y comenzaron á pelear de nuevo, mostrando hacer poco caso del impetu de la infanteria, por verse libres de los caballos; mas los arcabuceros, que fueron de mucho efeto este dia, les entraron valerosamente, y matando muchos de ellos, los desbarataron y pusieron en huida. Los que cayeron hácia donde estaban los caballos, murieron todos; y los que tomaron lo alto de la sierra, se libraron. Quedaron muertos en los tres recuentros, y en el alcance mas de setecientos Moros, y entre ellos algunas mugeres, que pelearon como animosos varones, hasta llegar á herir con las almaradas en las barrigas de los caballos; y otras faltandoles piedras que poder tirar, tomaban puñados de tierra del suelo, y los arrojaban á los ojos de los Chris-

tianos para cegarlos, y que llegasen á perder la vida y la vista juntamente. Murieron peleando el Tezi y Futey, y fue preso un hijo de Puerto Carrero con dos hermanas doncellas, y mucha cantidad de mugeres. De los Christianos murieron algunos, y hubo mas de cincuenta heridos. Ganóse un rico despojo de bagages cargados de ropa y de seda, y mucho oro y aljofar, con que los soldados fueron satisfechos de la vitoria; aunque su demasiada ganancia fue dañosa, porque con deseo de ponerla en cobro, dexaron muchos las banderas, y se volvieron á sus casas. De esto se quejaba despues el Marques de los Velez, diciendo, que al tiempo que mas los habia menester, le habian faltado, y que por esta causa se habia detenido en Filíx, proveyendo no se le fuesen los que quedaban. Estando en este alojamiento le llegó la gente de Murcia, que hasta entonces no se la habia querido enviar el licenciado Artiaga, juez de residencia de aquella ciudad, sin que su Magestad se lo mandase. Vinieron tres regidores por capitanes, Don Juan Pacheco con un estandarte de cincuenta caballos, y Alonso Gualtero, y Nofre de Quirós con dos compañias de doscientos y cincuenta arcabuceros y ballesteros cada una. Llegaron tambien Don Pedro Faxardo, hijo de Don Alonso Faxardo, señor de Polope, y Don Diego de Quesada, que despues de la rota de Tabláte estaba en desgracia del Marques de Mondejar, con ochenta soldados arcabuceros, y veinte caballos aventureros que traían de Granada: con los quales atravesaron el rio de Aguas blancas, y por el marquesado del Zenete y el Boloduy fueron á dar á Filíx, donde los dexaremos agora, para volver al otro campo que está en Jubíles.

CA-

CAPITULO XXIII.

Como el campo del Marques de Mondejar pasó á Cádiar y á Uxixar, y combatió algunas cuevas, donde se habian recogido cantidad de Moros.

El domingo veinte y tres dias del mes de Enero partió nuestro campo de Jubíles, y aquel dia llegó al lugar de Cádiar, sin que en el camino hubiese cosa memorable, porque los Moros se habian retirado hácia Uxixar; y si algunos baxaron de las sierras á escaramuzar, luego se volvieron á ellas, no osando acometer mas que con alaridos. Aquella noche quiriendose Don Alonso de Granada Venegas señalar en alguna cosa que fuese grata al Marques de Mondejar, viendo los tratos que andaban sobre la reducion, le pidió licencia para escrebir sobre ello á Aben Umeya; y siendole concedida, le despachó luego un Moro de los reducidos; mas no llegó la carta á sus manos esta vez, porque los soldados mataron al mensagero que la llevaba, y ansi no tendremos para que hacer mencion de lo que en ella se contenia en este lugar, reservandolo para otra que despues le escribió. El lunes bien de mañana salió el campo de Cádiar, y en el camino de Uxixar se vinieron á reducir algunos Moros, y entre los otros vino Diego Lopez Aben Aboo, primo de Aben Umeya, y sobrino del Zaguer, y traxo consigo al sacristan de la iglesia de Mecina de Bombáron, donde era vecino, para que certificase al Marques de Mondejar, como habia defendido que los monfis no quemasen la iglesia, y le habia tenido escondido á él y á su muger y hijos en una cueva

va

va hasta aquel dia, porque no los matasen. El Marques holgó mucho con la relacion del sacristan, y loó al Moro delante de los otros, diciendo, que no todos los de la Alpuxarra se habian rebelado con su voluntad; y le mandó dar luego una salvaguardia muy favorable para que nadie le enojase, y pudiese reducir todos los vecinos de aquel lugar, y de fuera de él, que quisiesen venir al servicio de su Magestad. Caminó aquel dia nuestra gente la vuelta de Uxixar puesta en sus ordenanzas porque se entendió que hallarian alli el golpe de los enemigos con quien pelear. Habiase recogido en este lugar Aben Umeya, quando huyó de Jubíles, y juntando los caudillos de los alzados para ver lo que debian hacer, trataron de elegir un lugar fuerte, que lo pudiese ser por arte y por naturaleza de sitio, donde meterse para aguardar á nuestro campo, y probar la fortuna de las armas, defendiendo y ofendiendo, mientras la gente de los partidos hacia sus acometimientos á las escoltas que iban á los campos de los dos Marqueses, que de necesidad habian de estar divididos. Sobre esta eleccion hubo pareceres diversos. Miguel de Roxas y los naturales de Uxixar querian que fuese alli, porque andaban ya en tratos sobre las paces, y decian que Uxixar era lugar fuerte de sitio, y que con facilidad se podria hacer mucho mas; y que estando en medio de la Alpuxarra, se podria acudir á todas las otras partes con brevedad. El Gorri y otros que aborrecian la paz, que se compraba con sus cabezas, pues siendo principales caudillos y autores de la maldad, tenian por cierto que se habia de executar en ellos el rigor de la justicia, no querian ponerse en parte que pudiesen ser acorralados: y teniendo mas confianza en la fragosidad de las sierras,

que

que en los viles muros y reparos, en que se podian meter, querian irse á Paterna, lugar puesto en la falda de la sierra entre Uxixar y Andarax, donde no podrian ser cercados, y tenian la retirada segura, siempre que quisiesen irse; y como Miguel de Roxas tenia autoridad entre ellos, y era mucha parte en aquella tierra, atropellando los pareceres, hizo con Aben Umeya, que se resolviese de hacer el fuerte en Uxixar: y asi se determinó en aquella junta. Mas el Gorri, y el Partal, y el Seniz le tomaron luego aparte, y entre temor y malicia le hicieron creer que su suegro le engañaba; y que teniendo trato hecho con el Marques de Mondejar, andaba por meterlos á todos en parte donde los pudiese coger en una red, y quedarse él con el dinero y plata que tenia en su poder: y pudo ser que dixesen verdad. Finalmente el miedo le hizo mudar proposito, y se fueron á Paterna; y no contentos con esto le indignaron tanto, que sin mas averiguacion, violando la ley del parentesco, acordó de matar á su suegro; y enviandole á llamar á su casa, le aguardó con una ballesta armada á la puerta, acompañado de los otros malvados, y errando el tiro, porque el Miguel de Roxas, en viendole encarar hácia él, se metió despavorido debaxo de la ballesta, y la saeta fue por alto: el Seniz acudió con otro tiro, que le atravesó entrambos muslos, y luego todos con las espadas le acabaron de matar. De aqui nacieron grandes enemistades entre los parientes del muerto y Aben Umeya: el qual repudió luego la muger, y juró que no habia de dexar hombre de ellos á vida; y el mesmo dia del homicidio siguió tambien á Diego de Roxas su cuñado por unas barranqueras abaxo para matarle, y todos los demas parientes suyos y de los algua-

ci-

ciles de Uxixar anduvieron de alli adelante recatados de él. Mató á Rafael de Arcos mancebo de aquel linage, y á otros, de donde se recreció tratarle la muerte á él, y darsela, como diremos en su lugar. Volviendo pues á nuestro campo, que iba marchando en ordenanza la vuelta de Uxixar, quando llegó cerca del lugar, halló que los Moros se habian ido; y algunos, que no habian querido ir á Paterna, no se teniendo tampoco por seguros en los campos, se habian hecho fuertes en cuevas que tenian proveidas de bastimentos para aquel efeto, hechas las bocas y entradas entre roquedos y peñas tajadas, tan altas, que no se podia subir á ellas sin largas escalas. Alojóse nuestro campó en Uxixar, con determinacion de pasar luego en seguimiento del enemigo, por no darle lugar á que se pudiese rehacer ni fortalecer en ninguna parte; mas fuele forzado al Marques de Mondejar detenerse, porque fue avisado, que desde algunas de aquellas cuevas, los Moros que estaban metidos dentro, como hombres que el temor del mal que esperaban los hacia arriscar el peligro, decian palabras contra nuestra santa fe catholica, vanagloriandose de que eran Moros, y querian morir por Mahoma. Esto indignó grandemente al Marques de Mondejar, y mucho mas quando supo, que desde una de ellas habian arrojado hácia los Christianos, como por escarnio, la figura de un Christo crucificado hecha pedazos, diciendo: "Perros, tomad allá vuestro Dios," y otras cosas que no merecian menos que riguroso castigo; como en efeto se hizo, combatiendolas y ganandolas por fuerza de armas, y justiciando á todos los hombres que hallaron dentro. En una de estas cuevas se metieron dos Moros con sus mugeres y hijos, y con nueve Christia-

nas

nas captivas con fin de huir el rigor de los soldados, y darse á partido despues: los quales se rindieron luego que nuestro campo llegó. Y el Marques no solamente los admitió, mas se sirvió de ellos despues para espias: y aprovecharon mucho en cosas que se ofrecieron. Reducieronse en este alojamiento muchos Moros de los principales, y todos eran admitidos graciosamente, y se les daban salvaguardias para que se volviesen seguramente á sus pueblos. Pero esta humanidad acrecentaba la ira á los caudillos monfis, porque veían, que cargandoles á ellos toda la culpa, no les dexaban lugar de perdon; y aun los proprios Christianos, que sabian poco de la disension que andaba entre los Moros, juzgaban, que los que se reducian eran compelidos de necesidad y de miedo, por verse metidos entre dos exercitos enemigos, en tiempo que no podian durar mas en las sierras á causa de los duros frios y grandes nieves que caían. Desde Uxixar escribió otra carta Don Alonso de Granada Venegas á Aben Umeya en conformidad de la primera, diciendole: "Que le pesaba mucho que un caballero de su calidad, y de tan buen entendimiento, hubiese tomado camino de tan gran perdicion para sí y para toda la nacion Morisca: que compadeciendose de él y de su nobleza, le aconsejaba como amigo lo remediase con darse llanamente á merced de su Magestad, pues estaba á tiempo de poderlo hacer: que le certificaba que hallaria lugar de misericordia, porque era principe tan humano, que no miraria al yerro, sino al arrepentimiento: y que dexando aquella quimera vana y odiosa á los oidos de su señor y Rey natural, tomase resolucion breve, que mucho le convenia: porque él sabia del Marques de Mondejar que le seria buen

intercesor." Hasta aqui decia la carta, la qual fue luego á sus manos, y le tuvo harto suspenso, y casi determinado á rendirse, si fixando el animo entre temor y esperanza, no le cegara otro suceso, que diremos adelante.

CAPITULO XXIV.

Como el campo del Marques de Mondejar fue á Íniza y á Paterna en busca de los enemigos: y de los tratos que hubo para que Aben Umeya se reduxese.

Avisado el Marques de Mondejar como los Moros estaban en Paterna, y que se habian juntado mas de seis mil hombres, la mayor parte de ellos del marquesado del Zenete, y puestose en la cuesta de Íniza, que está media legua de Paterna, con demostracion de querer defender el paso; aunque la subida era aspera y tan dificultosa, que poca gente parecia poderla defender á mucha, quiso ir luego en su demanda, antes que se fortificasen mas. Haciendo pues reconocer el sitio del enemigo, que tenia dos retiradas, la una á la parte de Sierra nevada, que no se le podia quitar, por tenerla á las espaldas, y ser de calidad que no la podian hollar caballos; y la otra á la sierra de Gádor hácia la mar, que para ir á tomarla se habia de atravesar un gran llano, que está entre Paterna y Andarax, mandó á los capitanes Gonzalo Chacon y Lorenzo de Leyva, que con sus estandartes de caballos, y trescientos arcabuceros, á orden del capitan Alvaro Flores, fuesen hácia Codbaa, que era uno de los lugares ya reducidos, á poner cobro en las Christianas captivas, que alli habia, antes que los Moros de guerra las matasen, ó se las llevasen

á

á otra parte; y haciendo dar municiones y bastimento para marchar á toda la gente, el miercoles veinte y seis dias del mes de Enero partió de Uxixar con todo el campo puesto en su ordenanza; aunque le faltaban muchos soldados, que se habian vuelto desde la desorden de Jubíles. Y llegando cerca del lugar de Chirin, que está una legua pequeña de Uxixar, vinieron á él tres Moros con una banderilla blanca de paz, y le dieron una carta de Aben Umeya, en que decia: "Que procuraria hacer que los alzados se reduxesen; y lo mesmo haria de su persona, dandole tiempo para ello; y que entretanto que esto se hacia, no permitiese que pasase el campo adelante, porque alterando la tierra con desordenes, no se interrumpiese el negocio de las paces." A esto le respondió el Marques de Mondejar: "Que lo que habia de hacer, y mas le convenia, era abreviar y venirse á rendir llanamente con la gente, armas y banderas, que tenia consigo, porque los demas cada uno miraria por su cabeza: y que haciendo lo que era obligado por su parte, le seria tan buen tercero, como veria por la obra; mas que si tardaba en determinarse, entendiese que le faltaria lugar de misericordia." Estas palabras, y dos cartas que le escribieron Don Luis de Córdoba, y Don Alonso de Granada Venegas, rogandole, que tomase el buen consejo, llevaron los tres Moros por respuesta; mas nuestro campo, no por eso dexó de proseguir su camino, yendo marchando siempre su poco á poco. No mucho despues llegó otro Moro con otra carta del mesmo Aben Umeya en respuesta de la que Don Alonso de Granada Venegas le habia escrito desde Uxixar, diciendo: "Que tomaria su consejo, y se reduciria: y que para que hubiese efeto, y se tratase de la se-

guridad que habia de haber, le rogaba diese orden como se viesen tres á tres." Esta carta mostró luego Don Alonso Venegas al Marques de Mondejar, y le suplicó, que no pasase aquella noche el campo de Íniza, y que le diese licencia para verse con Aben Umeya, como decia: el qual holgó de ello, y se la dió; y con esto volvió el Moro á Paterna. Llevaba el Marques determinado de no parar hasta llegar al enemigo, y con esta novedad acordó de quedarse en Íniza: y como para haberse de alojar el campo, fue necesario que las mangas de la arcabuceria pasasen delante del alojamiento para hacer escolta, como es orden de guerra, los Moros que estaban á la mira encima de la cuesta y del camino, puestos en dos esquadrones de cada tres mil hombres, entendieron que todo el campo iba la vuelta de ellos, y mayormente quando vieron que los arcabuceros Christianos tomaban lo alto de la sierra hácia donde tenian su retirada. No se habia aun alojado el campo, mas queria el Marques volver á tomar alojamiento en el lugar de Íniza, que ya lo habia dexado atras, quando la manga de la mano izquierda, que llevaba el capitan Juan de Luxan, y el sargento mayor Pedraza, se encaramó tanto, que llegó á escaramuzar con el esquadron de los Moros, que estaban hácia aquella parte; y acudiendoles otra arcabuceria, les hicieron perder el sitio, y los pusieron en huida. Sucedió pues, que quando la escaramuza comenzó, Aben Umeya acababa de oir la respuesta del Marques, y tenia las cartas en las manos, que las abria ya para leerlas: y como vió que los Christianos iban la sierra arriba, y que los suyos huían desvergonzadamente, entendiendo que todo lo que Don Alonso Venegas trataba era engaño, echó las cartas en el suelo,

lo, y subiendo á gran priesa en un caballo, dexó su familia atras, y huyó tambien la vuelta de la sierra: luego lo siguió la otra vil gente, procurando cada qual ponerse en cobro. Nuestras mangas iban ya tan encumbradas con el suceso de la vitoria, que le fue necesario apresurar el paso, y le hicieron dexar el caballo para embreñarse á pie por lo mas aspero con solos cinco Moros que le quisieron seguir, uno de los quales dejarretó el caballo, porque no hubiesen de él provecho los Christianos. Los demas todos, despertandolos el temor de la ira, hicieron lo mismo; y los soldados, siguiendo el alcance, mataron muchos de ellos, y les tomaron gran cantidad de mugeres y de bagages cargados de ropa: y algunos se adelantaron tanto, que entraron en Paterna, y captivaron la madre y hermanas de Aben Umeya, y á su no ligitima esposa, y á otras muchas Moras; y pusieron en libertad mas de ciento y cincuenta Christianas, que tenian captivas. El Marques, que todavia quisiera aguardar á que se dieran á partido, viendo el efeto que se habia hecho, llegó con su guion hasta unos encinares que tenian á caballero el lugar; y haciendo alto, mandó que la gente volviese á Iniza, donde habia de ser el alojamiento: y el siguiente dia fue á Paterna, sin hallar quien le hiciese estorvo en el camino. Sobre este alto del encinar, que el Marques de Mondejar hizo, hubo hartas platicas, como suele acaecer entre los que, sin saber los desinios de los superiores, juzgan las cosas conforme á sus apetitos. Decian algunos, que por hacer alto se habia dexado de acabar la guerra aquel dia, quitandoles de la mano una cumplida vitoria: y que detener los soldados habia sido, que del todo no diesen cabo de los Moros, que de tanta utilidad eran en aquel

rey-

reyno despues de reducidos; y otros que sabian el fin porque se habia hecho, y la voluntad de su Magestad, que era allanar el reyno con el menor daño que ser pudiese de sus vasallos, con mejor juicio aprobaban lo que se habia hecho.

CAPITULO XXV.

Como partió el campo de Paterna, y fue á Andarax: y como sin pasar adelante volvió á Uxixar para hacer la jornada de las Guájaras.

Estuvo nuestro campo en Paterna aquella noche, donde los soldados fueron abundantemente bastecidos de harina, aceyte, queso, carne y cebada, de lo que los Moros dexaron en sus casas: y fue harto menos lo que comieron, que lo que desperdiciaron. Otro dia viernes veinte y ocho de Enero se fue á alojar á Lauxár de Andarax, donde estaban ya Alvaro Flores, y los otros capitanes, menos conformes de lo que convenia en semejante ocasion. La causa de la discordia habia sido cudicia, porque los capitanes de la caballeria quisieran tomar por esclavos todos los Moros y Moras, que se habian venido á guarecer en las casas de los reducidos, diciendo, que no se entendia con ellos la salvaguardia; y Alvaro Flores se lo habia contradicho con la orden que llevaba del Marques, para conservar los que se hubiesen ya reducido, y todos los que se viniesen á reducir. El qual mandó, que no tocasen en los unos, ni en los otros, sino que los dexasen estar libremente en sus casas, sin darles pesadumbre. Cobraron libertad en estos tres lugares, Codbaa, Lauxár y el Fondón, mas de tres-
cien-

cientas mugeres Christianas; y los reducidos presentaron al Marques de Mondejar un niño, hijo de Don Diego de Castilla, señor de Gor, que le habian captivado en el Boloduy. Estos dixeron, como la gente, que habia huido de Paterna, iba derramada por aquellas sierras, y que sin falta se reduciria la mayor parte de ella; y que á la parte de Ohanez se habia recogido otra mucha gente, que los mas eran viejos, y mugeres y muchachos, que tambien se reducirian enviandoselo á requirir. Teniendo pues dada orden el Marques de Mondejar á Don Francisco de Mendoza y á Don Juan de Villa Roel, que con mil hombres, entre infantes y caballos, partiesen el sabado veinte y nueve de Enero la vuelta de Ohanez, despues la suspendió, por entender que se habia ido de alli la gente de guerra, y que solamente sirviera aquella ida de dar que robar á los soldados, y hacer que captivasen gente inutil, que con rustica simpleza no sabian determinarse en lo que habian de hacer. Y juntando los de su consejo para ver lo que mas convenia, conforme á las ordenes de su Magestad, se acordó, que lo mas seguro para allanar la tierra seria poner presidios en los lugares reducidos, y particularmente en Andarax, Uxixar, Verja y Pitres de Ferreyra, y que se llevasen alli todos los bastimentos que se pudiesen juntar de los otros lugares: y recogiendo á los que se viniesen á reducir buenamente, hubiese quadrillas de soldados hombres del campo que corriesen la tierra, y persiguiesen á los pertinaces. Para este efeto se mandó, que Alvaro Flores con seiscientos soldados fuese luego á la sierra de Gádor, donde dixeron las espias que andaban muchos Moros de los que habian huido de las rotas del Marques de los Velez, persua-

suadiendo y estorvando á los demas que no se viniesen á reducir, y allanase aquella tierra. Desde Andarax escribió el Marques de Mondejar una carta al Marques de los Velez, haciendole saber lo que se habia hecho en aquella guerra. Deciale, como Aben Umeya habia sido desbaratado quatro veces: que no habia osado parar en la Alpuxarra, y con solos cincuenta ó sesenta hombres, que le seguian, andaba huyendo de peña en peña: y que entendiendo que seria de mas importancia poner presidios, y enviar mil hombres sueltos en quadrillas, que deshiciesen algunas juntas de hombres perdidos que andaban desmandados, que traer campos formados, habia acordado de lo hacer ansi; y le avisaba de ello, para que le enviase su parecer, conformandose con la orden que de su Magestad tenia. Esto todo era á fin de que teniendo el Marques de los Velez por acabado el negocio de la guerra con la reducion, se dexase de proseguir en ella. El qual respondió despues de la de Ohañez bien diferente de lo que el Marques de Mondejar pretendia, condescendiendo á su mesmo efeto, que era acabar él por la via del rigor la guerra. Habianse recogido en este tiempo en los lugares de las Guájaras, que son tierra de Salobreña, muchos Moros de los lugares comarcanos á la fama de un fuerte peñon que está por cima de Guájara alta, y de alli salian á correr la tierra: y salteando por los campos y caminos hácia la parte de Alhama, Guadix y Granada, mataban los caminantes, quemaban las caserias de los cortijos, y llevabanse los ganados. Estas y otras correrias que los Moros hacian á diferentes partes, indignaban grandemente á los ministros de su Magestad, que residian en Granada, y á los ciudadanos, pareciendoles, que todo lo que decian

cian

cian los Moros cerca de la reducion era fingido, para entretener y asegurar á los Christianos, pues por una parte mostraban quererse reducir, y por otra salian á hacer robos y salteamientos. Sospechando pues el Marques de Mondejar, que si se detenia mucho, darian otro dueño á aquel negocio; y aun siendo avisado, que el proprio Conde de Tendilla su hijo queria salir á hacer aquella jornada, teniendo ya por acabado lo de aquella parte donde andaba, dió vuelta á Uxixar, suspendiendo por entonces el hacer de los presidios, hasta tener allanadas las Guájaras. Cinco dias estuvo en aquel lugar, dando orden en la jornada que habia de hacer, y aligerando el campo de la gente inutil, que solamente servia de embarazar los bagages y comerse los bastimentos. Entre las otras cosas que proveyó, fue mandar entregar mil Moriscas de las que habian quedado vivas en Jubíles, y captivadose despues en Paterna, á tres alguaciles reducidos que estaban en el campo, llamados Miguel de Herrera, alguacil de Pitres de Ferreyra, Garcia el Baba de Uxixar, y Andres el Adrote de Nechíte: las quales se les entregaron por mano del beneficiado Torrijos, con orden que las diesen á sus maridos, padres y hermanos; y les notificasen, que las tuviesen en deposito, para volverlas cada y quando que les fuesen pedidas. El viernes vino á este alojamiento Alvaro Flores, habiendo corrido la sierra de Gádor y de Níjar, y hecho poco efeto. Tambien llegó el capitan Juan Rico con trescientos infantes, que enviaba el Marques de Comares á su costa para servir en esta guerra.

CAPITULO XXVI.

Como el Marques de los Velez partió con su campo hácia lo de Andarax, y desbarató los Moros que se habian recogido en la sierra de Ohanez.

Desde diez y nueve de Enero que el Marques de los Velez llegó á Filíx, no mudó el campo, ni hizo cosa memorable, aguardando, segun él decia, á que los soldados y caballos se restaurasen del cansancio del camino, hasta que á treinta del dicho mes se mudó para hacer algun efeto, con ocasion de una carta de su Magestad, en que le avisaba, como los rebelados habian enviado á pedir socorro á Berbería; y se tenia aviso cierto, que para la luna de Febrero les vendrian navios de Argel y de Tetuan con gente y municiones, y que convenia que estuviese sobre aviso. Quiriendo pues ir á la sierra de Inóx, donde tenia nueva que habia un buen golpe de enemigos, que se habian recogido en compañia de los de Níjar y de los otros lugares de la comarca, fue avisado como Don Francisco de Cordoba, hijo de Don Martin de Cordoba, Conde de Alcaudete, que por mandado de su Magestad habia tres dias que se habia metido en Almería, iba allá con la gente de tierra y de las galeras del cargo de Gil de Andrada. Y pareciendole que no habia que hacer en aquella parte, por no estar ocioso acordó de ir la vuelta de Andarax, ó por mejor decir á Ohanez, donde se habian juntado aquellos Moros que diximos en el capitulo precedente, no teniendo aviso, ó disimulandolo, de lo que el Marques de Mondejar dexaba hecho. Con este presupuesto lle-

llegó á Canjáyar, lugar de la taa de Lúchar, á treinta y un dias de Enero; y como los corredores, que iban delante, volviesen á decirle, que en una loma de Sierra nevada, cerca del lugar de Ohanez, habian visto gran cantidad de Moros, mandó enderezar hácia ellos el siguiente dia, vispera de la Purificacion de nuestra Señora. Llevaba las ordenanzas muy bien repartidas, conforme á la dispusicion de la tierra, que es aspera; y apartandose obra de una legua del rio, por laderas y cuestas dificiles de hollar con caballos, llegó la vanguardia á alcanzar la retaguardia de los enemigos en otro sitio mas aspero y mas fragoso del que primero tenian, porque en la hora que vieron nuestro campo, procuraron tomar lo mas alto de la sierra, echando las mugeres y bagages por delante, y quedandose los hombres de guerra atras, obedeciendo á su capitan Tahali, que animosamente hizo rostro, representando forma de batalla con las banderas tendidas y el sonido de los atabales y dulzaynas, y alaridos que atronaban aquellos valles. El qual los animó para la pelea con estas razones: "Adelante, valerosos hombres, y hermanos mios, que no nos importa menos el vencer, que librar nuestras personas y las de nuestras mugeres y hijos de muerte y captiverio. Los que decis que por mi respeto os levantastes, pelead en esta ocasion, libraréis vuestra causa de culpa; lo que no podreis hacer siendo vencidos, porque ningun vencido es tenido por justo, quedando por juez de ella el vencedor enemigo." No esperaron los animosos barbaros á que nuestra gente llegase, favorecidos del sitio: los quales tomando animo con las palabras que el Moro les decia, aunque eran muchos menos, y estaban peor armados, se vinieron á nuestros esquadrones, y

los acometieron por el lado izquierdo, cargando á un mesmo tiempo por diferentes partes. Era este lugar y sitio donde los Moros se habian juntado asaz fuerte para poderse defender, aunque de agüero infelice á su nacion, porque alli se habian juntado en la rebelion pasada en tiempo de los Reyes Catholicos; y siendo cercados y acosados por el Conde de Lorin, habian perecido de hambre, y por eso le llamaban el Cosar de Canjáyar, como si dixesemos, el lugar de la hambre. Serian los Moros como dos mil hombres de pelea, sin la gente inutil, que era mucha; mas los nuestros eran cinco mil infantes, los mil y doscientos arcabuceros, y mas de ochocientos ballesteros: los otros iban armados con lanzas, alabardas y espadas y rodelas, y quatrocientos caballos muy bien en orden. Con esta gente resistió el Marques de los Velez el impetu de los enemigos, que fue muy grande; y subiendo de abaxo para arriba, se travó una reñida y sangrienta pelea, en la qual comenzó nuestra vanguardia á afloxar, porque los Moros peleaban con tiros, saetas y piedras tan determinadamente, que sin temor holgaban de trocar sus vidas con muerte de los que tenian delante. Convino que el Marques de los Velez acudiese personalmente al peligro comun, acompañado de muchos caballeros, gente valerosa: con los quales socorrió y reparó la flaqueza de los suyos, acometiendo á los enemigos por el lado derecho. Y peleando con ellos y con la aspereza de la tierra, que no menor resistencia le hacia, los desbarató y puso en huida, y apretó de manera, que no les dexó lugar de rehacerse, siguiendo el alcance mas de una legua la sierra arriba, por donde parecia imposible poder subir los caballos. Murieron este dia mil Moros, y perdieron muchas

chas banderas, y fueron captivas mil y seiscientas almas entre mugeres y niños; y el despojo de bagages cargados de ropas y joyas de precio, y de ganados, fue muy grande. Cobraron libertad treinta Christianas que llevaban captivas, habiendo degollado con barbara crueldad el dia antes otras veinte, y entre ellas algunas doncellas hermosas y nobles, que las proprias Moras las habian hecho matar, y vituperadolas con mil generos de vituperios; mas no quedaron sin castigo, porque los soldados mataron algunas en la pelea, y otras en el alcance, que aunque Moras, hacian lastima, por ser mugeres: la qual se convirtió en ira luego que se entendió la maldad que habian hecho. Los Moros que escaparon de esta rota, unos se embreñaron por las sierras, otros se metieron en unas cuevas muy fuertes, que estan sobre aquel rio, y alli se pusieron en defensa: y todos los que fueron presos, no habiendo osado morir peleando, fueron ahorcados. Christianos hubo algunos muertos, y muchos heridos de arcabuz y de saetas con hierba, y otros de pedradas y de cuchilladas, y peligraron hartos de ellos. Habida esta vitoria, se alojó nuestro campo en Ohanez, donde fue otro dia celebrada la fiesta de la gloriosa virgen Señora nuestra con gran solenidad, yendo el Marques de los Velez y todos los caballeros y capitanes en la procesion armados de todas sus armas, con velas de cera blanca en las manos, que se las habian enviado para aquel dia desde su casa, y todas las Christianas en medio vestidas de azul y blanco, que por ser colores aplicadas á nuestra Señora, mandó el Marques que las vistiesen de aquella manera á su costa. Anduvo la procesion por entre las esquadras armadas, que le hicieron muy hermosas salvas de arcabu-

ce-

ceria, y entró en la iglesia cantando los clerigos y frayles del exercito el cantico de *Te Deum laudamus*, y glorificando al Señor en aquel lugar, donde los hereges le habian blasfemado. De esta vitoria concibió luego el Marques de los Velez, que si el Marques de Mondejar, no quiriendo gastar mas tiempo en la Alpuxarra, se salia de ella, asi por tener la gente y los caballos fatigados del largo y fragoso camino por donde habia andado, como por parecerle que estaba ya todo acabado, podria entrar él con qualquiera ocasion con su campo, que estaba descansado y brioso con el refresco de Ohanez, y hacerse dueño del negocio de aquella guerra para acabarla por su mano. Y al fin lo consiguió, aunque no de esta vez, porque se fueron la mayor parte de los soldados con los despojos, y hubo de levantar su campo de Ohanez, y volver por la taa de Marchena á Terque, donde estuvo muchos dias suspenso, hasta que despues pasó á Verja; y con este intento escribió al Marques de Mondejar, en respuesta de la de Andarax, diciendo: "Que los Moros que habian huido de la rota de Ohanez eran muchos, y que le parecia ser necesario mas que quadrillas para deshacerlos; y que hiciese por su parte lo que pudiese, porque ansi haria él de la suya."

CAPITULO XXVII.

Como Don Francisco de Cordoba fue sobre el fuerte de la sierra de Inóx.

Estando el campo del Marques de los Velez en Filíx, Don Francisco de Cordoba entró en Almería, y fue avisado, como Francisco Lopez, alguacil de Tavernas, y otros

otros habian fortalecido un fuerte peñon, que está sobre el lugar de Inóx, y metidose dentro con las mugeres y muchos bastimentos, y que estaban con ellos Moros de Berbería y Turcos, que habian venido aquellos dias en unas fustas, no enviados por sus Reyes, sino aventureros: los quales habian prendido poco antes una espia que enviaba Don Garcia de Villa Roel, y dadole cruel muerte espetado en un asador de hierro. Quiriendo pues hacer esta jornada, y pareciendole que habia poca gente en la ciudad para poder llevar y dexar, escribió al Marques de los Velez á Filíx, que le enviase alguna, conforme á la orden que de su Magestad tenia para ello; porque quando se mandó á Don Francisco de Cordoba, que fuese á meterse en Almería, y se le encomendó la guardia de aquella ciudad, se le avisó, que el Marques de los Velez tenia orden para proveerle de gente, y de todo lo que hubiese menester. Mas él no le respondió sí, ni no. Y viendo Don Francisco de Cordoba que tenia mal recaudo en él, despachó un correo á Pedro Arias de Avila, corregidor de Guadix, y aun avisó á su Magestad, como aquellos alzados aguardaban por horas doce baxeles con setecientos Turcos, y le envió una carta arabe, que un Moro escribía á un Morisco de Almería, en que le decia, que Aben Umeya habia despachado dos Moros para Argel, pidiendo socorro. Estos despachos partieron de Almería á veinte y ocho de Enero en la noche; y otro dia de mañana llegó á la playa Gil de Andrada con nueve galeras y cantidad de bastimentos y municiones para provision de la ciudad, y dandole parte Don Francisco de Cordoba del negocio de Inóx, le pidió trescientos soldados para con ellos y la gente de la ciudad hacer la jorna-

na-

nada: el qual se los dió, y por cabo de ellos á Don Juan Zanoguera, aunque difirieron al principio sobre la manera como se habia de repartir la presa, y sacar el quinto y diezmo de ella, que por nuestros pecados en esta era reynaba tanto la cudicia, que escurecia la gloria de las vitorias; mas al fin se conformaron en que se hiciese dos partes de ella, y que la una llevase la gente de tierra, y la otra la de la mar, sacando primero el quinto y el diezmo para el capitan general. Luego se apercibieron de todo lo necesario para el camino, y aquella mesma tarde partieron de Almería, pensando hacer el efeto amaneciendo otro dia sobre Inóx, y volver á la noche á la ciudad; mas no fue posible, porque la guia los llevó rodeando, y quando llegaron á vista de los enemigos, eran las nueve horas de la mañana, domingo treinta dias del mes de Enero. Este peñon tiene la entrada tan dificultosa y aspera, que parece cosa imposible poderlo expugnar, habiendo quien le defienda; y tiene otra montaña encima de él, de donde procede, que la fortalece por aquella parte, donde hace una baxada fragosisima de peñas y piedras, que no tiene mas de una angosta senda para subir ó baxar de la una parte á la otra; y como nuestros capitanes vieron los Moros puestos en sitios tan fuertes, juntandóse á consejo trataron lo que se debria hacer, y hubo entre ellos diferentes pareceres. A los que parecia que habria dilacion, se les representaba haber dexado la ciudad y las galeras en peligro; y á esto añadian otras muchas razones, que al parecer eran suficientes para dexar la jornada, y volver á poner cobro en lo uno y en lo otro; mas al fin se resolvieron y conformaron en que se difiriese el acometimiento del fuerte hasta otro dia, por ser tarde,

de, y parecerles que era bien comenzar desde la mañana. Y porque no quedase diligencia por hacer, Don Francisco de Cordoba, quiriendo entender el intento de los Moros, y si se reducirian sin pelear, les envió á apercebir con un Morisco de paces, diciendo, que si se quietaban y se volvian á sus casas, dexando las armas, y dandose á merced de su Magestad, los favoreceria para que no fuesen maltratados. Mas los barbaros mal confiados y sospechosos, teniendo por consejo poco seguro el de su enemigo, y pareciendoles que el Morisco iba con aquel achaque á espiar y ver la fortificacion que tenian hecha, le prendieron, y hicieron morir empalado, poniendole en una alta peña á vista de nuestra gente. Habia amanecido este dia claro y sereno, y como hácia la tarde cargasen ñublados con tempestad de agua y vientos, los soldados, que por ir á la ligera, no llevaban capas ni con que abrigarse, despues de haber resistido un gran rato, esperando que pasasen unos turbiones tras de otros, se fueron á guarecer en las casas del lugar de Inóx. No habian aun acabado de entrar dentro, quando á gran priesa se tocó arma, porque vieron venir derechos á las mesmas casas un tropel de Moros, que con ser el tiempo fosco representaban mayor numero de gente de la que era: los quales no pasaban de treinta hombres, y venian bien descuidados de que hubiese Christianos en aquel pueblo, huyendo de los soldados del campo del Marques de Mondejar; y acercandose adonde andaban tres hombres desmandados, antes de reconocidos les mataron uno de los compañeros; y como reconocieron el peligro, volvieron las espaldas la vuelta de la sierra. Don Garcia de Villa Roel los siguió, aunque tarde y de espacio, y el efeto que hizo

fue recoger dos Christianas doncellas, hijas de un vecino de Almería, y un hijo del gobernador de Boloduy, que llevaban cautivos. Este dia con toda la tempestad que hacia mandó Don Francisco de Cordoba, que fuesen los bagages á la ciudad por bastimentos; y Don Garcia de Villa Roel con doscientos arcabuceros de su compañia, les hizo escolta, hasta ponerlos un quarto de legua de alli, donde está un paso, que necesariamente habian de pasar los enemigos, quiriendo atravesar de su fuerte al camino de Almería. Y viendo andar en un barranco, que está hácia el fuerte, cantidad de ganado con unos pastores, envió á Julian de Pereda con ocho soldados, que recogieron parte de ello, con que la gente satisfizo á la necesidad humana aquella noche. Otro dia de mañana, sospechando que los Moros querrian restaurar aquella perdida, dando en los bagages, quando volviesen cargados de bastimentos, Don Garcia de Villa Roel se puso en el mismo pasó con sesenta arcabuceros y veinte caballos; y quando los bagages hubieron pasado al campo, quiriendo él reconocer las fuerzas del enemigo, y entender si tenia mucha escopeteria, y qué Turcos habia, pasó el barranco, y mandó á dos cabos de esquadra, que con cada doce soldados tomasen dos veredas fragosas, por donde los Moros podian baxar del peñon hácia el mediodia, que era la parte donde él estaba, porque no tenian otra baxada por donde poderle acometer, sino era con mucho rodeo. Puso á Julian de Pereda con la otra infanteria doscientos pasos atras, cerca de donde hizo alto con la caballeria, para darles calor y orden de lo que habian de hacer. Los Moros baxaron luego de su fuerte, dando grandes alaridos; y siendo mas de quinientos hombres, echaban á rodar grandes

des peñas sobre los nuestros, que estaban libres de aquel peligro, cubiertos de dos peñascos muy altos y derechos, que hacian pasar de vuelo las peñas y piedras, sin ofenderlos. Tampoco les podian hacer daño con los arcabuces y saetas, porque las pelotas pasaban por alto, y las saetas no llegaban; antes eran ellos ofendidos de la arcabuceria que les tiraba de abaxo para arriba con mas seguridad y mejor punteria. Andando pues la escaramuza travada, los Moros, que veían su pleyto mal parado, comenzaron á desmayar, y muchos de ellos volvian huyendo hácia el peñon, quando un capitan Turco llegó en su favor con algunos escopeteros, y haciendo volver á palos á los que huían de la escaramuza, cerró determinadamente con los soldados; diciendo á voces: "En vano fuera mi venida de Africa, si pensára que quatro Christianos se me habian de defender detras de una piedra, en medio del campo, teniendo tanto numero de valerosos mancebos alderredor de mí. Ea pues, amigos mios, seguidme, que con las cabezas de estos pocos que tenemos delante, aseguraremos nuestro partido." Con estas palabras se animaron, y llegaron con gran determinacion á los soldados de los cabos de esquadra, que aunque eran pocos, defendieron su puesto, y les hicieron perder la furia que traían. No aprovecharon las palabras, las obras, ni las amenazas del Turco, ni muchos palos y cuchilladas que daba á los que huían de nuestra arcabuceria, que ya estaba toda junta, á hacerles que baxase la vil canalla á pelear, hasta que vieron venir quatro de á caballo, y seis arcabuceros, que Don Garcia de Villa Roel habia enviado á otro barranco, que está á la parte de levante, con mas de dos mil cabezas de ganado mayor y menor. Entonces movidos

mas del interes, que por miedo de las bravatas del capitan Turco, hicieron un acometimiento tan determinado, que se entendió que llegáran á las manos con nuestra gente; y al fin, siendo las veredas angostas, y hallandolas ocupadas de la arcabuceria, que los hacia tener á lo largo no cesando de tirar, hubieron de retirarse con daño. Volvió Don Garcia de Villa Roel á Inóx, y refirió, que á su parecer tenian los enemigos pocos tiradores, y que seria bien acometerlos, ántes que les acudiesen de otra parte. Solo habia un inconviniente, que era no haber cesado la tempestad del viento, antes ido en crecimiento; mas bien considerado, era igualmente fastidioso á los unos y á los otros: y asi se determinaron los capitanes de subir el miercoles dia de la Purificacion de nuestra Señora al peñon, que fue el mesmo dia que el Marques de los Velez celebró la fiesta en Oharez. Aquella noche se juntaron á consejo para la orden que se habia de tener en el combate, y lo que acordaron fue, que ántes que amaneciese, partiesen Don Francisco de Cordoba y Don Juan Zanoguera con la gente de á caballo, y parte de la infanteria de vanguardia; y luego Don Garcia de Villa Roel y Don Juan Ponce de Leon marchando poco á poco con la otra gente toda de retaguardia: porque los primeros, á la hora que encumbrasen el cerro, habian de tomar un rodeo hácia la parte de levante, donde habia mejor disposicion para baxar al peñon, y quitar al enemigo la retirada; por manera que, compasando el camino, llegasen todos á un mesmo tiempo. Y con esta resolucion mandaron dàr racion y municion á la gente, y que se apercibiesen para el combate.

CA-

CAPITULO XXVIII.

Como se combatió y ganó el fuerte de la sierra de Inóx.

Cesó la tempestad del viento aquella noche, y al quarto del alba salió nuestra gente de Inóx, dexando cien soldados en el lugar con dos esmeriles que habian llevado de Almería, pensando poderse aprovechar de ellos. Alli quedó el bagage y el ganado, y toda la otra gente, que serian seiscientos tiradores, doscientos hombres de espada sola, y quarenta caballos, puesta en dos esquadrones, fueron la vuelta del enemigo. La vanguardia que llevaba Don Francisco de Cordoba comenzó á subir por una vereda aspera, y tan angosta, que con dificultad podian ir por ella mas que un hombre tras de otro, y con trabajo, por la grande escuridad que hacia: el qual fue rodeando hácia Güebro, lugar de Almería, que está á la parte de levante de esta sierra, que, como diximos, esta á caballero sobre el peñon, donde tenian los enemigos hecho su alojamiento: los quales recelando la entrada de los Christianos por aquella parte, habian puesto su cuerpo de guardia y centinelas en la cumbre mas alta; y siendo sentidos los que subian con el ruido que llevaban, comenzaron á saludarlos con las escopetas. Don Francisco de Cordoba recogió sus soldados lo mejor que pudo, y aunque era de noche, pasó adelante, siguiendo á los adalides del campo que guiaban, y fue á ocupar lo alto por el mas conviniente lugar, para baxar por alli á dar en el enemigo, como estaba acordado. Don Garcia de Villa Roel, que llevaba la retaguardia, aunque oyó los tiros de las escopetas,

no

no pudo ver con la escuridad lo que la vanguardia hacia; y dandose priesa á caminar, quandó llegó cerca de unas peñas altas, halló obra de treinta Christianos que daban Santiago en unos Turcos escopeteros que estaban detras de ellas; y creyendo que eran de los que iban con él, se adelantó, y los fue animando hasta llegar á otras peñas tan altas y fragosas, que le compelieron á dexar el caballo para subir á ellas. En esto se detuvo tanto espacio, segun lo que despues nos decia, que quando volvió á juntarse con los treinta Christianos, ya ellos andaban á las manos con los Turcos; mas como era la noche tan escura, los unos ni los otros sabian qué numero de gente era la que tenian delante, y todos estuvieron de buen animo, hasta que riendo el alba los nuestros se reconocieron, y se tuvieron por perdidos, viendose tan pocos, opuestos á tan grande numero de enemigos, que pasaban de quinientos hombres entre Turcos y Moros los con quien peleaban; y ellos eran por la mayor parte clerigos y acolitos de la iglesia mayor de Almería, y procuradores y papelistas, que ninguno habia sido soldado, sino era un viejo de mas de sesenta años, natural del Almazarron, manco de las dos manos. Este viejo con el animo exercitado en las armas, se puso delante de todos con un lanzon en la mano, y los comenzó á esforzar, como lo pudiera hacer un animoso y fuerte capitan: y fue bien menester, porque á la mayor parte de arcabuceros se les habian apagado las mechas, por estar mal cocidas, cudicia diabolica y tan perjudicial de los maestros que la hacen, que porque pese mas no la dexan bien cocer, y aun de los proveedores que se la compran por mas barata. No se defendian los nuestros ya sino con piedras,

on y

y piedras eran las que los ofendian ; y era bien menester estirar los brazos , y reparar las cabezas , porque caían sobre ellos como granizo las que los enemigos les enviaban , cargandolos tan denodadamente , que se tuvieron dos veces por perdidos; mas defendiólos el bienaventurado Apostol Santiago, invocando su vitorioso y santo nombre. Estando pues la pelea suspensa , siendo ya claro el dia , los enemigos dieron á huir ; y sabida la causa, fue porque Don Francisco de Cordoba, peleando con los que le defendian el otro paso, los habia desbaratado, y acudian á juntarse con los otros hácia el peñon, donde pensaban defenderse, por ser sitio mas fuerte. Retirados los Moros , y ganada la sierra , nuestros capitanes los fueron siguiendo hasta el peñon : en el qual hallaron mayor resistencia de la que se pudiera pensar. Alli pelearon los enemigos como hombres determinados á perder las vidas por la libertad de sus mugeres y hijos, que tenian por compañeras en la presencia del peligro ; y resistiendo valerosamente el impetu de nuestros soldados , mataron algunos, y hirieron mas de doscientos de escopeta , saeta y piedra. Al alferez Juan de las Eras hirió un Moro de una puñalada; á Don Diego de la Cerda dieron una mala pedrada en el rostro; y á Julian de Pereda le hicieron pedazos la bandera entre las manos, y le molieron el cuerpo á pedradas. Y llegó á tanto el negocio, que los soldados, olvidados de que eran acometedores, sin tener respeto á sus capitanes, volvieron las espaldas, dexando atras las banderas y el estandarte de caballos á discrecion del enemigo. Lo qual todo se perdiera , si Dios no lo remediara , esforzando á los que pudieron ser parte para detener la gente que se retiraba, y para resistir la furia de los

los enemigos. Estos fueron Don Francisco de Cordoba, Don Juan Zanoguera, Don Garcia de Villa Roel, Don Juan Ponce de Leon, Pedro Martin de Aldana, y Juan de Ponte, escudero particular: los quales atajando una parte de la gente, socorrieron las banderas á tiempo que fue bien menester. Andando pues los capitanes recogiendo los soldados, y haciendolos volver á pelear, se acercaron á unas peñas, que estaban á la mano izquierda del peñon, donde les pareció que habia poca gente; no porque entendiesen que podian subir por ellas, porque eran muy asperas, sino por ver si podrian divertir al enemigo, llamandole hácia aquella parte. Mas sucedióles la ocasion en todo favorable, porque los Moros no pudiendo creer que pudiera subir por alli criatura humana, confiados en la fragosidad de las peñas se habian descuidado de poner en ellas la guardia conviniente; y quando pareció á los capitanes *que* era tiempo, subieron con tanta presteza, que no dieron lugar á los enemigos de poderles resistir: los quales comenzaron luego á desmayar, y dando libre entrada á nuestra gente, se pusieron en huida, dexando muertos mas de quatrocientos hombres de pelea, no sin daño de los Christianos, porque mataron siete soldados, y quedaron heridos mas de trescientos. Murió peleando valerosamente el capitan de los Turcos llamado Cosali: fue preso Francisco Lopez, alguacil de Tavernas: captivaronse algunos Moros, que Don Francisco de Cordoba dió para las galeras, y dos mil y setecientas mugeres y muchachos; y fue tanta la ropa, dineros, joyas, oro, plata, aljofar, y los bastimentos, ganados y bagages, que á la estimacion de muchos valió mas de quinientos mil ducados la presa. Sola una bandera se tomó á los Moros,

ros,

ros, porque el Turco no habia consentido que se arbolase mas que la suya, y aquella habia tenido siempre arbolada en lugar que los Christianos la pudiesen ver. Habida esta vitoria, Don Francisco de Cordoba volvió á Inóx, y de alli á Almería, donde fue alegremente recebido, y se repartió la presa conforme al concierto. Digo que solamente se repartieron las mugeres y muchachos, que lo demas fuera imposible traello á particion: y aun de esto hubo hartas piezas hurtadas. Gil de Andrada embarcó su parte y sus soldados, y se fue con las galeras á correr la costa; mas entre los capitanes de tierra quedó harta desconformidad sobre el repartir de la suya, y sobre el quinto y diezmo, de donde vinieron á desgustarse, y á darse poco contento. Llegaron á Almería en cinco dias del mes de Febrero Don Christoval de Benavides, hermano de Don Garcia de Villa Roel, con trescientos soldados de Baeza y su tierra, á su costa, para hallarse en esta jornada, y el capitan Bernardino de Quesada con ciento y treinta soldados, que Pedro Arias de Avila enviaba á Don Francisco de Cordoba para el mesmo efeto, y Andres Ponce y Don Diego Ponce de Leon, y Don Francisco de Aguayo; mas ya hallaron hecha la jornada, y solamente les cupo parte del regocijo, aunque adelante hicieron otros muchos buenos efetos.

CAPITULO XXIX.

Como el Marques de Mondejar partió de Uxixar para ir á las Guájaras: y la descripcion de aquella tierra.

El sabado cinco dias del mes de Febrero partió nuestro campo del alojamiento de Uxixar, y fue á Cádiar; otro dia á Órgiba, para pasar de alli á las Guájaras, y despues á la sierra de Bentomíz: porque el Marques de Mondejar tenia no vana sospecha de que habian de levantar aquella tierra, y la Xarquia y hoya de Malaga los proprios Christianos, y por esta causa no habia osado enviar á nadie hácia aquella parte, temiendo alguna desorden, segun estaba la gente cudiciosa, y los executores de las armas envidiosos de los despojos que habian otros ganado, plaga de este tiempo, quiriendo con zelo de virtud y christiandad encubrir sus intereses proprios, y honrarse, no con los medios, por donde se gana la verdadera honra, sino con tratos y negociaciones que adquieren hacienda. Pareciendo pues á nuestro capitan general que llevaba poca gente para el efeto que se habia de hacer, porque se le habian ido mucha parte de los soldados con lo que habian ganado, asi para rehacer su campo, como para atajar una sospecha que se tenia, de que en Granada se trataba de enviar persona que hiciese la jornada, con ocasion de estar él ocupado en la Alpuxarra, despachó un correo al Conde de Tendilla desde el alojamiento de Órgiba, mandandole que le enviase mil y quinientos infantes, y cien caballos de los que estaban alojados en la ciudad y en las alcarías de la vega, y para esperarlos se detuvo un dia en aquel alo-

alojamiento. Y el mesmo dia despachó á Don Alonso de Granada Venegas para la corte, á que informase á su Magestad del estado en que estaban las cosas de la guerra, y la reducion de los alzados; y le suplicase de su parte los admitiese, habiendose misericordiosamente con los que no fuesen muy culpados, para que él pudiese cumplir la palabra que tenia ya dada á los reducidos, entendiendo ser aquel camino el mas breve para acabar con ellos por la via de equidad. Esto que el Marques de Mondejar decia, bien considerado, era lo que mas convenia á la quietud general de todo el reyno, y quedaba la puerta abierta para executar el cuchillo de la justicia en las gargantas de los malos, quando se pudiese hacer sin escandalo; aunque tenia por oposito el parecer de otros hombres graves, que juzgaban ser mas necesario y seguro el rigor: y estos tales decian, que en ningun tiempo podrian ser opresos los rebeldes mejor que en aquel, estando faltos de fuerzas, acobardados, discordes, y tan menesterosos de todas las cosas necesarias á la vida humana, que andaban ya buscando los frutos silvestres proprios de los animales, y raices de hierbas que poder comer, con la pena y fatiga que á los malhechores suele dar su propria conciencia. Otro dia martes partió el campo de Órgiba, y fue á Velez de Benaudalla. El miercoles marchó la vuelta de las Guájaras; y porque se entendió que habia enemigos con quien pelear aquel dia, mandó el Marques á los escuderos, que pasasen los soldados á las ancas de los caballos el rio de Motril, para que no se mojasen, que fuera de mucho inconviniente, segun el frio que hacia. Pasado el rio, caminó la gente toda en sus ordenanzas, y llegando á Guájar del Fondón, donde se veian las re-

liquias del incendió que los hereges habian hecho en la iglesia, quando mataron á Don Juan Zapata, hallaron el lugar desamparado, aunque tenia un sitio fuerte donde se pudieran defender los moradores. De alli fue el campo á Guájar de Alfaguít, que tambien estaba solo, y alli se alojó aquel dia. Siendo pues informado el Marques, que los enemigos habian tomado dos derrotas, unos hácia el lugar de Guájar el alto, que tambien llaman del Rey, y otros por el camino de la cuesta de la Cebada la vuelta de la Alpuxarra, envió luego dos capitanes con cada trescientos arcabuceros, que los siguiesen, y procurasen atajar. El capitan Luxan llegó á un paso, por donde de necesidad habian de pasar los que iban hácia la Alpuxarra, y atajandolos mató muchos de ellos, y se recogió sin recebir daño: y el capitan Alvaro Flores siguió á los que iban hácia Guájar el alto, y alcanzando la retaguardia, cargaron tantos enemigos de socorro, que hubo de enviar un soldado á diligencia al Marques á pedirle mas gente, porque la que llevaba era poca para poderlos acometer: el qual mandó apercebir algunas compañias; y porque los soldados tardaban en recogerse á las banderas, ocupados en robar las casas, fue necesario ponerse á caballo para que no se perdiese la ocasion; y dexando orden á Hernando de Oruña, que recogiese el campo, y marchase luego tras él, caminó hácia donde andaba Alvaro Flores escaramuzando con los Moros. Fueron delante Don Alonso de Cardenas y Don Francisco de Mendoza con un golpe de soldados que pudieron recoger de presto: los quales dando calor á nuestra gente, acometieron á los enemigos, y los desbarataron y pusieron en huida; y matando algunos, les ganaron dos banderas: los otros se
re-

recogieron á un fuerte peñon, que está media legua encima de Guájar el alto, donde tenian recogida la ropa y las mugeres. Este es un sitio fuerte en la cumbre de un monte redondo, esento y muy alto, cercado de todas partes de una peña tajada, y tiene sola una vereda angosta y muy fragosa, que va la cuesta arriba mas de un quarto de legua á dar á un peñoncete baxo; y de alli sube por una ladera yerta, hasta dar en unas peñas altas, cuya aspereza concede la entrada en un llano capaz de quatro mil hombres, que no tiene otra subida á la parte de levante. A la de poniente está una cordillera ó cuchillo de sierra, que procede de otra mayor, y hace una silla algo honda: por la qual con igual dificultad se sube á entrar en el llano por entre otras piedras, que no parece sino que fueron puestas á mano para defender la entrada, si humanos brazos fueran poderosos para hacerlo. En este peñon tenia puesta toda su confianza Marcos el Zamar, alguacil de Xátar, caudillo de los Moros de aquel partido; y en él metieron todas las mugeres con la riqueza de aquellos lugares, y mas de mil hombres de pelea, quando vieron que nuestro campo iba sobre ellos; y haciendo reparos de piedra, de colchones, albardas y otras cosas, tenian por bastante fortificacion aquella para su defensa. Nuestros capitanes dexaron de seguir los enemigos; y volviendo á Guájar el alto, hallaron al Marques de Mondejar en él con alguna gente de á caballo: el qual por ser muy tarde, y el camino muy aspero y dificultoso para andarle de noche, envió á mandar á Hernando de Oruña, que no marchase hasta que fuese de dia: y con la gente que alli tenia se quedó alojado en aquel lugar. Estando nuestro campo en Guájar de Alfaguít, llegó de Granada el Con-
de

de de Santistevan, acompañado de muchos caballeros deudos y amigos suyos, que iba á hallarse en esta jornada, y Don Alonso Portocarrero, que ya estaba sano de la herida de Poqueyra, con la infanteria y caballos que habia enviado el Marques de Mondejar á pedir al Conde de Tendilla.

CAPITULO XXX.

Como algunos caballeros de nuestro campo quisieron ocupar el peñon de las Guájaras, so color de irle á reconocer, y los Moros los desbarataron, y mataron algunos de ellos.

Aquella noche pidió Don Juan de Villa Roel al Marques de Mondejar le diese licencia para ir otro dia á reconocer el peñon con alguna gente suelta, y á mucha importunacion suya se lo concedió, mandandole que llevase consigo cincuenta arcabuceros, y que hiciese el reconocimiento de manera que no hubiese desorden. Era Don Juan de Villa Roel ambicioso de honra, y pareciendole que los Moros no habrian osado aguardar en el fuerte, ó que en viendole ir, entenderian que iba todo el campo, y huirian, ó se le darian á partido antes que llegase, comunicando su negocio con algunos caballeros y soldados particulares, que correspondieron á su deseo, salió del campo con solos los cincuenta soldados que habia de llevar; mas luego le siguieron otros muchos, unos por cudicia, y otros por mostrar valor, entendiendo que se haria efeto. No fue bien desviado del lugar, quando la vanguardia comenzó á escaramuzar con algunos Moros, que estaban en las lomas de la sier-

ra.

ra. Tocóse arma, y corrió la voz al lugar, llamando caballeria de socorro. Y el Marques de Mondejar, teniendo aviso de la desorden, recibió tanto enojo, que envió á decirle, que no era bien socorrer desordenes, y que se volviese. Y viendo que no aprovechaba, y que pasaba adelante, salió él en persona con la caballeria que se pudo recoger de presto, como si adevinára lo que sucedió. Los Moros pues que andaban fuera del peñon, y los que habian comenzado á travar la escaramuza, se retiraron luego á su fuerte; y quando el Marques de Mondejar llegó á una loma, que está delante del peñon, ya los soldados iban por la ladera arriba á ocupar el cerro que diximos que está por baxo de él, donde se habian puesto tambien otros Moros á defenderlo. Iban con Don Juan de Villa Roel Don Luis Ponce de Leon, vecino de Sevilla, Don Geronimo de Padilla, Agustin Venegas, Gonzalo de Oruña, hijo de Hernando de Oruña, y el veedor Don Juan Velazquez Ronquillo, y otros hombres de cuenta, y mas de quatrocientos soldados; y dexando los caballos los que los llevaban, por no se poder aprovechar de ellos, subieron todos á pie por la cuesta arriba, y llegaron tan adelante, que lanzando á los enemigos del peñoncete, hubo algunos animosos soldados que llegaron á arrimarse con los proprios reparos del fuerte. Y si todos llegáran tan adelante, pudiera ser que lo ganáran: mas no fueron seguidos, como fuera razon que lo hicieran los amigos, muchos de los quales se quedaron á media cuesta, y otros abaxo cerca del arroyo, remolinando y reparando donde hallaban peñas ó cibancos, con que poderse encubrir de las piedras que los enemigos echaban desde arriba. Habiendo pues durado el temerario asalto mas de

de una hora, gastando nuestra arcabuceria la municion sin hacer efeto, por estar los Moros encubiertos detras de sus reparos, un soldado mas animoso que pratico comenzó á pedir municion de mano en mano, cosa muy peligrosa en semejantes ocasiones, porque no es mas que advertir al enemigo, y dar á entender al amigo, que está cerca de huir el que aquello dice. Y asi sucedió este dia, que los soldados que estaban abaxo cerca del arroyo, sintiendo aquella flaqueza, fueron los primeros que huyeron; luego los otros de mas arriba, y á la postre los que estaban delante, marabillados de ver tan gran novedad, y creyendo que la debia causar algun acometimiento grande de enemigos hácia otra parte, porque bien veían que no habia para que huir de los que tenian delante. En tanta desorden aun no osaban salir los que estaban en el fuerte, si Marcos el Zamar, que habia muerto aquel dia dos Moros, porque huían, asomandose á la parte de fuera, y viendo lo que pasaba, no los animára. Saltaron fuera de los reparos quarenta animosos mancebos de los mas sueltos, armados de piedras y de lanzuelas, que hicieron un miserable espectaculo de muertos. Mataron este dia á Don Luis Ponce, y á Agustin Venegas, y á Gonzalo de Oruña, y al veedor Ronquillo, y á Don Juan de Villa Roel, y hirieron á Don Geronimo de Padilla, y acabarale un Moro que le iba siguiendo, sino le acudiera un esclavo Christiano: el qual apretandole reciamente entre los brazos, y echandose á rodar con él por una peña abaxo, no paró hasta dar en el arroyo, donde fue socorrido. Viendo pues el Marques de Mondejar el desbarate de aquella gente liviana, y como los Moros pasaban á cuchillo quantos alcanzaban, sin poderlos favore-

re-

recer con la caballeria, porque ni tenia por donde pasar el barranco del arroyo, ni la tierra era para poderla hollar caballos, apeandose del caballo con una rodela embrazada, y la espada en la mano, acompañado de los caballeros y escuderos que con él estaban, que todos se apearon, y de los alabarderos de su guardia, y obra de quarenta soldados arcabuceros, tomó un sitio fuerte, donde poder recoger á los que venian huyendo, porque no los matasen los Moros, que á gran priesa habian salido del fuerte, y los seguian por todas partes; y como eran gente suelta, y sabian la tierra, fueran pocos los que se les escapáran. Llegaron tan adelante los barbaros este dia en el alcance, que hirieron de dos escopetazos á dos alabarderos de los que estaban cerca del Marques; y hicieran mayor daño, sino temieran á la caballeria. Al fin se retiraron á su salvo; y el Marques se volvió al lugar, dexando la ladera y el barranco sembrado todo de cuerpos muertos. A este tiempo venia Hernando de Oruña marchando con todo el campo; mas no fue posible llegar á hora que se pudiese combatir el fuerte aquel dia, por ser el camino tan aspero y angosto, que de necesidad habian de ir los hombres y los bagages á la hila uno detras de otro; y quando llegó era ya muy tarde, y por esta causa se difirió hasta el siguiente dia viernes.

CAPITULO XXXI.

Como se combatió y ganó el fuerte de las Guájaras.

Quando estuvo el campo todo junto, el Marques de Mondejar mandó dar por escrito á los capitanes la orden

que se habia de guardar en el combate, la qual fue de esta manera: "Que Alvaro Flores y Gaspar Maldonado saliesen con seiscientos soldados á tomar un camino que va hácia la mar; y subiendo por él, fuesen ganando lo alto de la sierra entre medio dia y poniente. Que Bernabé Pizaño y Juan de Luxan con quatrocientos arcabuceros, tomando la ladera del peñon, llegasen á ocupar el cerro que está por baxo del fuerte. Que Andres Ponce de Leon y Don Pedro Ruiz de Aguayo con las ciento y veinte lanzas de la ciudad de Cordoba, y Miguel Geronimo de Mendoza y Don Diego de Narvaez con sus dos compañias de infanteria, y con ellos el capitan Alonso de Robles, tomasen la parte del norte; y dexando la caballeria abaxo, en lugar que pudiese aprovecharse de los enemigos, si quisiesen hurtarse la vuelta de la Alpuxarra, procurasen subir la sierra arriba, lo mas alto que pudiesen, hasta ponerse á caballero del enemigo: y que él con todo el resto del exercito iria por el camino derecho. Y porque los sitios donde habian de ponerse estas gentes no se descubrian desde el lugar donde estaba el campo, y convenia que el asalto se diese á tiempo que el peñon estuviese cercado, mandó que la señal de aviso se hiciese con una pieza de artilleria de campaña." Habia de tomar Alvaro Flores dos grandes leguas de rodeo para irse á poner en su puesto, y por ser la tierra tan aspera, no pudo llegar hasta despues de medio dia. A esta hora descubrieron los Moros la gente que iba tomando lo alto, y saliendo á gran priesa á defender el paso del sitio, donde se iban á poner los capitanes Pizaño y Luxan, no fueron parte para estorvarselo; antes se hubieron de retirar con daño. Estando pues el peñon al parecer muy bien cercado por

to-

todas partes, el Marques mandó dar la señal del asalto; y la infanteria subió el cerro arriba, donde aun se veían los regueros de la sangre christiana, que destilaba por las heridas de los cuerpos desnudos: y hallando el primer peñoncete desocupado, porque los Moros, que estaban en él, le dexaron, viendo que Alvaro Flores se les habia puesto á caballero en lo alto de la sierra, de donde les hacia mucho daño con los arcabuces, fueron retirandose hácia el fuerte. Comenzóse á pelear desde lejos con los tiros de una parte y de otra, venciendo los animos de nuestros soldados la dificultad y aspereza de la tierra. Duró el combate hasta puesto el sol, defendiendose los Moros en sus reparos, exercitando los brazos los hombres y las mugeres en arrojar grandes peñas y piedras sobre los que subian. De esta manera resistieron tres asaltos, no con pequeño daño de nuestra parte, hasta que el Marques de Mondejar, viendo que ya era tarde, mandó retirar la gente, y difirió el combate para el siguiente dia. Quedaron los barbaros ufanos, aunque no poco temerosos, por conocer que la cercana noche les habia alargado la vida. Y quando entendieron que podria haber algun descuido en nuestra gente, ó que reposarian los soldados del trabajo pasado, llamando el rustico Zamar á Gironcillo y á otros Moros de cuenta, que alli estaban, les dixo de esta manera: "Los antiguos nuestros que ganaron la tierra, que agora perdemos, metidos entre estas sierras celebraron este peñon y sitio, donde tenian cierta guarida de qualquier impetu de Christianos, estando la comarca poblada de Moros, y teniendo á su disposicion la costa de la mar; mas agora no sé si le tuvieran en tanto, desconfiados de socorro como nosotros estamos, y que de necesidad nos ha de consu-

mir la sed, la hambre, y las heridas de estos enemigos, que tan valerosamente hemos expelido quatro veces de nuestros reparos. La que tenemos por vitoria es propria indignacion, para que con mayor crueldad pasen las espadas por nuestras gargantas, perseverando, como es cierto, que perseverarán en los combates: y lo que mas siento es, que pasarán por el mesmo rigor estas mugeres y criaturas inocentes. Tratar de rendirnos en esta coyuntura, tambien será la postrera parte de nuestra vida; porque quién duda sino que el ayrado Marques querrá sacrificarnos á todos en venganza de las muertes de sus capitanes? Ea pues, hermanos, guardemonos para otros mejores efetos: y pues la noche nos cubre con su escuridad, y los Christianos estan descuidados, pensando tenernos en la red, sirvamonos de las encubiertas veredas que sabemos, guiando á nuestras familias la vuelta de la sierra." Todos aprobaron este parecer, y siendo su capitan él primero, salieron lo mas calladamente que pudieron, llevando tras de sí mucha cantidad de mugeres, que tuvieron animo para seguirlos, baxando por despeñaderos, que aun á cabras pareciera dificultoso camino; y sin ser sentidos de las guardas de nuestro campo, que rodeaban el peñon, se fueron hácia las Albuñuelas. Quedaron en el fuerte los viejos, y mucha parte de las mugeres con esperanza de salvar las vidas, dandose á merced del vencedor. Y antes que esclareciese el dia, dixeron á un Christiano sacerdote, que tenian captivo, llamado Escalona, que llamase á los Christianos, y les dixese como la gente de guerra toda se habia ido, y los que alli quedaban se querian dar á merced. El qual se asomó sobre uno de los reparos, y á grandes voces dixo, que subiesen los Christianos arriba, porque

no

no habia quien defendiese el fuerte. Mas aunque le oyeron las centinelas, y se dió aviso al Marques, no consintió subir á nadie, hasta que fue claro el dia. Entonces mandó á los capitanes Don Diego de Argote y Cosme de Armenta, que con quatrocientos arcabuceros de Cordoba fuesen á ver si era verdad lo que aquel hombre decia; y hallando ser ansi, ocuparon el fuerte, y dieron aviso de ello. Este dia alancearon los caballos cantidad de Moros y Moras que iban huyendo; y el Zamar, que llevaba una hija doncella de edad de trece años en los hombros por aquellas sierras, porque se le habia cansado, vino á parar en poder de unos soldados que le prendieron, y en Granada hizo el Conde de Tendilla rigurosa justicia despues de él. Fue tanta la indignacion del Marques de Mondejar, que, sin perdonar á ninguna edad ni sexo, mandó pasar á cuchillo hombres y mugeres, quantos habia en el fuerte; y en su presencia los hacia matar á los alabarderos de su guardia, que no bastaban los ruegos de los caballeros y capitanes, ni las piadosas lagrimas de las que pedian la miserable vida. Luego mandó asolar el fuerte, dando el despojo á los soldados; y asi para esto, como para enviar una escolta á Motril con los enfermos y heridos, que eran muchos, se detuvo hasta el lunes catorce de Febrero, que envió al Conde de Santistevan con el campo á que la aguardase en Velez de Benaudalla: y él se fue con sola la caballeria á visitar los presidios de Almuñecar, Motril y Salobreña; y tornando á juntarse con él, volvió á Órgiba para proseguir en la reducion de los lugares de la Alpuxarra. Por la toma de este peñon se hicieron alegrias en Granada, aunque mezcladas con tristeza por los

los Christianos que habian sido muertos, y lo mesmo fue en otras muchas partes del reyno.

CAPITULO XXXII.

Como se declaró, que los prisioneros en esta guerra fuesen esclavos con cierta moderacion.

Habia duda desde el principio de esta guerra, si los rebelados hombres y mugeres y niños, presos en ella, habian de ser esclavos; y aun no se habia acabado de determinar el consejo hasta en estos dias, porque no faltaban opiniones de letrados y teologos, que decian, que no lo debian ser; porque aunque por la ley general se permitia, que los enemigos presos en guerra fuesen esclavos, no se debia entender ansi entre Christianos: y siendolo los Moriscos, ó teniendo, como tenian, nombre de ello, no era justo que fuesen captivos. Y su Magestad estando suspenso, mandó al Consejo Real que le consultase lo que les parecia, y escribió al Presidente y Oidores de la Audiencia Real de Granada, que tratasen de ello en su acuerdo (que es una junta general que ordinariamente hacen dos dias en la semana), y le enviasen su parecer. Habiendose pues platicado sobre negocio de tanta consideracion, se resolvieron en que podian y debian ser esclavos, conformandose con un concilio hecho en la ciudad de Toledo contra los Judios rebeldes que hubo en otro tiempo, y por haber apellidado á Mahoma, y declarado ser Moros. Este parecer aprobaron algunos teologos; y su Magestad mandó que se cumpliese y executase el concilio contra los Moriscos, de

de la mesma manera que se habia hecho contra los Judios, con una moderacion piadosa, de que quiso usar como principe considerado y justo: "que los varones menores de diez años, y las hembras que no llegasen á once, no pudiesen ser esclavos, sino que los diesen en administracion para criarlos y dotrinarlos en las cosas de la fe." Y sobre ello se despachó provision en forma de prematica, que se pregonó y divulgó por todo el reyno: y aun el dia de hoy se guarda con aquellos que han sabido y saben pedir su justicia, porque en esto hubo desde el principio mucha desorden, herrando á los niños inocentes, y vendiendolos por esclavos. Hubo tambien otra duda sobre si se habian de volver los bienes muebles que los rebeldes habian tomado á los Christianos, porque los dueños conociendo sus proprias alhajas en poder de los soldados que las habian ganado en la guerra, se las pedian por justicia, y sobre ello habia muchos pleytos y diferencias. Y se determinó por el mesmo acuerdo, que no se las debian volver, por ser ganadas en la guerra; y porque el Marques de Mondejar, yendo á entrar con su campo en la Alpuxarra para animar los soldados que iban sin sueldo, habia mandado echar un bando al pasar de la puente de Órgiba, dedeclarando, que la guerra era contra enemigos de la fe, y rebeldes á su Magestad, y que se habia de hacer á fuego y á sangre.

CA-

CAPITULO XXXIII.

Como se prosiguió la reducion de la Alpuxarra: y de las contradiciones que para ello hubo.

Vuelto nuestro campo á Órgiba, los Moros de la Alpuxarra, que se vieron reducidos á extrema necesidad y desventura, porque con haberseles hecho la guerra en lo recio del hibierno, y echadolos de sus lugares, no tenian otra guarida sino las sierras, y perecian de hambre y de frio, andando cargados de mugeres y niños, con peligro de muerte y de captiverio delante de los ojos, tomando el mejor consejo comenzaron á venirse á reducir, y darse á merced de su Magestad sin condicion, para que hiciese de ellos y de sus bienes lo que fuese servido, como lo habian hecho los alguaciles de Jubíles, Uxixar y Andarax, y de los otros pueblos que diximos. Prometiales el Marques de Mondejar, que intercederia por ellos, para que su Magestad los perdonase. Y como iban viniendo, los recibia debaxo del amparo y seguro Real, y les daba sus salvaguardias, para que la gente de guerra no les hiciese daño. Mandaba que traxesen al campo las armas y banderas los que eran de por alli cerca, y á los de mas lejos señalaba iglesias particulares y personas que las recogiesen. Luego comenzaron á acudir de todas partes; aunque las armas que traían venian tan maltratadas, que se dexaba entender no ser aquellas las que tenian para pelear, porque entregaban ballestas, arcabuces, chuzos y espadas, todo mohoso y hecho pedazos, y gran cantidad de hondas de esparto. Y si les preguntaban, dónde quedaban las bue-

nas

nas armas? decian, que los monfis y gandules, que no querian rendirse, las habian llevado. Finalmente los desventurados daban ya algunas muestras de quietud, y de consentir, no solo las prematicas, mas qualquier pecho que se les echára en sus haciendas. Y en muy breve tiempo vinieron á Órgiba todos los lugares de la Alpuxarra por sus alguaciles y regidores, ó por sus procuradores, siendo persuadidos é inducidos á ello por los dos Moriscos, de quien atras hicimos mencion, llamados Miguel Aben Zaba el viejo, vecino de Válor, y Andres Alguacil, vecino de Uxixar. Los quales habiendo hecho todo su posible en este particular, pidieron al Marques de Mondejar con mucha instancia, que los metiese la tierra adentro con sus mugeres y hijos, porque veían claramente, que si quedaban en la Alpuxarra, no podian dexar de perderse. Y él deseó mucho hacerles tan buena obra; mas no se atrevió á enviarlos, temiendo que segun estaban los negocios enconados en Granada, luego como llegasen los prenderian los alcaldes de Chancillería, y los mandarian ahorcar. Y al fin murieron entrambos en la Alpuxarra: al Miguel Aben Zaba mataron unos soldados que iban á hacerle escolta, y Andres Alguacil, que era ya muy viejo, murió de enfermedad. Desde Órgiba envió el Marques de Mondejar al beneficiado Torrijos con trescientos soldados á que reduxese los lugares de la sierra de Filábres. El qual los reduxo todos, y otros muchos de aquellas taas alderredor; y recogió las armas y las banderas que rendian, y las envió al campo, sin hallar quien le pusiese impedimento en ello. Tambien reduxeron muchos lugares los quadrilleros Geronimo de Tapia y Andres Camacho; aunque estos hicieron hartas desordenes, hur-

tando muchachos y bagages á los reducidos: y lo mesmo hacian otras quadrillas de soldados desmandados, que salian á correr la tierra, sin orden, de los presidios de la costa, del campo del Marques de los Velez, de Órgiba y de otras partes. Para escusar estos daños hubo algunos concejos, que pidieron al Marques de Mondejar soldados que estuviesen con ellos, y los defendiesen; y les daban de comer y dos reales de salario cada dia: y demas de esto enviaba de ordinario al capitan Alvaro Flores con su compañia á que corriese la tierra, y retirase la gente que hallase desmandada haciendo desordenes. Por manera que ya estaba la Alpuxarra tan llana, que diez y doce soldados iban de unos lugares en otros, sin hallar quien los enojase, y no eran quinientos hombres los que dexaban de acudir á sus casas debaxo de salvaguardia. En este tiempo mandó el Marques de Mondejar notificar á los Moriscos depositarios de las esclavas de Jubíles, que las llevasen luego á Órgiba. Y Miguel de Herrera sacó quatrocientas de ellas de poder de sus maridos, padres y hermanos, y las llevó á entregar. Y como los factores del Marques le apretasen para que las entregase todas, viendo que seria imposible poderlas dar, porque algunas se habian muerto, y otras las habian captivado de nuevo los soldados que andaban desmandados sin orden, por escusar su vexacion, trató de componerse por todas las de la taa de Ferreyra. Y se efectuára, si se pusieran con él en una cosa convenible, porque el Moro daba veinte ducados por cabeza, y las personas, á quien se cometió el negocio, no quisieron menos de á sesenta ducados por cada una. Y al fin hubo de traer las que pudo recoger; y se vendieron muchas de ellas en Granada en publica almoneda por cuenta de

su

su Magestad, y otras murieron en captiverio. Lo qual todo era argumento de que los malaventurados deseaban ya paz y sosiego: y asi lo escribía el Marques de Mondejar á su Magestad, y á los de su Real Consejo, teniendo el negocio ya por acabado. Mas otras muchas personas graves hubo, que con diferente consideracion juzgaban, que no podia permanecer aquella paz, diciendo, que los malos eran muchos, y que en viniendoles socorro de Berbería, volverian á inquietar á los otros; que los Moriscos, gente mañosa, habiendo hecho tantos males, y viendo que se usaba misericordia con ellos, tomando experiencia en la condicion del capitan general, quando viesen cesar el rigor de las armas, tomarian mayor atrevimiento para cometer otros mayores delitos: que se sabia por nueva cierta, que Aben Umeya habia enviado un hermano suyo con cartas para Aluch Ali, gobernador de Argel, pidiendole socorro de navios, gente, armas y municiones, y ofrecidose por vasallo del gran Turco: que en caso que esto no hubiese efeto, y despues de reducidos los alzados hubiese de entrar la justicia de por medio á castigar los principales autores del rebelion, como era justo se hiciese, eran tantos y tan emparentados en la tierra, que no podria dexar de haber nuevas alteraciones en ella: y que concediendoseles perdon general, tampoco seria cosa conveniente á la reputacion de un Rey, y de un reyno tan poderoso como el de Castilla, dexar sin castigo exemplar á quien tantos crimenes habian cometido contra la Magestad divina y humana. Estas cosas se platicaban en Granada, en la corte y por todo el reyno, quejandose del Marques de Mondejar como autor de aquella paz, y diciendo, que lo que hacia era por su particu-

lar interese, porque si la tierra se despoblaba, vernia á perder mucha parte de la hacienda que tenia en aquel reyno, y el provecho que sacaba del servicio que los Moriscos le hacian, que era muy grande. Y á los que peor parecia esta paz eran aquellos á quien los rebeldes habian lastimado con tantos generos de crueldades, y á otros que esperaban haber buena parte del despojo de la guerra, porque la cudicia no mira mas que al interes.

CAPITULO XXXIV.

Como el Marques de Mondejar fue avisado donde se recogian Aben Umeya y el Zaguer, y envió secretamente á prenderlos.

En estos terminos estaban las cosas de los alzados, quando Miguel Aben Zaba el de Válor, y otros deudos suyos, enemigos de Aben Umeya, y que le andaban espiando para hacerle matar, ó prender, avisaron al Marques de Mondejar, como él y el Zaguer andaban por las sierras de los Bérchules, y que de dia estaban escondidos en cuevas, y de noche acudian á los lugares de Válor y Mecina de Bombáron; y lo mas ordinario era recogerse en Mecina, en casa de Diego Lopez Aben Aboo, por razon de la salvaguardia que tenia. El qual deseando haberlos á las manos, asi por la quietud de la tierra, como porque sabia ya que su Magestad trataba de enviar á Don Juan de Austria á Granada, y queria tener hecho aquel efeto antes que llegase, hizo llamar á los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, y les mandó, que con seiscientos soldados escogidos, lle-

van-

vando consigo las espias, que les habian de mostrar las casas sospechosas, fuesen á los dos lugares, y los cercasen, y procurasen prender aquellos dos caudillos, ó matarlos, si se les defendiesen, y traerle sus cabezas, significandoles la importancia de aquel negocio; y advirtiendoles, que lo primero que hiciesen fuese cercar la casa de Aben Aboo, donde habia mas cierta sospecha que estarian. Estan estos dos lugares en la falda de la Sierra nevada, que mira á la Alpuxarra y al mar mediterraneo, apartados una legua el uno del otro. Y como los capitanes llegaron á Cádiar, deseosos de acertar acordaron de partir la gente en dos partes, y dar á un mesmo tiempo en ellos; porque les pareció, que si todos juntos llegaban á Mecina, y acaso no estaban alli, antes de pasar á Válor, corria peligro de ser avisados. Con este acuerdo, aunque no era bastante razon para pervertir la orden de su capitan general, repartieron la gente en dos partes. Alvaro Flores fue á dar sobre Válor con quatrocientos soldados; y Gaspar Maldonado con los otros doscientos, que para cercar la casa de Aben Aboo bastaban, caminó la vuelta de Mecina de Bombáron. Sucedió pues que aquella noche, que no era la ultima de su vida, ni el fin de los trabajos de aquella guerra, Aben Umeya y el Zaguer, y otro caudillo, alguacil de aquel lugar, llamado el Dalay, no menos traydor y malo que ellos, acertaron á hallarse en casa de Aben Aboo: los quales habiendo estado todo el dia escondidos en una cueva, en anocheciendo se habian recogido al lugar, como inciertamente y á deshora lo habian hecho otras veces, confiados en que no irian á buscarlos alli, por estar de paces, y tener salvaguardia. Gaspar Maldonado llegó lo mas encubiertamente que pu-

pudo, haciendo que los soldados llevasen las mechas de los arcabuces tapadas, porque con la escuridad de la noche no las devisasen desde lejos: mas no bastó su diligencia, ni el hervor del cuidado que le revolvia en el pecho, para que un inconsiderado soldado dexase de disparar su arcabuz al ayre, y le interrompiese aquella felicidad, que tan á la mano le estaba aparejada. Estaban los Moros bien descuidados, la casa llena de mugeres y criados, y la mayor parte de ellos durmiendo. Y el primero que sintió el temeroso golpe fue el Dalay, que, como mas astuto y recatado, estaba con mayor cuidado: el qual temeroso, sin saber de qué, recordó á gran priesa al Zaguer; y corriendo hácia una ventana no muy baxa, que respondia á la parte de la sierra, entre sueño y temor se arrojaron por ella, y maltratados de la caida se subieron á la sierra, antes que los soldados llegasen. Aben Umeya que dormia acompañado en otro aposento aparte, no fue tan presto avisado; y quando acudió á la guarida, ya los diligentes soldados cruzaban por debaxo de la ventana: por manera, que si se arrojára como los otros, no pudiera dexar de caer en sus manos. Turbado pues, sin saberse determinar, dando muchas vueltas por los aposentos de la casa, y acudiendo muchas veces á la ventana, la necesidad, que le hacia revolver el entendimiento buscando alguna manera de salud, le puso delante un remedio, que le acrecentó la perdida confianza, y le aseguró la vida, guardandole para mayores desventuras. Habia llegado Gaspar Maldonado á la puerta de la casa, y viendo que los de dentro dilataban de abrirle, procuraba derribarla, dando grandes golpes en ella con un madero, quando Aben Umeya, no hallando como poderse guarecer, llegó

gó muy quedo á la puerta, y poniendose disimuladamente enhiesto igualado entre el quicio y la puerta, quitó la tranca que la tenia cerrada, para que con facilidad se pudiese abrir: la qual abierta, los soldados entraron de golpe, y él se quedó arrimado, sin que ninguno advirtiese lo que alli podia haber: tanta priesa llevaban por llegar á buscar los aposentos, donde hallaron á Aben Aboo, y con él otros diez y siete Moros, que algunos eran criados del Zaguer, y los otros vecinos del lugar. El capitan los mandó prender á todos, y preguntandoles, si sabian de Aben Umeya, ó del Zaguer, dixeron, que no los habian visto, y que los que alli estaban se habian reducido con la salvaguardia que Aben Aboo tenia. Y como no pudiesen sacar de ellos otra cosa, conociendo que no le decian verdad, hizo poner á tormento á Aben Aboo, mandandolo colgar de los testiculos en la rama de un moral, que estaba á las espaldas de su casa; y teniendole colgado, que solamente se sompesaba con los calcañales de los pies, viendo que negaba, llegó á él un ayrado soldado, y como por desden le dió una coz, que le hizo dar un vayven en vago, y caer de golpe en el suelo, quedando los testiculos y las vinzas colgadas de la rama del moral. No debió de ser tan pequeño el dolor, que dexára de hacer perder el sentido á qualquier hombre nacido en otra parte; mas este barbaro, hijo de aspereza y frialdad indomable, y menospreciador de la muerte, mostrando gran descuido en el semblante, solamente abrió la boca para decir: "Por Dios que el Zaguer vive, y yo muero," sin querer jamas declarar otra cosa. Mientras esto se hacia, y los soldados andaban ocupados en robar la casa á Aben Umeya, tuvo lugar de salir de tras de la puer-

puerta ; y arrojandose por unos peñascos , que caen á la parte baxa , se fue, sin que le sintiesen. Gaspar Maldonado dexó á Aben Aboo en su casa como por muerto, y se llevó los diez y siete Moros presos. Con los quales , y con otros que despues prendieron en el camino, y mas de tres mil y quinientas cabezas de ganado , que recogieron de aquellos lugares reducidos , y porque no pudieron hacer otro efeto los soldados que habian ido á Válor , se volvieron luego los unos y los otros á Órgiba , donde siendo reprehendidos de su capitan general, les fue quitada la presa por de contrabando, mandando poner en libertad á los Moros que tenian su salvaguardia.

CA-

CAPITULO XXXV.

Como nuestra gente saqueó el lugar de Laróles, estando de paces.

Entre las otras provisiones que el Conde de Tendilla hizo, estando en lugar de su padre en la ciudad de Granada, fue enviar á la fortaleza de la Peza al capitan Bernardino de Villalta, vecino de Guadix, con una compañia de infanteria, porque estaba á su cargo aquella tenencia. El qual viendo que los negocios de la reducion estaban en el estado que hemos dicho, quiriendo hacer alguna entrada de provecho hácia la parte donde él estaba, so color de ir á prender á Aben Umeya, pidió licencia y gente al Conde, diciendo, que unas espias le habian prometido de darsele en las manos. El Conde le dió para este efeto tres compañias de infanteria, cuyos capitanes eran Don Lope de Xexas, Antonio Velazquez y Hernan Perez de Sotomayor, y veinte caballos con el capitan Payo de Ribera. Toda esta gente se juntó con Bernardino de Villalta en Alcudia, cerca de Guadix, el postrer dia del mes de Febrero del año de mil quinientos sesenta y nueve. Y á primero de Marzo partieron de aquel lugar, y atravesando el marquesado del Zenete, fueron á cenar y á dar cebada á los caballos al Déyre. Y entrando por el puerto la Ravaha, antes que amaneciese, dieron en el lugar de Laróles, que era uno de los reducidos, y se habian recogido á él muchos Moros y Moras de los otros pueblos, entendiendo estar seguros por razon de la salvaguardia que tenian del Marques de Mondejar. Y como estuviesen des-

cuidados de aquel hecho, entrando impetuosamente por las calles y casas, mataron mas de cien Moros, y captivaron muchas mugeres, y les tomaron gran cantidad de ropa y ganados. Otro dia de mañana viernes á dos de Marzo, habiendo saqueado las casas, y quemado la mayor parte de ellas, llevando la presa por delante, volvieron á gran priesa á tomar el puerto de la Ravaha, antes que los Moros lo ocupasen: porque los que habian escapado de las manos de los soldados hacian grandes ahumadas por los cerros, apellidando la tierra; y comenzaba ya á descubrirse mucha gente, que acudia á favorecerlos. No fue de pequeña importancia esta diligencia, porque apenas habian comenzado á encumbrar la sierra, quando los acometieron por la retaguardia con tanta determinacion y denuedo, que la tuvieron desordenada por dos veces; y corrieran peligro de perderse todos, si el capitan Bernardino de Villalta, que iba de vanguardia, no les acudiera con algunos amigos, resistiendo animosamente con harto peligro de sus personas: porque en una vuelta que hizo sobre un Moro, que acababa de matar á un soldado, y corria en el alcance de otro, cayó del caballo; y hubierale muerto á él tambien, sino fuera socorrido con mucha presteza. De esta manera fue subiendo nuestra gente hasta lo alto del puerto, y los Moros habiendo muerto diez y ocho soldados, y herido otros muchos, quedando ellos no menos lastimados, dexaron de seguirlos, y se volvieron á la Alpuxarra, con determinacion de irse para Aben Umeya, y juntarse con él, para que renovase la guerra. Estaba este dia en la Calahorra un Morisco llamado Tenor, con quien tenian concertado Juan Perez de Mescua y Hernan Valle de Palacios, vecinos de Guadix,

dix, que si daba vivo ó muerto á Aben Umeya, ó le traía á parte que pudiese ser preso, le restatarian á su muger y á dos hijas que tenia captivas; y estandoles diciendo, como dexaba tratado con Diego Barzana, vecino de Guadix, casado con tia de Aben Umeya, y persona de quien mucho confiaba, que le trairia á un encinar de Sierra nevada, y que poniendole dos ó tres emboscadas en los pasos por donde habia de pasar, le prenderian, vió venir á nuestra gente con tan grande presa de mugeres captivas, y de ganados y bagages; y comenzando á llorar, les dixo: "Señores, Dios no quiere que yo vea libres á mi muger y hijas. Esta cabalgada ha de desbaratar mi negocio; y de hoy mas no ha de haber quien se ose fiar, y habrá cada dia mas mal, antes volverán á levantarse los reducidos." Y cierto dixo verdad, porque con este suceso quedó la tierra puesta en arma, y juntando Aben Umeya de nuevo gente, interrompió la reducion. Sintieron mucho el Marques de Mondejar y el Conde esta desorden, y mandando el Marques prender á Bernardino de Villalta, fuera castigado rigurosamente, sino se descargára con que habia hallado gente de guerra en aquel lugar, y con algunas otras causas, al parecer justificadas: por donde las indefensas mugeres perdieron su libertad, y fueron vendidas por esclavas.

CAPITULO XXXVI.

De las diferencias que hubo en la ciudad de Almería entre los capitanes sobre el partir de la cabalgada de Inóx.

Tenia Don Garcia de Villa Roel comision del Marques de Mondejar para todas las cosas tocantes á la guerra en la ciudad de Almería ; y como no se le revocase por la cedula de su Magestad , que Don Francisco de Cordoba llevó , pretendia pertenecerle la jurisdicion civil y criminal , y por el consiguiente el repartir de la presa de Inóx. Por otra parte Don Francisco de Cordoba , usando de las preeminencias como capitan general, queria que se hiciese todo por su orden, y pretendia ser suyo el quinto y el diezmo de la presa. Andando pues en estas competencias, Don Francisco de Cordoba, que no queria que se dixese de él cosa que oliese á cudicia, dexó á Don Garcia de Villa Roel que hiciese el repartimiento , y aun se lo requirió por escrito : el qual, quando hubo sacado el quinto y el diezmo aparte, proveyó un auto , al parecer justificado , en que declaró: que por quanto los soldados de la costa del reyno de Granada de tiempo inmemorial tenian merced de los quintos de las cabalgadas , y los capitanes generales no estaban en costumbre de llevar los diezmos , se depositase lo uno y lo otro en poder del depositario general de aquella ciudad , hasta que su Magestad mandase lo que se habia de hacer de ello en la presente ocasion. De esto se enojó Don Francisco de Cordoba, y haciendo poco caso de aquel auto , mandó al capitan Bernardi-

dino de Quesada, que con los soldados de su compañia fuese á la casa donde estaban recogidas las esclavas, y las llevase á las atarazanas; y llevandolas, no con pequeño escandalo, las repartió él por su persona, sacando primero el quinto y el diezmo. De aqui pudiera suceder grande mal, por estar la gente toda repartida en dos voluntades, y haber algunos, que quisieran que Don Garcia de Villa Roel se pusiera en defenderlo; mas al fin miró por su cabeza, temiendo la indignacion de su Magestad. En este tiempo los del Consejo de guerra, pareciendoles que no convenia, que para un mesmo efeto hubiese dos cabezas en la ciudad de Almería, despacharon cedula, mandando á Don Garcia de Villa Roel, que obedeciese á Don Francisco de Cordoba en todas las cosas tocantes á la guerra, y su Magestad le hizo merced del quinto de las esclavas, que estaba depositado, y de las que se captivasen. Mas venida la ley, luego salió la duda, porque Don Christoval de Benavides, hermano de Don Garcia de Villa Roel, que tenia en Almería trescientos soldados que habia llevado á su costa, pretendiendo, que no se habia de entender con él ni con su gente aquella cedula, no acudia á las ordenes de Don Francisco de Cordoba; y si alguna cabalgada hacia, no se la ponia en las manos, ni le daba parte de ella, de donde vinieron á tener descontentos, y á darse poco gusto. Por otra parte el Marques de los Velez, que no holgaba de ver á Don Francisco de Cordoba en el partido que le habia sido cometido, no dexaba de dar calor á los dos hermanos; y lo mesmo el Marques de Mondejar, como dueño del negocio, mayormente quando entendió por unas informaciones, que Don Garcia de Villa Roel le envió, como en los ban-

dos

dos que se echaban en Almería, Don Francisco de Cordoba se hacia llamar capitan general. Menudeando pues quejas por via de agravio de todas partes, vino á estar Don Francisco de Cordoba tan mohino, que asi por esto, como por su indispusicion, suplicó á su Magestad le diese licencia para irse á su casa, y se la dió por carta de veinte y ocho de Febrero, en que decia: "Vista la instancia, con que nos pedis licencia para iros á vuestra casa, hemos tenido por bien de darosla; y asi podreis ir á ella, quando os pareciere, que al Marques de los Velez hemos escrito, que envie á esa ciudad la gente que le pareciere que será menester." Y por otra de la mesma data envió á mandar al cabildo de la ciudad, y al alcayde de la fortaleza, y á Don Garcia de Villa Roel, que obedeciesen las ordenes del Marques de los Velez. Recebidas estas cartas en seis dias del mes de Marzo, Don Francisco de Cordoba se fue luego de Almería, y el Marques de los Velez envió comision á Don Garcia de Villa Roel para todos los negocios de guerra civiles y criminales. Y quedando solo en Almería, lo primero que hizo fue ahorcar á Francisco Lopez, alguacil de Tavernas, que estaba todavia preso: mandó subir dos piezas de artillería y algunas municiones á la fortaleza, de las que habian traido de Cartagena las galeras: dió orden en algunos reparos necesarios en los muros, y hizo una plaza de armas en la Almedina. Y saliendo Don Christoval de Benavides algunas veces á hacer entradas por aquellas sierras, se traxeron muchas y muy buenas presas de esclavas, ganados y otros bastimentos á la ciudad, y se mataron muchos Moros; aunque no fueron pequeñas las desordenes, que los soldados desmandados hicieron en los lugares reducidos.

CA-

CAPITULO XXXVII.

Como su Magestad acordó de enviar á Granada á Don Juan de Austria, su hermano: y de otras provisiones que se hicieron estos dias.

Mientras estas cosas se hacian en el reyno de Granada, quién podrá decir las diferencias de relaciones que iban al Consejo de su Magestad, cargando á unos, y descargando á otros? Estaba todavia Don Alonso de Granada Venegas en la corte, esforzando el negocio de la reducion con muchas razones, y era tan mal oido de algunos de los del Consejo, que apenas sabia por donde poderles entrar, que no les hallase los pechos llenos de contradicion; y no hallando otro mejor medio, decia, que su Magestad hiciese merced á aquel reyno de irle á visitar por su persona, porque con su presencia se allanaria todo, pararian las desordenes, temerian los malos, y ternian seguridad los que deseaban quietud, y cesarian tantas muertes, robos y fuerzas como habia en él, poniendo por exemplo, que los Reyes Catholicos habian hecho otro tanto en las rebeliones pasadas, y las habian apaciguado luego. Mas aun esto, que les pudiera ser de algun provecho en lo de adelante, no lo merecieron las culpas de aquellos malaventurados, pareciendo al Consejo, que ni era conviniente á la autoridad de un Principe tan poderoso, ni daban lugar á ello las grandes ocupaciones de negocios que ocurrian de otras partes. Concurrieron en que su Magestad no debia hacer mudanza el cardenal Don Diego de Espinosa, por quien corrian estos negocios, y la mayor parte

de

de los del Consejo ; mas juntamente con esto fueron de parecer, que fuese á Granada Don Juan de Austria su hermano, mancebo de grande esperanza, y que con su autoridad se formase en aquella ciudad un Consejo de guerra, y en él se proveyesen todas las cosas de aquel reyno, con que no se determinase en el mesmo punto sin consultarlo con el supremo Consejo : adicion grande, que causó inconviniente por la dilacion que despues hubo en cosas que requerian brevedad y resolucion precisa. Resuelto pues su Magestad en que Don Juan de Austria fuese á Granada, hizo dos provisiones, una á Don Luis de Requesenes, comendador mayor de la orden de Santiago en el partido de Castilla, que estaba por embaxador en Roma, y era teniente de capitan general de la mar por Don Juan de Austria, que con las galeras de su cargo, que habia en Italia, y el tercio de los soldados viejos Españoles de Napoles, viniese luego á España, y juntandose con Don Sancho de Leyva, estorvasen el pasage de baxeles de Berbería, y proveyesen por mar los presidios de nuestra costa. Y otra al Marques de Mondejar, mandandole por carta de diez y siete de Marzo, que dexando en la Alpuxarra dos mil infantes y trescientos caballos á orden de Don Francisco de Cordoba, ó de Don Juan de Mendoza, ó de Don Antonio de Luna, el que de ellos le pareciese, con toda la otra gente de su campo se viniese á Granada, porque habia acordado, que Don Juan de Austria su hermano fuese alli para los negocios de aquel reyno, y convenia que estuviese cerca de su persona, por la mucha noticia que de ellos tenia. Esta provision divulgada antes de ser puesta en execucion, causó mucho daño, porque los soldados aguardando la venida de

un

un Principe de tanta autoridad, y no curando ya de las salvaguardias de los lugares de Moriscos, se desmandaron á hacer entradas en los pueblos reducidos, alteraron la tierra, armaron los enemigos, y pagaron muchos de ellos con las vidas: y lo que peor es, que los mesmos que iban con orden, eran los que hacian las mayores desordenes, como adelante diremos. Ordenóse tambien al Marques de los Velez, que, guardando las ordenes que Don Juan de Austria le diese, enviase luego á Granada relacion del estado en que estaban las cosas de aquel partido, para que mejor pudiese dar orden en lo que convendria al bien y pacificacion de aquel reyno. Muchos hubo que entendieron, que esta ida de Don Juan de Austria á Granada habia de ser para descomponer, con autoridad honrosa, á los dos Marqueses; mas el fin de su Magestad no fue otra cosa, sino que juntandose con él el Duque de Sesa, el Marques de Mondejar, Luis Quixada, Presidente de Indias, el Presidente Don Pedro de Deza, y el Arzobispo de Granada, quando ocurriesen negocios de conciencia, buscasen los mejores medios para allanar la tierra, si fuese posible, sin rigor de guerra, considerando que los unos y los otros todos eran sus vasallos. Mas tampoco hubo conformidad en esto, que Dios no queria que la nacion Morisca quedase en aquel reyno.

CAPITULO XXXVIII.

Como mataron los Moriscos, que estaban presos en la carcel de Chancillería.

Estabanse todavia presos en la carcel de Chancillería los Moriscos del Albaycin, que el Presidente, tomando aviso de su ofrecimiento, habia hecho encarcelar, como diximos en el capitulo quinto del libro tercero de esta historia. Y como creciese cada hora mas la indignacion en la gente de la ciudad contra la nacion Morisca, por ver los incendios, muertes y crueldades que hacian, no faltó ocasion para degollarlos á todos dentro de la carcel. Hubo algunos contemplativos, que les pareció cosa acordada entre los superiores, ministros de la justicia, para con castigo exemplar poner temor á los demas, de manera, que no se osasen rebelar. Mas segun lo que despues se averiguó con mucho numero de testigos, la causa de aquellas muertes fue la que agora diremos. Habiase divulgado una fama en Granada, diciendose, que Aben Umeya hacia instancia con los del Albaycin, que le acudiesen con gente para acrecentar su campo, y daria vista á la ciudad, y haria algun buen efeto; y que algunos se le habian ofrecido, en haciendoles señal de su venida desde la falda de Sierra nevada con fuego de parte de noche; y demas de acudirle, habian ofrecidole que pornian en libertad á su padre y hermano, que estaban presos en la carcel de Chancillería, y á los Moriscos que estaban presos con ellos. Con esta sospecha andaba la gente recatada, y se tenia especial cuidado con las centinelas y rondas del Albaycin y de la ciudad,

dad, y cada noche se juntaban los caballeros, capitanes y ciudadanos honrados en el cuerpo de guardia, que se hacia en las casas de la Audiencia y en la sala del Presidente, donde su negocio era tratar de esta sospecha, como acontece muy de ordinario, quando hay que temer ó desear. Estando pues en buena conversacion una noche, que fue jueves á diez y siete dias del mes de Marzo, Don Geronimo de Padilla baxó del Albaycin, y se llegó al Presidente, y le dixo, de manera que nadie le pudo oir, como en una ladera de Sierra nevada se habian visto fuegos, que parecian señales, y que de ciertas ventanas y terrados del Albaycin habian respondido con otras lumbres; y aunque disimuló, porque los que alli estaban, no se alborotasen, no tardó mucho, que Don Juan de Mendoza Sarmiento, que estaba alojado en el Albaycín, y era cabo de la gente de guerra, que alli habia, le envió el mesmo aviso con Bartolomé de Santa Maria, quadrillero, que le dió el recaudo, que todos lo pudieron oir. Entonces dixo el Presidente, que era bien apercebir la gente, por si hubiese algo, no los tomase descuidados. Y sospechando que debian de querer juntarse para soltar los Moriscos que tenia presos en la carcel, mandó al proprio Bartolomé de Santa Maria, que fuese á ver el recaudo que tenian, y si estaban con Don Antonio de Válor y Don Francisco, su hijo, un alguacil y seis soldados que les tenian puestos de guardia, y que dixese al alcayde de la carcel de su parte, que no se descuidase con los presos. Con este aviso tan particular llamó el alcayde algunos amigos y deudos suyos, y les rogó, que le acompañasen aquella noche con sus armas; y buscando las que pudo haber prestadas, las repartió entre los Christianos que estaban pre-

sos. Estando pues todos prevenidos, la vela de la Alhambra, que estaba en la torre de la Campana, que otros llaman del Sol, acertó á tocar el quarto de la modorra mas tarde, y mas apresuradamente que otras veces, repicando á menudo, como si tocára á rebato; y creyendo que lo era, toda la ciudad se alborotó. Tambien se alborotaron los Christianos de la carcel, y los Moriscos juntamente, teniendo algun aviso, ó sospecha; y fue de manera el alboroto, que vinieron á las manos. Los Moriscos peleaban con piedras, ladrillos y palos, que sacaban de los calabozos, y los Christianos con las armas que el alcayde les habia dado, ó con los mastiles de los grillos, procurando cada qual deshacer la pared que le venia mas á mano para sacar material que arrojar á su enemigo. Acudiendo pues el alcayde, se renovó la pelea con muertes y heridas de entrambas partes, sin que en mas de dos horas se sintiese fuera. Contabanos despues el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, que estando él reposando sobre una silla en la sala de la Audiencia, que responde á la carcel, habia sentido gran ruido, y que salió corriendo á las ventanas que salen á la plaza nueva; y como vió los soldados del cuerpo de guardia sosegados, tornó á sentarse: y dende á poco rato, oyendo el mesmo ruido, y pareciendole que era en la carcel, envió allá un soldado, que volvió á decirle, como andaban los presos revueltos, peleando los Moros con los Christianos; y que unos decian: „Viva la fe de Jesu-Christo;y otros: „Viva Mahoma";y que habia ido luego á dar aviso al Presidente: el qual mandó, que la compañia de infanteria, que hacia cuerpo de guardia en la plaza nueva, cercase la carcel, porque no se fuesen los presos. Mas ya á este tiempo la gente de la ciudad

ha-

habia acudido al rebato, y muchos soldados á las vueltas: y entrando en la carcel, combatian los calabozos y otros aposentos, donde los Moriscos se habian retirado para defenderse: muchos de los quales, declarando lo que tenian en el pecho, invocaban la seta. Otros, como desesperados, que ni querian carecer de culpa, ni escusar la muerte en aquella ultima hora de su vida, juntando esteras, tascos y otras cosas secas, que pudiesen arder, se metian entre sus mesmas llamas, y las avivaban, para que ardiendo la carcel y la Audiencia, pereciesen todos los que estaban dentro. Mas aun esto no pudieron ver, porque los Christianos apagaron el fuego, y entre polvo y humo los mataron á todos, sin dexar hombre á vida, sino fueron los dos que defendió la guardia que tenian. Duró la pelea siete horas, y murieron ciento y diez Moriscos, que estaban presos, y muchos de ellos se hallaron estar retajados. Las culpas de los quales debieron ser mayores de lo que aqui se escribe, porque despues pidiendo las mugeres y hijos de los muertos sus dotes y haciendas ante los alcaldes del crimen de aquella Audiencia, y saliendo el fiscal á la causa, se formó proceso en forma; y por sentencias de vista y revista fueron condenados, y aplicados todos sus bienes al Real fisco. Murieron cinco Christianos en esta refriega, y hubo diez y siete heridos; y el alcayde fue bien aprovechado de los despojos de los muertos, porque como eran gente rica, tenian buena cantidad de dineros consigo. A este rebato acudió el Conde de Tendilla, quando ya era de dia, y estando diciendo al Presidente, que queria ir á poner algun remedio en la carcel, llegó el licenciado Pero Lopez de Mesa, alcalde del crimen de aquella Audiencia, que venia de la carcel, y dixo, que

no

no habia para que ir allá, porque ya los Moriscos quedaban muertos. No mucho despues mandó su Magestad llevar á Don Antonio, y á Don Francisco de Válor, su hijo, donde les dió con que poderse sustentar, porque pareció no ser culpados en el rebelion, sino que el alcalde mayor de Osuna los habia prendido viniendo del puerto de Santa Maria, donde estaban las galeras, á Granada, con orden. Este mesmo dia el Conde de Tendilla, quiriendo poner en efeto lo que mucho deseaba, que era juntar gente, y salir en campaña á la parte de Bentomíz, envió á llamar al capitan Lorenzo de Avila, que con la gente de las siete villas estaba alojado en los lugares de Béznar, Alfacar y Cogóllos; y teniendo apercebida la que habia en Granada y en los lugares de la vega, la Audiencia y la ciudad lo contradixeron, y paró con enviar á Don Juan de Mendoza Sarmiento á Órgiba con trescientos hombres de la gente de las villas. En el siguiente libro diremos la causa porque no se prosiguió en la reducion; y como se tornaron á alzar todos los lugares de la Alpuxarra, que ya estaban reducidos.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

[illegible]

[illegible] 294-5-6.

























